

JUNTOS Y REVUELTOS 5



Una Noche en el Quinto @

ELEANOR RIGBY



Una noche en el 5º. A

Eleanor Rigby

Juntos y Revueltos 5

© 2024, **Eleanor Rigby**

Título: *Una noche en el 5º. A*

Primera edición: enero de 2024

Sello: *Independently published*

Diseño de portada: Elena Salvador

Maquetación: Elena Salvador

Imágenes: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

No puede ser posible que estemos aquí para no poder ser.

JULIO CORTÁZAR

Capítulo 1

DIEZ COSAS QUE ODIOSOBRE TI

Néstor

—La cosa es que no siempre he odiado a Gloria, ¿sabes?

Ming aparta la vista de una de las dos pantallas que tiene montadas en el salón para mirarme con gesto interrogante. Es un *gamer* de tomo y lomo. La torre de su ordenador, una oda a la última tecnología, emite destellos de colores que alcanzan el pasillo, y lleva puestos unos cascos con micrófono más grandes que su cabeza.

Y eso que Ming es cabezón.

Jamás habría admitido este secreto de estado en voz alta si mi compañero de piso hablara o solo entendiera el castellano. Mi preciada reputación depende de que no se den a conocer mis verdaderos sentimientos.

—La loquera me ha dicho que anote los defectos de Gloria, los que se supone que le he atribuido sin conocerla, para luego ponerlos en común e ir desmintiéndolos uno por uno —le explico con paciencia. Él detiene su intensa sesión de programación (y su partida de *World of Warcraft*, que no se diga que no aborda la multitarea con éxito) y gira sobre la silla de escritorio para ponerme toda su atención, como si supiera de qué le estoy hablando—. Ya sabes, para solucionar el odio que nos tenemos... si es que tiene solución. —Ming ni siquiera muda su característica expresión de tedio, pero yo chasqueo los dedos enérgicamente y lo señalo—. ¡Exacto! ¡Es una estupidez! Me has quitado las palabras de la boca, tío. Pero, en fin... No me queda otro remedio. Ya sabes que desde que los vecinos nos hicieron aquella intervención en el rellano del edificio, no he podido librarme de la terapia mensual.

Al igual que la cronología del mundo contemporáneo, las etapas de mi vida en el número trece de la calle Julio Cortázar se dividen en dos: a. C. y d. C.

En mi caso, la abreviación significa antes y después de Convivir Con Gloria.

Hasta su aparición, yo era un humilde inquilino del quinto piso que daba los problemas que caben esperar viniendo de un veinteañero: ponía temas clásicos de La Mafia del Amor a toda pastilla a horas intempestivas, improvisaba guateques que se pasaban por el forro no ya el aforo del piso, sino del Santiago Bernabéu, y compraba demasiada carne como para consumirla antes de la fecha preferente, lo que solía resultar en que se cubriera de una capa de moho donde podrían haber florecido tulipanes. Eso no solo me jodía a mí; apestaba el frigorífico, el descansillo y todo el perímetro habitado hasta el distrito Salamanca.

Después llegó Gloria y se me empezaron a achacar delitos más graves. Que si ando ensuciando el rellano del quinto con cáscaras y fluidos pegajosos para que la vecina se tropiece, que si me niego a presentarme a las reuniones trimestrales para discutir los asuntos concernientes a la vecindad si ella acude también, que si he grafiteado insultos en su buzón...

Gloria no se queda corta, claro. Se le ha acusado de crímenes similares, y, al igual que a mí, como condición para seguir formando parte de este curioso microcosmos que es el edificio, nos han obligado a acudir a sesiones de terapia.

Pagadas por la misma comunidad, ojo.

Así de comprometidos están con la amistad en este edificio.

Llevamos unas cuantas sesiones, pero es la primera vez que nos mandan deberes, y me está costando más enfrentarme a este papel en blanco que a la declaración de la renta.

—No quiero escribir la verdad porque estaría admitiendo que Gloria parece buena persona a primera vista —le explico a Ming—, y por ahí no paso. Pero si empiezo a soltar defectos a destajo, Alison me llamará niño berrinchudo. ¿Comprendes la encrucijada?

Ming asiente con la cabeza. Es lo que suele hacer ante la duda. Por eso le tengo por un tipo positivo. Podría negar o darse la vuelta y fingir que es sordo, pero siempre se decanta por el gesto afirmativo pese a no tener ni pajolera idea de qué le digo.

—A ver, puede que parezca que sí que la odiaba desde el principio y sin razón porque abrí fuego a los tres días de que se mudara al 5.º B —admito a regañadientes—, pero no es cierto. Setenta y dos horas antes de la declaración de guerra, me la encontré metiendo cajas en el portal del edificio y me dio una muy buena impresión. Y pretendía actuar conforme a ella. ¡Actué conforme a ella, te lo juro! Pero luego tuvo que joderlo todo, tío.

Recuerdo aquel día con nitidez porque SFDK acababa de sacar un nuevo *single* y no paraba de quemarlo en el móvil. Lo llevaba metido en el bolsillo con el volumen al máximo, porque sí, Gloria tiene razón en algo, y es que soy un cani al que le gusta ir escuchando su musiquita incluso si va por el Paseo de la Castellana. El caso es que me había apostado en la entrada del edificio con Edu, el peluquero del bajo y genio detrás de las operaciones vecinales, para echarme un cigarro antes de tirar para el curro. Él andaba opinando que me quedaría mucho mejor un rapado clásico que mi mohicano de referencia cuando un cochazo de clase A aparcó en la acera de enfrente.

No vivimos en una zona del barrio donde se vean a menudo carros de esa calidad, y hasta Edu, que, en sus propias palabras, no tiene ni zorra idea de coches ni de conducción «como cualquier maricón que se precie» —sus palabras, no las mías—, cortó de raíz la conversación para ver bajar del asiento del copiloto a una belleza nórdica que parecía venir con el coche, como en las películas yanquis, los anuncios de perfume o los sueños húmedos de Fernando Alonso.

Otro gay que se preciara de serlo —y esto lo añadido de mi cosecha— no habría mirado de arriba abajo a la criatura para desvivirse por su cuerpo serrano, pero resultaba tan llamativa ya en la distancia que incluso Edu emitió un bufido apreciativo.

—Me acabo de enterar de que van a rodar un anuncio de Mercedes en la calle. Se han conseguido a la rubia; ahora les falta al maromo con las gafas de aviador y el perfume caro que la magree ante las cámaras.

Yo me la quedé mirando con el cigarro en la boca. Por fuera no parecí inmutarme, pero me invadió aquel cosquilleo interior que te chista, te señala con el dedo y te dice que te andes con cuidadito. Porque eso, amigo mío, eso de ahí, era un problema con piernas de modelo.

Pasé buena parte de mi vida en Fez, y allí, como uno podrá imaginarse, no abundan las rubias que se diga. Así he pasado la adolescencia, con el corazón dividido. ¿Debería serle fiel a las morenas de piel cetrina por amor a la patria, o tengo derecho a fetichizar a las blanquitas precisamente porque no las tengo tan vistas?

Cuando la desconocida hizo contacto visual conmigo con una timidez adorable, me decanté en el acto, y muy en contra de mis principios, por Barbie Estereotípica.

También me han gustado las mujeres con carácter desde que le robé el primer beso a mi

compañera de pupitre, pero hay monadas que te ponen la cabeza del revés en un instante, y a la Gloria introvertida que me echaba miraditas furtivas la habría puesto en un pedestal.

Por un momento pensé que se dirigía hacia nosotros para pedirnos ayuda con la caja que cargaba en brazos, que quería fuego, la hora o, puestos a soñar, mi mano en matrimonio, pero no. Se encaminaba al número trece de la calle Julio Cortázar porque no le quedaba otro remedio, como denotaba el hecho de que procurara evitar el contacto visual.

O a lo mejor rehusaba reparar en nosotros porque éramos un moro y un icono del colectivo LGBT.

Claro que eso no lo quise pensar a priori.

Como dijo el sabio Maluma, *mala mía*.

—Buenas tardes —la saludé en voz alta mientras la seguía con la mirada hacia el portal.

—Hola —correspondió ella con un hilo de voz. Se detuvo un momento para bajar la caja y recolocarse un mechón ondulado detrás de la oreja. Estaba sudando, el estado en el que más me gustan las mujeres. Entonces, alzó la barbilla lo justo para sonreírnos, escueta, a los dos curiosos que franqueábamos la puerta. No entendí por qué se paraba hasta que nos sacó de dudas con un vacilante—: ¿Me dejáis pasar?

—¡Ah, que vas dentro! —exclamó Edu—. Sí, claro, nena, por supuesto... Perdona por meterme donde no me llaman —prosiguió, sacando a la vez su propio manojito de llaves para abrirle la puerta como todo un caballero. Por supuesto, no se arrepentía un carajo. Llevaba el chismorreos por bandera, y con un orgullo tal que le acabarían dedicando a él solito un día en el pregón de junio—, pero ¿qué te trae por aquí?

—Voy a mudarme al quinto —explicó con la boca pequeña.

«¡Y una mierda, hombre!», estuve a punto de soltar.

No es que en el edificio anduviéramos escasos de belleza femenina, porque, sin ir muy lejos, mi compañera de piso, dentro de que su estilo caravanero no me iba demasiado, es toda una ricura; la mexicana y la francesa del cuarto están para comérselas, y la madre soltera es un bombón explosivo.

Pero hay una diferencia entre las mujeres a las que les reconoces el atractivo, como se reconoce el valor técnico de una canción que no termina de tocarte la fibra, y las mujeres en cuyo atractivo deseas participar desde el minuto uno. Esas son el tema que reproduces en bucle porque te pone la piel de gallina cada vez que lo escuchas. A las primeras las cogerías de la mano si te la tendieran, que nadie dude de eso. Pero a las segundas se la ofreces tú, y si te la rechazan, por Dios que te dan ganas de inmolarte.

Que aquella criatura fuera a dormir a una pared de distancia me puso nervioso como un hijo de puta.

—¡No me digas! Encantado de conocerte, cielo, eres guapísima, vamos, despampanante, aunque necesitas que te retoquen las raíces, pero bueno, no se nota mucho, porque como eres rubia natural... Es solo que yo soy peluquero y noto las *babylights* por ligeras que sean, pero, oye, un trabajo estupendo el de tu peluquera, seguro que es muy fina, del barrio Salamanca por lo menos... ¿o de la Castellana? —había empezado a desvariar Edu. Se tomaba a la competencia muy en serio—. Tengo que entrar a atender a una clienta, pero para lo que necesites, me llamas, ¿eh? Soy Eduardo, Edu para todo el que me conoce, tú solo dame un toque en el bajo, que estoy aquí al lado, y el primer piso. Y si no estoy, le das la tabarra a mi novio Akira y le dices que vas de mi parte, ¿eh?

La chica se sintió abrumada ante tal exceso de información y me lanzó una mirada rápida en busca de auxilio. Asumí que le costaba mantenérmela porque era tímida, y, durante unos días, me creí mi propia falacia. ¿Por qué no hacerlo en lugar de asumir de entrada que desconfiaba de mi apariencia o albergaba prejuicios hacia los morenos, como nos describiría Clint Eastwood? Se supone que siendo muy joven aprendí a diferenciar a los que no me miran porque les impongo de los que me evitan porque no nací con el carné de Español de España.

Cuando uno vive en un país que no es el suyo, desarrolla un sexto sentido; activa una lucecita roja que titila cada vez que se tropieza con un sujeto que desprecia la diversidad. Y la mía no se prendió con Gloria, pero con el tiempo me he dado cuenta de que es porque se me había prendido otra bombilla, y esta emitía una luz tan cegadora que no vi más allá de su culo.

Seguía siendo un chavalito de veintidós años ante la princesa de las nieves. Yo creo que se me puede perdonar un traspié.

Edu se piró, y yo tuve que aguantarle la puerta a Gloria para que pasara al rellano. Se notaba que la caja le pesaba un quintal, pero era demasiado vergonzosa —¿u orgullosa?— para pedirme que la auxiliara.

Ese es el primer defecto que tengo que anotar en la lista, Ming. Gloria no sabe pedir ayuda, pero como ha nacido en una cunita de oro y ha crecido recibiendo todos los mimos de papaíto, está acostumbrada a callar y esperar a que se le lea el pensamiento.

—¿Quieres que te eche una mano? —le pregunté viendo que tenía dificultad para subir las escaleras.

En Fez no habría dudado en colocar la palma bajo la base para evitar un derrumbe, pero en determinadas áreas de Madrid, le doy una segunda pensada a eso de acercarme para ayudar. Prefiero que me tilden de desconsiderado que pasar por la humillante situación de ser mirado con recelo o apartado como si tuviera la lepra.

—¡No hace falta! —exclamó con voz temblorosa mientras subía las escaleras de forma precaria. Pretendía encogerme de hombros y volver a lo mío hasta matar el piti, pero entonces ocurrió lo que ya había previsto: la caja no solo se le cayó de los brazos, sino que se rajó por abajo con el consecuente desastre.

Por lo visto, nadie le había mencionado que no era buena idea sobrecargarla.

Murmuré una expresión exasperada en árabe y arrojé el cigarrillo a la acera.

—Mira que las tías sois tozudas, ¿eh? —me quejé con buen ánimo antes de ayudarla a recoger los volúmenes de su biblioteca—. Si me aceptas una sugerencia, la próxima vez alterna libros con trastos menos pesados. A no ser que la caja sea más pequeña.

—¿Tú qué eres? ¿Experto en mudanzas? —oí que rezongaba por lo bajini, agachada para recoger su botín. Enarqué una ceja, sorprendido por los humos, a lo que ella se apresuró a levantar la barbilla y disculparse con las mejillas coloradas—. Perdona, es que... Estoy agobiada. Mira la que he liado en un momento. Qué vergüenza, por Dios. Gracias por ayudarme.

No pude evitar fijarme en los títulos de los tomos que se habían desparramado. En su mayoría eran manuales de la carrera de Derecho: Derecho romano, Constitucional, Penal, Civil, Historia del derecho, Teoría del derecho... También había algunos libros de filosofía, supuse que enfocados al estudio de las leyes, de autores como Jeremy Bentham, Tomás Moro, los míticos Hegel y Marx...

Me topé con que uno de los libros se había abierto sin querer y me agaché para recogerlo con cuidado de que no se desprendiera la faja que lo envolvía. Me quedé de una pieza al leer por encima un par de diálogos y toparme con el lenguaje coloquial propio de la novela

contemporánea. Lo giré y levanté las cejas al reconocer el título de un *best seller* romántico. Dicha faja no se correspondía con el nombre de la escritora grabado en el lomo: le había colocado la portada de un libro de Kant a una famosa comedia cuya adaptación televisiva había fascinado a mi madre.

Ella se dio cuenta de mi descubrimiento y enrojeció más de lo humanamente posible.

Se apresuró a incorporarse para quitármelo de las manos.

—No sé de quién es eso —balbuceó—. Debo de haberme llevado por error un libro de mi hermana.

Apenas unos días después confirmaría que Gloria es hija única, y digo «confirmar» porque el verdadero dicho es que se pilló antes a un hijo único que a un cojo.

—Bueno, pues si te lo llegas a leer, que sepas que es bastante entretenido —señalé, agachándome para amontonar otros tantos volúmenes y cargarlos sin dificultad. Tuve que contenerme para no reírme, no fuera a malinterpretarlo como una burla y no como que me había parecido adorable—. A mi madre le gustó mucho. Se vio hasta la peli de Netflix. —A saber por qué le sorprendió tanto que naturalizara sus preferencias literarias, que son, literalmente, las preferencias literarias de medio planeta Tierra. Se le iluminó la expresión, como si acabara de encontrar un aliado; momento perfecto para instarla a recordar mi cara por nombre propio—: Soy Néstor, por cierto.

Ella se incorporó con una solemnidad cómica y me tendió la mano con la otra cargada de, probablemente, una serie de novelas románticas disfrazadas de manual universitario.

En el momento se me antojó muy tierno, lo confieso. Me la imaginé tumbada boca abajo en la cama con los tobillos cruzados, pasando las páginas con una sonrisita risueña y sorbiendo la pajita de un *caramel macchiato*, un *cappuccino freddo* o alguna de esas bombas de azúcar incomedibles que comercializan en Starbucks y que parecen una prolongación del brazo de las artistillas de TikTok que se ondulan el pelo para ir a consultar el catálogo de Mango a la facultad.

Desde luego, ella tenía toda la pinta de pasearse con una tribu de amigas cortadas por ese patrón por los *chill out* más modernos de Madrid. Pero seguro que no compartía sus intereses. Seguro que no se reía ni por educación de los chistes perversos de las demás sobre los kilos que le sobraban a la camarera. Apostaba por que contaba los minutos para volver a casa, donde podría retomar su secreta lectura donde la había dejado; lo que más le gustaba del mundo entero.

Me hizo incluso gracia imaginarla cerrando el libro y escondiéndolo bajo la cama para sacar el manual de Derecho Administrativo II cuando su madre apareciera para anunciar que la cena estaba lista.

Su madre o la correspondiente empleada del hogar, ¿eh? No olvidemos que la chiquilla salió de Graceland.

Pensé que la había calado de un vistazo, y el carácter que le achiqué me gustó a la par que me generó curiosidad... Pero cuánto me equivocaba. Y aunque soy permisivo con mis errores, ese nunca me lo voy a perdonar.

—Encantada. Yo soy Gloria María Valdecasas de León y López-Portillo.

Se me escapó una carcajada incrédula.

—¿Qué vas a hacer con todos esos apellidos? ¿Echártelos al cuello como una bufanda cuando llegue el invierno? ¿Los coleccionas por si acaso te da hambre?

Ella pestañeó, extrañada porque no me tomara en serio el largo linaje de pijeras que la precedía y que probablemente se remontara a algún político militarista del Frente Nacional.

Acabó decidiendo que solo bromeaba, porque era lo que estaba haciendo, y me sonrió turbada.

Otro defecto que puedo añadir a la lista, y con conocimiento de causa, es este: Gloria está tan absorta en la única vida que ha conocido, la de la aristocracia —suenan decimonónico hablar de los ricos de la capital en estos términos, pero sería ridículo negar la existencia de una diferencia de clases—, que es incapaz de empatizar con los problemas cotidianos a los que nos enfrentamos los humildes. El otro día, sin ir muy lejos, la oí preguntarle a Edu con total impunidad a dónde iba él a esquiar en temporada alta.

Dar por hecho que todo el mundo se puede largar un fin de semana a la montaña con un equipo de esquí *rose gold* con sus iniciales grabadas es de estar absolutamente desquiciado.

Y ya que estamos, puedo agregar este otro y gran defecto: con independencia de que Gloria resultara estar podrida por dentro y no se asemejara ni de lejos a la chica de ensueño que yo dibujé en mi torpe fantasía, sí que es la clase de persona que oculta sus novelas románticas bajo las portadas de plástico de un tratado filosófico. Es decir: es una tía superficial, pretenciosa y sin amor propio. Le tiene pánico a la opinión ajena y está aferrada a una absurda idea de lo que es respetable y lo que no, lo que confluye en una grave limitación mental y también social, porque sus prejuicios la alejan de la vasta mayoría poblacional.

No soporto a la gente que echa pestes de los intereses populares para así sobresalir con sus preferencias presuntamente intelectuales. Por favor, todo el mundo sabe que, mil veces antes de ver una película surcoreana de un director independiente, Gloria se haría un maratón de *Crepúsculo*. ¿Qué necesidad hay de fingir lo contrario?

También hay que saber que mi vecina tiene un pésimo gusto musical. Para tratarse de una persona que toca el violín —cabría esperar una mínima idea de armonía viniendo de un músico clásico, digo yo—, pone Los 40 Principales las veinticuatro horas del día. Y tan orgullosa estará de que su cultura se reduzca al pop reventón de Aitana, las trilladas sesiones de Bizarrap y los temitas lacrimógenos de Manuel Carrasco.

Este defecto puede parecer una tontería si lo comparas con su clasismo, pero cuando uno llega del trabajo a las tres de la madrugada después de pasar diez horas de pie cubriendo un turno que, por contrato, debería constar de cuatro, y luego tiene que conciliar el sueño al ritmo de *Qué bonito es querer*, la canción con la que las mujeres de mediana edad estiran tras una intensa clase de zumba, pues quiere arrancarse las putas orejas y dárselas de comer a los cerdos.

Pero, con diferencia abismal, el peor de todos los defectos de Gloria es que no es lo que parece.

Asumo mi parte de culpa. La idealicé después de cinco minutos de conversación porque me pareció guapa y tuve la impresión de que le gusté, pero uno no se suele hacer castillos en el aire de la nada, y menos un pesimista condecorado como yo. Algún indicio te dan para empezar a obsesionarte, y a mí ella me lo dio sonriéndome como una adolescente cuando la acompañé al ascensor para ayudarla a cargar los libros.

—Si quieres que te preste alguno, me lo dices —se ofreció en un arrebato. Yo me apoyé bajo el umbral, procurando acercar la rodilla al sensor para que no se cerraran las puertas.

—¿Y si quiero tu número? ¿También me lo vas a prestar? Me comprometería a devolvértelo. El mensaje que me enviaras, me refiero.

Gloria se quedó patidifusa, y recuerdo que me extrañó, porque una chica como ella debía de estar acostumbrada a que los chavales entre los cero y los cien años se postraran a sus pies.

—Ya sabes cuál es mi número —respondió, pulsando el botón de la planta. Me empujó con

coquetería para que me apartara del sensor, y me miró con los ojos brillantes—. El 5.º B.

Las puertas se cerraron, y lo último que vi fue que se ruborizaba con un encanto que no me pareció de este mundo.

Y no lo era, claro. Era del mundo de los sueños.

Gloria ha sido una muy buena escuela. Me ha enseñado que, si las cosas parecen demasiado bonitas para ser ciertas, es porque efectivamente no son ciertas.

Pero Alison no me ha pedido que escriba por qué la odio, sino cuáles son los defectos que le achaco, y eso es lo que voy a hacer por hoy con la ayuda inestimable de mi compañero y programador favorito, Ming.

¿Mañana...?

Bueno. Mañana ya veremos lo que hacemos.

Capítulo 2

~~LA TENTACIÓN~~ EL CABRÓN VIVE AL LADO

Gloria

—¿Qué te vas a poner para la fiesta de jubilación de tu padre?

Últimamente la gente no para de hacerme preguntas. ¿Qué voy a hacer cuando termine el TFM?, ¿entrar a trabajar al bufete de mi padre, irme al extranjero a aprender idiomas, irme al extranjero a aprender a hacer *puenting*, *rafting* o cualquier deporte de riesgo que acabe en «ing» para disfrutar de un añito sabático? ¿Cuánto me queda para terminar el TFM? ¿Qué voy a llevar puesto para presentar el TFM? ¿Qué me voy a poner para la fiesta de jubilación de mi padre? ¿Qué me voy a poner para la graduación? ¿Voy a ir siquiera a la fiesta de graduación?

¿Y si me voy al carajo, y ya está? Porque esta acumulación de preguntas absurdas me está provocando una angustia paralizante. Soy indecisa por naturaleza y me bloqueo en situaciones de estrés, ¿vale? No conozco la respuesta a ninguna de esas dudas urgentes que parece que, si no contesto, causarán la autodestrucción del mundo tal y como lo conocemos.

—No sé. Tengo que terminar el TFM. Y averiguar qué me pongo para exponerlo, supongo. ¿Me ayudas a subir esto, por favor?

Borja mira con aprensión las dos bolsas del supermercado que cargo en cada mano, como si acabara de darse cuenta de que acabo de hacer la compra. Me pregunto qué le habrá tenido tan distraído desde el paseo por la sección de congelados hasta el portal del edificio como para no reparar en que llevo quince minutos luchando por mi vida para arrastrar los pies, el alma y los productos precocinados.

Borja no es del tipo caballeroso, pero aun así tengo el valor de sorprenderme cuando dice:

—¿Por qué no haces la compra por internet?

Porque los frescos te llegan tiesos a casa. Porque es más fácil que se equivoquen. Porque, aunque la compra *online* está para recurrir a ella y las empresas no implantarían un servicio si no pudiera beneficiarse del mismo, me siento una abusona descarada por comprar hummus y Coca-Cola Zero desde la comodidad de mi sofá, obligando a un empleado que tendrá mejores cosas que hacer a pasearse entre pasillos para seleccionar mi compra.

Y porque si no salgo de mi casa nada más que para tirar la basura, que es lo que hago desde que me encerré para terminar el TFM, me volveré loca.

Pero a Borja siempre le doy la respuesta corta, que es un tímido encogimiento de hombros.

Me sorprende que a estas alturas de la relación no piense que tengo una discapacidad intelectual. Esa sería la conclusión más amable a la que podría llegar. La alternativa es que me la suda todo.

Me encojo de hombros cuando me pregunta por qué no quiero abrir la puerta cuando toca el repartidor del restaurante chino, por qué no miro a los ojos al cajero cuando va a cobrarme o por qué me cuesta llamar por teléfono para pedir una pizza hawaiana. Él está encantado de coger el guante y salvarme de los pequeños horrores cotidianos, asumiendo que es timidez o pereza, pero

sé que llegará el día en el que reprochará mi comportamiento disfuncional.

Y con razón.

—Espero que hoy vaya el ascensor. Si funciona, va a ser un milagro —bufa Borja, deteniéndose ante las puertas de brazos cruzados—. No sé cómo puedes vivir en este sitio, en serio. Con lo cómodo que sería estar con tus padres. O haber estudiado la carrera en un colegio mayor.

«Por supuesto que es cómodo llegar a casa a mesa puesta, que alguien se encargue de tu colada y pase la aspiradora por ti», me dan ganas de contestar. «Es por eso que tú sigues con los tuyos aun teniendo cien mil euros en el banco de todas las pagas que has podido ahorrar».

Como ya es costumbre, me encojo de hombros.

Cuando la alternativa es espetar una verdad desagradable, es la respuesta más socorrida.

—Está en el centro y los vecinos son muy simpáticos.

—Sí, bueno, los vecinos... —Pone los ojos en blanco. Empuja la puerta del ascensor para que yo pueda ir metiendo la compra, un inesperado gesto que me convence de aguantar en esta tortuosa relación veinticuatro horas más. ¿Qué puedo decir? Las revistas de moda dicen que los pequeños detalles son importantes, y me gusta ir a la última—. Si te refieres a esa marabunta de *hippies* e inmigrantes, tu padre no opinaría lo mismo. ¿Cuántos latinos hay? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Y esa tía con las rastas que vive en otro apartamento del quinto? Bueno, y ya ni hablemos del moro que te hace la vida imposible. Una comunidad encantadora, sí.

Me incorporo con lentitud, presionándome la zona lumbar con la mano, para lanzarle a Borja una mirada de advertencia.

—No te refieras a ellos de esa manera.

—¿De qué manera? —se defiende él con inocencia. Pulsa el piso al que nos dirigimos y me llama exagerada con tan solo hacer morritos—. ¿Es que no son latinos? ¿Es que no es moro? Qué piel más fina tienes, Gloria. Es un adjetivo calificativo, no descalificativo —silabea en tono petulante.

—Es la manera en que lo pronuncias —me quejo mientras me recuesto en la pared con los ojos cerrados—. No me gusta que seas peyorativo con la gente.

—¿Ni siquiera con el capullo del puto moro? No me hagas reír. ¡Si tú eres la primera que se ceba con él a lo bestia! ¿No le contaste el otro día a tu amiga Consuelo que le pillaste los dedos con la puerta?

—¡Fue sin querer! ¡La puso donde no debía justo cuando yo iba a cerrar!

Y a diferencia de lo que los demás puedan pensar, no me regocijé en lo más mínimo.

Soy una persona que detesta los enfrentamientos. ¡Estamos hablando de alguien que ha perfeccionado el encogimiento de hombros para evitarlos, por favor! Y no escribo en un diario físico a mis veinticuatro años porque sea una melancólica de la infancia, sino porque prefiero decir lo que pienso cuando nadie puede replicarme.

—Bueno, aunque lo hicieras sin querer, es un cerdo contigo y se merece todo lo malo que le diga. Manda cojones que una chica como tú se mude a un edificio roñoso, y encima tenga que aguantar que un puto moro la trate como el culo.

La nuca me arde de pura vergüenza.

—Que no lo llares así, Borja. ¿Me has oído? —le advierto—. No. Lo. Llares. Así.

Yo creo que no pido tanto. Puedo soportar que sea clasista, arrogante; que se burle de algunas de mis amigas —las que malviven con una renta baja— y que flirtee con las que sí le parecen dignas de su atención —las que tienen un chalé en Palma de Mallorca—, que delante de sus

amigos me trate como la conejita Playboy que han invitado a la fiesta para adornar la habitación, que me chantajee para acostarnos cuando no me apetece, que se alíe con mis padres para convencerme de seguir el camino que han marcado para mí en lugar de tomar mis propias decisiones y que pida por mí en los restaurantes —nunca dije que esta enumeración fuera a ir de menor a mayor importancia—, pero ¿que insulte a mi archienemigo mortal, ese que me ha mandado llorando a la cama más de una vez y cuyo odio me tiene en un sinvivir?

Ah, no, por ahí no paso.

Es MI archienemigo mortal, y solo yo lo insulto cuando quiero.

Y, evidentemente, con la cantidad de afrentas contra una servidora que ha acumulado por méritos propios, no voy a atacarlo por su ascendencia marroquí, que, de hecho, es la fuente de las únicas virtudes que tiene. No en vano el táper tamaño industrial en el que sirve su cuscús casero es el primero que se vacía cuando hay una reunión vecinal, sabe hablar tres idiomas a la perfección —francés, árabe y castellano— y tiene, además de un bronceado natural todo el año, unos preciosos ojos negros.

Pensar en el bronceado y en los ojos me pone de mal humor, porque eso no es en lo que la psicóloga y yo hemos quedado. Alison me ha ordenado que escriba en un papel las carencias más problemáticas de Néstor. Pero es que la pregunta que más me he repetido en el día de hoy y que menos me ha gustado que me hagan es esa: «¿Cuáles son los defectos de Néstor?».

Me avergonzaría aparecer en la próxima sesión con las manos vacías y admitir, para mi inmenso bochorno y para el regocijo de mi vecino, que no se me ocurre ninguno.

Es un cabrón conmigo, pero eso no significa que lo sea con los demás. Y por más que he desglosado en una detallada lista los aspectos de su personalidad que podrían ofenderme, no he conseguido dar con uno solo que sea perjudicial en lo más remoto.

Ni para mí, ni para su entorno.

- 1) Es malhablado, pero me encanta el fuerte temperamento de la gente aficionada a los juramentos y cómo la frase más insospechada puede resultar sorprendentemente divertida con un poquito de «cojones» por aquí y una pizca de «hostia» por allá.

Me da envidia que pueda expresarse con tanta vehemencia sin recibir una mirada admonitoria.

- 2) Sale a la calle como un desharrapado. No se ha enterado de que los pantalones rotos y de cintura baja dejaron de llevarse hace veinte años, y de que un señor elegante no va por ahí con camisetas blancas de tirantes, como un aspirante a Eminem. Pero ya me gustaría a mí ponerme lo que me diera la gana y que me importara un carajo lo que opinara mi entorno. Por no mencionar que el hecho de que su estilo personal no encaje con lo que mi padre denominaría «un caballero de la cabeza a los pies» no puede considerarse un defecto.

Cada uno tiene derecho a expresar su personalidad como mejor le parezca.

- 3) Escucha música producida por cantantes con muy mala fama entre las mujeres, pero apuesto a que si saco a colación el debate de si separar obra y autor es lo moralmente acertado, Néstor se ríe en mi cara y me suelta: «¿Quién ha hecho más daño a la sociedad española? ¿El Khaled, o tus antepasados de la ultraderecha?»... Lo cual sería un

excelente argumento si fuese cierto que mis antepasados son de la derecha radical, cosa que no he confirmado.

(Ni tampoco desmentido, porque me da miedo preguntarlo).

Podría decirle a Alison que es grosero, que va por la calle dándole patadas en el pecho a los críos y a las tiernas abuelitas y que un noventa por ciento de la contaminación medioambiental la ha causado su tabaco de liar, un Lucky Strike pestoso, pero es la persona más gentil que he conocido en mi vida: le encantan los niños pequeños, como demuestra que no le importe quedarse cuidando de los hijos de los Olivares, del niño de Susana o del pequeño de Javier — demuestra una paciencia especial con este último, tanto así que los síntomas de autismo de Blas se atenúan en su presencia—, y es tan asquerosamente educado con las señoras mayores que no entiendo por qué Virtudes Navas, la escritora del edificio, no lo ha convertido en el protagonista de una de sus novelas románticas.

Y ni siquiera fuma tanto.

Y, aunque lo hiciera, siempre me he sentido atraída por la languidez de un fumador acodado en una balaustrada.

Me encantaría decirle a la psicóloga que la deplorable actitud de Néstor hacia mí es el resultado de un carácter perverso, pero estaría mintiéndonos a ella y a mí. Su deplorable actitud hacia mí es el resultado de su odio. Él no tiene defectos, que yo sepa. Lo único que le pasa es que me odia por una razón desconocida, y yo decidí en su día corresponder ese odio porque, cuando alguien te desprecia con tanto fervor, no puedes quedarte parado; o te mueves o te absorben las hambrientas arenas movedizas en las que se convierte su implacable desdén.

—Me encanta cuando sacas tu carácter —reconoce Borja, obligándome a abandonar mis pensamientos. Enfoco la mirada en él y me topo con esa expresión traviesa que me conozco tan bien, y que nunca trae nada bueno o placentero. Alarga un brazo para rodearme por la cintura y acercarme a él—. Deberías hacerlo más a menudo, ¿sabes?

Esbozo una sonrisa circunstancial y, como la buena novia que intento ser, tolero que me estreche contra su cuerpo. Pero compruebo con el rabillo del ojo que el ascensor ya va a llegar al quinto. ¡Ja! No podrá prolongar el contacto por mucho tiempo.

Lamentablemente, Borja se encarga de posponer mi disimulada huida pulsando el botón que suspenderá el cubículo justo cuando ya hemos alcanzado nuestro destino.

—¿Qué haces?

—¿Qué crees que hago? —ronronea, deslizando las manos por mi cintura—. Aprovechar que llevas esa camiseta de tirantes y estás sudando por el esfuerzo, que luego, cuando acabas de salir de la ducha y ya te has vestido, no me dejas ni acercarme a ti.

«¿Y eso no te da una idea de lo que opino sobre tus acercamientos?», me dan ganas de responder. Pero como cada vez que Borja me pone la mano encima, me resigno.

No tengo derecho a negarle un poco de cariño de vez en cuando.

Es mi novio, y lo normal es que tu novio ejerza su derecho a tocarte.

Lo que no es normal es que tu novio te sea indiferente, y eso cuando no lo encuentras directamente repulsivo. Lo que no es normal es que hayas perdido la esperanza de levantarte un día, mirarlo a los ojos y descubrir que es el amor de tu vida y que si no le haces el salto del tigre en el próximo segundo te consumirás como una mecha corta.

—Anda, Gloria, pon algo de tu parte —se queja Borja, separándose para mirarme con el ceño fruncido.

—Es que me agobia el espacio tan pequeño, y me siento incómoda con el calor que hace, y...

—Siempre hay un problema, joder —rezonga, sacudiendo la cabeza. Se aparta a desgana. En otro momento me habría sentido culpable por decepcionarlo, pero ahora solo puedo contener un suspiro de alivio—. El día que te acerques a mí por decisión propia voy a armar una fiesta, te lo juro.

Yo sería la primera en aparecer con las maracas, de eso que no le quepa duda.

El pulso se me acelera cuando las hojas de acero abren paso al gesto contrariado de Néstor.

Al principio, él no repara en nuestra presencia. Está distraído toqueteando la campanita de emergencias y mascullando por lo bajo una queja ininteligible. Lleva un pantalón de chándal gris, unas deportivas desgastadas y una camiseta de tirantes que deja a la vista la colección de tatuajes que le llega hasta el cuello. De su venoso antebrazo cuelga la bolsa de deporte que arrastra al gimnasio.

Su incompreensión se convierte en irritación en cuanto hace contacto visual conmigo.

Bufa con un amago de sonrisa despectiva.

—Hombre, pues claro que tenías que ser tú la que dejara varado el ascensor. Si quieres manosearte con tu novio un ratito, espera a estar en tu casa, que algunos tenemos cosas importantes que hacer.

Con Néstor no te puedes encoger de hombros, así que le ladro en respuesta:

—¿Tú no vas a hacer deporte? Pues empieza bajando las escaleras, listo.

—Vamos a ver... —Mira al techo con exasperación—. Sé que el concepto de comunidad se le antoja demasiado comunista a la zarina rusa, pero todo esto que ves —abarca el rellano con un amplio gesto que le tensa los músculos del pecho, visible gracias al escote de la camiseta— nos pertenece a todos. No puedes utilizar el ascensor como picadero, ¿lo entiendes? ¿O te lo explico con peras y manzanas?

—Se nota que tienes manzanas a mano, porque no es la fruta que más ayuda con el estreñimiento. Prueba el kiwi, amargado, que falta te hace —le espeto con el vello erizado. Discutir con él es como el descenso de una montaña rusa letal, incluso si el enfrentamiento dura cinco segundos y lo he iniciado yo.

Me agacho a coger una de mis bolsas y salgo del ascensor, dejando a mis espaldas a un pasmado Borja, para arrastrarlas hasta el felpudo donde pone «Si vienes a robar, mi vecino es rico». Al pasar por su lado airadamente, capto el olor a desodorante masculino y espuma de afeitar.

No parece que lo haya hecho. Que se haya afeitado, digo. Siempre se le queda una sombra de barba; el gran drama de ser moreno como un jeque.

Cuando voy a girarme para recoger el resto de la compra, observo que Néstor viene hacia mí con las dos bolsas que quedaban. Las suelta con cuidado a mis pies, sin dejar de mirarme con una ceja desafiante enarcada, y acto seguido se agacha para meter la mano en una de ellas. Saca un kiwi con una sonrisita de sobrado, lo lanza al aire para cogerlo al vuelo y se lo guarda en la bolsa de deporte.

—Gracias por la recomendación. Te haré saber cómo me sienta.

Se da media vuelta y se interna en el ascensor. Allí se coloca los auriculares y me lanza un guiño envenenado que me endereza más rápido que si un general hubiera gritado «¡firmes!».

Todavía tardo en reaccionar cuando las puertas se han cerrado, pero en cuanto vuelvo en mí misma, me giro hacia Borja, todavía furiosa por el encontronazo.

—¿Por qué no me has defendido?

—Sí, hombre... Venga, Gloria —se ríe él entre dientes—. No iba a perder el tiempo con ese imbécil.

Metó la llave en la cerradura, como si esta tuviera la culpa de mis desgracias. Aprovechando que le doy la espalda a Borja, cierro los ojos y me muerdo con fuerza el labio para no gritar. Luego me agacho, como si aquí no hubiera pasado nada, y cargo de nuevo las bolsas.

Será un imbécil, eso no se puede negar, pero por lo menos me ha ayudado con la compra.

Otros no pueden decir lo mismo.

Capítulo 3

DIOS LE DA PAN A QUIEN NO TIENE DIENTES

Néstor

—No me lo puedo creer. ¿Tan lejos sois capaces de llegar para que os eche una mano?

Eli tiene la decencia de agachar la cabeza y murmurar unas disculpas afectadas. Tamara, en cambio, me sostiene la mirada sin pestañear, más que orgullosa de su dudosa hazaña.

La conozco desde hace años. Ya debería haberme acostumbrado a que se ponga a la defensiva cuando alguien le echa en cara sus actitudes reprobables. Pero hoy no voy a pasar por el aro, y lo dejo claro alargando la mano hacia la puerta de la furgoneta del cáterin.

—¡No! ¡Néstor, por favor! —me ruega Eli, agarrándome de la muñeca—. No puedes irte ahora. La fiesta de jubilación empieza en dos horas y no nos daría tiempo a encontrar a otra persona. Por lo menos, no a otra persona con las habilidades que tienes tú.

—Habla por ti —rezonga Tamara. Se ha cruzado de brazos en el asiento del piloto porque, como ella dice, es «comandante de su propio destino y conductora de su propia *fragoneta*». Dice la palabra mal aposta porque «al ser una minoría oprimida, asegura tener todo el derecho de tomarse licencias creativas». Pasa demasiado tiempo con Edu—. En esta ciudad de la verga hay unas cuantas personas que quedaron debiéndome un favor. Les hago un llamado ahorita y ya estaríamos.

Su respuesta de sobrada solo me cabrea más.

—Tú no das el brazo a torcer ni para hacer press banca, ¿no? —le gruño, y entonces sí giro la manivela para bajarme del condenado vehículo.

—¡Mejor morir de pie que vivir de rodillas! —la oigo espetar.

—¡Néstor! —grita Eli con horror. Pronto comprende que yo no soy el problema de esta pequeña sociedad que hemos improvisado, y castiga a Tamara con una de sus miradas perdonavidas; miradas de coleccionista debido a su exclusividad, porque la chica es inofensiva—. Tamara Valeria Tetlamatzi, como no te disculpes ahora mismo, te juro por lo que para mí es más sagrado que vendo mis acciones de la empresa y te las apañas tú sola para sacar adelante El Yum y el Ñam.

Así es como se llama el cáterin donde trabajan, y con el que les echo un cable cuando les sobra el parné y se pueden permitir dos manos extra. Y si es por poder, podrían invitarme a currar siempre que se les antojara. Todo el mundo ha oído hablar de la devorahombres mexicana que dejó su máster de hermenéutica para hornear pasteles, y de la modosita francesa que vive con ella, pero pocos saben que Tamara se vino a Madrid porque su familia pudo pagar el billete de avión al contado, y que Eli es la heredera de los viñedos bordeleses más prósperos de Francia. Lo que pasa es que, como tanta otra peña de esta ciudad, prefieren actuar como si fueran dos humildes trabajadoras de clase media que airear sus privilegios.

En cualquier caso, no son las dos grandes intérpretes de la modestia económica que más me desagradan. Por lo general, me caen de maravilla. Salvo cuando me ocultan que Gloria va a estar presente en la fiesta de jubilación donde estaré sirviendo canapés, y no me lo mencionan hasta

que me he puesto el polo de la empresa, he dejado el gato en manos del vecino y he cancelado mi fiesta de cumpleaños.

Bueno, no tengo gato y no es mi cumpleaños, pero ¿y si hubiera llevado a cabo todos esos esfuerzos para luego toparme de cara con Gloria? ¿Es que nadie piensa en los niños... de veinticinco años?

Tamara suspira a regañadientes.

Cuenta la leyenda, léase con elevado dramatismo, que solo Eli sabe ponerla en su lugar.

—Ya va... Lo siento, Néstor —masculla con un hilo de voz.

Me giro hacia Tamara con mi mejor cara de ofendido. La he perfeccionado para que parezca que me estoy haciendo de rogar cuando solo quiero una disculpa. La triste verdad es que no estoy en posición de apearme del barco. Necesito la pasta. Siempre necesito la jodida pasta. Y si mis fórmulas de subsistencia interfieren con mis principios, pues mala suerte.

—¿Ya está? —me quejo, cruzado de brazos en la acera.

—No pensé que fuera necesario contártelo —se defiende Tamara—. Tampoco es como si tuvieras que darle cháchara, ¿sabes? En estas fiestas hay que estar muy pendiente de las necesidades de los invitados, no de si pulula por ahí tu enemiga ancestral.

—Ya me encargaré yo de que Gloria esté bien atendida para que no te tengas que acercar —se apresura a asegurarme Eli.

Tamara bizquea.

—No sea que pille la peste bubónica... —rezonga por lo bajini.

—Con esa actitud no vamos a llegar muy lejos tú y yo —la advierto—. Di la verdad: te has reservado ese detalle porque sabías que os iba a cobrar más la hora por las molestias.

—¿Cómo que cobrarnos más? ¡Ya valiste! —espeta la mexicana—. ¿Qué complemento salarial te tengo que pagar? ¿El de los dos cojones que tienes y que a mí me faltan?

—Más bien me debes el plus de peligrosidad, penosidad y toxicidad —replico, triunfante—, ¿o no te parece que estás poniendo en riesgo a los invitados al juntarnos a Gloria y a mí bajo el mismo techo durante seis, siete horas?

Eli tuerce el gesto, pensativa. Ni siquiera me lo rebate. Debe de estar imaginándose lo mal que podría salirle el curro si yo no contuviera mi lengua y acabara voceándome con Gloria delante de los Valdecasas de León y López-Portillo.

—¿Diez euros la hora? —sugiere, dudosa.

—Doce.

—Once —interviene Tamara, sospecho que solo para formar parte de la negociación. Con tal de que no la excluyan, es capaz de unirse a las actividades más peregrinas. Se fue a un viaje del Imerso con Virtudes sin haber cumplido los treinta porque no iba a renunciar al bufé libre del hotel.

—Doce, y de este carro no me baja ni Dios.

—De acuerdo, doce —suspira Eli, y me tiende la mano para ayudarme a subir de nuevo a la furgoneta.

La acepto y me impulso desde la acera para dejarme caer a su lado con una sonrisa amarga. No se puede uno quejar de ganar alrededor de setenta pavos en una noche cuando está acostumbrado a que no le paguen las horas extra, los cierres, las bajas justificadas, las vacaciones... El trabajo que Eli y Tamara me dan, aunque sea exigente de narices, contribuirá a esquivar la ruina económica un mes más.

Pero setenta son pocos euros si debo aguantar a la marquesa.

Apuesto por que ha sido gracias a ella que El Yum y el Ñam ha conseguido este curro. Y no es cualquier curro. Las ha contratado el mejor bufete de abogados de la calle Génova: Valdecasas y Asociados. ¿Y quién es el que se jubila y ha querido celebrarlo por todo lo alto? Nada menos que el Valdecasas en cuestión, genio y figura de la empresa más sucia de la capital... y padre de la criatura, por cierto. El menda debe de tener en su poder una agenda de políticos, economistas, artistillas y otros indeseables forrados de pasta a los que recomendar El Yum y el Ñam si esta noche bordan el servicio. No pueden permitirse fallar, y de ahí que me hayan llamado a mí, Míster Años De Experiencia En La Restauración.

La búsqueda de empleo de calidad siempre se me ha complicado por el asuntillo de la procedencia, pero aparte de marroquí, soy guapo. Gracias a aparentar más de dieciocho, siendo adolescente me cogieron en una cafetería de Fuencarral, en otra de Plaza Mayor, y hasta en un par de *chill out* de Malasaña. Solo me aceptaron como relaciones públicas de una discoteca porque me sientan bien las camisas blancas y me inventé que era griego, lo cual está regular, porque sigues siendo inmigrante, pero no tanto como para perder el toque de exotismo romantizable.

Fueron unos tres meses de verano la hostia de graciosos. Los dediqué a buscar vocabulario griego en internet para enseñarles palabras a mis compañeros, porque nunca falla el lerdito que te dice: «¿Que eres de Sicilia? ¡A ver, venga, dime algo en italiano!», y no iba a permitir que me mandaran la tapadera al carajo.

Dios baraja las cartas y tú las juegas, ¿no? Pues yo siempre me esfuerzo por petarlo allá donde voy. Así pues, digamos que Eli no exagera cuando dice que en dos horas no encontraría a nadie con mi habilidad para servir al público. Ni en dos años. Porque no solo cargo las bandejas hasta arriba y me desplazo como la Pantera Rosa entre aglomeraciones, sino que cuando estoy en el papel de tragar mierda, trago mierda por un tubo.

¿Me toca un hijo de puta? *Sí, señor Hijo de Puta*, y le hago el saludo militar. ¿Alguien quiere que le consiga las siete bolas del dragón para adornar su ensalada? *Marchando una de esferas, señor*. ¿Cómo? ¿Que el cliente me ha llamado gilipollas? *Encantado de conocerle; puede llamarme Gilipollas*.

¿Me divierte? No. ¿Es vocacional? Por los cojones. ¿Es lo que lleva dinero a mi casa? Fundamentalmente. ¿Si me dicen que me tire por un puente, me tiro? Pues habría que ver cuánto me pagan, pero no lo descartaría. Encontraría la manera de caer de pie.

Como siempre.

En los aspectos técnicos de la chamba, Tamara no me ha mentido: para armar la fiesta han alquilado la azotea del Teatro Albéniz, que cuando no se vende a lo privado por una cantidad escandalosa de dinero es Nota Alta, un mítico *rooftop* con vistas a Puerta del Sol. Digo «mítico» para hacerme el interesante, porque yo aquí no he entrado en mi vida, pero cuando uno está en el mundillo de la hostelería sabe de buena tinta qué se cuece en cada cocina. Aquí, por ejemplo, sirven un sushi con calamares y cócteles con un precio de dos dígitos.

El proceso de preparación de la fiesta me lo voy a ahorrar. Son dos horas de correr de acá para allá como pollo sin cabeza para preparar la carta exclusiva que Padre de Gloria encargó al cáterin. Cualquiera diría que eso es lo estresante, pero yo estoy muy cómodo hasta que empiezan a llegar los invitados y toca representar el papel de este capítulo de mi vida llamado «Planta 7 de la Calle de la Paz».

Luces, cámara y acción.

La etiqueta del evento es la misma que la de la gala MET. No hay un alma que se haya arriesgado a aparecer sin corbata, quizá por miedo a las represalias que el homenajeado pudiera tomar por daños y perjuicios a su reputación. En total son cuarenta y cinco invitados. Es decir: a cada trabajador nos corresponde atender a más de una decena. Tamara no ha hecho bien las cuentas. Y elegirme a mí para un evento de alto *standing* no ha sido la mejor decisión de su vida, porque sea griego, marroquí o me hayan disfrazado de Baltasar para la Cabalgata, sigo teniendo la piel demasiado oscura para el gusto de algunos de los presentes. Lo noto en el modo en que me miran de arriba abajo y esperan a que me finja distraído para inclinarse levemente hacia su acompañante y, con toda probabilidad, hacer algún comentario racista seguido de: «Pero que no hay problema, ¿eh?, que yo tengo un amigo negrito».

Lo que me hace sonreír para mis adentros mientras me ocupo de que los platos vacíos desaparezcan por arte de magia y sean sustituidos de inmediato por nuevas fuentes de canapés es que Tamara y Eli también son inmigrantes. Lo de Tamara también les molesta, que nadie piense lo contrario. No puede mantener la boca cerrada y se niega a permitir que el acento madrileño se le contagie, así que me imagino las opiniones de algunos de los posibles votantes reaccionarios: «Hay que ver, nos han traído dos por el precio de uno».

Dos y no tres porque Eli es blanca como la leche. Uno no puede sino acordarse de aquel meme de Peter Griffin en el que le comparan con una paleta de tonalidades de piel para decidir si es o no de fiar.

En defensa de mis clientes de esta noche, diré que la mayoría no podrían ni figurarse de dónde soy porque no se giran a mirarme. Eso es señal de que desempeño mi trabajo como un profesional —el que sirve debe ser invisible, una especie de mago que se anticipa a las necesidades del público—, o de que están tan acostumbrados a ver extranjeros ostentando los trabajos precarios que ellos pueden permitirse rechazar que ni les sorprende.

Lo único que me tenía relajado era no haberme topado con Gloria, pero hasta esa ilusión se me arrebató en cuanto la localizo junto a la mesa de tentempiés hablando con su novio.

Primer pensamiento: a la desgracia le gusta la compañía. Y con «la desgracia» podría referirme a los dos, a Borja no-sé-qué-hostias —pero seguro que el apellido tiene guion y un pasado político cuestionable— y a Gloria María Valdecasas de León y López-Portillo, pero en este caso hablo de Borja. Y es que el notas es la personificación de la paradoja; no se puede ser más tonto, pero, oye, que de tonto no tiene un pelo. No es el único desgraciado al que podría gustarle esa compañía femenina concreta, o, por lo menos, no cuando la compañía lleva un vestido ajustado con la espalda escotada.

Ya lo sé, soy un cliché con piernas y mala hostia para parar un tren. El nene pobre que fantasea con la niña rica simple y llanamente porque está buena, pero a la que desprecia por todo lo que la define.

Nunca he dicho que sea mejor que los demás.

Solo digo que nunca he sido peor que nadie.

—Eh, tú —me llama Borja. Me llama a mí teniendo a Eli al lado porque me desprecia y quiere humillarme, y si alguien piensa que me estoy adelantando a los acontecimientos, pues que me permita decirle que le falta calle.

Hago de tripas corazón y me acerco, repitiéndome que debo ganarme el sustento.

Como mi psicóloga señaló hace meses en una sesión individual, suelo ser el que toma la iniciativa de aproximarse a Gloria porque tengo tendencias autodestructivas. Pero hoy no me

puedo permitir el enfrentamiento; ¿por qué, entonces, el enfrentamiento tiene que venir a mí, joder? No creo que sea porque el dicho de Mahoma y la montaña me venga al pelo por ser musulmán.

—¿Qué puedo servirte? —le pregunto con la justa cortesía.

—Ah —levanta las cejas con asombro exagerado—, ¿estás tuteando a los invitados?

—No se me ha indicado lo contrario.

—Cuando no se te indica lo contrario, ¿no deberías ser educado?

—Soy educado, no antiguo. En el siglo XXI se puede prescindir de las venias. ¿Puedo servirte algo? —insisto para quitarme de en medio lo antes posible.

—No, nada —contesta Gloria enseguida—. Perdona por molestarte.

Vaya, esas son las primeras disculpas que me ha pedido en años.

Borja no opina lo mismo y ladea la cabeza.

—Eres un poco vacilón para lo que estás haciendo, que es trabajar de camarero..., ¿no?

—¿Qué se supone que pretendes decir con eso? —replico sin inmutarme, abrazando la bandeja vacía—. ¿Que los camareros no pueden responder tonterías a las tonterías porque no llegan al salario mínimo?

No negaré que suelo estar a la defensiva, pero a veces exagero mi papel de defensor de la clase media-baja para sacarle los colores al cayetano de turno. Porque Borja es un cayetano de manual. Camisita de Spagnolo con tres botones desabrochados —sí, tres, como si esto fuera la Feria de Abril; ¿quién es el que no tiene modales? ¿No estábamos en un evento de alto *standing*? —, náuticos marrones, perfume de... Solo faltaría que me supiera el nombre del perfume, pero todos huelen igual. Y no es por hacerle *body shaming* a nadie, porque mi amiga Milu me coge y me despelleja vivo, pero aprovechando que no está aquí mi compañera de piso para reprochármelo, diré que tiene caderas de panadero, barriga cervecera y un intento de barba con la textura de los pelos del culo.

Qué bien sienta ser cruel para tus adentros.

Se lo recomiendo a todo el que tenga una conciencia que se lo pueda permitir.

—Yo no he dicho eso —se defiende con la mandíbula apretada.

—No sé qué has querido decir —continúo con inocencia—. Por eso te lo he preguntado.

Sabe que le estoy vacilando, pero no cómo devolvérmela. Y, como cada vez que un tipejo de sus fachas se siente profundamente indignado por el curso de una conversación, exige saber, con toda la intención de procurar que me despidan:

—¿Cuál de las dos es tu jefa?

—Ninguna. Soy un trabajador por cuenta propia contratado para la ocasión.

—No me digas. ¿Acaso estaban enfermos todos los camareros de Madrid? —Y mira a Gloria con una sonrisa orgullosa, esperando que su novia le plante un beso en los morros y le diga que acaba de hacer la mayor aportación a la comedia española desde el último especial de José Mota.

Ella está abochornada, claro.

Esa es otra cosa que me revienta de Gloria. Salir con un cantamañanas sería perdonable si estuvieras perdidamente enamorada de ese cantamañanas, porque, en fin, el amor es ciego, pero si lo haces con pleno conocimiento y sin ni siquiera respetarlo —porque cómo vas a respetar a un pavo que se peina las patillas—, eres tan cantamañanas como él.

—Déjalo tranquilo, por favor. Está trabajando, y tú ya tienes una copa en la mano...

Pero Borja no me va a dejar tranquilo porque me odia desde que me vio. ¿Porque Marruecos

le marcó tres goles a España en el último mundial? ¿Porque Tarik se cargó al visigodo Don Rodrigo en la batalla de Guadalete? ¿O porque su novia me tiene reservados sentimientos de odio más intensos de los que él jamás podría despertar en ella? Quién sabe, pero cada vez que nos hemos cruzado en una zona común, lo he visto en su cara de bobo: el deseo de inflarme a hostias. No lo ha hecho porque estaba en mi territorio —el edificio en el que vivo—, pero ahora estamos en el suyo.

—¿Pero no ves que está intentando humillarme? —espeta él antes de enfrentarme con los ojos lanzando chispas—. Si te digo que vengas, me preguntas qué necesito, tratándome con el merecido respeto, y te callas. Y si te pregunto algo, me respondes con la máxima educación.

—Si te tratara con el respeto que mereces —respondo antes de plantearme la opción prudente—, a lo mejor lo de «señor» me lo reservaba.

Él se inclina hacia delante con la mano en la oreja.

—¿Cómo has dicho? —inquieta en tono beligerante, retándome a repetirlo.

—¿Vas a querer algo aparte de que te acaricie el ego con alabanzas, Borja, o puedo ir a atender al resto de invitados?

—A mí no me hables así, puto... —El insulto se queda en el aire, pero los tres oímos a la perfección cómo iba a continuarlo. Se obliga a apretar la mandíbula, porque hasta él sabe que está fuera de lugar, y de pronto le asalta una duda—. ¿Cómo sabes mi nombre?

Pues mira, sé que te llamas Borja por la misma razón por la que sé que Gloria es alérgica al melocotón: porque a tus colegas tienes que tenerlos cerca, pero a tus enemigos, más aún.

—No me he enterado de él porque tu novia lo ande gritando por las noches, eso seguro.

Ese sería otro gol para Marruecos. ¿O no? Seguro que mi amiga Milu me acusaría de machista asqueroso por involucrar a una —solo por hoy— inocente, pero donde las dan, las toman.

¿No se supone que en la guerra y el odio... todo vale?

Borja empalidece con espanto y me mira con otros ojos, como si acabara de reconocerse como un contrincante digno. Apuesto mi vida a que es porque, sin darme cuenta, he tocado su punto débil. No me quedo a regodearme, aun así, y rehago mis pasos para atender a mi sector de invitados.

No creo que el novio de Gloria se arriesgue a armar una escena yendo detrás de mí. Y no me equivoco, porque pasan cinco minutos y el único que pide protagonismo es el único e inigualable Valdecasas de León y López-Portillo. La azotea está construida en un solo piso de tarima flotante, así que no tiene escenario al que subirse; ha de acallar al público haciendo tintinear una copa vacía con el cuchillo de la tarta.

Valdecasas de León y López-Portillo. Repetirlo una y otra vez es como una droga. Ojalá pudiera preguntarle dónde acaba su apellido y dónde empieza el de su mujer. ¿Es Valdecasas de León? Entonces ¿por qué Gloria no se llama Valdecasas de León López-Portillo, sin la «y» que convierte el apellido en una oración subordinada hipercompleja?

Si no hablara un acento madrileño perfecto, con sus laísmos incluidos, parecería un guiri de Benidorm. Tiene las entradas pronunciadas y los rasgos masculinos de un príncipe azul, barbilla partida incluida, pero en conjunto y gracias a un impecable traje de Emidio Tucci, es un tipo atractivo al estilo Bertín Osborne.

—Muchísimas gracias a todos por acompañarme en un día tan especial... y, en cierto modo, nostálgico. Esta mañana me despedí de mi último cliente, y no exagero si digo que ya echo de menos mi despacho, con su cafetera defectuosa incluida. —El comentario, pronunciado con la

inflexión perfecta para alentar las risas, levanta un coro de carcajadas—. Todo el mundo sabe que Valdecasas y Asociados ha sido mi casa durante los últimos treinta años. Mi mujer puede dar fe de ello. He pasado más noches retrepado en mi escritorio que con mi familia. —Más risas que me hacen torcer el gesto. *Eso no es algo de lo que estar orgulloso, amigo*—. Pero ha merecido la pena porque hemos hecho justicia, hemos ayudado al necesitado, hemos conocido a personas maravillosas que siempre llevaré en mi corazón... y en mi cuenta bancaria, por cierto.

Oírle decir que ha hecho justicia y ha ayudado al necesitado me da ganas de vomitar.

No hace falta ser un lumbreras para imaginarse que un despacho en la calle Génova con una mayoría aplastante de abogados corporativos no se encarga de defender a inocentes acusados por razones ajenas a criterios razonables, como la causalidad y la oportunidad. A mí, en lo personal, es que me consta que su bufete de mierda busca el impacto mediático y solo atiende al cliente millonario. Coge casos penales muy sonados y defiende al culpable, un amiguito del círculo cercano, y lo libra de la trena valiéndose de sucias artimañas.

Qué asco de gentuza.

No me doy cuenta de que estoy apretando los puños durante su discurso hasta que da un giro hacia el verdadero motivo de la celebración.

—No creáis ni por un segundo que me despido para siempre de la empresa, y no lo digo porque pretenda quedarme como principal inversor... y para asegurarme de que no le cambiáis el apellido —bromea. Su expresión se llena de ilusión al cuadrar los hombros—. Lo digo porque no pretendo daros un respiro. El próximo lunes ya habrá un nuevo Valdecasas de León en el bufete. Un Valdecasas de León recién graduado y dispuesto a aprender. Nada menos que mi única hija, Gloria. —El tipo sonríe y tiende la mano en la dirección de la aludida, que reacciona como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche—. Cariño, estoy muy orgulloso de ti y de lo que has conseguido. No me cabe la menor duda de que en esta nueva etapa seguirás demostrando que la sangre de tu padre corre por tus venas, y de que algún día me superarás con creces. Pero, hasta entonces, aprenderás de los mejores abogados de Madrid.

Esperaba ver a Gloria chocándole los cinco a los invitados que abrirían un pasillo para que trotara hasta su padre agitando los puños, igual que la estrella de un equipo de béisbol, pero nada más lejos de la realidad.

Gloria ha palidecido y hasta se ha mareado, porque está agarrando con fuerza el brazo endeble de Borja. Tarda un rato en recomponerse, rato en el que su padre no ha dejado de hablar sobre la disciplina, el negocio familiar, llevar la abogacía en el ADN y otras menciones a la pureza de la sangre que, la verdad sea dicha, parecen hacer apología al supremacismo. Ella se fuerza a curvar los labios, pintados en una sonrisa de mentira. Agradece los aplausos y vítores del público con discretos asentimientos. Luego, los invitados se le empiezan a acercar para palmearle la espalda, darle consejos; abrazarla con familiaridad, incluso. No deja de ser miembro de esta tribu de oportunistas.

La pierdo de vista entre la amalgama de trajes de etiqueta, y mejor, porque tengo que hacer mi trabajo y no quiero ver la cara de espanto con la que recibe una oportunidad única. La clase de oportunidad favorecida por el enchufe con la que los demás no podríamos ni haber soñado, así lleváramos toda la vida aspirando a pertenecer a las élites.

El refranero español tiene una frase para resumir cada circunstancia de la vida, y esta es la de la noche de hoy: Dios le da pan a quien no tiene dientes.

Capítulo 4

ÉCHALE CARA O CARGA CON TU CRUZ

Gloria

En cuanto el último desconocido termina de estrecharme entre sus brazos, me disculpo con una sonrisa de plástico para desaparecer de escena. No creo que a nadie le extrañe que tenga que hacer un viajecito al baño. Llevo toda la noche recibiendo miraditas de parte de mi madre exigiendo que me controle con el champán.

Spoiler: no me he controlado con el champán. Pero, la verdad, no es eso lo que me manda de cabeza al inodoro. Entre el comportamiento de Borja con Néstor y el inesperado anuncio de mi padre, temo irme de vientre antes de alcanzar el servicio de mujeres.

Y es que el servicio de mujeres, cómo no, está más solicitado que las playas mallorquinas en temporada alta. Mis sinceras disculpas al género binario y el protocolo, pero no estoy para hacer cola. Me doy media vuelta, ignorando si alguien me ha visto, y me encierro en el baño de hombres, donde, por supuesto, no hay un alma.

A veces me pregunto si es verdad eso de que Dios creó a Eva a partir de una costilla. Parece que lo que le arrancó a Adán fue un pedazo minúsculo de su vejiga. Las mujeres necesitamos vaciar lo equivalente a un manhattan cada cinco minutos, y ahí están los tíos: se pimplan tres litros de cerveza y no los manda el retrete ni la vergüenza.

A mí sí me mueve al baño la vergüenza. Y con asiduidad. Pero lo que siento ahora mismo, al mirarme al espejo y verme sudando, no es bochorno. Es la certeza de que estoy entrando en pánico y me voy a desmayar de la impresión.

—El próximo lunes, ya habrá un nuevo Valdecasas de León en el bufete —ha dicho mi padre.

¿De qué Valdecasas de León estaba hablando, si solo tiene una hija, y su hija aún no sabe si se va a tirar un año sabático, va a probar suerte tocando la viola en una orquesta profesional o se va a tragar una pastillita de cianuro para no tomar decisiones?

Pues qué Valdecasas de León va a ser, si no. La única Valdecasas de León a la que no se le consulta nunca nada antes de hacer público un anuncio que no estaba en su conocimiento, y cuya exclusiva, en todo caso, le concerniría a ella sacar a la luz.

Esto de las emboscadas no es nuevo. Más o menos así me enteré de que iba a cursar Derecho. Sucedió en una cena familiar que se celebró durante el primer período de admisiones. Mi abuela materna me preguntó qué iba a estudiar, y mi padre soltó que la matrícula llevaba hecha una semana.

Por un lado, le agradezco que me ahorrara los trámites burocráticos.

Por el otro, sentí el violento deseo de clavarle el tenedor en las córneas.

Pero es que si queremos jugar al juego de Harás Lo Que Se Te Ordene, podemos remontarnos a los siete años, cuando llegué del colegio y me encontré con un instrumento de cuerda frotada sobre la cama.

«Vas a tocar la viola», sentenció mi padre.

Yo no sabía ni lo que era una viola. De hecho, me pregunté por qué no un violín, que, dentro

de lo que cabía —hasta entonces solo había tocado el triángulo y la flauta dulce—, parecía un artefacto más popular.

O, por lo menos, no tan susceptible a las burlas de mis compañeros de clase.

Tuve pesadillas en las que se reían de mí por tocar un instrumento que no existía.

Para colmo de males, me dieron ganas de llorar. Llevaba tres semanas queriendo enseñarle el listado de actividades extraescolares para que me permitiera apuntarme a un taller de pintura al óleo. Para lo que me sirvió insinuárselo a mi madre en un trayecto en coche, quizá me habría convenido dejarme de sueños y esperanzas. Mi padre no tardó en convocarme en la mesa del comedor, que se sienta a presidir siempre que quiere intimidar a sus víctimas, y me dijo que el arte es de *hippies*, vagos y maleantes. En ese orden.

Tampoco sabía lo que era un *hippie*, no tenía una idea exacta de lo que era un vago, y la palabra «maleante» me sonó francamente terrorífica, como un sinónimo de «asesino», o algo así. Mi padre sabe cómo pronunciar determinados términos para que los odies tanto como él.

—Cariño, estoy muy orgulloso de ti y de lo que has conseguido —ha dicho delante de todos.

Clásico comportamiento de Valdecasas de León: alabarme en público y machacarme en privado. Esta misma mañana me ha arrojado las notas a la cara porque en mi colección de matrículas de honor destaca un lamentable notable. No le he podido decir que mis calificaciones son bastante mejores de lo que lo fueron las suyas en su día; me saldría otra vez con la perorata de que en aquellos tiempos había más contenido, menos facilidades, y era una LICENCIATURA, no un GRADO de PACOTILLA.

¿Estaría tan orgulloso de mí por lo que estoy consiguiendo ahora mismo?, ¿aguantar las lágrimas, la compostura y el deseo de salir ahí fuera y gritar que ya está bien, joder?

—Gloria, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has salido corriendo?

Ah, bueno, ya estamos todos.

Me giro hacia Borja para pedirle con una mirada desvalida que me dé el silencio y la soledad que necesito. Pero él ya se está acercando con un gesto que parece preocupado. No es una expresión que acostumbre a ver en mi pareja, y me siento tan atrapada en estas cuatro paredes que por un momento vacilo. ¿Será posible que, por una vez, le importe mi bienestar?

Siempre que me he abierto con él, he acabado arrepintiéndome. Pero ¿y si esta vez fuera diferente? Borja entenderá que me sienta presionada. Su padre le ha hecho lo mismo, obligarle a seguir sus pasos y recordarle que, incluso si reproduce cada éxito de su carrera en el mismo orden cronológico, nunca estará a la altura de sus expectativas.

Borja me pasa un brazo por los hombros para tranquilizarme. No me he dado ni cuenta de que estoy temblando. Trago saliva para tratar de serenarme, porque una cosa es hablarle con franqueza a tu novio, y otra muy distinta es llorarle con amargura. La segunda no es sexy.

La primera tampoco, pero sería perdonable.

Creo.

—Yo... —No puedo evitarlo, necesito comprensión, así que me arrojo a sus brazos y lo estrecho con fuerza en busca de un consuelo—. Ha sido horrible. No me lo esperaba. Creía que esto era una fiesta de... de jubilación, aunque... aunque... ¿Cómo no lo he visto venir? Me ha insistido en que venga. Llegó a decirme que tenía una sorpresa reservada para mí... No puede ser. No sé qué hacer.

Borja deja de rodearme con los brazos y se separa lo justo para escrutarme con extrañeza.

—¿Cómo que no sabes qué hacer? ¿A qué te refieres?

—Al bufete —respondo tras pestañear una vez con incredulidad. ¿De qué se pensaba que estaba hablando? ¿De mis dudas entre el menú A y el menú B? ¿O del puto vestido de la graduación?—. Yo... He hecho el máster de abogacía por si quiero ejercer algún día, por no cerrarme puertas, pero ahora mismo... Creo que... a mí... a mí no me gusta esto, Borja, a mí...

Él mira a un lado y al otro en busca de un público invisible con el que compartir su soberano asombro. O quizá para confirmar que nadie ha oído mi terrible blasfemia, que podría abrir una raja en el suelo y abducirme como el hereje que soy.

Libera la sorpresa con una carcajada que me sienta como una patada en el estómago.

—Estás sonando como una loca, Gloria —me dice en tono condescendiente, sujetándome los hombros—. Deberías salir ahí fuera y seguir aceptando las felicitaciones de los invitados. Estarán pensando que eres una desagradecida por abandonar la escena cuando eres la protagonista; tu padre el primero. No le puedes hacer ese desaire después de lo que está haciendo por ti.

El corazón se me resquebraja un poquito más al escucharlo, y no ya porque Borja nunca dé la talla cuando le necesito, sino porque ha demostrado de nuevo que su lealtad es para con Bernardo. No está de mi parte. Nunca lo ha estado.

He pensado muchas veces que estamos juntos por el capricho de nuestros padres. Bernardo, mi progenitor, y Patricio, el predecesor de Borja, se conocieron en el colegio, se siguieron el uno al otro a la facultad de Derecho y, juntos, levantaron el bufete de abogados. Como ambos son tan cuadrículados —y eugenésicos—, soñaron con que su descendencia heredara sus logros académicos y tuviera una relación igual de estrecha y duradera. Lástima que a uno le salió la niña, y a otro, el niño, y a pesar de los estudios sociológicos en los que ambos destacaron con matrículas de honor, ninguno de los dos grandes letrados concibe una amistad genuina entre personas de distinto sexo.

Así pues, cambiaron el plan y nos proclamaron marido y mujer a los cinco años, a cuando se remonta mi primer recuerdo de Borja.

Por supuesto, nuestras respectivas madres programaron sus embarazos a la vez para complacer a sus maridos. Si la mía no hubiera sido «víctima» de un parto prematuro —así lo cuenta ella—, ambas podrían contarle a todo el mundo que fecharon la cesárea el mismo día, y que Borja y yo estábamos destinados a formar una familia porque abrimos los ojos a la vez.

—Ahora no me importan los sentimientos de mi padre —proclamo con resentimiento.

Mentira. Si no me importaran, a lo mejor habría aprovechado los conocimientos legislativos que albergo desde que mi familia de abogados empezó a debatir cuestiones laborales delante de mí, y habría encontrado la manera de solicitar la emancipación.

—Pues deberían —me regaña Borja—. Es tu padre, y te ha ofrecido una oportunidad con la que muchos soñarían. Casi nadie puede hacer las prácticas en Valdecasas y Asociados, Gloria.

—¿Y no sería más justo que precisamente por la exclusividad del bufete, yo, una indecisa sin amor por las leyes, dejara el hueco libre para que alguien vocacional lo ocupara?

—¿Qué locuras dices? —Sacude la cabeza, y al ver que mi ansiedad solo aumenta, en lugar de desdecirse, chasquea la lengua con exasperación y extiende los brazos con tierna condescendencia—. Anda, ven aquí, idiota.

Me estrecha contra su cuerpo. Yo me dejo aunque no me apetezca, porque unos segundos atrás quería que me abrazaran y estaría confirmando la locura que me achaca si cambiara de opinión de repente.

Es la historia de mi vida. No tengo derecho a quejarme ni a decir que no.

Voy a ponerle las manos en la espalda, a sabiendas de que si me demoro mucho él podría ofuscarse por mi falta de entusiasmo, pero entonces noto que el tirante del vestido ya no está en su sitio. Sorbiéndome las lágrimas, voy a recolocararlo con un gesto indefenso. Se me olvida mi propósito al sentir una caricia atrevida entre las piernas, y la falda del vestido de cóctel cubriendo mucho menos de lo que debería.

—¿Qué haces? —balbuceo, juntando los muslos para bloquear el ascenso de la mano que Borja ha colado bajo la tela. Él me lo impide dándome un pellizco en el dorso y lanzándome una mirada de advertencia.

—Venga, no seas mojigata. Solo estoy intentando animarte de la mejor manera que sé.

—¿Esta es la mejor manera que conoces? —murmuro con un nudo en la garganta. Amago un paso atrás, pero Borja me mantiene pegada a su pecho con un brazo firme, y con el otro busca la tira lateral de mis bragas para bajármelas—. Borja, por favor... No me... no me apetece. Y aquí menos todavía. Estamos en un sitio público, mis padres están fuera...

—Siempre la misma cantinela, ¿eh? —Sueno resentido, pero mis negativas no le ofenden tanto como para detenerse. Empieza a repartir besos húmedos por mi cuello. Ahora que está entretenido y no puede verme, se me escapa una mueca de asco. Culebreo para que sus labios no me sigan tocando. Él percibe mi desagrado y, en una especie de reclamo o de castigo, me comprime tanto por la cintura que se me escapa un quejido de dolor.

—Borja, me... me estás haciendo daño.

—¿Yo te hago daño a ti? —jadea, indignado—. ¡Tú me haces daño a mí! Estoy harto de ser paciente, Gloria. Hemos llegado a un punto en el que hasta tu puto vecino se ha dado cuenta de que eres una frígida. A ti te importa una mierda el tema sexual porque eres una tía, pero para mí es humillante que sea tan evidente que nunca tenemos sexo. Eres mi novia —recalca con afán posesivo. Reconozco la rabia en su tono al afirmarlo, y me estremezco sin saber por qué, por primera vez asustada con su vehemencia—. Debería poder follarte cuando me dé la gana.

Quiero defenderme de sus acusaciones, pero el exceso de champán hace que la cabeza me dé vueltas. El único reproche que se me ocurre ni siquiera tiene que ver con nuestra intimidad. Más bien con su tendencia a imponer sus preocupaciones, a tratarlos como la prioridad sin importar las circunstancias; así me esté yo muriendo si no me siento arropada por su comprensión.

Muchas veces he llegado a la dolorosa conclusión de que esto se da así desde hace años porque no me merezco el consuelo que necesito. Porque pido demasiado. Porque soy una frígida de verdad, porque hago de su vida un infierno, porque lo avergüenzo ante sus amigos y los rivales que se inventa en su cabeza.

Acabo agachando la cabeza, avergonzada. Al final, no está diciendo nada más que la verdad. Soy su pareja. Debo proporcionarle algún tipo de placer.

Resignada, paro de apretar los muslos y, con ello, termina la resistencia. Él entiende mi claudicación como una bienvenida y gruñe de gusto antes de bajarme de nuevo el tirante y parte del escote del vestido. Me tengo que morder el labio para no sollozar cuando libera uno de mis pechos y hunde los dedos en torno al pezón sin dejar de batallar con mi ropa interior.

De pronto, es como si me saliera de mi cuerpo y mi alma se elevara hacia el techo. Puedo ver la escena desde fuera; puedo ver nuestras caras. Yo estoy pálida y un sudor frío me corre por la espalda, y Borja se ha ruborizado de puro regocijo, porque nada le gusta más que vencerme. No lo sé porque lo esté mirando, pues su mejilla se aprieta contra la mía mientras continúa su recorrido hasta mi sexo. Lo sé porque nos observo, y una parte de mi ser opina que debería estar

orgullosa porque mi físico despierte los instintos primarios de un hombre. Pero también estoy llorando en silencio por el modo en que se está desarrollando la noche, y no ya por la insistencia de Borja, que es el pan de cada día, sino por la última traición de mi padre.

Darme cuenta de que los hombres de mi vida no van a detenerse hasta anular mi voluntad me hace despertar de golpe. Me impulsa a contemplar de nuevo la escena desde esta altura privilegiada, pero ahora con ojo crítico y recelo, y entonces comprendo que nada de esto está bien. Y lo que es más: que no tengo por qué soportarlo.

—Borja, apártate —balbuceo sin voz. Trato de hacerme oír de nuevo sujetándolo por los hombros para tratar de retirarlo—. Borja, te lo pido por favor, no quiero... No quiero hacerlo.

Él se separa lo justo para taladrarme con una mirada hostil.

—Tienes que estar de coña. ¿Vas a dejarme a dos velas otra vez? —Al ver que no contesto, enrojece y aprieta la mandíbula para contener un improperio. Por un momento me quedo rígida, asustada ante la posibilidad de que su rabia se transforme en un arrebato de violencia física. ¿Desde cuándo me preocupa que pueda pegarme?—. Eres una puta calientapollas. ¿Qué esperas que haga ahora, eh? —Me agarra la mano y me la pone sobre el bulto del pantalón—. Ya la tengo dura.

—Pues hazte una paja, hijo de puta.

No sé quién se queda más pasmado al oír a un tercero presente, si Borja o yo. El tiempo se suspende y, por un instante, ninguno osa moverse; yo, por el bochorno de que nos hayan pillado in fraganti, y mi novio... No lo sé.

Es él quien se retira primero, escarmentado, y se arregla como puede el chino arrugado. Yo me doy media vuelta a toda velocidad para cubrirme el escote e intentar subirme las bragas, pero mis manos temblorosas no colaboran y me desespero tanto que arranco a llorar otra vez. Pensar en lo que podría haber pasado y en que haya tenido que ser Néstor quien intervenga solo empeora la situación.

Me siento inútil, débil, y no puedo controlar las lágrimas.

—No te metas en mis asuntos —le espeta Borja.

—No lo haré si tú te metes la polla en el pantalón.

—¡Pírate, joder!

—Y una mierda —ruge, fuera de sus cabales—. Yo no me largo hasta que te alejes de ella.

Sé cómo suena el Néstor enfadado. He tenido el dudoso privilegio de ser la causante de sus arranques furibundos en más de una ocasión. Pero ahora no parece enfadado. Ni siquiera solo ofendido en el nombre de la comunidad de aliados feministas. Suena tan mortal al hacer su advertencia que el corazón me da un vuelco, y tengo que mirarlo por encima del hombro, asustada, para asegurarme de que no va a matarlo con sus propias manos.

Y no, no lo va a hacer, pero casi. Se nota que Néstor había entrado a limpiarse una mancha del polo, porque tiene salpicaduras de un cóctel lechoso en el cuello y el ojal. Ahora también tiene los ojos inyectados en sangre y la mandíbula apretada para que la rabia no haga bailar su labio superior.

Borja no puede defenderse de la gravedad de lo que Néstor está insinuando con su ferocidad. No le veo la cara, pero me imagino que ha enrojecido de vergüenza. Eso es lo único que le haría huir con el rabo entre las piernas y sin mirarme una sola vez: la sola posibilidad de ser humillado, y, para colmo, por alguien que considera inferior.

En cuanto nos quedamos solos, Néstor se asegura de que todas mis piezas están en su sitio recorriéndome con una mirada veloz. No se mueve del sitio, con los brazos tensos a cada lado

del cuerpo y la sensación de que, si da un paso en falso, estallará una mina bajo sus pies. Al percatarse de que mis bragas siguen fuera de su sitio, se da media vuelta en silencio. Y le cuesta un mundo, como si de pronto tuviera los huesos de cristal.

Aprovecho el segundo que me ha concedido para arreglarme rápido.

—¿Te encuentras bien? —pregunta quedamente, pero le tiembla la voz al acabar la frase—. Cuando he entrado pensaba que solo estabais... No sería la primera vez ni la segunda que pillo a una pareja magreándose en el baño y no me queda otra que actuar como si no estuvieran ahí, pero...

—No te tienes que justificar —respondo entre balbuceos, terminando de alisar las arrugas del vestido.

Él se gira justo a tiempo para no cazarme en una situación comprometida, pero no porque haya cronometrado el tiempo de maravilla, sino porque mi contestación, para variar, le ha tocado un punto sensible. Y, cuando se enfada, no puede contenerse. Es un caballo desbocado.

—Sí me justifico —espeta entre dientes—. Sí me justifico, porque debería haberlo interpretado como lo que era y haber dicho algo antes. Vete a saber lo que habría hecho él si...

—No habría pasado nada —me apresuro a replicar a la defensiva, reacia a darme por aludida con lo que está dando a entender. Si me paro a pensarlo, no podré respirar—. Es mi novio. Nunca me ha forzado, ni nunca me ha... No es como si me hubiera traído a rastras hasta aquí, ¿sabes? He venido a esconderme del festival que se ha montado fuera, y él me ha seguido para confirmar que me encontraba bien. Estaba preocupado —apostillo, desesperada por convencerlo de mi argumento. Pero sudo la gota gorda por el camino, y todo para nada, porque compruebo gracias a su gesto desdeñoso que no me cree ni media palabra.

Néstor no aparta la mirada de mí. Se cruza de brazos muy despacio, declarando aquí y ahora que no piensa moverse del servicio de caballeros.

—La pareja del año, ¿no? —ironiza sin ápice de burla, más bien pendiente de cómo voy a gestionar la defensa.

—Borja tiene sus cosas —reconozco con debilidad, frotándome los brazos. Se me ha puesto la piel de gallina—, pero nadie es perfecto, ¿vale?

—¡Venga ya, joder! —exclama al límite de su paciencia—. ¿Por qué eres así?

Su repentina desesperación me aturde.

—Así ¿cómo?

—«No, si yo quiero a mi novio», «no, si me vuelve loca la ética kantiana», «no, si a mí me encanta ser abogada»... ¿Por qué no dejas ya la pose? Tu novio es un mierda, y lo sabes; te gusta la novela romántica y preferirías morir a trabajar en el bufete de tu padre. Te lo he visto en la cara. Yo, y también todos los invitados. Pero todavía vas a tener el valor de decirme que Borja no-sé-qué-hostias es el príncipe azul, y de salir ahí fuera y recoger tu premio saludando como los reyes de Inglaterra —prosigue cargado de resentimiento—, incluso si todo eso te jode la vida... o la integridad física.

De pensar en haber sido tan evidente como para merecerme una reprimenda de mi padre, me echo a temblar.

Bernardo Valdecasas de León sigue siendo mi mayor preocupación ahora mismo.

—¿A qué viene lo de la... novela romántica? —murmuro aun así, confusa.

—Es un ejemplo que sirve para demostrar mi argumento —continúa. Aunque su tono es el de quien se ha propuesto sacar de quicio a su interlocutor, avanza hacia mí con cautela, como si temiera espantarme—: que eres pura apariencia. ¿Así es como va a ser tu vida, Gloria?

¿Dejándote machacar por ese pringado cuando no lo respetas, y haciendo lo que te ordene papi? ¿Tan poca personalidad tienes que te contentas con lo que te imponen, porque así no te ves obligada a pensar por tu cuenta?

—¡Cállate! —le espeto de mala manera, acusándolo con el dedo. Ahora sí ha tocado mi punto débil—. ¡Tú no sabes nada! ¡Y esto ni siquiera viene a cuento! Si tan terrible crees que ha sido lo que has visto, ¿no deberías estar consolándome? ¿O volviendo sobre tus pasos para seguir trabajando?

Él levanta las dos manos para dar a entender que mi primer reproche queda fuera de su jurisdicción.

—Tú eres la primera que quiere actuar como si no hubiera pasado nada. Y si no ha pasado nada... —Se aparta para abrirme camino hacia la salida, que señala con un elegante gesto de mano—, adelante. Sal ahí fuera y ponte a estrechar manos, feliz por tu nuevo puesto.

Al respirar hondo en busca de una calma necesaria, la cercanía con su cuerpo me recuerda cuál es su olor natural. No se gasta el dinero en las colonias masculinas de moda, pero, aun así, huele de un modo reconocible y atrayente: a jabón, a espuma de afeitar —no se afeita siempre, pero se recorta la barba—, y a lo que quiera que le eche a su ropa cuando hace la colada. Nunca pensé que el uniforme de camarero pudiera favorecer tanto a un hombre, pero he de reconocer que verlo fuera de su chándal habitual me ha chocado nada más coincidir en el *rooftop*.

Trago saliva e intento huir de la condena de sus ojos oscuros, pero él no deja de exigir una explicación con la mirada.

—¿Qué sugieres que haga, si no? —me rindo, temblando por la impotencia—. ¿Que desafíe a mi padre? ¿Que salga ahí fuera y diga que Bernardo Valdecasas de León les ha gastado una broma, y yo, en realidad, me voy de ruta mochilera por Europa?

Néstor se cruza de brazos, una pose que ejemplifica de maravilla cómo se planta en que su sugerencia es la correcta.

—Por ejemplo —responde con sencillez.

—Es muy fácil de decir para ti —contraataco con rencor.

—Sí, es fácil de decir. Mira cómo lo digo. —Se señala los labios, mullidos y con el arco de Cupido muy marcado, y prácticamente deletrea—: Si no quieres hacerlo, no lo hagas.

Aparto la mirada, escarmentada y todavía nerviosa. Trato de ahuyentar la extraña sensación de ahogo que me deja haberme fijado en su boca.

—Eso a lo mejor es posible en tu mundo —musito, esperando no haberme ruborizado.

Su mirada se oscurece, y el desprecio vuelve a dominarla.

—En mi mundo eso es imposible, pero no en el tuyo. ¿Qué es lo que tienes que perder si tomas las riendas de tu vida? ¿La aceptación de tu padre? Porque nunca la tendrás —zanja con una sencillez apabullante—. Está claro que no te respetaría si fueras tú misma, pero tampoco lo hará si sigue viendo con qué facilidad te dejas manipular. ¿Los privilegios que vienen con tener un apellido compuesto, quizá? —continúa con su lluvia de ideas—. No vivirías tan holgada, tampoco tan cómoda, pero te voy a decir qué es lo peor que te podría pasar: que tuvieras que trabajar para ganarte la vida. ¿Y sabes quién tiene que trabajar para ganarse la vida? —Hace una pausa para inclinarse sobre mí—: Todo el mundo, Gloria.

Estaría mintiendo si dijera que no lo había pensado así, porque claro que lo he pensado. Llevo años acostándome con la tenebrosa sensación de que nunca podré decidir sobre mi propia vida con libertad plena. La sola idea me aterroriza tanto que acabo enumerando para mis adentros los pasos que tendría que dar para librarme de mi familia, y el primero es, por supuesto, encontrar un

trabajo.

Pero, de un modo u otro, me termino disuadiendo de huir. Lo he hecho desde el origen de los tiempos por razones justificadas: «Ya que estoy estudiando Derecho, tendré que llegar hasta la graduación o mi esfuerzo habrá sido en vano, ¿no?». «¿A dónde voy yo sin mis padres? Solo los tengo a ellos, a Borja y a un par de amigas de mi círculo social».

Amigas a las que lo único que les he contado en confidencia es que conseguí mi vestido en las rebajas, nunca las preocupaciones que no me dejan dormir... Pero amigas, al fin y al cabo.

Que yo sepa, no es como si estuvieran ahí para consolarte.

Pero ahora he acabado el máster. Si me colegio, seré oficialmente abogada. Eso debería garantizarme un trabajo en alguna parte. Y también acabé el conservatorio profesional hace años; tengo conocimientos de intérprete más que sobrados para que me contraten en una orquesta.

En el fondo, he sabido todo este tiempo lo que Néstor ha planteado con sencillez: que tendría que trabajar para ganarme la vida, como todo el mundo.

Y yo quiero ser todo el mundo. O, por lo menos, no quiero ser lo que soy ahora, una marioneta en manos de otros.

Inspiro hondo y cuadro los hombros, escarmentada con lo que he visto que me espera si no agarro las riendas y convencida de que es posible vivir de otra manera. Puede que hoy sea el día para demostrármelo.

Pero...

Como si Néstor hubiera oído mi vacilación, saca del bolsillo del chino una moneda de un euro. Se la planta en la palma de la mano y me mira a los ojos.

No sé si es ilusión por el que pueda ser mi futuro o el morbo de presenciar mi ridículo más espantoso, pero hay una emoción en su mirada que la hace brillar intensamente, y que me provoca un cosquilleo.

—Si sale cara, les plantas cara —propone—. Y si sale cruz... pues a cargar con ella.

Acto seguido, lanza la moneda al aire.

Ni falta hace decir qué es lo que sale.

La moneda es de Néstor. Era obvio que de mi parte no iba a estar.

Capítulo 5

UN DÍA MÁS EN MI CANAL

Néstor

Es hasta cómica la solemnidad con la que Gloria me mira después de comprobar que ha salido cara. Cualquiera diría que va a enfrentarse al megalodón con sus dos manos desnudas, y, lo digo en serio, ¿qué es lo que tiene que temer? A alguna gente se le nota demasiado que a) es hija única, y b) ha ido a un colegio privado donde le inflaban las notas.

Coge aire con una inspiración profunda y me esquivo para salir del baño con la determinación de un soldado. Yo la sigo para cerciorarme de que no se tropieza con sus propios pies por culpa del alcohol.

O de la adrenalina, que a menudo juega peores pasadas.

Apuesto todo lo que tengo a que se va a rajar en cuanto Valdecasas de León le arquee la ceja del «qué puñetas dices», y toda esa energía contagiosa que exuda va a acabar en una caja debidamente precintada en el desván.

¿Y a mí qué me importaría, si ese fuera el caso? Pues nada. Me alegraría por la parte de arruinarle la fiesta al miserable de su padre, al que considero que la vida no le ha dado las suficientes hostias. Podría decir, también, que se debe a que me gusta sacarle las canas verdes a la rubia, pero, la verdad, creo que ya le he causado suficientes problemas por lo que llevamos de noche. No pierdo de vista que ha sido un comentario de los míos el que ha desembocado en que su novio estuviera a punto de comprometer su integridad.

No tengo la culpa de que el cerdo ese viniera de fábrica siendo un energúmeno, pero sí de haberme burlado del que, al parecer, es su Imperio romano: que Gloria no lo toque ni con un puntero láser.

A un lado que sus problemas sexuales me hayan entusiasmado hasta un punto inexplicable, estoy avergonzado por no haber sabido controlar mi exabrupto posterior cuando lo que necesitaba no era que la presionaran, sino que la abrazaran. Me consuelo con saber que si Gloria fuera de las que piden abrazos, yo no sería su primera opción. Apuesto a que lo último que quiere de mí es que la compadezca, así que ¿de qué otra manera iba a reaccionar, si no era instándola a olvidarse del incidente focalizando su rabia en asuntos menos importantes... pero también urgentes?

Huelga decir que no odio a nadie tanto como para que me complazca verle sufrir una agresión. Y he de admitir que darme cuenta de que no me ilusiona que le hagan daño ha cambiado mi actitud. Esperaba que me afectara, claro; como a cualquiera que esté en contra de la violencia. Pero no así. No como si se hubiera tratado de un ataque personal.

Después de haber atestado un episodio semejante, me he comprometido con el rol de guardaespaldas no requerido, papel que contempla seguir a Gloria con la mirada en su camino hasta su padre. No me queda otro remedio que permanecer en un segundo plano en cuanto Valdecasas de León la localiza y finge no estar furioso con su estampida.

Extiende los brazos, invitándola a refugiarse en ellos.

—Ya pensábamos que te habías desmayado de la ilusión —bromea el padre.

—¿De la ilusión? —repite Gloria en voz alta. ¿El propósito? Que todos la escuchen—. Más bien del espanto.

El corazón se me para.

Oh, joder... No puede ser. ¿Acaba de decir eso? ¿En serio va a rechazar su propuesta? Y yo que creía que iba a presenciar un ridículo para los anales de la historia; la mayor batida en retirada desde que los alemanes atravesaron las estepas rusas en pleno invierno.

He subestimado lo que el champán puede hacer en el torrente sanguíneo de una mujer de metro sesenta y cinco.

En otro orden de cosas bastante más satisfactorias, la cara del pijeras está para enmarcarla.

Pocas veces he disfrutado tanto presenciando la humillación de alguien.

—¿Cómo? —pregunta en voz baja. Su tono oscila entre la amenaza y la perplejidad. Le está dando la generosa oportunidad de desdecirse; oportunidad que ella se pasa por el forro.

—Lo que has oído.

Gloria se cruza de brazos, y acto seguido se gira hacia la concurrencia. La locura avivada por la borrachera se manifiesta en el brillo de sus ojos azules, con los que recorre el perímetro, extasiada por la atención recibida.

No es solo el alcohol lo que la motiva, lo sé. Es el arrebato de valentía, la adrenalina que a uno le desborda el torrente cuando acaba de sobrevivir a un ataque a traición.

Si no lo sabré yo mejor que nadie.

—¡Atención! ¡Escuchad! Mi padre solo estaba bromeando hace un rato. No voy a entrar a trabajar en su bufete porque, en primer lugar, todavía no he decidido qué pienso hacer con mi futuro, y, en segundo lugar, no se puede aceptar una oferta que no te han hecho. La verdad, me he enterado de la magnífica oportunidad a la vez que todos vosotros. ¿No es gracioso?

Un murmullo confuso se levanta entre el público.

Observo el intercambio de miradas. Unos se muestran confusos ante el dramático giro de los acontecimientos. No saben si era antes cuando se estaban quedando con ellos, o si es ahora.

Otros, los que se pueden figurar que el numerito va en serio, no pueden ocultar su pasmus.

—No digas tonterías, Gloria —interviene el padre, alargando la mano para cogerla del brazo. Intenta tirar de ella hacia un rincón—. Hay que ver... ¿Quién fue el lumbreras que decidió servirle alcohol a la juventud? ¿Cómo se ponen las mujeres con un par de copas...! —ríe histérico, tratando de disimular la ira.

Gloria lo interrumpe sacudiéndose su agarre con una agresividad que congela a la concurrencia. Yo me tenso inevitablemente, por si acaso su padre se pareciera en algo a mi estricto abuelo musulmán y decidiese abofetearla para enseñarle modales.

Busco a Tamara y a Eli entre la gente. Veo que me acompañan en el sentimiento al fijarme en que la primera se ha quedado boquiabierta, y la segunda ha palidecido.

—Puede que esté un poco borracha —reconoce ella. Se tambalea al dar un par de pasos atrás. Uno de los invitados que andaba cerca, un cincuentón con una graciosa corbata estampada, se encarga de restablecer su eje cogiéndola de los hombros con delicadeza. Gloria ni se cosca—, pero eso no significa que no sepa de lo que hablo. Me daría cuenta de las que son tus estrategias incluso dormida. Estoy muy acostumbrada a esta clase de puestas en escena, ¿sabes? No es la primera vez que decides por mí..., pero te aseguro que va a ser la última.

—¡Amén! —grita Tamara con una mano en alto.

Eli no tarda en agarrarla del codo y bajarle el brazo. Con la bronca que arranca a susurrarle

aceleradamente, yo diría que le está exigiendo que se muestre neutral.

Aunque solo sea por el futuro de su empresa.

—Gloria... —advierte Valdecasas de León. Le honra no haber mirado alrededor para comprobar la reacción de sus invitados, y sí haberse centrado en su hija. Para variar—. Ya hablaremos de esto en casa.

—¡No me da la gana! —espeta con los puños crispados—. ¡Estoy harta! —Encara de nuevo a los presentes. Algunos se han ruborizado de vergüenza ajena; otros, como yo, disimulamos que está siendo la mejor velada de nuestras vidas—. Yo sé que la mayoría de los que estáis aquí admiráis a este hombre porque no os queda otro remedio. Si no lo hicierais, se encargaría de que no tuvierais trabajo. ¡O dinero! Juega con las vidas de los demás como un maestro titiritero, y ni siquiera se molesta en disimular que se divierte manipulándonos. Al menos, no conmigo. He llegado a mi límite.

»No pienso convertirme en una abogada de renombre si no me da la gana, no pienso seguir con Borja si no me da la gana, y no pienso tocar la viola... Bueno, eso sí, porque da la casualidad de que me gusta hacerlo —añade con la boca pequeña—, ¡pero no tenías derecho a imponérmelo! ¡No soy tu juguete! ¡Soy tu hija! —Se gira en redondo hacia donde se encuentra Borja, y apostilla—: ¡Y tú ya no eres mi novio, que lo sepas!

Valdecasas de León se queda traspuesto a unos niveles absurdos, lo que cabe esperar en alguien que no está acostumbrado a que le repliquen. Me juego el cuello a que no solo es la primera vez que su primogénita le grita, sino que es la primera vez que su primogénita habla sin que antes le haya dado permiso.

Pero es que Borja reacciona igual.

—Ya está bien —zanja el padre con sequedad—. No voy a tolerar ni un segundo más de este sinsentido.

—Ni yo voy a tolerar un segundo más en tu presencia —contraataca Gloria con frialdad—. Lo mínimo que podrías hacer si fueras un padre decente es callarte y escuchar lo que tengo que decirte sobre mi vida, algo que me concierne a mí en exclusiva. Desde que recuerdo, solo me has hecho desgraciada con tu obsesión por moldearme a tu gusto, y que sepas que has cometido errores garrafales; el primero de todos ellos es haberme juntado con Borja...

Justo cuando la cosa empezaba a ponerse interesante, porque nada me complacería más que oírla admitir en voz alta que su novio es un cabronazo de los que ya no quedan, noto que alguien me toca el hombro.

Ahí está Eli, descompuesta y aterrorizada.

—Llévatela de aquí —me pide en voz baja—. Yo no puedo porque soy la responsable del cáterin, pero hazme el favor. Esto se va a poner muy feo.

—Por Dios, mujer, ¿qué crees que va a pasar?

—No me extrañaría que la mayoría sacara sus antorchas y arremetiera contra Gloria por desafiar el *statu quo*.

—¿Cómo?

Es una pregunta que encierra mi confusión, pero ella la interpreta como una petición de indicaciones exactas para cumplir su cometido.

—Coge la furgo del cáterin y ve a casa. Luego vuelves y nos ayudas a recoger, porque no creo que esto se extienda mucho rato después de lo que ha pasado... —Eli alza una mirada aprensiva hacia la Gloria desatada y se muerde el labio—. *Mon Dieu...* Qué desastre.

Estoy a punto de rechazar su amable alternativa y decirle que la chica solo se está

desahogando. Pero entonces el público lanza una exclamación ahogada. Acto seguido, un silencio fúnebre se apodera del salón. Gloria ha cogido una botella de champán de la mesa de tentempiés, le ha dado un largo trago y ha apuntado a su padre con el canto.

Por desgracia para los fines artísticos de esta representación, dicho canto no está roto.

Eso le habría dado el toque.

Suspiro y le lanzo una mirada resignada a Eli.

—Vale, me la llevo. Pero por el viaje en coche me pagarás una hora extra.

—Hecho —responde, aliviada.

No deja de sorprenderme el espíritu comunitario de los vecinos de la calle Julio Cortázar. Gloria no es ni de lejos nuestra inquilina del quinto preferida, porque va a su bola, apenas abre la boca y salta a la vista que a muchos de nosotros nos considera una panda de ineptos. Aun y con todo, ahí está El Yum y el Ñam, mediando para salvarla del estrépito.

Repitiendo una ristra de disculpas, me voy abriendo paso hasta Gloria, que sigue agitando la botella como si fuera la varita de saúco. No me importa que esté armada en el momento de la abducción porque estoy curado de espanto. Ya me ha arrojado todo lo que un ser humano puede arrojarle a otro, y con esto me refiero a: un zapato de tacón, un pintalabios MAC, un libro de tapa dura de setecientas páginas, una pinza para el pelo, toda su mano abierta, y...

Bueno, mejor detengo la enumeración, porque, si no, Gloria se queda aquí amenazando al personal hasta que chapen el chiringuito.

—Con permiso —intervengo mientras le paso un brazo por la cintura.

Ella respinga. Se gira con la botella en la mano y una mirada fulminante preparada para disuadir al atrevido, pero, por primera vez en la historia, se relaja al notar mi contacto.

Eso me permite arrastrarla fuera del recinto.

Valdecasas de León no solo no lo impide, sino que lo agradece con un suspiro aliviado. No recordará esta noche por la fiesta de su jubilación o por el brote psicótico que sufrió su querida hija, sino como El Día Que Un Moro Salvó Su Reputación.

No está nada mal para haber empezado el día sin expectativas, ¿eh?

Gloria se deja conducir hacia el ascensor. La tengo que apoyar contra el espejo, como si fuera una fregona, para que no se me derrumbe en bloque. Ella descansa la cabeza en una postura que recuerda al retrato de una dama enferma de melancolía y cierra los ojos, y yo, que iba a hacer un comentario perverso, acabo cerrando el pico y aprovechando su distracción para contemplarla.

Las lágrimas le han formado una medialuna de rímel grumoso en las ojeras, tiene purpurina de la sombra de ojos en mejillas y cejas, y el pintalabios desvaído por el centro de tanto haberle dado a la bebida.

Pero está guapa igual. Hay una fragilidad irresistible en el aspecto derrotado de las tías que acaban de volver de una *rave*.

Lo que también pasa cuando regresas de una fiesta es que sufres un momento de iluminación. Porque si no has tenido un pensamiento trascendental o una revelación volviendo de la discoteca, ¿acaso has ido a la discoteca alguna vez?

Gloria abre los ojos de golpe y clava su mirada en la mía, víctima de esa posesión espiritual.

—¡Ha sido increíble! —grita, levantando los brazos. Ya no sé si es el alcohol o la energía que corre por sus venas, pero lo que está claro es que algo la ayuda a bloquear la vergüenza de lo ocurrido—. ¿Has visto la cara de mi padre? Se nota que nadie le ha dicho ni mu en su vida. Es que mi abuela es una mujer muy complaciente, ¿sabes? Lo mimó demasiado. Claro que no voy a

echarle la culpa a mi abuela, pobrecita. A veces parece que, por unas o por otras, el problema siempre es de la mujer que le pille más cerca al capullo de turno... —Se cubre la boca de repente, y me mira con los ojos redondos. Se le escapa una risita nerviosa de lo más adorable—. ¿He dicho...? ¿Le he llamado «capullo»?

—Y con muy buen tino —le concedo con un cabeceo.

Empujo la puerta del ascensor en cuanto llegamos a la planta baja y le ofrezco la mano para guiarla hacia la salida. Ella la acepta sin reparo, lo que me hace sentir de forma extraña, como si estuviera en una película o en un sueño.

En la vida real sería imposible que esto sucediera.

Pero esta noche es un paréntesis entre los dos, un oasis en el odio desértico que nos profesamos, porque ni ella es la Gloria de siempre —está fuera de sus cabales—, ni yo puedo ser particularmente duro con alguien cuando anda medio tarumba, le han dado para el pelo hasta en el carné de identidad, y... y por qué no decirlo, también: cuando lleva un vestidito ajustado.

No seré bohemio, pero tengo dos características en común con los que así se denominan: soy más pobre que las ratas y me ablando ante la belleza.

—Me he quedado con ganas de decirle cuatro cosas —continúa, tambaleándose por la acera. Suerte que hemos podido aparcar la furgoneta en una zona reservada para carga y descarga cercana a Sol.

—Cuatro cosas habrían quedado mejor que las cuatrocientas que le has soplado, la verdad. Este tipo de broncas no se abordan con violencia, señorita, sino con contundencia verbal... Espera, deja que te ayude a subir.

Gloria se quita los zapatos —chica lista— y extiende los brazos para que la cargue en el espacio del copiloto. Me hace gracia su disposición a que la lleve de un lado para otro, igualita que si fuera una dama en apuros.

Sacudo la cabeza, exasperado, y la levanto por la cintura. Su perfume me acaricia las fosas nasales, mezclado con sudor, champán, y a lo que quiera que huelan las hormonas revolucionadas. Bufo por lo bajini, molesto porque ese aroma natural me la ponga dura, y la siento en su sitio como si fuera yo una niña de ocho años que personifica más de la cuenta a su muñequita preferida.

Pero ella se revuelve y aprovecha que la furgoneta cuenta con espacio para tres personas gateando hacia el interior. Con la travesura de plantarse en el asiento de en medio, el vestido se le sube más allá de lo que es recatado y acaba enseñando lo que no se me debe de enseñar.

Cierro la puerta airadamente, inquieto de pronto con la situación.

Rezo para que no haya vomitado para cuando logre introducir las llaves en el contacto.

Y no lo ha hecho, gracias a Dios. Gloria me espera sentadita con el cinturón puesto, la botella de champán abrazada y los pies pateando el aire, como los de una cría en un columpio.

Tengo que apretar los labios para no sonreír entre hastiado y divertido.

Gesto que, por suerte, ella no capta.

—Mi madre tampoco es encantadora, ¿sabes? —arranca a hablar con el ceño fruncido. Parece que un pensamiento desagradable la haya asaltado—. Ni te imaginas la que se armó cuando cambié de opinión sobre el vestido de la graduación. Me compré dos, uno morado con tirantes y bastante escotado, la verdad, sin demasiados ornamentos, y uno blanco con el cuello *halter* que se podría considerar más elegante. Mi madre dio por hecho que me pondría el blanco porque hubo que hacerle un par de retoques en la modista, pero en el último segundo me sentí como para ponerme el morado, y tú dirás: ¿y cuál era el problema? ¿Es que el vestido morado enseñaba las

partes nobles? Nada de eso, era perfectamente apropiado. Bueno, pues le comuniqué a mi madre el cambio de opinión, y ella me miró como si la hubiera traicionado. Le dio instrucciones a Isa, la empleada del hogar, de que no me planchara el vestido morado, y cuando fui a plancharlo yo misma, porque no estaba para tonterías, mi madre cogió y se cargó un tirante. Y pensarás: por favor, ¡si es un vestido de graduación! ¡Y lo ibas a llevar tú! ¿Qué más le daba?

—Eso suena bastante jodido —reconozco.

De hecho, si eso de romperle la ropa que le gusta y obligarla a obedecer mediante el chantaje emocional se da de forma frecuente, creo que entra en los márgenes del maltrato psicológico. Pero si Alison no se lo ha dicho, no seré yo quien destape el pastel. Por poco me hace el placaje del Rey Misterio cuando he insinuado que su novio es un puto abusón.

Y eso que lo es. Con todas las letras.

—Pero no se lo tengo mucho en cuenta porque no soy especial —continúa, gesticulando con naturalidad—. Una hace una puesta en común con sus amigas de las neuras que se le han tolerado a una madre y se da cuenta de que es normal tener una relación complicada con ella. Mi padre es harina de otro costal. Mi padre debería protegerme, ¿no? Y míralo. Ya le metía mano a mis asignaturas de la ESO. Yo tenía que entrar a letras por narices. Y hacer algún tipo de ejercicio, claro, no me fuera a poner gorda. No pude elegir entre natación y atletismo, tuvo que ser danza clásica, porque es lo que hacen las niñas. ¿Y lo de obligarme a ir a inglés y a alemán cuatro veces en semana, dos horas a cada clase? —bufa, pasmada—. ¡A dos cursos por encima del que me correspondía, sin ser yo bilingüe, para aprender más rápido!

—Por eso ya no te voy a compadecer. —Chasqueo la lengua sin apartar la vista de la carretera—. Ojalá los problemas del mundo real fueran que tu padre quiere y puede gastarse una cantidad indecente de dinero en garantizarte un buen futuro. Algunos nos teníamos que joder sin actividades extraescolares y sin inglés porque nuestra familia no tenía un duro. Y tuvimos que pedir prestado al vecino un traje que nos estaba grande para ir presentables a la graduación.

Gloria no responde ni enseguida, ni a los quince segundos. La miro de reajo, extrañado por su silencio, y la pillo con la cabeza gacha y la boca tensa. No como cuando se aguanta un insulto para tener la fiesta en paz, porque a ella le van las broncas bestiales tanto como a mí; más bien como cuando la mata la impotencia de no poder replicarme.

Recuerdo su espectáculo de hace un rato, y aunque no pienso ponerme en sus zapatos todavía, sí que me hago una idea de que las jaulas de oro tampoco son el sueño de una chica.

—Lo que quiero decir —me obligo a continuar en contra de mis principios— es que tu situación no es la óptima. Y claro que deberías tener tu libertad para elegir, pero, coño, Gloria, tampoco te cuelgues la etiqueta de la persona más desgraciada sobre la Tierra. Relativiza un poco, ¿quieres? A mí me jodía que mi abuelo me forzara a ver las películas en francés cuando yo hablaba árabe y solo empezaba a entender el castellano, pero aquí estamos ahora, sabiendo hablar los tres idiomas a la perfección. Y eso es gracias a que fuera estricto.

Aunque, para lo que me ha servido, no creo que hubiera sido un drama ver *El libro de la selva* en mi lengua materna.

He oído testimonios de mis colegas marroquíes a los que rechazaban en aeropuertos u operadoras internacionales a pesar de hablar cuatro idiomas a nivel nativo. Al principio pensaban que era porque no tenían un título académico que lo respaldara —era su palabra contra la del personal de admisiones—, pero ni siquiera encontraron curro después de gastarse la pasta en los certificados de C2.

¿Alguien puede figurarse por qué será? Venga, que le doy un premio al que lo adivine.

—¿Siempre tienes que minimizar todo lo relacionado conmigo? —espeta ella—. Seré una pija, una mimada y lo que tú quieras, no será que no me has insultado de lo lindo, pero, a mi manera, también lo paso mal.

Me habría encantado replicarle, pero avisto en una intersección a un par de agentes de policía dirigiendo el tráfico. Parece que han cortado una de las vías de cruce y tengo que esperar sus indicaciones.

Lo que me faltaba. Responder ante la pasma. Porque no me podían dejar pasar en cuanto me detengo donde me dicen con el intermitente puesto, claro que no: en cuanto uno de los municipales pasa por mi lado y ve a Gloria hecha un guiñapo, llorosa y con una botella de champán, y a mí con mis supuestas pintas sospechosas, las que tengo incluso de punta en blanco, me hace un gesto para que frene lo más cerca de la acera posible.

Obedezco con la mandíbula apretada.

Mientras me digo que solo me están parando porque Gloria parece haber sido víctima de un atraco, hago memoria para recordar mis últimos pasos.

No iba muy deprisa. La furgoneta es de la empresa de Eli, y seguro que Eli tiene todos los papeles en regla. Viniendo de Tamara, esa responsabilidad me habría extrañado más. Siempre que vamos de fiesta por Malasaña, es la única que se olvida el DNI.

Bajo la ventanilla e intento mostrarme amable.

—Buenas noches —saludo con un cabeceo, y hasta esbozo una sonrisita benevolente.

El tipo me hace un gesto impaciente para atraerme hacia él. Pensaba que me estaba diciendo que me bajara hasta que aclara:

—La documentación.

La rescato de la guantera y se la tiendo.

Mi más sincero agradecimiento al Néstor del pasado, el iluminado al que se le ocurrió coger el carné de conducir por si por casualidad le tocaba sentarse al volante.

El tipo parece decepcionado mientras comprueba mis credenciales. No es la primera vez que me toman por un indocumentado, quizá por eso no me molesta en lo más remoto.

—Néstor Kadiri —lee en voz alta—. Curioso. Néstor no suena muy... marroquí.

Me encanta cuando dan por hecho las cosas.

Y si soy sirio, iraquí o egipcio, o incluso español, ¿ahora qué, listo?

—Mi padre era madrileño —respondo con tranquilidad—, solo que mi abuelo, que es de quien heredó el apellido, no.

Él esboza una sonrisita despectiva. «¿Cómo es eso posible?», parece preguntar con su expresión, pero la gente aún conserva la vergüenza para no dejarse en evidencia.

—¿Kadiri, entonces? ¿Lo he pronunciado en condiciones? —Sin esperar a que responda, porque en el fondo le importa un carajo, ladea la cabeza para mirar a Gloria—. ¿Se encuentra usted bien, señorita?

Gloria elige este excelente momento para pronunciar el asentimiento más débil, afectado y sospechoso de la historia de los asentimientos.

Me hierve la sangre de pensar que haya podido hacerlo aposta.

—¿Le ha pasado algo? —inquieta. Como Gloria no contesta, enarca una ceja en mi dirección. A mí ni me trata de usted, ni me habla con suavidad—. ¿A dónde vas?

—La llevo a su casa. Ha bebido demasiado en la fiesta de la que viene.

—¿Y tú?

—Yo no, ni una gota. Estaba trabajando. La estoy acompañando porque es mi vecina —apostillo antes de que haga la pregunta obvia, que es de qué nos conocemos. Cosa que no debería importarle, por cierto—. Puede hacerme el control de alcoholemia, si quiere —añado, solo por mostrarme magnánimo. Con un poco de suerte, así me deja tranquilo.

—No me has dado la documentación del vehículo.

Me armo de paciencia con una inspiración disimulada y busco los condenados papeles en la guantera. Se los entrego sin mirarlos, rezando para no haber subestimado la prudencia de Eli.

En cualquier caso, si no ha pasado la ITV, el sablazo se lo meterían a ella.

—La furgoneta está a nombre de Eliodora Bonnet —anuncia el policía con frialdad.

—Es mi jefa.

—Salga del coche y abra el maletero.

Este tío me está jodiendo. ¿Qué cojones espera ver en el maletero? ¿Una bomba casera? ¿Y qué haría con ella a continuación? ¿Atarla al pecho de Gloria y detonarla en nombre de Alá? Los prejuicios de la gente son tan ridículos que me dan ganas de reírme.

Pero me bajo con la mandíbula apretada y el estómago revuelto por la combinación de odio y miedo que más desprecio. Ya ni siquiera tengo la tranquilidad de no estar haciendo nada malo. Si un poli te tiene entre ceja y ceja, y eso lo decide él en función de cómo le caigas, encontrará la manera de plantarte una multa.

Y yo no me puedo permitir que la pasma me mire con malos ojos.

—Es la furgo de una empresa de catering —le explico en tono desapasionado, disimulando que el corazón me late a toda velocidad. Tengo que morderme el labio para no hacer una aclaración que me pueda hacer ver más culpable; la evidencia de que no la he robado.

—Voy a llamar al número de la propietaria. Quédese aquí un momento.

Así que me quedo ahí un momento, tal y como me ha dicho, porque partirle los piños de un puñetazo frontal no es una alternativa real. Ya no es porque me pare o sospeche de mí, que entiendo que es su trabajo. Es porque los controles aleatorios nunca son aleatorios. Es por el tono con el que me habla, la condescendencia, el desdén. A nadie le gusta mirar a alguien a la cara y tener la certeza de que no le respetan porque le consideran un ciudadano de segunda.

El poli se lleva el teléfono a la oreja, y, como no puede ser de otro modo, nadie contesta porque Eli está trabajando todavía. Empiezan a temblarme las piernas cuando el tipo me lanza una mirada de «estás jodido, colega», pero me obligo a permanecer en pie con la postura más informal que puedo aparentar.

Como Eli no conteste, va a dar por hecho que la he mangado. Y sería una explicación muy peregrina, porque no soy la primera persona del mundo que coge un coche prestado, pero puede permitirse trasladarme a comisaría y seguir interrogándome.

Y si sigue interrogándome, dará con mi historial.

—Buenas noches... ¿Eliodora Bonnet? —dice de pronto, rompiendo un silencio terrorífico. El alma me vuelve al cuerpo—. Policía municipal. Acabo de retener al conductor de su furgoneta en la... Sí. Quería confirmar que usted había dado su beneplácito para... Ajá. No, no —se apresura a justificarse, ceñudo—, si es solo una medida de seguridad, una...

Por poco enarco una ceja. Parece que Eli está cuestionando la finalidad de la llamada. Solo de pensarlo, el pecho se me llena de una inusitada calidez.

Al tío, en cambio, se le ve verdaderamente jodido por no poder seguir jugando con mis

nervios. Pero cuelga con satisfacción, porque ya me ha visto sudar la gota gorda, y eso es suficiente para satisfacer sus objetivos.

—Por los pelos —dice con una sonrisa burlona—. Puedes seguir circulando.

Me limito a asentir con la cabeza, porque si tuviera que darle las gracias, me dispararía en el cielo de la boca.

¿«Por los pelos»? Hijo de la gran puta.

Regreso al asiento del piloto con los hombros como pendientes y una tensión generalizada que me obliga a doblar y estirar los dedos de las manos en cuanto cierro la puerta. Me tomo un instante para respirar hondo antes de girar la llave del contacto muy despacio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Gloria con un hilo de voz, aturdida. No quiero pensar en lo sospechoso que es que haya vuelto a la vida justo ahora, cuando ya he pasado el peligro.

Piso el acelerador con cuidado de no cometer una infracción y me comprometo a no apartar los ojos de la carretera hasta que llegue a la maldita calle Julio Cortázar.

—¿Qué va a pasar? —murmuro con impotencia—. Pues lo de siempre.

Capítulo 6

CUANDO SE CIERRA UNA PUERTA, SE ABRE LA DEL VECINO

Gloria

El restallido del timbre me arranca de un sueño profundo y sin pesadillas. Intento incorporarme con la velocidad habitual, la que dirige mis frenéticos días cargados de responsabilidades, pero una migraña me lo impide.

Con un quejido doliente, vuelvo a dejarme caer sobre la almohada. No dedico mucho rato a tratar de explicarme el porqué de mi estado. Aunque sigo aturdida por el sueño y los restos de alcohol en vena, tan pronto como hago memoria, empieza a bombardearme lo sucedido en las últimas horas.

Mi padre anunciando que le relevaré en Valdecasas y Asociados. Borja... consolándome en el baño, por decirlo de alguna manera. Néstor pillándonos en una situación comprometida. El reto de la moneda. La cara de los invitados al oírme decir a voz en grito que odio a toda mi familia.

Luego tengo unas cuantas lagunas: Néstor sacándose de allí, metiéndome en una furgoneta y llevándome a casa. ¿Desde cuándo conduce una furgoneta? ¿Por qué me trajo hasta aquí?

Lo que mejor recuerdo dentro de esa neblina de sucesos es el camino hasta mi apartamento. Me tropecé nada más salir del ascensor del edificio y me doblé un tobillo. Sé que no lo he soñado porque la articulación me palpita.

Y luego no encontraba las llaves.

—Eres un desastre —se quejó Néstor.

—¿Quién es el que me ha sacado a rastras de la fiesta sin antes coger mi bolso? Descuida, que Luz tiene una copia —refunfuñé mientras me dirigía cojeando al 5.º A.

Vivo justo al lado de un piso de estudiantes. Y es un piso de estudiantes tal y como uno se imagina un piso de estudiantes: picadero de amantes de una noche, asilo de fiestas que terminan con el amanecer y hogar de pelusas, moho y pilas de cacharos sin fregar. Allí viven Ming, que gracias a un programa de movilidad internacional ha podido prolongar sus estudios en la Complutense; Koldo, al que llaman «El Porros», un superdotado adicto a las drogas que está sacándose sin mucho empeño un grado superior; Luz terminó de estudiar Bellas Artes en Granada y se vino a Madrid a trabajar mientras se formaba en un estudio de pintura.

Luego está Néstor, que ya sabemos todos que se dedica a tocarme las narices.

Ming no sabe hablar castellano, pero es muy educado cuando me lo encuentro en el ascensor; Koldo es un encanto, pero no puedo evitar sentir rechazo hacia él porque siempre huele a marihuana y no le da vergüenza proclamar a los cuatro vientos que «la maría le ha ayudado a forjar su carácter», y Luz... Luz es Luz.

Me sorprendió que me cayera tan bien. A mí se me ha inculcado que la gente que tiene tatuajes, una cámara a su nombre y, además, denuncia los presuntos complots de las empresas farmacéuticas, no es de fiar. Y aunque ya he aceptado que ella puede ser una excepción, aún no comprendo cómo es posible que alguien sea feliz sin comer jamón serrano, organizando manifestaciones contra el cambio climático cada quince días y rehusando utilizar el *roll-on* de

Nivea.

No es que no se eche desodorante, ¿eh? Es que se lo fabrica ella misma.

El caso es que Luz estaba en casa.

—Cómo vienes, ¿no? —se rio nada más abrir la puerta. Llevaba las rastas recogidas en un moño informal y un poncho estampado—. Espero que la *rave* haya merecido la pena... Espera aquí, que te traigo las llaves.

Luz es psíquica, por cierto. Siempre sabe en qué estás pensando y se adelanta a tus necesidades para que no tengas que pasar por el bochorno de decir ciertas cosas, como, por ejemplo, «me he dejado las llaves en la fiesta que acabo de aguar con mis traumas familiares», o como la del otro día: «se me han caído las bragas tendiendo en las cuerdas del patio interior, y creo que han aterrizado en tu lavadero». Siempre se las apaña para decir algo apaciguador, como «tranquila, yo una vez estando borracha le dejé mis llaves a un yonqui para que se abriera una litrona y no solo no me las devolvió, sino que, cuando volví al piso, vi que me había robado el sofá... así que tuve que cambiar la cerradura. ¡Cosas que pasan!», o «descuida, que a mí un día se me cayó la correa con el falo de plástico en el patio de la vecina religiosa de mi novio de entonces y nos mandó un exorcista el sábado siguiente».

Desde luego, te acabas sintiendo mejor.

Luz nos hizo entrega de las llaves, y aunque Néstor fue a entrar en casa para librarse de mí, la chica le dio con la puerta en las narices después de hacerle un gesto de advertencia.

Creo que dijo algo como...

—Ayúdala a llegar a su dormitorio sana y salva, coño. Antes los hombres ibais a la guerra y ahora no podéis ni acompañar a una mujer borracha a su casa.

Néstor me rodeó por la cintura y me ayudó a cojear hasta mi cuarto. Incluso ciega como estaba por culpa de haberme pasado todo el viaje dando buchecitos a la botella, me percaté de que era la primera vez que entraba en mi piso. Me pregunté qué pensaría de la impersonalidad de la decoración, que no había querido trastocar por si luego no me devolvían la fianza.

Sí, vale, paga papá, pero eso no significa que sea de recibo perder dinero.

Y menos estando como están los alquileres en Madrid.

—¿Dónde está tu habitación? —me preguntó con cansancio, y creo que tragué saliva porque jamás habría imaginado esas palabras saliendo de sus labios.

Estando en mis cabales, quizá habría torcido el gesto, pero con el alcohol en sangre me imaginé que le imprimía connotaciones eróticas a la legítima duda.

Me parece que se lo señalé ruborizada.

Néstor me tendió en la cama con cuidado, y como pasa cuando te tumbas boca arriba con la cabeza en las nubes, la estancia empezó a darme vueltas. Me puse una mano en la frente y cerré los ojos. Estaba pensando en que se había ido, porque habían pasado unos dos o tres minutos desde su última palabra, cuando sentí que me desabrochaba la correa del tacón y aplicaba algo helado contra mi tobillo hinchado.

Me incorporé como pude.

Él estaba arrodillado ante mi pie herido y aplicaba un paño con hielo en la zona.

—¿Qué haces? —balbuceé.

Me miró como si no entendiera la pregunta.

—Evitar que mañana estés lisiada. Intenta mantenerlo presionado cinco minutos, y luego ya te duermes —me recomendó, y acto seguido se puso en pie.

Luego, como si hubiera recordado que le faltaba algo, me cogió el otro pie con cuidado y me

quitó el zapato restante.

Néstor estaba despeinado y se había desabrochado los botones más estrictos del polo para conducir cómodamente. Verlo concentrado en tirar de las correas, acariciándose sin querer el hueso del tobillo con el pulgar, me puso nerviosa.

Al intentar apartar el pie para huir de las sensaciones, le di una patada en el hombro. Él reaccionó como es lógico que reaccione alguien en semejante circunstancia: se giró hacia mí con el ceño fruncido, pero más que mosqueado, me dio la impresión de que estaba hartado.

—Siempre tienes que arruinarlo todo, ¿verdad? —murmuró mientras sacudía la cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso? —espeté a la defensiva.

—Da igual. Buenas noches. Y de nada —apostilló. No ya con rencor, sino con hastío.

Rabia e incompreensión fusionados en un nudo en la garganta: eso fue lo que inundó mi cuerpo una vez me quedé sola.

¿Cómo que yo lo arruinaba todo? Había sonado como si él fuera víctima de la pérfida Gloria, que le pateaba el hombro siempre que intenta ayudar. Como si Néstor no me hubiera pateado el hombro, el culo, el orgullo y hasta la autoestima después de que yo intentara hacer buenas migas con él.

¡Yo no fui la que empezó la guerra! ¡Yo solo me defendiendo de sus ataques!

Quise ir en su busca para decirle un par de cosas, pero no estaba en condiciones de levantarme y dejé caer la cabeza en la almohada. Para colmo de males, los primeros quince minutos de descanso, soñé con que Néstor regresaba, se disculpaba y se tendía a mi lado. Lo de abrazarme para que entrara en calor fue una licencia que se tomó mi mente, porque yo a ese capullo no quiero verlo ni en pintura, pero ¿qué chica brutalmente maltratada por su vecino no fantasea con que este ruega de rodillas por su perdón?

Suerte que después de despertarme, molesta, me volví a dormir y ya no soñé más. Todo eso hasta hoy, que tengo que incorporarme con los ojos entrecerrados para que no me ciegue la luz del día y saltar a la pata coja hasta la puerta de entrada.

No sé por qué esperaba que fuera Néstor para asegurarse de que estoy viva. Puede que sea un príncipe azul, pero no utiliza sus múltiples encantos para embaucarme a mí.

El caso es que quien está al otro lado del umbral, hecho un pincel y con un ceño ominoso que advierte de las terribles consecuencias de mis actos, es mi padre.

Nada más verlo, recuerdo palabra por palabra lo que le dije delante de todos sus amigos, socios y familiares, y la sangre se me baja a los pies.

Él me mira de arriba abajo. Su expresión asqueada refleja lo que opina de que me acostara con lo puesto y el maquillaje corrido. Seguro que piensa que mi aspecto decadente va a juego con el comportamiento incivilizado que demostré ayer.

Lo sé incluso sin que lo diga: soy una gran decepción.

Me encojo sobre mí misma y aprieto los labios para mantener a raya el temblor de la barbilla. No soy inmune a su desdén. Puede que nunca llegue a serlo.

—Hola, p-papá...

Él entra en completo silencio sin esperar a que me haga a un lado. Yo cierro la puerta con la resignación del cerdo camino del matadero, y me giro lentamente con la cabeza gacha.

—Creo que me debes una explicación sobre lo ocurrido anoche —empieza después de tomar asiento en el sillón de la salita. Clava en mí una gélida mirada de ojos azules, los que yo heredé; no así su envidiable habilidad para amedrentar al personal, por desgracia. Habría sido bastante útil, sobre todo ahora—. Supongo que estabas tan borracha —recalca la palabra con desprecio—

que no sabías ni de lo que estabas hablando, pero no voy a olvidar jamás lo que hiciste. Te pusiste en evidencia y humillaste a tu familia y a Borja en el proceso.

Me arreglo los tirantes del vestido y me subo el escote con movimientos indefensos, como si cubriéndome más pudiera protegerme de su censura.

—No era mi intención... —baluceo, y lo digo porque es cierto. Solo quería desahogarme, salir de allí, defender mi libertad, no avergonzar a nadie en su propio círculo. Pero se sintió bien hacer eso último, debo admitirlo—. La noticia me pilló con la guardia baja, y me agobié... me agobié pensando que no podría decidir lo que... lo que fuera de mí, y...

Me callo al caer en la cuenta de que mi padre se ha referido a mi exabrupto de ayer como el arrebató de una niñata. Puede que lo pareciera porque no fui elegante que se diga, pero que haya ignorado sin miramientos el trasfondo del mensaje me pone en guardia.

¿Qué explicación espera sobre «lo ocurrido anoche»?

¿Acaso no expresé con llaneza qué me pasaba?

Por si me cabía la menor duda, mi padre aclara que no escuchó nada respondiendo:

—Tienes suerte de que sea uno de los socios mayoritarios de Valdecasas y Asociados y pueda conservar tu puesto en el bufete. A Patricio no le hizo ninguna gracia que te burlaras así de su hijo, pero Borja está dispuesto a perdonarte si te disculpas en persona, y eso ha equilibrado la balanza en tu favor. Tu escándalo fue inaceptable, aun así, y que sepas que vas a estar castigada sin paga y sin salir durante seis meses.

Su contestación me hiela la sangre.

¿«Conservar mi puesto en el bufete», ha dicho? Tengo dos opciones: aprovechar que no está lo bastante decepcionado conmigo aún para abrazar la oportunidad que debería haber celebrado ayer... o defender la decisión de la chica de ayer.

Una parte de mí, la que pertenece a la Gloria que ha estado veinticinco años cómodamente refugiada bajo las decisiones del maestro titiritero, quiere darle las gracias por la misericordia que no merece. Pero otra, la Gloria borracha que, por paradójico que suene, estaba más lúcida que nunca, se rebela contra los grilletes que representa su apellido.

Algo cambió en mí cuando me vi en un baño público siendo chantajeada por Borja... una vez más. Algo cambió en mí cuando Néstor me miró a la cara y me preguntó si así iba a ser el resto de mi vida; cuando alguien verbalizó mi mayor temor. Algo cambió en mí al oír de sus labios que lo máximo que podría perder eran los privilegios que vienen con tener un padre acomodado. Algo que me aterroriza, porque nunca he vivido sin él, pero ¿qué tan difícil puede ser incorporarme a la vida real, donde la gente de a pie sobrevive y es incluso feliz?

Trago saliva y, haciendo acopio de una fortaleza que nunca he tenido, lo miro a los ojos.

—Papá, te dije que no quiero trabajar en el bufete.

Su ceño fruncido se suaviza al oírme hablar con serenidad.

—Comprendo que estarías sometida a mucha presión —responde con una paciencia impostada que raya en el paternalismo—. Mis compañeros no dejarían de compararte conmigo. Pero tener que demostrarle a todo el mundo que eres seria y responsable sería un excelente incentivo para impulsarte a mejorar. Con esfuerzo y tesón, acabarás convirtiéndote en una excelente abogada.

Nunca he dicho que mi padre sea de los que dicen «esto es lo que vas a hacer y se acabó». Suele recurrir a ese tópico tiránico cuando sabe que no se le discutirá demasiado, pero cuando entabla conversación con alguien dispuesto a defender sus intereses, saca su carta maestra: la persuasión. Y es que la persuasión de un abogado es un arma de destrucción masiva.

—Si lo que quieres es trabajar en otro bufete con el renombre del nuestro... —prosigue.

—No quiero trabajar en ningún bufete —me atrevo a replicar. Mi padre pestañea con genuino asombro. El problema fundamental es que nunca ha comprendido que no quiera ser como él—. No me gusta el Derecho, papá. No me gusta ninguna de sus ramas. No me gustan sus salidas profesionales. Lo estudié porque tú lo quisiste así, hice el máster de abogacía porque me lo sugeriste, y realicé mis prácticas en los lugares a los que me mandaste solo para hacerte feliz —enumero con la voz temblorosa—. En parte también porque pensaba que no tenía alternativa, lo confieso. Pero ahora sí la tengo. No quiero seguir tus pasos, papá. Admiro todo lo que has conseguido a lo largo de tu carrera profesional, eso no lo dudes —prosigo a fin de endulzar la conversación. Incluso pruebo a sonreírle, desvalida—, pero yo quiero perseguir mis propios sueños. Si renunciara a ellos por los tuyos, no podría disfrutar de los éxitos que me llegaran. No los sentiría míos, sino una prolongación de ti.

Cualquiera diría que ahora que he expuesto mi punto de vista con asertividad, obtendré una respuesta razonable de mi padre, un señor de sesenta años que en teoría sabe comportarse en sociedad.

Bueno, pues ni hablar del peluquín.

Al ver su gesto sombrío, solo me queda el consuelo de que mi terapeuta me habría aplaudido hasta con las orejas.

—¿Y qué se supone que es lo que quieres hacer, Gloria? ¿Perseguir una carrera musical con tu instrumento al hombro, como un lamentable juglar del siglo XXI? —replica con desdén. Como si ese «instrumento» al que se refiere no lo hubiera puesto él mismo en mis manos—. El mundo artístico, además de no generar riqueza, es para *hippies*, vagos y...

—Y maleantes, sí —completo con hastío—. Lo primero es que sí genera riqueza. Genera la mayor de las riquezas, de hecho, pero no se trata del dinero. Y lo segundo es que podrías habértelo pensado antes de regalarme la viola y apuntarme al conservatorio. Por si no lo sabes aún, tanto que te importa el respaldo académico, el conservatorio tiene la consideración de carrera universitaria, y... —Sacudo la cabeza, reacia a tomar esa senda. No se trata de defender la legitimidad de mis estudios, sino de hacer valer mis pasiones con independencia de si se contemplan como formación profesional o como una mera afición sin utilidad—. Es increíble que ni se te ocurriera prever que la música me gustaría tanto que querría vivir de ella. Pero a ti no te cabe en la cabeza que sea una persona independiente con deseos propios.

—Entonces eso es lo que pretendes hacer —ataja en tono lúgubre—. Tocar la viola en una orquesta cualquiera, un trabajo mal pagado donde jamás destacarías.

—No todo el mundo aspira a tener una página en Wikipedia. Yo solo quiero divertirme haciendo algo que me llene. Bastante tiempo he pasado ya deprimida con lo que en teoría me granjearía un futuro de oro.

Mi contestación lo eriza, y entiendo por qué. Solo las personas vocacionales y no obsesionadas con engrosar su cuenta bancaria dirían en voz alta que no les importan las consecuencias de seguir su sueño; solo tener la oportunidad de abrazarlo.

Mi padre se pone en pie con el objetivo de proyectar toda su autoridad sobre mí.

Consigue amedrentarme, pero no logra dar mi brazo a torcer.

—Déjate de estupideces —me amenaza con severidad. Apelar a mi madurez mediante el diálogo no le ha servido. Así pues, damas y caballeros, nos adentramos en la fase dos de la discusión: la mano dura—. Esta tarde llamarás a Borja para pedirle perdón por haber sido

desconsiderada, y el lunes estarás a las ocho en punto en Valdecasas y Asociados para cubrir tu puesto.

Lo pronuncia de tal manera que la niña que aún vive en mí se viene abajo.

Por un instante, me planteo agachar la cabeza y decir «sí, señor», pero el corazón me da un vuelco en señal de protesta. «Mira hasta dónde has llegado, Gloria», me digo. «Ya le plantaste cara una vez. Se la estás plantando ahora. Puede suceder una tercera».

—No —me oigo decir con firmeza—. Lamento el modo en el que se dieron las cosas ayer, papá. No quería avergonzarte delante de tus socios. Pero mantengo mi palabra. No voy a seguir permitiendo que manejes mi vida a tu antojo. Ya he dedicado veinticinco años a silenciar mis deseos y necesidades para complacerte. Se acabó. No trabajaré para ti, y no saldré con el hombre que a ti te dé la gana. —Trago saliva, recordando mis últimos minutos con Borja. Con voz temblorosa, apostillo—: Pero con ese menos que ninguno.

—¿Con ese menos que ninguno? —repite, perplejo. Decir algo alejado del virtuosismo supremo cuando se está hablando de Borja le resulta inconcebible, pero eso no es nada nuevo.

—Él... —Desvío la mirada para fijarla en mi brazo desnudo. Me rasco la piel de gallina con la mano contraria, tratando de disimular un escalofrío—. No ha sido muy bueno conmigo.

—Por algo será —decreta con desprecio—. Está claro que te merecías más mano dura de la que has tenido, o no te habrías torcido tanto.

Su fría réplica me parte el alma. Ni siquiera encuentro el valor para mirarlo a la cara. Él sí, porque está convencido de que es la víctima de las circunstancias y yo, si no estoy en una fase de rebeldía, simplemente he perdido el juicio por completo.

Levanta la barbilla con la mandíbula apretada, conteniendo insultos que un hombre de su posición no debería siquiera conocer. Casi puedo oír los engranajes de su cabeza trabajando a la máxima velocidad para hallar una réplica aún más contundente.

Y la encuentra.

—Tienes razón, Gloria —anuncia con dignidad—. Veinticinco años son muchos como para seguir dependiendo de tus padres. Así que si pretendes dedicarte a tocar tu instrumentito y a juntarte con gentuza como la que vive en este edificio, no va a ser a costa de mi bolsillo. Se acabó mantenerte con ingresos mensuales, se acabó pagarte el alquiler, y se acabó nuestra relación. ¿Esto es lo que quieres? Pues tendrás que olvidarte de tu familia, porque los Valdecasas de León no tolerarán este despropósito.

Yo ya sabía que para llevarme bien con mi padre y merecer su cariño habría de pagar un precio: el de obedecerle sin importar el sacrificio que exigiera. Por eso lo he hecho sin dudar durante años, y luego, pese a mi malestar, seguí haciéndolo, solo que cubriéndome los oídos y tapándome los ojos.

Oírle confirmar mis temores con todas las letras termina de romperme el corazón.

Desconozco qué material reviste el vínculo que une a los hijos con sus padres, pero el mío es tan resistente, una aleación de hierro y diamante, que no se puede ni rayar, ni quebrar. Aun escuchándole proclamar sin vacilar que seguir mis corazonadas me costará perderle, una crueldad intolerable, apenas puedo contener las lágrimas.

Incluso estoy a punto de disculparme con tal de seguir conservándolo en mi vida, pero justo cuando abro la boca para claudicar, me acuerdo de lo que me dijo Néstor.

«¿Qué es lo que tienes que perder? ¿La aceptación de tu padre? Nunca la tendrás. No te respetaría si fueras tú misma, pero tampoco lo hará si sigue viendo cómo te dejas manipular».

Y entonces lo veo muy claro. Veo que, me esfuerce cuanto me esfuerce, jamás voy a ser lo

bastante buena, lo bastante obediente, lo bastante brillante, lo bastante amorosa. Para él, convertirme en la mejor de la clase o ser la mejor nota de Madrid es una obligación inapelable que no merece palmaditas en la espalda. Lo máximo a lo que puedo aspirar siguiendo este camino ni siquiera es su admiración o su respeto, sino su tolerancia.

Aún me estremezco recordando lo fácil que le resultó a Néstor verbalizar las complejidades de una situación que a mí siempre se me ha atragantado. Quizá porque no quería verlo. No quería aceptarlo. Prefería seguir contándome el cuento chino de que era la favorita de papá.

Regresar al dulce autoengaño sería tan fácil como desdecirme ahora mismo y achacar mi absurda sublevación a un episodio de locura transitoria; derramar un puñado de lágrimas que le echaran la culpa a la sensibilidad femenina, que él tanto deplora pero siempre le sirve de justificante, y sanaran el ego que he tratado de fracturar con mis desaires; prometerle que sí, que llamaré a Borja, y que sí, que el lunes estaré en su despacho. Él echaría atrás su amenaza *ipso facto*. Hasta me abrazaría, me besaría el pelo y me diría que está orgulloso de mí.

Pero eso no es ni lo que digo, ni lo que hago.

—Pues ya sabes dónde está la puerta —sentencio.

Ya ni siquiera le queda decepción con la que atacarme. Ha visto que esta no me hace reaccionar. Es una ira ofendida la que toma su lugar para asestar el golpe de gracia.

—Sí que lo sé —contesta él cuando pasa por mi lado. Siempre ha de tener la última palabra, y hoy no será menos—. Soy quien te la puso ahí, Gloria. Recuérdalo cuando ni siquiera un techo te cubra la cabeza.

No me giro para verlo marchar. Es demasiado para mí.

Puede que mi padre sea autoritario, narcisista y manipulador. Yo ya había sido víctima de todas las maniobras psicológicas existentes antes de que Alison me las enumerase por nombre propio: refuerzo intermitente, luz de gas, técnica de la aspiradora, ley del hielo... Pero también es el hombre que me enseñó a jugar al ajedrez y con el que me recorrí la Gran Manzana con un *pretzel* en la mano. Es el que me guiña el ojo durante las cenas navideñas siempre que algún comensal dice una tontería que lo deja en evidencia; el que exigió ver a la directora del colegio para reprocharle que hubiera permitido que un grupo de niños con mala baba me hiciera la vida imposible.

Se supone que los padres quieren a sus hijos más que a nada en el mundo, pero son los hijos los que orbitan alrededor de sus padres, los que copian sus gestos, los que interiorizan sus principios, los que solo se sienten vulnerables en su presencia, los que los necesitan cuando tienen miedo.

Siempre he sido dolorosamente consciente de esto.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que logro poner mi cuerpo en marcha. Hago una lista mental de lo que tengo que hacer: redactar mi currículum, echarlo en todos los sitios donde pueda entrar a trabajar a la mayor brevedad... y pedir cajas de cartón en los supermercados para empaquetar mis pertenencias en el caso más que probable de que el siguiente recibo del alquiler llegue antes que el contrato laboral.

Me vendo el tobillo, que parece mucho mejor que ayer, me lavo la cara, me pongo un chándal cómodo, y después de imprimir mi currículum sin experiencia laboral alguna, salgo del apartamento. A fin de animarme, me digo que, al menos, me libraré de la dichosa graduación y de los agobios que vienen con ella, porque no tengo ningún interés en que nadie me vea recibir un diploma.

Por poco me muero del susto al toparme con una congregación de vecinos en el rellano. Están

prácticamente todos: Tamara, Eli, Eduardo, Susana, Óscar, Virtudes Navas, Luz...

—No hemos podido evitar oír la conversación con tu padre —explica Edu con gesto consternado.

Lo de que «no ha podido evitarlo» suele ser una coletilla que utiliza para justificar su tendencia a inmiscuirse en asuntos ajenos, pero en este caso apuesto por que dice la verdad. Por lo menos una ventana de cada piso del edificio da al patio interior común, y este propaga el sonido de tal manera que uno se entera hasta de si el vecino está descompuesto por la cantidad de veces que tira de la cadena.

—Quien dice padre, dice Satán —masculla Susana por lo bajini.

Es particularmente sensible en lo que respecta al trato de los hijos.

—Está cabrona la situación —se lamenta Tamara—, pero, vamos, que has hecho lo que tenías que hacer. Yo no le permitiría manipularme a ningún hombre. Bueno —se para a pensarlo—, a William Levy a lo mejor, pero porque luego me aprovecharía de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien, cielo? —pregunta Eli con una mueca comprensiva—. Sé que en estos casos se dice «te entiendo» por simple humanidad, pero, créeme, entiendo exactamente cómo te sientes... y por eso lo siento muchísimo.

—¿Cómo podemos ayudarte? —interviene Luz, que es práctica a más no poder—. Yo no puedo prestarte dinero mientras encuentras curro, porque estoy pelada, pero a lo mejor podría hablar con mi novio...

No es por ser desagradecida, pero me puedo imaginar que el novio de Luz es un perroflauta sin oficio ni beneficio, o peor: un aspirante a cantante de música *indie* que sueña con vivir en una aldea conceptualmente anarquista. No sé qué clase de trabajo podría darme, porque yo, en lo personal, preferiría que mis conocidos no me vieran repartiendo panfletos de la próxima huelga contra las pajitas de plástico.

—Pues... tendré que buscar un alquiler más razonable, porque no tengo una cuenta propia que mi padre no pueda cerrarme, y...

Se me quiebra la voz, porque lo cierto es que no quiero irme de la comunidad de vecinos que teorizó sobre las razones que tendrían encerrado a un hombre en el ático; que se divirtió apostando por la sexualidad del atractivo vecino del cuarto; que hizo turnos para visitar en el hospital a Sonsoles, la adorable anciana que duerme abrazada a un crucifijo; esa misma gente que procuró que Alison se sintiera acompañada en su proceso de embarazo.

Cada uno es hijo de su madre y de su padre, con algunos me llevo mejor que con otros, pero, en general, sé que sería muy difícil encontrar apartamento en un sitio donde se respirara esta camaradería. Porque a la vista está que todos están dispuestos a tenderme una mano, y eso que nunca he sido la que más ha participado en las cuitas comunitarias.

—Yo creo que debes adelantarte a tu padre y dejar el piso antes de dar lugar a que te echen —opina Susana en voz alta, la madre dicharachera y hasta hace poco soltera que se ha emparejado con el tío más serio de Madrid... y del Reino Unido, porque es inglés—. Está claro que el tipo es un A Ver Quién Mea Más Lejos de libro. Si quieres que tome en serio tu decisión, deberías echarle a la cara su generosidad envenenada.

—Veo que habéis oído toda la discusión —murmuro con la boca pequeña.

—¡Uf! Y has estado de película, nena —aplaude Edu—. Si hubiera andado por ahí la Toñi Moreno, te habría dado un premio en metálico por ser una persona maravillosa.

—La neta que mejor persona que yo es —refunfuña Tamara—, que le habría partido la madre así hubiera sido mi padre, mi hijo, mi Espíritu Santo o el pinche David Bowie.

—De Espíritu Santo tiene poco —bufa Susana—. Ese es un engendro endemoniado. En vez de parirlo, lo vomitaron. No, no; ¡lo regurgitaron!

—Bueno, bueno, ya está bien —interviene Virtudes con ánimo apaciguador, mirándome con calidez—. Sigue siendo el padre de la niña. Habrá que respetarlo.

—Sí, sí —se lamenta Edu—. Se supone que a nadie le gusta que insulten a un ser querido, pero hay cabronazos que deberían ser de dominio público, a ver si así reciben solo un tercio del odio que van sembrando por el mundo.

—Si es que no se puede uno fiar de un hombre con traje. —Luz meneaba la cabeza, en su línea de despreciar a los altos mandatarios mundiales—. Mira si no al rey Carlos III.

—O a James Bond —propone Edu—. Ese es el peor de todos: un infiel patológico.

—Yo me lo chingo igual —reconoce Tamara.

—Sí, pero de espaldas a él. No soportaría verle disfrutar —apostilla el peluquero.

—Oye, pues si ibas a echar currículum, a lo mejor podría hablarle de ti al jefe de la editorial donde publico —interviene Virtudes antes de que la charla se vaya del tema—. Ya se están recuperando de un revés económico y podrían permitirse a alguien en el departamento legal. Se hace poca cosa, revisar contratos y demás, y el ambiente, por lo que me cuenta mi nieto, es magnífico.

—Si no, a mí siempre me viene bien un extra en la peluquería, que desde que peiné a la Tamara Falcó para su boda, tengo unas listas de espera que no me voy a poder jubilar —suspira Edu.

—O podrías echarnos una mano en el cáterin a Tay y a mí —sugiere Eli—. En el caso de que te lleves bien con la cocina.

—Yo curro no te puedo dar —se lamenta Susana—, pero tienes abiertas las puertas de mi casa.

—Y de la mía —secunda Virtudes, compasiva.

—Y de la mía —apostilla Tamara.

—La «tuya» es mía, guapa —se queja Eli, pero enseguida fija la vista en mí y me sonrío con timidez—. Pero vamos, que cuentes con mi espada, ¿eh?

—Y con mi arco. —Luz me guiña un ojo.

—¡Y con mi hacha! —concluye Edu con la mano en alto. Todo el mundo se sorprende al ver que se suma, y él enseguida disuelve la duda general—. Yo no veo ese cine de heterosexuales por voluntad propia, que conste. Son las secuelas que me ha dejado haber tenido un novio friki. Fueron las tres horas más largas de mi vida.

Todo el mundo se echa a reír, yo incluida, y por un momento logro ahuyentar el vértigo que he sentido al verme sin apoyo económico, sin casa y hasta sin familia, a merced de la suerte y la caridad ajena.

Pero parece ser que suerte siempre he tenido, porque esta otra familia que han formado un puñado de desconocidos no va a permitir que me derrumbe.

Capítulo 7

MI CASA ES MI TEMPLO, Y MI TEMPLO HA SIDO PROFANADO

Néstor

Hace un mes desde que Gloria Valdecasas de León y López-Portillo es solo Gloria, Gloria a secas, y lo sé porque es la novedad que ha dado vidilla a los vecinos de la comunidad. Se tomaron muy en serio la discusión que Doña Perfecta tuvo con su papi, el Don Perfecto definitivo que en el fondo solo es carroña asquerosa, y se han volcado en buscarle trabajo y darle cobijo como si fuera una pobre impedida y no pudiera buscarse las habichuelas por su cuenta.

Hay gente que tiene una flor en el culo, está claro. Si no la llevan entre algodones por un lado, le celebran la belleza y el éxito por el otro.

Me consuela saber que no la han salvado de sí misma porque se trate de Gloria, sino porque la bondad está en el carácter de la gente que ocupa este edificio. Si no, un humilde servidor habría tenido que ejercer de Grinch subiéndose a un taburete con una campana y un tablón garabateado, como un profeta de la actualidad, para gritarles «las verdades que no quieren oír»; entre ellas, que de todas las personas que conozco, Gloria no es la que más merece caridad.

Espera un momento.

De acuerdo a Luz, soy exactamente ese Grinch.

—Según el calendario... —me está diciendo la susodicha. Mientras, consulta las columnas del papel que Eli se encargó de repartir entre las viviendas.

Y ese papel... ¿es un pájaro? ¿Es un avión? ¿Es el horario del comedor escolar?, ¿una carta de la Agencia Tributaria? ¡No! ¡Es la custodia compartida del bebé Gloria, el que todo el edificio se muere por acunar! A la peña le pareció estupendo perder el tiempo programando un excel que nos hiciera saber cuándo nos tocaría amamantarla. Que lo hayan mandando imprimir y lo hayan plastificado ya es para mear y no echar gota.

Yo quiero mucho a mis vecinos, lo juro, pero o están muy aburridos, o se les ha ido la chaveta.

—... la semana que viene nos toca acogerla en casa —concluye Milu.

Un servidor, que estaba comiéndose sus cereales de marca blanca en la isla de la cocina, se atraganta con las novedades y por poco echa hasta la primera papilla.

No espero a bajar la comida para dar mi opinión.

—Y una mierda —baluceo con la boca llena. Lo digiero con dificultad y le lanzo una mirada de advertencia a Luz—. Ya lo hablamos en su día, Milu. Esa no pone un pie aquí. Y seguro que ella es la primera que está de acuerdo, porque sabe que se arriesga a que la asfixien mientras duerme.

Mi compañera es de la escuela del *mindfulness* y la asertividad, así que en lugar de espetarme que soy un egoísta sin corazón, lo que supongo que procede, emite un suspiro impregnado de paciencia y baja el bolígrafo con el que hacía sus anotaciones sobre el Calendario Gregoriano.

Es decir, *Gloriano*.

—Solo es una semana, Néstor. Como la ha pasado con Tay y Eli antes, con Susana, con

Virtudes y Daniel, y con Edu.

—Si no la han mantenido en sus apartamentos más de una semana, será porque no es la mejor compañía que hemos tenido el placer de disfrutar —refunfuño, devolviendo la mirada a mis cereales.

No son ni las ocho de la mañana y ya me he llevado un disgusto. Esto no es de recibo.

—Se decidió así porque nadie tiene un piso acondicionado para meter a una persona más, Néstor. Lo sabrías si prestaras atención.

—Lo siento, tengo mejores cosas que hacer... como hacer cola para la castración química.

—Tamara había invitado a su familia para pasar un mes entero con ella y no podía posponer la fecha, y para meterlos a todos en un piso de cincuenta metros cuadrados, Eli ya tuvo que hacer el favor de irse a dormir con Óscar, que vive en un estudio de una sola habitación —empieza a narrar. No me resisto a poner los ojos en blanco y me coloco una bolsa de la compra en la cabeza para rebelarme contra el relato. No sirve de nada; ella continúa—: La chica no puede andar durmiendo en el sofá de dos plazas de Susana, y no cabe en la cama individual de Eric ni se va a meter entre Elliot y ella en la doble. Virtudes se ha puesto mala de no sé qué y no es el momento de tener un invitado en su casa, y Javier tiene un hijo con un autismo que se complica cuando convive con personas que no conoce —me recuerda Luz con gravedad—. Nosotros somos los únicos que podemos ofrecerle una cama, porque tú no duermes en la tuya. Cuando llega el invierno, te sueles ir al sofá.

Me saco la bolsa de un tirón violento para fulminarla de un vistazo.

—¿Me estás diciendo que no solo tendría que aceptar que viviera aquí, sino que debería cederle mi puta habitación? ¿Se te ha ido la olla? Y que Gloria y Blas no se llevaran bien no tiene que ver con su autismo, porque yo he sido el canguro de Blas durante meses y le encanta dormir conmigo.

Milu me sostiene la mirada con hastío.

—¿Quieres que te diga que eres el elegido de los dioses, o algo así?

—Quiero que te dejes de tonterías de meter a Gloria en mi casa. Yo contribuyo al alquiler, a diferencia de lo que haría ella, por cierto, porque no se ha molestado aún en encontrar un trabajo. Creo que tengo peso democrático para decidir quién cruza esa puerta.

—Sí que ha intentado trabajar —la defiende.

Me dan ganas de chasquearle los dedos en la cara y recordarle cómo la miró Gloria cuando la conoció: como si en vez de unas rastas rubias y largas hasta la cintura llevara las serpientes de Medusa. «¡Espabila, joder! ¡Esa tía no nos respeta!», le gritaría.

Gloria no es una persona que merezca la compasión de nadie, pero la de Luz o la mía, menos todavía. Aunque trata de disimularlo porque hasta a ella le dan vergüenza sus propios prejuicios, salta a la vista que Milu le parece una aspirante a yonqui que mendiga euros sueltos para pagarse el viaje en autobús. Y eso por no entrar a hablar de la opinión que le merece Koldo, el tío más dulce y desinteresado del planeta: aguanta la respiración cuando coinciden en el ascensor y no lo mira a la cara cuando él le habla, siempre para desearle los buenos días o preguntarle cómo le iba el máster. Parece que mi amigo fuera a contagiarle la adicción con solo respirar su mismo oxígeno.

Pero sí es verdad que ha trabajado en este último mes. Habrá cotizado un total de cinco minutos. Lo mismo que si hubiera vendido limonada en un puesto delante de su casa.

Empezó lavando cabezas en la peluquería de Edu, sustituyendo a Anita durante sus vacaciones, y no aguantó ni cuarenta y ocho horas porque se equivocó tendiéndole a una de las

peluqueras un producto que le había pedido. Acabó tiñendo de negro en vez de berenjena a una pobre clienta. Edu le perdonó este error el primer día con la excusa de que estaba aprendiendo y todo el mundo la cagaba en el proceso, pero cuando la señora apareció al día siguiente y puso una hoja de reclamaciones, exigiendo la destitución inmediata de Zulema, que fue la que pringó en nombre de Gloria, no les quedó otro remedio que responder echando a la verdadera responsable.

La editorial en la que trabaja Daniel y publica Virtudes rechazó su currículum porque les cuadró más el perfil de otro profesional, este sí con experiencia, y además no querían meter a gente en su empresa por recomendación interna; no están a favor del nepotismo, y menos mal.

Gloria casi prendió fuego a la cocina de Tamara ayudándola a preparar una tanda de magdalenas, y, tropezándose, echó abajo una de las baldas donde Eli tenía expuestos sus vinos preferidos, lo que no solo la descartó como pinche, sino que casi le cuesta su amistad.

Y lo peor de todo no es que no sirva ni para tacos de escopeta, sino que he tenido que coincidir con ella tres o cuatro veces porque, a diferencia de la marquesa, que se cree superior a los inquilinos, yo sí hago vida con la gente del edificio.

Me topé con Gloria cuando fui a ver a Blas, me topé con Gloria en el club de novela romántica que organiza Tamara y al que asisto por pasar un buen rato con los debates acalorados de las chicas, y me topé con Gloria cuando quise echarme un Fifa con Eric, porque en todos estos momentos, Gloria estaba viviendo con los respectivos vecinos.

Por ejemplo, el día del Fifa, Susana me tocó al timbre unas horas antes para preguntarme si podía quedarme con el crío por la noche. Decía que Gloria no iba a estar por allí porque tenía una cita con unos amigos suyos, y ella quería salir con Elliot para celebrar su primer aniversario. Que no coincide con la fecha en que empezaron a salir, por cierto, pero quién soy yo para cuestionar cuándo festejan su romance.

Recuerdo que pensé que lo de Gloria mandaba cojones. Es decir: te quedas de gorra en casa de alguien con quien has intercambiado cuatro o cinco frases, tres de ellas del palo «se ha quedado buena tarde», y pasas olímpicamente de colaborar en el único aspecto en el que te es posible, que es para cuidar del niño de trece años cuando está solo.

Llegué al 2.º C a la hora a la que me había dicho. Es allí donde Susana ha vivido antes y después de que se le incendiara la casa, y adonde hace un par de semanas Elliot se ha mudado «sin que Susana se dé cuenta». O eso me ha contado ella entre carcajadas teñidas de ternura. Por lo visto, el tío ha ido dejando una ristra de cosas suyas para marcar territorio. De buenas a primeras, Susana se topó con que tenía cajón propio en el baño y ropa de hombre en la cesta de la ropa sucia.

El caso es que supe que había gato encerrado cuando fue Gloria la que me abrió la puerta.

En pijama. O lo que las pijas denominan «pijama», que es un salto de cama de seda y satén y una bata a juego.

A veces me molesta que tenga que estar buena. Y a veces solo me molesta ser tan superficial como el resto del planeta. Debería situarme por encima de las tentaciones mundanas y elevarme como un jodido buda, pero no, ahí estaba yo, jodido por un encaje de La Perla.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, extrañada. Tuvo la decencia de cubrirse el escote. Se le marcaban los pezones bajo la tela—. ¿No te ha avisado Susana de que esta noche me quedo yo con Eric?

—No. Me ha dicho que tú salías hoy, cosa que no me ha sorprendido un pelo, y me ha

preguntado si no me importaría cuidar del chaval.

Gloria frunció el ceño.

—Creo que te has equivocado. Yo hoy no salgo. He quedado el sábado.

Justo en ese momento, Susana asomó la cabeza desde el pasillo mientras se ponía un grueso aro de plata en la oreja.

—¡Hola, Néstor! ¡Sí, es que por lo visto no me enteré bien de lo que me dijo Gloria! ¡Qué cabeza tengo...! ¡Será el embarazo! No te importa quedarte aun así, ¿no? —me preguntó sin rodeos, clavando en mí una mirada persuasiva—. ¡Eric lleva toda la tarde entusiasmado porque por fin va a poder jugar la revancha contigo!

Reconozco que eso me ablandó. La validación que recibes gracias a la admiración de un preadolescente en plena fase de rebeldía no se puede comparar ni con el amor de una madre.

Susana dio por hecho que cedería y se retiró de escena, y pude escuchar con absoluta claridad que Elliot suspiraba con resignación:

—Eres diabólica.

—No me cuestiones —sentenció Susana—. Sé lo que hago.

Tengo que admitir que esa respuesta me generó unas cuantas dudas. Hacía algunos días que albergaba la sospecha de que la comunidad estaba conspirando para que Gloria y yo coincidiéramos. No podía ser casualidad que Edu me hubiera dado cita para hacerme mi mohicano de referencia en su peluquería uno de los dos días que la marquesa duró como ayudante. Ni que Tamara me hubiera insinuado, con ningún otro objetivo que comprarme, que en el club de lectura de cierto día concreto serviría bolitas de coco y chebakia, dos dulces árabes que añoraba desde el último ramadán.

Qué casualidad que no quisiera que me perdiera aquella reunión, que a su vez sería la única a la que Gloria asistiría porque todavía estaba viviendo con ella y con Eli, las que organizan el club.

Entonces aparecieron Susana y Elliot, ya listos para salir a cenar. La homenajeadada estaba exultante y preciosa con un vestido ceñido que no ocultaba el estado de su embarazo, del que se enorgullecía en cuanto dejó de temer que el padre la abandonara. Fue Elliot quien tuvo la prudencia de alternar una mirada entre Gloria y yo. No dudó en dirigirse a Eric para advertirle en referencia a sus niños:

—Ten cuidado, ¿eh?

Es un hombre sabio, Elliot.

—¡Portaos bien! —nos pidió Susana antes de despedirse con un guiño.

Eric, que no se había movido del sofá, se giró hacia mí y levantó las cejas repetidas veces. Palmeó el asiento a su lado, donde descansaba el segundo mando de la Play5. Luego, como si hubiera recordado que tenía que ser educado con Gloria, la invitó a unirse.

—¿Sabes jugar al Fifa?

—Por saber, no creo ni que sepa hacer un huevo frito —murmuré.

Ella me escuchó, pero me importó un carajo. Y que me mirara como si hubiera dicho algo fuera de lugar, también.

—No —reconoció, ignorándome por la paz—. Puedo limitarme a mirar, no pasa nada.

—Es una buena manera de aprender. Así es como yo me entero de los juegos de cartas. Siéntate y fíjate, luego te explico los comandos y, cuando acabe la partida con Néstor, echamos una tú y yo, ¿vale?

—Algunos deberían empaparse de la hospitalidad y la educación de los adolescentes —

comentó Gloria mientras se sentaba en una butaca separada de mí.

Le lancé una mirada perdonavidas.

—No como tú, que solo le sueltas una patada a la gente que intenta ayudarte y no le das ni las gracias después de haberte arrastrado a tu casa en coma etílico.

Mi salida le sorprendió. No era posible que hubiera pensado por un solo segundo que no me tocó las narices su actitud de aquella noche, ¿verdad?

—Lo hiciste porque Eli te lo pidió —replicó.

—Ya, pero no sé si sabías que la peña no suele obedecer órdenes si no le apetece. No todos somos esclavos del deseo de gustarle a papá. Algunos tenemos voluntad propia.

—Bueno, no empecéis —se lamentó cansinamente Eric, pidiendo auxilio al cielo.

Gloria, que se había enderezado con mi golpe bajo, desvió la mirada a la televisión y fingió interesarse por la selección de jugadores.

—Descuida, que no tengo la menor intención de dejarme provocar. Pero no sé en qué estaba pensando tu madre al hacernos coincidir en tu casa —repliqué mientras elegía a mi equipo. Eric se quejó al ver que me armaba uno cojonudo, pero sé que le gusta jugar conmigo precisamente porque se lo pongo difícil. Es Elliot quien le regala las victorias fingiéndose un manta, desesperado por agradarle—. Dudo que se haya despistado tanto como para olvidarse de que Gloria no estaría aquí esta noche.

—Claro que no —respondió Eric con desahogo—. Es que lo de quedarse preñada la ha puesto sensible y ahora no para de ver comedias románticas, leer libros de amoríos con final feliz y cosas del estilo y quiere utilizar su nueva sabiduría con la peña que ha emparejado en su mente.

Gloria torció el gesto, sin comprender.

—¿Qué tiene eso que ver con encerrarme en cincuenta metros cuadrados con Néstor?

—Cincuenta metros cuadrados —repetí, burlón—. No me cabe la menor duda de que a la marquesa le molesta que todo este piso tenga las dimensiones de su sola alcoba. ¿Cabrán aquí toda su grandeza, o habremos de aparcarla en el sótano?

—No lo he dicho así para... No me estaba mofando de... Yo estoy... —Se rindió apretando los labios.

Me desentendí rápido. El partido había comenzado, y estaba muy interesante.

—Es que mi madre tiene la teoría de que en realidad os moláis —soltó Eric como si tal cosa.

El corazón me dio un vuelco al escucharlo, y no dudé en defenderme. Porque aquello era una acusación en toda regla, y cuando no, un insulto.

Gloria reaccionó igual saltando en tono indignado.

—¡Qué dices! —jadeó ella.

—Los cojones —mascullé yo.

—Si escuchas sus argumentos, tiene sentido —continuó Eric, ajeno a la que acababa de armar. Yo no me sentía la cara del rubor que me había subido por el cuello, y tras comprobar de reojo el estado de Gloria, confirmé que ella estaba incluso más colorada—. Al final, mi madre se llevaba con Elliot como el perro y el gato. Cada vez que se cruzaban, se ladraban el uno al otro. Y luego... pues ya los veis ahora, da asco estar con ellos incluso si no se besuquean. Mi madre parece imbécil. —Puso los ojos en blanco, pero no pudo disimular que se alegraba por ella al tener que contener una sonrisita satisfecha.

—Te aseguro que no es nuestro caso —atajé de mal humor. Mandaba huevos, el niño—. Gloria no me tocaría ni con un palo. Seguro que piensa que, si pasara demasiado rato conmigo, le contagiaría mi supuesta mediocridad.

—¿Y se supone que tú sí estarías loco por mí? —contraatacó ella desde la butaca. Se había sentado en posición de loto, una postura zen bastante contradictoria en ese caso: no parecía muy en contacto con su espiritualidad, que se diga—. Yo a ti solo te gustaría para poder compararte y salir ganando: «No importa si soy esto o soy lo otro» —imitó una voz grave—, «lo que me consuela es que Gloria siempre será peor que yo».

—Hombre, por tus virtudes no me ibas a molar —contesté sin dejar de presionar los comandos ni apartar la vista de la televisión—. No soy de los que se engañan para sentirse mejor, y para verte como algo que no eres, como alguien de provecho, tendría que hacerme algo más que castillos en el aire; tendría que construir el puto Taj Majal en los jardines de la legendaria Babilonia.

—¿Se supone que no estás haciéndote castillos en el aire cuando te consideras una buena persona? —contraatacó Gloria, roja de la impotencia y la frustración—. Me acaban de desahuciar de mi casa y hete aquí, incapaz de concederme una tregua.

Por un momento me sentí culpable, porque estaría mintiendo si dijera que no me siento relativamente responsable de su situación. Era ella la que tenía el problema con su familia y luchó por su libertad a un elevado precio, pero fui yo el que lanzó esa moneda al aire y la impulsó a hacer el ridículo en una fiesta multitudinaria.

Suerte que a mí los remordimientos me duran muy poco en comparación con los rencores, y pude contestar con un encogimiento de hombros.

—Se ha creado un sindicato de ayudas en tu nombre. Solo falta que venga el rey de España a ofrecerte una habitación en el palacio de la Zarzuela. No me das ninguna pena.

Ella pareció llegar a su límite, porque se levantó, me quitó la maquineta de las manos a pesar de las quejas de Eric, que, de todas maneras, y con toda su cara, aprovechó para meterme un gol, y me espetó:

—¿Tú no hablabas tanto sobre ayudar al necesitado? ¿Qué pasa? ¿Que todo ese rollito de héroe de la clase media es una fachada?

—¿Dónde están esos necesitados, que yo los vea? —Enarqué una ceja en su dirección. No me molesté en levantarme de la alfombra—. Tienes una carrera universitaria, catorce años de conservatorio, tres idiomas certificados por la universidad de Cambridge, un máster que te permite ejercer la abogacía y, para colmo, un apellido compuesto. La gente como tú solo ha de sentarse en un banco y esperar a que alguien le ofrezca un contrato de cuarenta mil euros netos al año; para muestra, un botón, ¿o no ves la procesión dolorosa que se ha montado en tu nombre? Si quieres mi compasión —apostillé, rezumando desdén—, córtate un brazo.

Ella seguía de pie con los puños crispados.

—Mi apellido no sirve de nada sin la ayuda de mi padre, y si tan socorrida es la *titulitis* que me achacas, ¿por qué no me han llamado aún?

—Porque se te habrá olvidado poner una foto tuya, el que es el argumento definitivo a tu favor —respondí con indiferencia— Eres blanca y estás buena. Si no te contratan para ponerte un traje y defender a un asesino, te pondrán un bañador para desfilar, pero desaprovechada en tu casa no te vas a quedar, te lo aseguro.

Mi respuesta no pretendía halagarla, tan solo establecer una verdad como la copa de un pino, pero ella se ruborizó furiosamente. Pareció quedarse sin palabras.

Todo lo que fuera dejar de escucharla me venía de perlas, así que yo tan contento.

—Lo apoyo —intervino Eric—. Eres muy guapa.

—No le des más razones para tenérselo creído, ¿quieres? —le bufé al niño—. Y deja de

meterme goles, puto cabrón.

Él compuso una mueca inocente.

—Si me insultas, se lo diré a mamá.

—Oh, insúltalo tú de vuelta, que se lo merece por ser un completo gilipollas —rugió Gloria con la voz temblorosa. Clavó en mí una mirada gélida—. Ni siquiera sé cuál es tu problema conmigo ahora mismo. Da igual lo que me pase, nunca me vas a dejar en paz.

—Cuando te ocurra solo un tercio de lo que ha tenido que vivir la peña de mi barrio, ya me pensaré lo de hacerte la ola.

Ella soltó un jadeo ofendido que sonó como una carcajada falsa.

—Ya, los de tu barrio... Está claro que dedicar las veinticuatro horas del día a victimizarte, como si fueras la persona más miserable del mundo, te iba a dejar sin empatía para los demás. Solo te importan tus desgracias, ¡y, oh! ¡Qué desgraciado eres teniendo un techo sobre tu cabeza, ganándote el pan y dándote caprichos cuando se te tercia!

Victimizarme, había dicho, como si no hubiera sido ella la que dedicó un viaje en furgoneta a llorar porque tuvo que asistir a un curso avanzado de alemán.

Esa palabrita fue la gota que colmó el vaso.

Me levanté por fin, y no para amedrentarla, sino para que se quedara con mi jeto mientras le decía cuatro cosas. Ella tuvo que ver en mi cara que estaba a punto de caerle encima con todo lo que tenía y sabía, porque dio un paso atrás con gesto intimidado.

—¿Victimizarme? —repetí en tono lúgubre—. ¿A eso crees que me dedico? Porque para eso, lo primero que hay que tener es tiempo libre, y yo me levanto a las cinco de la mañana para cubrir turnos de doce horas. ¿Qué haces tú mientras tanto, bonita?

—Pues yo no soy la que tiene un alquiler fijo y una Kawasaki de casi diez mil euros —replicó a la defensiva.

Avancé un paso hacia ella con la cabeza ladeada.

—¿Y por qué no voy a tener la moto que me salga de los huevos? ¿No me puedo gastar el dinero que gano honradamente en lo que me plazca? Gana tú primero un sueldo, y luego debatimos en qué lo invertimos.

Ella tragó saliva.

—Solo digo que no eres un pobrecito. Si trabajas tanto, está claro que es para permitirte artículos de lujo.

—Un techo y un medio de transporte no son un artículo de lujo. De todos modos, a mí la moto me costó los ahorros de años. ¿Cuánto te habría tomado a ti conseguir esa Kawasaki? ¿Un «porfi, papi»? —Solté una risita envenenada—. Tú estás muy equivocada con todo. Lo que yo hago no es narrar mis experiencias vitales con lagrimitas de cocodrilo, llegando a venderlas como si fueran la guerra de Vietnam, para que la comunidad entera se apiade de mí. Eso que tú consideras «victimizarme» es lo que sucede en mi vida cada día desde que tengo memoria, y pasa que a veces lo cuento cabreado. Pero tú qué vas a saber, si solo eres una privilegiada. Con un poco de suerte, enfrentarte a la vida real te saca la cabeza del culo... pero no parece que eso vaya a suceder pronto, porque aunque hayas dejado de chuparle la sangre a tu padre, aún puedes ser la sanguijuela del trece de la calle Julio Cortázar.

Sí, eso dije yo, el que ese día se había levantado tranquilito. Pero ni siquiera eran las palabras más duras que le había dedicado. Gloria y yo nos pasamos por el forro los Derechos Humanos cada vez que nos cruzamos en el pasillo.

La cuestión es que ahora ella tiene lo más parecido a un problema de verdad desde que hizo

la comunión, y aquello le afectó. Pude verlo en sus ojos anegados en lágrimas de impotencia. Esas que se cuida de derramar en mi presencia.

—No me extraña que te sorprenda que los vecinos quieran ayudarme —balbuceó, temblando por la tensión—. Con la mala leche que pagas con todo el que se te acerca, seguro que te darían la espalda si te pasara lo mismo que a mí.

—La única que le da la espalda a la gente cuando necesita ayuda para salir de una situación incómoda eres tú —le ladré con el rencor que llevaba acumulando desde la noche de la fiesta—. Porque yo te saqué de esa celebración de mierda y te arrojé en tu habitación, pero tú dejaste que un poli me amedrentara en lugar de aclarar que venías conmigo en la furgo porque querías, o, ya puestos, que no la había robado. No te costaba nada. Nada —recalqué—, y te callaste. Y luego, para colmo, me diste una patada en cuanto te toqué el pie, como si fuera a pegarte la lepra.

Gloria se quedó de una pieza al oírme.

Habría pagado por vislumbrar en ella algún tipo de arrepentimiento que la humanizara a mis ojos; que me permitiera verla como la ven los vecinos. Pero era el asombro lo que predominaba en su expresión. Tanto así que no pudo contestar enseguida, momento que Eric aprovechó para murmurar:

—Debería denunciar a mi madre a los Servicios Sociales por dejarme a solas con este par de locos.

—¿Qué dices de la poli? —atinó a defenderse ella por fin—. Yo... yo... sé que nos pararon, pero no... ¡Estaba borracha como una cuba y obligándome a concentrarme en la respiración para no vomitar en el salpicadero! ¡No me di cuenta de lo que hablabais o de lo que te decía!

Curvé los labios en una sonrisa gélida.

—Hacerte la tonta no te pega nada, Gloria —acoté con fría serenidad—. Has conseguido que la comunidad se haga un esquema para que no te falte comida y cama hasta que encuentres un curro; es evidente que eres más lista y calculadora de lo que crees.

—¿Qué insinúas? ¿Que hice aposta lo de... lo del otro día? No te di una patada porque me estuvieras molestando o me dieras asco, no sé por qué piensas... No sé por qué...

Se pellizcó el puente de la nariz, angustiada.

—Te reclinabas hacia el lado contrario cada vez que me acerco —señalé, furioso. No me gustó reconocer en voz alta que me coscaba de sus desprecios, pero habría dicho lo que fuera para hacerle ver que yo sí sé quién es ella en realidad—, y todas las veces que te he rozado porque no me ha quedado otro remedio, para pasar o incluso para ayudarte con la puta compra, tú has puesto cara de pedir auxilio. Si no quieres ni mi ayuda y tanto asco te doy, ¿por qué cojones lloriqueas cuando no te regalo mi compasión?

—¡No reacciono así porque me des asco, sino porque me pones nerviosa! —gritó en un arrebató.

Tengo que reconocer que eso me dejó momentáneamente aturdido, y a ella la ruborizó, como si hubiera delatado un secreto vergonzoso.

En el remoto caso de que estuviera siendo sincera, el nerviosismo podía beber de numerosas fuentes; a lo mejor la pongo nerviosa porque teme que le robe la cartera, como las viejas conservadoras del edificio de enfrente. Pero yo decidí interpretarlo de otra manera, y antes de poder exigirme un mínimo de decencia, mis ojos ya estaban clavados en sus labios entreabiertos.

Los tenía enrojecidos por los mordiscos con los que los había torturado para reprimir las lágrimas.

Ella me estaba mirando con la respiración agitada y una curiosa mezcla de arrepentimiento y

esperanza, como si estuviera preparada para desdecirse y huir... a no ser que yo le respondiera algo prometedor. Quizá lo habría hecho si hubiese encontrado las palabras, pero la mente me cortocircuitó de pensar que, después de todo, Gloria pudiera sentir algún tipo de atracción retorcida hacia mí.

Su aspecto no me ayudaba a recuperar la compostura. Hiperventilaba, ruborizada, y se le había abierto la bata, así que ahí estaban otra vez los pezones, apuntándome sin reparo.

Si no hubiera estado allí Eric, creo que habría cometido alguna locura imperdonable, como meterle la mano bajo el camisón y ver hasta qué punto podía ponerla nerviosa.

Por Dios que quise. La habría manoseado como un jodido animal hambriento hasta que la mortificación la hubiera matado del disgusto. Pero, en el fondo, era consciente de que no había ninguna razón halagadora detrás de los nervios de Gloria. Y eso, además de frenarme, me llenó de impotencia.

Ante mi falta de respuesta, ella se apresuró a arreglar el malentendido con balbuceos:

—Y si te rehuiera, no tendrías ningún derecho a reprochármelo. Eres atento y educado con todo el mundo menos conmigo. ¡Lo que no voy a hacer es pedirte un abrazo!

No me dijo nada despreciativo o hiriente, pero me desinflé ante la certeza de que, si me pidiera un abrazo, la envolvería con todo mi cuerpo y me restregaría con ella hasta borrarla de la faz de la Tierra. La intensidad del deseo, no recién descubierto pero sí desatado en muy mala hora, me puso de un humor de perros. Y lo que es peor: me desestabilizó y no supe cómo actuar.

—Mejor —mascullé, todavía conmocionado por su réplica. Me obligué a separarme—, porque no te daría ni los buenos días.

Yo no me peleo con nadie, ella misma lo dijo: procuro ser un buen ciudadano y echar un cable cuando se me requiere, pero Gloria saca lo peor de mí. Y por falta de costumbre, porque ni siquiera discutir con ella a diario me ha habituado al regusto a bilis que deja el odio en la lengua, al cabo de un rato estoy tan cansado que me dan ganas de acostarme en un ataúd y dormir ciento cincuenta años.

Sacudo la cabeza para alejar el recuerdo, que acabó conmigo cogiendo la puerta y dejándola con la palabra en la boca.

Luz se me ha quedado mirando con fijeza, con la intención de adivinar mis pensamientos. Le deseo mucha suerte desentrañando la cantidad de mierda que tengo en la cabeza.

—Todavía no entiendo cómo os ha embaucado para convertir su problema en el de todo el mundo —mascullo de mala gana.

—No se trata de que sea Gloria —suspira Milu—. Es nuestro problema porque somos una comunidad y nos preocupa el bienestar de nuestros vecinos.

—Somos una comunidad de vecinos, no una comuna *hippie*, por Dios. No hace falta llegar a estos extremos.

—Eres una buena persona, Néstor —me corta de pronto—. Si habláramos de Edu o de cualquier otro vecino, le habrías abierto las puertas sin dudarlo. No tienes que prepararle el desayuno ni darle un beso de buenas noches. Solo ser lo que ya eres, un buen tío.

—A lo mejor no soy tan buen tío, porque no me da la gana de serlo con quien no se lo merece.

La pose derrotada le hunde los hombros. Dedicar un instante a dudar sobre si decir lo que no se debe decir.

Pero lo acaba soltando.

—¿No te habría gustado que la gente que en su día te tomó por una basura humana se hubiera

apiadado de ti? ¿No habrías agradecido que te hubiesen dado un voto de confianza?

Me cuesta tragar saliva después de escucharla, porque también se me dificulta tenerme en pie. Interpreto como una traición que haya recurrido a ese recuerdo venenoso para convencerme de meter en mi casa, mi hogar, mi refugio, a una persona que es mi infierno, mi tortura personal, mi espina clavada.

Le habría saltado con la clase de reproches que podrían abrir un abismo incluso entre las dos personas que más se quieren en el mundo. Pero como la adoro y no soportaría perderla, me inclino por pasarlo por alto a medias y por ofrecer una sencilla justificación:

—Mi historia jamás debió señalarme como una basura humana. Gloria, en cambio, no ha hecho más que demostrar que lo es.

—¿Porque se defiende de tus crueles ataques con réplicas a la altura? —Enarca una ceja, pasmada con mi determinación a hundir la imagen de la marquesa—. ¿Te has parado a pensar que, a lo mejor, tu comportamiento con ella también podría revelar que no eres el tío del año?, ¿que no solo Gloria, sino quienes atestiguan tu lamentable actitud con la vecina, podrían llegar a la misma conclusión que tú te niegas a visitar sobre ella? Lo que define nuestra naturaleza no es cómo nos comportamos con las personas que amamos, Néstor, sino cómo actuamos alrededor de quienes no cuentan con nuestras simpatías.

Los distinguibles pasos arrastrados de Koldo interrumpen la conversación, y menos mal, o habría tenido que pararme a reflexionar... y con terribles consecuencias. Como, por ejemplo, aceptar que doy lo que recibo, y que por eso recibir veneno es culpa mía.

Nuestro compañero aparece bajo el umbral de la cocina frotándose un ojo con los nudillos, con nada más que unos calzoncillos de paracaidista y una de esas camisetas de tirantes de marcas falsificadas que le compra a su mantero de confianza.

—¿De qué habláis? Se escuchan las voces por toda la keli.

—De que le toca a Gloria venir a dormir a casa —resuelve Luz, sin dar pie a réplica.

—De lujo —responde Koldo con el pulgar en alto—. Le puedo ceder mi camarita. No me importa pasarme al sofá, o, si a Néstor le parece, sobarla en su cuarto. Prometo fumar con la ventana abierta —agrega con una mano sobre el pecho. Y como si esto le hubiera recordado que se le antoja un porro, mete la mano en el bolsillo de los amplios calzones y saca un cigarrillo arrugado y un mechero metálico.

Se me escapa una risita histérica.

La marquesa no dormiría en la cama de Koldo ni si la alternativa fuera el nido de una golondrina. Pero eso jamás lo diría en voz alta. Lo último que quiero es herir los sentimientos de mi chaval.

—He dicho que no —zanjo, saltando del taburete.

Para librarme de la censura de Luz, llevo mi cuenco al fregadero.

Me parece increíble tener que explicar por qué demonios no quiero vivir bajo el mismo techo que una persona que me ha ofendido de todas las maneras en las que se puede ofender a una persona, por lo que es y por lo que no es. Me asombra que ellos no vean lo mismo que yo, a una tía prejuiciosa y clasista que los percibe como los residuos tóxicos de la sociedad.

—A ver, Néstor, tío, cómo te lo digo... Aquí no puede mandar *to* tu polla, hermano. ¿Lo entiendes? Esto es una democracia —Koldo abarca la cocina con un gesto que se asemeja a nadar a braza—. Y, mira, yo digo que Gloria se venga. Compartir es vivir, y todo eso...

—Muy buena idea, Koldo. Vamos a hacer la votación. ¡Ming! —grita Milu. El cuarto residente se presenta con la parsimonia con la que lo hace todo. Hasta pestañea despacio, como si

viviera a cámara lenta—. ¿Tú estás a favor o en contra de que Gloria se quede con nosotros?

—No habla español —rezongo de brazos cruzados—, y no te creas que no me doy cuenta de que lo manipulas poniendo tu vocecita aterciopelada para que piense que lo estás invitando a follar.

—Ese ha sido un comentario muy sexista —me reprocha Luz, y tengo que agachar la cabeza porque a) es verdad, y b) estoy ante una eminencia feminista. Sabe de lo que habla—. Y Ming entiende de maravilla lo que se le dice. Que levante la mano quien crea que Gloria no debe quedarse una semana con nosotros.

Mi palma sale disparada hacia el cielo, como si cuanto más la levantara, más valiera mi voto. No sirve para nada más que para recibir la mirada decepcionada de Koldo, que chasquea la lengua mientras se prende el porro recreando una cueva con las manos.

—Y... que se manifieste el que esté a favor de acoger a una necesitada.

Menudo uso del lenguaje.

Ha nacido una manipuladora.

—Ming, por favor —le ruego con las palmas unidas en un rezo—. Entra en razón. Odiamos a Gloria. Gloria es el enemigo. ¿Te acuerdas de Mao Zedong? Pues Gloria es peor.

—Sí, claro, Gloria es peor que el mayor genocida de la historia de China. Mao provocó alrededor de cincuenta millones de muertos, pero Gloria le ha dicho a Néstor que es feo y tonto. —Milu pone los ojos en blanco. Acto seguido, levanta la mano—. A favor.

—Igual que un menda —corroborra Koldo, alzando su brazo.

Me dan ganas de doblárselo en un ángulo doloroso.

Ming nos observa al uno y al otro, y con una dejadez que me va a costar la salud, imita el movimiento de Luz.

—¡No, Ming, joder! —me quejo, agarrándolo de los hombros—. ¡Gloria no puede entrar en nuestro territorio! ¡Es como los hunos que invadieron el norte de China en el 316! ¡Va a saquearnos como una salvaje!

—Sí, claro, va a robarnos el oro y va a violar a nuestras mujeres. Déjate de racistadas sobre China, idiota. El pueblo ha hablado —declara Luz.

Se dirige a la puerta, seguramente con toda la intención de avisar a Gloria de que este será su siguiente destino turístico. No me cabe la menor duda de que ve las casas de los vecinos de clase media como una especie de experiencia de telerrealidad en la que ella, la única concursante, ha de sobrevivir poniendo sus propias lavadoras.

Para mi asombro, Gloria está de pie sobre el felpudo con la mano apoyada sobre una American Tourister rosa fucsia.

—No me jodas —mascullo, y no porque quepa la posibilidad de que nos haya escuchado.

El horror es inminente.

—Bienvenida —le sonrío Luz, retirándose para abrirle camino—. Siéntete como en casa.

Oh, pero ella sabe que esta no va a ser su casa. Se nota en la rigidez de sus hombros al arrastrar la maleta por el pasillo y mirar a ambos lados con una mezcla de recelo y resignación. Seguro que está confirmando sus mayores temores al ver que hemos colgado las banderas de la República, la Unión Soviética y Palestina en las paredes; al oler en el ambiente la matuja de Koldo, y al comprobar de una rápida mirada a su archienemigo que no se lo voy a poner fácil.

—Tranquila, que Néstor está de acuerdo —miente Luz. Es partidaria de la verdad salvo cuando podría romperle el corazón a alguien, en cuyo caso empieza con las mentirijillas

piadosas. E innecesarias, porque si a estas alturas Gloria no sabe que prefiero que me pase una apisonadora por encima antes que compartir con ella el mando de la televisión, es que no se ha enterado de nada—. Incluso estábamos empezando a hablar de que podría llevarte al restaurante donde trabaja y sugerirle a la jefa que te contrate a tiempo parcial. ¿Qué te parece? —me pregunta con su tono conciliador, como si tal cosa—. Dijiste que estaban buscando camareros, ¿no? Podrías ir con Gloria esta tarde y presentársela a Sugar.

Esbozo una sonrisa amable con la que Luz se entusiasma. «Va a ceder», parece pensar.

Su gozo en un pozo cuando contesto:

—También podría pegarme un tiro en los cojones.

Después de sembrar un incómodo silencio ante las puertas de la cocina, esquivo el cuerpo en bloque de Ming y disipo la nube de humo perfumado de Koldo para refugiarme en mi habitación.

Antes de cerrar de un portazo, clavo una mirada fría en Gloria.

«Mucha suerte», la advierto. «La vas a necesitar».

Capítulo 8

LOS PSICÓLOGOS SABEN LO QUE DICEN...
HASTA QUE DICEN ALGO QUE NO TE GUSTA

Gloria

Nada está saliendo como pensé que lo haría, y eso que no tenía expectativas.

Por no tener, no tengo ni piso propio, ni familia.

Aunque Néstor opine que no he fregado un plato en mi vida, sé de sobra cómo llevar una casa. No por nada he vivido sola durante mucho tiempo.

Vale, sí, le pagaba a una asistenta para que viniera a planchar, fregar y limpiar las ventanas exteriores una vez a la semana. ¡Pero eso no significa que me acabe de caer de un guindo!

Dicho esto, reconozco que la experiencia de convivir con extraños, y con la consecuente obligación de adaptarme a las costumbres de cada uno, me trastorna tanto que no doy ni una.

Susana no permite que la gente se quite el calzado en su casa porque detesta el olor a pies, pero luego está Eli, que no quiere que nadie camine con zapatos por la casa porque ha renovado la moqueta. En casa de Virtudes no se puede poner música a determinadas horas de la tarde porque interfiere con su proceso creativo, es decir, de cinco a ocho; en casa de Susana, está prohibido hacer ruido de diez a doce, que es cuando escribe sus reseñas cinéfilas y las sube a su blog. Edu lo recicla todo y tiene alrededor de seis o siete cubos de la basura debajo del fregadero, y por más que me ha explicado dónde va cada cosa, ha sido imposible para mí descifrarlo: al final me hacía un maldito lío, porque Tamara, por ejemplo, no cree que deba quebrarse la cabeza reciclando cuando el noventa y nueve por ciento de la contaminación la produce, en sus palabras, «el avión privado de Neymar».

Como he ido de un lado a otro tratando de asimilar las manías de cada uno, no creo que a nadie le extrañe que en casa de Tay separara la basura, en casa de Edu se me olvidara hacerlo, aplastara la moqueta de Eli y fuera descalza por el salón de Susana, y no me pusiera música nunca por miedo a molestar en horas prohibidas.

Y lo peor no es ser una torpe, sino que, al final, me quedo con la desagradable sensación de que estoy molestando. Pero si me disculpo y trato de marcharme para ahorrarles un disgusto, los vecinos se lo toman muy a pecho. Como si me hubiera meado en su alfombra, o algo así.

Aun y con todo, ni siquiera la reprimenda de Tamara por contribuir «a la mentira del reciclaje» se puede comparar con la angustia de estar en casa de Néstor.

Sí, es el piso de Koldo, de Luz y de Ming, que son todos encantadores, pero para mí sigue siendo el último círculo del infierno porque Néstor acecha por las esquinas.

Bueno, eso no es del todo cierto, porque, como él mismo señaló, no le sobra el tiempo libre. Cubre turnos interminables entre el restaurante, que me sorprendió descubrir que tenía una estrella Michelin, y el bar del centro de Madrid en el que completa su ajetreada vida laboral. Luego, dedica sus ratos de ocio a encerrarse en su habitación para hacer Dios sabe qué; eso sí, con música a todo trapo.

O lo que él cree que es música.

A lo mejor se pone a rezar, pero la verdad es que lo dudo. No creo que ningún musulmán se oriente a La Meca para cantar a pleno pulmón letras tan inspiradoras como: «*Dicen que la droga es mala, pero más lo fue tu engaño, que, en vez de echarme una mano, puta, me echaste mal fario*^[1]».

Oh, pero los ratos que coincidimos en el mismo espacio... No estaría siendo justa si dijera que arremete contra mí, porque no me suele buscar la boca, pero las miradas que me echa o la forma en que me ignora, como si fuese un obstáculo molesto, ya me ponen el vello de punta.

Tampoco me lo puso fácil mientras me quedé con los vecinos. Cuando estaba ocupando el sofá de Eli y se organizó el club de lectura, al que tuve que asistir porque habría sido maleducado escabullirme, Néstor apareció por allí y se repantigó en el asiento.

—¿Qué haces aquí? —me quejé, pasmada. Me puso nerviosa su cercanía; la expectativa de compartir el espacio durante dos horas de acalorado debate—. Apuesto a que no consumes este tipo de literatura.

—No —reconoció sin ápice de vergüenza—. Vengo por la comida.

Me crucé de brazos.

—Comida hay siempre. Qué casualidad que hayas elegido el único día que estoy para venir a molestar.

Néstor alargó un brazo hacia la mesa para coger un par de bolitas de coco que Tamara y Eli habían ofrecido a los invitados. Vestía a su manera informal, con un pantalón de chándal ajustado de pantorrillas para abajo y una camiseta que le ceñía la manga corta al grueso bíceps como si quisiera cortar la circulación. Pero yo no me fijé en los relieves de su cuerpo, que me consta que se trabaja en el gimnasio con disciplina espartana, sino en los tatuajes que quedaban a la vista: dibujos desvaídos por la falta de cuidado, y que no debieron destacar por su calidad técnica ni siquiera cuando se los hizo.

Lo vi meterse en la boca un pedazo del postre y sonreírme con socarronería.

—Claro que sí, marquesa. —Se puso una mano sobre el pecho—. Todo lo que hago es para estar contigo.

Decidí no tirarle de la lengua y tomar asiento lejos de él. En ese momento, todavía no entendía por qué había vuelto a ser un auténtico patán conmigo.

Y no quería descubrirlo.

Tocaba hablar de una de las novelas de Nora Roberts, mi autora preferida. Me habría relajado, feliz de encontrarme en mi salsa por primera vez desde el desahucio, si no hubiera sido por la inquietante corazonada de que Néstor se las arreglaría para humillarme incluso sin abrir la boca.

No me equivoqué en mis pronósticos. Todo el mundo se hallaba en pleno debate sobre el carácter de la protagonista cuando Néstor dijo con aparente solicitud:

—¿Y tú qué opinas, Gloria?

A mí me subieron los colores, a sabiendas de lo que se proponía, pero me quedé callada. Ya me dio a entender en la fiesta de jubilación que tenía muy presente que escondía mis gustos de quien pudiera juzgarlos. Igual que mi personalidad, mis opiniones, mis sentimientos... Algo imperdonable a su parecer.

—¿Por qué se lo preguntas? Ella no está en el club. No la hagas sentir fuera de lugar —le regañó Eli con el ceño fruncido.

La francesa es una chica muy tranquila. Le gusta tomarse su vinito al acabar la jornada, que le hagan un masaje en los pies y comentar las novedades del programa de telerrealidad que esté consumiendo en el momento.

Pero si alguien viene a su casa a armar un pifostio, que se prepare, que vienen curvas.

—¿Fuera de lugar? —Néstor parpadeó con inocencia—. Si ese libro ya se lo ha leído.

—¡No es cierto! —me defendí, abochornada.

Él torció el gesto.

Odio esa expresión de amargo desdén que ha patentado a mi nombre. No tanto porque me desprecie abiertamente, sino porque roza la decepción. Da a entender que en algún momento ha albergado la esperanza de que yo le sorprendiera para bien.

—¿Entonces lo tienes en tu estantería porque te gustan los colores de la portada? ¿Fue un regalo de alguien que aún no sabe que prefieres a Dostoievski, y no lo has vendido en Wallapop por respeto?

—Como si tú hubieras entrado mucho en mi casa para ver mi biblioteca personal —repliqué de mal humor. Y en todo mi derecho de estarlo, porque no me gustaba que me recordara que alguna vez había tenido estanterías. Que alguna vez había tenido un techo.

Cuando llegó la hora de entregarle las llaves del piso al propietario, metí mis libros y la mayoría de mis pertenencias en cajas y las envié a casa de mis padres. No podía meterlas en ninguna otra parte. Ellos ni siquiera me escribieron un mensaje para decirme que habían llegado bien, así que mis libros de romántica bien podían estar en la biblioteca municipal o proporcionándole calor a mi padre desde la chimenea.

—¿De qué tienes miedo? —bufó él. Se incorporó en el asiento, como si esperase una respuesta que le dejara boquiabierto—. ¿Es que te da vergüenza que lectoras impenitentes del género sepan que tú formas parte del grupo? ¿Quién crees que te va a juzgar? La única que está juzgando lo que le gusta eres tú al callarte que te encanta Nora Roberts.

Todo el mundo se quedó en silencio, barruntando la acusación. Algunas pensaron que era cierta. Tamara y Eli, por ejemplo. La primera me lanzó una mirada recelosa, indignada de pensar que pudiera crearme superior por renegar de mis placeres culpables.

Pero Susana salió en mi defensa.

—¿No puedes dejar a la niña tranquilita por un día? —preguntó cansinamente.

—Si es que no sé para qué invitamos hombres a nuestras reuniones —rezongó Edu—. Vienen, se comen nuestra comida, nos joden la charla informal y luego se largan tan anchos.

—Tú también eres un hombre —señaló Néstor.

El peluquero alzó la nariz con soberbia.

—Soy una minoría oprimida. Tengo más en común con las mujeres que tú.

—Bueno, bueno, vamos a dejar las generalizaciones absurdas, que yo no he hecho nada —se defendió Óscar, el novio de Eli y también lector incansable del género romántico.

—Tú no te aludas, que no cuentas como hombre —resolvió Susana—. Eres un regalo para los sentidos y estás aquí para embellecer el cuadro. Y te gusta Nora Roberts, que es lo importante.

—Hombre, gracias por valorarme intelectualmente, para variar —se rio Óscar.

—¿De pana que lees romántica y no lo quieres admitir? —interrumpió Tamara, mirándome con fijeza.

—No pasa nada porque no lo vaya proclamando a los cuatro vientos —intervino Virtudes, y tuvo su gracia, porque ella incluso escribe novelas de corte romántico—. Hay gente que todavía se burla de nosotras por eso, y no todo el mundo quiere o puede soportarlo.

—En esta sala no hay ni una sola persona que vaya a burlarse de ella por eso —insistió Néstor.

—¿Ni siquiera tú? —le repliqué con aspereza.

Él me miró a los ojos, y a mí me temblaron hasta los dedos de los pies.

A veces me enfrenta con una sencillez que me desarma y me invita a pensar que nunca, jamás, podría mentirle, porque ya sabe quién soy detrás de mi fachada. Pero sé que mira así a todo el mundo. Mira como lo haría una persona que no tiene nada que esconder; nada de lo que avergonzarse.

—No —respondió con franqueza—. Te respetaría bastante más si no ocultaras tus gustos populares para encajar en el modelo de rica pretenciosa que solo valora el arte intelectual y las conversaciones elevadas.

Quise defenderme alegando que me había acostumbrado a esconder mis discos de One Direction, mis novelas románticas y mis revistas para adolescentes para que mi padre no hiciera comentarios humillantes al respecto. Ya de niña me arrancaba de las manos los cuentos infantiles y las entregas de Kika Superbruja para que me estudiara *Don Quijote* en su versión extendida.

«Así entrenas la mente», me decía. «Con esa basura para idiotas no vas a desarrollar tu intelecto».

Pero de un tiempo a esta parte, se me forma un nudo en la garganta al pensar en mi padre.

Esa tarde no fue la excepción. Incluso si no era una evocación enternecedora, tenerle presente me sentó como una puñalada. Y viendo que rompería a llorar, me levanté del sofá donde nos habíamos congregado y me fui del apartamento para dar un paseo que me refrescara las ideas.

Sin embargo, para alejar a mi familia del pensamiento no basta con recorrerse Madrid de parte a parte. Para olvidarlos, tendrían que practicarme una lobotomía. Y es que conforme ha ido pasando el tiempo, he dejado de convencerme de que hice lo correcto al darles puerta. He empezado a entender mi actitud como el capricho de una niña estúpida, y a mirar a mi padre y a mi madre con otros ojos; los de dos víctimas de mi inmadurez. Cada vez soy menos susceptible a sus defectos, de los que casi ni me acuerdo, y hasta idealizo lo que en el fondo sé que nunca fue bueno para mí.

Borja ha sido lo único que ha impedido que vuelva con el rabo entre las piernas. Sé que disculparme ante mi padre conllevará prometerle la reconciliación con mi ex, y ahora que creo haber superado la conmoción inicial de lo sucedido en aquel baño, sé que no soportaría que volviera a tocarme.

Con el transcurrir de las semanas, he ido desarrollando una especie de fobia hacia él, y, con ella, ha aterrizado en mis sueños una colección de pesadillas que me despiertan envuelta en sudor, con taquicardias y una sensación de desamparo de la que no sé cómo protegerme. Quizá ese sea el problema fundamental: que no me siento a salvo. O no me he sentido a salvo hasta que me he mudado al 5º. A, lo único positivo de tener a Néstor cerca. Porque si existe una persona en este mundo a la que odie más que a mí, esa es Borja, y no temería actuar en consecuencia si se atreviera a venir a buscarme.

A fin de cuentas, Néstor es, ante todo, un tipo justo. Era una sospecha que temía confirmar y a la que me he tenido que rendir nada más observarlo en su hábitat natural. Podía mentirme a mí misma alegando que se hacía el bueno de cara a la galería, pero en la intimidad de su apartamento es incluso mejor. Lo he visto levantarse el primero para prepararle el desayuno al que se despertara acto seguido para ir a trabajar; lo he visto robarle a Koldo todos los porros que

se deja olvidados en la mesa de la cocina, sobre el reposabrazos de un sillón o en el lavabo, y arrojarlos a las profundidades de la basura para que no sueñe con fumárselos; es quien lleva y recoge en su moto, es quien se aguanta y se va al sofá cuando se queda a dormir un amigo...

Pero conmigo ni siquiera puede actuar como un ser humano decente.

Y no lo entendía. No después de lo que pasó en la fiesta de jubilación.

Hasta que él mismo explicó el porqué de su actitud, claro.

¿Cómo iba a saber yo que la policía lo pararía para jugar con sus pobres nervios? ¿Tendría que haberlo previsto? ¿El hecho de que me extrañara que el agente le metiera miedo confirma que soy una privilegiada?

Ojalá la actitud de Néstor fuera lo único que me ha llevado a cuestionar mi actitud, pero mi crisis existencial viene patrocinada por otras fuentes. Y es que uno de los primeros días en el 5°. A, oí el fragmento de una conversación que me incumbía.

—¿A que no está siendo tan terrible? —oí que Luz le preguntaba a Néstor.

—Tampoco está siendo el sueño de mi vida —rezongó él, en su línea—. De verdad, no sé qué os pasa con esa tía. Os habéis vuelto majaras. Cuando a Susana se le quemó la casa, aquí nadie se rasgó las vestiduras.

—Susana nunca ha sido una persona que acepte ayuda, Néstor, tú lo sabes —respondió Luz en tono cansino. Estaba claro que había tratado de razonar con él en infinidad de ocasiones—. Ofrecerle, se le ofreció, ¿o no te acuerdas? Solo que no era tan fácil colocarla porque eran dos personas: Eric y ella. Se quedó en casa de Sonsoles porque era donde estaría más cómoda, no porque no hubiera otra opción.

—Tú tienes una justificación para todo, ¿eh? Parece que Gloria sea tu mejor amiga, joder.

Luz suspiró y se quedó un rato en silencio. Cuando volvió a hablar, lo hizo un par de tonos más bajo, pero la escuché de todos modos.

—Te crees que soy tonta, ¿no? O que me lo hago para no ver lo que tengo en las narices. —Chasqueó la lengua, más resignada que irritada—. Venga ya, Néstor. ¿En serio crees que no me he dado cuenta de cómo me mira? Si es como me mira todo Dios. Como nos miran a los que vivimos en esta casa, por una razón o por otra; por chino, por moro, por yonqui o por zarrapastrosa. Pero no voy a dejar que los prejuicios de alguien me afecten, y menos todavía que me llenen de resentimiento hasta el punto de convertirme en alguien que no soy. Porque yo no soy una persona que le da la espalda al necesitado. Me importa más sentirme mejor conmigo misma que vengarme del escrupuloso.

La respiración se me entrecortó al escucharla. Su mensaje contenía los mismos reproches que había oído mil veces viniendo de Néstor, pero lo había plasmado de un modo bastante menos agresivo, y, solo por eso, consideré tomarlo en serio.

—Pues lo siento si yo no predico con esa mierda de Disney de «*kill them with kindness*» —contestó Néstor con sencillez—. No voy a perder el tiempo demostrándole a la peña que me subestima que no soy la basura por la que me toman. Es más; si quieren mirarme y ver escoria, que se preparen, que la van a tener. Siempre daré lo que reciba. Es lo que equilibra la balanza.

Como fundamentalmente me defino como una cobarde, defecto que Néstor también me ha achacado, me retiré antes de seguir escuchando fragmentos que me hundirían en la miseria.

No me esperaba algo así viniendo de Luz, que tan amable ha sido conmigo desde que me mudé a la puerta de al lado. No porque lo dijera con rabia, sino porque yo pensaba que no se había dado cuenta de que... Sí, bueno, de que me cuesta entender su estilo, por decirlo de algún

modo. Y su forma de vivir la vida. Y su revolucionaria manera de pensar. Sobre todo se me hace cuesta arriba encajar que sea una persona maravillosa. Llevo gran parte de mi vida oyendo que los que llevan rastas, fuman maría, compran ropa de segunda mano y luchan contra las injusticias, algunas de ellas inventadas por el aburrimiento, son el excedente de la sociedad; una tribu incivilizada de la que conviene ponerse a resguardo.

Por eso la miro con una mezcla de recelo y fascinación.

Pero ella está en todo su derecho de quedarse con la parte del recelo.

Imagino que es lo predominante.

¿Cómo podría pedirle disculpas por hacer que se sienta así? No creo que aceptara la excusa de que me he criado en un ambiente en el que la anormalidad es expresar la identidad propia a través de cambios permanentes en el cuerpo... o expresar la identidad propia a secas, porque no existe tal cosa en un mundo en el que determinan desde tu nacimiento qué debes ser. Y creo que empezar a halagarla como una lameculos —«Ay, ¡me encanta el tatuaje de una mariposa abierta, colorida y gigantesca que tienes en toda la garganta! ¿Dónde te lo has hecho, que vaya a copiártelo?»— sería tan cantoso que la pobre se moriría de vergüenza ajena.

Y yo también.

No tenía fuerzas para intervenir en su charla y admitir precisamente ante Néstor, Don Activista Antiorgullos Y Prejuicios, que soy culpable de los cargos que me ha estado achacando. Sigo sin tenerlas un par de días después, mientras subo al ático del edificio para disfrutar de mi necesaria terapia individual.

Pero pretendo abordar el asunto con Alison.

Néstor cierra nuestras discusiones alegando que estoy en otro nivel de la realidad, y que nunca podría entender su situación vital. No puedo replicar a esa verdad aplastante. Para muestra, un botón: no comprendí el reclamo de no haberle echado un cable con la policía porque yo no puedo ni siquiera imaginar de qué manera lo miran. ¿Por qué? Sencillo: a mí nunca me han mirado así. No habría registrado el peligro ni si hubiera estado en mis cabales, y eso que he leído historias de inmigrantes cacheados «de forma aleatoria» por algo tan simple como sentarse en un banco del parque a fumarse un Marlboro.

Me sentí mal al caer en la cuenta de que le había fallado sin proponérmelo... Y luego le odié por denunciarlo, como denuncia todas las situaciones de inferioridad.

Es una reacción que me avergüenza y que no siempre puedo controlar.

Evidentemente, no me hace ninguna gracia que haya quien sufre ataques racistas. Pero tampoco me gusta que me señalen como responsable indirecta de un sistema que los oprime. Y no me gusta porque, si echo la vista atrás, tendría que darle la razón. Influida por las opiniones de mi entorno, he llegado a decir que el racismo no existe, que hay que acabar con la inmigración, ya sea legal o ilegal, y que las minorías se sirven del victimismo para recibir pagas estatales. En mi comunidad, era normal hacer chistes sobre «los sudacas», «los maricones», y luego burlarse de estos si se ofendían porque «es que tienen la piel muy fina».

Incluso me he llegado a reír de bromas sobre la violencia doméstica.

Me molesta ser consciente de que no me disculpa decir que lo hacía por presión social, no porque me sintiera cómoda o participara en semejantes opiniones. Y es que a nadie le divierte que vengan a llamarlo intolerante. Pero la tolerancia pasa por el respeto, y he de admitir que no siempre los he tratado con el mismo respeto que a mis allegados.

¿Y cómo se llega a estas conclusiones? Mediante el pensamiento crítico... o gracias a abandonar el nido de víboras en el que vivías. Desde que Néstor empezó a odiarme, lejos de

reafirmarme en que la gente cuyo linaje no se remonta a los conquistadores visigodos es lo peor, me he dado cuenta de que he interiorizado actitudes prejuiciosas. Si él me acusa de ello con todas las letras, lo negaré porque nunca he atacado a nadie ni he sido desagradable adrede. Pero sabré que me lo merezco, porque he aceptado sin inmutarme el racismo de otros; porque al darme cuenta de que no me salpicaría nunca, me acomodé en él y le di la espalda a lo que es justo.

Es pensando en esto que mi bochorno se multiplica. Y es Néstor quien paga los platos rotos, porque lo detesto más aún por exponer partes odiosas de mí. Partes de las que me duele ser consciente, pero que siento que debo confrontar, ahora más que nunca, desde que Luz confirmó sufrirlas también.

Así organizo para mis adentros lo que voy a tratar con Alison. Tengo que aprovechar al máximo la sesión, porque está a punto de salir de cuentas de un embarazo la mar de curioso y aprovechará todas las vacaciones que no se ha tomado para cogerse una baja muy larga.

Aparte de ir sola a terapia, nos da cita a Néstor y a mí cada seis semanas como mínimo para tratar nuestra mutua aversión. Esa es la escasa frecuencia con la que aceptamos pasar una hora en nuestra mutua presencia.

Que yo sepa, hoy no me toca sesión con él. Por eso me extraña cruzarme con el susodicho en la sala de espera. Me lo encuentro repantigado en uno de los sillones de piel, con el tobillo cruzado sobre la rodilla contraria. El contraste entre el blanco de la tela y su bronceado natural es llamativo. Hasta que aparezco, estaba acariciándose la pierna con la mano con la que no sujetaba el libro que le tenía abstraído: *La cuestión de Palestina*, del autor Edward Said.

No es la primera vez que lo pillo leyendo. Parece decorar la casa con sus manuales de sociología y divulgación política. Aunque tiene una marcada preferencia por los conflictos bélicos actuales, de los que siente la necesidad de estar informado, también consume muchísima historia, y no solo en castellano, sino en el idioma que va pillando: que si *El libro prohibido de la dinastía Tang*, que si *Historia de los pueblos bárbaros de Europa*, que si *Antiguo culto maorí...*

Pone a un lado su nueva lectura en cuanto me ve, y se incorpora con lentitud, casi como si tuviera la sospecha de que llego para arruinarle el día.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo cita a las siete —contesto tras una vacilación justa.

—¿Cómo que tienes cita a las siete? A las siete tengo cita yo.

—No. —Saco el móvil del vaquero. Pulso el icono del calendario y le enseño la anotación en el día presente: «CITA ALISON»—. Lo tengo apuntado aquí.

—Me parece que tu móvil no va a tener la última palabra. —Mete la mano en el bolsillo de su chándal y saca un papelito con el logo impreso de la clínica de psicología y la letra de Alison. Sé que él ha ganado incluso antes de que anuncie—: A mí me lo apuntó ella.

Se me cae el alma a los pies.

Estoy segura de que no lo ha falsificado, pero no puedo renunciar a mi cita sin más. Llevo un mes necesitando esta sesión como agua de mayo. Tengo que hablar con alguien de mis pesadillas con Borja, de la ruptura con mi familia; del silencio cómplice de mi madre. Necesito que alguien me diga que no he cometido un error al contradecir al cabeza de familia y que, aunque no consiga trabajo, voy por el buen camino. Los vecinos tratan de animarme a su manera al verme alicaída, pero no me atrevo a abrirme con ellos. Bastante estoy abusando ya de su hospitalidad quedándome en sus casas.

Si una persona con legitimidad para abordar ciertos temas, como lo es Alison, no me dice que todo saldrá bien y me da una palmadita en el hombro, siento que me derrumbaré.

—Tienes que cederme tu hora —le ruego con voz temblorosa.

Podría haberlo interpretado como lo que es, un pedido de auxilio, pero prefiere verlo como un imperativo categórico.

—¿Por qué? —exige saber con el morro torcido. A él nadie le dice qué hacer—. ¿Porque tus problemas son más importantes que los míos?

—¡Pues sí! —le reclamo, perdiendo los nervios. Craso error—. ¡No creo que a ti te hayan desahuciado hace poco! ¡Ni que tu madre no te coja el teléfono!

—Estoy viviendo con una tía a la que no aguanto, ¿te parece poco? ¿Y qué sabrás tú de lo que hablo o no hablo con Alison, o de las movidas que tengo?

—Ya, tú siempre tienes movidas. Eres muy desgraciado porque te paró la poli en una intersección —se me escapa en tono resentido.

Me arrepiento en cuanto lo digo en voz alta. Es la clase de comentario que no habla bien de mí y, para colmo, sé que no me lo piensa perdonar. Ha entendido el desagradable trasfondo del mensaje, nada distinto de un irónico «pobrecito, que sufre discriminación».

Avanza dos pasos hacia mí y me habla tan cerca de la cara que siento su aliento mentolado en las mejillas.

—Eres pura basura.

Deja el libro en la mesa de cristal de la sala, da media vuelta y empieza a subir las escaleras airadamente. Su comentario me ha helado la sangre, pero tengo tan presente cuánto necesito la sesión que echo a andar detrás de él para impedirle que siga su camino a consulta.

Él ni siquiera se gira cuando le pongo la mano en el hombro.

—Ahora tengo cita yo —recalca con frialdad.

Y es que no hay vuelta de hoja. Le toca a él, no me va a dejar pasar, fin de la historia.

Pero estoy tan desesperada que me agarro a su camiseta.

—¿Y qué? ¡Lo que acabas de decirme merece que Alison se salte las normas y me reciba antes!

—Sí, claro —ironiza, venenoso—, habrá que recibirme porque eres la víctima de la historia y no porque creas que todo el mundo debe hacerte caso cuando a ti te dé la gana.

—Hombre —finjo reírme con desdén—, si el dilema está entre hablar conmigo y hablar contigo, yo creo que está claro a quién elegiría una persona con dos dedos de frente. ¡Quítate de en medio, Néstor!

—Me quito de en medio si a cambio tú te mudas a otra ciudad. Beirut, por ejemplo —responde con aparente calma, pero bajo la tensión de su cuerpo sé que se cuece una ira gélida.

Se nota cuándo un comentario le entra por un oído y le sale por el otro, y cuándo le afecta tanto que se lo guarda en la lista de afrentas. Estar en la línea de fuego me habría detenido en otras circunstancias, pero sigo buscándole las cosquillas porque estoy tan desesperada que nada me importa.

—Venga, yo me largo a Beirut y tú te vas a tomar por culo... —Oigo el crujido de la moqueta de arriba y me endezco. A unos escalones de distancia, erguida con su bata blanca y su bombo, igual que un ángel vengador de la maternidad deseada, se presenta la psicóloga—. ¡Aquí estás, Alison! No te vas a creer lo que me ha hecho este jodido anormal.

Porque también voy a hablar de Néstor en mi sesión, eso seguro. Tengo que desahogar la frustración de que no pueda dejar de odiarme, y de que su odio no haga sino incitar el mío y

convertirme en una persona que desprecio.

—No se lo va a creer porque, en primer lugar, no se lo vas a contar. Es mi hora.

—Sí, ha llegado tu hora. La hora de que te mueras —le gruño antes de pasar por su lado.

El corazón se me para, rebelándose contra lo que acabo de decirle. Supera con creces lo bajo que estoy dispuesta a caer, pero ¿acaso él puede decirme que soy basura y quedarse tan ancho? ¿Cuál se supone que es mi deber? ¿Callar y soportar?

Néstor me coge de la muñeca para evitar que suba otro escalón. Al girarme, me topo con su mirada tenebrosa.

—Cuidado con lo que dices, pija. Quien a hierro mata, a hierro muere.

—¿Me estás amenazando?

—Para ti será una amenaza, pero, si la cumpliera, quedaría como un héroe ante quienes te rodean. Todo el mundo está deseando deshacerse de ti.

Me parte el alma hallar en sus palabras una confirmación de lo que llevo un mes temiéndome: que los vecinos me acogen porque son buenas personas, pero en el fondo me detestan, y por las mismas y secretas razones por las que Néstor me odia desde el día uno.

«Te odia porque sabe quién eres, una egocéntrica sin amor propio o respeto por quienes son distintos a ella; alguien que no merece amor», me repite la voz de la conciencia.

A mi mente regresa, y con pelos y señales, la cruda despedida de mi padre.

Si le resultó tan fácil cortarme el grifo y el cordón umbilical de nuestra relación, es porque no ando muy equivocada.

—¿Quién es «todo el mundo» para un capullo sin amigos? —le espeto, movida por el dolor—. ¿Las pelusas que coleccionas debajo de la cama? No me hagas reír. Si seguro que ni siquiera tienes nada que contarle a Alison. Lo de venir aquí es una excusa para molestarme.

—Claro, porque toda mi vida gira en torno a tu culo —se mofa con una mirada como el acero candente—. No tendré mucha paciencia con las pijas ni seré un caballero, pero algo que me sobra es buen gusto, y no elegiría tu culo de carpeta entre tantos que hay para establecer mi obsesión.

Eso también me molesta.

Y más de lo que me gustaría admitir.

—¡Gilipollas! —Lo empujo por el pecho—. ¡Ya te gustaría a ti tener mi culo cerca!

—Sí —confirma con vehemencia—, para mandarlo de una patada al puñetero infierno.

Abro la boca para lanzar la próxima puntada mortal, pero Alison, que ha tenido suficiente con el numerito, nos silencia con un grito:

—¡Callaos de una puta vez! ¡Esto no es una guardería ni una batalla de gallos para coronar ganador al que más humille al otro! ¡Es una jodida clínica de psicología!

Creo que puedo hablar por los dos cuando digo que nos quedamos de una pieza. Es Néstor quien se recupera antes del shock y me mira como si la batalla no hubiera hecho más que empezar.

—Cierto. Es una clínica de psicología, por si lo habías olvidado. Aquí uno viene a arreglar sus problemas, y ¿sabes?, no creo que tus gilipolleces de niñata mimada, tu narcisismo o tus pataletas puedan sanar con un poquito de...

—¡Esto también va por ti! —lo interrumpe Alison, que, por lo visto, aún no había terminado de desahogarse. La cara de Néstor es como para enmarcarla—. ¡Deja de venir a terapia solo porque no superas estar enamorado de una niña pija! ¡Yo trato con personas heridas, no con imbéciles! Cuando os hayáis confesado de una maldita vez que estáis locos el uno por el otro, ya

hablaremos. Mientras tanto, os quiero fuera de aquí. —Y añade entre dientes, antes de desaparecer de escena haciendo ruido con los tacones—: Capullos.

Para cuando la psicóloga ha desaparecido pasillo arriba, he dejado de sentirme las piernas. Las manos. La cara. El bochorno me ancla al suelo, sin posibilidad de reaccionar.

«Deja de venir a terapia solo porque no superas estar enamorado de una niña pija».

«Cuando os hayáis confesado de una maldita vez que estáis locos el uno por el otro, ya hablaremos».

No sé si Néstor enmudece también porque le asombra haber visto a la templada Alison fuera de sus cabales... o por la insoportable barbaridad que ha verbalizado. Deduzco por su mirada sombría que no le ha gustado un pelo lo que ha oído. Y ya somos dos.

Busco maneras de romper el hielo en cuanto nos quedamos a solas, porque algo me dice que ni una catástrofe natural nos va a mover de este cuadrante en un buen rato, pero él ni siquiera aparta la vista del sitio donde Alison estaba sentando cátedra hace unos segundos.

Su acusación todavía resuena en mi mente, y creo que en la suya también.

Es Néstor quien se activa primero. Y no lo hace como pensé, riéndose a mandíbula batiente de la estúpida hipótesis de la psicóloga o volviendo a arremeter contra mí para asegurarse de que no me la trago ni por casualidad. Sumido en un silencio inquietante, se limita a darse la vuelta y bajar las escaleras al trote.

Soy yo la que permanece de pie en el mismo peldaño, tratando de asimilar la paranoia de que mi terapeuta piense que estoy enamorada de Néstor... y de que, con la tontería, ni él ni yo vayamos a tener la sesión que tanto necesitábamos.

Capítulo 9

HASTA QUE EL INFIERNO SE CONGELÓ

Néstor

—Pero bueno, chaval, ¿se puede saber qué te pasa hoy? Estás que no das una.

Me disculpo con una mueca y me agacho para recoger la bandeja llena de cestas de pan que ha decidido resbalar de mi palma sudorosa. Mejor dicho, lo que hace un rato era una bandeja llena de cestas de pan. Ahora los bollitos están cogiendo mierda en el suelo de la cocina más reputada de Madrid.

Suspirando, Marcello se agacha para ayudarme.

—Menos mal que solo la estás cagando detrás de las puertas, porque como la pifies hoy, que vienen a comer los presidentes de la Federación Española de Fútbol, Sugar va a sacar el lado ácido que lleva dentro.

Mi jefa le hace honor a lo que parece un apodo, pero es su nombre de nacimiento: es todo un azucarillo, una dulzura, un caramelo, como la quieras llamar. Por eso no me gustaría presenciar ninguno de sus legendarios arrebatos irascibles. Tengo la teoría de que la peña que nunca se enfada, cuando lo hace, te cobra de golpe todos los intereses de afrentas previas.

—Ya.... A ver si espabilo —murmuro después de arrojar a la basura el pan que ha tocado tierra. Mi madre me enseñó a no desperdiciar la comida, así que me cuesta reprimir un acceso de rabia hacia mi torpeza.

Preparo de nuevo la dichosa bandeja, respiro hondo, y doy media vuelta para empujar con el hombro las puertas de acceso al salón.

No estoy haciendo nada fuera de lo normal. Trabajo de camarero en El tercer deseo, un restaurante con estrella Michelin que me acogió con los brazos abiertos en el peor momento de mi vida, cuando pensé que ya no podría aspirar a un futuro honrado. No es mi curro vocacional, y en el fondo de mi corazón me gustaría que me dieran la oportunidad de dedicarme a lo que me entusiasma, pero sé que es imposible abrirse un hueco en el mundo artístico. Por eso me resigno a cubrir los turnos que Sugar me pone cinco días a la semana, más los extras que echo en otros bares, estos sí negacionistas de los convenios que defienden los intereses de los trabajadores.

Mi jefa es una revolucionaria del mundo de la hostelería. Paga las horas extras en el remoto caso de necesitarnos tras el cierre, siempre de forma excepcional; respeta nuestros días libres y escucha nuestras quejas para optimizar el funcionamiento de la empresa. Además, no le importan en absoluto las credenciales de sus trabajadores siempre y cuando sean honrados, limpios y tengan ganas de aprender. De hecho, contrata a las personas estigmatizadas que lo tienen jodido para encontrar empleo: el noventa por ciento de la plantilla está formada de inmigrantes, adictos en recuperación y exconvictos, y se preocupa genuinamente por cada uno de sus chicos. Lo demuestra que, al volver de servir el pan en la mesa siete, me haga un gesto con la cabeza hacia el almacén de la cocina.

—Ven conmigo, anda, que contentita me tienes —suspira para acto seguido reunirse conmigo allí dentro.

Lo mejor de Sugar es que nada en ella engaña. La ves y piensas que se tiene que llamar Pinky, Love o alguna gilipollez del palo. Es un metro cincuenta de tatuajes florales y coloridos, ropita *pin-up* y pestañas postizas. Lleva el pelo teñido de rosa chicle y lo luce con un corte muy masculino que, por paradójico que sea, la hace ver aún más como una ninfa de los ríos. En los diversos medios en los que su restaurante ha aparecido, uno de los articulistas se refirió a ella como «el cerebro de un genio en el cuerpo de una muñeca».

—No creo que esto sea apropiado, Sug —me burlo en cuanto entorna la puerta de la despensa para tener intimidad. Desde la cocina llena la canción de Peppino Gagliardi que hoy le ha tocado elegir a Marcello. En este restaurante no se trabaja sin música, y se sigue un sistema democrático: cada día le toca elegir la banda sonora a alguien distinto—. Tu novio se va a poner celoso...

—¿Qué te pasa? —me pregunta sin rodeos. Al verla, cualquiera diría que tiene la voccecita de Campanilla, pero de tanto fumar, se le ha enronquecido y suena afónica—. Estás lento y torpe, e intuyo que vas a acabar la noche gritándole a alguien.

Me rasco la nuca con gesto avergonzado.

—No estoy en lo que estoy, y sé que es un día especial para ti. Lo siento.

Pero Sugar no me ha acorralado en busca de una disculpa, sino de una explicación.

—No es el primer día de esta semana que no rindes. ¿Tienes algún problema?

—Nada importante.

—¿Estás enfermo? —Me pone la mano en la frente para comprobar la temperatura. Se la retiro gentilmente con una sonrisa resignada.

—Que yo sepa, no.

—¿Es por tu madre? Si la operación de la vesícula fue de maravilla, ¿no?

—Sobre ruedas, sí. Mi familia está de puta madre.

—¿Entonces? ¿Te ha llamado el abogado para darte una noticia sobre...?

—No, nada de eso.

—Bueno, Néstor, sea lo que sea —continúa. Se preocupa por nosotros, pero presiona lo justo y necesario—, si ves que vas a restar más de lo que aportes, vete a casa a relajarte. Ya volverás mañana.

—Descuida, que lo último que me apetece es estar en el piso —claudico, desviando la mirada a los sobres industriales de mayonesa—. Se ha mudado con nosotros una chica que... Una vecina con la que me llevo mal, dejémoslo ahí, y no puedo hacer nada para echarla.

Sugar asiente con gesto compasivo.

—Debe de ser una mierda volver a tu casa con los pies hinchados y las cervicales tronando y tener que lidiar con una persona que no soportas. Normal que estés de mala leche. ¿No puedes irte con tu madre durante el tiempo que vaya a quedarse? ¿Con un amigo?

—Ni de coña voy a permitir que Gloria me eche de mi propia casa. Si ya estoy resignándome a su presencia. Es solo que el otro día pasó una cosa que... Intento no darle vueltas, pero me tiene la cabeza girada.

Lo primero es que eso de que me he resignado a su presencia es una mentira como un castillo. Desde que a Alison se le ocurrió pronunciar las palabras mágicas, que en mi opinión son más bien un conjuro de hechicería maligna, he cambiado de actitud con Gloria. Los dos primeros días me empeciné en ignorarla, acojonado por si se le ocurría aprovechar una interacción conmigo para sacar el tema que para mí es tabú. Cuando me di cuenta de que pasar de ella solo me hacía más sospechoso de estar enamorado, decidí mostrarme educado.

En la medida de lo que es posible para mí cuando se trata de ella, claro.

Si hacía la cena para Koldo porque el capullo se me acercaba como un gato mimoso y me daba abrazitos para sobornarme, procuraba preparar una cantidad industrial para que Gloria también pudiera comer. Si los dos nos levantábamos para ir al baño a la vez, me retiraba y le cedía el paso con un gesto. En definitiva, todos esos comportamientos normales que nunca me habría imaginado teniendo con ella.

Y lo jodido es que Gloria ha reaccionado como no pensé que lo haría: mostrándose muy agradecida con mi consideración y devolviéndome los detalles en una medida similar. Por ejemplo, un día fui al salón para ver un partido de fútbol y ella estaba entretenida con una película. Me pilló entrando y se apartó enseguida para tenderme el mando, alegando que ya acabaría de verla en diferido y que me pusiera el juego en directo. Y una tarde que fue a poner una lavadora, vio que mi ropa ya limpia estaba dentro y se tomó la molestia de tenderla en lugar de arrojarla a algún rincón de mierda, como, por ejemplo, el cuarto de Koldo.

—¿Qué te preocupa? —me pregunta Sugar. Al recostarse en la pared, da a entender que no le importa dedicarme cuanto tiempo necesite. Saca la cajetilla de tabaco del bolsillo y se coloca un cigarro entre los labios pintados de rojo. Está prohibido fumar en el recinto, por eso no se lo enciende, pero necesita tener siempre algo en la boca: una piruleta, un palillo de dientes, un pitillo... lo que sea. La ayuda a calmar la ansiedad que la ha llevado a lo más alto.

Me cuesta encontrar las palabras exactas para verbalizar mi situación.

—¿Sabes cuando estás convencido de que una persona es el diablo, pero le das una oportunidad para demostrar lo contrario y esa persona...?

—¿... está a la altura? —completa ella con una media sonrisa.

—Me cae como el culo, no me malinterpretes —añado enseguida, señalándola con el dedo—, pero en cuanto he dado un paso adelante para mejorar la convivencia, Gloria ha respondido dando otros tres. Y eso me hace pensar que, tal vez...

—¿Te has equivocado con ella? —sugiere—. Tranquilo, que te guardaré el secreto. No eres el primero que se tiene que tragar sus palabras. Todos hemos sido gilipollas con alguien que no se lo merecía.

—A ver, a ver, tampoco vayas por ahí —me quejo, de brazos cruzados—. Que ahora me sujete la puerta para que pase no la convierte en una buena persona. Sigue siendo clasista, y racista, y todo lo malo que acaba en «ista».

Incluido, y esto es lo peor, MADRIDISTA.

Le he visto una camiseta del club en la maleta.

—Dios me libre de ponerme de parte de alguien que describes así —se defiende Sugar, levantando las dos manos—, pero ya sabes que soy la abogada del diablo, y, sin intención de desestimar tu experiencia, debo decir que si algo he aprendido gracias a los ambientes en los que me muevo, es que las personas rara vez son intolerantes de corazón. Lo más habitual es que hayan crecido bajo la influencia de una sociedad defectuosa y se limiten a reproducir los tópicos que han aprendido. Ya sabes que yo crecí en un barrio negro de Nueva York, y ni por esas me libré de darme cuenta de que el mundo está construido para fomentar una competencia entre clases, etnias, etc.

—El caso es que eso no es todo —murmuro a desgana—. Una persona nos dijo el otro día que en el fondo nos gustábamos, y... y es verdad que ella me dijo una vez que se comportaba como una estúpida a mi alrededor porque la pongo nerviosa, no porque le dé asco. Pero... —

Cambio el peso de pierna, cada vez más incómodo—. Bah, da igual.

Pero no lo da, porque la Gloria educada no es lo peor que podría pasarme. Lo peor es que ahora podría existir una Gloria A La Que Le Molo, lo cual es el triple de inquietante.

—¿Y es verdad? ¿Te gusta? —tantea Sugar.

La pregunta me sienta como una patada en el estómago. Estoy a punto de soltarle la única respuesta posible, un NO como una catedral, pero en el último momento se me escapa una de las conclusiones a las que he llegado después de darle muchas vueltas:

—¿En qué lugar me dejaría que me gustara una persona que me percibe como inferior, Sug? Voy por la vida sin pedir perdón por lo que soy, sin agachar la cabeza, y todo ¿para qué? ¿Para que luego me atrajera una tía que encarna todo contra lo que lucho?

—Uno no manda sobre la atracción, Néstor.

—Ya te digo yo que sí —me empecino—. Puede que me gustara cuando la conocí, pero luego... No, definitivamente no.

—Entonces ¿por qué te agobia tanto lo que dijo esa persona?

—Porque fue una psicóloga, y se supone que los psicólogos saben de lo que hablan.

Sugar se quita el cigarrillo de la boca y me pone la mano en el hombro.

—Nadie va a saber nunca más de ti que tú mismo, Néstor. Si la chica no te gusta, da igual lo que diga una psicóloga. Da igual lo que diga un médium, Dios mismo o la madre que te parió. Pero si te lo estás planteando y andas machacándote el coco, por algo será. —Sugar me guiña un ojo y se separa para señalarme la puerta—. Anda, vete a casa antes de prenderle fuego al restaurante y piensa en lo que te he dicho. Y habla con ella, hombre. ¿Quién mejor que la involucrada para resolver tus dudas?

Me reservo que preferiría serrarme una pierna sin anestesia que sentarme a charlar con Gloria sobre lo que dijo Alison.

Eso ya debería darme una idea de cuánto me turba la situación.

En el camino de regreso en moto, no dejo de preguntarme cómo me sentaría que Alison no se hubiera equivocado y Gloria estuviese pillada de mí. Dicen que el odio es obsesivo, y que la obsesión se parece mucho al amor, ¿no? A lo mejor la psicóloga no se merece los títulos y la reputación que tiene y ha confundido una cosa con la otra. O a lo mejor solo sufrió un desbarajuste hormonal por culpa del embarazo y decidió pagarlo conmigo, y no de cualquier manera, sino espetándome lo más desagradable que alguien pudiera haberme dicho nunca.

O tal vez he demostrado sin querer durante alguna de nuestras sesiones conjuntas que Gloria me parece mona. Bueno, que es atractiva. O sea... que es... En fin, que está tremenda. Y lo mismo se ha dado cuenta de que hasta hace poco todavía fantaseaba con follármela una y otra vez. Pero no porque me vuelva loco, sino porque soy un hombre y, desgraciadamente, los de mi género podemos llegar a contemplar el sexo como una forma de dominación, incluso como un acto humillante, y no es ningún misterio que me encanta probar diversas maneras de ofender a Gloria.

Solo que con esa me lo pasaría bien.

Y ella... más aún.

Reconozco que, durante mucho tiempo, me preocupó que la propia Gloria se diera cuenta de que sí, solo soy un chico, con sus gustos sexuales poco halagüeños incluidos, e hiciera algún comentario hiriente del que no pudiese defenderme. Sospecho que se me nota. El otro día estaba cruzando el pasillo cuando abrió la puerta con la toalla de baño anudada al pecho. No pude evitar

mirarla de arriba abajo antes de seguir mi camino como si me estuviera persiguiendo una manada de lobos. Y más allá de que mirarle el culo a una chavala medio guapa sea un acto reflejo que tenemos viciado muchos tíos, con ella el problema se acentúa. Parece que mis ojos estén imantados a su culo. Cada vez que se da la vuelta, ahí va mi mirada, directa como el objetivo de un francotirador.

Puede que yo me odie por sentirme atraído hacia una chica con sus características, pero ¿qué hay de ella? ¿Se sentirá asqueada por pensar en mí de esa manera, si es que lo hace? Seguro que sí. Y seguro que la muy católica apostólica romana pediría que le realizaran un exorcismo para sacarme de su sistema.

Ese pensamiento concreto me pone de mal humor, así que esa es la actitud que por desgracia llevo por bandera cuando me planto en casa.

Nada más dejar mi chaqueta en el perchero, capto la melodía de una canción de Ethel Cain que le gusta a Koldo. Cualquiera diría que se estudia las letras de la mencionada, además de Mitski y Phoebe Bridgers, para liarse con los gais enamorados de la música depresiva y con las góticas culonas que componen el club de fans de las cantantes alternativas, pero no. Koldo es más puro que el aire de las montañas. Le gusta lo que le gusta, y lo defiende con amor.

*You wanna fuck me right now
You wanna see me on my knees
You wanna rip these clothes off
And hurt me^[2]*

Saludo a quienquiera que haya en casa en voz alta, sonriendo a desgana por lo apropiada que es la letra del tema, y me dirijo a mi habitación con la intención de encerrarme a crear. Mi sorpresa no puede ser mayor al pillar a Gloria con el picaporte en la mano, tratando de salir de mi cuarto lo más rápido posible.

Ni siquiera me da tiempo a cabrearme, porque el pasmo me paraliza. Verla escabulléndose de mi dormitorio ha superado cualquier acto delictivo que pudiera imaginarla cometiendo. Que me llamen exagerado, pero mi cuarto es mi templo, y nadie entra sin mi permiso.

Con decir que echo la llave siempre que salgo de casa...

Se me ha debido de olvidar.

Así tengo la cabeza.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto, anonadado. Ella se ruboriza hasta las puntas de las orejas, a la vista gracias al moño de andar por casa.

—Nada, yo... He visto la puerta abierta, y... Solo iba a cerrarla.

—Te acabo de ver saliendo del interior. ¿Qué has hecho? ¿Has tocado algo?

—¡Claro que no! —replica, agobiada. Mira a todos lados menos a mí. Es la viva imagen del culpable, pero por más que intento averiguar qué podría interesarle de mi cueva, no doy con ninguna conclusión—. Te juro que he entrado a dejarte la ropa que Luz acaba de recoger del tenderete. Me ha pedido que vaya a ponértela sobre la cama, y... y, vale, me he quedado un rato allí de pie, pero porque he visto lo que has pintado, y me ha... me ha...

El corazón me da un vuelco.

Hay una razón por la que no me gusta que nadie entre en mis dominios, y es que no quiero que se valoren los bocetos de murales y grafitis que ocupan mi tiempo libre. Son proyectos

personales, y soy bastante tiquismiquis con lo de mostrarlos al mundo antes de haberlos finiquitado. Por no mencionar que nadie, a excepción de Ming —y solo porque no le quedará otro remedio que guardarme el secreto—, sabe que soy yo el que colorea algunas de las calles más famosas de Madrid.

—Y te han parecido una puta mierda —completo al observar su expresión cabizbaja.

Ella levanta la barbilla de golpe.

—¡No! —exclama, horrorizada—. ¡Iba a decir que están muy bien!

—¿Ibas, en pasado? —Avanzo un paso sin saber muy bien qué quiero oír. O cómo reaccionar, siquiera. ¿Estoy enfadado? ¿Siento curiosidad? Creo que sigo en shock, de hecho—. ¿Ya no te lo parecen? ¿Y ahora qué vas a decir?

—Pues nada, no voy a decir nada, porque seguro que lo malinterpretas —balbucea a la defensiva—. Mira, perdona por haberme metido donde no me llaman, ¿vale? No pretendía violar tu privacidad, ni nada parecido.

Decido este momento para decantarme por el enfado. Lo primero es que no tiene por qué entrar en mi cuarto, así sea para dejar un caminito de pétalos de rosa y velas aromáticas, y lo segundo es que nadie le dio permiso para husmear.

Odio que toquen mis cosas.

Odio que *vean* mis cosas.

Odio que ella en concreto haya estado en contacto con algo tanpreciado para mí.

—Si no querías violar mi privacidad, podrías haber empezado por largarte de aquí a la semana de venir. O por no haber venido en primer lugar —le espeto antes de meditar si no estaré exagerando. Obtengo la respuesta a la duda de si habré sido demasiado duro a través del puchero que Gloria trata de reprimir en vano.

—¿Tú es que crees en serio que a mí me gusta estar aquí? —me replica con la cara contraída en una mueca de dolor—. ¿Crees que me divierte que me trates mal?, ¿tener que actuar como una persona que no soy a tu alrededor, como un energúmeno insufrible, para no sentirme en condiciones desiguales cuando me degradas? ¿Crees que me encanta ser dependiente, no encontrar curro, exponerme a que me grites cada vez que cruzo el pasillo?

En cuanto derrama la primera lágrima, no hay marcha atrás. Acto seguido, rompe a llorar desconsoladamente. Sin darme opción a réplica, y en el fondo lo agradezco, porque no habría sabido qué responder, se da media vuelta y va hasta el salón.

Escucho de fondo la voz alarmada de Milu preguntando qué pasa.

Gloria no responde, o quizá no la escucho.

Reaparece unos segundos después arrastrando su maleta.

—Me largo —anuncia con voz temblorosa, pero no por ello menos decidida—. No creo que vayas a estar contento y a dejarme en paz ni aun así, pero por mí que no quede.

—¡Gloria! —exclama Luz desde el umbral del salón. Con torpeza, se apresura a ponerse las zapatillas para seguir a la calle si es necesario—. Gloria, es muy tarde, ¿a dónde vas? ¿Con quién pretendes quedarte?

—Gracias por todo —le responde ella desde el recibidor, a unos pasos de donde yo sigo como un pasmarote. Le dirige una sonrisa borrosa por las lágrimas—. Has sido, de verdad, de lo mejor con lo que podía toparme en una situación tan dura. Para lo que sea que necesitéis Koldo, Ming o tú, llamadme, por favor.

Segundos más tarde, desaparece tras el discreto clic de la puerta de entrada.

El silencio cae en el piso como una pesada losa. Luz ha dejado de batallar con sus calcetines

con huellas y se ha rendido con un suspiro entristecido. Su gesto decepcionado y el modo en que sacude la cabeza, no necesariamente en mi dirección, vence mi autocontrol.

—¡No deberías haberla mandado a mi cuarto! —me defiende antes de que ponga el desenlace del episodio sobre mis hombros—. ¿En qué estabas pensando?

Ella tuerce el gesto, tan anonadada como yo ante la posibilidad de que alguien profane mi guarida.

—Yo no la he mandado a tu cuarto, Néstor, ¿qué dices?

Frunzo el ceño, extrañado, y empujo la puerta que Gloria ha dejado entornada para comprobar que no ha cogido nada. La ropa está encima de la cama, tal y como ha dicho, así que puede que de verdad me hiciera el favor de recogerla. Habrá metido a Luz en las justificaciones pensando que la disculparía antes si la idea hubiera sido de mi amiga.

Pero mis prendas no son lo único que descansa sobre la colcha. Encima de la última camiseta hay un papel doblado. Me acerco con recelo, como si la tinta fuera tóxica.

No quiero seguir siendo una molestia para ti, así
que me voy a mudar definitivamente del edificio.
Esto no es sano para ninguno de los dos. No te
deseo ningún mal, Néstor. Y lo siento si alguna
vez me he pasado. Nunca he querido que las
cosas fueran así. Ojalá seas muy feliz, de verdad.

Gloria

—Me cago en la madre que me parió —gimoteo, pasándome una mano por el pelo.

El corazón ya me latía a toda pastilla después de verla largarse, pero ahora noto el pulso en la garganta, la sangre en los oídos y la boca seca. Está claro que tenía pensado pirarse, y hacerlo antes de que yo llegara del trabajo para ahorrarse, quizá, un incidente tan desagradable como el que he ocasionado.

La odio más que nunca por hacerme ver como el villano con su puñetera notita conciliadora. Por quedar por encima con su asertividad y la dulzura que sé que tiene y que yo me he ocupado personalmente de no merecer. Esa asertividad y dulzura que, por cierto, yo no he tenido los huevos de mostrarle pese a ser el jodido anfitrión.

—Deberías pedirle perdón —me dice Luz desde el umbral. Se ha cruzado de brazos, y me mira con una rigurosa severidad que reserva para ocasiones especiales—. La chica lo ha intentado, ¿sabes? Y está en una situación de vulnerabilidad muy grave. No es solo lo del trabajo y la casa —interrumpe con la mano en alto antes de que le repita una vez más que hay gente muriéndose de hambre en el mundo. Cosa que no iba a hacer, que conste—. Sus padres le han dado la espalda, Néstor. Serán unos cerdos, unos clasistas y lo que tú quieras, pero son sus padres. Ahora está sola, ¿o crees que si tuviera amigos, no habría recurrido a ellos?

Esa palabra tiene una sonoridad especial cuando la repito para mis adentros.

Sola.

¿No se le revuelven a uno las tripas al oírla?

Sola.

Yo he pasado hambre y frío. He vivido la precariedad en mis carnes. He sido discriminado, insultado, perseguido y golpeado por razones absurdas que aún hoy no comprendo. Me han

tratado injustamente y hasta me han privado de mis derechos más básicos. Pero nunca, ni siquiera en mis peores momentos, he estado solo. Mi madre no ha dudado en hundirse en el fango conmigo para rescatarme del pozo, incluso si yo me negaba a salir y ella debía resignarse a quedarse abrazándome. El afecto de mi prima, que es como mi hermana, siempre ha estado ahí para reconfortarme, y eso que la he decepcionado mil veces al renegar de la religión. Mi abuelo, ese estricto abuelo musulmán al que llegué a odiar por no entender sus sacrificios, no permitió que me torciera aun cuando sentí las tentaciones. Y es verdad que muchos amigos míos me dieron la espalda el día que necesité su apoyo, temerosos de que les contagiara mi mala suerte, pero hay otros que descenderían conmigo a los infiernos.

Estar solo es el peor castigo. Volvería loco a cualquiera, y lo sé porque he estado aislado, lo que más se acerca a la sensación que ahora debe de estar experimentando Gloria.

Suelto la nota de marras como si me hubiera lanzado una descarga, y lanzo una mirada desenfocada a mi alrededor en busca de una solución definitiva.

No quiero sentir compasión por ella. No quiero sentir nada por ella, a decir verdad. No quería odiarla, no quería ni siquiera pensar en ella, pero una vez entras en la vorágine de odio, se vuelve tan adictivo y mareante que quedas a merced de tus impulsos más viles.

—Joder —mascullo a la desesperada.

Luz sabe que eso, en mi idioma, significa «me rindo», y se aparta de la puerta en completo silencio para que pueda ir detrás de Gloria... Así como me juré que no haría jamás.

Por una vez, me alegro de que el ascensor haya vuelto a quedar inutilizado. Me ha dado tiempo para actuar. No me resulta difícil localizar a Gloria arrastrando su maleta precariamente a la altura del segundo piso. Tiene los hombros tensos y el llanto la hace temblar, pero sigue bregando contra el peso de su equipaje para huir lo más rápido posible.

Ni siquiera le ha dado tiempo a ponerse alguno de esos modelitos conjuntados con los que sale a la calle. Gloria jamás pondría un pie en el exterior con unas mallas grises y la sudadera ancha que utiliza para dormir.

Es entonces cuando me siento verdaderamente miserable. Ya hace falta ser cabrón para darle a entender a una persona desvalida que echándose a la calle con lo puesto, a las tantas de la noche y sin saber a dónde ir, estará mejor que bajo tu techo.

—¡Eh! ¡Espera! —la llamo con la garganta atorada.

Carraspeo, más para aclarar las ideas y ganar tiempo. Sé que me ha oído porque se le tensan los hombros, pero me ignora y rodea el rellano a toda prisa para bajar el primer tramo de escaleras hasta el primero. Tengo que saltar tres peldaños y apretar el paso para rodearle la muñeca con la mano y fijar su maleta al suelo.

Gloria se gira hacia mí con una mueca iracunda y me mira a la cara.

Yo le devuelvo el gesto, no mucho más contento.

—Te he dicho que te esperes. ¿No me has oído?

—¿Por qué no te vas a la mierda? —me ruge con los ojos lanzando chispas—. ¿Es que no me puedes dejar hacer las cosas bien por una vez? ¿Una sola vez...?

La voz se le quiebra al hacerme el reproche. Desprecia su propia debilidad presionando los labios, y me da el perfil para huir de mi juicio. Suelta la maleta con tal de deshacerse de mi contacto, y se retira avanzando unos pasos hacia el rellano.

Me quedo observando la rigidez de su cuerpo con el estómago encogido.

—Mira... —empiezo en voz baja. Pensaba que sería más difícil abordar las disculpas que me juré que jamás pronunciaría, pero en cuanto arranco a hablar, no paro. No puedo hacerlo. Incluso

caigo en la cuenta de que lo verdaderamente complicado era encontrar nuevas formas de humillarla. Lo que pugnaba por salir no era sino lo que me estaba callando por orgullo: que estoy cansado y que quiero vivir tranquilo—. No me divierto siendo un cabrón contigo. Odio cómo me haces sentir, y sé que parte de eso... parte de eso no es culpa tuya; entra en juego mi carácter de mierda. Yo tampoco quiero seguir así.

»Con esto no pretendo decir que arda en deseos de que me conozcas, de que me perdones o seamos mejores amigos, porque tú y yo no nos vamos a caer bien jamás —prosigo al comprobar que tengo su atención. Trago saliva—, pero eso no debería impedir que te sientas cómoda en mi casa. En casa —me corrijo al reparar en que la he excluido con el posesivo.

Gloria se da la vuelta, todavía con la mirada clavada en el suelo, y aprovecha que he soltado la maleta para tirar de ella hacia las escaleras.

—Eso ya da igual. De verdad, no importa —musita sin energía—. Deja que me vaya.

—¿Y a dónde pretendes ir? —contraataco, volviendo a retenerla. Esta vez cubro sus nudillos crispados con la palma de mi mano. Esto hace que ella me mire, y en su palidez, sus ojeras y sus lágrimas veo un reflejo de mi crueldad. Es casi insoportable sabiendo que ha intentado solucionar esto—. Vamos a dejarnos de tonterías, ¿vale? Vuelve a casa, anda, que es obvio que te hace falta. Si tuvieras otro sitio al que ir, no habrías ocupado mi salón.

Es un argumento tan flagrante que pensar lo contrario es de faltarte un hervor. Y, sin embargo, me había negado a aceptarlo como válido, así me lo hubiera susurrado el profeta en secreto de confesión.

Es justo que ella suelte una risita sin energía y diga:

—¿Has llegado a esa conclusión ahora mismo?

—Parece ser que, en un delirio, me convencí de que estabas viviendo bajo mi techo a pesar de tener un chalé en El Pardo y un *penthouse* en Vancouver. Solo para poder joderme de cerca..., supongo —añado, derrotado.

Mi ceguera ha sido tan incongruente y dolorosa que estaría en su derecho de arrearme un bofetón, pero ella escruta mi reacción en busca de la trampa. ¿Y qué trampa va a haber en toda esta historia? Gloria es simplemente una chavala sin opciones, sola y asustada. Y yo, habiendo sido también un chaval sin opciones y acojonado, con más razón debería haberla entendido. Al igual que ella, también dependí una vez de que alguien me escuchara y me protegiera.

Ese alguien no estuvo a la altura, pero yo sí quiero estarlo.

—No puedo —acaba sollozando con la vista clavada en el suelo—. No puedo seguir lidiando con tu desprecio mientras... mientras mi familia no responde a mis mensajes. Si continúo así, yo no... no saldré adelante, ¿entiendes? Y por más que quiera, no me fío de que vayas a ser amable, o... —Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano, pero da igual, porque sigue llorando sin consuelo—. Néstor, no puedo contigo ahora mismo. No puedo. Eres superior a mí.

Una vez haces el esfuerzo de comprender a alguien, estás jodido. Empieza a costarte echar la vista atrás y recordar cómo lo veías en el pasado. Te quedas atrapado en tu nueva y justa perspectiva. Yo estoy perdido ahora mismo en los remordimientos y la angustia de haber tratado a alguien como siempre he odiado que me traten, con prejuicios de clase... solo que a la inversa, si eso es posible. Puede que Gloria sea una pija, pero no es ninguna mimada. Puede que fuera rica, pero el dinero no era suyo, y se lo cedían bajo una serie de condiciones inasumibles que cercaban su libertad. Salta a la vista que no la han querido nunca, o de lo contrario no la habrían desechado en cuanto dejó de plegarse a la voluntad ajena.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, aprovecho que su sudadera es holgada para

tirar de la tela y atraerla hacia mí. Estaba seguro de que me apartaría de un empujón muy merecido en cuanto la protegiera con mis brazos, pero solo se queda paralizada.

No me aparto. Le rodeo la nuca con una mano indecisa, y ella deja que descansa su frente en mi hombro. Así nos quedamos durante un rato, hasta que tímidamente apoya las palmas de las manos en mi espalda y me estrecha contra sí.

—Todo esto me duele, ¿vale? —reconoce entre hipidos—. Sé que hay una guerra en Ucrania, y hay inmigrantes muriendo en el Mediterráneo en busca de una vida mejor, y hay tiroteos en colegios estadounidenses... y hay hambre, precariedad, inflación y racismo. Y sé que lo mío puede parecer irrisorio en comparación, pero... pero es que yo no estoy en Ucrania, el Mediterráneo o un colegio yanqui. Sufro lo que sufro, lo que tengo aquí, en el barrio, y eso no significa que mis problemas sean una estupidez, o que no esté en mi derecho de...

—Lo sé —murmuro, presionando mi mejilla contra la suya, húmeda y suave—. Lo siento.

Ella tarda un rato en procesarlo. Se separa despacio para mirarme con los ojos redondos, más azules que nunca. Retira las lágrimas de su expresión asombrada, y musita:

—¿Qué has dicho?

—Que lo siento —repito con sencillez—. Por todo.

Pensaba que me echaría a arder nada más decirlo, pero la disculpa sale de mis labios con una facilidad sorprendente. Incluso sospechosa. Cualquiera diría que las palabritas han estado ahí todo este tiempo, acechándome para cuando me diera la gana despertar de este sueño febril en el que Gloria era mi mayor enemiga.

Se humedece los labios reseco y se lleva una mano al bolsillo para sacar el móvil.

—¿Podrías... —levanta el iPhone para enfocarme con la cámara— repetirlo otra vez?

Se me escapa una risita estrangulada que nos sorprende a los dos, pero que ella termina secundando con el mismo nerviosismo juvenil. Baja la mano y devuelve el teléfono a su sitio. Entonces, nos quedamos los dos solos, el uno frente al otro, mirándonos con el asombro de vernos por primera vez. Incluso percibo una relativa satisfacción en su semblante, ahora iluminado por la esperanza.

Yo, por mi parte, no estoy satisfecho del todo. Creo que siempre te acompaña la duda de haberte equivocado, de haberte disculpado o haber perdonado a una persona que pronto demostrará que fuiste un iluso.

Pero por ahora me permito creer que mi decisión ha sido la correcta.

—Si esta semana no tienes nada que hacer —retomo cuando el silencio empieza a hacerse insoportable. Escondo las manos en los bolsillos del pantalón—, te llevaré al restaurante para que Sugar te conozca. Está buscando camareros.

—No hace falta que me ayudes solo porque te sientes culpable —murmura—. Deberían llamarme de algún sitio tarde o temprano. A fin de cuentas, soy blanca y tengo un apellido compuesto, ¿no? —apostilla. Su intención era bromear, pero los reproches están demasiado recientes para que me haga gracia de verdad.

Aun así, hago el esfuerzo de sonreír.

—Con esa descripción tan técnica y desagradable solo quería decirte que eres guapa —reconozco, avergonzado. Ella pestañea, perpleja y también ruborizada—. Lo bastante guapa para que te utilicen como cebo en las discotecas de Madrid, por poner un ejemplo.

—O para que no me tomen en serio.

Cabeceo, resignado.

—Cierto. Ser una mujer te juega en contra. Hay gente a la que eso todavía hoy no le gusta.

Gloria me da la razón con un asentimiento indefenso, y las ganas de volver a abrazarla me pican en el pecho.

Que nadie se confunda con esto, ¿eh? No es que me excite el sufrimiento de las mujeres, ni que sienta debilidad por los caracteres frágiles. Al revés. Siempre me he inclinado por las que te vacían una copa de champán en la cara si te pasas de listo; lo que Gloria es cuando vuelco en ella toda mi crueldad. Pero es que ahora mismo se parece tanto a la chica tímida que vaciló adorablemente al coquetear conmigo el primer día...

Siento que me bombardean las emociones que experimenté entonces, y no sé qué hacer con ellas. No sé cómo protegerme, ni si serviría de algo ponerme a resguardo.

—Bueno. —Me obligo a agarrar la maleta con fuerza para no acabar tocándola a ella otra vez—. Vamos arriba.

Gloria se muerde el labio, captando mi atención por un instante, y en un arrebato que no tiene nada que envidiar al mío, me coge de la mano libre y me la aprieta.

—Gracias —musita, mirándome a los ojos—. Sé que eso te ha costado.

Un ramalazo de necesidades inabordables me paraliza. El pulso me late desbocado, y quiero girarme del todo para abrazarla otra vez... Y es ahí donde comprendo que Alison no estaba del todo equivocada.

Que la odio es tan cierto como el aire que respiro. Que me atrae es una verdad insoportable. Pero hay personas de las que solo te ponen a salvo los prejuicios. Una vez levantas esa barrera, es cuestión de tiempo que, como el agua en una vasija rota, se te cuele por todas las rendijas para llenarte de anhelos.

Cuando retomo la marcha escaleras arriba, cargando la maleta a la altura del hombro, lo hago con una incómoda sensación de ahogo.

Y, en un arrebato de debilidad, pienso que debería haber dejado que se fuera.

Capítulo 10

EL SUPUESTO ENEMIGO ME IMPEDÍA VER AL VERDADERO ENEMIGO

Gloria

A la mañana siguiente del numerito en las escaleras, me incorporo en el sofá-cama y miro a mi alrededor con la impresión de que va a suceder algo terrible. Supongo que tiene mucho que ver con que haya estado soñando con Borja..., pero también con el dicho de que «después de la tormenta, llega la calma».

Porque si bien hemos pactado una tregua, sigo en guardia con Néstor.

No me extrañaría pillarlo a horcajadas sobre mí tratando de estrangularme.

Afortunadamente, nada más lejos de la realidad. Luz aparece en el salón con una sonrisita complacida. Se recuesta contra el marco de la puerta y desde allí me lanza una mirada cálida.

—Me alegra que decidieras quedarte. —Y sé que es sincera al decirlo.

—Bueno... —Retiro la pesada manta de cuadros para incorporarme con dificultad. Como viene sucediendo desde que empezaron las pesadillas, amanezco con el cuerpo en tensión y la piel pegajosa del sudor—. Para una vez que Néstor se comporta como un buen anfitrión, no iba a darle con la puerta en las narices, ¿no?

—Se lo habría tenido merecido, eso que lo sepas. Pero me ha comentado que habéis hecho las paces por fin. Yo le he dicho que, hasta que no lo vea, no me lo voy a creer... —Se impulsa desde el quicio para venir hacia mí y colgarse del respaldo del sofá con ánimo juguetón—. Pero supongo que esto significa que eres oficialmente uno de los nuestros.

—Creo que no lo seré hasta que pague el alquiler —replico con la boca pequeña.

—Oh, olvídate de eso. A esta casa se entra por méritos propios, no a golpe de talonario. El caso es que ahora que te has ganado la aceptación del último miembro de la tribu, hay que celebrarlo como Dios manda. —Se lleva una mano al bolsillo de la bata y saca un folleto publicitario. Lo hace bailar entre sus dedos antes de ofrecérmelo—. ¿Qué te parece? Tú, yo y los chicos...

... en una *rave* que pretende recaudar dinero para la catástrofe del Congo.

Le preguntaría qué está sucediendo por allí, incluso dónde se ubica con exactitud geográfica, si no temiera decepcionarla con mi incultura.

Me comprometo a buscarlo en Google en cuanto se dé media vuelta.

—Es una buena causa —le aplaudo sin apartar la vista del anuncio, improvisado con colores que no pegan ni con cola y una combinación esquizofrénica de tipografías de Microsoft Word. Una bandera de la República por aquí, una bandera anarquista por allá... El diseño gráfico es su pasión—. No tengo nada que hacer. Por mí, perfecto.

Lo que no tengo que hacer, por otro lado, es tensar la cuerda entre Néstor y yo, y eso es justamente lo que él puede interpretar que hago si salimos de fiesta al día siguiente de bajar las armas. Pero vendería mi alma al diablo con tal de convencer a Luz de que me cae de maravilla y no tengo absolutamente nada en contra de que no se depile las piernas.

Si eso implica gastarme un dinero que no tengo en nombre de un país que no sé dónde está,

así sea.

Paso el resto del día obsesionada con lo que ponerme. Va a ser la primera vez en meses que me visto para una ocasión importante, porque para la fiesta de jubilación obedecí las recomendaciones estilísticas de mi madre, luego me salté la graduación y para defender el dichoso TFM copié el estilo ejecutivo.

Luz me sugiere que lleve algo sexy, y, al ver que no poseo prendas que respondan a esa definición, me invita al reino de Narnia de su armario. Resulta que tiene todo un arsenal de prendas de látex, vinilo y cuero, y aunque ella está más delgada que yo, no importa; eso solo significa que sus vestidos me quedan más ajustados y me realzan el escote.

Le acepto una minifalda de falso cuero con una correa cruzada y un corsé.

No me atrevería a ponerme algo semejante en público, porque somos rebeldes, pero no mucho, así que me cubro las piernas con unas medias no muy tupidas y me pongo una chaqueta motera encima.

No me desagrada la combinación, pero me siento distinta, como una versión adulterada de mí. Si Luz no hubiera tirado de mí con la excusa de que tenemos prisa, me habría acabado cambiando en un arrebato de mojigatería.

—Tengo que estar allí de las primeras —se disculpa con toda la intención de abandonarme a mi suerte—. Soy miembro de la organización, ¿recuerdas? Vete tú con Néstor, ¿vale?

—¡No! —exclamo sin pensar. Ella, que ya se había dirigido a la puerta, se gira a mirarme con una ceja enarcada—. ¿Cómo me voy a ir con él?

—Pues en la moto, por ejemplo. Si es porque te dan miedo, es un vehículo muy seguro, no te preocupes. No le habríamos regalado nada que no fuera lo mejor del mercado.

Abro la boca para explicarle que el problema no es la moto, sino pasar un rato a solas con una persona que no sé cómo me va a recibir. Pero enseguida reparo en que algo no cuadra.

—¿Regalado, dices?

—Es una historia un poco más larga que simplemente «le regalamos» —responde mientras se pone la gabardina de cuadros. Aprovecha que tiene que abrocharla y colocarse la bufanda para explicar a la velocidad del rayo—: Néstor empezó a ahorrar para comprársela hace algunos años. Casi tenía el dinero, pero hubo un problema en casa de su madre, no sé si un escape de gas que no cubrió el seguro y que provocó que se incendiara la cocina... No me acuerdo. El caso es que tuvo que poner ese dinero suyo y echar turnos extra, porque no le dio ni con lo que tenía. Su madre no quiso que se quedara sin la moto, y entre su familia y sus amigos, poniendo cada uno lo que pudo, conseguimos regalársela... En fin, ¡nos vemos luego! ¡Estás muy guapa, ¿eh?! ¡No te cambies! —agrega justo antes de cerrar la puerta.

Minutos después, recibo un mensaje de Néstor en el que me pide que baje al portal. Me pongo nerviosa de un modo incomprensible, como si me estuviese esperando para llevarme a un restaurante, y luego, a la cama. Es una idea que mi subconsciente refuerza al obedecer y verlo a través del cristal del portón, porque se ha vestido como para atraer a su público femenino.

Y yo no lo soy, claro está. A mí no me gustan los tíos con cadenas falsas en los tejanos negros y que llevan camisetas blancas de tirantes debajo de la camisa negra abierta al pecho. Tampoco me molan los mohicanos, ni la barba de dos días, ni, por lo visto, la belleza masculina en su pleno apogeo.

Está terminando de responder un mensaje cuando oye el clic de la puerta y se gira para mirarme. Es apenas un instante, pero me recorre de arriba abajo con un vistazo valorativo lo

bastante elocuente para avivar mis nervios. Luego se recompone, cuadrando los hombros, y me saluda con una sencillez que logra hacerme bajar la guardia.

Vale, no nos odia. Seguimos manteniendo nuestra palabra de ayer.

—¿Vienes de trabajar?

—Ajá, he salido hace un rato.

Quiero preguntarle por qué me mintió sobre la moto, ya que estamos. Pero ¿para qué? Ya sé la respuesta. Conociéndolo, no le daría la gana de sacarme de mi error porque piensa que hay que dejar que los prejuiciosos se envenenen solitos.

Y porque no habría tenido nada de malo que se hubiese comprado lo que le hubiera dado la gana, claro. ¿Para qué justificarse, entonces?

—¿Vamos andando? —pregunto en su lugar.

—Está a quince minutos cuesta abajo y no llevas tacones, así que...

—No, si me parece genial, estupendo, perfecto —me apresuro a aclarar. He decidido que por mí no va a ir mal la noche, por mí no va a ir mal la convivencia, por mí no va a fracasar mi vida. Seré la chica más simpática y adorable de toda la península—. Qué buena idea lo de la fiesta, ¿no? Por lo del Congo, digo —se me ocurre improvisar en cuanto emprendemos la marcha. Él camina a una distancia prudencial de mí con las manos metidas en los bolsillos.

Néstor me mira de reojo un instante, como si quisiera leerme el pensamiento.

Una sombra de sonrisa suaviza su expresión.

—No tienes ni idea de para qué quieren recaudar la pasta, ¿verdad? —deduce.

—¡Pretendía buscarlo en Google! —reconozco a la defensiva. Me obligo a bajar el tono y recordar que cada palabra que sale de su boca ya no está destinada a humillarme—. Se me ha pasado con todo el ajeteo de elegir qué ponerme.

—La tercera crisis humanitaria más importante del mundo contemporáneo, después de los genocidios congoleño y palestino: si combinar mi modelito con los tacones o con las botas —se mofa. Por un momento, me pongo de garras, pero caigo en la cuenta de que pretende reírse conmigo, no de mí. Se percibe por el tono que emplea, el mismo que le he oído mil veces con sus compañeros. «Que son los tuyos también», me recuerdo—. ¿Quieres que te lo chive, o lo *googleas* cuando Milu vaya por tu roncola?

—Hazme un resumen. Seguro que tú lo sabes mejor que nadie, con tantos libros de divulgación política que lees.

¿Pensará que lo he dicho en tono burlón? Supongo que no, porque lanza una mirada al cielo en busca de inspiración para organizar sus ideas. Al cabo de un rato, me devuelve su atención con un modesto encogimiento de hombros.

—Genocidio a cuenta de grupos militaristas financiados por potencias occidentales que quieren obtener los recursos naturales del país —resume de corrido y en tono desapasionado, como el titular de un periódico—. Más no te lo puedo simplificar.

—Qué horror —musito con un nudo en la garganta—. ¿Por qué no sabía yo nada, si suena tan grave? Veo la tele para estar al día.

—El noticiario es bastante selectivo. Si no es por internet, uno no se entera de los problemas del otro lado de las fronteras. También cabe la posibilidad de que no te coscaras porque el algoritmo de tu TikTok solo te muestra chavalas maquillándose o haciéndole el test del pájaro a su novio. No me meto con eso —apostilla con las manos en alto—. A mí me salen recetas de cocina ricas en proteínas y vídeos de perros, y tan contento que estoy.

—¿Y cómo te has enterado tú de lo del Congo, entonces?

—Como tú misma has dicho, leo bastante. Me gusta saber cosas. Cuantas más, mejor. —Se detiene ante el portón de una cochera a través del que se oye una canción de trap a toda pastilla. Me pide que me retire con un gesto educado, y tira de la manivela para revelar el contenido del amplísimo garaje: cientos de personas cantando, bailando y bebiendo bajo las luces esquizofrénicas de una discoteca improvisada—. Adelante, señorita.

Pestañeo varias veces para habituarme a la nocturnidad del paisaje humano.

—¿Es aquí? ¿Esto es... legal?

Néstor se ríe de buena gana.

—No lo creo. Pero lo bueno es ilegal, inmoral y engorda, ¿no es eso lo que dicen?

Koldo emerge entre las sombras con los brazos extendidos para cubrarnos con todo el entusiasmo de su bienvenida. Le da un sonoro beso en la mejilla a Néstor, y a mí me ofrece un cubata sin estrenar que huele a ginebra con tónica. Justo mi preferido.

Pese a mis escrúpulos hacia el tugurio, creo que muy bien fundados, no me lo pienso dos veces y le doy un trago.

—¡Por fin! —exclama. Se tambalea en cuanto suelta a Néstor, y tiene que aferrarse a él de nuevo—. ¡Ya pensaba que no veníais!

—¿Cuántos te has fumado ya, cabrón? —se queja Néstor. Lo toma de la mandíbula con la paciencia justa y escudriña su palidez, sus pupilas dilatadas—. Joder, Koldo. ¿En serio lo necesitas para divertirte?

—No seas *pesao*, tío, que yo controlo... ¡Venga, vamos *pa* dentro! ¡Milu tiene que estar por ahí!

Néstor suspira con hastío antes de dejarse arrastrar por el torbellino de energía que es un veinteañero con drogas en el cuerpo. Me aseguro de pegarme a ambos lo suficiente para no perderme en la masa de gente que bota al ritmo de una canción de *techno*.

Me sorprende que este sea el ambiente de una *rave* con el propósito de recaudar dinero para una buena causa. Pensaba que me recibiría un grupo de pacifistas sentado en círculo cantando al unísono una canción de John Lennon. Parece que los antisistema de la actualidad manifiestan su disconformidad perforándose los agujeros y consumiendo LSD. Y, vale, lo del LSD no lo comparto, pero una chica con *piercing* ombliguero se ha subido a una tarima y he de reconocer que no le sienta nada mal. Parece Christina Aguilera en la era de *Dirrty*.

—Si te gusta, ve y le hablas —me dice una voz familiar al oído. Me giro y ahí está Luz, que se ríe del pasmo admirativo con el que he estado contemplando a la bailarina.

—Oh, no, no, no... Es solo que me... me gusta su pendiente. Tiene forma de cruz invertida, ¿no? Un poco satánico.

—Todo lo relacionado con ella es medio satánico —señala con palpable afecto hacia la chica—. Si no te animas a acercarte a alguien porque te ha tocado un día tímido, avísame. Me conozco a la mitad de la gente, y la otra mitad seguro que me conoce a mí —me explica sin ningún tipo de pretensión.

—¿Y eso? ¿Estáis en un sindicato juntos?

Milu se me queda mirando antes de soltar una carcajada.

—De hecho, sí. Bueno, es más un club de debate, pero todos estamos sindicalizados. Veo que sientes curiosidad —apunta con orgullo—. Podrías venirte un día a escucharnos.

Mi primer impulso es negarme en rotundo y dar un paso atrás, pero mirando a mi alrededor, midiendo el ambiente general, no me siento tan violenta como en una discoteca al uso. La

mayoría está tatuada, lleva un corte de pelo radical y luce prendas que solo se consiguen en tiendas *vintage* o especializadas de BDSM, pero parece que después de vivir con Milu y sus amigos, esto ya no me incomoda en absoluto. Los siento muy cercanos incluso sin haber entablado conversación con nadie. Es lo que tiene que la gente se vista y se comporte como le dé la real gana, ajena a la presión externa; que los ves tal cual son o quieren ser. Eso te genera confianza.

Esta certeza me provoca unas agradables cosquillas en el estómago. A lo mejor, y después de todo, no he tomado la peor decisión de la historia al poner tierra entre mi familia y yo. Ahora que Néstor actúa con cierta naturalidad a mi alrededor y empiezo a deshacerme de mis prejuicios, me invade la esperanza de que terminaré encontrando mi sitio.

Tal vez no aquí, pero estoy cerca.

Doy un largo sorbo a mi copa, y, en cuanto siento que Néstor ha vuelto a mi lado de quién sabe dónde, le pregunto de forma atropellada:

—¿Tú crees que me sentaría bien un *piercing* en el ombligo, o que iría dando el cante? No porque perforarse sea de marrulleros, ¿eh? No van por ahí los tiros, sino... ¿Parecería una pija con un elemento fuera de lugar pegado al vientre, o solo una chica con un *piercing* que le favorece?

De pie a mi lado y con una copa de plástico, Néstor me mira de arriba abajo, como si lo necesitara para recordar cómo es mi cuerpo. Su escrutinio es breve, pero irremediamente intenso; gajes de tener los ojos tan oscuros.

Menea la cabeza con discreción y agacha la cabeza hacia su cubata.

—Es mejor que no responda a eso, marquesa. ¿Por qué? ¿Estás pensando en desmelenarte?, ¿en hacer todas las cosas que te habían prohibido?

—¿Por qué no? Si las hago, tendrá que ser ahora, que soy joven y mi padre no me controla. A lo mejor me perforo, sí —medito en voz muy alta. Sorbo de mi gin-tonic, más *gin* que *tonic*, y continúo, acelerada—: A lo mejor me hago un tatuaje. ¡Un pájaro en el hombro que represente mi libertad! O me corto el pelo como un chico. O pruebo a maquillarme como las *influencers* alternativas; ya sabes, con rabos en el ojo y sombras de purpurina, o qué se yo.

Néstor se ríe con una pizca de perplejidad. La carcajada se le atraganta cuando decido quitarme la chaqueta. La había conservado en el interior por miedo a que me miraran raro, olvidando que aquí nadie te juzga por lo que llevas puesto.

Es verdad que el corsé es escotado y nunca he vestido nada similar, pero él reacciona mejor de lo que imaginé con un cabeceo que esconde un silbido admirativo.

—Ojo con Sandy —comenta en tono divertido, sin mirarme directamente del todo—, que se va a arrancar a cantar *You're The One That I Want*.

—¿Por qué lo dices? ¿Es que «tienes escalofríos multiplicándose, o estás perdiendo el control»^[3]? —le sigo la broma. Espero a que llegue el golpe de calor que precede a la vergüenza, pero el alcohol está haciendo efecto y no me arrepiento de mostrarme cercana con él.

Néstor sonríe, ladino, y mira al fondo de su copa como si la encontrara muy interesante. Tiene un perfil muy atractivo: los labios prominentes, la curva mortal de las pestañas más densas que he visto en mi vida, la nariz ligeramente abultada, propia de los árabes, que da carácter a su expresión...

—En todo caso, porque parece que te has propuesto encontrar a un hombre que te satisfaga^[4] —replica con la misma camaradería.

Me pregunto si él también se esfuerza para ser amable, como yo, o si le sale natural. O si está fingiendo.

—¿Eso piensas? ¿Solo porque me he puesto una minifalda? Si te digo la verdad, creo que he tenido suficientes hombres para el resto de mi vida.

Su expresión se ensombrece. Por un instante me siento culpable, incluso sin saber aún cómo he contribuido a cambiar su ánimo. Él resuelve la duda con sequedad:

—Lo que tenías antes ni era un hombre, ni era nada. Era escoria humana.

—Quizá por eso no me interesa conquistar a nadie. Salí escarmentada de ahí —reconozco con un hilo de voz.

Me sorprende que Néstor me oiga a pesar de la música; ha debido de leerme los labios. No lo sé porque me conteste, sino por la seriedad que se ha adueñado de su mirada.

Luz y Koldo escogen ese momento para venir a divertirnos con su espíritu libre. La primera arranca a bailar conmigo al son de una canción pegadiza. El segundo le echa un brazo por el hombro a Néstor para incitarlo a moverse también. Al principio se muestra reacio, quizá molesto todavía por las adicciones de su amigo, pero acaba soltando un elocuente «a la mierda» y vaciando su copa de un trago. Acepta la que le tiende Koldo, y empieza a menearse con una cadencia rítmica que me deja momentáneamente turulata.

Con este tío, las sorpresas nunca se acaban. No he parado de pensar en el talento que tiene para el dibujo, además de un estilo personal de los que destacan entre las grandes masas, y ahora, encima, sabe bailar.

Pero debería decir que las sorpresas nunca se acaban, no ya con él, sino en general. Porque cuando estaba divirtiéndome jugando al limbo con un grupo de chicas, entre ellas la protectora Luz, localizo a lo lejos un rostro familiar.

Ni siquiera sé cómo lo veo, porque los gin-tonics han pasado volando por mis manos. Debe de ser porque mi cuerpo le tiene demasiado presente, entre los terrores nocturnos y los años que le he dedicado. Sería ridículo pensar que podría arrancármelo del sistema sin más.

Es Borja. Aunque me convenza de lo contrario, porque no pinta nada en un sitio como este, es Borja. Lo es. Podría tratarse de un acosador obsesivo que dedica las fiestas a vigilar a las pobres borrachas en la distancia..., pero que no, que es Borja. Permanece inmóvil junto a la barra, acompañado de esos dos amigos que me consta que nunca ha soportado, porque él no soporta a nadie; ni siquiera me soportaba a mí.

Y, sin embargo, helo ahí. Observando. A pesar de odiarme... o justo porque lo hace.

Detengo mi estúpido bailecito. No tengo otro impulso —abandonar el garaje, caminar hacia él para exigirle que me olvide—, solo perder la movilidad. La sangre huye de mi rostro, inspirada por las decenas de pesadillas que he sufrido a lo largo de las semanas. Pesadillas que no son ni la mitad de insoportables que el nítido recuerdo de la última vez que estuvimos a solas.

Cuando recupero el dominio de mi cuerpo, me voy replegando hacia atrás sin darme cuenta. Tiene que ser un espejismo, porque este no es un lugar que Borja frecuente.

Estoy asustada por el simple hecho de estar bajo el mismo techo que él.

No me reconozco.

Unos brazos vacilantes me envuelven los hombros por detrás.

—¿Gloria? —La voz de Néstor me llega entrecortada. Es porque tengo un pitido agudo en un oído—. ¿Qué pasa?

No se lo tengo que explicar. Sigue mi mirada para confirmar que el universo se burla de mí obligándome a coincidir con él en mi única salida nocturna. No veo la cara de Néstor, pero mi

cuerpo debe sospechar que va a encontrar en el vecino, ahora compañero, a un aliado, porque me pego a su costado como una niña asustada. Creo que es su mano la que me rodea la cintura sin presionar, evocando más la insinuación de una caricia que un abrazo.

Tiene sentido, ¿no? Que me aferre a mi archienemigo cuando Borja entra en la ecuación. Fue Néstor y no Luz, Koldo o yo misma quien interrumpió una situación que podría haber cambiado mi manera de ver las relaciones, la intimidad y la vida misma.

Incluso tu mayor rival puede ser tu mejor baza en determinadas circunstancias.

—Tranquila —me dice desde atrás. No se ha movido de mi retaguardia, igual que un escolta—. No va a tener cojones de acercarse mientras esté yo aquí. Es una jodida mierda que respete las distancias solo si vienes acompañada de alguien que le ha amenazado, pero así están las cosas. Ya verás que no te molesta.

Me giro hacia él, más desesperada por perder de vista a Borja que para establecer el contacto visual. Y no me arrepiento. Una parte de mí esperaba toparse con un silencioso «te lo dije», porque es verdad que lo dijo, y con todas las letras. Lo llamó abusón, cerdo de la peor calaña y los sinónimos que se le ocurrieron la misma noche de la fiesta. Yo todavía no lo había procesado, y rehusé aceptar que mi pareja desde los quince años era nociva para mí. Pero Néstor ha debido de levantarse magnánimo. O eso, o de verdad se ha propuesto ser mi amigo, porque solo hay determinación en su semblante.

La de no permitir que me arruinen la noche.

—Venga, vamos a bailar —propone, cogiéndome de la mano en un arrebato—. ¿Cuál es tu canción favorita? Se lo decimos a Milu, y que ella vaya a camelarse al DJ. Elige bien, ¿eh? —me advierte con una sonrisa cómplice—. Que yo no me muevo con cualquier mierda.

—¡Sé cuál le gusta! —exclama Luz, que estaba lo bastante separada para perderse el intercambio anterior, pero no tanto como para no oír su nombre—. ¡Y a ti también, Nes! Voy a ello!

Desaparece de nuestra vista abriéndose paso a brazadas entre la gente.

—¿Nes? —repito con incredulidad—. ¿Como el monstruo del lago Ness?

Néstor se rasca la mejilla, donde asoman los primeros indicios de barba.

—Los dos sabemos muy bien que puedo ser una aberración de la naturaleza cuando me lo propongo.

—¿Esa va a ser tu segunda disculpa en veinticuatro horas? —La voz se me quiebra al tratar de sonar guasona. El alcohol se ha vuelto en mi contra, y ahora potencia mis nervios—. ¿Sigues donde estaba antes?

Néstor alza la cabeza para comprobarlo. En lugar de contestar, aprovecha que me tiene cogida de la mano aún para hacerme dar una vuelta sobre mí misma. El movimiento es tan frenético e inesperado que me acelera el pulso, y, con ese tonto subidón, me animo a liberar una carcajada estrangulada.

No me da pie a volver a pensar en ello. Aprovecha que rompe la canción de reguetón para empezar a bailar. Y no sé si es que se lo ha propuesto, o si sucede sin querer, pero su movimiento me hipnotiza. Sabe seguir la música, sabe sacarle partido a su atractivo, a un cuerpo creado para su contemplación. Antes de siquiera decidir si me apetece hacer esto o si quiero salir de aquí, me veo sujetándome a los hombros de Néstor y meneándome al son del tema. Él parece animarme, a su manera silenciosa, a olvidarlo todo. Se apoya en la elocuencia de una mirada para insistirme en que siga así, y así sigo yo, con los ojos cerrados y la mente cada vez más lejos de la fiesta.

Y de lo que es más importante: de quien hay en ella.

Al principio bailamos como dos prudentes desconocidos. Yo le echo los brazos al cuello, pero sin entrelazar las manos para que pueda apartarme si quiere, y él no se arriesga a tocarme hasta que no le doy carta blanca acercándome un poco más.

Permito que mi mente priorice el absurdo de estar hoy aquí, perreando con mi archienemigo, y no al cabrón traicionero que me ha intentado amargar la noche. Consigo mi propósito centrándome en Néstor, en sus pupilas dilatadas por el alcohol, en el movimiento de sus labios al seguir la letra; en que la música vibra dentro de mi pecho.

Con el cerebro bañado en ginebra y la adrenalina de estar en presencia de un peligro, se me ocurre pensar que es guapo. Algo que ya sabía, pero que ahora ocupa mi cabeza como una obsesión porque no hay nada más en mi campo de visión. Lo es. Tan guapo que da rabia. Tan guapo que te angustia. Y huele a esa mezcla de olores naturales que he aprendido a asociarle, una deliciosa mezcla que no se diluye ni siquiera en una aglomeración de carne sudorosa.

No sé qué cara he puesto, pero definitivamente he debido de poner una, porque Néstor da el último paso adelante para que nuestros cuerpos se rocen. No de forma sexual; si algo he de reconocerle, es la sensatez. Pero yo lo interpreto así por el contexto, porque es la primera vez que se acerca tanto.

Un estremecimiento me recorre entera, y estaría siendo una estúpida si asociara esa advertencia corporal a algo distinto de un sabio «cuidadito, que esto te puede gustar más de la cuenta». Puede que sea problemático, porque quien me toca es Néstor, no un chico guapo, y él y yo tenemos una historia que podría arruinar el momento. Pero la historia no parece importar nada cuando ambos hemos bebido lo suficiente, hay música sonando y la oscuridad nos protege.

Eso es, pienso. La oscuridad me protege.

Borja no me ve.

Nadie sabe lo que estoy haciendo.

Dejo caer los brazos con los que estaba unida a Néstor y me doy la vuelta para moverme contra él. No pretendía que fuera una decisión inocente, pero tampoco esperaba que mi cuerpo se prendiera en llamas al entrar en contacto con el suyo. Aunque no se aprovecha poniéndome las manos encima, siento su pecho y su pantalón adheridos a mi espalda, irradiando calor. Me empapo de él cerrando los ojos y alzando las manos sobre mi cabeza, como una bailarina del vientre. Me acaricio la piel de los brazos con lentitud, extasiada por cómo el alcohol lo nubla todo y, al mismo tiempo, potencia las sensaciones. Me imagino meneando los hombros, la cintura, y me gusta tanto lo que veo en mi cabeza, a una persona liberada y sexy, que invito a Néstor a participar en mi disfrute físico cogiéndole una mano y poniéndomela sobre el ombligo. Él acepta el reto extendiendo los dedos sobre el corsé de manera que su meñique casi roza mi bajo vientre.

Esa cercanía con mi intimidad me excita inexplicablemente... ¿O sí es comprensible? Porque es verdad que solo he tenido sexo con Borja, y que lo odiaba con todo mi ser; que me parecía sucio, doloroso y humillante. Pero eso no significa que no sea una persona sexual. He experimentado placer leyendo novelas eróticas, tocándome sola en mi habitación... incluso viendo determinados vídeos porno.

Además, tengo mis propias fantasías. Una de ellas es muy parecida a la que tiene lugar ahora, y no a pesar de Néstor, sino gracias a él. Porque ahora que estoy borracha, puedo admitir que a una estúpida parte de mí le gustaba pensar que, por más que me odiara, en el fondo se moría por tocarme. Y es que ya sé que no me gusta cómo me toca alguien que supuestamente me quiere,

pero ¿y alguien que me odia? No podría hacerlo peor.

Néstor demuestra que mis teorías son acertadas acoplando del todo su pecho a mi espalda, lo que me produce unas cosquillas adictivas. Su mano trepa del vientre al pecho, y no se detiene hasta rodearme el cuello con delicadeza. Echo la cabeza hacia atrás sin discreción que valga, ofreciéndome, y él inclina la suya para apoyar los labios en el lateral de mi garganta.

El contacto me activa y separo los labios para emitir un sonido que no llega a oírse. Llevo mis manos hacia atrás, sin saber muy bien qué busco. Descubro lo que era al dar con su otro brazo, que no duda en prestarme rodeándome la cintura, esta vez sí, con una posesividad que no me pasa desapercibida y que encuentro irresistible. Su olor mezclado con el sudor me envuelve, la cabeza me da vueltas, la música me anima... y es él. Es él. Me gusta cómo se siente su cuerpo, y me regocijo como un animal en que se le haya puesto dura, en que su bragueta me apriete por detrás.

Si aún quisiera vengarme, este sería mi Momento de Gloria, nunca mejor dicho. Pero no quiero tomar represalias; solo que me toque, así que, al final, ¿quién se cobraría la humillación en este caso?

Néstor separa los labios que tenía pegados a mi cuello y me muerde con una delicadeza que me hace ronronear. Su mano presiona mi cuerpo, quizá instándome a hacer ruido otra vez, no lo sé. Se me olvida todo al notar la punta de su lengua en la piel, recorriéndome desde ese punto donde beben los vampiros hasta la oreja. Inconscientemente, me ciño más a su erección cuando me succiona el lóbulo entre los dientes. Mis manos vuelan a donde sé que está su cabeza para recorrer el rapado con los dedos, el pelo sedoso del mohicano que se ha dejado largo.

Me parece que está sonando *Si Tú Te Vas* de Khaled cuando él bufa, como si no se soportara ni a sí mismo, y gruñe:

—Estás tan buena que no me aguanto, joder.

El corazón me da un vuelco. No es la clase de piropo romántico que me gusta, pero es tan honesto que lo acojo en un rincón secreto de mi mente, de donde podré sacarlo para admirarlo con regocijo cada vez que esté triste.

Ahora no es el caso. Ahora disfruto de la acción.

Espoleada por su comentario, me doy la vuelta y rodeo su nuca para acercarlo a mí. Néstor apoya la frente contra la mía con los ojos cerrados; parece inocente, pero su mano sabe lo que hace al inmiscuirse bajo la falda para delinear con el dedo la curva del cachete, que asoma no mucho más abajo.

No me importaría que todos los invitados me vieran el tanga. Eso debería darme una idea de lo que estoy dispuesta a hacer entre sus brazos.

Él se humedece los labios, la señal previa a hundir los dedos en mis nalgas.

—Te haría guarrerías que no se han inventado —confiesa contra mi boca entreabierta

Suspiro, secretamente complacida con su sinceridad. En un impulso del que no sé si me arrepentiré, decido que será su noche de suerte y, con un gesto juguetón, me quito sus brazos de encima. Me separo mirándolo a la cara con un claro objetivo: que lea en mi expresión lo que me propongo. Espero de corazón que lo haya captado y me siga en mi camino al servicio, que emprendo con la cabeza en las nubes, flotando y con el cuerpo sobrecargado de energía.

No tengo nada que perder. Incluso si pasara algo entre él y yo, después no podríamos llevarnos peor de lo que lo hemos hecho. Y solo vives una vez, ¿no? Al menos, a mí no me gustaría morirme sin darle un beso.

La sola posibilidad de hacerlo me estremece de pasión. Es ridículo, lo sé... y degradante,

considerando nuestro historial. Pero me da igual. Empecé a fantasear con ese beso después de conocerlo, y no he parado de soñarlo ni siquiera durante la guerra. Nuestra guerra.

Hay impulsos corporales que son superiores al sentido común, y ese beso es mi contradicción. Quiero permitírmela aunque me cueste el arrepentimiento.

Una vez alcanzo el servicio, voy a cerrar la puerta para imprimirle más diversión al juego..., y alguien me lo impide. Él. Me quedo donde estoy con los ojos cerrados, esperando que sus labios aterricen en mi cuello, me envuelva con los brazos o, como en las películas, me estampe contra una pared para manosearme como siempre me han dicho que no se debe tratar a una señorita.

Pero viendo que nada de eso sucede, me doy la vuelta... y la sangre se me hiela.

—¿Qué pasa? —ladra Borja con una ceja enarcada—. ¿Esperabas a otra persona?

De pronto no encuentro las palabras, el equilibrio o siquiera la puerta de salida. La angustia que había estado empujando al fondo, enterrando debajo del deseo, emerge como un géiser descontrolado. Mi único intento de huida es un paso vacilante a la derecha, pero Borja me cierra el paso extendiendo un brazo.

—¿No me vas a decir ni hola? Entonces supongo que una disculpa también queda descartada. Es de coña, teniendo en cuenta la humillación por la que me hiciste pasar en la fiesta de tu padre —comenta con un fingido tono brioso que esconde una amenaza. Lo sé muy bien, y lo sé porque lo conozco. Borja avanza hacia mí a costa de obligarme a retroceder. El pelo se le ha pegado a la cabeza y a la frente por culpa del calor que se concentra en el garaje—. No has tenido la consideración de quedar conmigo, llamarme o escribirme para darme una explicación. ¿Así es como se hacen las cosas en la comuna de mierda en la que parece ser que ahora te quedas?, ¿los *hippies* no se aseguran de cortar con sus parejas a la cara?

—Déjame muy claro que no iba a seguir contigo —me defiende con un hilo de voz. Palpo a mi espalda, pero ya no hay más espacio que recorrer en mi huida; solo la puerta pegajosa y salpicada de garabatos de uno de los cubículos. Desesperada, balbuceo—: Quiero irme.

—¡Y yo quiero que dejes de actuar como si estuvieras loca! —ladra a la defensiva. Cae su careta de chico paciente. Ante mis ojos, su rostro se desfigura en una mueca iracunda—. Desairar a tu padre ya era lo bastante malo, pero, vale, muy bien, no quieres ser abogada. ¿Qué tiene eso que ver conmigo, eh? —Me coge de los hombros con la intención de sacudirme—. ¿Así es como merezco que me trates después de años y años de relación? ¿Dejándome en público y bloqueando mi número?

Poco a poco voy recuperando la movilidad, pero la culpabilidad me mantiene estática en el sitio. Me cuesta recordar por qué fui tan cruel. ¿De veras lo fui? ¿No actué guiada por la supervivencia? No, claro que no. Estaba siendo egoísta...

Sacudo la cabeza para alejar todas las teorías que tratan de desestabilizarme.

—No pretendía hacerte daño, pero yo ya... ya no quiero estar contigo —repito.

—Sí, eso me quedó claro. Lo que no me ha quedado claro hasta esta noche es el porqué. Te has deshecho de mí porque te quieres follar al moro, ¿no es eso? Te lo has querido follar todo este tiempo... —Un oscuro brillo de reconocimiento surca sus ojos—. A lo mejor te lo follabas mientras estabas conmigo, incluso; por eso no querías tener sexo. Ya estabas cansada de las posturas en las que te ponía el otro, ¿no?

—¡Eso no es cierto! —exclamo, horrorizada.

—¿No? ¿Acaso no te has escondido en el baño para que venga a meterte la polla? —Suelta una carcajada incrédula y busca a su alrededor a alguien con quien compartir su asombro—. Increíble... Gloria, la jodida santa, la que no se deja tocar ni con la mano de otro, comportándose

como una puta en un antro de yonquis para llamar la atención de un cani marroquí. —Su indignación abre paso al desprecio—. No te reconozco.

Aparto la mirada, profundamente avergonzada.

—Déjame, Borja. Tienes derecho a estar dolido, pero yo no rompí la relación por razones peregrinas, yo... yo... Me das miedo —reconozco con voz temblorosa—. Nunca me has tratado bien, pero los últimos tiempos no tenías paciencia, me... me has forzado muchas veces a hacer cosas que no quería. Sobre todo en... la intimidad.

—¿Forzarte? —Pone los ojos como platos—. ¡¿Yo?! ¿Se te ha ido la olla, o qué?

Pestañeo deprisa para ahuyentar las lágrimas.

—Que te dijera que sí al final, por pura resignación o para evitar una bronca, no significa que estuviera cómoda, o que no fuese... violento. Y en la fiesta de mi padre estuviste a punto de... No quiero rememorarle más —sollozo sin voz—. Vete, por favor.

—No me da la gana —espeto, y empuja la puerta del cubículo contra el que estaba recostada para conducirme a rastras al interior. El corazón casi se me sale por la boca ante la expectativa de encerrarme con él. Eso es justo lo que pasa. Borja gira el pestillo y me pone contra la pared—. Te voy a dar razones para que me tengas miedo, ya lo verás.

—Borja, por favor. Por favor, por favor —empiezo a hiperventilar. Las manos me sudan tanto que las palmas me resbalan sobre la superficie de azulejos. Él me cerca por detrás para que no me atreva a escabullirme—. ¿Por qué no me dejas tranquila? No me quieres, nunca me has querido, solo te interesaba... estar relacionado con mi padre, o complacer al tuyo, o... No lo sé, pero estoy segura de que no te importo —insisto, desesperada por apelar a su sentido común—. Como mucho, vas a reparar tu orgullo herido, pero luego ¿qué? Ya no puedo ofrecerte nada, ya no me muevo en tu círculo, tú sabes que, sin mi padre, no soy nada. No soy nada, no soy nada, por favor...

En un ataque de nervios, uno puede ver la luz. Lo sé porque haber dicho eso en voz alta me obliga a tomar contacto con lo que he estado callando, una verdad dolorosa. He rehusado aceptar lo que me susurra la voz interior, lo que insinúan mis sueños recurrentes, lo que da a entender mi lamentable estado de ánimo: que, si no me llamo Valdecasas de León, no tengo nombre. Y, sin un nombre, ¿sabes quién eres? Estoy perdida en esta ausencia de identidad. Espero con el corazón encogido a que alguien me mire y me reconozca, o me dé una pauta para averiguar si queda algo de mí después de quitarme el dinero, los padres influyentes, la carrera de Derecho, el novio con un futuro prometedor.

No me gustaba lo que era. Tampoco lo que tenía. Pero al menos tenía algo.

Borja agarra del pelo y tira hacia atrás para obligarme a mirarlo. Un gemido de queja sale de mis labios. Tiemblan, como el resto de mi cuerpo.

—Exacto —coincide con una frialdad escalofriante—. Sin tu padre, no eres nada. Pero quiero que digas que tampoco eres nada sin mí. Venga, dilo. Di: «Sin ti no soy nada, Borja».

No puedo decir nada. El shock me ha formado un nudo en la garganta. Pero haría lo que me exige si no estuviese paralizada, si las lágrimas me permitieran ver lo que tengo delante.

Un fuerte golpe a la puerta interrumpe sus siguientes órdenes.

—¡Abre! —grita Néstor. Lo oigo como si estuviera al otro lado de un cristal doble—. ¡Abre o la tiro abajo!

Busco la mirada de Borja para tratar de adelantarme a su siguiente movimiento. Él no parece por la labor de obedecer al recién llegado, pero tampoco me sigue torturando. Se queda estático, con la vista clavada en la luz parpadeante del fluorescente.

Yo a duras penas me tengo en pie.

No sé cómo lo consigue, si soy sincera. Es musculoso, sí. Y cuando se enfada, tiembla la tierra. Pero esta no deja de ser la puerta de un baño. La puerta de un baño que no le detiene.

El pestillo no puede hacer nada contra él cuando la embiste con todo su cuerpo.

Borja intenta salir corriendo antes de que lo pille, pero lo agarra de la pechera de la camisa y lo mantiene en el sitio para que pueda ver con meridiana claridad la promesa de sangre de su semblante sombrío.

—No te mato porque no iría a la cárcel por tu culpa —le sisea a un palmo de la cara—, pero como vuelva a verte, te voy a romper los huesos uno a uno. ¿Te has enterado?

No espera a que conteste y lo arroja a un lado sin miramientos, como si fuera una bolsa de basura y tuviera mucha prisa por abordar lo que de verdad importa. Abre de nuevo la puerta de par en par para encontrarme aún pegada a la pared, temblando con los brazos retorcidos en el pecho.

No dice nada. Intercambiamos una mirada, la mía aún horrorizada y vidriosa, la suya profundamente emocional, y lo siguiente que sé es que estoy entre sus brazos.

Capítulo 11

SOLO SOY UN CHICO

Néstor

—Soy consciente de que estoy muy callado esta mañana —le explico a Ming en tono de disculpa—, pero es que no sé hasta qué punto puedo contarte lo que pasó ayer. No me corresponde a mí, ¿entiendes? Hay otra persona involucrada. Supongo que solo tengo permitido mencionarte la parte más... festivalera o inocente de la noche. Lo que pasa es que, si te soy sincero —suspiro y agacho la mirada hacia la sartén, donde estoy friendo el penúltimo *beghrir*, coloquialmente conocido por Koldo como «el *crêpe* musulmán»—, no hubo nada inocente en toda la noche. Al final tendrás que alegrarte de no haber podido venir.

Ming me escucha con esa expresión suya que puede significar tanto que te está poniendo toda su atención, como que anda pensando en el mono con platillos de *Los Simpsons*. A petición suya, le he preparado una rutina de gimnasio que tiene que cumplimentar con la correspondiente dieta de volumen: de ahí que esté hinchándose a cereales antes de mi desayuno estrella.

Con un movimiento de muñeca que ya he patentado, deposito el *beghrir* junto con el resto de sus amigos y vierto la cantidad justa en la sartén para hacer el último de la tanda.

—Lo mismo me estoy pasando —valoro con una mano en la cintura—. Dudo que Milu y Koldo se levanten para comer. Llegaron a las tantas, borrachos como cubas, y... ¿Qué te apuestas a que Koldo se ha potado encima? —Lanzo una mirada de auxilio al cielo, pero ni quien lo ayude. Ni yo, ni su psicóloga, ni Allah—. En fin. Yo llegué con Gloria alrededor de las dos. Y que sepas —le señalo con el dedo antes de que se le ocurra poner una cara rarita—, que no hemos dormido juntos ni nada parecido. Le cedí la cama por una buena causa.

Supongo que es lo mínimo que puedes hacer cuando casi agreden a alguien por tu culpa. Si no me hubiera quedado como un pasmarote en medio de la marabunta, otro gallo habría cantado. Pero al Néstor del pasado le pareció menester realizar cálculos matemáticos para determinar si empotrar a Gloria Valdecasas de León en un baño le produciría algún tipo de beneficio.

Más allá del evidente, claro está.

—No sé qué me pasó —le confieso a Ming después de culminar mi gran obra con el último *beghrir*—. Normalmente soy más espabilado, ¿sabes? Si me ponen una mano en la bragueta, voy a dar por hecho, como mínimo, que te caigo bien. Y luego, que te apetece samba. Pero con ella... No habría sido buena idea, ¿verdad? No me mires así —le advierto, ceñudo—. No, eso no fue el gran drama de la noche. Prefiero no hablar de ese, porque, como le dé otra pensada siquiera, no responderé de mí.

Voy a interpretar que Ming siga comiéndose sus cereales con la parsimonia acostumbrada como que no tiene mucho interés en conocer mi sentir.

Yo tampoco tengo interés en conocer mi sentir. Ya estaba abrumado cuando Gloria apareció en el portal vestida como una vampiresa gótica, pues nadie querrá ni imaginarse en qué condiciones regresé con ella a casa. Creo que pasé por todos los estados. El estado de la minifalda, el estado de tener la polla en su culo, el estado de quemar Troya con ese hijo de puta

dentro, y el estado de no saber por dónde empezar a disculparme.

Gloria no enunció palabra en todo el trayecto de regreso. Se dejó descalzar, no se negó a meterse bajo mis sábanas limpias y se durmió en cuanto pudo parar de llorar con unos ojos que no parecían suyos.

Yo creo que ni se daba cuenta de cuánto estaba sufriendo. Parecía en otra dimensión.

—¿Sentir compasión por tu enemiga quiere decir que no es tu enemiga, o solo que eres una persona compasiva? —planteo en voz alta, pendiente de la reacción de Ming. Él solo pestañea en mi dirección—. Porque no hemos solucionado nuestra mutua animadversión. Solo hemos decidido comportarnos como adultos. Ya sabes, los adultos que van al trabajo, se ríen afectuosamente con su compañero junto a la cafetera de la sala común, y luego le escriben un mensaje a su pareja diciendo: «La hostia, este cabrón es insoportable». ¿Estoy traicionando mis principios al querer... protegerla? —Ming parpadea de nuevo, esta vez varias veces seguidas—. ¿He dicho una gilipollez? Seguro que sí. Apiadarte de alguien vulnerable es lo normal. Lo raro sería que hicieras la vista gorda. No significa nada. Estoy bien.

Pero no estoy bien. ¿Y si la hubiera seguido como un perrito faldero en el preciso momento en el que ella me miró con ganas de jugar? A Borja no le habría dado pie a agredirla, eso lo primero. Lo segundo es que se habrían venido cositas.

La certeza de que podría haber evitado la catástrofe me vuelve loco; el modo de haberlo evitado, que habría sido besarla hasta borrarle los labios, no me turba mucho menos.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Qué se hace en estos casos?

Pues *crêpes* musulmanes, supongo.

He heredado de mi madre lo de cocinar cuando estoy histérico.

—Madre mía... ¡Huele que alimenta! —exclama Koldo. Levanto la mirada de la fuente de *harcha* que acababa de colocar en el centro de la mesa, y ahí está él, rascándose el ombligo mientras se estira por encima de sus posibilidades. Se aparta lo justo para que Ming, quizá harto de mi cháchara, pase por su lado con la intención de desaparecer. Koldo le da una fuerte palmada en la espalda que sirve para dar los buenos días y para desatascar una vértebra—. ¡Me lo voy a meter todo por el culo!

Su entusiasmo me relaja. Uno siempre puede confiar en que su compañero de piso se despierte de buen humor.

Le hago una indicación teatral hacia la comida ya expuesta y le retiro la silla con un gesto burlón para que tome asiento. Koldo se muestra tan emocionado como con todo en esta vida, y sigue la broma anudándose el paño de cocina a la nuca para que ejerza de babero.

—¿Zumo, señor? —le pregunto en tono de mofa.

—No, gracias, prefiero café de Musulmania.

Dicho y hecho. Le sirvo el *qáhue* con la cafetera metálica tradicional que me regaló mi madre cuando me mudé. Koldo asegura que sabe mejor cuando lo viertes desde un *dallah*.

Siempre se refiere a todo lo relacionado con mi cultura con un respeto admirativo tal que uno no puede sino reírse cuando salta con sus gilipolleces. No se ha referido a Marruecos como algo distinto de «Musulmania» desde que lo conozco, y no me importa, como es normal. No es que no tenga sentido del humor, es que hay formas y formas de hacer humor.

Me río en señal de agradecimiento hacia sus paridas, y aprovecho que está poniéndose las botas con las galletitas marroquíes para manganarle la bolsita con la matuja que ha dejado sobre la mesa. Apuesto por que el robo me va a costar una bronca endemoniada, pero ya se ha visto lo bien que me desenvuelvo en el terreno de juego de las enemistades. Un enfado de Koldo ni me

despeina.

—¡Gloria! —oigo que exclama—. Llegas a la hora clavada, tía.

El corazón me da un vuelco al desviar la mirada hacia la puerta de la cocina y verla allí de pie. La almohada le ha dejado marcas en la cara, tiene los ojos hinchados por el exceso de emociones de anoche y ni siquiera se ha peinado. Pero sí se ha cambiado de ropa: ha sustituido la falda y el corsé por una camiseta de propaganda y unos pantalones que le están grandes.

Le dirige a Koldo una sonrisa desvalida, que no dudo que es sincera, y luego pasea una mirada vacilante por la mesa.

—Ya ves que lo de «desayuno» se queda corto, amiga —continúa Koldo después de dar un sorbo al café—. Siéntate a mi verita, Gloria, que tengo que verte la jeta cuando pruebes los manjares marroquíes. Buah, y ya queda poquísimo *pa* las fiestas... Voy a hartarme de falafel durante la Navidad Musulmana.

—Pasa, mujer —intervengo, esperando que normalizar la situación me ayude a relajar los nervios que llevo encima—. Koldo tiene hambre, pero no te va a comer a ti.

Gloria me lanza una mirada fugaz y la aparta con la misma rapidez. Todavía vacilando, toma asiento junto a mi colega y empieza a fijarse con curiosidad en la comida.

—¿Qué es eso de la... Navidad Musulmana? —pregunta ella con timidez—. Pensaba que los practicantes no la celebrabais.

—Yo no soy practicante, pero no, no la celebramos. Es una fiesta del calendario cristiano. Por eso no me voy con mi familia el veinticuatro y el veinticinco. Pero como Ming tiene a los suyos en Chengdú, los padres de Milu se la pasan viajando por el mundo y Koldo... —Dejo que mi voz se extinga al llegar al tema peliagudo.

—Dilo, si no pasa *na*. —El aludido se gira hacia Gloria con una sonrisa de resignación—. Mis viejos me dieron la patada hace pila de años. No les molaba que fumara... y eso.

—Bueno, el caso es que celebramos la Navidad juntos —continúo con brío, esperando imponerme a la resignación de Koldo. Él es ligero como una pluma, pero sus cargas familiares son tan densas que pueden enrarecer el aire—, y como soy el único que cocina en condiciones, hago el menú que me sale de los cojones... que suele consistir en siete u ocho platos marroquíes. Eso de ahí son... tortitas, básicamente. Masa de sémola fina con harina. Si le echas mantequilla y miel derretida, saben a gloria. Esas son las *harcha*, unas galletitas a las que te recomiendo que les untes queso, y a las tostadas deberías echarle *amlou*. Es la crema dulce con miel que tienes a mano derecha.

—¿También la has hecho tú? —se sorprende.

Ni afirmo ni desmiento que me sienta orgulloso de reconocer una nota de admiración en su tono. Admiración que se va a ir por el desagüe, porque el frasco de *amlou* lo traigo de Marruecos y yo ya no le miento a las mujeres para gustarles.

Además, se supone que ya le gusto.

Al menos, cuando está borracha.

Observo que se muerdo el labio mientras pasea la mirada por los platos. En otra vida, quizá le habría preguntado si el desayuno no está a la altura de la marquesa. Ahora no me atrevo a darle la oportunidad de despreciar mi esfuerzo porque podría molestarme de verdad. Suerte para mí que se anima a coger un *beghrir* y prepararlo según mis recomendaciones.

Me mira de reojo en cuanto me siento justo enfrente de ella.

No había otro sitio, ¿VALE?

—Tengo el estómago un poco revuelto —confiesa en voz baja—, pero lo voy a probar.

Y me dedica una sonrisa que sé que le cuesta Dios y ayuda. ¿Habrá tenido pesadillas esta noche? ¿Se sentirá incómoda porque la vi en un estado vulnerable? No es la primera vez, aunque la primera vez no podría compararse con lo sucedido en esta.

—No será que no comes porque odias los hidratos y *to* las cosas esas... Estás superdelgada —aprecia Koldo. Le hace cosquillas al tocarla entre las costillas con el dedo índice; ella se revuelve, sorprendida por el contacto, pero también se ríe—. Vamos, ni un gramito de grasa. Igual que yo, que soy el esqueleto ese de *Las aventuras de Billy y Mandy*. Solo que tú eres *mu* guapa, en verdad.

—Gracias —murmura, nerviosa, después de colocarse un mechón rubio tras la oreja—. Tú también, ¿eh?

—Bueno —carraspeo—. Si comes poco, mejor, porque es tu primer día y debes ser puntual. —Como no entiende a qué me refiero, aclaro—: La visita a Sugar. Se supone que hoy te entrevistas con ella. Te lo dije el otro día, ¿recuerdas? En cuanto tuviera turno, te llevaría a conocerla.

Esperaba que se negara en rotundo a salir de casa alegando no estar de humor, decisión que habría respetado y que, si no le he propuesto de entrada, es porque, ante todo, cumplo mis promesas. Pero ella parece suspirar aliviada al saber que tendrá la mente ocupada.

—¿No debería mandarle mi currículum?

—*Nah*. Con Sug tengo enchufe.

—Es una tía muy guay —secunda Koldo con la boca llena—. Me cae de locos.

—Pues el próximo en entrar a El Tercer Deseo eres tú —le advierto—, así que ve preparándote.

Koldo se encoge un poco más sobre su plato y esconde las manos en el regazo.

—No, hombre, no... —murmura con la vista fija en las tortitas—. No le des la turra a Sugar otra vez con lo mío. Si no me cogió en su día, ahora menos. Y yo lo pillo, ¿eh? Respeto su opinión.

—En aquella época no necesitaba gente, pero ahora sí —insisto. Me levanto y alargo el brazo para revolverle el pelo a Koldo—. Hoy se lo recuerdo sin falta... —Le lanzo una mirada a Gloria—. A las once menos diez estamos en camino, ¿vale? No puedo llegar tarde.

Ella abre la boca como si quisiera decirme algo, pero pierde su oportunidad porque soy un cobarde y no me apetece quedarme a escuchar cómo plantea lo que pasó anoche.

Un chico debe tener derecho a gestionar a su ritmo un cambio radical en la relación con su archienemiga.

Lástima que Gloria no opine lo mismo, porque cuando han pasado alrededor de quince minutos y yo estoy terminando de ponerme el cinturón sin la camiseta aún puesta, oigo unos nudillos en la puerta.

Me resisto a girarme hacia ella un segundo más, con la mirada prendida en la cama que ha dejado hecha en cuanto se ha levantado. Me perturba pensar que esta noche llegaré muerto del curro, apartaré las sábanas y su olor corporal me recibirá con un abrazo anestésico.

Estremecedor.

—Oye —oigo que me llama—, ¿te importaría que antes o después de... la entrevista pasáramos por algún centro comercial, o algo así? Quiero hacerle un regalo de agradecimiento a Luz por dejarme estar aquí. Es decir, sé que el piso es de todos, y Koldo también ha sido un encanto. Y seguro que Ming es majo también, ¿eh? Pero Luz es... Bueno, Luz me ha dado una

bienvenida especialmente acogedora... —Su tono de voz adquiere un deje alarmado al preguntar —: ¿Qué tienes ahí? —Sigo la dirección de su dedo y me fijo en mi hombro. Si nos ceñimos a un elegante eufemismo, lo tengo amoratado. Si somos realistas, está más negro que azul—. ¿Te lo hiciste cuando...?

—No duele —interrumpo con rapidez. Termino de ajustarme el pantalón sobre las caderas y le lanzo una mirada solícita para volver al tema—. ¿Hay algún motivo por el que quieras hacerle un regalo a Luz y no a Eli, Virtudes, Edu y todos esos vecinos que también te han recibido en su casa?

—No tengo dinero para tantos —responde, dudosa. No aparta la vista de la prueba del delito hasta que me pongo una camiseta con cuatro movimientos firmes—, pero cuando ahorre...

—¿Cuál es la razón de que sea concretamente Luz la que va a recibir el primer regalito? —Se queda boqueando, dudosa sobre si decir la verdad. Claramente, su objetivo es ganarse el corazón de mi amiga. Lo capto. Yo también quise. Le hago un gesto con la cabeza para que se vista y vaya saliendo—. Te espero abajo.

En lo que ella llega al aparcamiento del edificio, consulto las notificaciones del móvil de forma compulsiva. Algo me dice que no voy a poder huir de la hora de la verdad por mucho más tiempo, y trato de ponerme en situación para saber de qué manera verosímil justificar mi comportamiento de anoche.

A lo mejor a Gloria le importa un carajo todo lo que no fue la aparición de Borja y estoy tomándomelo muy a pecho; a lo mejor soy un egocéntrico y un insensible...

Esto último no, eso seguro, porque se me sensibilizan hasta las pestañas al verla aparecer con unas sencillas mallas grises y una camiseta ajustada de manga larga.

¿En serio, tío? ¿Las Mallas Grises, en mayúscula?

Le tiendo uno de los cascos que ya tenía preparados, a punto de sacudir la cabeza con exasperación.

Estoy dándome la vuelta para sentarme a horcajadas en la moto cuando ella rompe el hielo.

—Oye, sobre lo de ayer...

Mi puta madre.

—¿Mm?

—No te he dado las gracias por... —Posa la vista un instante en mi hombro, ahora cubierto por la chaqueta motera. Pierde el habla. Y ya estaba yo a punto de intervenir para cambiar el tema cuando ella recupera la determinación—. Por haber intervenido. Otra vez. Me da muchísima vergüenza que tenga que venir alguien a rescatarme cuando me pasa algo. Debería haberme largado en cuanto vi que estaba allí, porque sabía... Sé que no es trigo limpio, pero...

La interrumpo chasqueando la lengua.

—Torturarte con los condicionales no te va a llevar a ninguna parte. Quedémonos con que al final no pasó nada. Si quieres denunciar o intentar que le pongan una orden de alejamiento, yo...

—«Tú ¿qué, figura? ¿La vas a llevar? ¡Si hasta antes de ayer te merecías también una de esas!».

Carraspeo, escarmentado, y añado—: Bueno, se lo puedo decir a Milu para que te acompañe.

—Olvidalo. —Se rasca el codo y pasea una mirada confusa por el aparcamiento. Creo que aún no ha asimilado lo que pasó—. Podría haberme quitado a Borja de encima si no hubiera estado tan borracha, estoy segura. Cuando bebo, me vuelvo torpe e insegura, y... —Se humedece los labios—. Y también hago cosas que no haría estando sobria. Con esto quiero decir que...

—Lo entiendo perfectamente —me apresuro a aclarar. Ella me mira entre expectante y recelosa, como si hubiera decidido que, en función de mi respuesta, tomará un camino u otro—.

Yo también iba ciego. Por eso anoche se hicieron y se dijeron muchas tonterías. No te lo tengo en cuenta; espero que tú no me lo tengas en cuenta a mí. Estando borracho me tiraría hasta al Tío Cosa porque lo confundiría con una pelirroja —apostillo con una risita ridícula.

Pretendía allanarnos el camino con la coña, pero a Gloria no le sienta bien el comentario. Aparta la mirada con una sonrisa forzada, y me acepta por fin el casco.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado —murmura.

Con el corazón en un puño, vigilo que se regula las correas en condiciones.

¿Se alegra? Y una mierda.

¿Qué se supone que debería haberle dicho?, ¿que a ver cuándo repetimos? Ayer por poco ocurre una desgracia, ni siquiera tendríamos que estar hablando de un estúpido chupetón en el cuello..., pero vérselo cuando se retira el pelo del hombro me encoge el estómago, y empiezo a salivar de solo recordar el mordisco.

¿Eso era lo que debería haber aclarado? ¿Que me la quiero comer porque no tengo los ojos en el culo y es un regalo para la vista? Sí, hombre, para que me diga lo que soltó ayer; que ha tenido suficientes hombres para el resto de su vida... y con razón.

No creo que necesite a otro animal con problemas para gestionar sus arranques furibundos.

—En cuanto a lo de Luz... —me sorprende añadiendo cuando ya he arrancado la moto—. Os oí hablar el otro día y me enteré de que siente que la juzgo. No sé de qué manera demostrarle que la respeto, por eso he pensado en hacerle... un detalle.

—¿Pero la respetas de verdad? —le pregunto—. ¿O solo te preocupa que se lo crea?

Ella no se toma a pecho mi razonable duda.

—Claro que la respeto. Y la admiro. Simplemente he crecido en un ambiente en el que no abunda la gente que se expresa como ella, y me cuesta habituarme, ¿sabes? Está... tan tatuada, y tan... Es muy escandalosa, ¿no? ¡Pero en un buen sentido! —aclara enseguida—. Solo quiero hacerle saber que me parece muy especial. En un primer momento no pude evitar que me chocara, pero intento superar mi vicio de mirar a la gente de arriba abajo.

Sella los labios con la sensación de haber hecho un ridículo estrepitoso. Y no sabe cuánto se equivoca al pensar que va a recibir de mi parte una burla o un escarmiento, porque esto es lo que he querido desde que la conocí. Que sea sincera consigo misma y con los demás.

—Uno siempre se queda loco la primera vez que ve a Milu —resumo con un encogimiento de hombros—. Y cuando hablas con ella y ves que te podría explicar tanto el teleologismo cosmológico como recitarte cronológicamente la discografía de Los Cangris, más aún.

Gloria encuentra mi mirada con cara de asombro.

—¿Lo dices en serio? ¿No me vas a llamar clasista asquerosa?

Se me escapa una carcajada.

—Mi abuelo también me enseñó que los tatuajes y las perforaciones son el diablo, y que quienes los llevan trafican con drogas. No es tan difícil que no te tome por una clasista asquerosa, Gloria. Solo tienes que hablar de corazón, como ahora mismo. En el centro comercial no encontrarías nada que pudiera gustarle, de todos modos —añado antes de que la conversación se torne sentimental. No son ni las doce del mediodía y ya estoy harto de confesiones—. Un día de estos te llevo al mercado donde se compra los pendientes que le gustan.

¿Ha sonado como si la estuviera invitando a salir?

Ha sonado como si la estuviera invitando a salir, joder.

No, *hombre*. Sabe que Milu es una de mis mejores amigas. Es normal que quiera hacerla feliz. Incluso si eso pasa por ayudarla a elegir un regalo.

Ella musita un «vale» apenas audible, y enseguida nos ponemos en marcha.

Capítulo 12

EL PREMIO NARANJA AL MÁS SIMPÁTICO NO ME LO VOY A LLEVAR

Néstor

Aunque no soy muy fan de las redes sociales, he pasado el tiempo suficiente deslizando TikToks para enterarme de qué es eso del *pretty privilege*. No había querido creerme la historia de que a uno lo tratan mejor por ser guapo, incluso si es un inútil, hasta que veo a Gloria en acción.

Sugar no se anda con chiquitas. En cuanto la ha visto llegar, le ha hecho las tres clásicas preguntas: «¿Qué tenemos por aquí?, ¿cuál es tu situación?, ¿puedes quedarte para una primera toma de contacto?». Las respuestas la han dejado satisfecha —tiene a una monada con cara de modelo, huérfana y sin nada que hacer en todo el día—, por lo que le ha tendido una bandeja y la ha invitado a desenvolverse como mejor sepa.

Eso sí, con las mesas menos arriesgadas —en las que no esté sentado el presidente de España, quiere decir— y continua vigilancia, no vaya a ser que la pifie y alguien lo grabe en vídeo.

Desde que su período de prueba empezó, le ha tocado atender la sección más cercana a la cocina, por si acaso el recorrido con las bandejas se le complicaba. Las diez mesas han demostrado una paciencia infinita mientras ella les pedía, abochornada, que repitieran los platos... por decimoctava vez. Cada vez que ha dicho que lo siente, que es su primer día, que está muy nerviosa y que nunca ha trabajado de cara al público, se ha levantado un comprensivo «oh». Por unos instantes, ha dado la impresión de que ha entrado en la sala un cachorrito de golden retriever con un lazo rojo en el cuello.

Aunque es cierto que en El tercer deseo nadie escatima a la hora de dejar propina, a ella le habrían dejado hasta las escrituras de su chalé en la costa valenciana.

Incluso si no sabes en qué estado se fue a dormir anoche, cuesta no compadecerse de la chiquilla. Está fuera de su elemento, y en el proceso de disimular el estrés, se vuelve aún más patosa.

No puedo decir que me caiga mal cuando parece una persona normal y corriente.

—¿Vas bien con eso? —le pregunto cuando coincidimos a las puertas de la cocina. Ya está sacando los postres del primer turno, el de la una y media de la tarde. Dentro de cinco minutos, empezarán a ocuparse las mesas del segundo, el de las tres menos veinte.

—Sí, sí —balbucea, concentrada en mantener el equilibrio.

Al seguirla con la mirada en su afanoso recorrido hasta la mesa, se me escapa un asentimiento benevolente.

No es la primera persona a la que cuelo en la plantilla del restaurante, pero reconozco que pensé que sí sería la primera en defraudarme con una actitud altiva. La imaginaba negándose a fregar platos por si se le descascarillaba la manicura francesa.

Nunca he dicho que yo estuviera libre de prejuicios. Ni de malicia, porque me cuesta no regocijarme viendo a Gloria María Valdecasas de León y López-Portillo metida de lleno en las labores de la restauración.

—A tu novia no se le da mal el oficio —comenta Sugar mientras espero a que Marcello emplate sus magníficos cannoli.

Poco importa que sea mi jefa. La fulmino con la mirada igual.

—Sabes de sobra que no es mi novia.

—Tampoco será la odiosa pija de la que me hablaste el otro día, porque no es ni pija, ni odiosa, y no la habrías traído a mi reino si te cayera fatal.

—Te habría traído a Koldo, pero me lo has rechazado tres veces ya —le recuerdo con resentimiento.

—Ya sabes que me encantaría ayudar a tu amigo —suspira ella, hastiada con el tema—, pero no puedo contratarlo si todavía es un adicto. Me podría meter en un problema si apareciera colocado, e incluso si le echara sin referencias negativas, lo tendría muy complicado para volver a trabajar. La gente del mundillo de la hostelería habla, ¿sabes?

—Joder, Sug. Al menos entrevístalo. Es muy buen chaval.

—Seguro que sí, y te juro que lo entrevistaré cuando me digas que está rehabilitándose. Incluso si solo lleva tres días limpio —me promete con las manos en alto—. Pero tiene que haberlo dejado. Entiéndeme, Néstor. Tengo estas políticas porque de verdad creo en ellas..., pero al final llevo un negocio y no puedo contratar a gente que podría presentarse oliendo a maría.

Ahora me toca a mí suspirar, resignado a que lleve la razón siempre. Me comprometo a volver al tema que he esquivado hábilmente trayendo a mi cabeza su último comentario: odiosa pija, reino de Sugar...

—En referencia a lo de antes... Lo primero es que soy republicano, así que todo lo que sea joder un reino, incluso si es el tuyo, bienvenido sea. —Ella suelta una carcajada sincera. Es de buen reír, mi jefa—. Y lo segundo es que dices eso porque no la has visto en todo su esplendor.

Vale, ya no me cae fatal, pero aunque la pija se ponga a servir mesas, pija se queda, ¿no?

—El que no la ha visto en todo su esplendor eres tú. En un curro tan estresante como este, te enteras bien rapidito de cómo es uno en realidad.

—Claro, y Gloria es Teresa de Calcuta, ¿no?

Sugar pone los ojos en blanco.

—Oye, si le has dado una oportunidad, como según entiendo que has hecho, procura que se note un poco. Y no te mosquees cada vez que me refiero a ella como tu novia —me revuelve el pelo con la mano—, que se te ve el plumero, amigo.

Ahora me toca a mí bizquear y salir con el postre de la mesa doce, que se encuentra al otro lado del biombo que divide la sala en cuatro secciones. Voy concentrado en esquivar el trasiego de los camareros y en no odiar a mi jefa, pero incluso pendiente de lo mío atino a captar la conversación de dos voces que me suenan familiares. Miro a mi derecha sin mucho interés, y se me escapa una mueca al ver de quién se trata: el señor Valdecasas de León en persona. No viene solo. Está acompañado del sujeto al que no querría tener cerca ni en el patíbulo.

Han pasado años, pero reconocería su cara de cabrón en cualquier parte. Las cejas tupidas, arqueadas en un ángulo que le da una expresión maléfica; la barba arreglada por su fígaro de confianza, un madrileño de pura cepa que regenta una barbería cerca de la plaza de Santa Bárbara desde los años setenta; los ojos azules cristalinos que ahora sé que transparentan un alma podrida, pero que en su momento me dieron el miedo de un crío al oír un cuento de terror. Incluso lleva la americana de raya diplomática que se puso cada día que coincidí con él. En el fondo sé que es improbable que sea la misma, porque ha ganado bastante peso desde que nos estrechamos las manos, pero mi afán vengativo quiere pensar que se la ha puesto para venir a mi

trabajo como una manera de restregarme su victoria... o, dicho de otro modo, mi fracaso. Es una ridiculez, porque dudo que sepa dónde estoy o si sigo vivo, dudo que me recuerde por nombre y apellidos, y dudo, también, que le importe una mierda que haya soñado con matarlo.

Mi mirada permanece clavada en la mesa de marras, marcada con uno de los números que le toca atender a Gloria.

Gloria.

Es tan peligroso que ella atienda a esos cerdos como que lo haga yo mismo.

No me he dado cuenta de que me he quedado inmóvil hasta que cesa la conversación de los últimos clientes atendidos. Me fuerzo a dedicarles una sonrisa y a desearles una feliz velada antes, y acto seguido doy media vuelta para advertir a Gloria de la casualidad.

Por desgracia para todos, la susodicha se persona en su puesto antes de que pueda tomar cartas en el asunto.

—Buenas tardes —saluda ella con alegría. No levanta la mirada enseguida; está distraída tachando «mesa 9» para garabatear un número diez—. ¿Saben ya qué van a tomar?

La reacción del padre no tiene precio. Eleva el clasismo a una categoría que ni yo he sufrido. La cara se le descompone de tal manera que parece que acabe de ver a su hija abrazada a una barra de estríper con nada más que un tanga de hilo.

—¿Gloria?

La aludida se queda helada en el sitio. No logra decir nada; ni siquiera atina a comprobar que le acompaña el mayor hijo de perra de Madrid, Patricio Colmenar.

—¿Saben ya qué van a tomar? —repite Gloria en cuanto vuelve en sí misma. Y a qué precio. Parece que le caiga encima toda la angustia que ha logrado controlar para desempeñar su trabajo.

—Qué... sorpresa verte por aquí —menciona Patricio, el único que está en condiciones de participar en la conversación.

—Una curiosa coincidencia —atina a responder ella, sonriéndole con cortesía. Pero incluso desde mi posición puedo ver que le tiemblan los labios, casi como a mí me tiemblan las manos—. Vuelvo en un momento, cuando hayan echado un vistazo a la carta.

Gloria se da media vuelta y trata de huir de la escena, donde se respira una tensión que podría cortarse con un cuchillo. Su padre impide que dé un paso agarrándola del brazo. Suerte para él que las luces bajas del restaurante y la presencia de los biombos japoneses disimulan su arrebato. Yo, que no sé qué coño me pasa cuando se trata de ella, doy un paso en su dirección, preparado para saltarle a la yugular.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le espeta en voz baja. Lo leo en sus labios.

Gloria recupera su mano con un tirón endeble. Ha palidecido ostensiblemente.

—Ganarme la vida.

—¿Como camarera? —jadea el tipo. Tuerce el gesto, como si servir en El tercer deseo equivaliera a mover kilos de cocaína.

Me dan ganas de intervenir, así me cueste el maldito trabajo, pero entiendo que no es mi guerra. La mía se libró hace tanto tiempo que solo yo me acuerdo, y, además... siento curiosidad por cómo se va a desenvolver Gloria. Tiene la oportunidad perfecta para quitarse de encima al fantasma de su padre, que seguro que aún la persigue, y ponerlo en su lugar con cuatro palabras bien dichas. Debe de estar inspirada para ello, teniendo en cuenta lo que pasó ayer..., ¿no?

—Es un restaurante con estrella Michelin —se defiende, pero lo hace con vaguedad, sin creérselo ni ella.

—Eso no quita que ahora te dediques a barrer salas y limpiar mesas. Parece que te hayas propuesto convertirme en el hazmerreír de Madrid —masculla con las mejillas ruborizadas—. ¿Tienes idea del bochorno que sentiría toda tu familia al verte aquí? Debería darte vergüenza.

—Le pediré a otro camarero que os atienda —balbucea Gloria, ya con un pie adelantado hacia la cocina—. Así disfrutaréis más de... de la experiencia.

Dicho eso, da media vuelta sobre unos pies inestables para regresar al refugio de los fogones. Aprieta el paso con el rabo entre las piernas, y yo, como si no tuviera nada mejor que hacer, la sigo. Confieso que no renuncio al placer de ralentizar la marcha delante de la mesa para que Patricio Colmenar me vea bien. Lo hace, se fija en mí, pero no me presta tanta atención, y apuesto por que ni siquiera me reconoce. Eso solo me calienta más, y para cuando entro en la cocina, estoy tan furioso que, por el bien de todos, deberían encerrarme en el almacén.

—¿Puede encargarse otra persona de la mesa diez? —le suplica Gloria a la jefa—. Es que está allí mi padre, y... y no nos llevamos muy bien ahora mismo.

—Claro, mujer, no te preocupes —la aplaca con una palmada cariñosa. Sugar ha tenido que ser informada del asunto de la desheredación para siquiera considerar contratarla. Tras barrer con la mirada a los pocos camareros que dan vueltas por las instalaciones, da conmigo—. Néstor, ¿podrías atender a esa gente?

—¡No, Néstor no! —interviene Gloria con visible angustia—. Él tampoco se lleva bien con él.

Mi primera reacción es disgustarme porque me quite de en medio para no molestar a papaíto. Mantengo la boca cerrada, aun así, porque es cierto que, si los atiendo yo, podría pedir la hoja de reclamaciones antes de terminar los entrantes. O incluso llamar a la pasma.

Pero luego lo pienso bien y llego a una conclusión que me gusta aún menos. ¿Que no me llevo bien con su padre? No he cruzado una palabra con él en mi vida. ¿Por qué iba a ser un problema que le hiciera de sumiller por una tarde? ¿Teme que me recuerde de la fiesta de jubilación, que me asocie con la sombra que se llevó a su hija de la azotea, y que llegue a la no muy desacertada conclusión de que yo la he metido a trabajar aquí?

—Quique —oigo que llama Sugar—, hazme el favor de encargarte tú, anda, cariño.

El aludido hace un saludo militar y abandona la cocina, encantado con la encomienda. Y yo, aunque no tengo nada que hacer por el momento salvo una ronda rápida de «¿cómo va todo?», «¿van a querer algo más?», «¿un postrecito, un cafelito, un tirito en la nuca?», lo sigo con tal de mantener la paz entre nosotros.

Pero si Gloria piensa que se ha librado del problema poniendo la mesa en manos del camarero blanco y heteronormativo —que, de todos modos, era adicto al caballo hasta antes de ayer—, es que no sabe que estas movidas traen cola. Una cola del tamaño de la que se forma en Rossellimac cuando sale el nuevo iPad.

Lo descubre enseguida, claro está. Reencontrarse con su padre le ha causado tal impresión que la torpeza que al principio era adorable empeora de forma llamativa. Se le cae una bandeja entera al suelo —menos mal que solo llevaba las bebidas, o los cocineros le habrían increpado nada más volver—, sirve los platos donde no corresponde y le tiemblan tanto las manos que se demora cinco minutos anotando una comanda de tres postres.

En un momento dado, Gloria deja de salir de la cocina y tengo que encargarme yo de diez mesas más de las que me tocan por turno. Justo lo que necesitaba para coronar la tarde. Sé que tiene mucho encima, sé que lo de anoche volvería loco a cualquiera, sé que toparse con su padre es para ella el equivalente psicológico a que te estalle una bomba en el jardín si fuiste a Irak,

pero, joder, que yo también las estoy pasando canutas. Cada vez que cruzo por delante de Patricio, que sigue sin reconocirme, pero sabe que le sueno de algo, mi rabia hacia Gloria solo se agrava.

Y sé que no es justo. La vida tampoco. Por eso la familia Valdecasas de León y asociados se divierten de lo lindo en su almuerzo amistoso. Sí, es verdad que al padre se le ha quedado cara de asistir a un funeral, y lanza una mirada hostil a cada camarero que reaparece por si acaso da la suerte de que uno de ellos es su hija, la culpable de que se le haya amargado el día, el linaje de sangre pura y la aspiración de dominar el mundo. Pero ahí sigue, metiéndose entre pecho y espalda un menú degustación de más de ochocientos pavos que luego cagará en un váter que no ha fregado en su vida, porque para eso está la asistenta.

Lo que yo diga. La vida es injusta.

Cuando llega mi descanso de quince minutos y no encuentro a Gloria por ninguna parte, asumo que Sugar la ha mandado de vuelta a casa. Voy a refugiarnos, a mí y a mi mal humor, a la sala de empleados. No me sorprende encontrar la puerta cerrada, porque nada más abrirla me cruzo con una Gloria descompuesta. Solloza en silencio de espaldas a la entrada; lo sé porque le tiemblan los hombros. Se gira para confirmar que se trata de mí, y como si yo fuera el enemigo, se reclina hacia la otra punta de la estancia para esconderse.

A mí también me gustaría estar aquí metido, llorando hasta escurrirme, pero por unas o por otras, siempre soy al que le toca pringar. Por eso, en lugar de hacer la pregunta obvia, que es qué le pasa o si la puedo ayudar, exijo saber:

—¿Qué haces aquí? Tu descanso empieza a las cuatro y media.

—Necesitaba... un momento —gimotea.

Enarco una ceja.

—¿Y lo sabe Sugar?

—Sí... —Se limpia las lágrimas con rapidez—. Sí, sí... c-c-claro.

—¿Qué le has dicho? Porque no puedes andar pidiendo favores el día de prueba, Gloria.

—Sabe que no estoy en condiciones, que hoy... que hoy no cuenta, y, de todos modos... No sé si voy a seguir trabajando aquí, porque mi padre... Yo no encajo en este sitio.

Le cuesta seis palabritas acabar con mi autocontrol, mi paciencia y mi compasión. Me avergüenza decir que anoche habría hecho cualquier cosa por ella.

Hoy, ya no.

—Es verdad —confirmo en tono neutro, controlándome para no decir algo de lo que me pueda arrepentir—. Este sitio es muy poco para la marquesa. Pero, venga, dime por qué lo piensas —la animo, profundamente decepcionado.

No se ha apresurado a explicar que «no lo decía en ese sentido» o que «estoy malinterpretando sus palabras para hacerla quedar mal», las dos patéticas defensas ante la acusación de clasista que ha enarbolado los últimos años. Su reacción ha sido rogarme con la mirada que posponga la bronca, incluso si se la merece.

—¿Puedes posponer la bronca para otro día?

—No es una bronca. Es mera curiosidad. —Me apoyo en el borde de una taquilla abierta y en una de las cajas que descansan sobre el banco común mientras me acerco a ella—. No encajas en este sitio porque... —Meneo la mano, abarcando todas esas respuestas que no da— ¿la gente que trabaja aquí ha sido adicta, ha estado en la cárcel, es somalí, o nigeriana, o marroquí, o china...? ¿O es porque lo ha dicho papá, y la palabra de papá va a misa?

Gloria me encara con las mejillas empapadas. Tengo que reconocer que, de un tiempo a esta

parte, verla llorar se ha convertido en un suplicio. Pero eso no me va a detener.

—¿Es que no ves que lo estoy pasando mal?

—Todo el mundo las pasa canutas y, aun así, tiene que venir a currar. Nadie nos va a perdonar que tengamos un día de mierda, y mejor estaremos distrayéndonos con nuestras responsabilidades que hundiéndonos en la miseria, ¿no?

—¡Déjame en paz! —me espeta, y vuelve a darse la vuelta. Se retira a la ventana abierta de par en par, por donde entra una brisa helada.

No me lo pienso dos veces y la obligo a mirarme a la cara cogiéndola del hombro.

—Te he conseguido este trabajo porque creía que lo necesitabas. Que se te caiga una bandeja es normal, y que te quieras encerrar a llorar porque llevas un día de pena, o te duelen los pies, o tu vida es una mierda, también. Pero no me hace ninguna gracia que montes un numerito cuando vienes de mi parte, porque lo que hagas va a repercutir sobre mí. Recomponte y vuelve a lo tuyo, y si no estás preparada para que te hagan comentarios porque estés limpiando mesas con una carrera universitaria, lárgate y me ahorraré parte del bochorno.

—¿En serio crees que lloro porque me avergüenza trabajar?

—¿No has venido a esconderte aquí porque te da vergüenza que tu padre te vea? —contraataco. Ella tiene que apartar la mirada para defenderse de mi juicio. No se lo permito y la tomo de la barbilla para que me vea la cara—. Te he hecho una pregunta.

—Yo... yo... no debería estar aquí, ¿vale? No quiero que piensen que estoy apuntando por debajo de mis posibilidades, ni quiero que piensen que... que me he conformado en la vida, o que...

Incluso si he sabido por qué se ha refugiado aquí a la mínima de cambio desde el minuto uno, oírlo es una puta faena. Y que me aspen si voy a tolerar que me infravaloren incluso en mi jodido curro. Ya sabía que acabaría arrepintiéndome de darle a Gloria una oportunidad que Koldo habría aprovechado y agradecido el doble, pero esto... esto no me lo esperaba.

Como si me hubiera leído el pensamiento, espeta:

—Pero no todo va sobre ti, ¿sabes?

—Claro que va sobre mí. Va sobre todos los que estamos pringando aquí. ¿O no te parece lógico que me lo tome personal? Acabas de encasquetarme el turno porque no soportas que te vean con un uniforme, como si eso fuera una deshonra. ¿Te crees mejor que nosotros? —Doy un paso adelante, esperando que me lo diga a la cara. Si lo admite por fin, si lo dice con todas las letras, juro por todo lo que amo que superaré mi estúpida obsesión con su cuerpo y se acabarán las treguas. Para eso hago la pregunta del millón—: ¿Te crees mejor que yo?

Ella reacciona como si la hubiera insultado.

—¡Tú eres el que cree que se merece las estrellas, señor Me Tiraría Al Tío Cosa! ¡O, por lo menos, el que piensa que siempre puede apuntar más alto! ¡Manda narices lo de mirarme a la cara como si fuera yo la soberbia, cuando eres tú el que se las da de moralmente superior!

Decir que me quedo loco sería un eufemismo.

—¿Qué? ¿A qué viene lo del...?

—¿Tan raro te parece que haber visto a mi padre por primera vez en meses me haya puesto emocional? ¿Tan raro te parece que su desprecio me duela? Yo no pienso que trabajar aquí sea una indignidad, pero él sí, y no me gusta defraudarlo. A lo mejor algún día conseguiré que me dé igual su opinión, pero hoy no es ese día, ¿te enteras? —Sacude la cabeza, furiosa consigo misma por haber permitido que le toque la fibra sensible—. Ya sabía yo que la paz iba a ser temporal, y que no tardarías ni cinco minutos en volver a atacarme. Eres un cabrón. Un cabrón cruel, y un...

un... desalmado. Eso es lo que eres. ¡Y un acomplejado! —me acusa con el dedo—. ¡No todo el mundo conspira para señalar que eres menos que los demás! ¡Si ves un insulto en cada gesto que tiene lugar a tu alrededor, no es nuestra culpa! ¡La mía menos que la de nadie! ¿Y sabes por qué? ¡Porque yo nunca te he mirado con malos ojos! ¡Incluso cuando me tratabas con la punta del pie, pensaba que eras buena persona! Incluso cuando me odiabas, yo... —Se humedece los labios y me agarra del cuello de la camiseta para sacudirme. Pero o no tiene fuerzas, o no le quedan ganas, porque solo tira un poco y me empuja sin energía. Agacha la mirada, rendida—. Yo me decía: qué lástima que en esta vida no me vaya a pasar, pero en otra, a lo mejor, tengo suerte y me pasa algo como él. Me pasa *alguien* como él.

Eso último me pilla con la guardia baja, y no se me ocurre manera de defenderme. Porque sí, me lo tomo como un ataque; todo lo que me saque de mi zona de confort es un ataque.

Nunca encuentro las palabras cuando ella da en el clavo... y cuando me sale con que la pongo nerviosa, menos todavía. Pero está esperando una réplica. Se mantiene de pie a un solo paso de mí, a una inclinación de apoyar la frente contra la mía, como hizo anoche. Podríamos hacerlo de nuevo, porque ya se le ha pasado el enfado; solo resta la vulnerabilidad de haber hecho una confesión peligrosa.

Es esa vulnerabilidad la que guía mi mirada a sus labios entreabiertos.

Y, por primera vez desde ayer, permito que me inunde la dolorosa decepción de haber desaprovechado mi oportunidad. Me permito aceptar que podría ponerme a llorar como un niño porque perdí ese tren en el puto garaje, en el puto baño. Y, ante las novedades, que consisten en que esas no son las únicas eventualidades que pasé por alto, sino que podría llevar años besándola, me permito soltar un jadeo quebrado.

Juraría que se me rompe el corazón. Porque no es que esté enamorado, pero estoy en un infierno mucho más intenso que roza la manía y el trastorno, y si no, que me expliquen cómo cojones es posible que la haya deseado como un enfermo incluso despreciándola.

No más de lo que me desprecio yo, por otro lado. Sé que no volveré a encontrar el valor para enfrentarme a este furor obsesivo en el que me tiene sumido y que nunca me deja dormir.

Abandono la sala de descanso con la sangre concentrada en los pies, así como uno se queda cuando le dan un toque de atención que le cuelga la etiqueta de patético. Cualquiera diría que a estas alturas ya estaría curado de espanto y no podría dolerme ni un comentario, pero Gloria siempre se las arregla para ponerme en mi lugar.

A las seis menos cinco, el salón se ha quedado vacío y puedo volver a casa. Justo donde he aparcado la moto, localizo a Gloria. Es entonces cuando caigo en la cuenta de que la he traído yo, y, por tanto, soy responsable de llevarla a la calle Julio Cortázar.

¿Y si no se hubiera mudado nunca al quinto? ¿Dónde estaría yo ahora? Recibiendo un Nobel de Medicina por haber inventado la cura del cáncer, probablemente, pero no se puede progresar con una obsesión consumiéndote vivo desde el piso de al lado.

Gloria se ha puesto las mallas y la camiseta que traía, y está cruzada de brazos con los hombros tensos para bloquear el frío de octubre. Ralentizo el paso hasta el aparcamiento, esperando que no me vea antes de tiempo. Mala suerte. Oye el tintineo de mis llaves y levanta la barbilla en mi dirección.

—Siento haberte hablado así —dice en cuanto llego a su altura. La novedad de una disculpa detiene mis movimientos y centra toda mi atención en ella, en sus mejillas enrojecidas por el frío—. No esperaba encontrarme a mi padre aquí, ni que él reaccionara de esa manera, pero supongo que... que no es excusa, porque en parte... en parte tienes razón. No imaginaba que acabaría

sirviendo mesas, y por un momento he pensado... he pensado que soy patética por eso. Pero lucho contra esos pensamientos —se apresura a agregar—, porque sé que son estúpidos y prejuiciosos. Me encanta el ambiente del restaurante, y te agradezco... te agradezco que me hayas dado esta oportunidad.

Un escalofrío repentino la acalla. Se me escapa una sonrisa triste pensando que esos son los efectos que pedir perdón tiene en su cuerpo: estremecerse de puro asco. Ella lo interpreta como que acepto sus disculpas, porque me devuelve el gesto con timidez y sigue mirándome a la espera de que diga algo más. Siempre me mira a la espera de que diga algo más.

¿Qué quiere? ¿Qué pretende?

Suspirando sin remedio, me quito la chaqueta motera que llevaba puesta y se la pongo encima de los hombros. Gloria sobreentiende lo que tiene que hacer y desliza los brazos por las mangas muy despacio, sosteniéndome la mirada con una mezcla de duda y recelo.

—Supongo que sí, soy un acomplejado —admito en voz baja. Sigo sujetando las solapas de la chaqueta aun cuando ya la lleva puesta—. No es como si no me hubieras dado razones para ver un insulto en cada paso que das, por otro lado —cabecéo en mi defensa—, pero no voy a pasar el resto de mi vida aferrándome a tus desprecios para actuar como un cabrón cruel y un desalmado, ¿no?

—Hombre, estaría feo —murmura ella, y se humedece los labios cuarteados por el frío.

Mi mirada se pierde un instante en la punta de su lengua, que asoma entre la línea de la boca. No sé si es porque se pone tímida siempre que se disculpa, y me encanta su lado tímido, o porque lleva mi chaqueta y no soy inmune a su tierna desorientación, pero, por un instante, un instante muy jodido, pienso en besarla y acabar con toda esta tontería. Así me lo sacaría de dentro ya. Así, con un poco de suerte, dejaría de importarme una mierda lo que haga. Besarla sería como hacerme un exorcismo, estoy seguro. Besarla o ser sincero. Porque si lo fuera, le diría que venía predispuesto a pagar con ella que Patricio Colmenar exista. Le diría que, en el fondo, lo que me ha cabreado es que su padre aún tenga poder sobre ella. Le diría que yo también quiero tener poder sobre ella. Ella lo tiene sobre mí; ¿qué hay de malo en buscar un poco de justicia en el mundo?

Resignado a mantener la boca cerrada, le saco la melena de la chaqueta y se la ahueco con cuidado sobre los hombros. Solo se le queda un mechón dentro cuando le subo la cremallera hasta la barbilla. Al retirarlo con cuidado, mis dedos rozan sin querer su mejilla helada. Los dejo quedarse donde están, aguantándole la mirada con el estómago encogido.

—¿Estás mejor? —pregunto en voz baja, acariciándole el mentón con los nudillos—. ¿Ya te has tranquilizado?

Ella asiente con la cabeza, ruborizada. Desvía la vista al suelo, a los edificios de la acera de enfrente, a todo lo que no soy yo, y no la puedo culpar, porque hoy me he coronado. Le hago un gesto con la cabeza, murmurando un escueto «pues vámonos yendo», y espero ya a lomos de la moto a que se ponga el casco. Vigilo sus movimientos a través del espejo, aferrándome al manillar con unas ganas irracionales de darle una patada a algo, por inútil, por gilipollas y por contradictorio de mierda.

Por suerte, Gloria se sube antes de que me desahogue dando gas y estrellándome con algún vehículo.

No voy a dejar que mis pensamientos intrusivos ganen la lucha, pero están ahí. Son los mismos pensamientos autodestructivos y punitivos que me invaden cuando se me ocurre acordarme de que Gloria tiene cara de princesa y cuerpo de sirena, de que el cincuenta por ciento

de las veces actúo como un kamikaze porque no me aguento de lo mucho que me pone, de lo loco que me vuelve, de lo desesperante que es habérmela vetado desde el tercer día porque su personalidad choca contra mis principios, porque no me corresponde o correspondía, porque nuestro historial da miedo, porque, *porque*, PORQUE.

Podría seguir así hasta el fin del mundo, como la canción; *ella bailando, y yo llorando*^[5]; como ayer. Sí que se siente uno «un perfecto idiota que se vuelve tan pequeño, diminuto, casi nada» por ella.

Lo malo de ser humano es que da igual cuántas veces te repitas que la manzana está prohibida y que una ira divina se cernirá sobre ti si fantaseas con pegarle un mordisco; cuando Gloria se te siente detrás en la moto y presione tus muslos con sus piernas, cuando Gloria te rodee la cintura con los brazos y apoye la mejilla en tu hombro, sentirás lo mismo que antes de recordarte por qué no puedes, quieres o debes sentirlo. Sentirás que la quieres llevar a un mirador, o a la playa, o tu patético piso de estudiantes, decirle que no puedes más y arrancarle la ropa como si hubiera echado a arder.

Arranco el motor y en cuestión de segundos ya estamos en la carretera, conduciendo hacia la calle que ha sido testigo de nuestros vergonzosos rifirrafes.

Intento no incidir en ello y concentrarme en el trayecto.

Aparco en la acera porque esta noche tengo turno en el bar y bajamos sumidos en un silencio pensativo. Como es costumbre, en el mismo portal del número trece han garabateado la frase de Julio Cortázar del mes: la de octubre es «No puede ser posible que estemos aquí para no poder ser».

El sentido de la oportunidad de quienquiera que la haya escogido me saca una sonrisa amarga, pero no me detengo a refocilarme en mi desgracia primermundista y espero a que Gloria pase para entrar yo.

El que inventó ese gesto de caballerosidad de sujetar la puerta, ni era un caballero, ni era nada distinto de un puto pajas. Lo de «las damas primero» es una excusa para poder mirarle el culo sin que se dé cuenta, no me jodas.

O lo mismo soy yo el pionero que se aprovecha.

Lo dudo bastante.

Tampoco me considero un lumbreras, y este acto es de tener el cerebro muy gordo.

—¡Virtudes! —exclama Gloria de repente.

Comprendo por qué al alzar la mirada y encontrarme con que la escritora del edificio y abuela de Daniel está tendida en el suelo, luchando por incorporarse aferrada a la pared de los buzones.

Los dos corremos hacia ella como si estuviéramos coreografiados para cogerla cada uno de un brazo.

—¿Qué ha pasado, criatura? —pregunto yo, buscando su mirada. Está muy pálida, y no puede hablar por culpa de un violento ataque de tos—. ¿Te has tropezado?

—Sí, hijo —articula en cuanto se recupera. Agradece nuestra intervención con una mirada sonriente pero vidriosa—. Últimamente estoy muy patosa.

—¿Cuánto llevas aquí tirada, mujer? —se preocupa Gloria.

—Nada, nada —airea una mano—. Unos minutillos.

—¿Unos minutillos? —repito, pasmado—. Si llevas el móvil encima. ¿Por qué no has llamado a tu nieto o a Edu? No creo que estén trabajando un domingo.

—No quería preocupar a nadie... —Otro arranque de tos la interrumpe. Se lleva una mano a

la boca y se encoge sobre sí misma, como si no quisiera que nos percatáramos de la gravedad del resfriado, pero de su pecho emerge la clase de sonido bronco que preocupa viniendo de una señora de setenta años—. ¿No tendréis... un pañuelo, por casualidad?

Invito a Gloria a sacar un paquete de Clínex del bolsillo de la chaqueta.

Es evidente que Virtudes pensaba que iba a poder disimularlo. Una gran ingenuidad. Al coger uno de los pañuelos, revela que tiene la palma de la mano manchada de sangre.

Gloria y yo intercambiamos una mirada inquieta.

—No parece que eso sea como para no preocuparse —señala ella con un hilo de voz.

—No te alteres, niña, que no es más que una gripe tonta.

—Habría que llevarte al hospital —apunto yo—. ¿Quieres que avise a alguien con coche? ¿Pido un taxi?

Virtudes suspira en voz alta. Es uno de esos suspiros que le salen a uno de dentro cuando comprende que no se va a poder salir con la suya, porque está acorralado.

Me mira a los ojos con gesto resignado, y responde:

—No hace falta, Néstor. Si es de allí de donde vengo.

Capítulo 13

NO HAY NADA QUE PERDONAR

Gloria

Después de lo ocurrido mi primer día en El tercer deseo, lo único que podría haber unido las fuerzas de Néstor y las mías para acudir juntos al hospital —y por voluntad propia— es que le hubieran diagnosticado un cáncer de pulmón a Virtudes Navas.

El día que la encontramos tirada en el portal, no tardó en confesarnos que había empezado la quimioterapia. Nos pidió que no se lo dijéramos a nadie, pero no nos hizo falta guardarle el secreto ni veinte minutos: Susana apareció por sorpresa para ir a tirar la basura, se preocupó al verla con mala cara... y el resto fue historia.

—¿Cómo has podido pensar, aunque fuera por un segundo, que no nos daríamos cuenta de que estás enferma? —jadeó la vecina, todavía en shock como para reaccionar en condiciones a una noticia de ese calibre.

—Daniel sabe que estoy mala. Solo desconoce de qué —replicó Virtudes en su defensa—. No es que se haya conformado con creer que me he resfriado y que la vejez no ayuda, pero al menos ha dejado de preguntar las últimas veinticuatro horas.

—Nadie se iba a creer que te has resfriado —dijo Néstor, al que no le había sentado nada bien el diagnóstico.

Quizá es porque yo soy bastante más optimista en según qué casos, o a lo mejor se debe a que he visto a varios amigos de mis padres recuperarse de la enfermedad tras los correspondientes ciclos de tratamiento, pero no considero que sea el fin del mundo.

Adoro a Virtudes como cualquier vecino que se precie. Además de presentarse como la abuela adoptiva de todos los que no hemos tenido suerte con nuestra familia, es una escritora de novela romántica cuyo trabajo sigo con placer culpable y una señora moderna que nunca, sin importar el problema que tengas, te habla con condescendencia. Y estaría en su derecho de desestimar llantos ajenos, porque a sus setenta años ha visto morir a su única hija y a un marido cruel.

Es una persona admirable.

Por eso no me extrañó que la mayoría de los vecinos se rasgaran las vestiduras. Las reacciones fueron bastante dispares, pero todas consecuentes con el carácter de cada uno; ahí donde Eli, Óscar y Susana procuraron mostrarse positivos y asegurarle que todo saldría bien, Edu y Tamara estallaron en llanto. Alison tuvo que poner orden con su habitual parquedad. En cuanto Virtudes fue a acostarse tras la reunión de urgencia para dar la noticia, la psicóloga nos recordó a todos que la que va a pasar por complicados ciclos de quimioterapia es ella, que la que sufre los síntomas y ha de sobrellevar la pena despertada en sus seres queridos es ella, y la que deberá enfrentarse a la muerte si no se repone es ella, y que ninguno tiene derecho a apropiarse de ese padecimiento para alzarse como el protagonista.

Nadie se atrevió a decir ni pío después, y al día siguiente, cuando nos reunimos para decidir quiénes la acompañarían primero al hospital, la actitud de los dramáticos había cambiado de

forma radical.

—¿Quién tiene libres los lunes por la mañana para ir con mi abuela? —preguntó Daniel.

Al ser Virtudes su única familia viva, no extrañaba que tardara en encajar la gravedad de las noticias. Estaba en shock absoluto, pálido como un muerto y con ojeras de haber pasado la noche entera tratando de comprender por qué, a qué venía eso, cómo no había podido verlo.

—¡Yo misma! —se ofreció Susana.

—Esa los tiene libres todos porque es una desempleada que solo va a la tele de vez en cuando a sacar tajada, como Chabelita —se mofó Edu.

—Ya te gustaría a ti ir a la tele —contraatacó la aludida—. No dejarías hablar a Belén Esteban.

—Chica, actualízate, que ya han quitado *Sálvame* de Telecinco.

—Los martes voy yo —anunció Daniel con cansancio—, e iré cada día siempre que pueda escaparme y me dejen pasar.

—Órale, ponte la de puebla^[6], que solo se permite un acompañante y no la vas a acaparar tú solo porque tengas derechos sanguíneos —rezongó Tamara con los brazos en jarras—. Te crees muy acá, ¿no? ¡Que los demás también somos sus nietos!

Eso, lejos de ofender a Daniel, le hizo sonreír con alivio.

Aparte de destrozado, estaba conmovido por la reacción general, que fue convocar una reunión vecinal para establecer los turnos de vigilancia dentro del domicilio, donde Virtudes, en vista de su reticencia a molestar a nadie con una llamada rápida, tenía prohibido quedarse a solas.

—Yo el miércoles veo a la dietista para que me haga el seguimiento —señaló Tamara—, pero ni modo, me la salto y le doy un aventón^[7] a Virtu.

—Tú siempre encuentras excusas para no hacer la dieta —se quejó Edu con resentimiento.

Tamara se giró hacia él muy ofendida.

—¿Me estás llamando gorda?

—¡La que quiso ir a una dietista eres tú!

—Yo puedo ir el miércoles, no os preocupéis —intervino Eli con un suspiro hastiado.

—¿Y el jueves? Yo lo tengo imposible. Es cuando aparezco en el programa de cultura pop —se lamentó Susana—. ¿Me lo cambia alguien por el viernes?

—Yo misma —decidió Alison—, que el viernes tengo pilates terapéutico.

—¿Es terapéutico porque eres terapeuta, o se llama así de verdad? —preguntó Tamara con curiosidad.

—Hija, ¿cómo se va a llamar terapéutico porque es terapeuta? —Edu puso los ojos en blanco—. Entonces, ¿qué es la casa en la que vive? ¿Un psiquiátrico? O, ya puestos, cuando se lía con Álvaro, ¿le está echando un polvo rehabilitador?

—¿Podría no debatirse mi vida sexual? —rogó la psicóloga.

—Imposible —zanjó Tamara—. Nos la pusiste en bandeja con lo de pedirle que te preñara.

—Yo no le pedí nada.

—Es verdad, le tuve que rogar —apostilló Álvaro—. Por cierto, yo puedo ser la pareja de Alison para ir el viernes.

—Tú quieres ser su pareja todo el rato —bufó Edu—. A ver si la vas a cansar de tanto estar encima.

—No, hombre —se mofó Álvaro—. De vez en cuando cambiamos y soy yo el que se pone debajo.

Alison lanzó una mirada de auxilio al cielo, pero no dijo nada.

—Ni hablar de eso. Yo voy con mi hermana —intervino Julian, el hermano de la psicóloga y antiguo ermitaño del séptimo piso.

—¿No prefieres ir con Matilda? —preguntó Alison.

Julian se encogió de hombros.

—Matilda quiere ir sola.

—O sea, que Alison es tu segundo plato —replicó Edu con mala baba.

—Tú querías ir con Tamara y has acabado formando pareja con Sonsoles —apostilló Óscar.

—¡Porque si Tamara y yo no nos dividimos, solo se echaría una risa semanal! ¡Tenemos que separarnos para que por lo menos se divierta dos veces!

—Que seas un verdulero no te hace tan gracioso como a mí —le espetó Tamara.

—Pues claro que no. Lo que me hace gracioso es ser maricón. ¿Puedes decir lo mismo?

—Parte del colectivo LGBT sí soy, güey, ¿no ves que no pillo cacho desde hace semanas? Soy asexual —anunció con orgullo—. Iré a ver a Virtu todos los días excepto el domingo, que aprovecharé para ir a misa. Así alguien me toca, aunque sea para darme la paz.

—Hija... —Eli puso los ojos en blanco.

—Bueno, pero ¿quién va mañana? Alguien que no tenga que cancelar sus planes, o mi abuela se mosqueará —se lamentó Daniel—. Solo ha permitido que vayan acompañantes con la imposición de que estén libres.

—Yo estoy libre —dijimos Néstor y yo a la vez.

Y maldita la hora.

—Sí, claro, van a ir estos dos juntos. Para que acaben mandando a Virtudes a la tumba antes de tiempo —masculló Edu.

—Qué poco gusto —le recriminó Eli.

—Si no hago humor con esto, me derrumbo. Y aquí la del pilates terapéutico no quiere que nadie se derrumbe, ¿no? —apostilló, mirando de reojo a Alison—. Pues eso.

—A mí me parece bien que vengan los dos —anunció Virtudes en persona. Se había incorporado al grupo sin que nadie se diera cuenta.

—¡Chale, Virtu! ¡Se supone que no podías estar aquí! —rezongó Tamara, pero se abalanzó sobre ella en cuanto la vio y la abrazó como si el viento se las fuera a llevar—. ¡Estábamos tramando a tus espaldas!

—Lo que más me gusta en el mundo —se burló la aludida.

—Tú no te quejes tanto, que te lo mereces después de haber tramado también, y literalmente, sobre las vidas de todos los presentes... pedazo de cerda —añadió Edu, que aunque sonó igual de dramático que siempre, le dirigió una sonrisa cargada de afecto sincero—. La última vez que miré, había un libro sobre mi ex y sobre mí en el mercado.

—Y bien que se vendió —se enorgulleció ella.

—¡A costa de gafarme el romance! ¡Menos inflar el pecho, lista!

—¿Estás segura de que quieres que Néstor y Gloria vayan contigo? —preguntó Daniel en voz baja, que se había acercado a su abuela para que se apoyara en su brazo.

—Y tanto —confirmó la aludida, mirándonos de forma alternativa con su expresión de abuela encantadora—. Seguro que nos divertiremos de lo lindo durante el ratito.

Dijo «ratito» porque, por lo que Edu nos ha informado repartiendo detallados folletos sobre el cáncer de pulmón «para que estemos al día», las sesiones de quimioterapia durarán alrededor de

media hora. Otra cosa es el tiempo que Virtudes necesitará para descansar después de que se la administren por si le entra un mareo chungo. Ha prometido que no se extenderá ni quince minutos.

Cuando la encontré al borde del desmayo en el portal, me llevé un susto tremendo. Por eso hice los deberes antes de que Edu nos los pusiera leyendo sobre los tratamientos de cáncer de pulmón en internet. Hallé una tranquilidad inexplicable en las páginas web médicas, quizá porque no se extienden detallando complicaciones o señalando estadísticas de recuperación y te desglosan el proceso tal y como es; no permiten que el componente humano enturbie el acto de divulgar.

Por lo visto, los ciclos de quimio duran alrededor de cuatro o cinco semanas, y Virtudes apenas está superando la primera; de ahí que no haya notado mejoría alguna aún. Tiene que acudir al hospital de lunes a viernes, y pasar no menos de cuarenta y cinco minutos.

Tengo presente todo esto en el viaje en taxi que, un día después de ofrecernos, Néstor, Virtudes y yo realizamos hasta el hospital. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy sumida en un silencio llamativo hasta que pego la oreja a la conversación que están manteniendo.

—Voy a echar de menos tu pelo de colores —señala él, enroscando un dedo en uno de los rizos que a Virtudes le gusta hacerse en la peluquería de Edu—. El mes que viene te tocaba el amarillo, ¿no?

—Siempre me puedo comprar una peluca —responde ella con brío, en absoluto entristecida porque él haya señalado uno de los efectos adversos del tratamiento. Yo no me lo habría tomado tan bien, lo reconozco. Quizá porque sigo un poco a la defensiva después del episodio en el restaurante—. Se acerca mi cumpleaños. Me la podríais regalar haciendo un mocho entre todos.

—Si es lo que quieres, está hecho —le promete Néstor con un guiño.

Vuelvo a sentir esos celos irracionales porque reserve sus encantos para el resto. Estuve tan cerca de ganármelos esa mañana que desayunamos juntos... Pero, en el fondo, una retorcida parte de mí se alegra de que diéramos un paso atrás. No habría soportado que hubiera empezado a llevarme entre algodones solo por pena. Hubo un momento muy incómodo en el que me miró con tanta calidez que me aterrorizó pensar en que también para él hubiese dejado de ser Gloria para convertirme, a secas, en la victimaria de Borja.

—¿Cómo estás? —pregunta Néstor seguidamente—. ¿Vas cómoda?

No es a mí, claro. Se dirige a la persona que va a recibir un tratamiento agresivo para sobrevivir a una de las enfermedades mortales que, por estadística, más vidas se cobran al año.

Enseguida me siento una estúpida egocéntrica por haberme distraído pensando en mí, y trato de enmendarme cogiéndola de la mano. El tacto suave y a la vez rugoso de su piel me recuerda que estoy ante una señora con una edad muy avanzada; una persona frágil. Quizá demasiado para recibir quimioterapia.

Me cuesta tragar saliva.

Ella se deja mimar por mis apretones afectuosos con una sonrisa beatífica.

—Perfectamente, querido. Haz el favor de no tratarme como a una vieja chocha, que bastante tengo con que mi nieto ande poniendo cojines debajo de mis pies cada vez que doy un paso. Todavía me siento fuerte para ganarte un pulso.

—¿Sí? —Néstor enarca una ceja—. Pues luego nos echamos uno, abuela. Hasta que no lo vea, no me lo creeré.

No me atrevo a intervenir en la charla. Él se lleva mejor con los vecinos de lo que yo jamás lo haré. Me empeciné en ser una loba solitaria cuando me mudé, y no me esforcé por gustarle a la

gente del edificio. No se puede decir que ahora esté pagando las consecuencias, porque está implícito en la preocupación de la mayoría que ellos, ya fuera porque el espíritu de grupo es contagioso o porque llevan la generosidad en la sangre, sí han estado pendientes de mí. Pero en momentos como este, en los que el trece de la calle Cortázar hace piña para protegerse de una pesadilla común, me encantaría formar parte de ellos como lo hace Néstor.

No sabía que tenía un vínculo con Virtudes. Dudo también que él lo haya fomentado adrede o se haya enterado siquiera de que la escritora le importa muchísimo hasta hoy. Por la forma en que se miran y se relacionan, salta a la vista que se detienen a charlar siempre que coinciden en el rellano o en el portal. A lo mejor ella lo ha invitado a tomar un té con pastas a su casa.

Solo espero que las pastas no fueran caseras, o me acabaré deprimiendo.

Para cuando llegamos al hospital y estamos aposentados en nuestros puestos —cada uno a un lado de Virtudes—, me propongo solucionar mi escaso contacto con Virtudes. Y me cuesta en un principio, porque no me gustan los centros de salud y soy bastante aprensiva. Ver cómo utilizan el catéter venoso que llevaba oculto bajo la ropa para administrar directamente el veneno me deja muy mal cuerpo.

Ella aprovecha mi silencio desvalido para abordarme con suavidad.

—¿Has recibido noticias de tu padre, cielo?

Se me forma en la garganta el estúpido nudo de siempre, esta vez matizado por el profundo agradecimiento que siento hacia tan sencilla pregunta. Nadie quiere preguntar por él. Es un tema tabú. Los vecinos que no piensan que mi padre es un hijo de puta sin redención posible, actúan como si no existiera, como si, en vez de desahuciarme, hubiese muerto. Otros, como Luz, supongo que esperan una iniciativa por mi parte para tener la seguridad de que no se está inmiscuyendo más de la cuenta en un asunto sensible. Virtudes es la única que ha sabido desde el primer día que sigue tratándose de mi padre, y que a veces necesito desahogarme.

Solo que no hoy. Desde que Borja me llevó al límite y repetí una y otra vez que yo no era nada sin él, desde que me encontré con mi padre en el restaurante, pensar en mi familia se ha vuelto particularmente difícil. Y, por curioso que parezca, no tanto por lo que me dijo mirándome a la cara como por lo que yo pronuncié en el baño del garaje.

No hay que subestimar el poder de las palabras. Una vez haces determinada confesión en voz alta, no hay vuelta atrás. Aquella afirmación en concreto se materializó en una soga al cuello y ha estado asfixiándome desde entonces. «No soy nada sin mi padre. Nada». Es un fantasma que me persigue a pesar de estar trabajando, a pesar de gozar del apoyo del entorno.

No soy nada sin mi padre.

—Prefiero no hablar de ello, si no te importa —respondo con una sonrisa frágil, esperando que me perdone. Ella lo entiende a la perfección y asiente con gesto afable.

—Bueno... —retoma tras un carraspeo teatral—. Sabemos qué pasa con Néstor, sabemos qué pasa contigo... pero ¿qué pasa con vosotros como entidad plural, si puede saberse?

—¿Con nosotros? —repite Néstor, intercambiando una mirada rápida conmigo que lo dice todo: «No me jodas que quiere hacernos una intervención». Me gusta cuando me hace cómplice de sus pensamientos, lo admito—. Nada, ¿qué va a pasar?

—Venga, muchacho, que no nací ayer. No estaría en estas si hubiera nacido ayer, de hecho. A mí el cuerpo se me ha rebelado porque ya está bien de pasárselo tan bien —se burla de sí misma—. En fin, que sé que vais a terapia con Alison para tratar vuestra mutua animadversión. Pago una parte de esa cuota, de hecho, así que merezco que me tengáis al día de los progresos.

—Mañana tenemos cita —medito en voz alta.

—Pero me parece que va a ser nuestra última sesión, porque ya hemos solucionado nuestras diferencias —anuncia Néstor, cruzando una pierna sobre la otra con aire sobrado. Le echa un brazo por encima al asiento de Virtudes, y se inclina lo justo para mirarme—. ¿A que sí, Gloria?

No sé si se ha propuesto mentirle a la pobre mujer para que se quedara en paz si sucediera lo peor, o porque está convenciéndose a sí mismo.

Bajo mi punto de vista, quedan muchos problemas por abordar, y lo demuestra que arremetiera contra mí a la mínima de cambio. Sí, vale, me cede su cama cuando mi exnovio me amedrenta en un baño, pero eso no significa que me soporte. Significa que tiene corazón.

—Mejor que antes sí estamos —contesto con prudencia.

—De eso me he dado cuenta —cabecea Virtudes—. Y me alegro. La vida es muy corta para desperdiciarla poniéndole obstáculos al vecino. Bastantes tenemos con los nuestros, ¿no os parece? Además; con lo fácil que es alegrarle el día alguien, parece un delito intentar justamente lo contrario.

—No me digas que vas a utilizar tu situación actual para darnos lecciones —se queja Néstor con una sonrisa circunstancial—. Que si «no estaría en estas si hubiera nacido ayer», que si «la vida es muy corta»...

Ella se ríe de buen humor.

—Oh, eso ni siquiera es lo mejor que tengo en mi repertorio.

—Faltaría más —me río yo—. Para algo eres escritora. Dame algo más conmovedor.

—O no nos des nada, mejor, y echémonos unas cartas —propone Néstor, incorporándose de forma abrupta con palpable impaciencia para sacar una baraja del bolsillo del vaquero—. Porque no irás a decirme que nos has traído hasta aquí engañados para echarnos la bronca..., ¿verdad?

—¿Echaros la bronca? En absoluto, pero esperaba que me contarais la historia de vuestros odios durante esta media hora. Así podréis sacar algo en claro y no habréis hecho el viaje en vano —anuncia en todo su esplendor magnánimo.

—Ya debatimos eso en terapia —replico yo. Vigilo de reojo la reacción de Néstor a la agenda oculta de Virtudes, que es apretar los labios.

—¿Ah, sí? ¿Y habéis conseguido ser amigos?

—Gloria y yo nunca seremos amigos —sentencia Néstor en tono lóbrego, y no con retintín o con desprecio, sino como si hubiese dicho que la Tierra es redonda.

No consigo entender cómo lo aclara con semejante naturalidad; cómo puede quedarse en paz. Quizá porque no siente lo mismo que yo, lo que me costó un mundo admitir, y todo para que lo ignorara sin miramientos. Yo sí le considero una persona que podría aportar a mi vida. A mí no me importaría luchar por esa amistad.

—¿Por qué no? —pregunta Virtudes, extrañada—. Es una chica de tu edad, se lleva bien con tus compañeros de piso... Apuesto a que podríais aprender el uno del otro. A veces uno encaja mejor con un carácter opuesto que con uno similar.

Néstor frunce el ceño. Suena atemorizado al decir:

—No nos habrás aceptado como compañía para plasmar nuestra historia en una de esas novelas tuyas, ¿verdad?

—Bueno... —Virtudes se encoge de hombros con aire risueño y cierta picardía; la clase de picardía de la que se sirve una anciana en situación de vulnerabilidad aprovechando que nadie le recriminará nada—. Aún tengo tiempo para escribir un último libro.

—Te queda más de un libro, Virtudes —replico yo, apretándole la mano—. Ya verás que sí.

—Por si acaso no tuviera suerte, y creedme que pienso que la tendré, no me importaría cerrar

mi obra literaria con un *enemies to lovers*. Se llevan bastante, ¿sabéis? Son como las novelas ambientadas en la época victoriana. Nunca se dejan de leer.

—Me gustaría ver cómo te las arreglarías para que Gloria y yo pasáramos de ser enemigos a ser algo remotamente parecido a un par de aliados —reconoce Néstor con tranquilidad—. Incluso si esa Gloria y ese Néstor son personajes ficticios.

Su respuesta no me habría dolido hace una semana, pero ahora que sé lo bueno que puede ser conmigo, ahora que sé lo que me pierdo, me siento como si me hubieran dejado pasar el fin de semana en el Edén para luego devolverme a mi horario de oficina.

—¿No eres el primero que ha dicho que ya nos llevamos mejor? —le espeto, inclinada hacia delante para asomarme al otro lado de Virtudes—. Podrías esforzarte un poco por demostrarlo, que no has dejado de repetir que no serías mi amigo ni aunque estuviéramos a solas en una isla desierta.

—Si estuviéramos a solas en una isla desierta, tendría que comerte para sobrevivir. Es mejor que no hubiéramos sido amigos, ¿no crees? —contraataca con fingida inocencia.

—Edu me contó que el primer día que os visteis saltaron las chispas —dice Virtudes de pronto. Se lo agradezco porque íbamos a enzarzarnos en una discusión... y no se lo agradezco porque ¿a qué precio nos ha interrumpido?—. ¿Cómo se pasa de las chispas a... daros la corriente? Porque no fue odio a primera vista, está claro...

—Pero sí a primera escucha —reconoce Néstor.

Empiezo a ver con buenos ojos la iniciativa de Virtudes. Creo que se propone llegar al fondo de la cuestión, algo para lo que ni Alison ha tenido tiempo todavía estando como estaba, tratando de frustrar asesinatos premeditados.

He de admitir que yo también me habría tomado la molestia de descubrir el origen del problema si no hubiese estado ocupada defendiéndome de ultrajes.

—¿Ah, sí? ¿Primera escucha? ¿Qué fue lo que te molestó? ¿Que pusiera a Pablo Alborán mientras desembalaba las cajas? ¿Que canturreara a Taylor Swift en el ascensor? ¿Que tocara la viola en mis ratos libres?

Él me sonríe de un modo casi amistoso.

—No suelo odiar a la gente porque tenga un gusto musical lamentable.

—¡Habló el que solo escucha a traperos granadinos!

—También me gustan los de Canarias.

—¿Entonces? —interrumpe Virtudes antes de que vuelvan a llover acusaciones. Se gira hacia Néstor—. ¿Qué es lo que tanto te molestó de Gloria?

El aludido me sostiene la mirada un segundo, como si no terminara de decidir si sincerarse le traerá algo bueno o, por el contrario, acabará enterrando nuestra tumba. Presencio su vacilación con el corazón en un puño. Tiene que tener una buena razón; sé que la tiene porque un chico que se pelea con su jefa para que lo contrates aun siendo adicto a la maría, un chico que te deja su chaqueta aunque él vaya a morir de frío en la moto, y esto después de que lo llares acompañado, no es un chico que vaya por ahí amedrentando al primero con el que se cruza.

Pero es justo que tenga una buena razón lo que me da miedo. Tal vez por eso no he querido preguntar. Por eso y porque, en el fondo, él me ha dicho por qué todos los días desde que nos conocimos: por mi clasismo y mi intolerancia.

—Oí una conversación sobre mí —resume con ambigüedad, desviando la vista a los pies. Lleva unas zapatillas de deporte, de esas que los chavales surfers o con un estilo urbano se ponen para arreglarse. La plataforma del calzado le monta en el metro noventa—. Ya sabes que

en el edificio se escucha todo. No hay intimidad.

—¿Qué escuchaste? —pregunta Virtudes.

—Una racistada del copón —responde sin mirarnos.

El pulso se me acelera.

—Eso es imposible —me defiendo, a punto de incorporarme por la indignación. Luego me acuerdo de todas las veces que Borja ha hecho algún comentario desagradable sobre él, o sobre Tamara, o sobre Anita, la chica venezolana del exnovio cabrón; o sobre Akira cuando aún vivía con Edu, y me achanto durante unos segundos; los que tardo en recordarme que yo jamás permití que utilizara determinado vocabulario para referirse a ellos. No en mi presencia—. Imposible.

No debería haberle acusado de mentiroso. Si no lo hubiese hecho, no le habría tirado de la lengua.

—Me acuerdo como si fuera ayer, así que no me jodas. Estabas hablando por teléfono con una amiga tuya, una tal Amaia. Es verdad que no oí toda la charleta porque estaba preparándome para ir a currar, pero me enteré de la primera y de la segunda parte: empezaste contándole cómo era el edificio al que te habías mudado, cómo eran los vecinos, yo incluido, y luego...

Noto que el rubor me estalla en las mejillas.

Me acuerdo perfectamente de esa conversación. Fue la primera vez que le hablé de Néstor a Amaia. La primera y última que se me ocurrió mencionarlo en buenos términos. De hecho, me desahugué tan a lo grande que mi amiga estuvo preguntándome por «el tío bueno» del edificio hasta mucho tiempo después de que le advirtiera que ya no era un tío bueno, sino un tío muy perverso.

No escatimé en detalles al describírselo.

—Si de verdad escuchaste esa conversación —replico, abochornada—, tendrías que haber empezado a guiñarme el ojo por las escaleras, no a ponerme la zancadilla.

—¿Guiñarte el ojo? ¿Porque me llamas, y cito textualmente, «puto moro de mierda»?

Siempre me ha helado la sangre ese... sintagma nominal. Se lo he oído a Borja, se lo he oído a amigos suyos, se lo he oído a desconocidos por la calle, pero estoy segura, y pondría la mano en el fuego, de que esas palabras no han salido de mis labios jamás. Y, aun así, Néstor me mira a los ojos como si quisiera atravesarme de parte a parte, retándome a negarle una experiencia por la que él también podría la mano en el fuego. Pero con este fuego no podemos quemarnos los dos. Alguien miente. Alguien debe hacerlo. Y sé que no soy yo.

Y sé que él no se lo ha inventado, aun así.

Estoy abriendo la boca para defenderme cuando uno de los fragmentos de la conversación con Amaia me viene a la cabeza. Aún me acuerdo, y con claridad cristalina, porque ese día descubrí que se oía todo en el edificio. A raíz de un comentario juguetón de Tamara en el que me daba la enhorabuena por haberme obsesionado con Néstor, «uno de los mejores solteritos de la calle», aprendí a cerrar las ventanas y encerrarme en la única habitación con luz exterior para llamar por teléfono.

Pero no habría caído en esa parte de la charla si él no la hubiese sacado a colación.

El asombro y el alivio son tales que jadeo una especie de carcajada. Y, a continuación, empiezo a reírme. Al principio, con genuina diversión. Pero conforme voy interiorizando lo que el malentendido me ha traído, años y años de confusión, extrañeza, dolor, la risa se va desfigurando hasta convertirse en una serie de gimoteos histéricos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —gruñe él.

—No era... —articulo, intentando explicarme—. No era... no era... No me refería a... Yo

todavía... Oh, Dios mío. —Me seco una lágrima, que no sé si es de la risa o de la desesperación—. Me refería a Tomás Moro.

El enfado de Néstor se transforma en pasmo. Es Virtudes la que pone voz a sus dudas:

—¿Cómo?

—Tomás Moro —repito, esta vez mirando a Néstor—. ¿No te acuerdas de que se me cayó una caja entera en el portal, y tú me ayudaste a recoger los libros? ¿No te suena que uno de ellos era de Tomás Moro? Todavía estaba en la universidad y tenía la asignatura de Filosofía del Derecho. Me habían mandado que me leyera *Utopía*, su obra más famosa, y luego hiciera un trabajo sobre ello. *Utopía* de Tomás Moro —insisto, ahora más despacio—. Mis conversaciones con Amaia son muy caóticas porque ella tiene TDAH y va saltando de tema en tema sin prestar mucha atención. Estábamos hablando de ti, sí..., pero también le hablaba de la facultad, y de mis padres, y del conservatorio. Me acuerdo de que no pude soportar el libro de las narices y acabé haciendo la presentación gracias a los resúmenes de internet, pero en ese momento estaba intentando leerlo, y lo odiaba. Lo odiaba con toda mi alma. Puto Moro de mierda. Con la eme mayúscula —recalco—. Tú no tenías absolutamente nada que ver.

Néstor se pasa una mano por la cara, como si de pronto le hubiera entrado sueño.

—Te lo acabas de inventar —determina. No suena molesto o extrañado, solo cansado.

—¡Es la verdad!

Él pone los ojos en blanco.

—Venga, hombre, si no tiene ni pies ni cabeza.

—Cuando quieras, te enseño el libro. O que te lo diga la propia Amaia. Ya no me llevo con ella, pero... ¿Por qué te iba a mentir, Néstor? Nunca me ha interesado limpiar mi imagen ante ti.

—Pero quizá sí delante de Virtudes.

—¿No crees que si fuera por ahí diciendo... racistadas del copón, como tú las has llamado, se me caerían los anillos por admitirlo?

—No todo el mundo es tan valiente para repetir a la cara lo que ha dicho en la intimidad —insiste sin necesidad de alzar la voz, sin apenas pestañear, sin mudar de expresión.

—¡Por Dios! ¡Ya vale! —grito—. Llevo peleándome contigo años, Néstor. ¡Años! ¡Nos hemos dicho de todo menos bonitos, y nunca, ni una sola vez, he sacado a colación que seas marroquí! ¿Eso no te da una pista?

Tiene que callarse, porque no existe forma humana de deslegitimar mi defensa. Y él lo sabe. Sabe que nunca he tirado de ese asqueroso cliché para infravalorarlo, igual que yo sé que ni siquiera lo he pensado.

¿Por qué? Pues lo desconozco, si soy sincera, porque antes de hacer introspección y entrar en contacto con las partes que menos me gustan de mí misma, me cambiaba de acera si veía que iba a cruzarme con un inmigrante. A lo mejor con él ni se me ocurrió porque me pareció guapo, porque se da un aire a Zayn Malik y siempre he sido *directioner*, o porque ese año maduré... Qué sé yo.

Ese es otro tema.

—Bueno —interviene Virtudes, palmeándonos los muslos a ambos—. Pues ya hemos llegado al fondo de la cuestión. Podéis comentárselo mañana a Alison, que seguro que sabe qué hacer con esta... información.

Pero después de «esta información», a ninguno de los dos nos apetece abrir la boca, y lo último en lo que pensamos es en salir corriendo a buscar a la psicóloga; esa psicóloga que,

cuando vimos hace unos días, nos gritó que éramos un par de enamorados de la tragedia.

Gracias al cielo, la quimioterapia es rápida y Virtudes no experimenta ninguna molestia durante o tras el tratamiento. Esto nos permite regresar a casa en los cuarenta minutos posteriores, Virtudes y yo en taxi, y Néstor a pie: se empecina en que le apetece estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco.

Aire fresco en el centro de Madrid, la ciudad más contaminada de España.

A otro perro con ese hueso.

Ayudo a Virtudes a subir a su casa, el 4°. A, y la dejo bajo los cuidados de Eli, que se ofrece a vigilarla mientras llega Daniel. Y yo, en lugar de encerrarme en el salón donde duermo a lamerme las heridas, decido que no he tenido suficiente disputa y bajo a la puerta del portal para esperar a Néstor.

Por suerte, el frío no me mata durante mi empeño. Aparece al cabo de los quince minutos que yo paso consultando Instagram de forma compulsiva, practicando para mis adentros lo que le voy a decir para zanjar de una vez por todas esta rivalidad absurda.

—Creo que me merezco una disculpa —anuncio en cuanto está lo bastante cerca para escucharme.

Néstor levanta la barbilla para mirarme como si hubiera perdido el juicio. Detiene de golpe su paseo cuesta arriba y se mete las manos en los bolsillos del vaquero roto.

—¿Perdona? —inquieta con solicitud, dándome la generosa oportunidad de retirar mis palabras.

—Repítelo —le ordeno, envalentonada—, pero procura que suene como si de verdad te importara.

Néstor pestañea varias veces.

—¿Por qué te iba a tener que pedir disculpas con exactitud, Gloria? —pregunta con lentitud. Me fuerza a desdecirme al agregar un deje amenazante a su tono.

—Por haber estado haciéndome la vida imposible a raíz de un malentendido que podríamos haber solucionado en cinco minutos. En menos. En un segundo: «¿Tú has dicho esto?». «No, dije esto».

Él asiente muy despacio. Parece que de verdad esté interiorizando lo que he dicho. Y cuando alza la barbilla para aguantarme la mirada con franqueza, me atrevo a adelantar que va a ceder.

Estúpida.

—¿En serio crees que fue un malentendido? —me cuestiona con voz queda—. ¿En serio crees que he visto fantasmas donde no los había?

—Sí, lo creo en serio. Muy en serio.

—Vale. Entonces, te pediré perdón —responde con naturalidad. Encoge los hombros como cuando tienes frío, y continúa con gesto sereno—: Pero tú tendrás que disculparte por todas las veces que tu novio me llamó moro de mierda, entre otras lindezas, y te quedaste calladita, que no fueron ni una ni dos; fueron tantas que me faltan dedos en las manos para contarlas.

El corazón se me para.

No, no, no, no, no..., ruego para mis adentros. No puedo permitir que tenga razón en algo tan horrible. Pero la tiene, porque no siempre encontré el valor para hacerle reproches a Borja. En casi diez años de noviazgo, que yo tuviera opiniones y me rebelara contra sus ideas dañinas empezó a ser novedad durante el último.

Aun así, trato de defenderme.

—¿Estás de coña? ¡No puedes poner en mi boca palabras que salieron de la de Borja!

Néstor reanuda la marcha, todavía mirándome como quien no tiene nada que esconder.

—Si crees que salir con un racista no te define como persona, estás muy equivocada.

Me niego a dejar la conversación tal y como está y lo agarro de las solapas de la chaqueta para detenerlo y traerlo hacia mí.

—No, ¡tú estás muy equivocado! A estas alturas ya sabes que solo salía con él por presión familiar, como hacía otras tantas cosas que me hacían profundamente infeliz. Y si le oías decir esas barbaridades, me escucharías a mí también espetándole que se callara cuando encontraba mi voz. No sucedía siempre, pero ¿no puedes ver por qué? Si no me defendía a mí por miedo, ¿cómo te iba a defender a ti? Por Dios, Néstor —la voz se me quiebra—, no puedes pensar en serio que soy la persona por la que me tomas.

Él me mira de arriba abajo antes de detenerse a escrutar con genuina extrañeza mi expresión angustiada.

—¿Qué más te da? —pregunta, confuso—. No es como si le hubiera dicho a nadie por qué me caes mal. No he ido por ahí manchando tu imagen. Lo de Tomás Moro ni siquiera se lo he contado a Milu.

—¡No me preocupa porque puedas «manchar mi imagen»! —me desespero—. ¿Cómo me va a importar mi imagen, por Dios? Solo soy una chica que se acaba de graduar. Me importa lo que pienses porque no puedes estar más equivocado, y creo que si vas a odiarme, deberías hacerlo por razones de peso. Que tuviera un novio hijo de puta no es una de ellas, porque habría dejado a ese novio hijo de puta si al día siguiente de conocernos me hubieras guiñado un ojo en lugar de mirarme con cara de asco.

Su asombrosa perplejidad me obliga a tomar conciencia de la dimensión de lo que acabo de decir.

Suelto su chaqueta como si me hubiera dado una descarga y retrocedo un paso. Me tambaleo por culpa de la inclinación de la calle; ahora, Néstor está en la curva elevada, y yo medio metro más abajo.

Me da miedo mirarlo a los ojos, pero no puedo resistirme a la tentación y capto la desorientación mezclada con la incredulidad en su semblante.

—Si estás mintiendo para quedar bien —replica él, transcurridos los segundos más largos de mi vida—, que sepas que decir eso ha sido una puta cerdada.

Tengo la oportunidad de recular antes de humillarme más aún..., pero no es eso lo que hago, y tampoco le pregunto a qué se refiere.

—Ojalá estuviera mintiendo. ¿Va en serio, Néstor? —Me cubro la frente con la mano, demasiado nerviosa para saber dónde meterme, qué hacer o decir—. Si de verdad escuchaste la conversación con Amaia, tuviste que enterarte de lo que pensé de ti nada más verte. ¿Por qué iba a decirle que me gustabas, y luego llamarte moro de...? Ni siquiera puedo pronunciarlo. Pero ¿es que no te lo has planteado nunca? ¿En estos tres años que has pasado envenenándote, no se te ha ocurrido... racionalizarlo? ¡La respuesta estaba ahí!

Nunca lo he visto tan desamparado, como si lo hubieran soltado en una ciudad desconocida sin mapa y sin brújula.

—Ahí ¿dónde?

—¡En mi cara! —le grito con los puños crispados—. ¡En mis reacciones corporales! ¡En todas las pistas que te he dado, verbales o no! ¡En lo que te estoy diciendo ahora! ¿Tanto te odias a ti mismo que de esa conversación con mi amiga te quedaste con lo malo? ¿Tanto te odias que no entiendes que pudiera... haberme sentido atraída por ti?

La mandíbula se le desencaja, como cada vez que está a punto de perder los papeles. Desvía la mirada a la acera de enfrente, por la que apenas pasan un par de jubilados cogidos del brazo; a estas horas de la mañana, todo el mundo está trabajando.

—Vamos a dejarlo aquí —ataja, dándose la vuelta con los hombros tensos.

—¡Y una mierda! —exclamo, avanzando hacia él con una rabia que no me cabe en el cuerpo. Lo agarro de la muñeca—. Me acabas de preguntar qué más me da, ¿no? Pues ahora yo te pregunto por qué a ti no te importa nada. ¿Es que te gusta... odiarme? ¿Te pone cachondo pelearte conmigo, o algo así? ¿Por qué no haces nada para arreglarlo? ¿Es que tú puedes vivir de esta manera?

—Déjame tranquilo, Gloria —me advierte con la voz temblorosa.

—No me da la gana. ¿Y por qué es una cerdada decirte la verdad? ¿Decirte lo que pienso o lo que sentí? ¿Tanta rabia te da no tener la razón?

Él se da la vuelta, colmada ya su paciencia, y me encara con los ojos echando chispas.

—¡Sí, me da rabia no tener la razón! ¡Me da una puta rabia que siento que me voy a morir! —admite. Me sujeta por la mandíbula y me acerca a él, y no sé qué iba a hacer, si insultarme o seguir hablando, pero algo encuentra en mi expresión que se ablanda en contra de la razón y solo presiona suavemente mis mejillas con los dedos. En voz baja, añade—: O que me vas a matar.

—¿Matar yo? ¿Por qué?

—Porque no es justo —murmura, derrotado—. No es justo, joder. Te lo habría perdonado todo menos eso.

—Pues perdónamelo ahora —respondo en el mismo tono—, y haremos como si no hubiese pasado nada. Yo me comprometo... Aunque vaya a costarme.

Él esboza una sonrisa que raya en el asombro. Su sonrisa se convierte en una carcajada crispada.

—¿Sabes qué pasa? —sigue riéndose muy flojito, como si se hubiese vuelto loco, y de pronto frena en seco. Clava en mí una mirada insondable, furiosa solo hasta cierto punto—. Que no necesito hacer como si no hubiese pasado nada. Da igual que me grites, o que me pegues, o que me rompas los retrovisores de la moto, o que vendas mis zapatillas favoritas. Me sigues teniendo como tú quieres.

El corazón me da un vuelco.

—¿A qué...? ¿A qué te refieres?

—A que estoy harto de ti, Gloria —confiesa con un bufido—. Pero si es cierto lo que has dicho y de verdad habrías dejado a tu novio de mierda, tú también tienes que estar harta de mí.

Néstor estampa sus labios contra los míos en un gesto de claudicación que me saca el alma del cuerpo. Podría decir en mi defensa que tardo en reaccionar, o que lo aparto, asqueada, en cuanto lo consigo, pero cuando me rodea la cintura con un brazo, solo me sale pegarme totalmente a su pecho y mantenerlo ceñido a mí cruzándole el codo detrás del cuello.

Él separa la boca con un gruñido que me calienta la sangre, y yo suspiro en ese nanosegundo de tregua entre el beso de advertencia y el beso de verdad, el que llega con labios, y con dientes, y con lengua, y esa rabia viva que a veces me ha dado miedo y que otras veces me ha dado ganas de callarlo de un mordisco. Podía imaginarme que me tenía ganas al principio, cuando me besa como si se nos viniera el mundo encima. Pero muy pronto entiendo que había algo más; una necesidad enquistada que le ha estado doliendo.

Sus manos vuelan de mi mandíbula a mi cintura, a mis caderas y por último a mis nalgas, que aprieta para pegarme del todo a él y seguir saqueando mi boca con besos cada vez más urgentes,

casi violentos. Nunca me han besado así, nunca he sentido que estuviera al borde del desvanecimiento porque un hombre hubiese conseguido transmitirme su angustia por tocarme. La misma que yo siento por estar más cerca de él, por fundirme con él, por tocarlo por todas partes; los músculos de la espalda en tensión, el pelo oscuro, las mejillas que le arañan.

Separarse le requiere toda su fuerza, porque de ninguna otra manera podría haberse arrancado mis manos de encima. Da uno, dos, tres pasos atrás, como si fuera yo una especie de peligro tóxico y no pudiese acercarse a menos de un metro. Me mira en la distancia, tratando de reponerse a la agitación que le tiene hiperventilando. Se limpia la boca con el dorso de la mano, y no sé con qué intención. No puede ser por asco, porque me atraviesa de un intenso vistazo con el deseo de devorarme. Un deseo del que se repone más rápido que yo: se da la vuelta rápido, y recorre la distancia que quedaba hasta el portal con largas zancadas.

No tiene que pararse a abrir el portal. Daba la casualidad de que justo entonces salía una vecina, una que se extraña al cruzarse con el vendaval que es Néstor.

Da con el quid de la cuestión al verme varada en la acera con los dedos sobre los labios.

—Lo que ha unido Virtudes —dice Susana, meneando la cabeza—, que no lo separe el hombre.

Capítulo 14

DE ESTA NO ME SACA NI UN BORRADO DE MEMORIA

Néstor

He dormido en lugares infectos que uno ni se imaginaría, pero no he pasado una noche peor que la de ayer en toda mi vida. Lo de estar cachondo como un hijo de puta y tener a una pared de distancia a la causante de tus desvelos es una tortura medieval que no le deseo ni a mi peor enemigo... pero que espero que mi ex peor enemiga haya sufrido, aunque solo sea para acompañarme en el sentimiento.

Me levanto de la cama a la hora estimada para acudir puntualmente a la cita con Alison. Procuro evitar a la fauna con la que convivo, pero Milu choca conmigo en su ajetreado paseo hacia la salida, ya vestida para marcharse a trabajar, y no pierde la oportunidad de hacer su acotación.

—Vaya cara llevas.

—Anoche olvidé tomar mi golosinita de melatonina —ironizo antes de esquivarla.

Como la conozco como si la hubiera parido, sé que se gira para mirarme con aire de sospecha, tratando de averiguar el porqué de mi malestar.

No creo que le cueste llegar al fondo de la cuestión. Susana habrá tardado entre uno y cinco nanosegundos en sacar la bocina para contarle a los inquilinos del edificio que ayer me pareció buena idea meterle la lengua en la boca a Gloria.

De solo recordarlo, se me drena la sangre de la cara y tengo que contenerme para no esconderme en el agujero más profundo de la Tierra.

Soy el primero que piensa que un beso es un beso, un polvo es un polvo; no hay que buscarle los tres pies al gato. Es una decisión voluntaria basada en un impulso sexual que te sobreviene porque te sientes atraído físicamente hacia la persona. Punto.

Pero con Gloria ni siquiera un beso es tan sencillo como una definición de libro de texto. En el momento lo vives como si hubieras encontrado un oasis en el desierto; luego te paras a pensarlo y quieres enterrarte vivo, porque con ella sí tiene connotaciones. Connotaciones que me ponen de payaso que le levanta la falda a la vecina y la llama fea y tonta porque en realidad le gusta. Connotaciones que me ponen de contradictorio, y de aprovechado, y de que soy capaz de sacrificar mis principios por una cara bonita.

Es como si todo lo que le hubiera dicho durante estos años, la manera en que he actuado, pudiera justificarse con la excusa de que estaba obsesionado y no sabía expresarlo de otra manera, cuando no es así.

O no es así *del todo*.

Porque sigo pensando que si Gloria salía con un hijo de puta de ese calibre, es porque algunos prejuicios sí que tenía. Quizá no tantos como para castigarla. Quizá solo los que tienen todas las personas de este mundo, y porque les han dicho que es comprensible sentirlos. Pero sí los suficientes para que me haya estado molestando.

Y, aun así, cuando Gloria aparece en la cocina en la que estoy preparándome el café, mi

cuerpo reacciona como si reconociera en ella un modo de aplacar una necesidad primaria.

No he pasado toda la noche odiándome a mí mismo por contradecirme. También la he pasado luchando contra el impulso de ir en su busca y terminar con esta tontería.

Ya que la estamos cagando, pues la cagamos en condiciones. No me gustaría que mi epitafio rezara «se quedó con las ganas».

—Vamos a ir a la cita con Alison, ¿no? —me pregunta con un hilo de voz, manteniendo la distancia de seguridad. Ya está vestida y lista para que nos las veamos con nuestra mediadora.

En algunos aspectos, parecemos un puto matrimonio que atraviesa la crisis de los cuarenta.

—Por supuesto —respondo con una chispa de sarcasmo, dándole la espalda por supervivencia—. ¿Llevas contigo la lista de cosas que odias de Néstor Kadiri?

—Sí.

—Entonces me preparo y subimos.

Aunque Alison opina que necesitamos citas semanales, no nos vemos las caras con regularidad. Ya se ha cumplido el mes desde que nos puso de deberes que escribiéramos lo que nos jode del otro.

Me planto los primeros tejanos con rotos que encuentro y una sudadera cualquiera. Me advierto en el espejo de no cagarla más de lo que lo he hecho, y voy al encuentro de Gloria en el ascensor. La clínica se encuentra en el séptimo, lo que es un jodido alivio, porque solo pasamos quince segundos pegados hombro con hombro.

Los quince segundos más largos de mi vida.

¿Por qué tiene que oler tan bien? ¿Por qué tiene que tener ese pelo, esos ojos, esa cara? ¿Por qué tuvo que decirme que le gustaba? ¿Por qué tuvo que devolverme el beso? ¿Es que ha perdido el juicio? Ya era una tortura pasar el rato con ella entre unas y otras, pero comerte a una tía con la que te llevas como el culo mete un elefante en la habitación.

Y no sé cómo combatirlo, que Milu es vegana y, como le haga algo a la bestia, yo voy detrás.

En fin. No dejo de pensar en aquella canción de Camarón: mi vida también es un calvario desde que la conocí y me besaron sus labios.^[8]

Desde luego, Alison estará entretenida en la mañana de hoy. En el remoto caso de que no quiera volver a llamarnos cabrones.

Nos recibe tan embarazada que siento que romperé aguas durante la sesión. Creo que le asombra el tenso silencio en el que estamos sumidos mientras ocupamos nuestros asientos, procurando no rozarnos ni por casualidad. Solemos entrar como dos enajenados mentales, rompiendo mobiliario urbano e invocando a Satanás con nuestras acusaciones.

Alison no dice nada. Es uno de sus talentos de loquera. No abrir la boca y, aun así, darme a entender que sabe que algo ha cambiado.

—Bueno —carraspea, cruzándose de piernas al otro lado del escritorio. Ya ha colocado el bloc de notas sobre la mesa, y sujeta el bolígrafo con ansias por escribir algo—. Lo primero de todo, quiero disculparme por mi arrebató del otro día. Fue muy poco profesional. Si queréis cambiar de psicólogo, lo entiendo. De hecho, he estado barajando la posibilidad con mi compañero, Lucas, que se centra más en este tipo de conflictos. Claro que antes tendríais que dar vuestro beneplácito...

—Yo te prefiero a ti —admito en una postura desenfadada. Creo que incluso le sonrío—. Por lo visto, me gustan las mujeres que me insultan.

Vale, al principio me sentó como el culo su comentario de mierda, pero en vista de los

acontecimientos, solo ha demostrado tener un sexto sentido hiperdesarrollado. Se limitó a poner palabras a una de las ramificaciones más complejas de mi enemistad con Gloria.

No puedo juzgarla o darle la espalda por ser espabilada. Además, siempre me siento más cómodo lidiando con personas que son incapaces de controlar sus arrebatos. Es como estar en casa.

—Yo también —responde Gloria. La miro de reojo y la pillo retorciéndose las manos en el regazo.

Normal que esté nerviosa. Yo también me siento como si hubiera cometido un delito y tuviera que defender mi inocencia delante de la pasma. Y estoy familiarizado con el sentimiento.

—Me alegro, la verdad. Todavía no hemos profundizado en los problemas de vuestra... rivalidad, por llamarlo de alguna manera, y quiero que sepáis que estoy muy comprometida con el propósito de ayudaros. ¿Habéis traído vuestros deberes? —inquire, mirándonos de forma alternativa a través del cristal de sus gafas cuadradas.

Me saca alrededor de diez años, pero eso no me impide definirla como una treintañera atractiva. El edificio está petado de mujeres lo bastante guapas como para llamarle la atención a uno. Tanto así que siempre que asisto al club de romántica o a una reunión de la comunidad, me entra una rabia irracional hacia mí mismo.

¿Por qué no pude obsesionarme con Eli, o con Tamara, o con Alison, o con Susana, o con Milu, o con el puto Koldo, si a esas vamos? ¿Por qué tuvo que ser Gloria?

—¿Ha pasado algo? —pregunta Alison de repente, todavía escrutándonos, esta vez con curiosidad—. No habéis entrado insultándoos o empujándoos, no habéis empezado a listar los defectos del otro con placer perverso, no habéis llegado quince minutos tarde para alargar la cita lo menos posible... Este silencio vuestro me tiene intrigada. ¿A qué se debe?

—No es nada —se apresura a responder Gloria, ruborizada. Eso responde a mi pregunta: ¿por qué ella? Pues porque está para comérsela. *Mira qué mejillas sonrosadas, por favor. Eso no me lo da nadie más*—. Acompañamos a Virtudes a la quimio, y... supongo que la urgencia de la situación nos sirvió para dejar a un lado nuestra enemistad durante un buen rato. También llevamos un tiempo trabajando en la convivencia, con eso de compartir piso, y...

—Ayer nos liamos —interrumpo yo. Hago una pausa necesaria—. Muy fuerte.

Gloria se gira para mirarme, entre conmocionada y resentida. Creo que ha interpretado mi previo silencio como que iba a esconder lo que ha pasado, pero qué equivocada está. Si Alison tiene que conocer todos los detalles de la verdad para practicar un exorcismo clínico, le entregaré el más descriptivo de los informes. Le diré a qué huele, a qué sabe, y cómo de dura se me puso en una escala de uno a diamante.

Creo que me jode que la psicóloga no se muestre sorprendida en lo absoluto. Se limita a levantar las cejas y a hacer una breve anotación en su cuaderno. Me enderezo lo suficiente para cerciorarme de que no ha puesto que soy un gilipollas de tomo y lomo... y me quedo de una pieza al leer «POR FIN».

Así, en mayúsculas.

—Vaya —acota con voz queda. ¡Será falsa! ¡Si se lo está gozando!—. Y... ¿cómo se llegó a esa situación?

—Estábamos discutiendo —explica Gloria—. Luego... pues...

—La besé —resumo con aspereza—. No tiene más vuelta de hoja.

Alison ladea la cabeza para admirarme con detenimiento. Me da la impresión de que siempre

me ha visto como un espécimen muy interesante, la clase de colgado que le sirve a un loquero para hacerse el doctorado en la universidad de Harvard.

—¿Por qué?

—Pues ni zorra. Esperaba que me lo dijeras tú, que eres la que sabe por qué a la peña se le cruzan los cables.

—Está claro que lo hiciste porque te apeteció —responde Alison, que no se inmuta ante sus pacientes así le estén vacilando—. La pregunta es con qué fin. ¿Satisfacer un deseo profundamente enterrado? ¿Castigarla? Hay hombres que utilizan el sexo para humillar a sus amantes. ¿Crees que fue una manera más práctica o elocuente de avergonzarla?, ¿de confundir sus emociones para jugar con ellas, quizá?

No me las voy a dar de santo. En esta película, nunca he sido una víctima. Claro que he pensado al verla con su novio que este moro cabrón podría darle más orgasmos que ningún cayetano de su círculo. Claro que he fantaseado con borrarle el ceño fruncido y el odio visceral a base de polvos. Pero incluso en esos pensamientos tan jodidos era capaz de ver lo que había detrás: mi propio deseo, simple y llano.

La verdad es la que es. Siempre me ha molestado su pareja y siempre me han molestado sus prejuicios y siempre me ha molestado que me busque la boca en lugar de besármela porque, entre todas las personas del mundo, era la última a la que quería comprometida con Don Carlos María Isidro de Borbón y, para colmo, despreciándome.

Porque sí, soy un acomplejado. Sí, estoy a la defensiva. Pero también estoy acostumbrado a que de vez en cuando alguien me mire por encima del hombro, y por eso no me cuesta nada superarlo; me encabrono cinco minutos y al rato estoy más feliz que unas pascuas.

Con ella no me encabrono cinco minutos. Con ella me frustró y me desespero y hasta me deprimó; me voy a la mierda pero bien, envenenado para toda la eternidad.

—¿Cómo reaccionaste tú, Gloria? ¿Le devolviste el beso?

—Sí —confiesa con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—Porque... me gusta físicamente, supongo. Y porque ya habíamos resuelto el problema que desencadenó... Es decir, no hemos resuelto el problema, eso es obvio, pero hemos abordado la razón por la que empezamos a llevarnos mal, y pensé... Creo que pensé que ya estaba, que podíamos comenzar de nuevo.

—Ajá. Y te gustaría comenzar de nuevo con Néstor desde un plano romántico, no amistoso o de mera cortesía. Es lo que denota que aceptaras el beso sin reticencias de cara al renacimiento de la relación —aclaró Alison.

¿Un plano romántico?

Esta mujer ha pedido el juicio.

A lo mejor sí deberíamos cambiar de psicólogo, después de todo.

—No lo sé —contesta Gloria después de tragar saliva—. Es mucho suponer.

—¿Te sientes incómoda hablando de esto delante de él? Podemos tratarlo en nuestra sesión individual.

Sí, hombre, me van a echar de la sala precisamente cuando han empezado a llamarme guapo.

Por los cojones.

—Yo solo quiero acabar con esto de una vez —suspira ella, cansada. No es la primera ocasión en la que lo dice, pero sí la primera que me giro a escucharla con gesto aprensivo, de pronto incómodo con la idea de estar yo haciendo el capullo y ella, mientras, sufriendo—. No

tengo energía para seguir peleándome con él. No tengo energía para nada, si te soy sincera. Y creo que no hace falta que sigamos viniendo; al menos, yo no. Le dije lo que pensé que debía aclarar y me he disculpado cuando he tenido que disculparme. La pelota está en su tejado... No sé si me explico.

—¿Qué opinas de lo que Gloria acaba de expresar, Néstor?

Inspiro hondo.

—Me olía que iba a decir algo así.

—¿Y? —me tira de la lengua.

Cruzo las piernas a la inversa para ganar tiempo.

—Estoy de acuerdo —me sorprendo diciendo—. Creo que ya resolvimos ayer lo que había que resolver. Por mi parte, me comprometo a dejar de ser un cabrón irascible y a hacerle la vida más fácil mientras viva bajo mi techo. Si se muda a algún piso de la comunidad, seguiré en mi línea de vecino encantador. Lo juro.

—¿No os parece que sigue habiendo una cuenta pendiente? —tantea Alison con una ceja arqueada—. Que zanjarais la discusión con un beso es bastante significativo.

—Bueno, tú misma dijiste que se supone que nos queremos mucho, como la trucha al trucho —ironizo—. Eso me parecen palabras mayores, la verdad. Sí es verdad que me atrae, e imagino que yo a ella también...

—Lo acaba de decir textualmente: se siente atraída por ti —señala Alison sin ninguna entonación particular—. ¿No te lo has creído?

No mucho. Pero a mí no me van a psicoanalizar en presencia de la rubia.

—A ver, sí, vale, me lo creo, pero, por favor... —Se me escapa una risita socarrona—, no iremos a pensar que atraernos cambia algo, o que después de todo podríamos andar besuqueándonos como adolescentes..., ¿no?

—¿Por qué no? —Su sencilla réplica me desarma—. ¿Sigues resentido con Gloria, acaso? ¿Estás experimentando algo o tienes presente algún ultraje que te impida avanzar?

Me tomo mi tiempo para pensar en la respuesta más honesta.

—No estoy resentido —planteo, dubitativo—, pero no me veo haciendo el esfuerzo que requiere transformar una relación llena de altibajos y ataques en algo que vaya más allá de darnos los buenos días si coincidimos en el rellano.

Alison se da por satisfecha con mi valoración.

—Desde luego, requeriría un compromiso por ambas partes. Incluso si habéis llegado al fondo del problema y habéis decidido que no es lo bastante grave para seguir la dinámica que habéis mantenido hasta ahora, los insultos siguen ahí, en vuestra memoria reciente, y generan un mal sabor de boca. Sería trabajo vuestro, individual y conjunto, racionalizarlos, perdonarlos y construir algo nuevo, pero no sin antes deshaceros de prejuicios que tenéis el uno del otro. Y hablando de los prejuicios —continúa—, ahora que los deberes se han quedado obsoletos porque ha habido un avance significativo desde que nos vimos por última vez, ¿cuáles diríais que son, con fecha de hoy, los principales defectos del otro? Aún nos queda un rato de sesión, y podemos aprovechar para desmentir algunos mitos y acercarnos más a la meta, que entiendo que sigue siendo optimizar la convivencia. ¿Gloria?

Ella se frota los muslos, no sé si incómoda o nerviosa, y pasea una mirada desorientada por el despacho. Deja correr un silencio que rompe ella misma con una risa resignada.

—Lo único que anoté en su día es lo que mantengo hoy: que me trata fatal. Supongo que la finalidad del ejercicio era hacernos ver que nos ciega el odio, pero en mi caso nunca ha sido así,

y ya se lo dije a él. Sé que Néstor es generoso, divertido, trabajador... Simplemente no quiere hacerme partícipe de sus virtudes. Pensándolo bien, sus razones tenía —reconoce con tristeza—. Y ahora que no las tiene, pues... pues solo puedo decir que es muy rencoroso, y que basta con que le causes una pésima primera impresión para que proyecte sobre ti todas sus inseguridades.

A nadie le gusta que le recuerden sus puntos flacos, pero de todo lo que Gloria podría haber dicho, ha mencionado lo único con lo que estoy de acuerdo.

Que proyecto mis inseguridades sobre ella, sobre la gente como ella, es un hecho. Me di cuenta cuando le increpé en el restaurante. Pero también sé que no soy irracional. Quizá con la vecina me haya equivocado; ahora bien, eso no significa que yo me monte películas, porque el entorno no ha ayudado a que yo la considere la excepción de la regla.

Le ha faltado agregar que soy prejuicioso, el peor de mis defectos con diferencia, porque manda huevos que peque de lo mismo que critico en los demás. Di por sentado que Gloria era como la gente que me ha hecho daño toda la vida; que me la jodió cuando aún era un chaval y me marcó para siempre. Y aunque lucho contra mi lado resentido, ese que me dice que la manzana podrida que es su padre ha tenido que pudrir por fuerza el resto del frutero, en el fondo sé que ella también es una víctima de los abusos de poder de Valdecasas de León.

Estamos en el mismo barco.

—¿Qué te parece? —me pregunta Alison, muy pendiente de mis reacciones.

—Justo —confieso—. Salvo lo de rencoroso. Creo que hemos acumulado tantos insultos que es normal que siga mirándola con recelo. Yo no la juzgaría si ella también se anduviera con pies de plomo a mi alrededor. Han sido años, Alison. Años cayéndonos con todo el arsenal a la mínima de cambio. Eso no se olvida de un día para otro.

—No, no se olvida —conviene la psicóloga—. Pero para eso estamos aquí, ¿no? Para ir poco a poco deshaciéndonos de los rencores. Porque son rencores, Néstor —me advierte—, tanto si están justificados como si no. Y hay que librarse de ellos.

—A mí me parece de lujo. No es como si me apeteciera seguir jodiendo a nadie. A veces me sale solo y luego me arrepiento. Es una costumbre que he adquirido, y las rutinas también cuesta sacárselas.

—Eso es verdad —murmura Gloria.

—Bueno —retoma Alison después de dejar correr unos segundos—. Como vuestra terapeuta, solo me quedaría preguntar qué vais a hacer con la tensión sexual.

—Menos mal que dices «como vuestra terapeuta», o habría pensado que te ha mandado Edu y lo preguntas por amor al chisme —bromeo.

Estaba empezando a agobiarme con la solemnidad de la cita. No estoy hecho para esta clase de conversaciones asertivas. Mi estricto abuelo musulmán jamás derramó una lágrima en mi presencia. Si supiera que estoy yendo a terapia por una mujer blanca, me daría un bofetón con efecto.

Alison debe de considerar que la coña viene a cuento —ella también ha padecido los horrores de la vida comunitaria—, porque me sonrío con exasperación.

—Descuidad, que vuestros secretos están a salvo conmigo.

—Pues nada —contesto antes de que Gloria se atreva a decir algo que pueda ponerme la cabeza del revés, o dejarme penando otra noche entera—. Yo no voy a hacer nada. Ahora, tal y como vivo algo tan simple como un acercamiento con ella, me... No me gusta cómo me sienta, la verdad.

—¿Y tú, Gloria?

—Lo que él ha dicho —murmura.

No suena muy convencida. Es más; se la oye conteniéndose para no delatar que no le ha gustado un pelo lo que he dicho.

Los dos la miramos: Alison, directamente, y yo, de soslayo, y se nota en su postura rígida y en su expresión forzada que ni se siente cómoda con el tema, ni está siendo sincera.

Con la venia de la psicóloga, nos levantamos al cabo de cinco minutos más de preguntas innecesarias, que sospecho que hace con el fin de que nos larguemos relajados.

Gloria sale de la consulta primero. Alison espera a que se empiecen a escuchar sus pasos escaleras abajo para dirigirse a mí en tono confesional.

—¿Te arrepientes de haberla besado, Néstor?

—Sí —respondo sin dudar—. No era el momento, y yo... No me quiero involucrar con alguien con quien históricamente me he sentido menospreciado. ¿En qué lugar me dejaría eso?

—Te hace ver como alguien humano —resuelve Alison con suavidad—. Es más habitual de lo que crees desear a una persona que no encaja contigo. El sentimiento no es menos real porque atente contra tus intereses individuales o tus ideas de lo que está bien y lo que no.

Me muerdo la lengua para no responder lo que estoy pensando. Pero ahora que estamos solos, ahora que sé que tengo su comprensión o, por lo menos, su tolerancia, confieso:

—Soy consciente de que Gloria, en su individualidad, no es tan mala. Aun así, lo que representa me hace más daño de lo que podría llegar a imaginarse.

En lugar de hacer una pregunta directa, Alison me sostiene la mirada.

—Sé que te estás guardando algo. Algo muy importante —dice en tono quedo. La sola posibilidad de que sospeche de mi lucha interna me tensa de pies a cabeza—. Esperaré a que estés preparado para decírmelo, Néstor, pero tarde o temprano tendrás que ser sincero. O con ella, o conmigo. Con quien sea. Pero tendrás que serlo, o todos esos sentimientos contradictorios que guardas dentro acabarán contigo.

No se equivoca en sus predicciones.

Ya estoy empezando a sentir que voy cuesta abajo y sin frenos.

Pensaba que conforme fuera avanzando el día se me iría pasando la tontería de recordar el beso de marras, pero nada más lejos de la realidad.

Mientras almorzaba en el descanso de mi turno en El tercer deseo, mientras hacía tiempo con mis compañeros antes de pirarme al centro de Madrid, donde está el bar donde curro algunas noches; mientras me lavo los dientes, mientras echo un vistazo a los fichajes del Fantasy, mientras finjo prestar atención a batallitas ajenas... La imagen me asalta en el momento más insospechado, y eso ni siquiera es lo peor, sino que se me nota que ando distraído. Me tiene con la cabeza en otra parte, pendiente del móvil como si fuese a recibir un mensaje de Gloria.

Ridículo.

No, no tengo ningún wasap, pero las casualidades de la vida se han propuesto tomarla conmigo y, cuando me meto a Instagram, la aplicación me sugiere seguir a, redoble de tambores... Gloria Valdecasas de León.

No es la primera vez que, por culpa de nuestros contactos en común, el algoritmo me recuerda que ella existe también en la realidad virtual. Pero sí es la primera vez que cedo a la tentación y pincho sobre su nombre para ver cómo ha matizado su perfil. Con un poco de suerte,

su biografía y sus historias fijadas me recordarán por qué Gloria y yo no vamos juntos ni a la vuelta de la esquina.

Me aseguro de que no hay clientes nuevos esperando en la terraza del bar y, por si acaso, me reclino a una esquina de la barra para echar un vistazo. Solo un vistazo. Será rápido. En cuanto vea «Derecho por la Universidad Rey Juan Carlos» con los correspondientes emoticonos, una ristra de banderas de España y una foto con su novio Borja, me daré por escarmentado y regresaré a mis quehaceres.

Pero mi gozo en un pozo, porque Gloria apenas ha publicado siete imágenes —solo dos de ellas son un selfi—, y no es de las que se describen en tres frases que hacen referencia a su edad —«Nivel veinticuatro completado»—, su ocupación —«En busca de cumplir sueños»— y al símbolo de su signo del Zodiaco.

Gloria tiene puesto solo su nombre propio y una sencilla oración de bienvenida: «*All flowers must fade*». En general, eso de ponerte frasecitas en inglés para airear tu dominio del idioma me parece una patochada. Pero que haya elegido una frase inherentemente nostálgica me llama la atención.

Lo último que ha publicado es un vídeo suyo tocando la viola con las que supongo que son sus mejores galas, un vestido negro ajustado a la cintura. Lleva el largo pelo ondulado semirrecogido como una diosa griega.

No tenía la intención de quedarme viéndolo, pero incluso sin tener ni idea de música clásica, parece que toca de maravilla. O a lo mejor me lo quiero creer porque no la reconozco con semejante cara de disfrute, y cuando ves a alguien hacer algo que le apasiona, deseas de corazón que también sea bueno en ello.

Da la impresión de que albergue demasiados sentimientos al percutir la cuerda como para decantarse por uno solo. El rostro se le ilumina al acabar, y le ofrece una sonrisa tímida a quien está grabando antes de agacharse en una reverencia torpe. Los aplausos la ruborizan de placer. Y yo me sorprendo, en contra de todo pronóstico, sonriendo sin querer por lo tierna que es la escena.

Bajo a la siguiente foto: un selfi con unas compañeras de la universidad. No sale muy favorecida. Fotogénica no es. En la tercera aparece de espaldas a la cámara, abrazada a las rodillas y contemplando un atardecer marítimo. En la cuarta aparece de pie junto a su novio el día que este se graduó. En el pie de foto se limitó a poner un simple «enhorabuena por tus éxitos», la clase de frase que uno le diría a su casero o al tío del quiosco.

Eso me tranquiliza inexplicablemente. No tanto así que Borja aparezca con una mano enroscada en su cintura.

Sé que parte de mi rabia nace de que no soporto al hijo de puta, no lo soporto y ya está, involucres a Gloria o no. Pero que Gloria esté involucrada sigue sacándome de quicio. ¿Por qué él la puede tener y yo no? No soy el tío más gentil del mundo, lo sé. Pero él tampoco. Es incluso peor.

Paso la foto antes de ponerme de mal humor y me topo con una que le hicieron en Año Nuevo. Sale con su madre, una mujer bastante atractiva. Ambas sujetan una copa de champán. Gloria lleva un vestido escotado y ceñido con una raja que enseña la pierna.

Solo mirar la foto me provoca un cosquilleo en el estómago y un sofoco intenso.

Da igual cuánto la amplíes. No le vas a encontrar ni un defecto.

No hay derecho, hostia. No hay derecho.

—*Cucha*, mira qué *bonica* —comenta mi compañera al pasar por mi lado—. ¿Es tu novia?

¿Por fin has encontrado a una chiquilla que te soporte?

Salgo de Instagram y cierro la aplicación, molesto con mis propias reacciones, y me giro hacia María. Ella deja las copas de cerveza vacías en el fregadero y pone los brazos en jarras para mirarme con una ceja enarcada.

Es guapa, María. Tiene los ojos grandes, una figura muy bonita y un sentido del humor que predica con el mío. Me gustan los lunares que le salpican la cara, su acento malagueño y que cada tres meses se cambie el pelo de color porque «le ha dado un bajón».

Nos hemos acostado unas cuantas veces, siempre que nos ha apetecido y sin tomárnoslo a pecho luego.... La que es la mejor manera de acostarte con alguien.

—Solo tengo ojos para ti —replico con guasa, acercándome para ayudarla a fregar los vasos.

—Sí, claro... No tienes tú peligro, ni *na*. —Me da un empujón amistoso—. ¿Es tu próxima víctima?

—Mi próxima víctima eres tú, si no tienes nada que hacer —le sugiero con las cejitas en alto.

—No está muy bonito eso de decirle de quedar a una niña cuando hace un segundo estabas viendo fotos de otra. Los perfiles que visitamos en Instagram dicen mucho de nosotros, ¿sabes?

—Por lo menos no estoy metido en el de Dan Bilzerian o el de Mia Khalifa.

—No, no eres ese tipo de guarro. Eres un guarro nivel uno, soportable y hasta gustosón —bromea, y me saca la lengua.

Su buen rollo me pone de buen humor y me inclino para robarle un beso rápido en la mejilla, donde se le marca el hoyuelo de la buena suerte.

Tiene razón. No está bonito invitar a tu casa a una tía porque la mujer imposible te ha puesto caliente como el palo del churrero. Pero no es como si María no me gustara de antes, o como si existiera manera humana de apagarme los fuegos.

No la va a sustituir; solo nos vamos a divertir.

Ella comprueba que el jefe anda entretenido charlando con uno de sus clientes habituales y se me engancha a la cintura, mirándome con esos ojos que siempre lanzan chispas.

—Pero te voy a decir que sí porque es viernes y no tengo planes —sentencia.

—Y porque soy tu follamigo favorito.

—Ya te gustaría, feo. ¿Vamos a tu casa? En la mía se están quedando mi abuela y mi madre, que han venido a verme.

—¿Vas a pasar de tu abuela y de tu madre por mí? Me siento halagado.

—¡Míralo, al listillo! Ellas estarán dándose una vuelta por Madrid entre que yo acabo mi turno. Y lo puedo acabar un par de horas tarde... en tu piso.

Me inclino sobre María con la excusa de apartarle un mechón de pelo rojo de la cara.

—Me gusta cómo piensas.

Ella me guiña un ojo.

—Más te va a gustar cómo lo hago.

Capítulo 15

LO QUE QUIERO DE TI ES LO QUE TÚ QUIERES DE MÍ

Gloria

Me quedé con ganas de desahogarme con Alison.

Esa es la verdad.

Suerte que después de nuestro inconveniente malentendido con las citas y de que se sintiera culpable por chillarnos, la psicóloga nos reservó a Néstor y a mí una hora a solas. Totalmente gratis, lo que me viene de perlas porque, aunque Sugar me ha contratado para los próximos tres meses pese a mi patetismo, no dispongo de efectivo. Mi terapia tendrá lugar dentro de unos días, y espero aprovecharla al máximo contándole lo que ha acontecido desde que nos vimos por última vez... y lo nuevo que haya sobre Néstor, supongo.

¿En qué momento se ha convertido en el centro de mis desdichas? Siempre ha sido una mosca muy molesta, pero ahora que soy una huérfana desahuciada, deberían preocuparme otros asuntos. Quizá prefiero pensar en el ahora compañero de piso porque el drama es más abordable que el desprecio de don Valdecasas de León. Quien, por cierto, no dejó pasar la oportunidad de escribirme un mensaje después de que nos encontráramos en El tercer deseo. El wasap, que he leído, releído y requeteleído hasta que ha dejado de dolerme (tanto), decía algo como: «Cuando creo que no puedes decepcionarme más, logras superarte a ti misma. Espero que recuperes el sentido común. Ojalá para entonces no sea demasiado tarde».

Alison ya me lo dijo una vez que coincidimos en el rellano y pude abordarla como hacen el resto de los vecinos para que me escuchara en contra de su voluntad: cuando la gente alcanza cierta edad, póngase cincuenta o sesenta, creen que ya han completado su proceso de crecimiento y no tienen que seguir aprendiendo. Ciertamente, no de sus hijos, a los que muchos padres perciben como criaturas a medio formar con la sesera justa para salvar el día.

—No te voy a repetir lo que seguro que ya te has dicho tú varias veces, o de lo que al menos espero que te hayas dado cuenta —me dijo—: te ha tocado una familia muy estricta a la que es complicado hacer cambiar de parecer. Lo que sí te puedo recomendar, Gloria, es que te reconcilies con el hecho de que hay cosas que escapan a nuestro control. Todo lo que tú podías hacer para que te comprendieran ha sido abordado. A partir de ahí, les toca a ellos o bien aceptar tus condiciones, o bien distanciarse. Sé que da una impotencia terrible sentarse a ver cómo la gente toma la peor decisión, pero no puedes hacer nada más.

Con Néstor siento que sí puedo hacer algo más. Tal vez por eso lo priorizo, alejo los pensamientos que me llevan hasta mis padres y me centro en él. No es mucho más agradable recordar lo que soltó en la sesión terapéutica, pero por lo menos no está todo perdido.

Si pienso en el modo en que me besó, me miró y me habló en la calle hace cuarenta y ocho horas, ¿cómo voy a resignarme a saludarnos con cordialidad? Esa tarde no hubo cordialidad. Saltaron unas chispas que me hacen temblar cada vez que lo recuerdo. Me estremezco incluso ahora, removiéndome distraídamente el café de las siete de la mañana mientras espero que una buena idea me ilumine.

¿Cómo se hace cambiar de parecer a una persona tan dura de mollera como Néstor? ¿Hasta qué punto quiero avanzar con él, en realidad? No puede besarme e irse de rositas, eso está claro. Pero es cierto lo que dijo sobre el rencor enquistado. No es tan fácil como aceptar que me atrae y proponerme cortejarlo después de llevar años lastrando un odio intenso.

Eso iría contra mis principios tanto como choca con los suyos.

—¡Lavín! ¡Qué susto me has dado! —exclama una voz femenina a mi espalda. Suelta una carcajada contagiosa—. Pensaba que estaba sola, perdona.

Yo también lo pensaba: Koldo y Ming andan en clase, y Milu ha dormido esta noche con su novio.

En un primer momento, me sale natural sonreírle a la chica que entra en la cocina tirándose de una camiseta XXL hacia abajo. Con ella trata de cubrir su semidesnudez. Es la clase de persona que te inspira ternura, con el pelo rizado de un color chillón y una sonrisa con hoyuelos.

Voy a decirle que no pasa nada, pero la veo dirigirse con seguridad a la balda donde están las tazas y servirse un café como si fuera una inquilina más, y empieza a zumbarme la mosca detrás de la oreja.

Por acto reflejo, me aseguro de que la toalla de baño sigue anudada sobre mi pecho. Lo primero que he hecho nada más despertar ha sido ducharme aprovechando que, para variar, no había cola, y también porque pensaba que no había nadie en la casa me he permitido pasearme con el pelo mojado.

—¿Quién eres? —pregunto, perpleja.

Ella se gira hacia mí, ya servida, y se recuesta contra la encimera para dar el primer sorbo.

—María —se presenta—. Tú debes de ser la nueva... ¡Oh! —exclama otra vez, poniendo los ojos como platos. Y son grandes de por sí—. Eres la chiquilla del Instagram. Niña, las fotos no te hacen justicia. Impresionas mucho más en persona.

—¿La chiquilla del Instagram? —repito sin comprender.

En una primera instancia no se me ocurre de dónde pueda haber salido María, pero luego me fijo en la camiseta desgastada que lleva. Presenta un *collage* mamarracho de fotos de Paco de Lucía. Rematan la dudosa obra de arte con una tipografía gótica al estilo 2Pac que reza «Tu Paco».

Se la he visto puesta a Néstor mil veces, cuando tiene la gentileza de ponerse algo para andar por casa.

La sangre me baja de golpe a los pies.

—No me hagas caso, me habré confundido. Hasta que no me tomo el café, no soy persona —se ríe, ligeramente abochornada. Pero es un bochorno fingido, porque una tía que se pasea por casa ajena con ese descaro es una tía a la que se le puedan sacar los colores—. Qué raro que no haya sobras, ¿no? Néstor siempre hace tortitas árabes para parar un tren.

—Se llaman *beghrir* —me oigo responder, sin sentirme la cara o las yemas de los dedos.

—Ea. —María chasquea los dedos—. Soy malísima *pa* los nombres de las cosas. ¡Néstor! —grita, alargando el cuello—. ¿Quieres café?

El aludido entra en la cocina con el botón del vaquero desabrochado y el cinturón colgando de las hebillas. Ni siquiera había terminado de ponerse la camiseta; me da tiempo a fijarme en la franja de piel bronceada y la hilera de vello negro que asoma por debajo del ombligo.

Y, como una imbécil, tengo que apartar la vista para que no vea que me he ruborizado.

—No, gracias. Estoy descompuesto de toda la cerveza que bebimos ayer. No se te puede

sacar del cortijo, cabrona —rezonga en tono amistoso.

María se ríe, meneando los hombros con aire coqueto.

—Al que no se le puede sacar es a ti, que te pones malito con dos tercios... ¿Te encuentras mejor?

—Más o menos —responde, cruzando la cocina. Apoya la mano sobre la cadera de María con una familiaridad que salta a la vista, y solo por darse el gusto de tocarla mientras con la otra busca entre las baldas la tetera limpia, porque no era necesario el contacto—. Oye, tengo que hacer unos recados y llevarle a mi madre unas cosas. No es urgente. Si te quieres quedar por aquí mientras salgo, y luego, cuando acabe, me paso y te acerco a casa...

—No hace falta, lucero. —María le roba un beso rápido en la mejilla—. Ya sabes que yo por las mañanas me voy volando. Sobre todo hoy, que mi madre y mi abuela estarán hechas un basilisco porque haya pasado la noche de farra.

—A ver cuándo me presentas a la perla de tu yaya, que me has generado una necesidad —bromea Néstor, mirándola con un brillo divertido en los ojos. O eso atino a ver cuando ladea la cabeza mientras llena la tetera de agua. Es entonces cuando se da cuenta de que estoy aquí, presenciando la escena. Se gira y me dirige una sonrisa todavía soñolienta—. Ah, mira a la silenciosa. No sabía que estabas aquí. Buenos días.

—Buenos días para ti, que eres quien los tiene —mascullo antes de llevarme la taza a los labios. Él ni siquiera me oye. Está pendiente de María, que sí que ha captado mi comentario y ha ladeado la cabeza con curiosidad. Guiada por un arrebato con el que no me reconozco, alzo la voz—: Bueno, María... ¿y tú de qué conoces a Néstor?

—Trabajamos juntos desde hace un par de años en un bar de guiris del centro. Desde entonces está obsesionado conmigo. —Le lanza una mirada risueña.

—Es por el acento —se defiende él, dándole un codazo—. No te des más crédito del que tienes, guapa.

Incluso si están hablando en clave amistosa, que no niegue la obsesión que le achaca me eriza el vello. Agarro el asa de mi taza con más fuerza de la cuenta, y aunque solo me sale fingir una arcada, me obligo a sonreír con complicidad.

—En fin, creo que me voy a pirar ya —anuncia María.

—¿Qué dices? Acábate eso antes de irte, mujer.

—Está frío, y no me está sentando del todo bien. Que beba como un puto marinero no significa que luego no tenga resaca —se justifica entre risas. Deja el café sobre la encimera y le da una palmada en el culo—. Me llevo la camiseta como rehén porque me gusta más el Paco que a ti, y porque me jodiste la de Pink Floyd que me dejé aquí la última vez.

—No te la jodí yo —se queja él, girándose para observar con placer su paseo brioso hacia la puerta—. La eché a lavar y Koldo la puso con la ropa de color.

—Como sea. Me debes una camiseta —le recuerda en tono cantarín antes de desaparecer en el pasillo.

Néstor pone los ojos en blanco, entre divertido y exasperado. Vacía el contenido de su taza en el fregadero y se pone a enjuagarla. Luego, como si hubiera recordado que sigo aquí, comenta:

—Gracias por prepararle el café. Es una manca con...

—No le he preparado nada —le corto de mal humor—. Ha entrado y se ha servido como si fuera su casa. Está claro que viene mucho por aquí.

Néstor se gira despacio con la cajita de infusiones en la mano. Enarca una ceja en mi dirección, cuestionando mi tono áspero.

—Lo justo y necesario. Todavía no habíais coincidido, ¿no?

—No. ¿Me tengo que acostumbrar, o soléis veros en su casa?

Él entorna los ojos.

—No creo que eso sea de tu incumbencia —responde con tranquilidad.

—Vaya, sí que te pone contentito la andaluza. Otro día me habrías ladrado eso en lugar de decírmelo casi con cariño.

—Es un encanto, ¿o no la has visto?

Que no hable de ella en buenos términos para sacarme las canas verdes, sino porque le sale natural, empeora mi ánimo. Se comporta con una serenidad desquiciante que pone de relieve lo ridículo de mi reacción. Pero no puedo contenerme, y le espeto:

—¿Cómo no va a ser un encanto, si todavía no le has dicho que vas por ahí besuqueando a tus compañeras de piso? Digo yo que incluso a la novia más paciente le sentaría como el culo.

—¿Novia? —repite Néstor, perplejo. Se le escapa una risa tonta—. Oye, no sé cómo te habrán tratado a ti tus rollos o tus follamigos, pero que le dé de beber y la despida con un beso en la mejilla no significa que esté enamorado de ella.

—¿Y querer conocer a su abuela y llevarla a su casa tampoco significa que te importa?

—Importarme claro que me importa. No suelo liarme con tías solo porque estén buenas.

—Por lo que yo sé, tampoco te lías exclusivamente con las tías porque te caigan bien.

Néstor se queda en silencio durante unos segundos en los que juraría que solo se oye el latido acelerado de mi corazón, uno de tantos signos de mi inoportuna indignación.

El silbido de la tetera lo saca de sus pensamientos. Sin dejar de mirarme, apaga el fuego y se cruza de brazos.

—¿Se puede saber cuál es tu problema?

—¿Mi problema? ¿Cuál es tu problema? —recalco, alzando la voz—. ¿En serio así es como van a ser las cosas?

—¿A qué te refieres con «así»? —Acompaña la palabra de un aspaviento difuso.

—A que te traigas chicas a la casa y me lo restriegues en las narices.

He visto a Néstor enfadado, contento, conmovido, triste..., pero nunca lo he visto genuinamente sorprendido.

—¿Restregártelo en las narices? ¿Lo estás diciendo en serio?

—¿Cómo llamarías tú a lo de besarme como si te fuera la vida en ello un día, y acostarte con tu compañera de trabajo al siguiente?

—Lo llamaría tener una vida sexual muy saludable.

—¿Ahora eres tú el que está hablando en serio? —jadeo—. ¿Te vas a reír en mi cara?

—¿Por qué crees que cada cosa que hago es para reírme en tu cara? —se queja, perplejo—. No soy yo el que tiene la culpa de que tu cara esté allá donde vaya porque vives a un pasillo de distancia.

—Guau... ¿vamos a volver a aquellos tiempos en los que intentabas echarme de aquí?

Él se pasa una mano por el pelo despeinado, ya al límite de su paciencia.

Mucho estaba durándole la compostura.

—Mira, tía, que te besara fue un error aislado que no tiene nada que ver con María.

—¿Tía? —repito, anonadada. Levanto el tono—. ¡¿Tía?! ¡Yo no soy tu tía! —Néstor pone los ojos en blanco y se da la vuelta para servir el agua hirviendo en la taza con la bolsita de la infusión. Su indiferencia me termina de sacar de quicio—. ¡No me des la espalda cuando te estoy hablando!

—Lo hago por ti, Gloria. Se supone que ya no nos vamos a pelear más, ¿o no te acuerdas?

—¡Pues no me des razones para cabrearme!

Él vuelve a girarse, esta vez con la irritación que me es familiar.

—No te he dado ninguna razón para cabrearte. ¿Qué cojones te has pensado? ¿Que porque te diera tres besitos me iba a casar contigo, o qué? No sé cómo funcionará el rollo en las altas esferas madrileñas, pero en mi barrio ya no tienes que comprometerte con una dama por mancillarle los labios.

Su respuesta me ruboriza de pura rabia.

—Eres un gilipollas.

Me levanto haciendo todo el ruido posible con la silla. Él iba a permitirme marcharme, o eso creo, porque no mueve un dedo; es María la que me bloquea el paso asomándose bajo la puerta en ese momento. Capta al vuelo que el ánimo no está para fiestas y se limita a componer una mueca circunstancial y a sacudir la mano en dirección a Néstor.

—Bueno... ¡Hasta luego!

—Adiós, María —respondo con resentimiento. No dirigido a ella, por supuesto, sino al tío que tengo detrás—. Espero que encuentres en el bar de guiris un chaval algo más funcional que este.

En lugar de defender el honor de Néstor, María pone cara de la-que-ha-liado-el-pollito y se marcha sin decir ni pío, nunca mejor dicho.

Él no espera ni a que la puerta de entrada se cierre, anunciando la huida de la chica, para cogerme del brazo y hacer que me gire.

Ahora sí, damas y caballeros, tenemos a un Néstor furioso en todo su esplendor.

—¿Qué coño te pasa? ¿Esas son las que vamos a tener? ¿Vamos a seguir saboteándonos?

—Pensaba que María no era tu novia —replico con aspereza—. ¿Qué más te da que le dé mi opinión?

—¡Que nadie te ha dado vela en este entierro!

—¿Tú puedes hablar sobre Borja, y yo no puedo hablar sobre María?

—¿Cómo no voy a hablar del payaso ese? A diferencia de él, María no es una persona contra la que se pueda emprender una cruzada.

—¡La cruzada es contigo, no con ella! —exploto, pasmada porque no entienda nada... o no lo quiera entender—. ¿Es que no te riega el cerebro? ¡Yo pensaba que tú y que yo...! —Me callo, en un principio avergonzada por lo que iba a decir. Pero entonces recuerdo que esto lo empezó él, que fue él quien me tocó la cara y luego los labios, y le suelto—: Pensaba que había esperanza. Que podíamos...

—Podíamos ¿qué? —insiste Néstor, escrutando mi expresión con seriedad.

—¡No lo sé! Mira, no lo sé —suspiro—. Pero esto... esto no me lo esperaba.

Algo tiene que ver en mi expresión que le parece digno de su tiempo, porque Néstor se apiada de mí y, después de pasarse la mano por la cara, explica:

—Pensaba que había sido muy claro en la sesión con Alison. Lo hecho, hecho está, pero no voy a seguir haciéndolo porque... Pues porque eres Gloria, y eso no ha significado nada bueno en los últimos años. Pero si tanto te interesa, no me he follado a María. Anoche nos pusimos ciegos nada más salir de trabajar y no estábamos en condiciones ni de mantener una conversación con sentido.

—Pero era tu intención —señalo con rencor.

—Sí, claro que era mi intención —espeta de mala manera—. Llevo cachondo como un hijo

de puta desde la otra tarde y necesitaba sacarte de mi cabeza, ¿vale? ¿Era eso lo que querías oír? Ahora, llámame cabrón, o llámame aprovechado, o llama a María y se lo dices, si quieres. ¡Es lo que hay! —me ladra a un palmo de la cara.

Su réplica me seca la boca, y, por instinto, me llevo una mano al nudo de la toalla. Se me había olvidado que estaba casi desnuda. Pero a él no, porque baja la mirada al escote del vestido improvisado y traga saliva.

—Y si tanto te gustó, ¿por qué no me lo has contado, eh? —musito—. ¿Es que no ves que estoy aquí? A un pasillo de distancia; tú mismo lo has dicho.

—No te lo he contado porque es humillante —masculla entre dientes—, y porque...

—Porque soy Gloria, ya me ha quedado claro. Que te den.

Néstor impide que me largue agarrando el pomo de la puerta de la cocina y cerrándola de un tirón. Me empuja por el hombro para apoyarme contra la superficie, y me fulmina con la mirada.

—¿Que me den? Está claro que eso no te haría muy feliz... a no ser que te encargaras tú. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Quería justo lo que me ofrece al hacer contacto visual: que volviese a mirarme como la otra tarde, entre furioso y anhelante, y también un poco desorientado porque no sabe qué hacer con sus emociones contradictorias. Quería que me acompañara en el sentimiento. Quería que amenazara con besarme otra vez. Pero al conseguir lo que tanto anhelaba, no me siento ni orgullosa, ni complacida. Me siento en la cuerda floja, de pronto sobrepasada por el hecho de que estamos a solas en la casa y lo tengo prácticamente encima.

—Mira, se acabó —balbuceo, intimidada—. No quiero seguir discutiendo contigo.

Para asegurarme de que no me sigue para hacer leña del árbol caído, tiro enérgicamente del picaporte de la puerta de la cocina y cierro. Pero no me retiro lo bastante rápido, y quiere la mala suerte que me dé un golpe en el hombro y la toalla de baño se quede atrapada en el encaje con el marco. Mascullo una imprecación, nerviosa de pensar que él se pueda haber dado cuenta, y trato de cubrirme con la poca cantidad que todavía me envuelve el cuerpo mientras tiro del extremo atrapado.

Estoy batallando contra lo imposible cuando me fijo en que Néstor está bajando la manija.

El corazón se me acelera.

—¡No abras! —le grito—. ¡Ni se te ocurra!

Pero Néstor abre la puerta de sopetón, y no me da tiempo a recoger la toalla. Solo a cubrirme el pecho y la entrepierna a toda prisa para que no me vea tal y como Dios me trajo al mundo.

No sé qué pensaba que haría. Supongo que avergonzarme con su desdén. Desde luego, no imaginé que se quedaría de pie bajo el umbral, aún con el picaporte en la mano, ni que me lanzaría una mirada de arriba abajo oscurecida por el deseo.

Se confirman mis sospechas. La discusión no ha sido intensa por el odio que nos profesamos, porque ya no nos odiamos, sino por algo más pecaminoso e intenso contra lo que ni sé ni puedo luchar.

He sentido la pasión de los hombres antes, pero ese deseo no obraba ningún efecto en mí. Los ojos negros de Néstor, la manera en que se humedece lentamente el labio inferior al devorarme con la mirada, sí que me provoca una sensación tan poderosa que casi me hace daño físico. Me quedo traspuesta en el sitio, superada por el torrente de emociones que intenta doblegarme.

Néstor avanza hacia mí respirando de forma artificial, y, sin decir nada, me coge de la muñeca para apartar el brazo que me cubre los pechos. Yo no sé por qué permito que me toque o me obligue a desnudarme. Quiero pensar que me dejo porque eso es lo que hago, siempre me

dejo hacer, me dejo doblegar por cualquiera, pero no; la curiosidad hacia el progreso de ese deseo suyo me incita a no quitarle la vista de encima mientras obedezco con gusto.

Se me escapa un débil jadeo cuando me pellizca un pezón y aplasta el seno con la palma. Al principio es una presión agradable, pero pronto ejerce la suficiente fuerza para que yo retroceda hasta chocar la espalda contra la pared del pasillo. Está oscuro; no lo suficiente para que no le vea ladear la cabeza, vacilante, un segundo antes de inclinarse para lamerme el pezón.

Solo logro proferir un jadeo entrecortado y nervioso. Porque estoy tan nerviosa que no me siento la cara, ni las piernas; no sé qué me sujeta, solo que él desliza la mano entre mis pechos y baja hacia el otro brazo con el que inútilmente trataba de proteger mi sexo. Néstor la aparta también, perdido contemplando algo que parece merecer la pena, y me separa los muslos con su rodilla para cubrirme la entrepierna con los dedos.

Doy un ligero respingo sin atreverme a pestañear.

—No me toques —baluceo débilmente, aun así—. Yo no me acuesto con hombres que hace doce horas se estaban liando con otra.

—Y yo no me acuesto con tías que se tiran años saliendo con pavos que se llaman Borja.

—¿Otra vez con esas? —rezongo sin energía.

—Sí. —Me acaricia entre los muslos sin apartar la mirada de la mía—. Otra vez con esas. ¿Y sabes por qué? Porque no lo supero. No supero que un mierda como ese pueda siquiera soñar con estar contigo.

El corazón me da un vuelco al escucharlo.

—Ya no estoy con él.

—Y a Dios damos gracias... Discutir contigo ya ni siquiera me enfada, joder. Solo me pone cerdo.

No puedo dejar de mirarlo. Hay algo en su cara, una iluminación profana, un hechizo de hipnosis, que no me permite ni respirar con normalidad. Néstor hace contacto visual conmigo un segundo antes de abalanzarse sobre mi boca para besarme desesperadamente.

Sé que no vamos a llegar al dormitorio. Su rabia me inmoviliza y me vuelve loca. Solo recupero la sensibilidad en los dedos para ayudarlo a deshacerse del cinturón y sacarse la erección para restregarla contra mi sexo. No para de torturarme con besos implacables que me hacen perder la razón. No sé en qué me convierto cuando le pido entre jadeos:

—Fóllame. Fóllame, por favor... —Siento celos del labio que se muerde y lo busco para recorrerlo con mi lengua ansiosamente—. No hace falta condón, tomo la píldora.

Él me mira muy de cerca, como si lo necesitara para confirmar mi petición ahogada. Esboza una sonrisa trastocada por las ganas.

—Mejor.

Se agacha para levantarme por los muslos y estamparme contra la pared. Sin quitarme los ojos de encima, acerca las caderas a las mías y me penetra tan despacio que apuesto por que puede ver cada microexpresión de la que no soy responsable conforme se adentra en mi cuerpo. Yo jadeo porque no puedo soportar el calor, porque no me creo que esto esté pasando, porque estoy tan cachonda que no me reconozco; porque lo deseo tanto que ya no sé ni qué quiero de él.

Le rodeo el cuello con un brazo y me humedezco los labios antes de rozarme con los suyos. Y entonces Néstor obedece mi ruego y empieza a follarme. Como nunca lo han hecho. Como nunca lo he permitido. Como nunca pensé que lo haría. Me folla con una ira candente que me hace gemir sin control, que me empapa entera. Él disfruta de mi rostro enrojecido y sudoroso, y me acaricia la mejilla con el pulgar antes de introducirme en la boca para tirarme del labio

inferior hacia abajo. Me besa con la lengua y con los dientes, un beso tan sucio que bufo contra él y también sollozo.

—Estás tan buena que no me soporto cuando te tengo cerca —gruñe contra mi boca entreabierta, estrellando sus caderas contra las mías. Se ayuda de la pared y de una mano para aguantar mi peso, de que mis tobillos se han anclado a su espalda, y con la otra me agarra de un pecho y luego del pelo—. Llevo queriendo tenerte así desde que te vi.

—¿Incluso cuando me odiabas?

—Incluso cuando te odiaba... O sobre todo... —Aprieta la mandíbula y descansa la frente en mi hombro. Luego cambia de idea y me da un mordisco justo ahí—. Sabía que tu coño me iba a volver loco.

—No me digas esas cosas —gimoteo, pero no me lo creo ni yo.

Es verdad que me choca y me incomoda ligeramente, pero solo me incomoda porque me gusta. ¿Y por qué me gusta? ¿Qué sentido tiene esto? No lo sé.

No me importa.

Nada importa cuando él se mueve de esa manera dentro de mi cuerpo.

—¿Y qué cosas quieres que te diga, guapa? —murmura contra mi mejilla.

—Nada... nada... Deberíamos... parar... Alguien va a... alguien va a... entrar.

—Me la suda. —Hunde los dedos en la parte de la nalga por donde me sujeta—. Que nos vean.

No noto las punzadas de dolor que sentía con Borja. No noto la frialdad ni la rigidez de mis músculos, ni mis pensamientos toman los derroteros de la cotidianidad; no podría ponerme a recitar la lista de la compra ni aunque quisiera.

Néstor me acaricia desde el ombligo hasta el cuello, que rodea con los dedos para mantenerme pegada a la pared. Encuentra mi boca en un beso nuevo y ardiente. El vaivén de sus caderas me pone a hiperventilar.

Mantengo los ojos cerrados y me aferro a sus hombros con toda la fuerza que tengo, con impaciencia, sin reconocermé en lo que hago, lo que digo o los ruidos que escapan de mi garganta. Siento que me acerco al orgasmo, y por un momento dudo que me vaya a dejar disfrutarlo; pienso que se va a apartar, que me va a castigar, y nada más lejos de la realidad, porque al sentir que me contoneo, poseída por los estremecimientos del clímax, Néstor aumenta el ritmo y fija la mirada en mi cara, como si él fuera a hallar su placer a través del mío.

Pega la frente a la mía un segundo antes de tentarme acariciándome la boca entreabierta con sus labios.

—Estamos solos —me recuerda con un ronroneo—. Puedes gritar lo que tú quieras.

Me dan ganas de decirle que nunca he gritado, que no estoy acostumbrada a experimentar esto; que para mí el sexo es aburrido, rutinario, y que nunca sucede contra la pared de un pasillo. Pero no es eso lo que sale de mis entrañas. El orgasmo me lleva por delante como si mi ser se dividiera en dos partes, en tres partes, en un millón de partes. Es como si me convirtiera en polvo, y se me olvida quién soy y los que son mis límites, porque gimoteo en voz alta e incluso gruño, balbuceo tonterías, palabras que me vienen a la cabeza y que solo diría en estado de semiinconsciencia o borracha como una cuba.

Me aferro a su cuello, angustiada porque la sensación se vaya antes de tiempo.

—No pares —consigo articular—. Aunque ya esté... aunque... No pares.

Él suelta una risita entrecortada muy cerca de mi oído. Se separa de mi cuerpo, y por un instante temo que vaya a dejarme aquí tirada, que el castigo sea ahora. Aislada, esa ansiedad me

devastaría, pero mezclada con la excitación solo multiplica mis ganas de que me haga lo que quiera.

Aun así, Néstor no tiene ninguna intención de vengarse. Me da la vuelta, apoyándome la mejilla contra la pared, y yo, entendiendo lo que quiere e ignorando que las piernas no me van a sostener por mucho tiempo, me inclino hacia delante para que pueda volver a penetrarme. Descuelgo la cabeza hacia delante, sollozando, e intento agarrarme a algo, pero me pone el desamparo al que me arroja en esta postura. Me pone oírle gemir a mi espalda, y que me aferre con rabia por las caderas, y que me acaricie el vientre o me pellizque un pezón cuando se aburre. Sé que se corre porque me embiste una última vez con una violencia bienvenida y me rodea por la cintura para pegarme a su cuerpo.

Estoy tan concentrada en mantener el equilibrio y en su respiración agitada que ni siquiera me entero de que alguien entra en la casa. Tiene que ser Luz quien se detenga con las llaves en la mano y diga:

—¿Néstor? —Luego, cuando yo giro la cabeza hacia ella y trato de enfocar la vista, añade en tono incrédulo—: ¿Glo... Gloria?

Se me escapa un bufido mezclado con un sollozo cuando Néstor se aparta y se sube los pantalones, pero sin alejarse demasiado para cubrir mi desnudez con su cuerpo.

No sé en qué momento recoge la toalla y me arroja con ella.

—Néstor... —empieza Luz en tono admonitorio.

—Tú no has visto nada. Y descuida, que ya nos vamos a mi habitación.

Me conduce hasta la primera puerta del pasillo sujetándome con firmeza de la cintura, y yo me dejo, medio turulata y sedienta, porque ahora mismo no querría estar en ninguna otra parte... y porque si Néstor te invita a su guarida, no puedes rechazarle.

La cara de pasmo de Luz es lo último que vemos antes de que cierre la puerta del dormitorio, dejándonos a solas y, ahora sí, con la intimidad que necesitábamos.

Néstor se gira hacia mí. Se fija en la mano temblorosa con la que me sujeto la toalla, y como si hubiera leído mi pensamiento, que se quejaba porque estuviese a medio vestir, se quita la camiseta y la tira sobre la cama. Da un paso en mi dirección y me acaricia la mejilla con el pulgar al tiempo que me rodea la nuca con la mano.

—Ven aquí —murmura antes de estampar su boca contra la mía.

Le echo los brazos al cuello. Recorro la textura del rapado con los dedos, la tensión de los hombros y los músculos de la espalda. No quepo en mí de las ansias por que me siga tocando: lo está haciendo y quiero que lo haga más, que le salgan más manos o que me entierre bajo su cuerpo. Solo se separa para mirarme con una sonrisa trastocada por la impaciencia.

—Al final va a ser verdad que te gusto.

—Bueno, y yo a ti, ¿no?

—Eso nunca ha sido un secreto —responde, quitándose el cinturón para que los vaqueros caigan por su propio peso.

Los aparta de una patada, y, ya desnudo, va acorralándome contra la cama hasta que caigo de espaldas sobre el colchón. Néstor se tiende sobre mí y me va separando las piernas con caricias persuasivas.

No tan persuasivas como su mirada oscura, sin embargo, que me tiene con el alma en vilo y la piel de gallina hasta que vuelve a hablar.

—¿Qué te parece... —roza mi nariz con la suya— si follamos hasta sacarnos el rencor de dentro? El que lo consiga antes, gana.

Capítulo 16

A EL CORTE INGLÉS DE LA CALLE PRECIADOS PONGO POR TESTIGO

Néstor

Me he levantado antes que la alarma, y menos mal. Me da tiempo a desactivarla antes de que despierte la mujer que tengo al lado, durmiendo desnuda bajo un edredón perverso que no ha querido cubrirle el torso. En cuanto me he frotado los ojos hasta espabilarme del todo, tiro del borde para taparla hasta la barbilla. Ella se revuelve en sueños, ajena a mí, y se encoge sobre sí misma para encontrar la postura perfecta.

Me pongo los pantalones en cuanto los encuentro, pero se me olvida abrocharlos en tanto que estoy pendiente de su respiración, del cuadro que todavía no puedo creerme que hayamos pintado.

Hayamos. Primera persona del plural.

Una primera persona del plural que nos recoge a mí y a ella.

Una distopía.

Sería vergonzoso decir en voz alta cuántas veces he fantaseado con su pelo desparramado sobre la almohada, con averiguar qué ruiditos haría mientras duerme. Así que para sobrevivir al bochorno, descarto el pensamiento y la posibilidad de regocijarme y me dirijo a la ventana, que da al patio interior del edificio, para liarme un cigarrillo.

No quiero salir a la terraza o al salón. Tengo la sensación de que, en cuanto abra la puerta, se va a romper el hechizo y vamos a volver a lo de antes.

No duro mucho contemplando las hileras de ropa tendida. Acabo girándome otra vez hacia Gloria, jugando a pasar entre los dedos el piti sin encender. Si lo prendo y fumo, la boca dejará de saberme a gloria, nunca mejor dicho. Y no sé si me apetece. Tampoco me apetece cambiar las sábanas sobre las que ha pasado toda la mañana, la tarde, la noche y hasta la madrugada corriéndose en mis brazos. Todavía no estoy lo suficientemente despierto para aceptar que no lo he soñado, y, aun así, si lo recuerdo, me caliento de nuevo.

Estoy jodido. Esto no lo arregla ni un bono de veinte sesiones terapéuticas.

Tampoco me las podría permitir, por otro lado.

Me acodo en el alféizar y prendo el cigarrillo. Y maldita la hora, porque como si los vecinos pudieran oler el humo o el aroma a sexo, la ventana del 4º. C se abre de repente. Tamara se asoma, vaya uno a saber por qué, y mira hacia arriba. Se pone una mano sobre la frente a modo de visera, como si el sol le estuviera dando de lleno en los ojos, y escudriña mis pintas: pecho desnudo, cuello lleno de chupetones y *Cigarettes After Sex*^[9].

Una sonrisita sabedora se abre paso en sus labios. Acompaña el movimiento de enarcar la ceja con el gesto de introducir el dedo índice en el círculo que forma con la mano contraria.

La pregunta está clara: «¿Habéis follado?».

No es que me moleste que los vecinos se metan en vidas ajenas. A veces me hace gracia, a veces me exaspera. Dependiendo del día, me presto a la diversión o los mando a tomar por culo.

Hoy debería irritarme porque el chisme va sobre mí y no me va el protagonismo, pero me cuesta tanto creer lo que ha pasado que hablarlo me vendrá de perlas.

Aunque sea a través de mímica.

Me encojo de hombros con las palmas de las manos apuntando hacia arriba.

«Aaaah... No se sabe».

Tamara da un saltito y aplaude silenciosamente. Su entusiasmo solo es un reflejo del mío, el que todavía no me estoy permitiendo admitir. Ella señala hacia mí, todavía con la ceja arqueada, y mueve la boca para formular la palabra «Gloria» en tono interrogativo. Yo mantengo el cigarrillo entre los labios para emular el gesto de dormir pegando a la oreja las manos que forman un rezo.

Enseguida me asalta la duda de cómo coño ha sabido lo que ha ocurrido, y ladeo la cabeza con una mueca dudosa.

Tamara apunta con la barbilla al 4º. B, donde viven Virtudes y Daniel, y exagera una frase moviendo los labios: «Es bruja». Suspiro con resignación, y doy una segunda calada.

El sonido de una persiana un par de pisos más abajo nos distrae de la conversación. Edu, que parece que iba a tender —coloca la canasta a rebosar de prendas sobre el alféizar—, nos ve asomados y pregunta:

—¿Y vosotros qué hacéis ahí, tramando como putas?

Tamara lo manda callar chistándole, y le comenta lo sucedido con una mímica nerviosa que sorprendentemente Edu capta al vuelo. Se cubre la boca, exagerando un asombro fingido, y luego hace el gesto de «anda ya» con una mano. Su expresión de puro aburrimiento da a entender que no le sorprende un ápice. Eso sí: me mira, para lo que tiene que quebrarse el cuello desde el primer piso, y levanta las palmas: «¿Y ahora qué?».

Con aire huraño, vuelvo a encogerme de hombros. Arrojo las cenizas sobre el platillo de cristal que reposa sobre el alféizar. Edu sonrío, como si supiera de sobra lo que toca a continuación, y forma un corazón con las manos.

Yo sacudo la cabeza por acto reflejo. *Ni de coña*.

—¡Pues Gloria es una princesa, muñeco! —dice en voz alta—. ¡No creo que puedas enchufarle el pito por donde amargan los pepinos sin comprarle luego el kilo!

Tamara tiene que morderse el labio para no echarse a reír. Utiliza las manos para emular el gesto de calmar las masas, que consiste en empujar el aire muy despacio: «Poquito a poquito», da a entender.

—Anda, hijos... Estamos para perder el tiempo en esta economía. —Edu pone los ojos en blanco y se olvida de que tiene la colada por delante, porque coge el canasto y amenaza con volver a entrar bajando la persiana mientras dice—: ¡Los jóvenes tenéis menos sangre que el tobillo de una gamba!

Una tercera ventana se abre.

—¿A este qué le pasa ahora? —interviene Susana desde el segundo, a la que seguro que hemos despertado. Aparece despeinada, como nunca se le atrevería salir de casa.

Tamara y yo la mandamos a callar a la vez con un sonoro «chis». Al principio, ella no entiende nada, pero juntarse demasiado con los otros dos liantes ha potenciado los dones de adivinación que trajo de fábrica. Entre la cara de viciosa que pone la mexicana y la que tengo yo de haber pasado la noche en vela, averigua lo que pasa y hace el gesto de la victoria con el puño cerrado.

Me cuesta no carcajearme con la alegría de unos y otros.

Susana va al grano levantando un pulgar con las cejas alzadas. Asumo que me está preguntando cómo ha ido, a lo que yo dejo el piti sobre el cenicero y le respondo con dos signos de OKAY antes de besarme los dedos como un chef italiano. La vecina del segundo se ríe y, con un cabeceo con el que reconoce estar orgullosa, vuelve a desaparecer dentro de su casa.

Me despido de Tamara sacudiendo la mano y cierro la ventana antes de congelarme. En el patio interior se concentra el calor de las calderas, pero como no me ponga una camiseta, no viviré para contar la anécdota. Claro que no sé a quién se la contaría sin verme en la obligación de dar muchas explicaciones... y de agachar la cabeza al final. «¿No se suponía que la odiabas?», se burlarían Sugar y mis compañeros del restaurante. «Pero si por poco te clava un tenedor en las córneas la otra mañana», se sorprendería María. Creo que Koldo me llamaría cabrón afortunado, y lo mejor de Ming es que no tendría que soportar una opinión no requerida.

Cuando me giro hacia la cama, Gloria está estirándose debajo del edredón con la sonrisa adormilada de quien ha pasado una noche cojonuda. Balbucea algo que suena a:

—Echaba de menos dormir en una cama y no en un sofá...

Al oírse, cae en la cuenta de que, efectivamente, ha pasado las horas lunares en dormitorio ajeno, y abre los ojos de golpe. Mira a un lado y al otro y, al no reconocer el sitio, se incorpora bruscamente con cara de desorientación. Luego me localiza a mí, inmóvil junto a la ventana y sin saber muy bien cómo comportarme.

No me cuesta apiadarme de ella. Mi reacción al despertarme con su cara a un palmo de la mía ha sido similar.

—No lo has soñado —resuelvo en voz baja al contemplar su ceño receloso.

Sé qué clase de recuerdos irrumpen en su cabeza en cuanto el color se adueña de sus mejillas. Primero se humedece los labios —*¿en mi presencia? Mala idea, cariño*—, y después le sale cubrirse el pecho desnudo con los brazos. Aprovecho que pasea la mirada por mi habitación para fijarme en ella, en sus ojos soñolientos, en su pelo enredado. Se queda tan sorprendida por el hallazgo de uno de mis diseños, que ocupa toda la pared de enfrente, que por un momento se olvida de mí y de sí misma.

—Parece que ya no está prohibido entrar en tu cuarto.

—Nunca lo ha estado si yo doy permiso o estoy presente. Simplemente no me gusta que husmeen entre mis cosas.

—Pues no sé por qué —reconoce con genuina fascinación—. Eso lo has hecho tú, ¿no?

Me giro hacia el mural como si no supiera a qué se refiere. Inspirado por *Tu Cariño Es Mi Castigo*, la canción que no paré de quemar después de besar a Gloria, empecé a esbozar a un Camarón de la Isla con el tatuaje de unos labios femeninos en la mejilla.

Me incomoda que lo vea por varias razones: soy celoso de mis proyectos, y me disgustan tanto las valoraciones negativas —no me siento lo bastante seguro de mi talento para aceptarlas sin mandarlo todo a la mierda— como las positivas, que, como suelen venir de mis seres queridos, interpreto como una comida de oreja. Pero el motivo primordial de mis nervios repentinos es que elegí la frase que acompañará al grafiti por ella: «¿Qué quiero yo vivir, si mi vida es un calvario desde que te conocí y me besaron tus labios?».

—Es Camarón, ¿no? No sabía que te gustara el flamenco.

Me encojo de hombros con modestia.

—El flamenco solo le disgusta a quien no lo conoce.

—Está... —No consigue reunir las palabras, y busca mi mirada con timidez—. ¿Has estudiado Bellas Artes, o algo así?

Su repentina mojigatería me llena de ternura y al mismo tiempo me da ganas de reír. Apuesto por que ayer hizo guarrerías conmigo que ni se le habían pasado por la cabeza, ni con su ex, ni con nadie. Los dos andábamos inspirados y nos dejamos llevar hasta el punto de temer el nuevo día, porque hay travesuras que uno no puede soportar mirar bajo la luz del sol.

—*Nope*. Todo lo que sé, lo he aprendido por mi cuenta... Aunque me habría gustado ir a la universidad. Muchos de mis colegas se fueron a Granada, por ejemplo.

—¿Por qué no fuiste con ellos?

Aunque la pregunta puede parecer inocente, me obliga a poner los pies en la Tierra. Sacudo la cabeza, de repente incómodo conmigo, con ella, con la situación.

Tengo que esforzarme para que no se me note.

—Para cuando me fue posible, sentí que era tarde —respondo con ambigüedad.

Ella se da cuenta en el acto de que no me ha gustado que indague. Temiendo que esto arruine el esfuerzo que ambos estamos haciendo por naturalizar la situación, cambia de tema.

—¿Sigue en pie lo de ir por el regalo de Luz?

—Hombre, tendría que ser ahora o nunca —contesto, en parte aliviado porque al menos haya propuesto salir de mi habitación. No quería tener sobre mis hombros la faena de pedirle que me deje a solas con mis pensamientos—. Por la tarde trabajo en el bar.

—El bar —repite con voz queda.

No tiene que añadir nada más para que sepa que se ha acordado de María: una sombra de resentimiento, idéntica a la que trastocó su semblante durante nuestra última bronca, se apodera de su expresión.

Si quisiera considerarme un digno soldado del Ejército Progresista Antitoxicidad Relacional, debería mosquearme porque se inmiscuya en mis rollos ocasionales; incluso ponerle un alto antes de que se crea que puede dominarme con sus espectáculos dramáticos.

Lástima que a mí las mujeres me gusten intensas.

Y un poquito desquiciadas, a poder ser.

Al final del día, se puso celosa y como una fiera porque le intereso. ¿Qué tiene de malo si ella me interesa a mí y, además, hemos encontrado una manera muy natural y divertida de solucionar nuestros problemas? ¿Con qué cargos me va a detener la Policía Del Amor?

Me encaramo a la cama y gateo hacia Gloria con una sonrisita satisfecha. Cuando ya la he tomado de la barbilla, me regalo unos segundos observando su gesto expectante, sus mejillas coloradas.

Me paso la lengua por el borde interior del labio superior antes de besarla muy despacio. Solo pretendía borrar cualquier duda de su cabeza, alejar a María de nuestras sábanas, pero Gloria me echa los brazos al cuello, anunciando, sin darse cuenta, que lo de ayer no fue un delirio aislado que no volverá a repetirse, y yo... yo no soy de piedra, pero me pongo duro como una en cuanto ella ronronea y me da un pequeño mordisco en el labio inferior.

Huelga decir que la Operación Exorcismo no ha funcionado. Más que sacarme las ganas de dentro, se me han multiplicado como células cancerosas, y ahora tengo el cerebro podrido. Presiento que no voy a poder pensar en otra cosa, y ni sentir que me he traicionado logra detenerme. Lo demuestra que me deje convencer por ella para apartar el edredón de un tirón impaciente y cubrirla con mi cuerpo.

Reparto besos por su preciosa cara, internamente sobrecogido por los anhelos absurdos que

despierta dentro de mí. Me entra una ternura rabiosa e incontrolable hacia su timidez, como cuando ves a un cachorrito diminuto y acariciarlo no es suficiente para hacerle saber cuánto lo adoras; tienes que estrecharlo, apretarlo. Me la comería si pudiera, pero, como es imposible, me limito a los besos y los mordiscos.

—¿No querías ir por el regalo de Milu? —le pregunto al oído, deslizado una mano traviesa por la curva de su cintura.

—Yo ya no sé lo que quiero —reconoce con la voz ahogada.

—¿Y qué es lo que estás haciendo ahora mismo, si no es lo que quieres?

—No lo sé... —jadea, arqueando la espalda para rozarse con mi torso—. Algo que siento que necesito. Supongo que solo aprovecho antes de que vuelvas a odiarme.

—No voy a odiarte otra vez —me oigo prometer. Si lo he dicho, será porque es verdad—. ¿No ves que no tengo fuerzas? —añado con una sonrisa burlona—. Anoche me drenaste la energía.

—Habló el que se duerme rápido después de hacer el guarro —bufa ella. Se atreve a reírse un poquito, y se revuelve debajo de mí para que sienta la caricia de su cuerpo. Me mira a los ojos—. ¿En serio ha funcionado?

—¿El qué?

—Lo de... —traga saliva— sacarnos el rencor de dentro.

Enarco una ceja.

—¿No sientes que haya funcionado?

Ella compone una mueca que no he visto antes, ni en Gloria ni en nadie más; una mueca entre agitada, agobiada, asombrada y al borde de las lágrimas, como si la estuviera superando la situación. Le paso un brazo protector por los hombros y la pego a mí.

Gloria entierra el rostro en mi cuello y me roza la clavícula con los labios.

—Solo siento que quiero besarte todo el tiempo —admite con un hilo de voz—. Y no lo entiendo. Hasta ayer, yo... Me había acostado con un solo hombre, no muy a menudo, y siempre sin ganas.

—Yo era virgen, así que no te preocupes.

Ella suelta una risita estrangulada y me castiga clavándome las uñas en el hombro.

—Sí, claro. Y voy yo y me lo trago.

—Un poquito sí te lo tragaste ayer —replico con sorna.

—¿En serio acabas de decir eso? Qué asqueroso eres.

—Acostúmbrate, guapa. Y vete vistiendo, o no saldremos de aquí nunca.

Tengo que hacer un esfuerzo monumental para quitarme sus brazos de encima y levantarme de la cama. Estaba a punto de salir de la habitación con la toalla de baño al hombro cuando ella dice mi nombre.

—Dime.

—¿Lo has dicho en serio? —me pregunta. La esperanza no se atreve a iluminar sus ojos del todo, pero sé que permanece ahí, agazapada.

—¿El qué?

—Lo de que me vaya acostumbrando.

Ni siquiera tengo que pararme a pensarlo.

Gloria no se habría librado de mí después del primer polvo ni si hubiera resultado pertenecer a una subespecie femenina con un orgasmo tóxico para los humanos que provoca un sarpullido genital. Ahí habría estado yo toda la noche; llorando de dolor y oliendo a crema antibiótica, pero

desempeñando mis funciones correctamente.

—Muy en serio —le aseguro, y salgo de la habitación.

El camino hasta el único baño no es muy largo. Por eso sé que no coincido con Milu por casualidad. Por eso, y porque me mira con toda la pinta de haberle dado una vuelta a la bronca que me va a caer.

—Buenos días, Milu —comento como si tal cosa.

A lo mejor, si no la miro a los ojos, no siente que la haya provocado y me deja en paz.

—Y tan buenos, ¿no? —replica, cerrándome el paso cuando ya había puesto la mano en el picaporte. *No vamos a tener suerte*—. Parece que ayer te hicieron un hombre afortunado.

—No me voy a quejar.

—Pues yo sí me voy a quejar —insiste, extendiendo un brazo para evitar que tire de la puerta. Hago todo el ruido que puedo al suspirar.

—Es coña, ¿no? Lleváis años intentando que me lleve mejor con ella, y ahora que nos entendemos más que bien, ¿vienes a apuntarme con el dedo de los regaños? Porque esa —la señalo— es tu cara de las manifestaciones contra el colonialismo.

—Y eso —replica Milu, apuntando a mi habitación con el dedo—, amigo mío, es una chavala emocionalmente vulnerable que ahora que se ha quedado sola en el mundo se aferrará a un clavo ardiendo con tal de sentir que a alguien le importa si vive o muere. Créeme, Néstor. Me habría encantado que hubieseis arreglado vuestras diferencias. Hablando —especifica—, no metiéndooos en la cama. Eso la va a confundir a ella, te va a confundir a ti, y acabaréis peor que como empezasteis.

Frunzo el ceño, más por ganar tiempo y asimilar lo que me acaba de decir que porque me parezca descabellada su teoría. Aun así, respondo:

—Qué poco crédito me das. Soy un follamigo muy responsable con mis rollos, ¿o no me has visto estos últimos años?

—Sí, eres un follamigo muy responsable, pero Gloria no es María, una abanderada del amor libre que hoy duerme contigo y mañana ya se verá; es una chica que ha pasado diez años en una relación abusiva.

Reconozco que ese recordatorio me encoge el estómago.

—¿Cómo sabes lo de...? ¿Te lo ha contado ella?

—No sé a qué te refieres. Yo lo sé (o lo supongo, mejor dicho) porque basta con escucharla hablar cinco minutos del tal Borja para saber que era su carcelero, no su novio. —Descruza los brazos por fin, lo que significa que ha llegado al final de su alegato—. Supongo que ya no puedes deshacerlo, así que solo te queda andarte con cuidado. Puede que tú no lo creas, Néstor, pero ahora mismo podrías hacerle muchísimo daño.

No veas con el dalái lama, que se ha propuesto salvar el mundo ya de buena mañana. Me dan ganas de entrar en la habitación y decirle a Gloria que habría que regalarle a nuestra amiga un desatascador de culos apretados.

—No es mi intención —deletreo despacito, a ver si así lo pillas.

—Eso espero.

Milu me palmea el hombro, se echa las bolsas de la compra reciclables al codo y, después de lanzarme una última mirada de aviso, se marcha. No espero ni a que haya cerrado la puerta para bufar, perplejo con su actitud. No siempre tengo estómago para apreciar sus impecables parlamentos sobre el bien y el mal.

Pero también es verdad que siempre son sabios y conviene prestar atención.

Como si así pudiera ver a Gloria, echo un vistazo a la puerta de mi dormitorio. La he chapado para que nadie se atreva a husmear, pero me la imagino todavía bajo el edredón tratando de asimilar lo que ha pasado en cuestión de veinticuatro horas.

Me asalta el temor de haberla cagado con ella. Ya tendría delito, porque sería de las primeras veces que no lo hago aposta. Luego caigo en la cuenta de que yo tengo información que a Milu se le escapa, que es que yo estuve en ese cuarto ayer por la mañana, por la tarde y por la noche, que yo he compartido esas sensaciones con Gloria, que yo soy el que ha estado follando sin parar, con la respiración suspendida y el miedo a que acabara la fantasía porque tenía una misión, y no era otra que convencer a Gloria de permitirme que siguiera haciéndolo. Esa es la información clave, la que me invita a desestimar sus estúpidas advertencias.

Porque sí, a lo mejor ella está vulnerable a su manera...

Pero yo también lo estoy a la mía.

—¿En serio? —se le escapa a Gloria, mirando alrededor con aire escrupuloso—. ¿El sitio de Madrid donde me dijiste que a Luz le gusta comprarse cosas es... el Rastro?

La miro de reojo intentando contener una sonrisa burlona.

—¿Has visto a Milu? —Hago una pausa dramática—. ¿Y todavía tienes el valor de sorprenderte? Además, no es por nada, pero este sitio está lleno de pequeñas maravillas. Seguro que hasta una marquesita como tú puede encontrar algo que le guste.

Esperaba que se negara a rebajarse a tocar siquiera piezas de segunda mano, no vaya a ser que le contagien el ébola..., pero, para mi (grata) sorpresa, a Gloria no le cuesta hacerse el cuerpo a la aventura. Picada por la curiosidad, empieza a pasearse entre los pasillos de puestos.

El Rastro no es solo un mercadillo de domingo. Es una institución. El barrio de Embajadores se llena de muebles, prendas de ropa, antigüedades y objetos que jamás pensaste que verías en venta. No tenemos ni que adentrarnos en el meollo de gente para que Gloria se lleve su primera sorpresa: un mostrador repleto de letreros de calles de un pueblo de Toledo que, según pillamos contando al vendedor, retiraron cuando el último éxodo rural vació la zona de habitantes.

—La verdad es que me encanta venir con Milu cada dos domingos —reconozco, paseando la mirada por los expositores—. Los domingos que accede a separarse de su infecto novio para echar un rato con sus amigos, quiero decir.

Gloria camina a mi lado cuando las riadas de vecinos le permiten transitar la calle sin necesidad de zigzaguear. Pero, incluso si procura mantenerse pegada a mí, lo hace con las manos entrelazadas a la espalda y aliviada por estar concentrada en el paseo y las ofertas, es decir: por no tener que mirarme todo el rato. Comparto su tranquilidad en ese sentido. Cuando estoy nervioso, no consigo fijar la mirada en un sitio, y, para colmo, arranco a hablar sin parar.

—Ahora pasaremos la Ribera de Curtidores, que es la calle principal del Rastro, y llegaremos a la plaza de Cascorro. Allí está el puesto favorito de Milu. Siempre que pasa, se compra algo. No falla.

—No sé a qué sitios te estás refiriendo —reconoce con una nota de culpabilidad—. No he pasado muy a menudo por la zona.

—Qué decepción, señorita madrileña, muy madrileña y mucho madrileña. No me extraña, de todos modos. —Intento no sonar juicioso, pero creo que no lo consigo—. Es un barrio de gitanos e inmigrantes. Perfectamente respetable y seguro, ¿eh? Pero apuesto por que la niñera no te

sacaba a pasear por aquí cuando eras niña.

—Oye, que no he venido antes porque... Pues porque no ha surgido, no porque lo evitara de forma deliberada. Y ni mucho menos por la gente que vive en el barrio —se defiende, ceñuda—. Mi padre no es de los que visitan el Rastro los domingos...

—Más bien de los que van a misa, ¿no? A Dios rogando, y con el mazo dando —añado por lo bajini.

—... y mis amigas estaban de resaca por la fiesta del sábado anterior. No son las mejores condiciones para subir esta endemoniada cuesta —prosigue, poniendo los ojos en blanco. No me ha escuchado. Menos mal—. Pero siempre he sentido curiosidad, que lo sepas.

—No te estaba echando la bronca. He mencionado lo de los gitanos porque quería contarte que la familia materna de Estrella Morente es de aquí, de Embajadores. Aurora Carbonell nació en Madrid.

—Estrella Morente es una cantante de flamenco, ¿verdad? Fui a su recital de copla hace unos años. Me pareció espectacular. A mí y a la crítica. Todo el mundo se levantó del asiento para aplaudir.

No le voy a decir que he comentado lo de Aurora Carbonell, madre de la artista, porque sé que asistió a ese concierto de copla. Coincidimos en el rellano justo cuando regresaba de verla en directo, acompañada de Borja, y la oí deshacerse en cumplidos hacia la artista.

—Prefiero a su padre, Enrique. A ese no lo has escuchado tanto, ¿a que no? —Ella sacude la cabeza, dando a entender que no sabe quién es, y yo me regocijo para mis adentros. No lo puedo evitar. Gracias a las facilidades que proporcionan la riqueza y los contactos, Gloria ha tenido acceso a toda la cultura que uno pueda imaginarse; ¿cómo no me voy a gozar el gusto de sorprenderla con un dato que desconoce?—. Era más puro que su hija en lo que respecta al género. Estrella, como tiene una voz prodigiosa y es más versátil, ha tomado en su carrera caminos más melódicos.

—Vaya con el enterado musical —comenta con una pequeña sonrisita—. Quién me iba a decir que te gustaría algo más que esos raros de Yung Beef y compañía.

—Me gusta toda la música de la calle.

—El flamenco no es música de la calle.

—¿Perdona? Aunque ahora se blanqueen sus orígenes porque se ha puesto de moda fusionarlo con los ritmos urbanos, sigue siendo música de la calle; de los grupos oprimidos. Es un canto de raza gitana, se pongan como se pongan.

—¿Tienes que hacer de todo un panfleto político? —se queja. Lo hace en tono guasón, pero no se me escapa que hay algo de irritación debajo. La típica irritación inexcusable de quien rehúsa aceptar que solo puede participar en ciertos círculos como un invitado, nunca como uno más del grupo, porque nunca entenderá su forma de vida—. Solo es música.

—La música nunca es solo música. Nada que salga de la gente está exento de connotaciones socioculturales. Mira los orígenes históricos del hiphop, por ejemplo. Lo popularizaron los afroamericanos y los latinos de los guetos yanquis, y aunque ahora cualquiera puede rapear porque este es un mundo libre, cuando se habla de rap puro, se dice que es el que denuncia las injusticias sociales que sufrieron sus precursores: los negros. O piensa en el martinete, un palo flamenco derivado de las tonás que canturreaban los gitanos andaluces en las fraguas, que eran más pobres que las ratas y, aun así, ya ves: culturalmente millonarios. O mira a tu alrededor la próxima vez que vayas a un concierto de música clásica, a ver cuánta peña con mis pintas ves en el patio de butacas. Todo lo personal es político, marquesa —añado—. Y lo colectivo, más

todavía. ¿Por qué no lo iba a ser la música?

Lo que yo te diga. A chapurrear gilipolleces en cuanto me empiezan a comer los nervios.

No lo puedo evitar. Siempre es así cuando me veo en situaciones que escapan a mi control.

Lo que me sorprende es haberle respondido desde el afán informativo y la esperanza de aportarle un dato interesante, y no con el objetivo de señalar su ignorancia, como hacía en el pasado para quedar por encima. Creo que ella también interpreta mi discursito como un monólogo libre de condescendencia, porque me presta atención genuinamente interesada.

—Sé que el mundo de la música clásica puede parecer exclusivo... —empieza ella.

—Excluyente, más bien.

—Pero ahora se ofrecen facilidades para disfrutarla —insiste—. Bonos para jóvenes, por ejemplo. Si un día quieres ir a un concierto, yo te puedo conseguir entradas. Ya verás qué fácil es, y qué barato nos sale.

—¿Nos sale? ¿Me estás pidiendo una cita?

Ella se ruboriza con mi estúpido comentario. Su reacción me ayuda a tranquilizarme un poco; lo justo para no seguir dando la tabarra con mis impresiones musicales.

Manda narices que la niña se me ponga colorada cuando le sugiero que vayamos juntos a la vuelta de la esquina, y no cuando vamos por el tercer polvo y tiene marcas de mis dientes hasta en las ingles.

No se puede decir que no sea mi tipo.

—Yo voy a todos los conciertos de música clásica —admite ella en voz baja—, así que como mínimo coincidiremos en el recinto.

—Apuesto a que no me saludarías.

Ella me mira, no sé si solo ofendida o también herida por la acusación, que de todos modos he pronunciado con intención bromista.

Bueno, puede que haya sonado un pelín amargado al decirlo.

—Pues claro que te saludaría.

«A no ser que fueras con tu padre, claro».

No replicar desde ese ángulo me honra, lo sé.

—Me lo creeré cuando lo vea.

—¡Tú solo quieres entradas gratis! —rezonga.

Cabeceo con resignación y una sonrisilla divertida.

—También.

—Capullo...

La conversación se queda ahí porque llegamos al puesto de Milu. Así lo bauticé en su día después de que el vendedor se aprendiera hasta su segundo apellido y se le iluminara la cara al verla aparecer. Como la empleadora generosa que es, se ha ganado un lugar en el corazón de la pareja de gitanos que vende toda clase de bisutería.

—¿En serio? —pregunta Gloria en voz muy baja, con la barbilla casi pegada a mi hombro. Se ha rezagado adrede, quedándose a mi espalda, para poder observar las maravillas en exposición con ojo crítico—. ¿Esta es la joyería que le gusta a...? Sí, sí, antes de que lo digas, lo sé, la he visto, sé lo que se pone. Pero... Cuando lo complementa con la ropa, de alguna manera hace que quede bien. Así, en frío...

—A Milu no le gusta comprar en el Rastro solo porque los productos sean bonitos, ni por la diversión de encontrar una reliquia tras una búsqueda exhaustiva. Compra aquí porque tiene la tranquilidad de que todo es de segunda mano y no va a contribuir al consumismo frenético de

esta sociedad capitalista... —Pongo los ojos en blanco— y blablablá.

—No digas «blablablá» como si no pensaras igual —me reprocha, todavía pegada a mí. Tengo que mirar por encima del hombro para verle la cara.

—Pensar, pienso igual, pero no soy tan coherente como Milu. Si me regalaran un iPhone, como hizo su novio una Navidad, no lo devolvería, te lo aseguro.

—Tan coherente no será si tiene un novio que anda regalando móviles de mil quinientos euros. Un sabio me dijo una vez —continúa en tono pedante— que salir con una persona con determinada ideología no te hace inocente de predicar con sus ideas, y supongo que no lo comentó porque solo aplicara en mi caso: si Luz está enamorada de un capitalista, algo capitalista será.

No se me escapa el resentimiento en su comentario. Lo peor es que estoy seguro de que no lo ha dicho con el fin de arruinarnos la mañana. Le ha salido solo, como me sale a mí asumir que me giraría la cara en la ópera.

Sospechaba que entenderme con Gloria en la cama no me garantizaría que fuéramos a hacer clic fuera de ella, pero no me siento bien confirmarlo. Habría sido bonito que el simple hecho de aceptar que sentimos una atracción correspondida hubiese bastado para olvidar nuestro pasado común. ¿Lo bueno? Que uno siempre puede elegir no coger el guante. Supongo que era a eso a lo que Alison se refería con trabajar conjunta e individualmente para alejar el rencor un poquito más cada día.

—Como el propio Mario Salamanca dice siempre de forma irónica —respondo—, «hasta María de la Luz puede permitirse un defecto». En este caso, él es su cruz. —Me acerco a ella, ahora que me ha adelantado para escudriñar los complementos, y le masajeo la nuca distraídamente. ¿Por qué? Pues porque quiero tocarla. Y ahora que se ha quedado con cara de contrariedad porque no pretendía enrarecer la atmósfera, más todavía—. ¿Ves algo?

—¿Se supone que tengo que elegir yo el regalo?

—Pues claro. Si no, se lo estaría regalando yo. Para que tu agradecimiento sea sincero, tendrá que ser honesto también el detalle material, ¿no?

—Hay que ver cómo te has levantado hoy —señala, bizqueando—, con tus filosofías de barrio y tus análisis histórico-culturales.

Me encojo de hombros con aire risueño.

—¿Qué quieres que te diga? He pasado una noche de puta madre con una niña guapa. Así cualquiera se inspira.

—¿Y no será obra de los libros de geopolítica europea que tienes en la mesilla de noche? Porque no sabría yo qué pensar de que esa niña te inspirara a radicalizar más tus opiniones.

—Mis opiniones ya estaban radicalizadas, descuida. ¿Y bien? —Abarco con la mano el amplio puestecillo—. ¿Ideas?

—No sé... ¿El collar de cuentas? ¿Los pendientes? Tampoco sé tanto sobre...

—Eh, yo a ti te conozco —me dice el hombre de mediana edad que nunca abandona la guardia. Se levanta de la silla de plástico, en la que se había acomodado para ver un partido de fútbol, y me escudriña con la mirada—. Vienes siempre con la Luz, ¿es o no? ¿Le quieres comprar algo bonito a la chiquilla? Porque si es para ella, he estado guardándole los pendientes a juego con una cadena que se llevó hace unas semanas. Al final conseguí comprárselos al que los tenía de rehén, y no quería que se los llevara otro cliente porque a la Luz le encantó el conjunto en la foto. Que al final el dinero es el dinero, y podría haberlo vendido ya, pero Luz es Luz, ¿me entiendes? Hay que respetar la fidelidad.

—Y tanto —coincido—. ¿Qué pendientes son?

—Aguanta un momento, que te los traiga.

—Pues esos son muy bonitos. —Gloria señala un par de pendientes de minerales pulidos en forma de columna hexagonal; los que empezaron a llevar las chavalas en el instituto cuando se aficionaron a las lecturas del tarot y a las leyendas sobre las energías minerales de que el cuarzo rosa las ayudaría a encontrar el amor. Dentro de lo que ofrece el puesto, son los más elegantes—. Me gustan hasta para mí.

—Pues llévatelos.

—Anda ya —se ríe—. Mi padre no me dejaría llevar nada parecido. ¿Te imaginas? Nada más los viera, me preguntaría con sarcasmo si ahora creo en la adivinación y en las propiedades curativas del agua de romero... —Su voz se va apagando.

Su padre no la reprenderá porque su padre no está en escena.

Es mi momento de demostrarle que su abandono no es enteramente negativo.

—Lo bueno es que, incluso si los ve y no le gustan, no te los va a poder arrancar de las orejas. Ahora eres una mujer fuerte e independiente —señalo, abarcándola con una venia elegante.

Ella me lanza una mirada irritada.

—Ya no dependo de él, pero eso no significa que sea independiente. Estoy comprándole un regalo a Luz en el Rastro porque me deja dormir en su casa sin pagar un céntimo.

—Eso ya se ha acabado. Ahora puedes quedarte pagándome a mí con tu cuerpo.

Era una bromita arriesgada, lo sé. La he hecho temiendo su reacción.

Por suerte, tenemos suerte y suelta un bufido que simula una risita. Me da por perdido sacudiendo la cabeza, y vuelve enseguida a la contemplación de la joyería *hippie*.

El propietario del puesto reaparece con un pendiente en cada mano. Nos los muestra, orgulloso de su adquisición. Gloria y yo nos fijamos en los tonos chillones de los abalorios, en lo copioso de las piedras huecas, e intercambiamos una mirada de horror que nos habría hecho reír si no le hubiésemos tenido respeto al vendedor.

—Me los llevo, venga —decide ella, sacando la cartera del bolsillo del vaquerito.

Porque cuando lo viste ella no se puede llamar de otra manera. Es un *vaquerito*, o un *vestidito*. Incluso si no va enseñando la piel, a mis ojos le queda de un modo tan descaradamente atractivo que resulta indecente.

Antes de pagar con un billete de cinco, Gloria busca mi aprobación con una mirada dudosa.

—No he hecho trampas, ¿no? —pregunta con tono desorientado—. Sigue siendo un regalo honesto, aunque haya seguido la recomendación del señor.

Un estúpido arrebato de ternura me pilló con la guardia baja. Intento contenerme, pero luego me pregunto para qué y por qué, si ya está todo el pescado vendido, y la tomo de la barbilla para besarla rápido en los labios.

—Cómprale lo que tú quieras, linda.

A ella se le queda una sonrisita bobalicona en la boca, y aunque intenta ocultarla girándose hacia el propietario, yo la capto y la interpreto como me da la gana: como que tampoco nos va a ir tan mal, por ejemplo. Como que esto no ha sido un desvarío de fin de semana.

—¿Vamos? —me dice, adelantándose unos pasos con los pendientes en la mano.

—Sí, ve tirando tú, que tengo que preguntarle una cosa al Montoya.

Ella asiente, encantada de seguir pululando entre los puestecillos sin sentir que nadie la acecha de cerca. Espero a que se haya distraído sorteando las mareas de potenciales compradores para atender al propietario, que sabe lo que me propongo antes incluso de que abra la boca.

—Te lo dejo por tres duros porque una mujer como esa me va a hacer más promoción llevándolos puestos que un cartel en Callao.

Su frescura al regatear me arranca una carcajada. Le cierro el trato con un solemne apretón de manos que a él le hace sonreír, y me llevo los pendientes secretamente complacido. Lo mismo ha sido un impulso patético y acabaré pagando por ello, porque siempre hay que pagar por lo que uno hace de manera u otra, así haya cometido un acto inofensivo. Pero yo, para bien o para mal, me dejo llevar en todo momento. Y es por eso que nada más localizar la coleta rubia en la plaza, aprieto el paso. En cuanto la alcanzo, le paso un brazo por la cintura. Ella alza la mirada hacia mí, y no sé si ve en mi cara que he conseguido relajarme después de hora y media de paseo, pero me corresponde con una sonrisa de esas que me ponen tonto perdido; la sonrisa de no-tengo-ni-idea-de-lo-guapa-que-soy.

Me inclino sobre Gloria con la intención de besarla. No lo hago. Espero a que ella recorra el camino que queda poniéndose de puntillas y cerrando los ojos, y, para mi inmensa satisfacción, me complace. Acompaña el beso de una caricia desde mis caderas hasta mis hombros, para lo que recorre cada rincón de mi espalda con los dedos bien separados, como si deseara abarcarme entero.

Debería haber previsto que el besito se nos iba a complicar. Para cuando quiero darme cuenta, ella tiene la respiración agitada, a mí se me ha puesto dura y algunos viandantes han detenido su paseo para censurarnos por exhibicionistas. Optamos por escondernos el uno en el otro en un abrazo estrecho, mi polla discretamente apretada contra su vientre.

—Tendría que ir a comprar una cajita para los pendientes —susurra con los labios húmedos pegados a mi cuello. Pretende esconder su rubor en el hueco de mi hombro—. No se los voy a dar así, ¿no? ¿O tiene alguna otra opinión política que deba considerar, como que el papel de regalo contamina el medioambiente?

—No creo que tenga nada en contra de que le demuestren que es muy querida —respondo, yo también rozando su coronilla con la boca. Tiene algunos pelillos electrizados por la humedad del aire. Finjo entretenerme peinándolos hacia la goma que le recoge la melena—. Pero vamos a tener que esperar a que se me baje. Hace un frío que pela y no me puedo anudar la chaqueta a la cintura para que no se note que voy... contento.

—¿Es que se te baja en algún momento? —suspira ella, como si fuera un martirio.

—¿Cuando tengo la mano en tu culo? Jamás.

—Pues ponla en otra parte, o para que no pases vergüenza nos veo volviendo al piso bailando un chotis.

Se me escapa una carcajada. Una sincera, de verdad. Y me sorprende, porque Gloria es muchas cosas, sí, y algunas de ellas me gustan, también, pero no la percibía como una persona graciosa.

Claro que hasta ahora no le he dado lugar a enseñarme su sentido del humor.

—También podemos meternos en el baño de El Corte Inglés que hay en la calle Preciados, follar un rato y salir como nuevos.

—Tú te has propuesto borrarle el clítoris. Como mínimo.

Oculto otra risotada inclinando la cabeza sobre su hombro. La chaqueta se le ha desplazado lo justo para mostrar una tentadora porción de piel. Paso la punta de la lengua desde ese punto hacia el lateral de la garganta y le doy un mordisco que convierte su débil queja en un gemido discreto.

—¿Tienes algún problema con eso? —susurro.

—Con eso no —musita, agitada—. Tengo un problema con que hay quince minutos andando

hasta la calle Preciados.

—Bueno, he dicho El Corte Inglés porque una pija como tú se merece lo mejor, pero a mí el baño de cualquier cafetería de barrio me sirve.

—¿Haces esto a menudo? Lo de tener sexo en sitios públicos, digo.

—Si te digo que sí, ¿te vas a enfadar ante la idea de que lo haya hecho antes, como te pasó cuando te enteraste de que tenía una vida sexual con María?

Ella me da el gusto de apretar los labios, mosqueada.

—No creo. Si he dormido en las mismas sábanas sobre las que María y tú os estuvisteis revolcando hace dos noches, podré soportar ser la segunda o la decimocuarta chica que te llevas a las rebajas de La Vuelta al Cole.

—No suena como si pudieras soportarlo una mierda... —Enrollo la caída de la coleta en mi muñeca y tiro con suavidad para que me mire a la cara; para que me vea regocijarme—. Y yo que me alegro.

—Capullo... —repite, y no me importa, porque es verdad. Lo soy. Se separa y me coge de la mano. Su gesto determinado es tan prometedor que me estremezco físicamente—. Vamos antes de que cambie de idea.

Capítulo 17

NO VOY A SER LO QUE TÚ ME DIGAS, ESO SEGURO

Gloria

Los desayunos en el 5°. A son una institución. No hay forma de huir de ellos. Todo el mundo se levanta a la vez: los estudiantes van a clase a las nueve, y les espera un buen rato de metro o de caminata, y los que no trabajamos hasta mediodía no nos permitimos remolonear a menudo para no incurrir en vicios indeseables. Luz es la única que a veces se ausenta porque puede ir a su estudio a la hora que le dé la gana, y no siempre le apetece hacerlo en horario de oficinista.

Pero hoy sí. Hoy damos cuenta de las sobras de los últimos días, porque, como bien dijo María, Néstor hace de comer para un regimiento y sabe preservar los alimentos.

Desde esa primera noche, he estado durmiendo en su cama. Una forma elegante de decir lo que pasa entre sus sábanas, vale, pero sí, también descansamos. No me lo propuso formalmente, y yo tampoco se lo pedí. Da la casualidad de que, por unas o por otras, nuestras jornadas laborales coinciden y nos gusta acabarlas comiéndonos a besos en el pasillo, y lo natural cuando uno se cansa de dar un espectáculo es llevarse las caricias al dormitorio.

Para cuando nos hemos hartado de tocarnos, son las tantas y él da por hecho que voy a ocupar un lado de su cama. Y hace bien, porque no me muevo ni amenazo con hacerlo.

La única vez que hice el amago de irme, Néstor, que estaba dándome la espalda a punto de dormirse, dijo:

—¿A dónde te crees que vas? Quédate donde estás, que si luego nos apetece seguir, no quiero tener que trasponer hasta el salón.

Una forma muy Néstor de comunicar que prefiere dormir acompañado.

Utilizó las palabras exactas, porque, desde luego, lo que hacemos es «seguir»; no paramos en el pleno sentido de la palabra. Incluso si no hay contacto directo, a lo largo del día hay miradas que hablan por sí solas y mensajes subidos de tono en los que nos citamos a la salida del restaurante o en la puerta de su cuarto.

Desde hace una semana, vivimos en un polvo que un día empezó y al que no le hemos visto el final todavía. Eso me tiene con los cinco sentidos alerta, la piel hipersensible y unas agujetas de las que no pienso quejarme.

—¡El correo! —anuncia Néstor, entrando en la cocina con un puñado de cartas. Verlo llegar me acelera el pulso, y no ayuda ni que aparezca con solo los vaqueros puestos, desabrochados y con la bragueta abierta, ni que me guiñe un ojo. Arroja la correspondencia sobre la mesa y me da un pellizco cariñoso en el brazo—. Aparte de las ofertas de depilación láser y números de cerrajeros, me ha parecido ver una carta para ti.

Me acerca un sobre blanco donde figuran mi nombre y el de una persona que no me suena haber conocido.

—¿Tendrá un admirador? —bromea Luz, cruzada de piernas en su asiento.

—No me extrañaría. Mira qué cara tiene. —Néstor me coge de la barbilla y tira con suavidad

para que mire en su dirección. Pongo los ojos en blanco, pero disfruto secretamente del cumplido.

Los compañeros de piso no han reaccionado echándose las manos a la cabeza. Tampoco es que hiciéramos un comunicado oficial para anunciar que nos estamos acostando, por otro lado. Luz nos vio en plena acción el día uno. Limitó su opinión a un sencillo «espero que sepáis lo que hacéis». En cuanto a Koldo, entró en la cocina una de las primeras mañanas que Néstor y yo amanecemos juntos, cuando todavía había extrañeza, y después de mirarnos al uno y al otro con cara rara, soltó:

—¿Qué os pasa con las miraditas, eh? ¡Ni que hubierais *follao*! —El silencio que se asentó entre todos fue tan significativo que puso los ojos como platos y exclamó—: ¡La hostia! ¡Habéis *follao* de verdad! *Joe*, lo que me gusta a mí un buen *enemies to lovers*... ¡y lo tengo en primera plana!

En cuanto a Ming, como no habla español, es difícil saber cuándo se enteró y qué le pareció. Tuvo que adivinarlo antes de la tarde que llamó a la puerta del cuarto de Néstor para enseñarle, orgulloso, la actualización de la libreta donde apunta los kilos que va subiendo. Entró a pesar de que él no le había dado permiso, y no se lo había dado porque estaba ocupado conmigo. Nos pilló en plena faena, como no pudo ser de otro modo, y he dicho que «tuvo que adivinarlo» antes de ese episodio porque no pareció ni remotamente sorprendido.

A mí me molestó que nos interrumpiera, pero Néstor sonrió y dijo que era adorable que se estuviera tomando tan en serio la rutina de gimnasio.

—¿Estás seguro de que «adorable» es la palabra que buscas? —le pregunté.

—Sí. Me encanta la gente tímida. Saca lo mejor de mí; me vuelvo paciente y comprensivo.

—No es tímido. Simplemente no habla. ¿Cómo es posible? Lleva años en España.

—Cada uno tiene su ritmo.

Eso es verdad. El que Néstor lleva en la cama, por ejemplo, es imparable.

Pero volviendo a la escena presente...

—Cuidadito si es verdad lo del admirador, no vaya a ser que te la roben —se mofa Koldo, que ya ha sacado su kit de fumador para prepararse el primer porro del día.

No es la primera vez que lo veo liarse uno a las siete de la mañana, pero todavía me impacta. Sobre todo me apena, porque habría que estar ciego para no captar el gesto aprensivo con el que Luz y Néstor se resignan a verlo caer una vez más en las garras de la adicción.

—El que no me la va a robar eres tú, eso seguro. Gloria parece monógama, y se pondría celosa de tu estrecha relación con Mary Jane. —Néstor apunta al cigarrillo con un gesto de cabeza que no disimula en absoluto sus recelos. De un salto, se encarama a la encimera, y ahí sentado se queda con su café en la mano.

¿Sueno muy obsesionada si digo que incluso el modo en que sostiene la taza me atrae? Ignora siempre el asa y la sujeta con las yemas de los dedos por el borde; dice que le gusta que el calor humeante que desprende le caliente la palma. También el cigarrillo lo mantiene suspendido en el aire siguiendo sus propias reglas; no entre los dedos índice y corazón, sino con el pulgar y el que le sigue. Todo lo que hacen sus manos suscita mi interés. Cuando cocina, cuando cree que estoy dormida y aprovecha para sombrear los bocetos de sus murales, cuando me acaricia la pierna desde el hueso de la cadera hasta el tobillo para quitarme las medias; siempre estoy yo ahí, pendiente del movimiento de sus dedos.

Las manos me recuerdan que me traigo un sobre entre las mías, y procedo a rasgarlo atenta a la conversación.

—¿No te ibas a quitar? —aprovecha para preguntar Luz. Emplea la fingida informalidad que exige plantear semejante duda para que una persona en la situación de Koldo, y esto es, a la defensiva cuando se trata de su adicción, no se le eche a la yugular.

—Sí, pero ya mañana. Me tengo que acabar la última maría que pillé. Cuando termine, no compro más, *jurao* —asegura, levantando una mano.

Me pierdo el resto de la conversación nada más leer el primer párrafo de la carta dirigida a la atención de Gloria Valdecasas de León. No he relacionado el nombre del remitente porque debe de tratarse del administrador de la compañía, uno de tantos trabajadores sin rostro de la escena artística, pero sí sé quién es la mujer que firma la invitación.

—No me lo puedo creer —murmuro con un nudo en la garganta.

—Es Hacienda, ¿verdad? —se lamenta Koldo en mi nombre, sacudiendo la cabeza con decepción. Hace una pausa para lamer el borde del papel del canuto—. Siempre igual... Son lo peor, tío.

—¿Qué le va a pedir Hacienda, si todavía no paga impuestos? —se mofa Néstor—. Y, si a esas vamos, ¿qué te ha hecho Hacienda a ti, capullo? ¿Ahora declaras lo que ganas vendiendo porros?

—¿Ha pasado algo? —interviene Luz, asomándose con preocupación sobre mi hombro.

Siempre ha sido muy cariñosa conmigo, pero desde que le entregué el regalo, si es que a eso puede llamarse regalo, y le expliqué entre balbuceos que lamentaba si la había incomodado en su propia casa, hemos afianzado nuestra relación. Me gusta pensar que ya no somos compañeras de piso, sino... amigas en su fase beta.

Y como las amigas en su fase beta se cuentan las novedades, le enseño el papel.

—La Orquesta de Jóvenes Promesas me invita a hacer una audición hoy para optar a formar parte del cuarteto de cuerda. Según la fecha, la carta ha pasado un par de semanas escondida en el buzón.

—¿Y qué? Si es esta mañana, todavía puedes ir —señala ella con una sonrisa de oreja a oreja—. Fíjate: es a las doce y media, y todavía son las ocho. Te da tiempo a prepararte, ¿no? ¡Qué ilusión! ¡Esto son muy buenas noticias, Gloria! —insiste al ver que no reacciono.

No sé por qué busco a Néstor con la mirada. Se ha enterado de la película y no ha dudado en bajarse de la encimera para leer por su cuenta el contenido de la carta.

—Llevo semanas sin practicar —balbuceo, nerviosa—. Ni siquiera sabría qué pieza... presentar. No han puesto por escrito ninguna pauta, ni recomendaciones de repertorio, ni...

—Toca la que mejor se te dé, entonces. Y puedes empezar a practicar ahora —propone Néstor—. Nosotros escuchamos.

En el frenético asentimiento de Koldo, en el guiño de Luz y en la sonrisa ladina de Néstor hallo la fuerza para planteármelo seriamente.

Había renunciado a la posibilidad de trabajar como músico. No ya cuando mi padre me echó con cajas destempladas, obligándome a buscar un trabajo que me mantuviera, sino mucho antes. Estaba convencida de que mi familia al completo tenía razón, y una persona como yo, acostumbrada a la comodidad, no sobreviviría a la precariedad del mundo artístico.

Pero ya estoy conociendo la precariedad de primera mano. Gano el salario mínimo en El tercer deseo. ¿Qué tendría de descabellado que optara a un puesto de violista? Aunque no me haría de oro, sí cobraría más que ahora. Veintidós mil euros anuales como mínimo.

Devuelvo la vista al papel.

«Estimada Gloria», empieza diciendo. Menciona que recibieron mi currículum y lo leyeron

con dedicación, y que, a pesar de que la inexperiencia puede jugarme en contra en otras orquestas, ellos cuentan como un plus que acabe de graduarme en el conservatorio superior. Buscan jóvenes talentos, y el objetivo a largo plazo es tener proyección internacional.

Recuerdo haberles mandado mis credenciales sin la menor esperanza al ver que la directora era ni más ni menos que Violeta Casanovas, un prodigio del mundo clásico que abandonó no solo la Orquesta Sinfónica de Madrid, sino también la Nacional de España para perseguir sus ambiciones.

—¿Qué necesitas? —pregunta Néstor, solícito—. ¿Hay que grabarte algo en un disco para que toques por encima? Porque te lo puedo montar en un momento con el ordenador. Estoy harto de pasarme películas del Torrent al DVD porque esta tele vieja no tiene ni HDMI.

Koldo tuerce el gesto.

—¿En qué idioma acabas de hablar? ¿Torrent? ¿HDMI?

En un gesto rápido que nadie ve venir, Néstor le quita a Koldo el canuto de los dedos.

—El idioma de los que tienen un empleo y no se pasan el día emporrados, colega. Se aprenden cositas cuando uno sale a la calle, como, por ejemplo, a piratear la última de Scorsese —señala después de dar una calada al porro y expulsar el humo en lugar de tragárselo—. Muy buena, por cierto.

—¡Devuélvemelo! —se queja Koldo.

—Hay un fragmento para viola de Verdi, *Miserere* de *El Trovador*... —murmuro para mí misma. Luz ladea la cabeza para escucharme con atención—. A lo mejor podría sacarlo adelante a pesar de no haber practicado. O *Bolero* de Las Vísperas Sicilianas. Quizá con ese pueda demostrar lo que soy capaz de hacer, porque es más complejo..., pero también más arriesgado. El borrador de Bartók es una posibilidad...

—¿Qué crees que valorarán más? —pregunta Luz con genuino interés, aunque sigue con la mirada el bailecito de Néstor para evitar que Koldo le coja el canuto. Lo coloca por encima de la cabeza y le vacila guiñándole un ojo, sacándole la lengua, haciéndole cosquillas con la otra—. ¿Que seas ambiciosa, o que vayas a lo seguro?

—Pues teniendo en cuenta que se trata de Violeta Casanovas, creo que valorará que sea ambiciosa y que defienda la pieza a la perfección; las dos cosas —me lamento—. Supongo que estará en el jurado de la audición. Es la directora de la orquesta.

—¿Violeta Casanovas, has dicho? ¿La hermana de Óscar?

—¿Óscar? ¿El vecino?

—Ajá. Tiene cuatro hermanas, y una de ellas se llama Violeta y se dedica al mundo de la música. Tocaba el violín, si no recuerdo mal.

—El violín, la guitarra y el piano. Se ha especializado en un instrumento de cada categoría de cuerda —señalo con orgullo. Llevo diez años siguiendo su carrera con fervor—. Es la persona más talentosa que ha nacido en España en los últimos años, porque, además, compone, y...

—¡Dámelo ya, coño! —grita Koldo—. ¡O te parto la puta cara!

Todos nos quedamos helados al ver que se abalanza sobre Néstor, y no para hacerle uno de sus placajes amistosos. Lo mantiene agarrado del cuello con los ojos inyectados en sangre. Apuesto el alma a que le habría soltado un puñetazo si la víctima no hubiera sido más rápida defendiéndose con las dos manos en alto.

—Tranquilo, chaval —le dice Néstor en el tono que se utiliza con los niños y con los enfermos mentales. Lo mira a los ojos sin ambages, esperando que se avergüence de su reacción

—, que yo te lo devuelvo si es tan importante para ti.

Koldo parece caer en la cuenta de que ha actuado de un modo exagerado. Su comportamiento delata el nivel tan dañino que ha alcanzado la obsesión que sus amigos llevan no sé cuánto tiempo tratando de hacerle ver.

Suelta a Néstor como si le hubiera lanzado una descarga y da un paso hacia atrás, tan pálido que parece que vaya a desmayarse.

—Lo... lo siento, tío —balbucea sin mirarlo a la cara—. No sé qué me ha dado, es que me he puesto nervioso. A nadie le mola que le toquen los huevos con tonterías, ya sabes, pero, vamos, que no es excusa... Si es que no sé qué me pasa —reconoce, frotándose el cuello con un movimiento frenético.

Pero lanza una mirada anhelante al canuto que Néstor sigue sujetando entre los dedos.

—No te preocupes —resuelve él con naturalidad. Mira el cigarrillo que ha provocado el problema, y decide alargar la mano hacia el cajón de los cubiertos para sacar unas tijeras. Ante la mirada atenta de todos, Néstor reduce el tamaño del porro a la mitad con un sencillo corte, y entonces se lo entrega—. Vamos poco a poco, ¿eh?

—¿Qué vas a hacer con eso? —pregunta, señalando la mitad cercenada.

—Por ahora, la guardaré a buen recaudo —promete, y se lo mete en el bolsillo del pantalón. Luego se gira hacia mí, como si no hubiera pasado nada, como si su amigo no lo hubiera amenazado por medio cogollo de maría. Me acaricia el pelo al pasar por mi lado—. ¿Quieres que te lleve al teatro?

—¿No tienes nada que hacer?

—A la una empieza mi turno en el restaurante. Te puedo dejar y luego me voy a lo mío.

—¿No es... un problema?

—Para nada. —Me guiña un ojo y sale de la cocina, donde el aire se ha quedado cargado por la tensión. Koldo se sienta encogido sobre sí mismo. Mira con gesto lastimoso el canuto de maras.

—Cariño —lo llama Luz con suavidad, y espera a que él alce la barbilla—, entiendo que una adicción siempre es complicada, y que no podemos pedirte que te cures milagrosamente. Pero pegarle a tus amigos por un porro cruza los límites tolerables. Lo comprendes, ¿verdad?

Luz es admirable. No conozco a ninguna persona que consiga sonar tan contundente y amorosa al mismo tiempo. Es imposible mosquearse con ella cuando se propone arreglar el mundo, porque no se puede decir que le haya hablado mal, le haya pedido la luna en bandeja de plata o haya sido injusta.

Koldo asiente, avergonzado. Su castigo es que Luz se marche a su habitación acto seguido, y que yo haga lo mismo sin otro remedio para por lo menos afinar el instrumento antes de presentarme en la audición.

—Lo siento, Gloria —le oigo decir en voz baja.

Ya bajo el umbral de la puerta, me giro con extrañeza.

—¿Por qué? No me has hecho nada.

—Ya, pero... A nadie le gusta estar en medio de algo chungo. Tendrás que poder sentirte cómoda en tu casa, ¿no? —añade con una sonrisa triste, de esas que uno mismo regula presionando los labios.

Su modestia me deja el corazón en un puño por todo lo que implica. Él ya ha asumido que formo parte del cuadro familiar; no anda rajando de mí cuando no estoy porque todavía no haya podido contribuir al alquiler. Y no puede ni imaginarse lo mucho que eso significa para mí.

Aunque no me siento tanto una molestia ahora que Luz y yo hablamos sin tapujos y Néstor no me odia, sigue avergonzándose mi etiqueta de parásito.

Su reafirmación me alivia tanto que siento que debo darle las gracias.

Sé que, cuando se pasa de la raya, hay que tenerle paciencia, pero no demostrarle afecto para que no piense que se le perdonará todo; es lo que hacen Luz y Néstor en estos casos, además de borrarse de inmediato para que el chico reflexione. Yo me cargo la dinámica de aprendizaje inclinándome para reconfortarlo con un abrazo.

Es una postura ortopédica, porque Koldo está sentado, y yo, de pie, pero corresponde mi gesto como si llevara toda la vida necesítándolo. Le doy un beso en la coronilla, él me desea suerte en mi empeño, y minutos después estoy revoleando mi maleta en busca del modelito ideal.

Lo bueno y lo malo de vivir en la casa de otro es que no conservas la totalidad de tu armario, y eso te obliga a elegir entre un par de opciones. Es otoño, y estamos hablando de una audición seria: un pantalón príncipe de Gales, un jersey básico de cuello vuelto y unas botas me harán el trabajo.

Cuarenta minutos después, ya estoy peinada, maquillada y lista con mi viola al hombro para que Néstor me lleve al teatro, donde con suerte dispondrán de un par de salas vacías para practicar a solas mientras llega mi turno.

Él me está esperando en el portal recostado contra su moto. Lleva la chupa de cuero abrochada hasta la barbilla, unas gruesas botas de metalero y la barba de varios días, negra como el ala de un cuervo. Le da caladas impacientes a un cigarrillo mientras consulta su móvil para hacer tiempo.

Al pensar en lo diferentes que pareceremos ante los demás, me viene a la mente una de esas parejas de los libros de Federico Moccia: el chico malo con la niña buena, el rompecorazones con la virgen, el tío de barrio con la chica pija.

Solo que no somos una pareja, claro. No me vendría mal tenerlo presente, aunque haya pasado los últimos días durmiendo en su cama y duchándome acompañada; aunque se preste a llevarme y traerme cuando necesito ir a alguna parte, me consuele con caricias en el pelo si me despierto en plena pesadilla y me prepare el desayuno.

«También lo habría hecho por María», me recuerdo. Y, esta vez, no lo hago con resentimiento... O no solo con resentimiento. Una parte de mí tiene muy presente el modo en que Borja y sus amistades se referían y dirigían a las mujeres. Saber que Néstor emplea otros métodos a la hora de relacionarse con ellas, como, por ejemplo, tratarlas como seres humanos, me llena de orgullo.

—Tú tampoco deberías fumar —comento en voz alta.

Él levanta la cabeza y me mira de arriba abajo antes de arrojar el resto del cigarrillo a la acera.

—Yo no estoy enganchado. Fumo si estoy melancólico, o si un arrebato de inspiración me llena de energía y necesito desahogarla de alguna manera..., como dándole al pucho de forma compulsiva. No lo hago ni todos los días —añade—. Ni siquiera todas las semanas.

Eso es cierto. El sabor del tabaco no me disgusta, pero eso no significa que no lo note a veces, cuando me besa. Ahora que la dinámica es tocarnos cada vez que nos quedamos a solas, puedo saber con plena certeza cuándo ha estado fumando, y casi nunca huele a humo.

Huele a él.

Parece una tontería romántica que se dice cuando estás en el séptimo cielo, pero no por ello carece de certeza. Uno se acostumbra al aroma corporal de las personas con las que comparte la

cama, y cuando compartes la cama con ellas porque te vuelven loca, a veces te sientes como un lobo, como un perro, una bestia con un olfato hiperdesarrollado que podría oler su sangre y su excitación en diez kilómetros a la redonda. A lo mejor es porque estamos en esa fase de tanteo y tonteo en la que solo pensamos en devorarnos, pero noto que me transformo como un licántropo todas las noches, haya luna llena o no; que lo huelo o lo siento cerca a partir de cierta hora del día, cuando está desocupado y sé que puedo reunirme con él, y se me pone la piel de gallina.

Como justo ahora. Se acaba de duchar y, aun así, mis sentidos revolucionados perciben lo que hay bajo la capa de gel corporal, ese aroma natural adherido a la piel que me gusta morder, besar, lamer.

A veces cedo a mis locos impulsos y me pego a él, o le paso un brazo por la cintura, o lo pillo desprevenido con un beso porque no puedo soportarme a mí misma, porque me vence la impaciencia de que nos fundamos en uno solo. Pero otras recuerdo a tiempo que hace una semana todavía nos odiábamos, y doy por hecho que tarde o temprano nuestra incomodidad estallará por algún lado. Para cuando volvamos a la dinámica habitual, me convendrá que no pueda echarme en cara o recordarme con regocijo que hubo una temporada de tregua en la que no podía parar de tocarlo.

No es que me sienta violenta a su lado. Hay ratos en los que se me olvida que nos caíamos mal. Hay ratos en los que creo que estoy enamorada, incluso; efecto del exceso de oxitocina, supongo. A veces pienso que somos amigos, y me emociono. Pero al mismo tiempo nos siento dando vueltas el uno alrededor del otro como en una danza antigua, vigilándonos de reojo. Cuando hablamos, a mí se me escapan comentarios fáciles de malinterpretar, y él, más por tradición que porque quiera, escoge la respuesta que podría haberme herido en el pasado.

Pero nos enmendamos enseguida... O lo intentamos.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja en cuanto me tiende el casco. Él enarca una ceja—. Por lo de Koldo. No ha sido muy agradable, y sé que te preocupa.

Néstor compone una mueca a caballo entre la tristeza y la resignación que consigue dolerme físicamente. Se limita a negar con la cabeza, dando a entender que prefiere no hablar de ello, y me pregunta en su lugar:

—¿Sabes qué vas a tocar?

—Un concierto para viola de Penderecki.

—¿Te lo sabes de memoria?

—Ajá. Fue una de las que toqué para mi trabajo final del grado superior. En el conservatorio —específico, mirándolo de reojo para adelantarme a su reacción.

Hace unas semanas me habría preparado para que Néstor sonriera con desdén e hiciera alguna apreciación del tipo «*in il cinsirvitiri*, porque soy MUY millonaria y puedo tocar el violín y estudiar Derecho a la vez». Sigo en guardia cuando le pongo en bandeja una réplica ofensiva, pero mientras que una parte de mí está convencida de que me va a salir con esas, hay otra, más poderosa, que anhela su aprobación. Quizá porque no es tan difícil tenerla. Néstor admira a todas las personas de este país que se levantan a las cinco de la madrugada para ir a trabajar, pero también a las que hacen cola en la oficina de empleo; a las que son responsables con su empleo, y a los que lo odian con toda su alma.

—Tiene mérito —señala él, ajeno a mis pensamientos. O no mucho, porque me pasa un brazo por la espalda en una caricia apreciativa, e introduce la mano en el bolsillo trasero del pantalón. Siempre se inventa una forma de estar en contacto conmigo, y me sorprende. Nunca lo habría

imaginado del tipo cariñoso—. Conservatorio y universidad a la vez... No me quiero ni imaginar lo duro que es compaginar ambas cosas.

—Casi tanto como tener dos curros.

—Curros, ¿eh? —Me sonrío—. Koldo y yo te estamos contagiando la forma de hablar. A ver si te vas a presentar ante el grupo de pijos de la orquesta diciendo que eres «la Gloria» y planeas «tocarles un temón guapísimo».

Entre risas, espero a que él suba a la moto primero. Con las piernas abiertas sobre el asiento, me pone el casco, que seguía en mis manos, muerto de risa. Tira de los extremos que lo abrochan para acercarme a él. Lo ajusta debajo de mi barbilla con una media sonrisa, y se toma un momento para mirarme.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Y cuando esté allí, será peor.

—¿Quieres que llame a alguien para que esté en la audición? He oído que no suelen ser a puerta cerrada. O me puedo quedar yo, si quieres. Si no temes que le dé una mala impresión al jurado —añade con ironía. Aunque le haya cambiado la entonación a sus comentarios, esos que referencian unos prejuicios en teoría superados, sigue haciéndolos; no puede evitarlo.

—¿No te esperan a la una en el restaurante?

—Sug está enamorada de mí. Me lo perdonaría todo. Y una vez al año...

—Que parezca Campanilla no significa que te vaya a disculpar esa clase de chanchullos.

—Quiero verte actuar en vivo y en directo. Eso no es un chanchullo. Me estoy culturizando —apostilla en tonillo pedante.

—Si pretendes culturizarte —respondo con la misma inflexión resabida, ayudándome de su mano para subir a la moto—, esta misma tarde te preparo una lista de reproducción en Spotify con los mejores solos para viola interpretados por Luis Llácer. Es un concertista reconocido como catedrático por los conservatorios de Madrid, Valencia, Granada, Murcia...

—¿Una lista de reproducción musical me vas a dedicar? ¿Una para mí solito? Cuidado, marquesa, a ver si me voy a enamorar —bromea, y arranca el motor acto seguido.

Menos mal, o se habría dado cuenta de que la sola posibilidad me ha subido el color a las mejillas.

Me ruborizo porque eso de enamorarse suena muy grande, no porque tenga la menor idea de qué significa. Siempre sospeché que no sentía nada por Borja, que incluso en los buenos momentos, mis sonrisas, mi comodidad, fueron resultado de las manipulaciones y saboteos a los que me sometía yo misma para convencerme de que estaría bien, de que *estaríamos* bien; de que la vida que mi padre quería para mí era la única posible, y no por ello menos maravillosa. Pero ahora que he descubierto que las novelas no exageran, que de verdad se puede sufrir físicamente por el deseo de estar con alguien, ha quedado confirmado que mi exnovio nunca significó nada para mí.

Entonces, ¿qué es estar enamorado? ¿Se supone que no lo he experimentado nunca? ¿Lo experimentaré algún día? ¿Y qué hay de Néstor? No es que nos pasemos el día entero en la cama; hacemos casi todas las comidas juntos, hablando de naderías, trabajamos en el mismo restaurante, nos tomamos descansos a la vez, y es físicamente imposible encadenar un polvo con otro sin parar para respirar. Desnudos y sudando también charlamos. Pero nunca profundizamos demasiado. Pese a querer hablarle de mis inquietudes, me intimida el hecho de darle tanto de mí a un hombre del que también deseo saberlo todo.

Llegamos a la dirección que le he dado al cabo de veinticinco minutos. Todavía queda un rato

para que comiencen las audiciones, así que no me meto prisa para entrar y espero a que aparque a cien metros de la puerta del teatro.

Cuando lo veo caminar hacia mí, guardándose las llaves en el bolsillo y poniéndose las gafas de sol para que el nublado cegador no le afecte a la vista, un escalofrío placentero me estremece entera.

Hablando en plata, no me puedo creer que este tío se haya fijado en mí. Está tan bueno que un grupo de jubiladas de la cafetería de enfrente pausan su escandalosa conversación para mirarlo con ojos golosos. Parece sacado de *Grease*, o de un catálogo de moda *grunge*, o de los sueños húmedos de una punk.

O de los míos, que de punk tengo poco.

—Si me sigues mirando así, vas a tocar la viola más bien poco —me advierte en cuanto llega a mi altura. Me besa en la comisura de la boca, un vicio que tiene que a mí me pone nerviosa, y me escolta hacia el interior rodeándome la cintura.

A ver, no quiero fliparme, pero ¿no se comporta como si fuera mi novio? Más allá de traerme, que haya sido un gesto gentil que tiene con cualquiera, o de que pasáramos un domingo paseando por Madrid con artículos del Rastro en el bolsillo y gofres en la mano con la que no tocábamos al otro..., ¿no es así como se desenvuelve un novio? ¿Un novio no te acompaña, te da ánimos y te besa por la calle? Ayer me hice la dormida para confirmar que era él quien me tapaba hasta el cuello cuando el edredón se desliza por mis hombros, y hace tres días me trajo el desayuno a la cama.

¿Será que se propone terminar de demostrarme, o incluso restregarme en la cara, que he estado terriblemente equivocada con él y nunca se mereció que le devolviera los menosprecios?

¿Estoy pensándolo demasiado?

Habría seguido haciéndolo si no hubiese reconocido una figura familiar en el hall del edificio. Al principio no le doy importancia, porque no es la primera vez que, en mi esplendor neurótico, creo ver a Borja por la calle.

Pero esta vez sí es Borja.

Aunque se haya cortado el pelo y tenga cara de no haber dormido en cien años, es él.

El último recuerdo que tenemos juntos se escapa de la oscura mazmorra en la que lo había encerrado. No como un menosprecio hacia él, sino para poder seguir mi vida con una normalidad impostada.

Mentiría si dijera que no vigilo mis espaldas cada vez que salgo a la calle.

—Te estaba esperando —anuncia sin ambages. No me mira a mí, sino a Néstor, que se ha tensado de la cabeza a los pies al reconocerlo—. Tenía la sospecha de que te presentarías a esta audición. Como ahora no hay quien te localice, he pedido que me avisen al correo cuando haya algún concierto o evento cultural de este palo.

—Ya veo que estás en tu día menos acosador —masculla Néstor entre dientes.

Yo iba a decirle algo por el estilo. Prueba de ello es que haya arrugado el ceño.

—¿Qué haces con este tío, Gloria? —me pregunta, ignorándolo con frialdad.

—Me... ha traído a la audición —logro articular. Me obligo a empujar el malestar al fondo de mi estómago, aunque se transforme en una descomposición que me impida tocar. Estamos en un sitio público; no me va a hacer daño—. Ahora vivo con él... y con otras personas.

Se me forma un nudo en el estómago, como si mi cuerpo supiera antes que yo misma que he dado la respuesta equivocada. Lo confirmo al girarme hacia Néstor y ver que su expresión se ha ensombrecido. Se siente traicionado, y entiendo por qué: he excluido deliberadamente lo que es

para mí, mucho más que el tío que me trae a la audición o que vive conmigo.

Incluso cuando nos odiábamos era más especial que eso.

Borja capta mi mirada de disculpa y la interpreta de maravilla.

—Al final lo has conseguido. Te lo has follado —murmura en estado de shock. En cuanto asimila sus propias palabras, se lleva una mano a la sien, como si le hubiera dado un mareo—. Te lo has follado... Dios. ¿En serio, Gloria? De verdad te has propuesto echar por la borda la educación y los privilegios que te ha dado tu padre.

—Follar conmigo también puede ser un privilegio; uno de otro tipo, claro —interviene Néstor, dirigiéndose hacia él con toda la intención de amedrentarlo—. Si quieres probarlo un día para saber de lo que hablo, ya sabes dónde estoy... Aunque si te doy mi consentimiento, lo mismo no te apetece tanto, ¿no, hijo de puta?

Detengo su paseo adelantándome con un brazo extendido.

—No digas más —le ruego yo. Lo último que quiero es una bronca en un día importante, o enfadar a Borja lo suficiente para verme de nuevo en desventaja—. Voy a hacer una audición ahora y necesito estar tranquila, Borja. Si quieres hablar conmigo, ¿no podemos dejarlo para después? —sugiero. No tengo la menor intención de darle la oportunidad de acercarse, ni ahora, ni luego, pero haré lo que sea para aplacarlo.

—¿En qué momento se han convertido el violín y el vecino en las dos prioridades de tu vida? —contraataca con los puños crispados—. A la Gloria que yo conozco no se le habría ocurrido darme la espalda. Ni a mí, ni a su padre.

—No hace falta que menciones a mi padre todo el tiempo. Sé muy bien cuál es su opinión, y es algo que gestionaré por mi lado —me atrevo a replicar en voz alta, más porque tengo presente la rabia hacia Valdecasas de León que porque haya ganado seguridad—. ¿Qué es lo que quieres de mí, Borja?

Da un paso adelante y me rodea el hombro con una mano. Tan simple contacto me hiela la sangre, y consigue enfurecer a Néstor de tal manera que interviene empujándolo por el pecho.

—No la toques, ¿me oyes? —le amenaza, señalándolo con el dedo—. Ni te acerques.

—Néstor... —musito, no sé muy bien con qué objetivo.

—¿Qué coño está pasando? ¿Quién se ha creído que es? —ruge, ofendido porque Néstor se atreva a intervenir—. Quiero que me expliques a qué estás jugando. Trabajando de camarera, liándote con un don nadie, manteniéndome bloqueado en todos lados... ¿Qué coño te pasa? Tu padre me ha dicho que, si necesitas un psicólogo...

Se me escapa una carcajada más histérica que incrédula.

—¿Es mi padre quien te ha dicho que vengas a darme un mensaje?

—Está preocupado por ti, y no es para menos. A saber qué será lo siguiente. ¿Hacerte un tatuaje en el cuello? ¿Echarte a las drogas? Te estás echando a perder, Gloria, y es importante para tu padre que lo arreglemos.

Veo que Néstor abre la boca. Le pongo una mano en el pecho para que permanezca en silencio, y él obedece, vaya uno a saber por qué. Quizá porque coincide conmigo en que ha llegado el momento de zanjar el asunto.

—¿Que lo arreglemos? ¿El qué? ¿Que me esté echando a perder?

—No. Lo nuestro —aclara Borja con seriedad—. Cuando estabas conmigo, todo te iba mucho mejor. Yo te hacía bien.

Esta vez no me sale la carcajada. De hecho, la garganta se me cierra y no puedo respirar. Me parece tan inverosímil lo que estoy escuchando que me quedo en shock. Buscaría con la mirada a

Néstor de nuevo si no fuera porque con ello lo estaría invitando a unirse a la discusión.

—¿Eso estabas haciendo el otro día, en la fiesta? ¿El bien? —señalo con la voz temblorosa, y no por el miedo, sino por un acceso de rabia. Borja tiene la decencia de palidecer—. Porque la policía no opinaría lo mismo. Podría haberte denunciado.

—Anda ya —desestima, aunque rígido como una estaca—. Iba muy borracho y estaba enfadado y dolido, Gloria.

Sea porque es el ejemplo que tengo más cerca o porque la diferencia clama al cielo, me acuerdo de lo que hizo Néstor estando borracho: bailar conmigo hasta que se me pasara el susto y dedicarme los halagos sucios de su repertorio, los que cualquier chica querría oír cuando tiene a un hombre besándole el cuello.

Me acuerdo, también, de lo que hace Néstor estando enfadado: llevarme a mi casa después de que arme un escándalo en la fiesta de mi padre, quitarme los zapatos y meterme en la cama. Todo eso creyendo aún que yo lo tenía por un asqueroso inmigrante ilegal.

—Voy a ser breve porque no me sobra el tiempo y no quiero seguir hablando contigo —retomo en cuanto me siento con fuerzas para encararlo—. Tú y yo no íbamos a ninguna parte. Capta la indirecta y sigue con tu vida. Y dile a mi padre que no necesito ningún psicólogo para tratarme la rebeldía, que bastante tengo con estar en terapia para arreglarme los desbarajustes emocionales que su crianza «ejemplar» —recalco las comillas con los dedos— me ha dejado. No vuelvas a venir a un sitio en el que sepas que voy a estar para tenderme una trampa, ¿de acuerdo? Tú y yo no somos nada, ya no te debo explicaciones, y si alguna vez, en un momento de locura transitoria, me hubiera planteado mantener una amistad contigo, acabaste con la oportunidad en cuanto me pusiste la mano encima. —El recuerdo de lo sucedido me ha arrebatado la determinación con la que te protege la rabia, pero no por eso me callo: sigo hablando aunque me tiemblen la voz y las piernas—. Da gracias porque aún te mire a la cara y no haya tomado serias medidas, y desaparece de una vez.

Me abrazo a la funda de la viola y me doy la vuelta para escabullirme al interior del teatro. Borja no consiente que lo deje con la palabra en la boca, y da un paso para agarrarme del brazo. Néstor lo impide situándose como un bloque de granito entre los dos. No actúa, aun así, y deja que él lance su advertencia:

—Te vas a arrepentir de lo que estás haciendo, Gloria. Y cuando te des cuenta de que te has portado como una estúpida niñata y como una zorra, me vendrás llorando y suplicando que te acepte otra vez de vuelta. Pero no lo haré, te lo aseguro; ningún hombre decente quiere a una puta que se ha estado follando a todos los moros de su barrio de mierda.

—¿Y dónde están esos hombres decentes, gilipollas? Porque yo solo veo a un mierda sin amor propio —interrumpe Néstor. Vuelve a empujarlo por el pecho, lo suficiente para que retroceda unos pasos, y lo señala con el dedo—. La has oído, ¿no? Pues no te vuelvas a presentar sin invitación, o te va a caer una que no vas ni a ver venir. ¿Te has enterado?

—El que se podría enterar si me pusiera un dedo encima, serías tú, delincuente.

Miro a Borja con los ojos como platos, pasmada por la maldad que rezuma. Néstor solo suelta una carcajada envenenada. Avanza hacia él con todo el cuerpo en tensión. Él en sí mismo presenta una amenaza, y Borja no es imbécil: retrocede enseguida, aunque impotente, porque sabe que tiene las de perder.

—Acepta que no te quieren ni en tu puta casa y hazte el favor de pirarte, ¿quieres?

Borja enrojece hasta la raíz del pelo, pero esta vez no se defiende. Me lanza una mirada cargada de resentimiento, reta a Néstor permaneciendo unos segundos más de pie ante él, y

segundos después se está marchando por donde ha venido.

No consigo respirar aliviada a pesar de que me he librado de una buena. Quizá porque sé que en el fondo no me he librado de nada, y que esto no ha hecho más que empezar, porque mi padre no es una persona que acepte que le lleven la contraria.

«Te estás echando a perder, Gloria», ha dicho Borja. Pero lo he oído como si lo hubiera pronunciado Valdecasas de León con ese tono demandante que acompaña de toda su decepción.

No soy del todo consciente de que sigo en trance hasta que unas manos me rodean los hombros.

—¿Estás bien? —pregunta Néstor, buscando mi mirada. No hay ni rastro de la irritación anterior, la que le ha obligado a apartarse de la discusión—. ¿Gloria?

—Sí, sí... —musito, pero no es verdad. Me tiemblan las manos, y solo ahora comienzo a interiorizar las implicaciones de lo que ha pasado. Borja sabía que estaría aquí. ¿Cómo ha podido adelantarse a mí hasta ese punto, si yo, al levantarme esta mañana, no estaba segura?—. Solo necesito... Yo no... —La voz se me quiebra. Néstor lo interpreta como la señal para envolverme con sus brazos—. ¿Por qué tienes que ser tú quien me rescate? —me rebelo, separándome lo justo para mirarlo a los ojos—. ¿Por qué no es suficiente con que yo le ponga el alto para que se largue? Se lo he dicho con meridiana claridad, ¿no? Le he dicho que no lo quiero, que adiós muy buenas, y que le pase el mensaje a mi padre. ¿Por qué ha seguido? ¿Qué hacía aquí? ¿Tan vulnerable y patética me ven, que simplemente ignoran lo que les he dicho que siento? —En un momento de mi desahogo, caigo en la cuenta de que esto no solo me entristece, sino que me enrabieta. Me enfurece. Arrugo el ceño, contrariada, y sigo hablando, ahora en voz alta y con las manos apoyadas en sus hombros—. ¿Por qué me tratan como si fuera una niña que no sabe lo que quiere? Estoy harta de que me hablen con condescendencia, y de que me amenacen, y de que me recuerden que vivía en una cárcel. ¿Y qué si quiero tatuarme el cuello mañana? ¡Me dan ganas de hacerlo solo para que les jodan!

—Tomar decisiones en función de lo que vaya a molestar a tus enemigos no es el comportamiento más maduro, y te lo digo por experiencia —replica Néstor con tiento—, pero lo que quiera la niña, ¿eh? Si te apetece tener una mariposa a color al estilo *old school* en la nuez de Adán, pues así sea.

—¿Sabes qué es lo que pasa? Que me he dejado llevar por la corriente durante tanto tiempo que al final tienen razón: no sé lo que quiero. Y no sé lo que quiero porque tampoco sé quién soy.

—Date algo más de crédito. Sabes que te gusta tocar la viola, sabes que te gustan los cuellos vueltos... —Acaricia el borde del jersey. Su sonrisa se atenúa, inclinándose hacia la coquetería—. Sabes que te gusto yo.

—Sí, y se supone que soy una pija insufrible, según tú, pero no soy lo bastante pija para mi familia. ¿Entonces? ¿Lo soy, o no lo soy? Eso por ponerte un ejemplo. Es como si tuviera que encajar en una definición predeterminada de carácter para merecer el respeto de alguna tribu urbana, porque por ahora, y como ya has visto, no me respeta ni Dios.

—No te respetan ellos —replica—, pero porque no tienen respeto por nadie. Hay gente que no solo te escucha, sino que te aprecia. Mira a Luz —añade enseguida, no vaya a ser que me piense que se refiere a él—. Y lo hacía antes de que le regalaras los pendientes.

—No lo sé. No es suficiente. No me siento suficiente. No debo serlo, juzgando por lo que acaban de demostrar.

—Bueno, no tienes que decidir quién quieres ser en el recibidor de este teatro. Pero te diré un

secreto. —Se inclina sobre mí y añade en voz baja—: La mayor parte de los veinteañeros de este mundo tampoco tienen ni la mejor idea de cómo definirse. No eres especial en ese aspecto.

—¿Y en qué aspecto lo soy? —Enarco una ceja.

—Podrías serlo en el de violista si te recompusieras, entraras en la audición y le volaras la cabeza al jurado. ¿O vas a permitir que ese cerdo te arruine la función? Yo, que me conozco tu rabia mejor que nadie, apuesto el alma a que puedes aprovecharla para tocar como nunca lo has hecho antes.

Se aparta para hacerme un gesto de invitación hacia las puertas del teatro. «Adelante», expresa su semblante. El corazón se me llena de amor y de agradecimiento, de ilusión porque sea una persona así la que me acompañe.

No puedo evitar acordarme de la reacción de Borja cuando le dije que no pretendía ser abogada, que no quería que mi padre me comprara un puesto en su bufete o que mi apellido me abriera puertas que están selladas para los demás. Y pensar que llegué a creer que eso era lo mejor a lo que podría aspirar; que nunca tendría a nadie real a mi lado, ni para lo bueno, ni para lo malo.

—¿Vienes a ver el espectáculo? —le pregunto con timidez.

Él se encoge de hombros con aire desenfadado.

—Si me invitas... —deja caer.

Le tiendo la mano con un gesto cómico, preocupada por si nos ahogamos entre tanta solemnidad, y él la acepta con un suspiro amoroso y cara de niño bueno.

Sigo nerviosa, pero no permitiré que esto me sobrepase.

Sea lo que sea yo, sea quien sea yo, seguro que soy mejor que aquello por lo que me quieren dejar.

Capítulo 18

LA NAVIDAD MUSULMANA

Néstor

La Navidad Musulmana, como a Koldo le gusta llamarla, llega en la fecha perfecta: Alison ha tenido al bebé, una niña adorable pero tan porculera como su padre, Virtudes ha concluido los dos primeros ciclos de quimioterapia, y Gloria ha terminado de estudiarse las primeras partituras del primer concierto que dará la Orquesta de Jóvenes Promesas, a la que, por supuesto, entró después de un espectáculo sin comparación.

Lo sé porque estuve allí, entre el público.

El edificio es tan especial porque en nuestra comunidad hemos conocido a una familia que merece la pena mirar. Tamara no se va a México para celebrarla con sus padres porque los billetes de avión son carísimos, y Eli prefiere quedarse con Matilda, su novio Óscar y su también novia Tay —a ratos lo parece— que viajar a Burdeos con el elitista de su padre. Me consta que el 4º. B va a estar concurrido estos días veinticuatro y veinticinco, porque a los mencionados se van a sumar Julian, Alison, Álvaro, la familia de Álvaro y Edu.

No sé cómo lo van a hacer para que quepan todos. Harán el mismo esfuerzo que hemos hecho nosotros en el quinto. Este año, estaremos Ming, Koldo, Gloria, Milu, la mejor amiga de Milu, el novio de Milu y yo.

—Eres más tonta que un botijo —me quejé en su momento mientras preparábamos el menú en la cocina—. No es por menospreciar mis platos, pero si tuviera que elegir entre pasar las Navidades con vosotros, que sois unos pesados, e ir a la casa de un rico del barrio Salamanca, que además está emparentado con un cantante de *indie* rock famosísimo, yo no me lo pensaría dos veces.

—Soy vegana —me recordó Milu—. Da igual que se gasten un pastón en un solomillo Wellington, en bolitas de rape o en un pavo asado, que yo voy a seguir comiendo lo mismo que aquí: puré de patatas y verduras. Prefiero mi casa, que por lo menos hay variedad. —Me puso una mano sobre el brazo y dijo en tono solemne—: Y tu falafel podría curar la depresión.

Pero si la curara, Gloria no llevaría desde que empezó diciembre yendo de un lado para otro como un alma en pena.

Todos sabemos que van a ser unas fiestas muy difíciles para ella. Las probabilidades de que su padre le mande una felicitación cariñosa son cero y descendiendo. Si recibe un mensaje, mucho antes será del payaso de Borja, y apuesto por que no le referirá sus mejores deseos.

Milu y yo nos hemos compinchado para asegurarnos de que tanto Koldo como ella están entretenidos; Gloria está de luto, y nuestro amigo, con fecha de hoy, veinticinco de diciembre, lleva treinta y tres días sin fumarse un peta y el mono no ha demorado en aparecer. Como resultado, está todo lo irritable que puede estar Koldo, y muy tristón. Milu cumple con su parte abrazándolo cada vez que se le presenta la oportunidad, tanto que Mario, su novio, empieza a mirarla de reojo con cierta molestia.

Del contacto físico con Gloria me encargo yo.

A las ocho en punto, los invitados se han presentado en casa. Gloria y Ming me ayudan a poner la mesa, Milu me echa un cable en la cocina, Koldo va limpiando lo que ensucio y Mario, en su línea de capullo arrogante al que su madre le ha estado preparando la merendilla del descanso del curro hasta los veintinueve años, se limita a charlar con Paula, la mejor amiga de Milu.

—¿Crees que es buena idea que Mario hable con Paula? —le pregunto en voz baja.

—¿Por qué lo dices? Que a mi novio le falte un hervor no significa que sea tráfobo, por Dios.

—No, coño, no digo que lo sea, pero es un bocazas. Lo mismo le pregunta por sus genitales.

—Qué poco crédito le das a mi educación exhaustiva. Mario no es el tío que conociste hace unos años.

—A ver, has hecho progresos, pero tampoco nada milagroso. Paula se dará cuenta de qué pie cojea.

Antes la mencionamos, antes aparece en la cocina.

—¿Os echo una mano? —se ofrece con timidez.

Koldo finge tener que coger el cepillo de barrer, que se encuentra en el armario junto a Paula, para poder mirarla a sus anchas sin pecar de babas. No es la primera vez que Milu la trae, pero Koldo y ella han sido presentados hace veinte minutos en la puerta y parece ser que, en ausencia de Mary Jane, Paula podría satisfacer sus apetitos. Y con creces.

Paula es de las tías más guapas que he visto en mi vida.

—No, tú ponte por ahí... Ponte cómoda —responde Koldo.

La velada transcurre como todas las noches de la Navidad Musulmana: nos hartamos de comer como cerdos —Koldo ayuna las veinticuatro horas previas para hincharse, el cabrón—, jugamos a adivinar la película con la pizarrita del *Pictionary*, hacemos una ronda de Verdad o Atrevimiento, improvisamos un karaoke...

Cuando llega el momento de intercambiar los regalos, me pongo nervioso.

Como siempre, preparamos en su día las papeletas del amigo invisible. Considerando que Gloria está pelada y Koldo más o menos también, decidimos poner un tope de cinco pavos y aceptar manualidades.

Yo me las ingenié para que me tocara ella. Algún día tendría que darle los pendientes del Rastro, y no me apetecía aparecer con estos un día aislado; no estaba seguro de querer que lo interpretara como uno de esos detalles sorpresa que hablan por sí solos. Colarlo como un regalo navideño podría salvarme de la etiqueta de moñas...

... o no. Se ve que no me estudié muy bien la estrategia, porque, al romper el papel —envuelto de puta pena, pero al menos lo intenté— y reconocerlos, Gloria se gira hacia mí con el rostro iluminado.

—Te quedaste con el cante, ¿eh? —aprecia con la voz trémula.

«No es por ti», me regaño. «Está sensible porque son las fiestas, eso es todo».

Pero me concedo el capricho de crearme el rey del mambo durante los cinco minutos que se pone cariñosa conmigo; que si besitos por aquí, caricias por allá...

Me encantan los agradecimientos físicos.

Cuando ya hemos recibido todos nuestros regalos, llega la hora de reposar la comida y la bebida, momento en el que Milu va por mi portátil para que haga la magia conectando el cable al televisor.

Al poco rato, nos abandona.

Los primeros en irse siempre son Milu y Mario, que acostumbran a quedar de madrugada en la casa de la familia del segundo para por lo menos saludar y echar las últimas horas jugando a las cartas con los Salamanca.

El apellido lo dice todo.

—¿Qué película queréis ver? —pregunto.

—Una navideña, ¿no? —sugiere Koldo—. En plan *Pesadilla antes de Navidad*.

—Esa es más de Halloween, ¿no? —replica Paula.

Koldo le pone cara de «esa película será lo que tú quieras que sea, morena». O, bueno, eso lo sé yo que lo conozco como si lo hubiera parido, pero cualquiera que lo mire desde fuera pensará que es increíblemente tímido, además de tartamudo, y tiene un ojo vago, porque no para de lanzar miraditas.

—No tengo en Torrent ninguna festiva —medito, ayudándome de la barrita para revisar los títulos—. Salvo...

—La última de Yorgos Lanthimos está bastante bien —comenta Gloria como quien no quiere la cosa. Tengo que resistirme para no mirarla por encima del hombro con la ceja enarcada del «por favor, déjate de estupideces pretenciosas, es Navidad y estamos borrachos. Si pongo una peli porno o alguna de *Scream* nos divertiremos igual».

Milagrosamente, no necesito recordarme que no intenta dárselas de sabionda por gusto, sino porque ha vivido veinticuatro años con un padre abusivo que le impedía airear sus verdaderos intereses. Que, ¡sorpresa!, eran los intereses populares, esos de los que luego puedes arrancar a hablar con tus compañeros de clase para sentir que todos formáis parte de algo.

Lo único malo de haberme acercado a Gloria, y no es malo en sí mismo, es que cada vez empatizo más con ella. Como resultado, quiero darme un martillazo en los dientes por no haber querido ver hasta qué punto sufre. Todos los privilegios de los que ha gozado desde niña eran un regalo envenenado y todas las personas de su entorno la manipulaban sin ningún tipo de compasión. Lo peor es, con diferencia, que ni siquiera se tenía a sí misma al final del día; que ha soportado perrerías sin parangón amparándose en que se las merecía. Y cuando no puedes apoyarte en tus principios o en tu autoestima para darte cuenta de que estás en el lugar equivocado, ahí sabes que has perdido. Te has perdido.

Pensar en su desamparo me estremece.

—A mí me da igual —interviene Paula, sacándome de mis pensamientos.

—Pues, si no os importa... —Selecciono la película más conveniente, la que apuesto mi alma por que le va a gustar a Gloria, y preparo el reproductor—, yo voy a ir poniendo *Love Actually*, que es la que más me divierte por estas fechas. A quien no le mole, que se joda. Esto es verdadero cine.

La cara se le ilumina de tal manera al conocer mi elección que no sé si sacudirla por idiota o abrazarla. Es tan tierna cuando se acuerda de que es tan femenina como las demás, de que es una persona del montón a la que las historias británicas de Richard Curtis le gustan lo mismo que al resto...

Me dejo caer sobre el sofá, a su lado, y la miro con fingida tristeza.

—Lo siento. No tenía ni cine de autor, ni títulos *indies* checoslovacos.

—Yorgos Lanthimos es griego, no checoslovaco.

—Y tú eres de otro mundo —me quejo, bizqueando—. Poner una película que no entiende ni el Tato... ¿Has olvidado dónde vives?

Ella se rinde con un suspiro y apoya la cabeza en mi hombro.

—La has elegido por mí, ¿no? ¿Tan obvia soy?

—Eres una tía. Por supuesto que te gusta *Love Actually*.

—Esa es una generalización absurda.

—Lo que es absurdo es que no te guste *Love Actually*. Incluso si eres un cíborg.

—Eso es verdad.

Ming se acuesta al poco rato —ya se había estado sobando delante de la televisión—, pero los demás aguantamos como jabatos viendo la misma película de siempre.

Aunque Gloria y yo somos, en teoría y solo en teoría, la única parejita del salón, parece que hayamos quedado para una cita doble, porque aunque Koldo está en un sillón y Paula en otro, se miran más entre ellos que a la pantalla.

En un momento dado, Gloria se levanta con la excusa de ir al baño, y yo me quedo donde estoy con el culo apretado, muy consciente de mi rol de sujetavelas. Por suerte o por desgracia, Koldo acompaña a Paula a la puerta para decirle adiós en cuanto aparecen los créditos. Yo voy a avisar a Gloria de que se tiene que despedir. Y aunque estoy a punto de salir a la terraza para ver si está tomando el aire, no me pierdo la conversación que Koldo y la chica tienen en la entrada aprovechando que se han quedado a solas.

—Oye —dice él—, no sé si te ha dicho Milu que yo tengo problemas... Tengo unos problemas que lo mismo te causan rechazo o lo que sea, pero me has parecido muy... Vamos, que me gusta tu rollo, y a lo mejor no te parecería mal que nos viéramos otro día. Ya sabes. En plan cita. Pago yo, ¿eh? No pasa *na*, que sé cómo funciona el tema. No hago mucho eso de salir por ahí con mujeres guapas, pero tengo TikTok y he visto que es inaceptable lo de que ella se encargue de la cuenta. Algunos dineros he ahorrado *to* este tiempo. En fin... —No puedo resistirme y me asomo desde el salón para pillar a Koldo con las manos en los bolsillos del pantalón del pijama, uno de cuadros con pelotillas y dos tallas más grande. Se balancea hacia delante y hacia atrás, como un crío nervioso—. ¿Qué opinas?

—Me pareces muy dulce —reconoce ella con timidez—. Pero... sabes lo que... ¿Milu te lo ha dicho?

—¿El qué?

—Que soy trans. Una chica trans.

—¡Ah! Pues no, no me lo ha dicho. Pero vamos, que me la pela. O sea, que me parece correcto, digo, que con eso de que me da igual tiene pinta de que no estoy a favor o que me cae mal esa peña. Y al revés. A mí me flipan las cosas trans. De crío me chiflaban los transformers, y quería ser conductor de transportes, de autobuses o de tractores, y eso por no mencionar el Transiberiano, el tren ese ruso en plan Ágatha Christie, que debe de estar guapísimo, vamos... —Su voz se va apagando—. No sé si la he *cagao*. Solo digo que eres guay y me pondría muy contento si fueras conmigo a dar una vuelta o algo.

Paula se ríe, porque cómo no te vas a reír. Incluso sin estar inspirado porque lleva un mes sin fumarse un porro, se las arregla para ser un capullo encantador.

—Tenía que decirlo —se excusa—. Algunas personas se han sentido engañadas al saber que yo... nací... Ya sabes.

—Pues vamos, tampoco es algo que debas ir contando por ahí si no quieres, es mi opinión. Yo no voy hablando de mis vidas anteriores, ni nada de eso. Más que *na* porque no las conozco. Si se me han olvidado, será por algo, ¿no?

—Eso es —se ríe ella—. Pero que no estoy operada, ¿eh?

—Yo solo de apendicitis.

Paula se descojona, y yo casi que también.

La tiene en el bote. Es increíble.

Espero agazapado en el salón a que Koldo se despida de Paula y la puerta se cierre, no vaya a ser que interrumpa un momento romántico. Pero la película entre ellos no se pone mejor. Intercambian los teléfonos y la amiga de Milu se marcha prometiendo escribirle con el día en que le venga bien quedar.

En cuanto Koldo emprende el camino a la sala de estar, salgo al pasillo con gesto juguetón. Él se ha quedado con la sonrisilla de bobo que solo una mujer le puede pintar a uno en la cara.

—Vaya regalito de Navidad. —Le doy un codazo—. Esa es fácilmente una de las tres tías más macizas que he visto en mi vida.

—Ya ves, loco. No sé por qué me ha hecho caso. —Se rasca la nuca, genuinamente asombrado—. Bueno, me voy a comer el cuscús que queda y me acuesto. El día no puede mejorar.

—Sabia decisión. —Le palmeo la espalda y lo veo marchar con renovada ilusión hacia la cocina. Recuerdo entonces que yo andaba buscando a Gloria, y que solo me queda por mirar en mi habitación.

Allí la encuentro nada más abrir la puerta, sentada en el borde de la cama con la mirada perdida en el suelo.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunto bajo el umbral, pero no necesito una respuesta. Gloria se limpia las lágrimas rápido, y aunque intenta sonreírme, acaba resignándose a su tristeza con un vulnerable encogimiento de hombros.

—Hace un año estaba en casa de mis padres, nerviosa por si les gustaban sus regalos, colocando el árbol con mis tías o jugando con mis primos en la alfombra. No es por menospreciar lo que habéis montado aquí, porque es... Me ha sorprendido lo distraída que he estado y lo mucho que me he divertido, pero... Noto su ausencia —reconoce, avergonzada—. ¿Soy muy egoísta?

—No.

—¿Y patética?

—Menos todavía.

Me siento a su lado en la cama sin decir nada, dispuesto a escucharla.

—Puede que sea un cabrón —murmura con los hombros hundidos—, pero sigue siendo mi padre, ¿entiendes?

Busca mi mirada a la espera de recibir un asentimiento conforme que no estoy en condiciones de proporcionarle, porque su padre es la última persona en este mundo que merece mi respeto; su padre y el resto de su calaña, los monstruos de los que se rodeaba.

Pero intento mostrarme razonable.

—Hay todo un circo montado en torno a lo que deberíamos sentir por nuestra familia. Una idiosincrasia casi bíblica que se debe obedecer sobre todas las cosas. Pues yo no me lo trago. Hay miembros a los que no queremos, y miembros a los que no nos conviene querer porque nos hacen daño.

—Tú dices eso porque seguro que tus padres son increíbles.

—Mi madre es la mejor —acepto con un cabeceo resignado.

—¿Y tu padre?

—Está muerto. —Ella me mira con un fondo de horror en la expresión, y estoy a punto de echarme a reír porque de pronto le inquiete herir mis sentimientos—. Descuida, no lo conocí. La

diñó cuando tenía... tres, cuatro años, no estoy seguro. Me acuerdo de mi abuelo, el padre de mi padre, que estuvo reteniendo a mi madre en Marruecos. Cuando él la palmó, nos mudamos a Madrid en busca de oportunidades.

—¿Tu abuelo sí se parecía en algo a mi padre? ¿Era estricto?

—No hay nada más estricto que un musulmán nacido en los cuarenta, te lo aseguro —me río flojito, con el cariño que se les tiene a los viejos refunfuñones—, pero seguía siendo tierno a su manera. Creo que te puedo decir que lo quiero porque entiendo de dónde viene, respeto su cultura y, quieras que no, a los muertos se les mira siempre con buenos ojos. Pero si estuviese entre nosotros... Le habría mandado a tomar por culo más de una vez, me apuesto lo que sea. Y él a mí me habría cruzado la cara; eso también —apostillo con un cabeceo brioso.

—¿Cómo te puedes reír contando eso? —se asombra.

Me dan ganas de decirle que una hostia puede ser mil veces menos abusiva que lo que le han estado haciendo ella, un maltrato continuado e injustificado desde que era niña..., pero ¿a quién beneficiaría eso? Incluso si no ha abierto los ojos del todo, no me corresponde a mí ser el portador de las malas noticias.

—A todos nos ha caído un bofetón por chulos, aunque fuese de críos. No le doy importancia. Y es lo que te digo. No justifico ni la violencia, ni que fuese un tiquismiquis, pero hay que entender de dónde vienen los vicios de la gente.

—Por esa regla de tres, deberías animarme a entender a mi padre, ¿no?

Suena esperanzada; incluso desesperada por dar con la excusa perfecta que le permitirá creer que se equivocó, y que Valdecasas de León es una gran figura parental. No puedo culparla, porque yo, hasta hace unos meses, también me pasaba la vida engañándome a mí mismo... solo que a la inversa. Me tenía que convencer de que Gloria era mi archienemiga.

—Para empezar, tu padre no es controlador o manipulador porque sea la cualidad definitoria de todo hombre español, como sí es el caso de mi abuelo: era estricto porque pertenece a una facción de religiosos que opina que el Corán hay que cumplirlo a rajatabla, sin excepciones. Y perdona que te diga, pero me quejo de mi abuelo porque nunca me dio una muestra de afecto físico, porque expresaba su preocupación enfadándose conmigo y porque le tenía un resentimiento que rozaba la xenofobia a los españoles por todo el asuntillo del Sáhara Occidental... Con razón, por otro lado —añado, ya que estoy. Gloria sonríe, entre divertida y curiosa, como cada vez que no puedo resistirme a apostillar una denuncia social—. El caso es, linda, que hay defectos perdonables porque son irremediables o resultado de una experiencia vital válida. Hay otros defectos, esos recalcitrantes y en los que la gente se regodea o apoya para herir a los demás, que deberíamos encontrar intolerables.

—Me gusta cuando me llamas así —reconoce en voz baja.

—¿Cómo? ¿Linda? —Me hace gracia su asentimiento tímido y le aprieto los mofletes—. Cómo no te voy a llamar así, con esta carita que me llevas. Me acuerdo de la canción de Potito, la de *Tu Cara Quita El Sentío*, cada vez que te miro.

Ella se ruboriza, y bendito sea el que inventó el color rojo.

—Sé cuál es. Está en vuestra lista de reproducción.

—Nuestra —corrijo—. Ahora puedes incluir toda la música que quieras. Solo procura que no me salte un solo de violín cuando estoy fregando las ventanas, o me suicido.

Ella se echa a reír, pero la ilusión no le dura mucho. Ser tan expresiva es su cruz. Uno puede ver el exacto momento en el que su padre vuelve a acudir a su pensamiento, porque la tristeza relampaguea en sus ojos un instante antes de sumirla en la pena.

—¿Sabes qué creo? —retomo transcurridos unos segundos—. Creo que deberías verlo por el lado positivo: aprovechar que tu padre no está aquí para controlarte y descubrir poco a poco quién eres, qué te gusta. Hacer lo que él nunca te habría permitido. Seguro que pediste permiso para hacerte un piercing en el cartílago de la oreja y no te dejaron.

Pone los ojos como platos.

—¿Cómo lo has sabido?

Me encojo de hombros y me dejo caer de espaldas a la cama con las manos entrelazadas en la nuca.

—En cuanto entráis en la universidad, a las pijas os da por desmelenaros y os perforáis los lóbulos por segunda vez para llevar más de las dos perlas de rigor.

—¿Es que no voy a tener ninguna experiencia propia que no haya vivido con anterioridad toda una tribu urbana?

Su legítima queja me arranca una carcajada.

—*Nope*, lo siento. Es como ser moro y que te mole el trap. Viene con el carné, ¿sabes...? En fin, hablando de *piercings*, ¿no te acuerdas de lo que hablamos en la fiesta de recaudación para el Congo? Mencionaste perforaciones y tatuajes, y algunos otros cambios de imagen que te gustaría probar ahora que nadie te mira de arriba abajo.

Ella sonrío con el recuerdo y, dando un saltito ágil y trepando como un mono, se tiende sobre mi cuerpo para mirarme con regocijo. Su pelo suelto cae como una cortina sobre mí para escondernos de miradas indiscretas

—Pensaba que esa noche estábamos borrachos, no sabíamos lo que hacíamos y convenía olvidarlo. De hecho, me suena que dijiste algo sobre el Tío Cosa y las pelirrojas...

—Oye —rezongo. Capturo un mechón rubio y lo enrolló en el dedo—, tú me seguiste el juego cuando quise escurrir el bulto. No soy el único cobarde.

—Me lo creí, ¿sabes? —me reprocha con cierta irritación—. Me creí que me soltaste todo eso simplemente porque cuando bebes te pones cachondo, y no porque te gustara de verdad.

—¿El qué te solté? —le tiro de la lengua—. ¿Lo de que estás tan buena que no me aguanto? Eso no se lo diría al Tío Cosa. Al menos, no si te tuviera a ti bailándome con una minifalda.

—Pero se lo dirías a María —gruñe mientras se acomoda sobre mí. Y cuando digo que se acomoda sobre mí, me refiero a sobre mi bragueta.

—¿Otra vez con María? ¿Qué te ha hecho la pobre chavala? Si es monísima... —la pincho. Tiene el efecto deseado; una Gloria ceñuda me da un manotazo cuando intento abrazarla por la cintura—. ¿Qué? Ella es mona, pero tú...

—Déjate de halagos vacíos. Incluso si me dices que María es más fea que mandar a la abuela a por droga y que yo soy una diosa, me va a seguir molestando que la menciones. Odio saber que has estado con otras antes que yo, ¿vale? —reconoce en un arrebató—. Es irracional, lo sé, pero pensar que le has hecho a alguien lo que me haces a mí... No lo siento justo.

—¿No lo sientes justo? —me extraño. Es una curiosa manera de expresarlo—. ¿Por qué?

—Porque yo me lo merezco más que ninguna.

—¿Por qué motivo? ¿Porque a ti te las he hecho pasar canutas y debía recompensarte?

Gloria se asegura de inmovilizarme entrelazando los dedos con los míos y llevando nuestras manos unidas hacia el colchón. Yo me quedo con los brazos hacia arriba, placados contra el edredón, y ella, tan inclinada sobre mí que podría besarme si quisiera. Se ha maquillado poco para esta noche, apenas un poco de rímel, colorete y un pintalabios rojizo del que solo queda la huella. Insinúo un movimiento de caderas hacia ella para que se mueva sobre mi bragueta, pero

Gloria parece concentrada en mi cara.

—Supongo que solo quiero ser especial para alguien —confiesa en voz baja—, no un número más. Tú no eres cualquiera para mí, ¿sabes? No hago esto con todos los chicos que me parecen guapos. Pero con eso que has dicho sobre experimentar con mi estilo y con mi cuerpo —continúa en otro tono, uno mucho más jovial y provocador—, quizá deba probar a acostarme con algún...

Gruño en desacuerdo antes de que termine lo que iba a decir, nada más que tonterías.

—Con lo de aprovechar tu libertad, me refería al *piercing* del ombligo que mencionaste, no a liarte con medio Madrid.

—¿Quieres dirigir mi vida? Eso me suena bastante.

—Ni se te ocurra compararme con tu padre. Si quisieras liarte con medio Madrid, yo me tendría que joder. Pero te deseo suerte encontrando esta química con otro pavo. Yo sé que no volvería a tener tanta suerte como ahora, te lo aseguro.

Descubro que estaba poniéndome a prueba cuando sonrío como si llevara un buen rato queriendo escuchar una respuesta concreta. No sé con qué he acertado, si con el «no soy como el cerdo de Valdecasas de León», o al decirle, más o menos, que la obsesión enfermiza que he desarrollado por ella no me la cura ni la muerte prematura. Francamente, me la suda cuando se inclina sobre mi oído y susurra:

—¿Me acompañarías a hacerme el pendiente del ombligo?

—Sí, hombre —murmuro, ladeando la cabeza hacia su mejilla para restregarme como un gato—. Si te lo haces al final, tienen que llamar a los bomberos para que te saque la mano y la lengua del coño.

—Por Dios —se escandaliza, pero luego se empieza a reír como una tonta.

Consigo librarme de la inmovilización de sus manos y la abrazo por los hombros para recostarla sobre mí. Así es como siento en mi propio cuerpo la dulce vibración de la risa, ese divertido temblor de cuando nos dejamos ir por un momento; cuando nos permitimos recordar que la vida está para algo más que para sufrir. No puedo evitar identificarme con ella. Hasta hace relativamente poco, yo también pensaba que jamás volvería a ser feliz. Y solo hay que verme ahora, con sesenta y cinco kilos de ángel encima.

Gloria se separa lo justo para rozar mi nariz con la suya. Nos miramos un instante fugaz. Ya no quiere seguir hablando, y yo, siendo muy sincero, menos todavía.

Aprovechando que está sentada a horcajadas, rodeo sus dos muslos abiertos, expuestos para mí, y voy subiendo hacia las caderas tratando de abarcar la piel entera. Dejo las palmas sobre sus nalgas y la atraigo en mi dirección para que se siente con propiedad sobre la cremallera de mi pantalón. Ella responde en completo silencio sacándose el jersey navideño por la cabeza. Lo arroja a su espalda, e inmediatamente después va el sujetador.

Se me escapa una sonrisita traicionera, a lo que ella enarca una ceja.

—¿Qué pasa?

—Nada... —Acaricio su torso con las yemas de los dedos. Bordo deliberadamente los pezones y desciendo por la línea trazada sin esfuerzo que comienza en el valle de los pechos y termina en el ombligo—. Me hace gracia que las primeras veces llevaras un sujetador deportivo o uno de esos viejos que ni siquiera aguantan las tetas, y ahora, qué casualidad, siempre te pones la lencería bonita.

—¿Qué tiene de malo querer estar guapa?

—Nada. Pero conmigo no necesitas esos trucos.

—A lo mejor yo sí necesito esos trucos para sentirme sexy.

—No será porque no intente hacerte sentir sexy con todas mis fuerzas.

Para esto me sirve el gimnasio: para poder agarrarla de las caderas y darle la vuelta, cambiando posiciones. Me encanta tenerla encima, como puede encantarme tenerla debajo, de lado o de espaldas, pero he notado que a ella le gusta más que la aplaste, que sea yo quien se mueva. También prefiero mandar por una razón muy elemental, que es que me la puedo follar más fuerte.

A horcadas sobre ella, me quito la sudadera y la camiseta con el mismo movimiento. Gloria se muerde el labio y lleva las manos al borde del vaquero más cutre que tengo. No parece que le importe que no me haya arreglado ni para las visitas, ni para las fotos de grupo: mete los dedos en el bóxer cuando ya ha deslizado el pantalón lo justo, y me agarra la polla para masturbarme despacio, haciendo esos ruiditos entre placereros y sollozantes que me ponen como un toro.

Esto no tiene ningún sentido, joder. No tiene ningún sentido que viva conmigo, que duerma en mi cama, que comparta su cuerpo, que se coma mis galletas... Pero, sobre todo, no tiene ningún sentido cómo reacciono yo a todo esto: ya no me disgusta que viva conmigo, me siento raro si extendiendo el brazo y al palpar las sábanas no la encuentro, y necesito tocarla para sentir que he cumplido todas mis tareas del día y estar en paz. Que todas mis galletas sean para ella, si las quiere.

Hace un mes la detestaba, a ella y lo que representaba, y la estaba perdonando por presión social. Ahora no me acuerdo. No me acuerdo de eso. De verdad. Es como si me contaran un cuento. Me puedo imaginar la situación, pero no me identifico con ella. No sé quién es ese tío que se le puede resistir y no ve que está sufriendo, y tampoco quiero saberlo. Desprecio a ese tío. Le partiría la cara si pudiera.

A lo mejor es que no la odiaba tanto. A lo mejor es que no la odiaba en absoluto. O a lo mejor el odio no existe, y solo es como los ignorantes como yo describimos la manifestación de un conjunto de emociones contradictorias cuyo nombre desconecemos. A lo mejor el odio era, en realidad, el diagnóstico de ser incapaz de deshacerte de alguien por mucho mal que te haga. A lo mejor el odio, de hecho, estaba dirigido a mí.

O a lo mejor la odio todavía, y solo me gusta cómo queda su pelo sobre mi almohada, y el olor que deja en las sábanas, y el rastro de migas de la encimera, y que se duerma viendo una película en el sofá, y que tararee las melodías de su viola sin darse cuenta, y que se ruborice cuando le pego un mordisco o le suelto un cumplido, y que, y que, y que.

Termino de desnudarla a toda prisa, de nuevo entrando en ese bucle frenético de tirones y besos y rasguños y lametones, un bucle que es como una enfermedad contagiosa porque en cuanto uno de los dos entra en la dimensión de la locura, el otro empieza a manifestar los mismos síntomas. Gloria se revuelve debajo de mi cuerpo y me rodea la cintura con las piernas en busca de mi polla. Dejo que sea ella la que se incorpore, impaciente y sudorosa, y me la agarre por la base para introducirla muy despacio en ese cuerpo que me envenena. Está gimiendo, angustiada porque lo quiere todo a la de ya; no hemos empezado y necesita el empujón, el último golpe de cadera y descubrir dónde me voy a correr esta vez. Siempre he sido un cerdo, siempre he hecho en la cama lo que me ha dado la gana, pero esto de follar duro, como si ella no me importara, para luego cabrearme si se levanta a limpiarse enseguida, es bastante novedoso. Esa segunda parte es el extra que la hace especial. Quiero enterrarme tan dentro que, en el caso de que hubiera un futuro amante después de mí, me encontrara incluso sin que ella le hubiese dicho mi nombre.

Doy el último empujón hasta estar completamente unidos. Tan unidos como se pueda. Mi

vello oscuro y el suyo. Gloria me mira a la cara con los ojos vidriosos y esa expresión de éxtasis que uno puede pensar que no se puede mejorar, pero que todas las noches intento demostrar que sí se puede doblar, se puede triplicar. Apoyo los codos en el colchón, entre su carita de iluminación profana, y me pliego a su cuerpo por completo. Me gusta sentir cómo mi torso resbala sobre el suyo gracias al sudor cada vez que me muevo. Me gusta que el aliento que despiden sus jadeos choque contra mi oído. Me gusta que sus pezones endurecidos me rayen el pecho, y notar cuándo se le pone la carne de gallina.

—Dios —gimotea. Se aferra a mi nuca y trata de incorporarse, como si quisiera pegarse más a mí—. Dios, Dios... No puedo... Oh... Qué bueno estás, joder. Feliz... Nochebuena...

Se arquea y echa la cabeza hacia atrás, poseída por ese nervio que la domina cuando el placer la vuelve loca. Casi siempre cierra los ojos, y casi siempre le pido que no lo haga porque me gusta que me mire, que me mire con esa cara de la que no me canso, la que no hay dios o calamidad que me borre de la mente: los ojos vidriosos por el deseo, el despunte de una sonrisa desvalida, las mejillas coloradas. Lo más bonito que he visto en mi vida.

Hago un quiebro con las caderas para insertarme más adentro. Más, más, siempre más.

—Para buena —jadeo contra sus labios— la noche que te voy a dar yo.

Capítulo 19

TRAS TRES TEMAS DE TRAP

Gloria

—Bueno —Alison me sonríe desde el otro lado del escritorio—. Por fin nos vemos las caras en una sesión individual, Gloria. Tenía ganas de hablar contigo.

— Est s segura de que es buena idea? —vacilo, alis ndome las arrugas de la falda de pana beis—. Me sorprendió que me llamaras para fechar una cita cuando no hace ni dos semanas desde que saliste de cuentas.  No deberías estar... descansando?

—Fue un parto bastante cómodo, y por trabajar a media jornada no me voy a morir. Además de que alguno de los dos tendremos que llevar dinero a la casa, sobre todo considerando que se nos ha unido un agujero negro de gastos sin fin —añade con una sonrisilla de entusiasmo moderado. No lleva ni dos meses siendo madre y ya actúa como una al hablar de su pequeña—. Te agradezco la preocupación, aun así. Ahora que vives en el centro neurálgico de la concienciación de clase, *aka* el 5 . A, no me extraña que te inquiete mi situación —apostilla en tono juguetón.

Le habría seguido la broma si no anduviera demasiado sensible.

— Por qué lo dices? —murmuro, incómoda—.  No crees que yo pudiera haber llegado sola a la conclusión de que te has incorporado muy pronto? No me digas que t  también piensas que soy una insensible.

Alison enarca una ceja, sorprendida por mi arrebato.

—Vaya... Creo que empiezo a ver el problema con el que vienes. —Pulsa el botón del extremo superior del bolígrafo y anota una misteriosa palabra en su inseparable bloc—.  No han mejorado las cosas con Néstor?  Sigues a la defensiva?

— No! Es decir... Sí. O sea... No exactamente. A ver... Las cosas han mejorado, por supuesto. Han mejorado exponencialmente en todos los ámbitos. Es solo que a veces... —Me miro las manos entrelazadas en el regazo—. Bueno, me siento insegura. Pero es normal,  no?

—Muy normal —confirma, compasiva—. Sobre todo en los albores de una relación que comenzó con mal pie.

—No, no, no, no, no —me apresuro a interrumpir con las manos en alto—. No tenemos una relación. No somos pareja,  eh? Nada de noviazgos. Solo... nos llevamos. Y, luego... Tenemos relaciones físicas.

— Solo relaciones físicas? —Enarca una ceja.

«Sobre todo relaciones físicas», podría especificar, pero no sería cierto.

Incluso cuando tenemos sexo o solo nos ponemos tontos, disfrutamos de una complicidad tal que sería injusto reducir nuestro contacto al porno. Estoy tan cómoda con él que ha conseguido lo impensable: que no me d  por taparme nada más terminar y me tumbe a torso descubierto a leer tuits en la cama.

Así pas  lo que pasó.

Una tarde, Néstor se quedó abrazado a mi cintura con aire inquisitivo y me cubrió un pecho y

luego sopesó el otro para concluir:

—Tienes una teta más grande que la otra.

Fruncí el ceño y bajé el móvil enseguida.

—¿Qué dices?

Apoyó la barbilla entre los dos temas de conversación y me miró con cara de inocente.

—Lo que oyes. Es algo que le pasa a todas las tías, por lo que tengo entendido —agregó para aplacarme—, pero lo tuyo es exagerado.

—¿Me estás llamando deforme? —jadeé con voz aguda.

—Qué va. —Esbozó una sonrisa perversa, pero añadió—: Es tierno.

—Tampoco se notará tanto —empecé a balbucear, nerviosa. Fui a cubrirme, pero él me lo impidió enroscándose con más ganas a mi cintura y pegando la mejilla a mi pecho.

—No se nota tanto, no. Una es el Himalaya y la otra es la colina asfaltada de San Andrés.

—¡Oye! ¡Ya te vale!

Él se echó a reír.

—No te enfades, si se aprecia la variedad paisajística. Siempre me ha gustado la geografía.

—Vete a la mierda —me quejé. Quise enfadarme de verdad, sentirme insegura, no volver a desnudarme, pero la diversión y la naturalidad de Néstor no me lo permitió—. Pues tú la tienes pequeña.

—Sí —se rio él, encantado con el contraataque—, pero en comparación con tu teta derecha.

Las primeras veces que nos acostamos, lo hicimos tan desesperados por tocarnos y fuera de nuestros cabales que no podíamos ni hablar. Reducíamos la conversación a frases inconexas que emulaban peticiones, ruegos y halagos. Pero conforme nos hemos ido habituando al otro, de cuando en cuando nos echamos unas risas.

Esto no se lo puedo contar a Alison, claro. Me da vergüenza hasta recordarlo. Pero es una vergüenza llena de candor. La primera vez que estuve de rodillas ante él, hubo la confianza para que me dijera:

—Nena... ¿Crees que podrías usar menos los dientes?

—¿Te he hecho daño? Es que no... tengo experiencia.

Néstor me acarició el pelo desde arriba. Recorrió el óvalo de mi cara con el pulgar hasta el labio inferior, complacido porque le estuviera dando algo que no le había entregado a nadie.

—Solo ve un poco más despacio hasta cogerle el tranquilo. E intenta no mordirme, por favor. Todavía es pronto para probar el sado.

Pero ya no creo que lo fuera, porque confiaría en él para hacer cualquier cosa. Esos brutos cumplidos que antes decía que me ponían nerviosa, tímida o ambas, ahora son recibidas con guiños, con sonrisas, incluso con réplicas a la altura que le encanta oír.

Milu se cansó de que utilizáramos la lista de reproducción que compartimos todos para meter canciones ideales para ponernos a tono, y Néstor creó una titulada *Mi Niña Gloria* en referencia a la canción de Pepe Pinto^[10].

Da igual dónde estemos, si haciendo la compra en Mercadona, viendo una peli con los demás o en una reunión vecinal; nada puede impedir que se incline sobre mi oído y me diga «tengo unas ganas de follarte que no me aguanto ni de pie». Igual que nada evita que yo conteste: «Pues vamos a tumbarnos».

Todas esas cosas han pasado.

—No, a ver —retomo, mirando a Alison—. También es como si fuese mi... amigo. Me ha

estado ayudando a encontrarme a mí misma. Suena a guion de película, lo sé, pero es verdad.

Los días de Navidad, Néstor colaboró conmigo para poner por escrito una lista de caprichos que llevo toda mi vida prohibiéndome en aras de mantener la paz familiar. Salieron toda clase de propuestas, desde las más inofensivas, como pedir cita con Edu para hacerme un corte de pelo moderno, hasta las más radicales, como tatuarme. Milu y Koldo no estuvieron presentes en la redacción, pero sí en el desempeño de las tareas: fue ella la que me acompañó de compras cuando me cansé de vestir como me habían dicho que tenía que hacerlo para presentar un aspecto respetable, y la que se ofreció a prestarme algunas de sus prendas para hacer un desfile a ritmo de Nathy Peluso en el mismo apartamento. Koldo, Ming y Néstor aplaudían desde el sofá y canturreaban *Salvaje* mientras yo me desinhibía echándome al cuello las bufandas de Desigual de Luz. Fue toda una experiencia.

Néstor vino conmigo al estudio de tatuajes para que me perforaran el ombligo. Siempre me han dado pánico las agujas. Estaba tan nerviosa que no paraba de sudar, y hasta hiperventilé en algunos momentos. Él se sentó a mi lado, me cogió de la mano sin quejarse porque yo la tuviese empapada, y me fue tranquilizando con besos por la cara hasta que el chico del estudio anunció que estaba lista.

Ni siquiera lo noté, tan concentrada como estaba en Néstor.

A veces se me olvida que tengo que desinfectarlo dos veces al día, por eso él se ha puesto un par de alarmas en el móvil. Si le pilla cerca, aparece de repente sacudiendo el bote de cristalmina —«aquí viene el tren»—, y si no, me manda un wasap con emoticonos con las cejas enarcadas o directamente furiosos si le confieso que me da pereza lavarlo.

Más de una vez me ha despertado de la siesta para aplicarme las curas, comprometido con que la herida no se me infecte.

—Quieres más al *piercing* que a mí —me quejé un día, frotándome el ojo medio dormida. Algo que no habría dicho ni borracha, ni en sueños; solo semiinconsciente después de una siesta que te deja turulato el resto de la tarde.

Él estaba arrodillado a un lado de la cama con el bastoncillo en la mano.

—Me daría mucha pena que te lo quitaras porque no has sabido cuidarlo.

—¿Porque lo pagaste tú?

—Por la canción de SFDK: «Gracias a que fue regalo mío, me mantiene vivo»^[11].

—Esa no la he escuchado.

—Pues escúchala y acuérdate de mí.

—No tenías que despertarme para esto —refunfuñé con la intención de hacerme un ovillo.

—Voy a levantarte la camiseta para meterte un bastoncillo en una zona del cuerpo que te hace gemir, linda. Tendré que pedir permiso, ¿no? —Volvió a ponerme la prenda en su sitio y me dio una palmadita en el vientre—. Me voy a currar. Te veo luego.

Por extraño que parezca, el *piercing* me ha ayudado a ganar autoestima. Me miro en el espejo en ropa interior, y, al ver ese pequeño diamantito, me pienso que soy una especie de diosa hindú, o que podría bailar danza del vientre. También me hace más consciente de mi sexualidad, que estoy descubriendo todavía y que ha venido de la mano con este importante resurgir. Néstor gruñe de gusto cada vez que lo ve, y ahora que está curado, se entretiene jugando con la bolita cuando estamos tirados el uno junto al otro en la cama. Jamás renuncia a hacerme cosquillas con la lengua en la zona del ombligo antes de bajar hasta mis muslos.

Edu me dijo que los cambios internos deben reflejarse en el exterior y me prometió un corte

de pelo gratuito si bajaba a su peluquería. Lo hice por curiosidad, y porque uno tiene que estar loco para rechazar una cita estilística en el mejor salón de todo Madrid.

Después de ofrecirme un millón y medio de alternativas, todas estas basadas en las modas actuales y los peinados de las celebridades de la música urbana, me decanté por el corte que él quiso llamar coloquialmente *Jódete, Liam Hemsworth*.

—Como te sigas planchando el pelo hasta para ir a misa, te voy a meter un viaje que te voy a empadronar en Bilbao —me amenazó Edu con las tijeras en alto—. ¡Basta ya de quemarse las melenas, coño! ¡Unos aquí haciéndose adictos al minoxidil, como el calvo de Gaspar, y tú buscándote el suicidio capilar por voluntad propia! ¡Abraza tu pelo ondulado!

—Dijo el maricón antes de meterle a la niña una decoloración a ciento veinte grados —se burló Zulema—. Si con eso no se te cae a cachos hasta la piel, *pos* no sé qué lo hará.

—Y tú a mí no me llames calvo hasta por lo menos la tercera cita —le amenazó Gaspar.

No sé a cuántos grados puso la decoloración, pero ponerla, la puso. Por lo que vi en las imágenes de muestra, el *Jódete, Liam Hemsworth* es el *look* que lució Miley Cyrus para cantar *The Climb* para promocionar su último álbum en Disney+: rubio platino con las raíces más oscuras, y la base de la melena, lo que son los mechones ocultos, teñidos de negro.

—No sé si me encanta o lo odio —reconocí con timidez.

Pero no tardaría en obsesionarme.

—¿Cómo vamos a llamar este corte? —inquirió Edu en voz alta, entrelazando los dedos como el señor Burns—. Porque se ha salido un poco del *Jódete, Liam Hemsworth*, y no tiene connotaciones de ruptura, sino de renacimiento.

—*Iluminación Profana* —sugirió Gaspar.

—Demasiado católico, y aquí no ejercemos la blasfemia.

—¿*Ya No Soy Virgen?* —propuso Zulema. La miré de reojo, pidiéndole «un poquito de por favor», como dice ella misma, y se disculpó con un encogimiento de hombros—. Nena, qué quieres que te diga. Has pasado del peinado de la princesa Leonor el día que juró la Constitución, a convertirte en una moderna de Madrid.

—¿Qué tal... *Me Tiré A Un Cani Y Ahora Soy Otra?*

—Por Dios, Edu —me quejé, pero tenía un talento para ruborizarme de bochorno y hacerme reír como una loca—. Néstor no es un cani.

—*Me Fui A Granada A Estudiar Un Semestre* —propuso Gaspar, levantando un coro de carcajadas que no entendí del todo.

No me quisieron explicar la broma, pero supongo que tiene que ver con que Granada es una ciudad joven y universitaria, y allí todo el mundo se vuelve más moderno.

—¿*Tras Tres Discos De Yung Beef?* —probó Anita.

Edu chasqueó los dedos.

—¡Premio para Ana! ¡*Tras Tres Discos De Yung Beef* al canto!

—Coño, ya que estamos, vamos a hacer una aliteración de «T» —propuso Gaspar—. *Tras Tres Temas Traperos*.

—Eso me suena de lujo hasta a mí —reconocí entre risas.

La campanita que anunciaba la entrada de un nuevo visitante no interrumpió las carcajadas, pero captó la atención de la inmensa mayoría de la clientela. Y como para no. Un hombre trajeado con una melena de zorro plateado al más puro estilo Richard Gere hizo acto de presencia con el aspecto y las prisas de un accionista de Wall Street.

—Buenas tardes —saludó, eso sí, con mucha educación—. ¿Tendrían cita para ahora mismo? Edu le plantó cara con el ceño fruncido.

—¿Tú qué te has creído? ¿Que en la mejor peluquería del barrio íbamos a coger a la gente en el momento? Desde luego, no hay criatura en este mundo con más autoestima e ingenuidad que un hombre heterosexual —masculló por lo bajini.

—¿Eso es un no? —se mofó el tipo, que se puso firme nada más recibir la reprimenda.

—Es un «no» como un camión, y por partida doble. Aquí nos especializamos en colores de fantasía, caballero. Para recortarle las patillas, encontrará un barbero a la vuelta de la esquina. Reconocerá el establecimiento porque huele a One Million.

—Coño, maricón —rezongó Gaspar—, ¿qué maneras son esas de tratar a los clientes?

—La verdad es que ando de un mal humor... —admitió Edu—. Me pongo violento porque fui heterosexual durante veinticuatro horas, y claro, pasó lo que pasó, que me dejó secuelas y este es el resultado: quiero invadir Polonia, o iniciar una guerra contra Vietnam... Esas cosas de hombres.

—¿Heterosexual? —repitió el cliente, cruzado de brazos junto a la entrada. Miró a Edu de arriba abajo—. Vaya veinticuatro horas más desperdiciadas.

Ni al peluquero ni a nadie le pasó desapercibido el flirteo. De hecho, se levantó un silbido general que concluyó en un ataque de risa al que se unieron tanto especialistas como clientes. Edu fue el único que se giró con las tijeras en una mano y el peine en otra, y le dirigió al tipo una mirada de fingida ofensa.

—¿Perdona?

El recién llegado soltó una risita ronca por lo bajo. Lo miró a través de las pestañas.

—Vendré otro día, a ver si tengo suerte y consigo una cita... aunque no sea para cortarme el pelo.

Gaspar y Zulema entonaron un «uuuuuh» prometedor al que no tuvo otro remedio que unirme, encantada con el brevísimo intercambio.

En cuanto el desconocido se marchó, Edu se giró hacia su equipo exagerando una mueca desencajada.

—¿Ha dicho eso con segundas para tirarme la caña? Mira que yo no estoy para tonterías.

—Hijo —suspiró Zulema con aire soñador—, si a mí se me pusiera un tontería como esa por delante, le daría como un sordo a un timbre.

—Y esta vez la Zule se ha quedado corta. ¿No le has visto el jepeto a ese animal? —jadeó Gaspar—. Madre mía de mi vida, ¡qué cosa!

—Si vuelve a que le corte el pelo, lo mando a su casa trasquilado —prometió Edu con claras connotaciones sexuales.

Todo el mundo silbó y aplaudió, esperanzado.

Mereció la pena estar presente durante la lluvia de ideas sobre el título de mi nueva melena y el posterior encuentro solo para poder contárselo como anécdota a los chicos. Milu es muy escueta incluso cuando se ríe, como si su sentido del humor estuviera por encima de nuestra imaginación, pero Koldo y Néstor se descojonaron de tal manera al conocer el nombre de mi corte de pelo que el primero acabó tirado en el suelo, y al segundo se le saltaron las lágrimas.

Incluso Ming sonrió a pesar de no entenderme.

Pasamos mucho tiempo juntos. Los del piso, quiero decir. Raras veces salimos a la calle a dar una vuelta o asistimos a una fiesta; la mayor parte del tiempo simplemente coincidimos en el salón y arrancamos a hablar hasta que nos entra el sueño o alguien tiene que atender una

obligación. He establecido sin darme cuenta una rutina maravillosa en la que se equilibran la vida social, la vida laboral y los *hobbies*, porque si bien mi desempeño en la orquesta como violista es un trabajo remunerado, no puedo evitar verlo como un sueño hecho realidad; algo que haría incluso si fuera a mí a quien le costara el dinero.

—Realmente —retomo, mirando a Alison— pasamos muchísimo tiempo juntos. Duermo con él, vamos al restaurante juntos o incluso me lleva si no le toca el turno, tiene detalles conmigo, como dejarme cena para cuando llegue hecha polvo del trabajo, viene a verme practicar cuando puede o sabe que estoy nerviosa por algo... El treinta y uno de diciembre salimos de fiesta y no nos separamos. Supongo que eso es lo que me tiene... descolocada. Que no nos separamos.

—¿Y eso te agobia?

—Me agobia que no me agobie. ¿Tiene sentido?

—Cuando estamos enamoradas de alguien, queremos pasar con esa persona el mayor tiempo posible —plantea Alison con sencillez—. No digo con esto que sea el caso, aunque podríamos estar hablando de amor.

Un sudor frío me recorre la espalda.

—¿Cuál sería el caso alternativo?

—Que te aferres a la compañía de Néstor porque es quien te está dando el cariño y la seguridad que tus padres te han arrebatado... y que te siguen escamoteando, por lo que tengo entendido —añade, mirándose en busca de una confirmación.

Con un nudo en la garganta, asiento con la cabeza.

Sí, mis padres están desaparecidos en combate..., pero Borja ha encontrado la manera de llegar a mí. No ha dejado de hacerse notar desde que me abordó en el teatro, y ¿cómo, si lo bloqueé en todas las redes sociales? Pues creándose cuentas nuevas.

Ni siquiera disimula que es él. A veces me despierto y me topo con una solicitud de mensaje que trata de hacerme sentir culpable por haberle dado la espalda a mi familia, o por haberle humillado en público, o por no haber vuelto con él todavía, lo que sería «sentido común»; o por haber desaprovechado la oportunidad laboral en el bufete. En otros, no mucho más originales, se pone romántico e incluso me pide disculpas si alguna vez me ha hecho sentir mal. Me dan ganas de responder estos con una detallada lista, pero mientras decido qué decirle, pasa el tiempo, y, en ese tiempo, Borja vuelve a cambiar el enfoque de sus chantajes y me repite una vez más que soy una zorra barata y me voy a echar a perder si sigo con Néstor.

No se lo he dicho a nadie, y Alison no será la primera en enterarse.

Me puedo figurar cómo va a reaccionar. Quizá active un protocolo de emergencias, o algo similar, y ponga al corriente a Néstor y a mis amigos cercanos para que me acompañen y me ayuden a tomar medidas mientras dure el acoso.

Pero antes muerta que volviendo a poner patas arriba la comunidad con mis problemas. Para lo que yo soy, y esto es, una persona fundamentalmente tímida, bastante trastorno he ocasionado mudándome de casa en casa. No quiero estar de nuevo en la conversación, incluso si dicha conversación tiene tintes compasivos hacia mi situación.

Ser la víctima nunca me ha gustado.

Además; estoy tan cansada de que Néstor deba interponerse entre Borja y yo que no voy a darle de nuevo la oportunidad de rescatarme.

Si alguien hace algo al respecto, será una servidora.

Y no voy a hacer nada aún. Es verdad que me siento incómoda cuando salgo a la calle por si me lo encuentro. En uno de sus mensajes, afirmó haberme visto volviendo a casa el día uno de

enero después de salir de fiesta, y me mandó una foto mía apoyándome en Néstor para mantener el equilibrio. Recuerdo que se me heló la sangre, pero me dije que, mientras permanezca en las sombras, no tendré de qué preocuparme. Es más cobarde que canalla, y se supone que le tiene demasiado respeto a mi padre como para hacerme daño de verdad.

Solo busca mi atención, y no pienso darle la satisfacción porque no es tan importante.

No lo es.

—¿Crees que estoy utilizando a Néstor para no sentirme sola? —inquiero antes de sentirme tentada de mencionar el asunto delicado.

—Eso solo lo sabes tú, Gloria. ¿Qué sientes por él?

Me miro las palmas de las manos, de pronto nerviosa. Pensar en él disuelve el nudo en mi estómago como si fuera mantequilla líquida. Y luego lo vuelve a formar, solo que de manera diferente. No es un nudo de nervios o de angustia; es un nervio de no soportar las ganas que le tengo. ¿Ganas de qué? Pues de todo. De verle, de escucharle, de hacerle reír, de sentir sus brazos rodeándome.

—Todavía me sorprende mirándolo con asombro, o con una sonrisa incrédula, cuando se pone a dar palmas o a bailar, cuando canturrea mientras cocina, cuando bromea conmigo sin ningún filtro —reconozco con un hilo de voz—. Me parece increíble que esa persona hubiera estado ahí desde el principio, solo que oculta para mí. Adoro cómo es. Me... atrae, lo echo de menos si no está, quiero saberlo todo sobre él, necesito que me toque y que me hable... Necesito saber que me corresponde —admito por fin—, porque ahora mismo me pongo celosa de las tonterías más peregrinas. Supongo que eso debería darme una pista de que no es mi amigo. O de que no quiero que sea solo eso.

Un día estábamos tumbados en su cama trasteando el Spotify. Se tomó muy en serio que le pidiera recomendaciones musicales de las suyas y, saltando de una lista de reproducción a otra, empezó a deshacerse en halagos hacia artistas canarios y andaluces. Sabía de su obsesión con Yung Beef, Khaled y Kaydy Cain, pero no con Abhir Hathi y Cruz Cafuné.

—Esta me recordaba a ti —señaló, enseñándome unas letras. Es algo que me entenece de él y que me anima a sincerarme cuando la ocasión lo permite: que no le avergüenza confesar que en el pasado, ese terrible pasado común, pensaba en mí—. *Si no estoy a la altura para ser tu hombre, no te conformes; búscate un pijito que te saque a cenar.*^[12]

—Vaya, y yo esperando algo bonito —me burlé—. ¿Has estado en Tenerife, o algo así? Ese cantante no tiene mucha presencia en la península, ¿no?

—Qué va, no he ido aún. Cuando empecé a escuchar a los cantantes de allí, ni siquiera estaban en su pleno apogeo. Se me pegaron porque seguí en Instagram a una chavala tinerfeña. Era tan pesada recomendándolos que acabé haciéndole caso.

—¿Y por qué seguiste en Instagram a una chavala tinerfeña? —tanteé con recelo.

Mis sospechas se cumplieron enseguida.

—Porque está tremenda.

—No me digas que eres esa clase de babas que utiliza las redes sociales para reaccionar a las historias de las chicas guapas con el emoticono del fuego o del cien. Como ves, yo también puedo asociarte una personalidad estereotípica en función de un detalle —apostillé con retintín, tratando de luchar contra unos celos irracionales; los mismos que me invadían cuando Néstor avisaba que tenía turno en el bar y, por tanto, iba a cruzarse con María.

—No te pases, que es la única tía a la que sigo solamente porque me gusta su estilo. Además,

viene mucho por Madrid. La posibilidad de ligar con ella era real —se defendió, divertido con mi mosqueo. Se metió en Instagram de la susodicha, una tal @dakil_con_ese, para enseñarme una de sus fotos. Su foto más provocativa, de hecho. En la imagen aparecía una chica afroamericana, o, como mínimo, mestiza, posando en un bikini minúsculo mientras tomaba el sol—. Tiene un rollazo increíble. Mira esas trenzas, mira esos labios, mira esos *piercings*... Mi *red flag* es pensar que, si me conociera, se enamoraría de mí —admitió, poniendo morritos.

—Tienes *red flags* muchísimo peores, listo. Y... —Pulsé en una de las fotos del *feed* de la chica—. Como puedes ver, está emparejada, porque supongo que este de aquí es su novio. Y, Dios, ¡es guapísimo! —apostillé con los ojos como platos. Hacían una pareja increíble.

—Bah. Es solo otro pretencioso llorón que llena su perfil de frasecitas románticas y se apropia de la estética urbana para ir de pobre cuando tiene pasta para aburrir. Dácil se merece algo mejor. Algo como yo.

Sabía que me estaba pinchando. Por alguna razón, le encanta ponerme celosa. Suelo seguirle el juego, pero ese día me cansé de sus tonterías y me incorporé con la intención de irme a... No sé a dónde. A cualquier sitio en el que no tuviera que escucharle deshacerse en elogios hacia las desconocidas del mundo digital.

—Pues múdate a Canarias y la seduces, a mí qué me cuentas —gruñí por lo bajini, palpando el suelo con los pies en busca de mis dichasas zapatillas.

Lo oí reírse a mi espalda. Enseguida me estaba rodeando la cintura con el brazo.

—Sí, claro, y dejarte a ti sin seducción... Lo siento, pero todavía tengo trabajo que hacer aquí. —Me plantó un sonoro beso entre los omoplatos.

—Ya. —Puse los ojos en blanco, pero dejé que, a su manera, me intentara convencer de volver a tumbarme. Y lo logró tan solo haciéndome cosquillas en el costado—. Tu prioridad es la pija con el pelo a capas, y no la belleza exótica —señalé con sarcasmo.

—Elemental, querido Watson. No me llores más, preciosa mía —canturreó con el ritmo de la canción de David DeMaría—, y ven a darme calor. Dácil está demasiado lejos.

Bufé en voz alta y él solo se rio con más ganas antes de arrastrarme a su vera con un tirón juguetón.

El reciente recuerdo me saca una sonrisa.

—Como mínimo, puedo decir que me gusta —confieso en voz alta—. Me gusta mucho. Pero no sé si me conviene. Sigue habiendo algo ahí, un obstáculo... Uno que no tiene mucho que ver con nuestra antigua enemistad, ¿eh? Digamos que... que no tengo la tranquilidad de que me esté diciendo todo lo que pasa por su cabeza.

—¿Te da la impresión de que te oculta información?

—Algo así.

Le cuento lo que pasó una tarde durante el rato de descanso entre turnos.

Poco a poco he ido amigándome con los chavales de El tercer deseo. Cada día me toca matar los diez minutos de cortesía en la sala común con un camarero distinto, así que no he tardado en conocerlos por nombre, carácter e historia individual.

La mayoría no temen reconocer que cometieron un delito. Como ya han cumplido su pena y se consideran exitosamente reinsertados en sociedad, hablan de sus peores momentos con la determinación de un predicador, esperando que quien los escuche no cometa sus mismos errores.

—Bimba, Evita y Sugar son el trío lalalá, las tres Marías, las tres gracias, como las quieras llamar. Ninguna de ellas está aquí porque nadie las contratara en ninguna parte —me explicó Marcello mientras fumaba en la ventana. Recuerdo que le escuchaba con la timidez que a una la

bloquea cuando está en presencia de un hombre realmente atractivo. No atractivo de escultural, que también, sino de magnético—. Sugar y Eva son hermanas, y a Bimba se la sacaron las dos de una entrevista de trabajo de la que a ninguna le gusta hablar. Lo que pasó en esa entrevista es como el Santo Grial, te lo prometo. Cuando la mencionan, se miran entre ellas con alto secretismo y se callan. En cuanto a los demás... Ya sabes que yo la cagué a lo bestia y me cayeron diez años. Y también sabes que no he aprendido nada de la cárcel. Salvo cómo hacer una página web, afilar un cepillo de dientes para que se asemeje a un arma y todo eso.

La verdad es que impresiona estar ante una persona que reconoce haber matado a otra; que incluso admite que debería haber cumplido una pena más dura, porque lo haría una y mil veces y, en esta segunda ocasión, se aseguraría de incurrir en ensañamientos.

Es curioso tener todo esto presente y seguir pensando que el tipo es una buena persona.

—No todos los que pululan por aquí han pisado la trena, ¿eh? Olivier tiene unos antecedentes penales que dan miedo, pero siempre se ha librado de la cárcel. A Ezio lo condenaron de forma injusta, Brais era adicto a la meta...

—¿Y Néstor? —pregunté.

Marcello me miró con una ceja enarcada.

—¿No te lo ha dicho?

—No..., aunque tampoco he indagado mucho.

—Pues no me corresponde a mí contártelo. Yo hablo a la ligera de lo que vivieron mis compañeros porque no lo llevan en secreto. Néstor es otro tema. Me consta que sigue ardido y no ha superado lo que le pasó.

No podía tratarse de las drogas, porque he visto a Néstor rechazar MDMA y cocaína en algunas de las fiestas a las que hemos ido y fumarse un porro solo de vez en cuando. «Lo hago todo con método, como decía Lola Flores», me explicó después de que le preguntara qué hacía consumiendo maría después de perseguir a Koldo para robarle los canutos.

Tampoco lo imagino yendo a la cárcel. Es una persona funcional, bien educada, responsable, trabajadora... A lo mejor, y simplemente, lo que Néstor no supera y por lo que trabaja en empresas contadas es que lo discriminen por su aspecto y su apellido.

—¿Por qué no lo has confrontado al respecto? —me pregunta Alison.

—Siento que no tengo derecho. Que todavía no estamos ahí, ¿sabes?

—Gloria... —suspira con una sonrisa benevolente—. Dormís juntos en el sentido prosaico y el literal, salís juntos, trabajáis juntos; conoce tu historia personal y te ha estado apoyando para que salgas adelante. ¿Por qué no ibas a tener derecho a hacer lo mismo por él?

—No lo sé. Creo que es un tema sensible. Y me da la impresión de que, aunque vamos progresando, tanto Néstor como yo estamos... Bueno, estamos aún sorprendidos por cómo se han dado las cosas, y esperamos que llegue el día en el que se vuelvan a arruinar.

—Porque no sabéis a qué ateneros con el otro —replica con sabiduría—. No habéis hablado de qué esperáis, qué queréis con esta relación, qué sois. Hay gente que emprende cruzadas contra las etiquetas, pero las etiquetas son importantes para ordenar el mundo; solo gracias a ella tenemos idea de cómo comportarnos. Aun así, incluso si solo sois amigos o solo os acostáis, puedes y debes preocuparte por él. Néstor ya decidirá si contesta las preguntas, pero has de hacerlas. Si hay problemas de comunicación, que por ti no sean, Gloria. Satisface siempre tus dudas...

Alison se calla en cuanto se abre la puerta de la consulta.

—Perdón por interrumpir —se disculpa un agitado Néstor. Al escucharlo, me giro enseguida. Se me acelera el pulso al verlo blanco como la tiza y sudoroso—. Es que Koldo... Koldo... Acaban de llevárselo en la ambulancia. Le ha dado una pálida brutal.

—¿Cómo? —se alarma Alison, poniéndose de pie como un resorte.

—Sí, y... y... como tú le estabas tratando la adicción y Gloria es... su amiga, os tenía que avisar.

—Has hecho bien. ¿A qué hospital se lo han llevado?

—A La Paz.

—Pero si llevaba semanas sin fumar —balbuceo yo, imitando a la psicóloga. Alison se olvida de los papeles que deja esparcidos sobre la mesa y la rodea a la velocidad del rayo para escoltar a Néstor, que espera a que yo reaccione para ponerse también en marcha.

—Parece que no ha podido soportarlo más y se ha fumado todo lo que ha pillado —murmura con voz temblorosa—. Cuando Milu y yo hemos llegado a casa, estaba temblando y con taquicardias. No se podía ni levantar del suelo del ataque de pánico que le ha dado.

—¿Ha vomitado? —pregunta Alison mientras baja las escaleras.

—Sí, se había potado encima, pero no ha mejorado. Se va a poner bien, ¿no?

—Claro que sí —nos asegura la psicóloga. Nos sujeta la puerta de entrada para que pasemos y rebusca en los bolsillos hasta dar con el móvil. Teclea un número en la marcación rápida y se lo pega a la oreja—. Vamos en mi coche, ¿de acuerdo...? —La persona a la que ha llamado contesta—. Cariño, escúchame... —Frunce el ceño—. No es el momento de hacer una fiesta porque es la primera vez que te llamo cariño. A Koldo le ha dado una hipoglucemia por la maría... Está en La Paz. Tendrás que quedarte con la niña un rato más. Sí, yo te aviso cuando lo haya visto.

Cuelga y nos hace un gesto para que la sigamos al ascensor. En el camino, no sé por qué, quizá porque estoy preocupada y porque Néstor siempre me da la calma que necesito, busco su mano y entrelazo los dedos con los suyos.

Nos miramos un instante fugaz. Me conmueve tanto verlo preocupado por alguien que quiere que intento sonreírle.

—Tranquilo. Las pálidas no son mortales, ni nada parecido.

—Mortal es la paliza que le voy a dar cuando se recupere.

—Y la bronca que le voy a echar yo —secunda Alison, cruzada de brazos. Lanza una mirada severa al techo del ascensor—. Que se prepare, que cuando le haga un informe para que lo internen en un centro de rehabilitación, no va a querer ver un porro ni en un videoclip de trap.

Capítulo 20

LAS COSAS DEL QUERER

Gloria

—¿Es la primera vez que le pasa? —me atrevo a preguntar tras un rato de silencio.

Hemos llegado al hospital hace alrededor de veinte minutos. Alison ha aprovechado que tiene enchufe gracias a su magnífica reputación como psicóloga de las estrellas y la han colado en la habitación donde están atendiendo a Koldo. ¿Para qué? Vaya uno a saber. Supongo que asesorar en lo que al ataque de pánico respecta, asegurarse de que no le ha dado un brote psicótico o aportar datos sobre el historial clínico que todos conocemos, pero que no consta en un registro físico distinto de sus notas terapéuticas.

Alison lleva meses trabajando conjuntamente con nuestro amigo, porque, como todo el mundo sabe, su problema no son los porros; ese es el modo con el que un buen día decidió tratarlo.

Como Milu ya ejerce de acompañante y no se permite que pase una marabunta de gente, a nosotros nos toca aguardar en la sala de espera.

—Le ha dado ansiedad antes —responde Néstor. Está inclinado hacia delante con los codos apoyados en los muslos. Se frota las manos de forma compulsiva—. Es uno de los efectos a largo plazo del consumo continuado de marihuana, según sé. Con la cantidad de veneno que se ha metido en el cuerpo, tenemos que dar gracias porque le haya dado una pálida y no un brote psicótico. Se cree que la maría es la leche porque sale de una planta, no de un laboratorio, y no te la tienes que inyectar en vena. Era incapaz de ver el daño que le estaba haciendo.

No sé qué decirle, porque la verdad es que yo también estoy angustiada y no se me ocurre una solución. Por lo que he visto en internet mientras Alison conducía hasta el hospital, ante un caso de pálida, solo se recomienda acostar al paciente de lado por si tiene que vomitar y mantenerlo en observación por si empeorara.

Pero incluso si esto no es grave, no me gusta la idea de Koldo sufriendo. Es tan dulce, tan buen chico, y es tan querido por todo el que lo conoce que no logro entender por qué siente la necesidad de drogarse.

Al final, no se puede salvar a alguien que no quiere ser salvado. Parecía que sí le interesaba dejarlo, pero a la vista está que nos hemos equivocado.

—Ha tenido que mezclarlo con alcohol, o algo así —medita Néstor—. Por intoxicarte con maría no te pones como yo lo he visto... Joder. —Se cubre la cabeza con las manos—. Estoy seguro de que ha estado fumando a escondidas. Cuando bajaba la basura, o cuando volvía de la universidad... No sé. —Le paso un brazo por los hombros y me acerco a él para intentar ofrecerle consuelo. Néstor acepta el gesto y busca mi mirada—. Cuando lo conocí, ya fumaba, pero muchísimo menos. Y se le notaba que estaba sano. Hacía deporte y tenía aficiones, ¿sabes? No se le olvidaban las cosas, ni iba como un zombi de un lado para otro, ni se quedaba un viernes por la tarde encerrado en su habitación dándole al canuto. Y pesaba al menos quince kilos más.

—Es verdad que está en los huesos —murmuro para mí misma—. ¿Qué podemos hacer por

él? ¿Crees que deberíamos colaborar con Alison para meterlo en un centro de rehabilitación? No sé si Koldo podría con algo así... Es una persona muy sensible. Y creo que todavía se le puede convencer de dejarlo. No ha llegado al punto de robar dinero para fumar, ni se ha puesto violento más allá del episodio de hace unos meses, ¿no?

—No, que yo sepa.

—Quizá, si sus padres entendieran la gravedad de la situación...

Él me silencia sacudiendo la cabeza con rabia contenida.

—A sus padres se la suda el tema, créeme. Los contacté una vez y ni me respondieron.

—¿Por qué le darían la espalda a una persona tan...? No lo entiendo. Es un encanto.

Como Néstor no dice nada enseguida, me giro a mirarlo, temiendo que se haya derrumbado, y me topo con que su expresión se ha suavizado.

Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Tú sí que eres un encanto —susurra. El corazón me da un vuelco—. Gracias por preocuparte por él. Sé que no estoy solo en esto, pero Koldo sí lo cree. Actúa como actúa porque está convencido que en el fondo nos da igual. Si ve que a la gente de su alrededor le importa que le vaya bien, tal vez decida cambiar...

—¿Néstor? —lo llama una voz masculina—. Hostia, no me lo creo. ¡Néstor!

Los dos levantamos la cabeza a la vez para toparnos con un tipo ataviado con el batín de hospital y muy mala cara. Una enfermera tiene que hacerle el favor de arrastrar el gotero por él, porque lleva las manos esposadas, y el que parece un guardia de seguridad le escolta a un metro de distancia.

Aunque tiene un aspecto que echa para atrás, y no porque esté tatuado de arriba abajo, sino porque sus tatuajes son tan amenazantes como los de los mafiosos rusos, siento una simpatía inmediata: parece genuinamente feliz de toparse con Néstor.

—¡Hombre, Kiki! —le saluda él, devolviéndole el gesto. Se pone de pie y pide permiso con la mirada al guardia para acercarse. Este se lo concede a desgana, y los dos se saludan palmeándose la espalda—. ¿Qué haces aquí, tío? ¿Qué has hecho ya?

—No todos van por la vida ganándose los corazones de la gente, chico. Ya sabes que tengo un talento que te cagas para granjearme enemigos en cuanto me cambian de celda.

No puedo verle la cara a Néstor, pero apuesto por que pone los ojos en blanco.

—¿Te han metido otro navajazo, o qué?

—Como mínimo —se lamenta con una sonrisa desinflada—. Pero ya se enterarán de lo que vale un peine. Al Kiki se le tocan los cojones lo justo.

—Anda, no te metas en más problemas. Si ya debes de estar a punto de salir, ¿no?

—Tres meses me quedan. Por eso me andan jodiendo, Néstor, para que la palme antes de ver la luz del sol... o para que les meta una paliza que me cueste otro año enchironado.

—No les vayas a dar el gusto, ¿eh? Que Fabiola te está esperando fuera todavía, y se lo debes —le advierte Néstor con esa seriedad que tan bien me conozco—. No le puedes fallar.

Al tipo se le relaja la cara con la mención de la misteriosa Fabiola.

—Y tanto... Mi niña tiene el cielo ganado. Yo no sé de dónde saca la paciencia.

—De que te quiere, hombre; de que te quiere. —Néstor le aprieta el hombro afectuosamente—. Hazme el favor de comportarte. En cuanto salgas, te echaré un cable para que encuentres curro. Te lo prometo.

—Bueno, bueno, ya vale, que me vas a hacer llorar... Pero ¿tú qué haces aquí? —pregunta Kiki, como si acabara de caer en la cuenta de que nos encontramos en un hospital.

—Ya basta de cháchara —rezonga el guardia, dando un paso amenazante al frente—. Vamos a la habitación.

Kiki pone los ojos en blanco y se contiene para no quejarse.

—Has oído a mamá —se burla—. Me tengo que ir. Ha sido una alegría verte, tío. Qué bien que todo te vaya de lujo. A ver si nos vemos cuando me liberen.

—Pues a ver, sí. —Capto la sonrisa de Néstor cuando empieza a darse la vuelta—. Cuídate, ¿eh?

Kiki suspira, dando a entender que eso no depende de él, y desaparece pasillo arriba iniciando una conversación informal con la enfermera. Néstor vuelve a sentarse a mi lado en completo silencio. Lo miro de hito en hito, y es ahí donde reconozco que trata de mantener el tipo con todas sus fuerzas. No sirve de nada, porque se le ha quedado la expresión sombría que ha estado disimulando en presencia de Kiki.

Tengo un mal presentimiento.

—¿Néstor? —me atrevo a preguntar en voz baja, pensando en lo que Alison me ha recomendado. Preguntar para que, si se arruina lo que sea que estemos construyendo, no sea por mí—. ¿De qué conoces a ese hombre?

Él deja correr un segundo de silencio antes de girarse para mirarme con cansancio.

—De la cárcel.

Una remota parte de mí lo ha estado sospechando, pero me parecía tan descabellado que no tardaba en descartarlo. Es por eso que debo hacer un esfuerzo sobrehumano para no estremecerme, y no por el miedo o porque de pronto vaya a mirarlo con otros ojos, sino porque me pilla con la guardia baja.

No cabía otra explicación, en realidad.

—Trabajo en un restaurante donde sobre todo contratan exconvictos, te dije que perdí unos años de mi vida, esos en los que no pude ir a la universidad, y odio a tu puto padre, el abogado de lujo, con todas mis fuerzas —recita Néstor al ver que me quedo en silencio. Sigue vigilando mi reacción. Parece enfadado consigo mismo por haber tenido que sincerarse—. ¿En serio te ha sorprendido?

—¡Claro que me ha sorprendido! —exclamo, ofendida. Me duele descubrir que abrirse conmigo no ha estado nunca en sus planes, y que está sucediendo de chiripa—. ¡No se me ocurre por qué alguien como tú habría estado en...! —Me callo, de pronto cohibida. Al final del día, es un hecho que ha ido a la cárcel. No le va a servir de nada que intente restarle importancia con burdos consuelos del estilo «no te pega nada tener un historial criminal», porque sí, lo tiene, y punto. Así pues, inspiro hondo y opto por lo que me ha recomendado Alison: limitarme a saciar mis dudas—. ¿Qué pasó?

Él respira también y se reclina hacia atrás en el banco. No me mira a mí; ha clavado la vista en un punto de la pared de enfrente. Descansa las manos sobre los vaqueros rotos, laxas, inútiles. Sospecho que la pose, en teoría cómoda, le sirve para disimular que está nervioso.

—Lugar equivocado, momento equivocado —responde con ambigüedad—. Y lo que es peor: personas equivocadas.

—¿No quieres... hablarme de ello? —musito al ver que se queda en silencio.

—No —ataja sin ambages. Me lanza una mirada de reojo—. Nunca he querido hablarte de ello, como es evidente.

—Pero no es un secreto, ¿no? —se me ocurre replicar. Aunque estoy en shock por las noticias, creo que me aferro a este para no enfadarme por su silencio—. Apuesto a que Luz y

Koldo lo saben.

—Claro que lo saben. Se lo dije el día en que los conocí porque pensé que podría meterme en un lío si se enteraban más adelante de que estaban viviendo con un tío que se había comido dos años de cárcel.

No puedo resistirme a hacer la pregunta del millón.

No se me escapa que sueno herida y confusa.

—¿Y por qué no a mí, eh?

Néstor me devuelve la mirada con gesto severo.

—¿Cuándo querías que te lo dijera? ¿Cuando nos odiábamos, para que pudieras hacer leña del árbol caído o, peor, darte razones que reforzaran el estereotipo de que los moros somos unos delincuentes? ¿O cuando empezamos lo que quiera que sea esto? —Abarca la nada con un aspaviento difuso.

—Pues por ejemplo —replico a la defensiva.

—Claro, porque seguro que lo que quiere una tía cuando está feliz de la vida follando sin compromiso, es que el chaval se ponga intenso contándole sus mierdas. A saber si lo habrías interpretado como que quería tu compasión —acaba bufando.

—Lo que quiere una tía cuando está feliz de la vida follando sin compromiso, es tener la tranquilidad de que da lo que recibe, de que confían en ella, de que está en igualdad de condiciones con la persona con la que comparte su... cuerpo y su día a día. No lo hemos estado si tú podías estar para mí con lo de mi padre, pero yo no podía ni siquiera escucharte porque no me hablabas. ¿Y qué se supone que esperas de mí, si no es mi compasión... entre esas otras muchas cosas que vienen con un vínculo sano?

Él sigue mirándome con esa franqueza que abre un agujero a mis pies. Cuando no hay bromas o conversación que rebajen la intensidad de sus ojos negros, el corazón se me encoge y, de pronto, soy dolorosamente consciente de que este hombre no me es indiferente.

—No quería que cambiara nada. Eso es lo que esperaba —reconoce en voz baja—. No quería que, a partir de ese momento, me miraras de reojo, o con desconfianza, o que pensaras que soy un criminal, o... —Se le escapa una sonrisa triste—. Ni que creyeras que miento cuando digo que soy inocente.

—¿Por qué iba a pensar que mientes? —musito con un nudo en la garganta. Verlo tan vulnerable, tragando saliva de forma compulsiva y toqueteándose el cuello de la camiseta me conmueve—. Ni siquiera cuando nos llevábamos mal te veía como un embustero, Néstor. Si me dices que fue una sentencia injusta, por supuesto que me lo creeré. No sería la primera. He estudiado Derecho, ¿sabes? Me conozco cómo se las gastan algunos jueces.

Él se queda meneando la cabeza. Parece que no haya oído nada de lo que he dicho. Se ha sumido en un silencio preocupante.

—Marcello, Milu, Koldo... Incluso mi prima Naima o mi madre. Todos me dicen siempre que tengo que dejar de estar a la defensiva y recordarme a diario que ya no estoy allí; que nadie volverá a meterme si no hago nada, si me comporto..., pero no lo entienden —se le escapa una risa floja—. Me enchironaron sin haber hecho nada una vez, así que podrían hacerlo de nuevo. —Se calla de golpe y sacude la cabeza nuevamente, concentrado en las manos que no para de frotarse—. Da igual. Olvídalo.

Me parte el corazón darme cuenta de que hizo bien al no poner en mi conocimiento esta información. Al menos, no durante los años de conflicto. Si lo hubiera sabido cuando nos llevábamos como el perro y el gato, no lo habría usado en su contra, o eso quiero pensar, pero

desde luego que lo habría mirado con otros ojos. ¿Por qué? Pues porque habría sido el primer exconvicto al que habría tratado, y eso siempre impresiona; porque, como hija de abogados, o de *determinados abogados*, mejor dicho, siempre he visto a los reos como ciudadanos de segunda.

Mi padre, por ejemplo, no cree en la reinserción. Y, hasta hace poco, yo creía lo que creyera mi padre.

Además de que, en aquella época, aún no sabía hasta qué punto se toma en serio el bienestar de sus seres queridos, sus responsabilidades para con la casa, para con el trabajo, para con la comunidad. Intuía que era buena persona, vale. Aun así, predispuesta como estaba a odiarlo, una confesión semejante me habría convencido de opinar lo contrario.

He tenido que trabajar en El tercer deseo y rodearme de exadictos y antiguos reclusos para confirmar que mis prejuicios hacia este grupo social eran injustos. Si no lo hubiese hecho... No quiero ni imaginar dónde estaríamos ahora.

Lo cojo del brazo para llamar su atención.

—Cuéntamelo —le pido—. Quiero que veas con tus propios ojos que nada va a cambiar entre nosotros, y para eso tienes que darme un voto de confianza. Por favor.

Néstor vacila, nervioso, antes de suspirar con resignación. Me mira con una mezcla de inseguridad e impotencia, esta segunda inspirada por los recuerdos.

—Estaba celebrando mis dieciocho en una discoteca de moda, la típica a la que van los alumnos de los institutos de pago cuando se gradúan. Mi prima Naima insistió en que ese fuera el garito porque en aquel entonces estaba bastante desatada e iba un chaval que le gustaba. A mí me daba igual mientras hubiera música. —Se encoge de hombros—. Pero te podrás imaginar que el ambiente me disgustó bastante. No porque odiara a los cayetanos, ¿eh? Todavía no habían empezado a asquearme, pero... No sé, me pareció que yo no encajaba. Al rato, dejé a mis amigos dentro para salir a tomar el aire. Ni siquiera me había tomado una cerveza porque ya sabes que mi religión no me permite beber, así que estaba fresco como una rosa. Por eso pensé, en mi divina inocencia, que era la persona indicada para separar una pelea que vi en la acera: un grupo de adolescentes borrachos estaba discutiendo porque uno se había tirado a la novia del otro. Me acuerdo como si fuera ayer, porque pensé que se merecía esa hostia y varias más. —Se le escapa una sonrisa desinflada.

»Pero si hubiera sido una hostia, a secas, me habría limitado a observar. El problema es que fue una paliza con todas las de la ley. Me agobió que nadie hiciera nada y me acerqué para pararlos. Y maldita la hora. No sé si alguna vez te has metido en un corro donde llueven los puñetazos. La verdad es que incluso hoy sigo sin tener la menor idea de qué pasó; lo tengo borroso. Solo sé que estaba agarrando a uno de los amigos de los hombros para que no me pegara también cuando el cornudo le metió un empujón al supuesto amante. El chaval se resbaló con el borde de la acera y se rompió el cuello contra el retrovisor de un coche.

—Dios —jadeo, estupefacta.

—En el juicio se decidió unánimemente que yo lo había empujado —concluye con voz queda—. La defensa aprovechó que los implicados eran los mejores amigos del mundo mundial y esgrimió que la pelea se dio porque yo, el sujeto externo, el chaval racializado de un barrio conflictivo, empecé a molestarlos con mi actitud arrogante. Mi abogado de oficio llevaba dos telediaros ejerciendo y no fue capaz de encontrar pruebas que por lo menos me concedieran el beneficio de la duda, como que la novia del verdadero culpable se había follado al muerto, lo que cuenta como... móvil, ¿no? Tú lo sabes mejor que yo.

—Claro. La motivación es importante de cara a la sentencia.

—Pues la novia salió a mentir como una bellaca para proteger a su pareja. Todo el mundo mintió como un bellaco. Me cayeron dos años por el extra de haber estado sobrio durante la pelea, que, si hubiese estado borracho, habrían sido unos cuantos meses menos. Atenuante, lo llaman.

Voy asintiendo con la cabeza, tratando de digerir la información. Se me hace tan inverosímil que Néstor haya pasado dos años en la cárcel... Pero eso solo es culpa de mis prejuicios. Como no he ejercido aún la abogacía, no he visto que no todo el que pone un pie en un centro penitenciario es una persona peligrosa.

Como él mismo ha dicho hace un rato, ¿de qué me sorprende? Era obvio que su actitud incendiaria en cuanto alguien amaga un gesto discriminatorio debía tener un porqué. No es que la xenofobia sea insuficiente a la hora de acomplejar a una persona, y apuesto por que la sufrió más siendo niño y adolescente que hoy día, pero es cierto que Néstor ha permitido más de una vez y más de dos que un desdén o un simple comentario se convirtiera en la primera ofensiva de una guerra sangrienta. Para muestra, un botón: por el malentendido de Tomás Moro habría estado dispuesto a humillarme para siempre. Me imagino que cuando te sentencian a prisión de forma injusta, y más porque eras Néstor Kadiri que porque hubieras sido culpable, ese recelo inicial hacia el mundo se cronifica y acabas convencido de que debes ir vigilando por encima del hombro que nadie te persigue para convertirte en el villano de otra película.

Porque le creo. Y ni siquiera me extraña no haber dudado de su palabra un solo segundo. ¿Cómo no le voy a creer? Sé que arremete contra los pijos a la menor oportunidad, pero también sé que nunca pondría en riesgo la vida que tiene, el futuro que soñaba con tener, enzarzándose en una pelea. Si fuera violento, habría matado a Borja alguna de las tres veces que lo pilló atacándome, y, sin embargo, trató de ser prudente en la medida de lo posible.

—¿Por eso odias a... la gente como yo? —me atrevo a preguntar—. A los privilegiados, como tú los llamas.

—Siempre me he cambiado de acera cuando he visto venir a uno porque sé que no voy a recibir una mirada de bienvenida. Pero sí, a partir de eso, me convertí en... ¿cómo me llamaste? ¿Un acomplejado? —Trata de suavizar la mención con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Mi problema no son los privilegiados, de todos modos. Es la peña del que era tu círculo. ¿Sabes qué bufete de abogados defendió al chaval?

Me cuesta tragar saliva.

—¿Cuál?

—Valdecasas y Asociados, con despacho en la calle Génova —anuncia en tono publicitario—. Un tal Patricio Colmenar, amigo íntimo del padre de la criatura que se habría comido la trena si yo hubiese podido defender mi caso. No lo vi en la fiesta de jubilación, pero sí cuando fue a comer a El tercer deseo, y... Ya te lo dije en su momento, pero te lo repito —añade, mirándome arrepentido—. Siento mucho cómo te hablé ese día. En parte se debió a que ese cabrón estaba allí. No controlo muy bien mis emociones cuando este tema sale.

Me cuesta respirar y mirarle a la cara después de oír el nombre del mejor amigo de mi propio padre, el único penalista en la plantilla de su empresa privada, y también progenitor de Borja... detalle que Néstor no parece conocer.

—¿Por eso me odiabas a mí también? Ya, ya sé que fue por lo de Tomás Moro, pero... ¿contribuyó el hecho de ser la hija del propietario del bufete?

Me partiría el corazón, pero porque estaríamos hablando de un rasgo de mi personalidad que no podría cambiar para allanarnos el camino, para hacerle sentir mejor: soy quien soy,

Valdecasas de León, y eso siempre será así aunque mi padre me haya desahuciado.

No sé si podría juzgarlo por haberme cerrado la puerta con ese motivo, que entiendo que no es moco de pavo. Es cierto que uno no tiene la culpa de nacer en una familia moralmente reprochable, pero Néstor fue a la cárcel porque Patricio defendió a un culpable, y más por amiguismo que por vocación o porque le tocara el turno de oficio. Seguro que mintió en el estrado, y lo digo porque me consta cómo se las gastan los peces gordos de la empresa en según qué casos. Es algo tan grave que ahora hasta me cuesta entender de dónde saca el valor para mirarme a la cara, no se diga ya cuidar de mí con el desinterés que le mueve.

Para mi sorpresa, él resuelve la duda con calidez.

—En absoluto. Cuando te conocí, ni siquiera asocié tu nombre a Bernardo o Patricio, quizá porque me pareciste... normal. Tímida, adorable e incapaz de hacerle ningún mal a nadie —reconoce con llaneza—. Por eso, cuando caí en la cuenta de la casualidad, me dije que eras otra Valdecasas de León; incluso si era una estupidez, porque no es un apellido que abunde. Y luego decidí que, lo fueras o no, tenías derecho a demostrar que no eras la misma basura. Pero oí lo que oí unos días después, y... No te voy a negar que entonces pensara que me lo tenía merecido por haber creído que eras diferente. El caso es —añade, solo para aclarar— que nunca te he tratado mal para desahogarme por lo que me pasó. Lo que ha habido entre tú y yo, siempre ha sido entre tú y yo.

Abro la boca para responder, no sé si un agradecimiento, cuando entonces me asalta un recuerdo. El flash me muestra una tarde que quedé con Borja para estudiar en la biblioteca. Estábamos discutiendo la solución de un balance económico cuando me contó, a modo de anécdota, que su padre acababa de meter en la cárcel al asesino del amigo de un amigo suyo. Recuerdo que la noticia me sacudió. Estuve pensando en lo cruel e injusto que es morir a una edad tan temprana, y de un modo tan absurdo.

—No te lo he dicho para que te sientas culpable —continúa Néstor. Entrelaza los dedos con los míos y me aprieta la mano—. Ya he aprendido que no tienes nada que ver con ese círculo de gentuza.

—Lo siento —balbuceo, sobrecogida—. Siento muchísimo que te hicieran eso.

La voz se me quiebra y no puedo decir nada más.

Nunca he sido una llorona, pero lo que ha pasado en los últimos meses me ha sensibilizado las glándulas lagrimales y ahora sufro físicamente por todo. No me importa sufrir por esto, aun así. No me importa hacerlo por lo que de verdad es cruel e injusto. Me pone en contacto con mi humanidad, y me demuestra que aún puedo preocuparme por alguien distinto de mí.

—No voy a decir que sea agua pasada, porque duele si lo pienso —confiesa—, pero tengo una buena vida a pesar de haber perdido esos dos años.

—Tengo el máster de abogacía, ¿recuerdas? —señalo, limpiándome la cara—. Puedo ayudarte a apelar. O, si ya no se puede, interponer un recurso extraordinario de revisión de sentencia firme. ¿Has oído hablar de ello, o te explico cómo funciona? Podrías recibir una indemnización, y...

Su sonrisa resignada me disuade de darle esperanzas.

—No creo que a estas alturas se pueda demostrar nada, Gloria. Han pasado años desde que me condenaron. Pero claro que lo pensé. Mi madre sigue ahorrando para contratar a un buen abogado que haga justicia —me cuenta, conmovido por el gesto materno—, pero esa clase de especialistas que ella busca podrían arruinar económicamente a una persona humilde. Créeme, sé que lo mejor es quitármelo de la cabeza para que la gente de mi alrededor no sufra viéndome

estancado o lleno de rabia. Y lo consigo, más o menos. Estoy bien casi todo el tiempo, ¿no? No es que mi impotencia clame al cielo.

Incluso si es un error cuestionar los sentimientos de una persona, quiero replicarle que no es así, que no me lo trago, que es imposible que esté bien. Dos años no son quince, de acuerdo; pero dos años en la cárcel nada más cumplir dieciocho deben de pasar factura. Seguro que estaba esperando que llegara la mayoría de edad para hacerse un tatuaje, o comprar alcohol en el supermercado para celebrar su primera fiesta, o para alquilar una habitación en un campos universitario y tomar sus primeras clases... y no pudo. Llegó la mayoría de edad, sí, pero no abrazó su independencia, sino que fue obligado a estar presente mientras se la arrebataban.

Uno pronuncia «dos años» y piensa que es una pequeñez comparado con otras sentencias, pero, en veinticuatro meses, a una persona le da tiempo a enamorarse, empezar una relación y casarse; a perder cuarenta kilos o ganarlos; a empezar y terminar un grado superior. En dos años, los bebés ya han aprendido a caminar y saben decir unas cuantas palabras.

No, para alguna gente, dos años no es tiempo. Apenas pegarle un pellizco a una vida larga y sana. Pero veinticuatro meses rodeado de tipos como «el Kiki», que, a juzgar por la extensión de su condena, bien podría haber asesinado a sangre fría, pueden sentirse como veinticuatro años; dos años con un régimen de visitas cruel, dos años solo con tus demonios en una habitación compartida con alguien que podría ser peligroso, dos años pensando en lo que podrías estar haciendo en ese preciso momento si existiera la justicia en el mundo.

Podría haberse vuelto loco. Podrían haberle hecho daño.

Podría haber salido allí deseando venganza.

No es justo. No es normal. Y que parte de la culpa la tenga un hombre que conozco, que me ha visto crecer, que se ha sentado a comer a mi mesa y me ha hecho regalos por mi cumpleaños, me pone tan enferma que por un momento siento que voy a vomitar.

—¿Gloria? —me llama él, rodeándome la nuca con la mano. Tiene que sentirme fría, porque se me ha helado el cuerpo entero y no puedo ni enfocar la vista—. ¿Estás bien?

—Chicos —interrumpe Milu, que aparece después de doblar la esquina del pasillo con agitación—. Koldo ya está estable. Dormido, pero estable. Podéis pasar a verlo.

—Menos mal —suspira Néstor, en paz por primera vez desde que ha salido el tema—. En cuanto abra los ojos, le va a caer una que no va a saber ni por dónde empezar a disculparse.

—Dejemos los regaños para cuando le den el alta y pueda defenderse, ¿de acuerdo? —ruega Milu—. ¿Quieres acompañarme a la habitación hasta que despierte? Sé que los vecinos están viniendo y nos obligarán a hacer turnos. Si pretendemos vigilarlo un rato, es ahora o nunca.

Néstor suena especialmente afectuoso al dirigirse a mí, como si fuera yo la víctima de toda esta situación.

—¿Te unes a nosotros?

—Sí, sí —me obligo a decir, avergonzada por mi reacción—. Solo... Dame un segundo.

Milu comprende que ha llegado en un momento delicado y se retira después de alternar una mirada dudosa entre los dos.

Como si la situación de Koldo hubiera estado forzándome a bloquear un arranque victimista, porque es innegable que hay gente peor que yo, me derrumbo nada más saber que se encuentra bien. Intento secarme las lágrimas para que él no las vea —harto tiene que estar de mis llantos—, pero Néstor atrapa mi rostro entre las manos y me limpia la cara con una paciencia que solo me da más ganas de llorar.

—Lo siento —repito entre sollozos.

—No tienes la culpa, *habibati*^[13]. No pasa nada.

Pero sí pasa. Pasan muchas cosas. Pasa que me duele más esta traición de Patricio contra él que los desdenes de mi padre. Pasa que no entiendo por qué alguien querría hacerle daño a una persona inocente. A alguien como él. Pasa que tampoco entiendo por qué yo quise hacerle daño hasta hace apenas unos meses. Pasa que me abruman mis sentimientos, que todo lo que gira en torno a él se ha intensificado de tal manera que me alivia verlo feliz, y siento que me asfixio cuando sé que sufre. Pasa que me he enamorado como una estúpida y no sé cómo se gestiona algo así, algo de esta enormidad incomprensible, algo que prospera a partir de una chispa y no se puede controlar.

Néstor me abraza, ajeno a mi descubrimiento, y no espera a que deje de llorar para repartir besos por mi cara.

—Siempre tienes que ser la protagonista, ¿eh? —se burla cariñosamente—. No hay quien te aguante.

—Cállate —gruño, secándome las mejillas con los dedos.

—Venga, no llores más, que estás muy fea. Además, dice Edu que llorar por un hombre es una ordinariez.

—Y no se equivoca —sollozo—. Es muy sabio.

Pero hay personas a las que merece la pena acompañar en el sentimiento, incluso si ese sentimiento es la impotencia y el dolor de haber sido sometido a una vileza indescriptible. Por eso y porque necesito que me abraza, me quedo donde estoy, pegadita a su hombro, a su cuello, a ese borde de la chaqueta con cremalleras que siempre que me quedo dormida sobre él, me deja marcas en la mejilla.

Cierro los ojos y me concentro en los latidos de su corazón para relajarme. Él espera conmigo, besándome la frente, la línea del pelo, la nariz; cuando alzo la barbilla en su dirección para mirarlo, también los labios.

Tengo que hacer un esfuerzo hercúleo para no soltarle un «te quiero» como un camión al mirarlo a la cara. Mucho que dice de la mía, que quita el sentido y que un día va a causar un accidente, pero apuesto a que no siente ni una ínfima parte del delirio sobrehumano que a mí me posee cada vez que me pone su atención.

Sus pupilas se dilatan al concentrarse en mi rostro mojado. Separa los labios para decir algo, pero es un algo misterioso que aborta rápidamente y sustituye por un suspiro entrecortado.

—Anda, vámonos. —Tira de mí con delicadeza—. Koldo me necesita más que tú.

Pero eso es mentira.

Y, tarde o temprano, se dará cuenta.

Capítulo 21

Lo tengo todo, papi; hasta la bendición de mami

Néstor

Tal y como todos previmos pero nos costó aceptar después del susto, Koldo se recuperó tan pronto como vomitó todo lo que tenía que vomitar y descansó en una habitación del hospital. Si solo hubiese pillado una gastroenteritis, le habríamos dado un abrazo y habríamos seguido con nuestra vida. Pero en vista de los acontecimientos, y de que ni una sola de las personas que se presentaron en la sala para verlo ha sido nunca conocida por su desenfado a la hora de afrontar situaciones de alta tensión, no es de extrañar que lleváramos a cabo una intervención.

—Digo yo que con tener a Virtudes en el hospital, ya es suficiente, ¿no? —le espetó Edu, cruzado de brazos a los pies de la camilla—. A ver si vamos entrando en la UCI de uno en uno.

—La neta —bufó Tamara—. Yo ya no gano para disgustos, como decís por aquí.

—Lo siento —se lamentó Koldo, todavía pálido en la cama y arrebujado bajo las mantas. Ni siquiera lo subieron a planta; los médicos estaban seguros de que se recuperaría rápido—. Es que me dio toda la paranoia de repente.

—¿Tú crees que esa es una disculpa? —ladró Milu. Ni todas las herramientas de asertividad del planeta habrían podido evitar que se enfureciera—. ¡Te fumaste tres verdes seguidos! ¡Eso no lo has hecho nunca! ¡Si estabas con el mono, deberías habérmelo dicho!

—No era por el mono, es que... es que... Esa tarde tenía una cita con Paula, y... Me puse un poco nervioso y pensé que no le iba a gustar si llegaba siendo yo mismo, así que me lie un canuto para relajarme y ver si me sentía más chistoso, porque a las mujeres les gustan los hombres graciosos, no los que están de mal humor porque llevan días sin fumarse un porro, y... una cosa llevó a la otra. Me eché el segundo, y luego di un buche de ginebra, y después me tomé una cerveza...

—Por Dios. —Me cubrí la cara con la mano—. Dime que no ha pasado esto por Paula.

—Paula no tiene la culpa de nada —sentenció Milu—. Si no puedes salir con alguien sin descontrolarte de esta manera, quédate soltero hasta solucionar tus problemas.

—Lo segundo —confirmó Alison, que no dejaba de mirar a Koldo con una mezcla de impotencia y cariño incondicional. No es ningún secreto que es el niño de sus ojos.

—Además, cielo —añadió Susana—, te aseguro que las mujeres preferimos a un tipo que sea un sieso a uno que necesite fumarse un porro para soportar una primera cita con nosotras.

—Lo dice por experiencia, ¿eh? —apostilló Edu—. Sale con el más sieso de todos.

—Pues bien que te liarías con él —rezongó Susana.

—Hombre, eso que lo sepas —contestó con desahogo—. Pero porque se me planta delante un hombre que mide dos metros y se me pone como el cable del puente de San Francisco.

—Same —secundó Tamara.

—¿Podemos no convertir esta reunión en un intercambio de opiniones sexuales? —se lamentó Eli.

—Perdona, amiga, es que a algunas solo nos queda la cháchara porque no podemos pasar a la acción. No todas tenemos un novio que vale más que la puerta de Roma —se quejó Edu.

—Gracias, por la parte que me toca —intervino Óscar, encantado de haberse conocido. Tuvo la gentileza de volver al tema principal—: Me alegro de verte mejor, Koldo. Espero que no nos vuelvas a dar un susto.

—No volverá a dárnoslo porque no volverá a ver a Paula, eso ya te lo digo yo —se quejó Milu. Koldo puso los ojos como platos, tan agobiado que se incorporó sin darse cuenta.

—Por favor, no vayas a decirle *na*, ¿eh? Que no quiero que se espante conmigo.

Alison lo empujó con suavidad por el pecho para volver a recostarlo.

—¿Y qué excusa te vas a inventar para justificar haberla dejado tirada?

—*Pos* no sé. Una apendicitis, o algo así. Total, ya me extirparon el bicho ese y tengo una cicatriz que lo justifica. Si todo va bien y me viera desnudo, sabría que no he mentado... —La sola idea de verse en esas con Paula le tensa de pies a cabeza—. Uy, necesitaría fumarme otro si eso pasara.

—No es nada halagador que tengas que fumarte un porro para acostarte con ella, Koldo —señaló Gloria con sabiduría.

—Pero si no es por ella, es porque... es porque... Yo qué sé. —La voz se le quebró, y tuvo que agachar la mirada para concentrarla en sus manos y así evitar el juicio de las visitas—. Solo soy divertido cuando voy fumado, ¿sabes? La gente se ríe más. Les hago gracia.

—Koldo —lo llamó Alison, cogiéndolo de la mano. Se había sentado a su lado, la posición que le habría correspondido a su madre—, ni una sola persona de las que están aquí espera que actúes como el bufón de la corte. A costa de tu salud, muchísimo menos. Todos te apreciamos por tus virtudes, las que son inmutables y no dependen de la marihuana.

Él rompió a llorar al escucharla, porque también siente debilidad por ella. Es el único que la puede llamar «Ali» sin ser corregido o reprendido de inmediato, porque «qué confianzas son esas». Le hace regalos constantemente, aunque sea un cogollo de maría, un petazeta o un biberón con una frase divertida, y estuvo tan pendiente de ella durante el embarazo que cualquiera diría que es el padre.

—Lo siento —balbuceó Koldo, cubriéndose la cara con una mano—. Es que... es que... es que... soy un drogadicto de mierda.

—Nada de eso —replicó Tamara con el ceño fruncido—. Si uno fuera solamente lo que se mete en el cuerpo, pues a mí tendríais que llamarme putón verbenero.

—Algunos ya te llaman así —se burló Edu, dándole un codazo amistoso.

—Te aseguro que a ti nadie se ha referido en esos términos jamás, Koldo —lo apacigua Milu—. Al menos, no delante de mí, porque ya saben lo que les esperaba.

Desde el susto en el hospital, han transcurrido unos días. La comunidad se ha volcado en demostrarle que le queremos así, aun con el mono, aun de mala leche, aun terriblemente cansado, aun con un hambre que no hay quien sacie, y que le queremos más todavía cuando consiga superar las ansias autodestructivas de envenenarse.

No le ha estado yendo nada mal, he de decir. En parte, porque ha encontrado su nueva droga: hablar por WhatsApp con Paula, a la que, como es lógico, Milu puso al corriente en contra de los deseos de Koldo. La chica merece saber con lo que está lidiando para decidir si le apetece quedarse, y parece ser que decidió hacerlo. Pasa bastante tiempo en casa, viendo los *animés* que Koldo insiste en ponerle y explicarle como un auténtico científico loco.

La pobre chavala se va a acabar haciendo un máster en interpretaciones filosóficas de

Evangelion.

Es adictivo verlos interactuar, lo reconozco. Para mí y para Gloria, que se ha ilusionado con la expectativa de ver prosperar el romance.

También ella y yo prosperamos. Y quién me iba a decir a mí que, después de contarle la verdad, no solo no me miraría por encima del hombro, sino que agradecería mi sinceridad con confesiones igualmente íntimas. Si antes ya pasábamos todo el tiempo juntos, ahora no nos podría despegar ni un disolvente químico. Cuando puedo quedarme a verla ensayar en la orquesta, cosa que se me permite por enchufe —Violeta, la directora, se ha resignado a que los vecinos entremos a curiosear siempre que nos apetece; desventajas de ser la hermana mayor de Óscar y tener la obligación moral de concederle todos los caprichos—, cancelo el plan que tenga para apoyarla; ella, por otro lado, se queda despierta hasta las tantas incluso si no vamos a hablar, solo para verme diseñar el próximo grafiti.

Una noche me giré para verla acurrucada a los pies de la cama, observando con los ojos entrecerrados los últimos retoques del boceto.

—¿Me dejarías pintarte a ti? —le pregunté sin pensarlo.

Ella esbozó una sonrisa tímida.

—Solo si me sacaras guapa.

—No se te iba a poder sacar de otra manera.

A mí no me agobia que mis días se hayan convertido en Gloria, Gloria y más Gloria, pero tengo presente lo que Milu me dijo sobre su vulnerabilidad y, temiendo que por culpa de las circunstancias y de mi obsesión con su culo desarrolle algún tipo de dependencia, la he estado animando a hacer planes a solas con los compañeros de El tercer deseo o la orquesta, a descubrir nuevas aficiones sin que yo la acompañe...

Y no siempre ve mis iniciativas con buenos ojos.

—Dime la verdad —me dijo una tarde, justo después de terminar de prepararse para quedar con una compañera de la orquesta—. Estás harto de mí, ¿no? Por eso me mandas con otra gente.

—Yo no «te mando» con nadie, criatura —me quejé entre risas—. Solo pongo mi granito de arena para que a tu vida no le falte de nada.

—¿Y tu granito de arena es hacerme sentir que te agobio y necesitas alejarme de ti?

—Mi granito de arena es joderme muchísimo obligándome a sacarte las manos de encima. Deja de pensar lo peor de mí, coño, que pensaba que era algo que teníamos superado —añadí después de verla sonreír, satisfecha con mi respuesta.

La despedí en la puerta con un azote en el culo, y le envié un mensaje nada más salió.

Prohibido volver antes de las once de la noche.

Pensaba que me ibas a escribir que ya me echas de menos.

Claro, porque se me conoce como un adicto a las cursilerías.

Hacerme sentir apreciada no es una cursilería.

¿Y qué conlleva? ¿Acapararte?

Si aprecias a alguien, déjalo ir (de fiesta).

Como conozca a alguien en la discoteca, te vas a cagar.

Estoy dispuesto a correr el riesgo.
Andaos con cuidado.

Tranquilo, va a venir el novio de Carla y sus amigos. A ese no le da miedo acompañarla a los sitios y ser un pesado.

Pues ya sabes a quién seducir esta noche.

Vete a la mierda.

Eso suena más a la Gloria que conozco.

No creo poder pasármelo bien si no estás tú todo borracho cantando una canción de Aissa.

¿Y no te parece que ese es exactamente el problema?

Hice lo correcto. Regresó a las cuatro de la madrugada, borracha como una cuba y tan feliz que no podía parar de reírse. Me contó con pelos y señales todo lo que había pasado en el reservado que podía permitirse pagar el novio famoso de Carla. Luego apostilló que le habían tirado la caña alrededor de veintinueve pavos y no me hizo tanta gracia, lo confieso, pero ella se apiadó de mí quitándose los tacones de una patada y metiéndose en la cama a abrazarme. En ese momento sí que me apeteció cantar una canción de Aissa, esa que dice «aunque tenga mi cepillo en tu casa, aunque duerma más en tu cama, aunque me haya hecho *bestie* de tu mamá, tú y yo seguimos sin ser nada de nada».

Nunca he pensado en tener novia, la verdad. Antes de entrar en la cárcel, cuando era un musulmán ejemplar que solo salía con conocidas de la mezquita y no consumía alcohol, no fumaba y no llegaba a tercera base, estaba hecho a la idea de esperar hasta dar con la chica perfecta. Luego cumplí mi condena, salí y me volví loco. No se puede explicar de otra manera. Me iba de *rave* todas las noches, me metí cuantas drogas se me pusieron por delante, me follé a tantas tías que ni me acuerdo, fueran blancas o no... Y, de fondo, mi madre sufriendo y rogándome que volviera a dejar entrar a Allah en mi vida, algo que nunca me voy a perdonar. Pero es que yo ya no creía en nada. En el amor, menos todavía. No me veía contándole mis intimidades a nadie, ni sacando el tiempo para ver a alguien, ni preocupándome por una persona que no fuera yo mismo. Pensé que no tendría que volver a hacerlo después de perder a los que creí que eran mis amigos. Lástima que mudarme con Milu, Koldo y Ming me hiciera cambiar de parecer, y ahora Gloria me haya girado la cabeza.

Porque ¿qué es ella, sino una novia sin el título oficial? Desde que se lo permito, se muestra muy interesada en mis paranoias nocturnas, en mis inquietudes profesionales. Por ejemplo, hasta el día presente, ha estado insistiendo en que le enseñe todos los grafitis de mis autoría que hay repartidos por la ciudad.

Me he estado resistiendo a decirle que sí porque no me gusta pasar por un sitio en el que pinté algo y toparme con que el ayuntamiento lo ha tapado, pero he acabado cediendo. Total; tarde o temprano, me habría enterado de que en determinados barrios mis garabatos no son apreciados, y está bien saberlo de cara al futuro. Elegir la localización es un paso importante.

Hemos salido esta tarde para dar una vuelta y ver los que quedan más cerca de casa. Gloria

pensaba que serían solo tres o cuatro, que apenas empiezo con los botes de pintura, pero cuando ya llevamos diecisiete visitados, se le escapa una pregunta admirativa:

—¿Cuánto tardas en hacer uno?

—Depende. Ocho o nueve horas, normalmente. Y sí —me adelanto, viendo venir su siguiente duda—, los hago del tirón porque me concentro hasta tal punto que se me olvida que soy un ser humano con necesidades. A veces me pasa que termino, me separo para contemplarlo, y de pronto me doblo por la mitad del dolor de vejiga que tengo.

—¿No te pillan en el proceso? —continúa, muerta de curiosidad—. ¿No te dicen que eres un vándalo?

—Suelo hacerlos en zonas donde mis grafitis son bien recibidos; en el barrio de Tetuán, por La Latina, por Malasaña... Hice uno en Chueca por el Orgullo del año pasado gracias a que conocí al dueño de un pub y le flipó mi estilo. Hubo problemas porque había quien pensaba que deberían haber contratado a un chaval del colectivo LGBT, pero al final les gustó tanto que lo dejaron. Me hace gracia ver a Edu deshaciéndose en halagos hacia el grafiti sin saber que lo he hecho yo.

—¿Eres totalmente anónimo? ¿Nadie sabe quién eres?

—*Nope*. Cuando me contactan, lo hacen por correo electrónico. Nunca doy la cara.

—¿Por qué?

—No veo la necesidad.

Pero ella sabe exactamente cuál es la razón. La llevo escrita en la cara, y, aunque supiera disimular, me conoce demasiado bien. Nunca se sabe a quién le va a molestar que no seas un blanco nacido en la calle Fuencarral.

Detengo el paso justo delante de uno de mis primeros murales, y se lo señalo con un ademán no muy enérgico. Esto de ser el protagonista de la tarde no me está haciendo particularmente feliz, pero no puedo sino alegrarme cuando a Gloria se le ilumina la cara.

—No puede ser... ¿Este también es tuyo? —pregunta con un hilo de voz—. No sabes la cantidad de veces que he pasado por delante y me he quedado un rato mirándolo porque me... No sé, sentía que me llamaba. Me ponía de buen humor, incluso. ¿De dónde sacaste la idea de poner frases para acompañar los dibujos?

—De que no todo el mundo se siente apelado por una imagen aislada, y entiende mejor el mensaje con algo tan explícito como un texto. Y de que empecé pintando cantantes y personajes históricos, como ya sabes. Si iba a poner a Frida Kahlo y a Cortázar en un muro, ¿por qué no aprovechar y garabatear una cita suya? No será porque no dejaron perlas de sabiduría.

—Tiene sentido —murmura, contemplando aún el grafiti.

El que la ha dejado extasiada no es de mis preferidos. De hecho, siempre me ha parecido un tanto cursi, pero me puedo imaginar por qué le gusta. Se me ocurrió la idea gracias a un *anime* que Koldo insistió en que viéramos juntos, *Your Lie In April*: la imagen muestra a una chica rubia tocando el violín. Del instrumento mana una melodía plasmada como un pentagrama que, conforme la va envolviendo como un vestido, se va convirtiendo en flores de cerezo.

—¿Por qué escogiste esa frase en francés? La pongo en el traductor de Google siempre que paso por aquí, pero nunca me ha traducido nada con sentido.

—*Tant pis pour le bois qui se trouve violon* —leo en voz alta—. Se le atribuye a Rimbaud, un poeta maldito del siglo XIX que siempre me ha gustado mucho. En el contexto del poema, significa algo así como: «Lástima para el trozo de madera que descubre que es un violín». Quiere

decir que eres más de lo que tú te crees, una materia prima de la que puede salir algo bonito.

—Olvidaba que siempre estás leyendo millones de libros y hablas tropecientos idiomas — señala con fingido resentimiento, pero se le escapa una nota de admiración.

—No te pases. —Y añado para regocijarme, inclinado sobre ella—: Solo hablo cuatro.

Gloria pone los ojos en blanco. Decide sacrificar la conversación para poder apreciar los detalles del grafiti, que la tienen completamente abducida durante un buen rato.

Así no hay quien no se sienta el rey del mambo.

—¿Alguna vez te han borrado uno?

—Y tanto. Sobre todo cuando no pintaba tan bien, o mi estilo no era reconocible. Luego se convirtieron en una especie de reclamo madrileño y los mismos vecinos salían a protestar si veían que el ayuntamiento intentaba quitarlos. Una vez me dio por pintar en Vallecas, y no veas cómo se celebró por allí que El Chico de los Pinceles se hubiese pegado una vuelta por la zona —recuerdo con cariño, sonriendo sin darme cuenta—. Los vallecanos son lo mejor.

Gloria saca el móvil del bolsillo una vez más y espera a que pasen los viandantes para hacer las fotografías de rigor. Su dedicación por encontrar el encuadre perfecto, y su gesto ceñudo al no dar con la clave, acaba por hacerme reír.

—¿Por qué no paras de hacerles fotos desde todos los ángulos, mujer?

Ella baja el móvil un momento para explicarme con toda tranquilidad:

—Creo que deberías tener un Instagram para colgar tus trabajos. No soy la persona más avezada en lo que al trabajo de *community manager* respecta —continúa con el tonillo de sabionda que se le pone cuando explica o propone algo—, pero tengo una conocida que lleva las redes sociales de unas cuantas *boutiques* y no sabes lo bien que les viene para captar clientes.

—¿Clientes? ¿Para qué querría yo clientes?

—¿No te gustaría que tus proyectos se hicieran famosos y te encargaran un mural en una calle muy concurrida, o la persiana de un negocio interesante, o hasta una pancarta en la Feria del Libro...? No sé, cosas así. Tienes mucho talento, Néstor —insiste con una sinceridad irresistible—. Si te hicieras un nombre, podrías dejar el trabajo en El tercer deseo y el otro bar y dedicarte al arte.

Enarco una ceja.

—¿Por qué iba a querer dejar el trabajo? ¿Para que no te piques porque sigo viendo a María? —la pincho. Ella bizquea, y yo, de buen humor, apostillo—: No me digas que todo esto viene de que crees que estoy desperdiciando mi tiempo en un curro de segunda.

—No, no, no, no, no —me advierte con el dedo en alto—. Ni se te ocurra ir por ahí. Sé que tienes un trabajo digno y que, de hecho, requiere habilidades que no tiene todo el mundo. Solo digo que podrías dedicarte enteramente a tu pasión, y librarte de esos horarios partidos y matadores que te quitan tiempo para pintar. ¿No es lo que desearía cualquiera?

—Hombre, claro. —Me meto las manos en los bolsillos, de pronto impresionado con la situación. Uno no es brutalmente halagado por Gloria todos los días. Contemplo su grafiti favorito y, como siempre hago, le busco los defectos para mejorar de cara a la próxima—. Pero creo que uno le pierde el respeto al arte en cuanto lo convierte en una manera de sacar tajada. Esto es mi vía de escape, mi forma de expresarme. Si estuviera obligado a abordar proyectos que no me motivan solo por pasta, creo que me sentiría un vendido.

—Ahora mismo tienes trabajo —me recuerda—. Como no necesitas el dinero, puedes coger los que te plazca y así evitar esa sensación. Luego, conforme te fueras haciendo conocido y fueran llegando más y mejor pagados, podrías dedicarte a ello.

Me hace gracia verla tan motivada organizándome la vida. No se lo voy a decir, vaya que se mosquee —y con razón—, pero al inducirme a emprender para acercarme más al éxito, se le notan los genes Valdecasas de León.

No puedo decir que no me tienta la propuesta, por otro lado.

—Tendré que pagarte por tus servicios, ¿no? Esta asesoría no puede ser gratuita —me mofo.

—De hecho, deberías pagarme ya, porque te hice la cuenta hace unos días. —Me enseña la pantalla de su móvil, donde aparece un perfil de Instagram con siete mil seguidores—. Firmas como El Chico de los Pinceles, ¿no? Pues así te he puesto el usuario. Espero que no te moleste. Si no quieres utilizarlo para captar clientes, puedes tenerlo solamente para promocionar tus grafitis y que más gente los conozca.

Lo primero que me sale preguntarle es de dónde diablos ha sacado siete mil seguidores de repente. Sé que hay artistas callejeros y famosillos de Madrid a los que les gusta mucho lo que hago, y que algunos turistas, cuando pasan por aquí, se hacen fotos con los grafitis de fondo. Pero no como para acumular un verdadero *fandom* habiendo subido solo una foto, ¿no?

Parece que sí, porque la publicación acumula ciento y pico comentarios.

—Tienes suerte de que seas muy guapa, muy lista y de que te haya salido bien la jugada —me quejo, pasándole un brazo por los hombros—, o me iba a cabrear por meterte tanto en mis temas.

—En el momento en el que elegiste la calle como lienzo, te expusiste a que cualquiera te creara un perfil. Mejor que haya sido yo y no un tío que se hace pasar por ti, ¿no...?

Una efusiva exclamación en árabe la interrumpe. Nada más darme la vuelta, me topo con que una mujer redonda y sólida como un roble levanta la mano en la que lleva una bolsa de la compra para captar mi atención.

Una sonrisa me desborda los labios para cuando mi madre me alcanza y me envuelve con sus brazos.

—¡Qué sorpresa verte aquí! —exclama en mi idioma materno—. No me habías avisado de que ibas a venir por el barrio.

—Ha sido algo improvisado...

—Sí, claro. ¡Eso es que me estás evitando! Hace ya semanas que no vienes a verme. ¿Ya no quieres a tu madre...? —Se le olvidan los reproches que me iba a dirigir en todo su esplendor dramático en cuanto localiza a Gloria a mi espalda—. ¡Oh! ¡Así que esto es lo que te ha tenido tan entretenido! ¡No me extraña!

Ella no entiende absolutamente nada de lo que dice mi madre. No es la mejor hablando castellano, pero en estos casos ni siquiera lo intenta porque, en sus palabras, «le da vergüenza ponerse en evidencia».

Invito a Gloria a acercarse extendiendo una mano, y la señalo a ella con la otra.

—Esta es mi madre, Jamila. *Mámá*, ella es Gloria.

—Encantada, encantada. —Asiente con la cabeza repetidas veces, inclinándose hacia Gloria. Esta se da cuenta de que va cargada hasta los topes y, por impulso, alarga una mano hacia las bolsas que no le he quitado yo de las manos.

—Lo mismo digo... ¿Quiere que la ayude con el peso? ¿Su casa está muy lejos?

—¡No! ¡Aquí, aquí! —Señala el portal de enfrente. Sigue esforzándose por hablar en español—. ¿Vienen arriba, Néstor? Puedo preparar merienda. Prima Naima está de visita.

—Pues ya es casualidad —murmuro, mirando a Gloria de reojo. Conforme más la conozco, más me doy cuenta de que no es tan retorcida como yo pensaba, pero no me gustaría que pensara

que la he puesto en esta situación adrede—. ¿Te parece bien que subamos un rato? Hace mucho que no veo a Naima, y mi madre no se toma muy bien que le rechacen una invitación. Además... Vas a alucinar con la hospitalidad marroquí.

—Ya la conozco un poco gracias a ti y a tus *crêpes* musulmanes —reconoce ella con timidez. Lanza una mirada dudosa a mi madre, que ya ha cruzado la calle con el nervio que la caracteriza, dando por hecho que la seguiremos—. ¿Estás... seguro? No voy vestida adecuadamente para tratar a una señora, para conocer a... a tu familia, yo...

—Por favor, no seas tonta. Ya ves cómo salgo yo a la calle, y me quieren igual. Vamos.

Tiro de ella hacia el portal, y procuro no reírme viendo de reojo que procura subirse el escote.

No era mi intención que la coincidencia se convirtiera en la prueba definitiva, pero esto sucede sin que yo me dé ni cuenta. Le pongo excesiva atención al modo en que Gloria examina la decoración de la casa en la que crecí cuando vine a España, a la manera en que trata a mi madre, con la cortesía de quien ha sido muy bien educado; a si se siente cómoda o violenta aceptando las invitaciones —órdenes, en realidad— que le da la anfitriona para que se quede quieta en el asiento en la cocina y deje de insistir en ayudar con el té o la merienda.

Se nota que Naima está de visita, porque mi madre siempre ha estado obsesionada con perder peso y nunca se prepara los manjares que pronto empieza a servir en la mesa.

Por curiosidad y quizá un poco de nostalgia, me asomo a mi habitación. Se me escapa una sonrisa triste al encontrarla exactamente igual que cuando me fui. Mi madre todavía piensa que se me pasará esta tontería de vivir en un piso compartido y volveré con ella.

En el mundo musulmán, a no ser que tengas una buena excusa que lo justifique —como estudiar fuera o estar casado—, es habitual vivir con tus padres y con otros tantos miembros de tu familia hasta una edad bastante avanzada. Que yo me largara al poco tiempo de salir de la cárcel, y solo porque veía que mi madre estaba sufriendo con el modo en que había decidido comportarme después de obtener mi libertad, fue un evento traumático del que no se recuperó hasta hace poco.

Mantuve y mantengo mi decisión. No iba a obligarla a presenciar mi declive sin poder hacer nada para evitarlo. Yo ya no era el chico ejemplar que se graduó con honores en el instituto público.

—Todavía no entiende por qué estás con un grupo de desconocidos en lugar de con tu familia —me dice Naima, a la que encuentro de pie a mi espalda. Hablamos con la suficiente frecuencia para que no haya sido un reencuentro emocionante, pero, pese a nuestras diferencias, siempre me alegro de verla—, y, si te digo la verdad, yo tampoco.

—Pues no será porque no os lo haya explicado —replico con un suspiro—. Bastantes problemas le di con lo que pasó como para que tenga que cargar conmigo toda la vida... Oye, ¿dónde está Gloria? ¿La has dejado sola, a merced de las batallitas de doña Jamila? —bromeo.

—Bueno, la has traído para que se conozcan, ¿no?

—No exactamente, pero no estoy a disgusto con la casualidad. Tampoco la voy a esconder. ¿Por qué? —Me cruzo de brazos—. ¿Ya vas a empezar con las historias de que tengo que dejarme de blancas y casarme con una musulmana? Porque te lo dije una vez. La única opinión que me importa en este tema es la de mi madre.

Naima me sostiene la mirada con su habitual gesto juicioso.

En general, nuestra familia es bastante liberal. Para muestra, un botón: la mayoría vivimos en Madrid, lo que inevitablemente nos ha desvinculado de la cultura del norte africano, y ella en concreto está estudiando el máster en una universidad pública porque a sus padres no les importa que demore en casarse.

No les importa si lo hace o no, de hecho.

Pero esto de las creencias es como los gustos, cada uno tiene las suyas y las vive como considera oportuno. Naima en concreto las celebra con una pasión que, comparada con mi indiferencia, nos hace chocar bastante.

—Ni siquiera iba a entrar en el detalle de que salgas con una chica blanca. —Pero deja muy claro lo que le parece con una mueca de desagrado—. No me importa tanto como que no te hayamos visto el pelo en la mezquita desde hace años.

—Y ni falta que hace —respondo sin rodeos—. ¿O no te acuerdas de lo que pasó la última vez?

—Si lo dices porque te molestó que los miembros te señalaran tu escaso compromiso y el cambio radical que sufriste en cuanto abandonaste la casa de tu madre...

—Me molesta que la gente me diga cómo tengo que vivir mi vida —interrumpo.

—Qué injusto que los llames «la gente» —me reprocha, ceñuda—. ¿Quiénes fueron los que estuvieron orando por ti cuando entraste en la cárcel, eh?

—Mis amigos, mis familiares y aquellos que respetan a mi madre —recito con tranquilidad. Espero que así le quede claro que no pretendo renegar o restarle importancia a lo que hicieron por mí—. Personas a las que les agradecí sus buenos deseos en su momento, y a las que les prestaré un favor siempre que me necesiten. La mezquita no tiene nada que ver con ellos.

—Si Allah no guiara su camino, no habrían sido tan generosos.

—Hubo y sigue habiendo gente en mi entorno cercano que no cree en Allah, y no por eso se corta a la hora de demostrarme cada día que se preocupa por mí. Yo sé que tú piensas que me voy a ir a la mierda por no ser un musulmán ejemplar, Naima, y agradezco tu preocupación —le digo de corazón—, pero estaría siendo un hipócrita si fuera a la mezquita cuando ya no creo en Él.

—¡No digas eso! —se horroriza ella.

—Si no quieres escucharlo, no me saques el tema. Créeme cuando te digo que no soy el público objetivo de tus reprimendas. Ya sufrí una crisis religiosa y de identidad brutal en su día. Lidié con ella, y este ha sido el resultado. Respétalo, ¿quieres? No me apetece discutir cada vez que te vea.

Le doy un apretón cariñoso en el hombro y la esquivo para regresar a la cocina, donde mi madre y Gloria estarán charlando de asuntos mucho menos sesudos. Como estoy acostumbrado a que Naima me acorrale para exigir que rinda cuentas ante Allah, ni siquiera me he cabreado. En todo caso, me apena que no podamos congeniar como antes.

Encuentro a las dos bellezas inclinadas la una en la dirección de la otra, ambas sonriéndole a un portarretratos de los siete u ocho que hay esparcidos por la mesa.

Tengo que resistir el impulso de no bizquear.

—¿Fotos de cuando era un crío? ¿En serio? ¿No podrías ser algo menos cliché? —me quejo en árabe.

—No tengo la culpa de que fueras un niño adorable —replica mi madre.

Gloria levanta la barbilla y me mira con una sonrisa tierna.

—No sabía que tuvieras el pelo tan rizado.

—Se me fue alisando conforme crecí, y ahora solo lo tengo ondulado. —Me dejo caer en una de las sillas libres y alargo la mano hacia la bandeja para coger un pedazo de *baklava*.

Sobre todo me limito a observar cómo interactúan la una con la otra porque, en primer lugar, me muero de hambre, y cuando estoy en casa de mi madre, hago como los osos en hibernación: meterme todo lo que puedo entre pecho y espalda para superar el invierno. Y, por otro lado, necesito confirmar que la Gloria que me gusta no es un espejismo y de verdad es tal y como la he pintado, una persona abierta de mente y capaz de apreciar la cultura familiar.

Es un alivio y una alegría presenciar cómo se va relajando con mi madre, llegando a animarse a contarle anécdotas sobre mí muy despacio, para que pueda enterarse bien. Las anécdotas aptas para todos los públicos y las que no referencian nuestro pasado de miedo, claro.

También intenta incluir a Naima en la conversación, que se une no mucho rato después, pero a ella no consigue metérsela en el bolsillo. No por falta de ganas, que conste, sino porque mi prima no está por la labor.

Me pregunto cómo se daría la situación inversa, que yo acudiera de invitado a la vivienda de los Valdecasas de León, y me entra una pena absurda; absurda porque ya sabía lo que había antes de que Gloria se convirtiera en mi... lo que quiera que sea, y porque no cruzaría el umbral de esa casa ni aunque me estuviese persiguiendo una manada de lobos hambrientos.

Pero tampoco es descabellado que me duela un poco, ¿no? No me hace gracia saber que hay una parte de Gloria que nunca me querrá, que jamás podré siquiera aspirar a conquistar, y que es esa parte de Gloria a la que la misma Gloria adora. Ya lo ha dicho varias veces: por más cabrón que sea su padre, por más pusilánime que sea su madre, los ama a ambos con locura.

Intento alejar esos pensamientos de mi mente y centrarme en la conversación, pero las dos nos han excluido a Naima y a mí de forma deliberada.

No me importa. Me permite observar, complacido. Me permite hacerme ilusiones de cara al futuro. Porque, aunque no lo parezca, pienso mucho en lo que se extiende más allá de mañana. Es algo que, por desgracia, me enseñó la cárcel: a esperar una fecha con ilusión. En aquel entonces era el día de mi liberación, el día de visitas o el día que comenzaban los talleres para tener la cabeza ocupada. Hoy espero tímidamente que llegue el momento en el que podré decir que no soy el delirio pasajero al que una pija se entrega durante su período de rebeldía, sino una opción real a considerar.

La merienda toca a su fin cuando ya ha anochecido. Es entonces cuando Naima cede por fin a los encantos de Gloria y la invita a charlar en el salón mientras yo quito la mesa.

Aprovecho que mi madre está de espaldas para sorprenderla con un abrazo. Ella grita por el susto, como siempre, y empieza a insultarme en árabe cuando la levanto del suelo y doy media vuelta cargando con ella para alejarla del fregadero.

—¡No aprendes! —rezonga en nuestra lengua—. ¡Veinticinco años y sigues aterrorizando a tu pobre madre!

—Las buenas costumbres no deberían perderse —replico de buen humor, sentándome frente a ella en la mesa de la cocina. Alargo una mano hacia el frutero y agarro una manzana al azar, sopesando si preguntarlo, si no preguntarlo.

Como es mi madre y sabe mejor que nadie lo que ronda mi cabeza, es quien toma la iniciativa arrebatándome la fruta y poniéndola de nuevo en su sitio.

—No se juega con la comida —me advierte. Acto seguido, toma asiento a mi lado con esa graciosa solemnidad suya. Su expresión se suaviza antes de inquirir—: ¿Quién es esta chica, Néstor?

Lo pregunta con genuina curiosidad; si acaso, con una pizca de extrañeza.

—¿Te gusta? —replico yo, siguiendo el bordado del mantel con el dedo. No la miro enseguida, más preocupado por lo que pueda decir de lo que me gustaría admitir—. O sea... ¿Te ha caído bien?

—Es una niña muy educada. Y sabía lo que era un *beghrir* —añade con orgullo. Procuro no puntualizar que lo sabe porque lo pongo para desayunar todos los domingos—. ¿Es tu novia?

Ladeo la cabeza hacia el salón, donde Gloria está sentada escuchando con atención lo que sea que Naima le esté diciendo. Me conozco esa expresión suya con la que disimula que no se encuentra del todo cómoda. No debe de estar gustándole lo que Naima cuenta. O eso, o simplemente le ha dado un brote de timidez.

Devuelvo la vista a mi madre, que me mira con atención.

La he defraudado tantas veces que siento que debería decirle que no, prometerle que jamás lo será y que estoy a la búsqueda y captura de esa chica musulmana, hablante de árabe y con familia marroquí que en el futuro podrá convertir en su adoradísima nuera.

La mujer que tengo delante me vio entrar en la cárcel, renunciar a un futuro brillante aun cuando no estaba todo perdido, darle la espalda a mi comunidad, espaciar mis visitas a la mezquita hasta anunciar que abandonaba el amparo de Allah... Me vio partir para hacer todas y cada una de las cosas que la religión considera *haram*^[14]. No es justo que también tenga que decirle que me he enamorado de una blanca y no pienso renunciar a ella.

Sé que me lo perdonará. A estas alturas, no puedo darle peores noticias de las que ya han sido pronunciadas, procesadas y, en teoría, disculpadas. Pero también sé que esto no es lo que quiere para mí, y que, a lo mejor, cuando demos la visita por concluida y nos marchemos, ella romperá a llorar por la inmensa decepción que he sido. Que sigo siendo, de hecho, porque parece que mi sino es occidentalizarme cada vez más. Por un lado me resigno a ello, pero por otro lo odio. La cultura oriental no necesita que yo contribuya al asqueroso bulo de que está muy por debajo de la europea.

—La quieres, ¿no? —insiste ella al ver que me he quedado callado. Ha agachado la cabeza para buscar mi mirada cabizbaja—. Has traído muchas amigas y ninguna te había puesto tan nervioso.

—Porque nos has acorralado, capulla —me quejo como el crío que soy con ella; como el crío que todos somos con nuestra madre. Levanta la mano, amenazando con darme una colleja por faltarle el respeto. Yo me disculpo juntando las palmas en un rezo y probando a sonreír como sé que la derribe—. No la he traído por voluntad propia, porque no, no es mi novia... —continúo con seriedad—, pero a lo mejor tampoco lo habría hecho si lo hubiera sido. No porque me avergüence o no esté seguro de lo que quiero, sino porque me puedo figurar la gracia que te haría. «Si ella es hija de una paya, y yo de una canastera»^[15] —apostillo con un débil canturreo, al borde de una carcajada nerviosa.

Mi madre tira del tópico de siempre para aplacar mis dudas.

—Te quiero y mataría por ti. No puedes hacer nada en este mundo para cambiar eso.

—Lo sé, pero no quiero seguir poniéndote en situaciones en las que podrías arrepentirte de hacerlo.

Sus ojos oscuros se cristalizan al escucharme.

—No me ocultes nunca con quién sales, lo que te hace feliz o lo que piensas, Néstor. Lo que a mí me parezca, para mí se queda. Y no me parece mal, que conste. Esta chica es prudente, y se

nota que le importas. Es guapa, también —añade con un guiño gracioso—. Si no le has hecho la broma de los camellos todavía, ya se la haré yo. En Marruecos la cambiarían por al menos treinta y cinco.

—Pocos me parecen —me río. Mi madre no tiene que repetir la pregunta para que yo sepa que espera una respuesta: ¿la quiero, o no la quiero?—. No sé, mamá. Creo que sí. Pero tampoco tengo con qué compararlo. No me he enamorado nunca.

—No seas tan cuadriculado. No necesitas una referencia para reconocer lo que sientes. Lo notas, y ya está; es como tener frío o estar enfermo. —Se reclina hacia atrás, cogiendo aire, y lo suelta sin apartar la vista del salón—. A mí me gusta. Parece que te quiere. Será fiel.

Su solemnidad me saca una carcajada.

—*Inshallah*^[16]. Pero qué intensa te pones, Jamila de mi vida.

—¿No es eso lo que busca también la gente joven? ¿Que no la engañen?

—Eso mismo —admito a regañadientes—. Entre otras cosas.

Mi madre empuja el móvil de Gloria hacia un lado, acercándolo a mí, para poder cogerme de las manos desde el otro extremo de la mesa.

—El amor es muy bonito, *habibi*. Si me pides la bendición porque no es musulmana, aquí no tienes nada que buscar. Yo ya sé que tu relación con Allah fluye de otra manera, y no por ello es impura. Además... Allah está en todos los seres; en los que no creen en Él, también.

—No quiero que la comunidad te haga pasar un mal rato porque tu hijo anda portándose como... un pésimo musulmán.

—Bah. —Hace un gesto con la mano—. Ellos ya saben que tú has seguido tu propio camino. Hay quien se lo ha tomado a pecho, eso es verdad. En todos lados hay personas así. Pero a mí no me importa. Yo te quiero ver feliz con una buena chica. —Arruga el ceño y levanta el dedo—. Y más te vale ser tú también bueno con ella, que nos conocemos.

Me aprieta la mano que ha seguido sosteniéndome en señal de cariño y se levanta para seguir fregando los platos. Estoy a punto de hacer lo mismo para echarle un cable, cuando de pronto la pantalla de mi móvil se ilumina, anunciando una nueva notificación. Una ojeada rápida basta para confirmar que no es el mío, sino el de Gloria, que tiene de fondo de pantalla un panel predeterminado.

Y maldita la hora en la que he mirado, porque incluso sin la intención de leer el mensaje, se me graba en las retinas lo que ha escrito un usuario de Instagram llamado @borjacc99.

Te veo mañana a la salida de tu ensayo en la puerta del teatro.
Apáñatelas como puedas para que el cabrón ese no te persiga,
y recuerda que nadie te va a querer como yo lo hago.

Capítulo 22

¿QUÉ OPINARÍA DIOS DE NOSOTROS?

Gloria

No me extraña que Néstor sea como sea con una madre como la que tiene.

En general, las familias se me dan bien porque he sido educada para poner y quitar la mesa, dar las gracias, pedir por favor, sonreír cuando debo hacerlo, preguntar sin excederme en mi curiosidad y responder con franqueza, pero procurando no aportar datos que puedan hacerme ver como una intensa. Pero siento que con Jamila habría triunfado incluso si hubiese sido una despendolada. Confía a ciegas en las decisiones de su hijo.

A quien no consigo cogerle el tranquilo es a Naima, que, más que como una prima hermana, se comporta como una exnovia obsesiva. Tengo que resistir el impulso de consultar en mi móvil si los musulmanes se han casado alguna vez con primos, aunque sean primos segundos o terceros, porque no consigo explicarme ni su mirada recelosa, ni la solemnidad con la que, en cuanto terminamos la merienda, me pide que la acompañe al salón para charlar sobre «un tema que me concierne».

Siempre he pensado que las mujeres musulmanas tienen un sentido de la moda especial y tremendamente femenino. Me encanta verlas pasear en grupo con sus hijos, o con sus amigas, o con sus maridos, y fijarme en que cada una lleva el hiyab de un color o con un estampado llamativo que combina de maravilla con los pantalones e incluso las zapatillas. Naima es una de esas víctimas de la moda que se maquillan tan bien que da gusto mirarlas. Ayuda que sea guapísima por naturaleza, claro. La reconocería como familia de Néstor incluso si me la cruzara por la calle. Comparten los pómulos altos y los rasgos angulosos, los ojos tan oscuros que parecen negros de verdad, y la clásica nariz árabe que le da personalidad al conjunto.

—¿Hace cuánto que estáis juntos? —me pregunta en cuanto estamos sentadas en el sofá. Remueve su té con una energía que no sé si asociar con los nervios o con la impaciencia.

—¿Juntos? —repito con una risita crispada. Jamila no ha preguntado nada al respecto, supongo que porque está acostumbrada a que Néstor le traiga chicas a casa, amigas o no, pero Naima clava en mí una mirada muy seria que determina que cualquier cosa distinta de ser pareja será duramente juzgada. Aun así, no puedo engañarla solo para agradar—. Él y yo... Digamos que... No hace ni tres meses que empezamos a llevarnos bien. Es muy pronto para etiquetar nuestra... amistad como algo más serio.

—Entiendo con eso que no tenéis proyectos de futuro en común.

Vale, la cosa se ha puesto muy seria de repente.

—No hemos hablado de lo que pasará mañana, no. Pero no me importa. —Noto un gusto acerado al decirlo, como si hubiese mentido—. Prefiero vivir el presente.

—Y Néstor también, no me cabe la menor duda.

Hace una pausa para dar un sorbo al té.

Su comentario con segundas intenciones me deja mal cuerpo. No me importa morder el anzuelo preguntando con un hilo de voz:

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, supongo que eres consciente de que estás saliendo con un chico musulmán.

—No va aireando sus creencias por ahí —respondo, por no recordarle que no practica el Islam. Me ha dicho cientos de veces que no va a la mezquita desde hace años, pero ¿quién soy yo para aclarar su relación con su dios, y menos ante un miembro de su parentela?—, pero sí, conozco su cultura.

—Sabrás también que los chicos musulmanes solo se casan con chicas musulmanas.

Se me escapa una risita nerviosa.

—¿Y qué pasa con eso? No es como si yo quisiera pasar con él por el altar.

«Tampoco quieres renunciar a la posibilidad, llegado el caso», me replica la vocecita interior.

Un excelente momento para recordarme que tengo sentimientos por Néstor.

Justo lo que necesito ahora mismo.

—Pero has venido a que te presente a su madre —señala Naima.

—Ha sido improvisado.

—Y ha sido también bastante insólito. Los hombres de mi comunidad no suelen traer a casa a las chicas blancas con las que se divierten —comenta con naturalidad.

No utiliza un tono desdeñoso, pero sé que el desdén está implícito en cada palabra. No sé sobre cuál de los dos términos descarga más veneno, si en «las chicas blancas» o en «los hombres de su comunidad».

—Perdóname, Naima —contesto con un intento de sonrisa amable—, pero no sé a dónde quieres llegar con esta conversación.

Ella me sostiene la mirada unos segundos en los que creo ver cierta compasión. Por primera vez desde que me ha sido presentada, contemplo la posibilidad de que no tenga nada contra mí, sino solo contra la situación. Quizá ni siquiera contra la situación que creamos Néstor y yo en concreto; más bien con una con la que ella lidia a diario.

Deja el té en la mesilla de café, una obra de carpintería labrada en madera oscura con motivos árabes.

Entrelaza los dedos sobre el regazo y vuelve a centrarse en mí.

—Me pareces una buena chica, Gloria. Por eso quiero advertirte. Mi primo no es el musulmán más coherente de los que conozco; ni siquiera forma parte de nuestra comunidad, pero quién sabe si de pronto sufre una iluminación espiritual y regresa a la mezquita. Si eso pasara, y créeme que es muy frecuente, podrías verte en una relación... cómo decirlo... no muy satisfactoria.

—¿En qué sentido?

—Tengo una familia extensa y varios grupos de amigos, y no exagero cuando te digo que lo de salir con una blanca por el sexo y dejarla cuando quieren formar una familia es... es un melón que nadie quiere abrir, pero también una crueldad hacia las chicas que yo necesito visibilizar ante quienes puedan sufrirla.

»Mi primo Ahmed estuvo doce años con una muchacha alicantina. Vivían juntos en un pueblo de Valencia. Sus padres jamás se enteraron de esto porque decía estar soltero. Cuando quiso invitar a su familia a la casa, llegó a pedirle a la novia que sacara todas sus cosas para evitar que sospecharan de su relación. Mi amigo Brahim, por otro lado, conoció, se comprometió y se casó con Asmaa, una mujer de la comunidad, en cuestión de tres meses, para lo que tuvo que dejar a la novia blanca que había tenido desde los diecisiete: casi veinte años de relación en los que estuvo volviéndola loca con que no creía en el matrimonio.

»Un conocido mío lleva dos vidas paralelas, la oficial, con su esposa musulmana, y la segunda, con la chica española... con la que tiene hijos a los que les ha negado el apellido, por cierto. Es tan común que esto se dé que parece la norma. —Esboza una sonrisa triste—. No quiero dárme las de justiciera. Es solo que he visto a tanta gente sufrir con esto que me siento obligada a advertirlo. Si no quieres nada serio con Néstor, genial. Pero si estás enamorada y pretendes tener un futuro con él, te sugiero que saques el tema ahora y no te engañes a ti misma o esperes hasta que sea demasiado tarde...

—Gloria —interrumpe Néstor, de pie bajo el umbral del salón—. ¿Habéis terminado?

Me giro hacia él, inquieta por si ha estado escuchando la conversación, pero si bien parece irritado por algo, no tiene pinta de que se haya enterado. Y lo agradezco, porque todavía no sé cómo me ha sentado lo que Naima acaba de decirme como para encima confrontar a Néstor al respecto.

—¿Por qué?

—Porque va siendo hora de irse —anuncia él. No suena especialmente seco, pero capto al vuelo que le ha empeorado el humor. ¿Habrá discutido con su madre?—. Te espero abajo. Hasta luego, Naima.

La prima corresponde su despedida en árabe. Yo le dirijo una sonrisa que intenta mostrarse agradecida por la advertencia, pero que se me tuerce hacia la preocupación, y voy a coger mi chaqueta. Jamila se lamenta porque su hijo tenga tanta prisa y me dice que le encantaría verme de nuevo.

Me pregunto si solo está siendo educada, o si de verdad le importa un carajo que una chica blanca esté con su hijo. Es algo que no se me ha ocurrido plantearme. Y ¿cómo me lo iba a plantear, si, hasta hace poco, Néstor no estaba ni en mi radar?

Tampoco es como si él fuera por la vida con el cartel de «busco esposa musulmana». Antes de mí, solo había chicas blancas.

María lo es, al menos.

Me reúno con él en la acera, donde ha aparcado la moto. Soy la primera que no se encuentra en su mejor momento después de los consejos de Naima, pero no me atrevo a mencionarlo y, en su lugar, priorizo la notable molestia de Néstor.

—¿Hay algún problema? —pregunto, vacilante.

Él no me mira. Se ocupa sacando los dos cascos del hueco.

—Ya hablaremos en casa.

—Te has puesto raro.

—Sí, y lo hablaremos en casa —repite más despacio—. No pretenderás que me ponga hecho un basilisco delante de mi madre, ¿no?

—¿Te vas a poner hecho un basilisco? —me alarmino.

—Procuraré ser asertivo —me asegura con la dosis justa de ironía. Me tiende el casco y espera ya sentado a que me prepare para subir.

Por un momento pienso en hacer una niñería. Plantarme aquí, en medio de la acera, y anunciar que no pienso moverme hasta que me diga qué pasa. Pero acabo aceptando que eso nos haría un flaco favor a los dos, y aguardo con el corazón en un puño a que aparque en la calle Julio Cortázar.

Alrededor de quince minutos después, estamos entrando en el piso. Néstor saluda en voz alta y nadie responde. Normal. Es sábado por la noche. Koldo estará durmiendo —se toma la vida con calma desde lo que pasó—, y Ming y Milu habrán salido por ahí.

No sé si eso me alegra porque nos dará intimidad, o si me preocupa no tener aliados cerca.

Néstor se quita la chaqueta y la cuelga del perchero. Se remanga la sudadera por los codos, y cuando ya ha tomado aire y lo ha expulsado, me mira tratando de contener su lengua.

—¿A qué estás jugando, Gloria?

—¿Qué quieres decir?

Néstor cambia el peso de pierna y busca la respuesta correcta en el entorno, pero por más que busca a su alrededor, sabe que está solo afrontando lo que sea que le preocupa.

—El otro día no fuiste capaz de decirle a tu exnovio que sí, que estábamos follando, y le soltaste la tontería esa de que «solo te había llevado a la prueba». Le quité importancia porque no me quería cabrear, y porque se supone que tenía que dejar de ser un capullo a la defensiva, pero no me gusta en lo que me convierte fingir que no me doy cuenta de lo que hay. Si te avergüenzas de mí o algo así, si tienes alguna clase de relación con Borja hoy día, dímelo ahora.

—¿Qué dices? —musito, nerviosa—. No tengo ninguna relación con Borja.

Néstor esboza una sonrisa llena de amargura.

—No me jodas, Gloria, que lo he visto con mis propios ojos. Te ha enviado un mensaje muy romántico hace no más de veinte minutos.

—¿Un mensaje muy...? —El cerebro me cortocircuita, y suelto con rencor—: ¿Has estado tocando mi móvil?

—No, te lo has dejado en la mesa de la cocina y se ha encendido en cuanto ha saltado la notificación. Así que no me mientas en la cara, ¿vale?

No me hace falta desbloquear la pantalla para averiguar con qué tipo de mensaje me habrá molestado Borja esta vez.

Se me huela la sangre de pensar que Néstor pueda haber leído alguno de ellos.

—No es lo que tú crees —aclaro de inmediato—. No tengo nada con él. Llevo sin verlo desde la prueba para la orquesta. Es solo que... No sé qué le pasa, pero no deja de enviarme mensajes diciéndome... Depende del día, pero...

Decido que ya no puedo seguir ocultándoselo, no sin que afecte a la relación o lo que sea que tengamos, y saco el móvil del bolsillo para enseñarle mis últimos contactos con Borja. Al principio bloqueaba las cuentas nuevas, pero acabé haciéndome a la idea de que era incansable y nada podría detenerlo, y simplemente lo dejé estar. Borraba sus peticiones, también, aunque no sin antes sacarle una captura de pantalla. ¿Por qué? No lo sé. Por si en el futuro me sirven para algo, supongo.

Néstor me mira con recelo antes de coger el iPhone y echar una ojeada. Se nota que no quería invadir mi intimidad leyéndolos uno por uno, porque se muestra reacio a deslizar las capturas de pantalla, pero el tono de los mensajes le enerva tanto que permanece unos segundos de más repasándolos y mascullando imprecaciones en su idioma materno. Cuando considera que ha tenido suficiente —y no ha visto ni la mitad—, inspira hondo y sostiene el móvil en alto.

—Gloria, te está amenazando —me dice, ceñudo—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—No quería... molestarte.

Es la pura verdad, pero no esperaba que saliera de mis labios como si fuera una estupidez.

—No querías molestarme —repite, nadando en la estupefacción—. ¿A la pasma tampoco la querías molestar? Podría haberte acompañado a poner una denuncia. ¿Por qué no lo has bloqueado?

—Lo hice. Su cuenta principal, y también las demás, pero llegó un punto en que me dio miedo que pudiese presentarse aquí para que lo escuchara, y me dije que sería mejor aguantar los

mensajes a que me persiguiera por todo Madrid. Y... ¿qué dices? ¡No puedo denunciarlo!

—¿Que no? Ya te digo yo que sí. Vamos ahora mismo.

Hace ademán de agarrar la chaqueta otra vez, pero lo impido cogiéndolo de la muñeca.

—¡No! Él no me ha hecho nada —explico atropelladamente—. Solo me escribe mucho. Eso no es un delito... creo. Y no tengo pruebas de lo que pasó en la fiesta, que sí fue... agresivo. De todos modos, dentro de lo malo que pudo ocurrir, no me ha hecho daño.

Él sacude la cabeza, a caballo entre la perplejidad y la rabia incipiente con la que lidia con todos los problemas que se le presentan y que no puede solventar en el curso de diez minutos. Se pasa una mano por el pelo, nervioso, y me tiende el móvil para que lo aparte de su vista lo antes posible.

—Gloria —me llama en cuanto vuelve en sí mismo—, ese tío ya te ha hecho daño. No le importa una mierda que seas la hija de Valdecasas de León, o que estés compartiendo tu vida con otras personas ahora. No quiero ser yo quien saque esto a colación, pero ha demostrado ser peligroso en tres ocasiones. En dos de ellas fue violento, y en otra, un jodido acosador. No es una persona a la que debas darle el beneficio de la duda, joder, y... Coño, Gloria, mírate. Si te tiembla la voz hablando de ello y estás helada. ¿Por qué no me lo has contado? —insiste, esta vez a la desesperada. No le ha valido la primera respuesta que le he dado.

—Porque... cuando te menciona en los mensajes, él no es el tipo más... educado o respetuoso del mundo, y no quiero que tengas que leer esas cosas, y... y... No lo sé —reconozco al fin con un hilo de voz—. Supongo que me da vergüenza pedir ayuda para todo. Ya me ayudaste a encontrar un trabajo, a tener donde caerme muerta, a hacer amigos, a... Quería demostrarme que podía sola con esto.

A juzgar por la expresión de su cara y la tensión de su cuerpo, estoy segura de que va a arrancar a decir que «esto» no es ninguna tontería, que Borja sabe dónde vivo, dónde trabajo, dónde toco la viola, y no le costaría aprenderse mis horarios para presentarse de sorpresa y darme un susto de muerte, cuando no algo peor.

Pero el mismo Néstor tiene que darse cuenta de que eso no es lo que quiero escuchar, de que he estado convenciéndome todo este tiempo de que Borja es inofensivo para no sentir que todo lo que he hecho en mi vida antes de los veinticuatro ha sido una mentira o un fraude, porque al final vuelve a juntar los labios.

—Quédate a dormir en la cama —resuelve con voz queda—. Ya seguiremos hablando de esto mañana.

—¿Cómo? —me quejo débilmente—. ¿No... duermes conmigo?

Néstor ladea la cabeza de modo que parece una negativa, pero no llega a establecerla con propiedad.

—No sé, Gloria, toda esta movida es... —No termina la frase. Cuando retoma la palabra, lo hace con suavidad, mirándome por encima del hombro en su camino al salón—. Anda, vete a descansar.

—¿Qué ibas a decir? ¿Que es mucho para ti? ¿Que no es por lo que habías firmado? Precisamente lo que venía a decirte —me empecino en explicar— es que no pretendía involucrarte, y...

—Ese es el problema —le oigo decir—, que no pretendes involucrarme en nada.

—¿Lo dices por lo de que no le dije a Borja que estamos...?

Él se detiene a las puertas de la salita, al final del pasillo, y se gira a mirarme con hastío.

—Ahora mismo, eso es lo de menos. Me acabo de enterar de que tu ex te acosa, Gloria.

—Ya, bueno, pues para mí es importante explicarme —lo interrumpo en voz alta—. No es que quiera ocultarte, o... o me avergüence de ti. Es que tengo miedo de que lo estropeen.

—¿Quiénes? —pregunta, extrañado.

Me pellizco el puente de la nariz hasta calmar los nervios.

—Si Borja sabe que ando contigo, se lo dirá a mi padre, y es absurdo pensar que ya no tiene poder sobre mí. Odiaría que arruinara algo tan... bonito. No dando su opinión, porque me la puedo imaginar, sino tratando de manipularme, o... Es un hombre muy poderoso, Néstor, y no le gusta que le lleven la contraria. No sé qué podría hacer para convencerme de volver al redil si se enterara de que...

—¿Estás con un moro? —completa él en tono neutro.

Me aguanta la mirada en la distancia, no sé si decepcionado o solo descolocado. Sé que me entiende, porque relaja los hombros, señal de que se da por aplacado, pero también sé que le cuesta soltar las discusiones y necesita un rato a solas para poner en orden sus pensamientos. No me extraña que se limite a asentir con aire taciturno y me dé las buenas noches, decidido a que durmamos separados.

Aunque la pelea no ha sido ni la mitad de violenta de lo que teníamos por acostumbrado, entro al dormitorio con la sensación de haber sido brutalmente maltratada. Entre su reacción al descubrimiento, la manera en que acabo de destapar mis miedos y lo que Naima me ha dicho, tengo un nudo en el pecho que no hace sino crecer conforme me preparo para ir a dormir.

Aguzo el oído mientras tanto, esperando escuchar algún sonido proveniente del salón.

Y nada.

Me tiendo en la cama, ya con el pijama puesto, y trato de conciliar el sueño. Pero en cuanto cierro los ojos y respiro hondo, el olor de Néstor del que está impregnada la almohada llena mis fosas nasales. No soporto que no esté tumbado a mi lado, no soporto que se haya ido a otra habitación porque se siente traicionado. Así que me incorporo, mareada por el llanto que no estoy permitiendo que salga, y me pongo las zapatillas para ir arrastrándome hasta la salita.

Néstor está sentado con los codos sobre los muslos. Se ha quitado la camiseta, porque no soporta dormir con ropa, y tiene la mirada perdida en la tele apagada. No sé si se da cuenta de que su puño crispado descansa sobre el muslo.

Cuando ya he rodeado el sofá para quedar frente a él, me mira de arriba abajo en completo silencio. Resignado a no poder odiarme, suspira y su expresión se suaviza. Siento que podría romper a llorar cuando extiende un brazo para invitarme a sentarme en su regazo.

—No sé cómo lo hacía hace dos meses —reconozco con voz llorosa en cuanto lo tengo abrazado por el cuello—. Lo de pelearme contigo a diario, digo. Parece que he perdido práctica, porque no quiero que te vayas a dormir estando enfadado.

—No estoy enfadado, Gloria. Lo siento si parece que he intentado convertirme en el protagonista de un problema tuyo.

—Tranquilo. Lo entiendo.

—Sé que tengo que respetar cómo decidas llevar el... asunto, y resignarme a acompañarte en la determinación que tomes, pero... Es que ese cabrón me pone el vello de punta, te lo juro. Es un pedazo de mierda —masculla entre dientes. Se muerde el labio para no decir algo peor, y busca mi rostro para tomarme de la barbilla. Me separa lo justo para mirarme con fijeza, como si quisiera estudiarse mi imagen. Reconozco una emoción profunda en su semblante. Parece que vaya a llorar, pero lo único que delata que le ha afectado la noticia es la voz rasposa con la que dice—: ¿Y si te hubiera pasado algo? ¿Y si hubiese ido a buscarte y yo no hubiese estado cerca

para intervenir?

Me siento vulnerable, y, al mismo tiempo, protegida. Me tiene abrazada como si fuera un bebé; con un brazo me rodea la espalda y me mantiene fija al regazo, y con la otra mano me acaricia la cara.

—Pues me habría buscado la vida y me habría defendido sola, como debe ser.

—Sí, muy bonito, muy feminista, pero ese cabrón te da miedo, y el miedo nos paraliza. ¿Qué hago yo si te pasa algo, eh? —insiste, atravesado por la impotencia y por algo más. Presiona suavemente mi mentón con los dedos—. ¿Y si te pasa porque no has confiado en mí para decirme que estás en problemas? Entonces ¿qué? ¿Cómo vivo después?

—Pues... —empiezo a balbucear.

—No te enteras, ¿no? No te enteras de que, como te haga daño, lo mato —dice muy serio.

—Qué forma tan... curiosa de decirme que te importo.

Una sonrisa intenta romper con la severidad de su semblante ominoso, pero apenas logra que le tiemble la comisura de sus labios. Muy despacio, me va tendiendo en el sofá hasta que solo su cuerpo me refugia del frío.

—No, definitivamente, no te enteras de nada —murmura para sí—. Me importa que Gavi se haya lesionado y no pueda jugar con el Barça. Que tu exnovio te moleste, es ya otra cosa; es que me vuelvo loco de atar. Gajes del oficio, ¿no?

Parpadeo una vez, confusa.

—¿Qué oficio?

—El de estar enamorado de ti como un gilipollas —reconoce en voz baja. El corazón se me encoge al escucharle hablar con tanta franqueza y pasión—. No debería decirlo porque... Yo qué sé. A lo mejor solo me haces caso porque estás en una fase de rebeldía. Lo mismo mañana recuerdas que antes comías en restaurantes con cuatro tipos de tenedor, y caes en la cuenta de que conmigo no vas a ninguna parte. Pero incluso si no estás conmigo, necesito saber que con ese tampoco. Que con ese no vuelves. Tienes que estar con alguien que te quiera, ¿entiendes? Y ese alguien no es Borja, ni tu padre, ni... —Cierra los ojos y se calla al mismo tiempo.

«El de estar enamorado de ti como un gilipollas».

Creo que no he sentido en toda mi vida nada remotamente parecido a lo que me inspira esa confesión. Quiero estrecharlo entre mis brazos, besarlo, decirle que yo lo quiero y lo adoro también, pero se me juntan tantas emociones que me bloqueo.

—No has mencionado a dónde quieres ir tú, solo a dónde querría llegar yo —consigo retomar cuando creo haberme recuperado—. ¿Acaso es verdad lo que dice Naima?

—¿Qué ha dicho?

—Que debo tener cuidado contigo —respondo en voz baja. Le retiro de la frente los mechones largos del flequillo—. Que solo quieres sexo y nunca me vas a ver como algo serio porque la concepción de pareja en el mundo musulmán es estricta y busca compatibilidad por encima de todo.

Néstor me escucha con atención.

—Y eso te ha sentado mal —deduce con voz neutra.

—No me ha sentado bien, no.

—¿Por qué? —tantea, enarcando una ceja—. ¿Acaso quieres que seamos algo serio?

Aunque me ha dicho que me quiere, me pone nerviosa la expectativa de admitir que le correspondo.

—¡No es eso! O sea, sí. A ver, no te voy a decir un no rotundo, solo... Lo que pretendo

transmitir es que tú y yo estamos todo el rato acostándonos, no somos pareja oficial, y eso confirma lo que Naima ha dicho: que me ves como un pasatiempo.

—Pensaba que eso de estar todo el día follando también te gustaba.

—Y me gusta —insisto, desesperada por hacerme entender—. El problema es que me uses y luego, cuando te canses o veas a una chica musulmana que te cuadra más, pases de mí.

—Tú también podrías cansarte de mí.

—No estoy hablando de eso.

—¿Y de qué estás hablando?

—¿Por qué me torturas? —me quejo, deshaciéndose de sus manazas para ponerme en pie. Procuro abrir distancia entre los dos separándome unos pasos—. ¡Responde a mi pregunta!

Él se queda donde está, sentado con dejadez en el sofá y mirándome con regocijo.

—No me has hecho ninguna pregunta, linda.

—¿Disfrutas viéndome agobiada, o qué?

Néstor se levanta y viene hacia mí con una sonrisa ladina.

—Disfruto del motivo de tu agobio, más bien. —Deja que corra un silencio cargado de intenciones y promesas durante los segundos que tarda en acorralarme contra la pared. Apoya una mano junto a mi rostro, y se inclina mirándome intensamente—. Dime qué quieres, y déjate ya de tonterías sobre chicas musulmanas para escurrir el bulto. Está feo lo de meter a Allah entre nosotros.

El pulso se me acelera.

—Yo...

—Dime qué quieres —repite más despacio—, y veré qué puedo hacer.

—Quiero... —Me humedezco los labios con el corazón histérico y el cuerpo gelatinoso. Pienso en improvisar una mentira, pero lo tengo tan cerca que no puedo negarme lo que necesito—. Quiero... quiero que seas mi novio, porque... porque yo también estoy enamorada de ti.

Él asiente con la cabeza solemnemente, como si acabara de pedirle que se convierta en mi padrino. Se aproxima un poco más a mí, lo suficiente para sentir el calor que irradia su cuerpo semidesnudo.

—¿Y eso qué significa en tu idioma? —susurra a un beso de distancia—. ¿Qué conlleva?

—Pues... pues... lo típico, no sé. Que tengas que pedir postre en los restaurantes aunque no te apetezca porque sabes que a mí sí; dedicarnos música hasta encontrar «nuestra canción», porque todas las parejas tienen una; disfrazarnos en plan parejitas en Halloween...

—¿De qué te quieres disfrazar?

—No sé... ¿El Joker y Harley Quinn?

Como no responde enseguida, hago acopio de todo mi valor para examinar su expresión.

Néstor no ha dejado de observarme ni un segundo. Cuando ya estoy desesperada por un asentimiento, me acaricia la mejilla con los nudillos y susurra:

—Deseo concedido.

—¿En serio?

—Muy en serio.

Suelto una carcajada y dejo que me rodee con sus brazos. No me pego del todo a su cuerpo porque quiero verle la cara. Acuno su rostro entre mis manos, y lo beso en los labios una y mil veces, sintiendo que el corazón me va a estallar.

—¿Ya está, entonces? —pregunta él—. ¿Tú me preguntas, yo digo que sí, y después de actualizar nuestro estado civil en Facebook ya somos una pareja?

—¿Qué te pensabas? ¿Que había que comunicárselo a Edu para que lo pusiera en la entrada del edificio?

—Por ejemplo. O que tendríamos que rajarnos las palmas de las manos y luego estrechárnoslas para mezclar nuestra sangre, o algo así.

—Solo vamos a ser exclusivos, no vamos a iniciar una secta satánica.

—Yo he sido exclusivo todo el tiempo —replica él. Me coge de la mano y se la lleva al pecho, donde noto el latir de su corazón—. Te voy a decir lo que ser novios significa para mí, ¿vale? —Con la mano libre, me recorre la cadera con una caricia lenta que él mismo sigue con la mirada fija—. Significa que, si tienes un problema, me lo digas enseguida, y no me tengas imaginándome cosas. Significa que confíes en mí y en que te voy a ayudar siempre que pueda. A lo mejor pido demasiado, quién sabe. —Encoge un hombro—. No entiendo estas cosas del amor.

Asiento con la cabeza, conmovida porque esa sea su prioridad, y me disculpo dirigiéndole una mirada arrepentida. Él le resta importancia besándome en la mejilla, y me coge de la mano para llevarme de vuelta al dormitorio.

—Algo que también conlleva ser novios —comento como quien no quiere la cosa, decidida a guiar la conversación a un terreno informal— es que si te pido que te dejes el pelo largo, no te lo cortes en tres meses.

Él me mira de reojo con sorna mientras cierra la puerta.

—¿No te gusta cómo me queda el mohicano?

—No es que no me guste —me dejo caer sobre la cama—, es que creo que podrías estar muy guapo con el pelo largo... ¡Ay! —grito al sentir que me ha sacado el pantalón del pijama de un tirón. Al incorporarme sobre los codos, lo pillo mirándome con los ojos brillantes—. ¿Qué haces?

—Si no hay apretones de manos o mezcla de saliva, se me ocurre una manera muy divertida de sellar nuestro acuerdo.

—No parece que vaya a ser muy original —intento burlarme, pero ya estoy hiperventilando cuando empieza a besarme entre los muslos, cerca de las ingles—. Néstor...

Él me guiña un ojo.

—Ya me inventaré algo para que parezca especial.

Capítulo 23

LA LEY DEL TALIÓN NO ENTIENDE DE CULTURAS

Néstor

¿Qué te parece esta canción?

Gloria se está tomando muy en serio lo de encontrar un tema que represente nuestra relación. Le he prohibido terminantemente que sea de un artista que no nos guste a los dos, lo que ha descartado de calle a sus favoritos y a los míos.

Parece que no importa cuánto me quiera, que no hay manera de que se enamore del rap.

Miro a un lado y a otro de la calle para confirmar que no voy a molestar a nadie, y reproduzco la canción que me ha enviado. Me ha pillado con las manos ocupadas en el único diseño que estoy haciendo por gusto desde hace dos semanas.

La cuenta de Instagram no tardó en despegar, y enseguida empezaron a llegar los mensajes directos preguntándome si vendo *prints* con mis diseños y si acepto encargos de dibujo. Lamentablemente no ofrezco ni una cosa, ni la otra, pero Edu no ha tardado en localizarme sin saber que soy yo y pedirme que le haga «algo fabuloso» en la persiana de la peluquería, «que está muy sosa y seguro que eso va a acabar costándole el negocio».

Teniendo en cuenta que el vecino sabe que existo como artista y que su persiana es la más querida de todo Chamberí, sé que una vez termine con el encargo, no tardarán en llegarme clientes de todo tipo. Edu no solo es el personaje más querido del edificio, sino que es una leyenda en el barrio. El que no lo adora simplemente por ser él, lo visita con religiosidad por su talento estilístico.

Si necesitas hacerte famoso, basta con que te mencione un par de veces en el lugar y el momento adecuados.

Pero no todo va a ser trabajar y esperar que el éxito me encuentre. Quería dedicarle un grafiti a Gloria, y, después de mucho pensar, he encontrado el punto perfecto. Me he asegurado de obtener los permisos pertinentes para que al propietario del muro vacío no se le ocurra tapármelo. No va a ser un secreto ni una sorpresa por mucho tiempo; más pronto que tarde, Gloria pasará por la calle Julio Cortázar, concretamente por el punto en el que se me ocurrió besarla por primera vez, y se reconocerá en la rubia a la que le estoy aplicando los últimos toques.

—Vaya, vaya... Discretito, ¿eh?

Sonríó antes de darme la vuelta, reconociendo la voz de Susana en el tonillo burlón. Aparece acompañada de Virtudes. La lleva cogida del brazo para realizar su paseo matinal, que no le hemos impuesto por razones de salud, sino para despejarle la mente y hacerle compañía. Ambas me sonríen mientras me incorporo con dificultad —demasiadas horas de rodillas, liado con los detalles— para darle un beso a la escritora y guiñarle un ojo a la futura mamá.

Va a ser la próxima en aportar un nuevo vecino a la comunidad.

Se ha estado bromeando con que, si es niño, en el futuro se podría juntar con la hija de

Alison.

«Y si es una niña, pues también», ladró Edu. «¿O es que no existen las bolleras?».

—¿Cómo estás, guapa? —le pregunto a Virtudes.

Ella menea la cabeza sin demasiada energía. Comprensible. Está recibiendo el tercer ciclo de quimioterapia y empieza a notar los tremendos efectos. No tardó en raparse y comprarse una peluca del color de fantasía que le tocaba probar, un amarillo pollo muy divertido. Se la consiguió Edu a precio de saldo porque «conocía a alguien».

Lo que yo diga.

¿A quién no conoce este tío?

—Voy tirando. Veo que a ti te va genial. —Señala el grafiti con la barbilla.

—¿Qué os parece? —Pongo los brazos en jarras para admirar el diseño con un ojo cerrado—.

Yo creo que quedará de puta madre.

—¿No es un poco arriesgado hacerla a ella, y tan cerca de la casa? —medita Susana—. Si luego, por lo que sea, la relación fracasa, vas a tener que ver esto cada día de tu vida.

—Siempre puedo subir la calle en lugar de bajarla, o mudarme a otro sitio. —Encojo un hombro—. Y es la clase de riesgo que uno tiene que correr, ¿no? Si no hiciera las cosas con el pretexto de que tarde o temprano se irán al garete, no me levantaría de la cama.

—Di que sí —me aplaude Virtudes—, que mientras uno esté vivo, tiene que hacer lo que le dé gana.

Susana y yo intercambiamos una mirada rápida, inquietos por la respuesta. Esto de hablar de la vida y de la muerte con una mujer que está luchando contra el cáncer siempre nos deja mal cuerpo. Se supone que el tratamiento está yendo según lo esperado; progresa lenta pero adecuadamente. Ahora bien, y como nos dijo su médico, es una mujer mayor, y los tumores pulmonares son muy agresivos. Podría no resistir ni la quimioterapia, ni la intervención quirúrgica que podría necesitar en un momento dado.

Nadie quiere pensar en esta posibilidad, por supuesto.

Esperamos propiciar un milagro con nuestro optimismo.

—Me hace muy feliz que haya salido bien entre los dos —confiesa Virtudes—. Eras una historia de amor que tenía yo muy enquistada y no sabía cómo resolver.

—¿Qué se supone que significa eso, granuja? ¿Ya nos has escrito una novela?

—Y tanto —se ríe Susana—. Me ha dejado leerla antes de publicarla. Se supone que sale dentro de un par de meses.

Exagero una mueca de exasperación, pero en el fondo no me molesta. No es como si sus seguidoras —fundamentalmente la leen mujeres— fueran a investigar en quiénes se ha basado para sacar adelante su último proyecto literario. Mi identidad y la de Gloria están a salvo. Y eso por no mencionar que solo es oficial tu entrada en la comunidad si Virtudes Navas ha escrito una novela sobre ti.

—No me digas que has estado dándole a la tecla todo este tiempo.

—Te sorprendería la cantidad de tiempo libre que tiene una jubilada que vive con su nieto. Con un nieto obsesionado con hacerle de comer, limpiarlo todo y procurar que siempre tenga los pies en alto —apostilla—. Espero que lo leas cuando salga.

Según sé, Tamara lleva desde que conoció a Virtudes en persona pidiéndole una novela sobre el amor de su vida y ella misma. Está convencida de que si la escritora se sienta a idear una trama romántica sobre ti, encontrarás la felicidad conyugal a los pocos meses.

No la culpo por pensarlo. Ya se han dado cuatro casos solo en el edificio.

—¿No deberías haberme pedido permiso? —finjo ofenderme—. ¿Pagarme por los derechos de mi propia telenovela, aunque sea?

—Ni siquiera está ambientada en la actualidad. Nadie excepto vosotros se dará cuenta de que me he aprovechado de vuestro crecimiento personal para nutrir mi libro.

—Te lo perdono porque eres tú —le advierto, señalándola con el dedo—, y porque tengo muchas cosas que hacer como para andar peleándome con ancianas.

—Sí, mejor vamos a dejarte con tus pinturas, no vaya a ser que llegue Gloria y te pille en pleno delito. Lo suyo es lo que vea ya finiquitado... Me encanta, por cierto —añade Susana con un guiño cómplice.

El halago se queda conmigo minutos después de que se hayan marchado, y me acompaña mientras doy los últimos retoques al sombreado del pelo. Le encanta a Susana, le encanta a Virtudes, pero ¿le encantará a Gloria? Me aseguré que no rehusaba contarle la verdad a Borja sobre nuestra relación por vergüenza, sino porque le preocupa lo que nos pueda pasar, y por eso, en parte, he decidido hacer esto: para demostrarle que me importa un carajo ponerme en contra a todos los peces gordos de la calle Génova.

No nos merece la pena vivir con miedo simplemente por salir juntos. El amor no debería hacernos daño, ni debería molestarle a nadie. Y sé que sueno bastante hecho a la idea; feliz y satisfecho, incluso. Pero mentiría si dijera que no me he quedado con la mosca detrás de la oreja. No por Valdecasas de León, al que no considero ni la mitad de problemático que su exnovio. El primero tiene dotes de manipulación que no conviene subestimar, pero ¿el otro? Al otro no le para los pies ni el sentido común.

Sé que Gloria no va a hacer nada contra Borja. Entiendo sus reticencias hacia las denuncias, porque ya se sabe cómo se las gasta la pasma cuando una chica llega a comisaría, temblando y con lágrimas en los ojos, para rogar por una orden de alejamiento. E incluso si consiguiera que la escucharan sin recelo, también se sabe de lo mucho que sirven dichas medidas.

Pero dejarlo estar no es para nada mi estilo, así que he decidido meterme.

Ya, ya lo sé. Cada uno debe librar sus propias batallas, yo no tengo por qué ser el caballero de brillante armadura de nadie, podría salirme el tiro por la culata, voy a parecer un capullo celoso o, peor, un controlador, etc., etc. He barajado todas las posibles malinterpretaciones y las connotaciones innegables de mis actos, y, aun así, en cuanto firmo el grafiti ya listo y termino de recoger mis espráis, pongo rumbo a donde sé que voy a encontrarme con Borja: en el despacho donde trabajan su padre y su exsuegro.

Porque, por supuesto, él ha aceptado el enchufe.

Mi objetivo es esperar en la puerta como quien no quiere la cosa durante quince minutos. Veinte, si me siento generoso. Si en ese lapso de tiempo no aparece, entenderé que el universo no quiere que me inmiscuya y me batiré en retirada.

O a lo mejor solo me retiro durante unos días y lo vuelvo a intentar el lunes que viene, quién sabe.

Esto es por Gloria. Porque la quiero, y cuando quieres a alguien, necesitas que esté a salvo. Porque no soporto que tenga miedo. Porque no toleraré que vaya por la calle mirando por encima del hombro. Porque no es de recibo que se levante todos los días con un chantaje. Porque todavía no ha pagado por lo que intentó hacerle —y *le hizo*, porque eso se queda en la mente de uno— cada vez que Gloria se quedó a solas con él.

Pero también intervengo por una cuestión de responsabilidad. Sé que el problema es más grave por mi culpa, y estaría siendo un inconsciente si me quedara callado. Apuesto por que si se

hubiera echado un novio blanco con dinero y un trabajo en bolsa, Borja respetaría las distancias. Pero no. La está acosando en buena parte porque su pareja actual no le parece digna de ella.

Le tengo unas ganas que a veces siento que me van a consumir, pero no voy a armar un espectáculo. Solo pretendo dejar claras un par de cosas para que no siga molestando. Soy impulsivo y le odio con toda mi alma, pero iba muy en serio cuando dije que no me arriesgaría a ir a la cárcel por él.

El universo demuestra estar conforme con mi decisión, porque Borja sale del edificio a los diez minutos de que llegue yo. No soy tan imbécil como para ponerme a deambular como un sospechoso en la misma puerta; he estado sentado en un banco de la acera de enfrente, esperando mientras me fumaba un cigarrillo.

Arrojo la colilla a la carretera y cruzo los carriles sin quitarle la mirada de encima. Va trajeado, como no puede ser de otra manera. No se dirige de inmediato a dondequiera que pretenda almorzar. Permanece de pie junto a la entrada y, tras asegurarse de que no tiene a nadie detrás, saca el móvil para teclear un mensaje. Me pongo negro de pensar que pueda estar redactando algo nostálgico o abiertamente amenazante para Gloria, pero no permito que eso afecte a mis objetivos. Me meto las manos en los bolsillos del chaquetón y me acerco como quien no quiere la cosa.

—¿Escribiéndole a un ser querido? —pregunto en voz alta—. ¿Una nueva novia, a lo mejor?

Borja levanta la barbilla con la frente arrugada. Su ceño se acentúa al reconocermelo.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece que hago aquí? —replico en tono benevolente, ladeando la cabeza—. Me habrías perdido de vista hace mucho tiempo si hubieras tenido un comportamiento ejemplar, amigo, pero como no paras de dar la turra, no me has dejado otra opción que venir a verte.

Ni siquiera se esfuerza por sonar sincero al responder.

—No sé de qué me estás hablando. Deberías perderte por ahí, tío. ¿No tienes una mesa que limpiar?

El clasismo es tan ridículo que a veces se me complica enfadarme con quien lo exhibe. Me cuesta comprender por qué a alguien le molestaría que uno gane lo justo para vivir a través de un trabajo perfectamente respetable. Uno que, de hecho, permite que los demás salgan por las noches a disfrutar de su ocio con la tranquilidad de que van a ser servidos.

—Yo creo que sí sabes de qué te estoy hablando —contraataco con voz neutra. Me he detenido a un metro de distancia, no vaya a ser que se ponga nervioso, y aún tengo las manos en los bolsillos—. Me quiere sonar que Gloria te dijo que no volvieras a molestarla. Si alguna vez te importó una mierda, aunque fuera un poquito, le harás caso y de ahora en adelante te meterás en tus asuntos.

—¿Quién es el que se está metiendo en los asuntos de otros? —espeta, dando un paso adelante—. Si Gloria tiene algún problema conmigo, que venga ella en persona y me lo comunique. No estará pasándolo tan mal si ya me ha desbloqueado y, por lo visto, lee todos mis mensajes.

—Has tenido la suerte de que a tu exnovia le cueste cortar de raíz con las personas de su pasado.

—¿Las personas de su pasado? —repito, genuinamente pasmado porque yo crea que lo suyo con Gloria ha terminado. No me había parado a pensar en la posibilidad de que Borja de verdad viva en otro mundo y piense que todavía puede recuperarla—. Somos las personas de su futuro. Esta tontería de vivir en un piso patera con cuatro *hippies* y follarse a un inmigrante acabará en

cuanto supere su fase rebelde. Y cuando eso suceda, cuando recupere el sentido común, os dejaré a todos en el vertedero al que pertenecéis y volverá con su familia y con su novio. Porque, además de buena, Gloria es muy lista. Sabe que contigo no va ni a la vuelta de la esquina. A tu lado solo le esperaría la precariedad y la burla de todo el que conoce.

Intento que no me afecte, pero es como si me hubiera leído el pensamiento; como si me hubiera escuchado hablar la noche que verbalicé mis temores. Sé que tengo mucho que aportar, y sé también que Gloria me quiere. Que eso vaya a ser siempre suficiente es otra historia.

—¿Y qué le espera contigo? —replico muy serio, aun así—. ¿Que abusos de ella en un baño? ¿Que la persigas por Madrid y la espíes para ver qué hace? ¿Que te pases por el forro su espacio? Incluso si estar conmigo es solo una fase, Borja, e incluso si me deja mañana mismo para volver contigo, te puedo asegurar que estaría vigilando para que no le pusieras un dedo encima.

Suelta un jadeo ofendido.

—¿Quién te has creído que eres? Yo nunca le he hecho ningún daño a Gloria, y prueba de ello es que su padre me considere el mejor novio que ha tenido. A ti ni siquiera te dejaría entrar en su casa.

Duele, no voy a decir lo contrario. Yo tampoco dejaría que Valdecasas de León pusiera un pie en la mía... a no ser que fuese para disculparse de rodillas ante Gloria y prometerle que a partir de entonces sería la persona más encantadora del universo. Pero hiere de todos modos, porque es verdad. Borja es un imbécil en muchos sentidos; en otros, en cambio, tiene el ingenio muy afilado.

—No he venido a medirnos las pollas, chaval. Me la pela la opinión de su padre, al que ya veo que te encanta hacerle la pelota, y me la pela la tuya. Simplemente pillas la indirecta, y la directa también, y sigues con tu vida con quienes te quieran soportar, ¿vale?

Le doy una palmadita en el hombro para zanjar la discusión.

No esperaba que le asqueara tantísimo mi gesto. Borja tuerce la boca en una mueca de profundo desdén y se defiende de mi contacto como si le hubiese metido un puñetazo: arroja contra mí una mano cerrada para intentar romperme la cara.

La esquivo de puro milagro.

—Tranquilo, ¿eh? —le advierto en tono ominoso—. No he venido en busca de problemas.

—¿Que no? —levanta la voz—. ¿No has venido a la puerta de mi trabajo para darme problemas? ¿Y para qué has venido, si, por lo que se sabe, eso es lo único que haces? A ver si crees que no sé quién eres y lo que has hecho. Bernardo, mi padre y yo hemos investigado tu currículum, y qué sorpresa nos llevamos cuando descubrimos que estuviste en la cárcel por matar a un menor. ¿Y esta es la persona que viene a proteger a Gloria? —se mofa con una sonrisa incrédula—. ¿Siquiera sabe la puta escoria que eres?

No sé por qué no se me había pasado por la cabeza que podrían haberse enterado. A lo mejor Patricio cayó en la cuenta de quién era yo unos días después de coincidir en el restaurante, y no me asoció con Gloria hasta que su hijo no mencionó, rojo de rabia, que su exnovia está ahora con un moro.

—Sabe todo lo que tiene que saber, y, aun así, prefiere estar conmigo que contigo —respondo, tratando de convencerme de que es cierto. En el fondo lo sé, sé que es verdad, ella lo ha dicho, pero las palabras de Borja no caen en saco roto—. Eso dice más de ti que de mí, colega.

Me doy la vuelta con la intención de pirarme, porque me conozco, y cuando el nudo en el estómago empieza a apretar, es que voy a explotar. Y voy a explotar a lo grande.

Todo el mundo tiene su debilidad, y que me achaquen defectos que no tengo, que me recuerden por lo que tuve que pasar, por lo que mi madre pasó, está más allá de mis límites.

—Puto asesino de mierda... —gruñe Borja por detrás—. ¡Una basura como tú no me va a dar la espalda!

Me empuja enérgicamente por los hombros justo cuando un coche pasa por la carretera a toda pastilla. El conductor consigue evitar a tiempo una calamidad, pero muy por los pelos. La inercia de la velocidad que llevaba le hace derrapar nada más dar el frenazo y torcerse hacia la izquierda. Yo, aunque pongo las manos por delante para protegerme, choco con el lateral del vehículo y me llevo un buen viaje que me lanza un par de metros por delante. Aterrizo sobre las palmas y las rodillas, aun así, no sobre la cabeza. El impacto es doloroso, pero no permito que el shock me paralice en medio del carril.

Me levanto, renqueando, y sin apartar las manos de las articulaciones afectadas, busco con la mirada desenfocada al hijo de puta de Borja. Antes coincido con el gesto horrorizado del propietario del coche, que no es un hombre, como había pensado, sino una mujer de mediana edad. Le hago un gesto difuso para que esté tranquila y salto a la acera para ir directo hacia Borja.

Tendría que irme corriendo, lo sé. Tendría que evitar la trifulca. Pero haber visto pasar la vida ante mis ojos en un segundo me ha calentado del todo. Es la segunda vez que un Colmenar intenta truncar mi futuro, y juro por lo que más quiero que no va a suceder una tercera.

—¿Cuál es tu problema, cabrón?! —le espeto, caminando hacia él cada vez más deprisa. Borja no retrocede, como hizo en el teatro. En sus ojos brilla el odio, y sé que está listo para vengarse. Lo agarro de la corbata y tiro hacia mí para zarandearlo—. Si de verdad estuvieras convencido de que soy un asesino, no me tocarías los huevos ni jugarías conmigo, porque te llevaría por delante sin dudarlo. Pero aquí estás, intentando matarme... A lo mejor es que te has pensado que, como pringué por uno de tu círculo, soy muy buenecito. —Le doy una bofetada que le gira la cara, y luego otra, como si pretendiera espabilarlo después de un desmayo. En la cárcel, uno aprende a meter hostias como panes, y para todos los gustos; que me decante por un escarmiento más suave no es arbitrario, y es que no quiero dejar marca—. Compórtate, o te acabaré demostrando lo contrario.

Borja se aprovecha de mi réplica furiosa para arremeter contra mí, esta vez con su propio cuerpo. Al pillarme con la guardia baja, consigue propinarme un puñetazo en la cara que me deja momentáneamente aturdido. También se sirve de esta ventaja para hundirme los nudillos en el estómago y mandarme al suelo de una patada. Ni siquiera me da por pensar en que he subestimado sus habilidades físicas; en su lugar, pienso en que este es el tío que ha estado mensajeando y siguiendo a Gloria, que por poco la violó. Este es el tío que podría haberla acorralado volviendo a casa, que podría haberle causado un daño irreparable, y que podría no haber tenido que pagar por ello jamás, porque tiene de su parte al mejor y más podrido de todos los bufetes de abogados.

Lástima para él que la ventaja se le acabe ahí, porque desde el suelo lo agarro por el tobillo y tiro con ganas para desequilibrarlo. Pronto estamos los dos en la acera, él boqueando porque la caída le ha vaciado los pulmones.

Podría sentarme a horcajadas sobre el cabrón y fundirlo a hostias hasta que no lo reconocieran ni con una prueba de ADN, pero no puedo meterme en problemas.

Me incorporo con cuidado, manipulándome la mandíbula dolorida. Me arden las rodillas en

carne viva, las manos que han resbalado por el asfalto. Me cuesta apoyarme en ellas para levantarme, y por eso a Borja no le toma ni un segundo evitar que huya: me agarra del brazo y tira violentamente de mí para devolverme a la postura inicial.

Y entonces es él quien me acorrala sentándose sobre mi vientre y usando las manos para tratar de dejarme inconsciente. Seguro que no contaba con que yo sería más rápido que él, incluso en clara desventaja, y le agarraría una muñeca para retorcérsela a la espalda en un ángulo doloroso.

Por la manera en que grita, supongo que se la he roto.

Y no voy a mentir: se siente de puta madre.

—Hijo de puta —masculla entre dientes—. Te voy a matar...

—Eso te gustaría a ti, ¿eh? Pero incluso si estuviera muerto, cabrón, Gloria seguiría sin volver contigo.

El vacile le enciende más aún. Intenta arremeter contra mí con la mano libre. Me defiendi cubriéndome la cara con el codo, y cuando se cansa de no darme, lo empujo por el hombro para quitármelo de encima. Entonces sí consigo incorporarme, y más por gusto que porque pretenda seguir la pelea, le arreo una patada en las costillas que le hace encogerse sobre sí mismo con un gemido lastimero.

Quiere el destino que sea esto lo primero y lo último que ve la policía cuando llega hasta nosotros. Alguien ha tenido que llamar por teléfono al vernos de esta guisa en medio de la calle.

Precisamente porque me lo veía venir, he procurado portarme bien, pero la imagen que se llevan de la disputa no es favorable conmigo.

Nada más bajar del coche, los dos polis se dividen la tarea: uno se arrodilla junto al dolorido y lloroso Borja para atenderlo, y otro me pone las manos a la espalda.

Incluso teniendo en la cara la marca de los puños del cabrón, es a mí a quien arrastran hasta el vehículo policial y al que meten de mala gana en la parte trasera. Y conozco el motivo, porque unos años en la trena te enseñan a pensar como un agente: soy el que tiene la culpa porque soy el que estaba de pie cuando han aparecido, porque soy el que ha ido a la calle Génova, lo que habla de móvil y habla de oportunidad... y, por qué no decirlo; también por lo que todo el mundo ya sabe.

Capítulo 24

DE DONDE NO HAY, NO SE PUEDE SACAR

Gloria

Siempre salgo revitalizada de los ensayos de la orquesta. Sobre todo cuando recibo la noticia de que pronto estaremos dando una vuelta a España para tocar en los principales teatros de las ciudades más renombradas. Normalmente prefiero quedarme un rato hablando con los compañeros, pero estoy tan ansiosa por contarle las novedades a Néstor que enseguida saco el móvil del bolsillo.

El estómago se me encoge al ver que tengo un puñado de mensajes de Borja. Ha estado un par de días en silencio, pero ya sabía yo que sería una ingenuidad dar por hecho que todo habría acabado.

En otras circunstancias, no me habría molestado en abrirlo hasta horas más tarde. No son ni las seis, el día es largo y prefiero que no me lo arruine tan pronto. Pero algo, llámese presentimiento o corazonada, me insta a meterme en el chat.

Y lo que veo me hiela la sangre.

Borja me ha enviado un puñado de fotos en el área de urgencias del hospital. Debajo de los selfis en los que se le ve con la nariz ensangrentada, y de los vendajes que le han puesto, describe con riguroso detalle su diagnóstico: una muñeca rota y un hombro dislocado.

Debajo de esto, añade: «Cortesía de tu nuevo novio».

Sin pensarlo dos veces, marco su teléfono y me pego el móvil a la oreja.

—Solo tenían que darme una paliza para que me llamas —responde Borja con la voz pastosa. Ni por esas disimula el regocijo que siente al oírme—. Lo siento si sueno un poco adormilado, pero es que me han dado antiinflamatorios para aburrir.

—¿Qué ha pasado? —le corto antes de que arranque a contarme historias que no me interesan.

No sé en qué clase de persona me estoy convirtiendo, quizá en una que ya no siente empatía por quienes le han hecho daño, pero no experimento la más remota compasión al saberlo herido. De hecho, al ver las imágenes, me he sentido... a salvo, de alguna manera.

—Lo que ha pasado —responde, controlando a duras penas la ilusión de hacerme daño— es que el moro ha venido a visitarme a la salida del trabajo, en el despacho de tu padre. Me ha dicho que me aleje de ti, y acto seguido me ha dado una paliza que ha resultado en... Bueno, ya has visto el diagnóstico.

—Imposible —atajo sin contemplaciones—. Néstor no se habría metido en una bronca como esa si no lo hubieran provocado muchísimo... y ni por esas.

No solo lo sé porque confíe en él a ciegas, sino porque lo hemos hablado en más de una ocasión: quiere estrangular a Borja, y, si falleciera por causas naturales, iría a su entierro solo para cerciorarse de que está muerto. Pero sabe que debe tener un comportamiento ejemplar, porque con sus antecedentes y la escasa paciencia que se le tiene a la gente con un tono de piel oscuro, es consciente de que, a la mínima de cambio, podría verse de nuevo en comisaría.

—¿Dónde está él ahora? —exijo saber.

Esto no le hace ninguna gracia.

—¿En serio? ¿Es que solo te importa el tío ese? ¿Sabes que estoy en el hospital... y te la suda?

—Borja, os conozco a los dos muy bien, y sé que si uno ha empezado la pelea física, ese no ha sido él. ¿Y por qué te sorprende que no me interese tu... bienestar? Llevas intentando arruinarme la vida desde que rompí contigo. En lo que a mí respecta, como si te hubieras roto el cuello, que sí. Me la suda muchísimo.

Le cuelgo sintiéndome miserable, pero no permito que el desprecio hacia mi actitud vengativa me haga perder de vista que se lo merece.

Por supuesto que me incomoda pensar que Néstor haya podido pegarle, por otro lado. No me parece romántico que dos tipos se peleen por mí desde que superé la etapa del Mario Casas descamisado en *A Tres Metros Sobre el Cielo*. Pero seguro que le ha dado más motivos de los que llevaba ya cuando se presentó en la calle Génova.

Que Néstor no me coja el teléfono me sume en el pánico. No sé si ir a la calle Cortázar, si ir al hospital, si ir a comisaría... En esas estoy, indecisa, cuando el nombre de Milu aparece en la pantalla de mi móvil.

—¿Sabes algo? —le pregunto en cuanto descuelgo.

—Sí —contesta con voz lúgubre—. Estoy con él. Es decir... No estoy con él con exactitud, porque lo han metido en... ¿Te has enterado de lo de la pelea? Por lo visto, tu ex ha salido malparado, y lo que le ha contado al agente no va a ayudar a Néstor a librarse de una multa... y eso como mínimo —añade por lo bajini.

—¿Dónde lo han metido? ¿Dónde está?

—En el calabozo. Pero es temporal —se apresura a añadir.

—Lo sé. Por ley, no pueden retenerlo más de setenta y dos horas. ¿Sabes si van a pasarlo a disposición judicial? Ese sería el procedimiento legal...

—No tengo ni la menor idea, Gloria. Le han tomado declaración y lo han mantenido en la celda porque le consideran un peligro público, o algo así. Lo bueno es que, al haberse dado la pelea en la calle, algún espectador habrá que pueda confirmar que Néstor solo se defendió. Dice que apenas le dio un par de puñetazos y una patada después de que Borja lo arrojara a la carretera.

El corazón se me encoge de imaginar la escena. Tengo que presionarme el pecho con el puño para que el dolor no me doble por la mitad. No puede ser que Néstor se vaya a ver en una situación traumática solo porque quería sacarme a Borja de encima.

—No me puedo creer esto —balbuceo, tratando de contener las lágrimas—. Si hablas con él, dile que iré tan pronto como pueda; que voy a ir a conseguirle un abogado de los buenos. Lo va a necesitar, porque con las lesiones de Borja, lo más seguro es que vayan a juicio.

—No le vendría nada mal una defensa en condiciones, no —suspira Milu—. Gracias, Gloria.

A mí nadie tiene que darme las gracias, porque si ha acabado embarrado hasta las cejas, es por mi culpa; porque todavía no sé encargarme yo solita de mis propios problemas, porque me dio miedo enfrentarme a mi vida anterior, a mis padres, a ese ex cuyos sentimientos pensaba que debía respetar, y él sintió, con toda la razón, que debía ayudarme a superar esos temores.

Bueno, pues se acabó.

Ahora sé exactamente a dónde tengo que ir.

No llegué a devolverles la llave de casa —ni ellos me la pidieron—, así que no tengo que arriesgarme a que no me abran la puerta. Entro en el piso por mi propio pie, procurando hacer todo el ruido posible para no pillarlos por sorpresa.

Cabría esperar que ambos estuvieran aquí. Un hombre jubilado no suele tener muchas obligaciones que atender a estas horas de la tarde, y mi madre lleva sin trabajar desde que se quedó embarazada. Pero a juzgar por el silencio de las estancias principales, asumo que estoy sola. Y aunque he estado sola en esta casa mil y una veces, y en esa soledad creaba mi refugio, me siento violenta paseando por el salón, como si fuera una ladrona que conoce la vivienda que visita solo porque la ha estudiado previamente para dar el golpe.

En busca de un rincón que se me haga familiar, me dirijo a mi dormitorio. Quizá podría tenderme en la cama mientras mis padres llegan y revivir una rutina que ya he dejado atrás, como si fuera uno de esos viernes cualquiera en los que ellos salían a cenar y yo, cansada después de la facultad, me quedaba en mi habitación preguntándome qué estaba haciendo con mi vida.

Pero cuando abro la puerta, descubro que ya no queda nada de ese cuarto que fue mi hogar; solo el cuarto y no la casa entera, porque únicamente en mi cuarto estaban mis libros, mis revistas, mis discos, mis secretos, mi silencio y mi calma.

Han pasado unos pocos meses desde lo sucedido, y ya han borrado mi rastro como si yo nunca hubiese existido. Lo que antes era mi dormitorio se ha convertido en una habitación de invitados, con su decoración minimalista, sus muebles de diseño y sus estores beis; nada que ver con el papel de pared color pastel, la cama con dosel y la estantería plagada de diplomas, medallas y trofeos musicales que solía darle vida a la estancia cuando yo vivía aquí.

No sé qué esperaba encontrarme, pero se me parte el corazón... una vez más. Con suerte, la definitiva.

Y pensar que yo consultaba el móvil como una pobre ingenua, a la espera de una llamada suya, mientras mi padre citaba a su decoradora de confianza para convertir su vivienda en la morada de un matrimonio sin hijos. Yo lloraba y me arrepentía de mi rebeldía, tenía crisis de identidad a diario, me castigaba por haberle desafiado... y él, como un autómatas, lo dispuso todo para abortarme.

Si me quedaba alguna esperanza de convencerlos de abrirme las puertas de su vida de nuevo, esta se desvanece en el acto. No porque haya quedado claro que no les intereso, que nunca les he importado, sino porque acabo de decidir que ellos ya no me importan a mí.

Entiendo que no tengo nada que hacer aquí, que ha sido absurdo venir corriendo a pedir ayuda, y cierro la puerta sin echarle un último vistazo a la habitación.

Estúpido impulso infantil. Ya no soy una niña. Ni siquiera *su* niña. Carece de sentido que pensara por un segundo que podría refugiarme tras las faldas de mi madre.

Mi objetivo es dejar las llaves en el aparador de la entrada y marcharme como si nunca hubiese puesto un pie en primer lugar, pero quiere la suerte que justo en ese momento se abra la puerta principal. La voz de mi padre y el repiqueteo de los tacones de mi madre llenan el recibidor de sonidos familiares, pero, a la vez, increíblemente distantes.

Ella es la primera en verme. Palidece, no sé si temiendo la reacción de Bernardo Valdecasas de León, que será mucho más expresiva, o asqueada porque mi apariencia refleje mi evolución interna: el pelo teñido, el maquillaje arriesgado, la ropa provocativa.

Luego va él.

Como si hubiera percibido un olor diferente en el aire, mi padre levanta la barbilla y me ve de pie en tierra de nadie, ni en el salón, ni en el pasillo; en ese punto intermedio en el que ahora entiendo que también he estado siempre emocionalmente hablando.

Un ceño ominoso apaga la alegría que traía del paseo.

—¿Qué haces tú aquí? —exige saber con una ferocidad inesperada. Por poco me hace retroceder. Cuelga su gabán detrás de la puerta y avanza hacia mí con el ceño fruncido—. ¿Cómo has entrado?

—Yo también me alegro de verte. —Inspiro hondo y cuadro los hombros. Ya que estoy aquí, no voy a irme de vacío. Tenía un objetivo antes de decidir que no merece la pena tratar de recuperar a mi familia—. He venido a pedirte un favor.

Mi padre suelta una carcajada que me corta el cuerpo. Su mujer, detrás de él, reproduce el movimiento de quitarse el abrigo y ponerlo en su sitio con una lentitud deliberada, como si así pudiera evitar hacerse notar.

—No estás en posición de pedir ningún favor. Vete de mi casa ahora mismo.

«Mi casa».

—Bernardo —le pide mi madre en voz baja, poniéndole una mano en el hombro—. No seas así, por favor. Déjala hablar.

Él me mira de arriba abajo, y sé exactamente lo que ve: a alguien que no merece ningún respeto. Mi pelo medio decolorado, medio teñido de negro; mis *shorts* ajustados con medias oscuras pero transparentes debajo; mi maquillaje de noche... Nada de eso es propio de la niña Gloria, la que llegó a querer una vez, aunque fuese bajo sus condiciones, aunque solo pudiera hacerlo mientras él la vistiera, le enseñara a hablar y le impusiera sus opiniones. Comprendo entonces que no queda en mí nada que le recuerde a su hija, y por eso no le cuesta torcer el gesto con desprecio y pasar por mi lado para dirigirse a su habitación.

Mi madre no lo imita. Cierra los ojos un instante, no sé si dolida o solo exhausta, o a lo mejor ambas cosas, y, después de que mi padre haya dado un portazo desde su cuarto, se arma de valor para ofrecerme una sonrisa vacilante.

—¿Te gustaría... tomar algo? Hace mucho frío en la calle. Seguro que te sentará bien.

No espera a que conteste, e igual que si fuera yo una desconocida a la que ha invitado para que le mida las cortinas, me anima a seguirla a la cocina con un lánguido ademán. Allí pone a hervir el agua.

Yo no me atrevo a sentarme, a pesar de que solía tener un sitio asignado para los almuerzos que hacíamos en familia. Me quedo de pie a una distancia prudencial, observando los movimientos inseguros de una mujer a la que, ahora que miro bien, he de admitir que nunca he conocido.

—¿Cómo estás? —me pregunta transcurridos unos minutos. Sirve el agua hirviendo directamente en la bolsita de English Breakfast y me lo sirve con una nube de leche y un sobre de sacarina. Es normal que aún no se haya olvidado de cómo me gusta tomar el té, pero me conmueve que se tome la molestia de demostrar que le importa—. ¿Te va todo bien?

Con un ruego implícito en la mirada, me pide que la acompañe en la mesa. Nos sentamos las dos a la vez, vigilándonos de reojo, igual que dos pistoleros que no saben quién va a apretar el gatillo primero.

—Dentro de un par de meses empezaré la gira nacional con la orquesta. —Pretendía anunciarlo con un regocijo hiriente que le diera a entender que sí, al final sí he podido dedicarme a la música... o podré, en un momento dado. Pero se me escapa una nota de ilusión infantil y de

desesperación porque me aplauda. Incluso ahora siento la necesidad de complacerla, de hacerle ver que puede enorgullecerse de la hija que tiene. A ella siempre le gustó cómo tocaba la viola, y no me avergonzó de manera constante por tener ambiciones musicales—. Audicioné para la Orquesta de Jóvenes Talentos de Madrid, la que dirige Violeta Casanovas, y me cogió. He estado compaginándolo con el trabajo en el restaurante... que ya te habrá mencionado pap... Bernardo.

Mi madre hace una mueca de dolor al ver que me refiero a mi propia sangre por su nombre de pila, pero no dice nada. Siempre ha pecado de eso, de un exceso de prudencia que raya en la indiferencia; de callar y otorgar con tal de no verse en la línea de fuego cuando los demás ardemos a su alrededor.

—Eso es maravilloso, Gloria —me dice en voz baja. Nunca ha hablado con otro tono. Parece que se hubiera resignado a ser la sombra de mi padre, su triste coro de fondo—. ¿Tocarás en Madrid antes de salir hacia el primer destino?

—Madrid es la última parada, pero hay algunos ensayos abiertos al público —respondo con ambigüedad. No creo que se me pueda culpar de ocultarle las fechas exactas. Desconfío de sus preguntas, sus halagos y su aparente interés por venir a verme. Antes de que la charla se extienda, decido ir al grano—: Tienes que ayudarme, mamá. Yo sola no voy a poder convencer a tu marido de que abogue por Néstor en el caso de que... de que el pequeño malentendido que ha tenido lugar llegue a mayores. Ahora mismo está retenido en una celda de comisaría, y no sé cuánto tiempo pasará allí, no sé... —Frunzo el ceño al ver que me aparta la mirada, avergonzada—. Lo sabes, ¿no? Os habéis enterado al mismo tiempo que yo. Por Borja, imagino.

—Ha salido muy malherido del altercado, Gloria —responde ella, removiendo el té con visible impaciencia—. Ya sabes que el experto es tu padre, pero incluso yo me puedo imaginar que, con las lesiones que presenta Borja, el... muchacho va a tener problemas. No es lo mismo pelearse y dañar el mobiliario urbano que ocasionarle una rotura a un inocente.

—¡No es inocente! ¡Y eso no se lo ha podido hacer Néstor! —replico enseguida. Apoyo una mano sobre la mesa para inclinarme sobre ella—. Mamá, escúchame. Tienes que creerme. Yo lo conozco. Los conozco a los dos, de hecho. Sé que Néstor no habría hecho algo así. No tengo ni idea de cómo se las ha arreglado Borja para romperse un brazo, o lo que sea que le pase, pero...

—Gloria, yo no puedo ayudarte.

Suena agobiada, y podría entenderlo porque es una situación complicada, pero se habría agobiado incluso si le hubiera pedido sal. Es la clase de persona que se ahoga en un vaso de agua.

—Siempre igual —le espeto con resentimiento—. Nunca has podido ayudarme, ¿verdad? Nunca has podido defenderme, o posicionarte, o solo ser una madre normal, y no una réplica barata de tu marido. Por no poder, ni siquiera has podido ser un referente, ni femenino ni moral, o simplemente una persona que se haga querer.

Aprieta los labios para contener un sollozo que hace temblar su barbilla. Aunque ya me había quitado la mirada, gira la cabeza aún más en la dirección contraria para esconderse de mi juicio.

Me duele haberle hablado así, porque no soy un monstruo, y ella siempre me ha dado pena. La veo como una persona a la que hay que proteger y con la que no se puede contar porque es inofensiva e incluso inútil, por más que hiera decirlo.

Pero no estoy para tonterías, y se lo transmito cogiéndola del brazo.

—Mamá —le ruego en voz baja—. Sé que os he decepcionado. Ya no soy la niña que queráis. Y sé, también, que jamás podremos volver a donde estábamos antes... pero quizá eso sea algo bueno. Todos nos hemos hecho demasiado daño. Pero esta podría ser una manera de

arreglarlo, de enmendarnos; de allanarnos el camino por si algún día quisiéramos volver a... encontrarnos. Mamá, Néstor no es cualquiera para mí —insisto al ver que ella no reacciona—. Ahora es... mi familia. Mis amigos y él me acogieron cuando me quedé sola, me dieron tiempo y espacio, me aportaron energía e ilusión. Me sacaron de casa, me escucharon, me consolaron y aconsejaron... Confiaron en mí y me quisieron. Yo sé que el brazo de Bernardo no se puede dar a torcer, pero tú... Por favor, demuéstrame que tú eres diferente. Demuéstrame que tú me entiendes. Demuéstrame que hay una madre ahí, por favor. Le quiero —sollozo, tirando de ella para que me preste atención. Mi madre reacciona a la declaración girándose hacia mí con extrañeza y pavor—. Sí, le quiero. Es la primera vez que me enamoro de alguien, y es... precioso y terrorífico al mismo tiempo. Más terrorífico si cabe cuando puede que esa persona se coma un marrón que no le corresponde. Mamá... —Le aprieto el brazo al ver que se conmueve con lo que le digo. Sus ojos se cristalizan y me sonrío con un candor vulnerable, como si en el fondo se alegrara de atestiguar mi crecimiento... Aunque este haya tenido lugar fuera de su radar—. Mamá, no podéis quitarme esto también.

—¿Qué estás haciendo? —brama mi padre—. ¿Ahora te dedicas a manipular a tu madre para que tus asuntos la salpiquen?

La suelto y me pongo de pie para enfrentar a quien verdaderamente he venido buscando. Bernardo se ha dignado a aparecer, pero ¿a qué precio? Su rictus severo advierte de que vienen curvas.

—Es mi madre —le recuerdo con frialdad—. Si quiere jactarse de ser una buena tutora, tendrá que involucrarse en esos asuntos que mencionas, porque implican a su hija.

—No son las dotes de paternidad de tu madre lo que está en discusión, Gloria. Uno puede ser el mejor pariente del mundo y que, aun así, el niño le salga rana. Ya lo hemos visto y sufrido todos en los últimos meses.

—Y sigues empecinado en que esto es mi culpa —murmuro, perpleja—. A lo mejor, si no me hubieras encorsetado desde que era una cría, si no me hubieses inducido a seguir tus pasos, si no me hubieras metido un miedo paralizante a decepcionarte, no habría acabado explotando a lo grande. Pero no he venido a pelear contigo. He venido a...

—A pedirme que defienda a tu amiguito, ¿no? O que convenza a Borja de retirar la denuncia, como si eso fuera a servir de algo cuando ya se la va a cargar. —Esboza una sonrisa helada—. Estás muy equivocada, Gloria. Ese novio tuyo ha demostrado lo que todos ya sabíamos: que es un delincuente. Es cuestión de tiempo que su lado violento se vuelva contra ti.

Sus prejuicios me enervan tanto que siento cómo me sube el calor por la cara.

—No pienso discutir contigo las virtudes y los defectos de Néstor. Él no empezó nada de esto, y si alguna vez me has querido, te ocuparás de que eso quede reflejado en el papel cuando lleguen a juicio.

—¿Que no empezó nada de esto? —Enarca una ceja—. Según consta en las declaraciones, el marroquí fue a buscar a Borja a la puerta de su trabajo, y allí se enzarzaron en una pelea de la que nuestro muchacho salió muy malparado.

—¡No fue a buscarlo para pelearse! —le grito. Se queda tan sorprendido que por un momento no reacciono—. ¡Solo quería defenderme! ¿O es que no te has enterado de que «vuestro muchacho» lleva semanas acosándome? ¿De que ha llegado a hacerme fotos por la calle, cuando me seguía, y a presentarse en el teatro para amenazarme? ¿De que intentó abusar de mí no una, sino dos veces?

—Borja no haría nada de eso —zanja sin más.

Su ignorancia selectiva ni siquiera me despeina. Curioso, cuando hace apenas unas semanas me habría roto el corazón. Pero supongo que uno puede estar soportando ataques y silencio solo hasta cierto punto.

A partir de ahí, cruzada ya esa línea, nada logra conmoverte.

Se me escapa una carcajada gélida.

—Sí que estás acomplejado por no haber tenido un hijo varón, ¿eh? Tanto así que has llegado a aferrarte a una sanguijuela como esa, a un hijo de puta del calibre doscientos, con tal de sentir que puedes transmitirle a alguien tus valores de mierda.

Decir que mi padre se queda perplejo al escucharme es quedarse corto, pero del shock pasa a la indignación en cuestión de segundos.

—Incluso un hijo de puta del calibre doscientos sería mejor que la zorra patética en la que te has convertido.

—¡Bernardo! —exclama mi madre, atreviéndose por fin a intervenir.

Pero yo no dejo que él me intimide o me empequeñezca.

Ya no. Nunca más.

Doy un paso adelante, y pienso en todas las veces que fui verdaderamente cruel con Néstor cuando nos odiábamos. Ahora que por fin tengo delante a alguien con quien merece la pena sacar a la bestia, ¿por qué cortarme?

Le sonrío con serenidad.

—Lo de patética me viene por parte de padre.

La réplica colma su paciencia, y entonces hace algo que no me habría esperado viniendo de él, alguien tan elegante, tan distinguido, tan dueño de sus actos: me suelta un bofetón que me gira la cara.

Durante un instante, no consigo reaccionar. Toda la sangre se concentra en ese lado, en el oído en el que se agolpa un intenso latido. Me parece oír a mi madre gritando el nombre de mi padre, pero no le presto atención. Luego solo tengo ojos para la expresión de Bernardo, que se ha quedado helado con su propia reacción y ya no sabe qué decir.

—Voy a conseguir demostrar lo que ha pasado en realidad —le advierto con fría calma, apartando la mano de la mejilla afectada. Quiero que vea lo que ha hecho, que no pueda escapar de la rojez, de la futura hinchazón—. Y voy a conseguir demostrar, también, que tu bufete lo metió en la cárcel injustamente una primera vez. Cuando eso pase y te quedes en la ruina, cuando tu buen nombre y el del miserable de Patricio estén criando malvas, ¿sabes qué haré? —Doy un paso adelante para mirarlo con la cabeza bien alta. No me da miedo. Ya no—. Seré tremendamente feliz.

Agarro la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla y me dirijo a la puerta. Me da la impresión de que mi madre me llama a voces, tratando de detenerme, pero todavía tengo el oído taponado por el golpe de mi padre... y no tengo nada más que hacer o decir en esta casa.

En lo que a mí respecta, sus inquilinos ya no existen.

Capítulo 25

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Néstor

Si me hubieran dicho que volvería a verme privado de mi libertad por haber intentado defenderme, no me lo habría creído. O no me lo habría querido creer. Pero aquí estoy ahora, retenido en el calabozo de una comisaría porque soy sospechoso por el simple hecho de tener antecedentes, y antecedentes relacionados con peleas callejeras. Por eso y porque el testimonio del agredido —el agredido que ha salido peor parado, entiéndase— me señala como el único culpable.

Y tengo que reconocer que inocente no soy. En todo caso, inocentón.

Yo ya sabía que Borja era un tío con el que había que andarse con cuidado y, sin embargo, me dio por presentarme a la puerta de su curro, como si me hubieran mandado los matones de una banda de crimen organizado para poner orden en el gallinero. Supongo que en los últimos tiempos me he sentido tan cómodo en mi círculo que he acabado por confiarme en que la violencia institucional ya no existe, o a mí no me iba a afectar.

En la declaración, intento mostrarme sereno y razonable. A la poli no le gusta que te pongas nervioso, alces el tono o insistas en que no has hecho nada. Imaginaba que cualquier excusa sería buena para cargarme el muerto, y me he limitado a recitar los hechos por orden cronológico. Incluso he mencionado que Borja ha intentado que me atropellaran, y he mostrado mis palmas y mis rodillas en carne viva, pero uno de los agentes ha insinuado que eso podría habérmelo hecho yo solito al caerme. He de reconocer que el otro, su compañero, sí intenta colaborar conmigo.

Al cabo de unas horas, cuando decidieron que lo más seguro para el pueblo llano sería mantenerme encerrado, permiten una primera ronda de visitas. Milu es la que entra tan pronto como el agente da la señal, pero no lo hace sola. No sé cuánto rato ha transcurrido con exactitud desde que me metieron aquí; suficiente para que se haya enterado la mitad del vecindario, porque no falta prácticamente nadie.

Edu, Tamara, Susana, Virtudes, Eli...

—Cualquiera diría que no tenéis un trabajo —me mofo sin ganas, sentado en el banco disponible al fondo de la celda. No hago ademán de levantarme. Se me han endurecido las heridas de las rodillas, y molestan incluso estando de pie.

—Yo soy el jefe del mío, así que me puedo permitir largarme cuando me encarte —se defiende Edu con orgullo y buen humor.

El justo, considerando que estoy en la trena y la cosa no tiene muy buena pinta.

—*Ídem* —anuncia Tamara—. ¿Se puede saber qué te han hecho, güey?

Es una pregunta muy sencilla, pero me hace sonreír por lo que implica: que yo no he hecho nada, o no al principio, y que estoy aquí porque a alguien le ha parecido bien encararse conmigo.

No sé en qué momento se ha formado esta hermandad entre nosotros, los vecinos. Empecé haciendo la ronda de basuras, y luego Milu me invitó un día al club de novela romántica, y después coincidí tres veces con Virtudes en el ascensor, y más adelante Tamara y Eli me

ofrecieron un curro ocasional como camarero extra del cáterin... y así hasta hoy.

Sé que nos llevamos bien, sé que nos gustamos, sé que tenemos confianza, sé que nos divertimos juntos. Y también sé que, cuando las cosas se ponen negras, están ahí para arrimar el hombro. Estuvieron para Julian, para Susana, para Alison...

Pero no habría imaginado jamás que yo también gozaría de esos privilegios. Cuando me declararon culpable hace años y me mandaron al centro penitenciario, aprendí por las malas que la gente no suele permanecer a tu lado en los momentos en los que de verdad los necesitas. Creo que por eso me muestro relativamente receloso al resumir:

—Me he peleado con alguien.

—Si yo fuera a la cárcel cada vez que tengo bronca con una persona, me habrían caído ya más perpetuas que a Morgan Freeman —bufa Susana. Al ver que no todos captan la referencia, especifica—: ¿En serio? ¿Tampoco conocéis esa peli? ¡Si se llama *Cadena perpetua*!

—¿Y? —Edu enarca una ceja, mirándome con fijeza—. ¿Es que lo has matado?

—¡No! Coño, Edu, claro que no —suspiro.

—¿Entonces?

—No es el delito más popular, pero, según sé, te puedes comer un rato en la cárcel si le has dado una paliza a alguien y el sujeto ha necesitado... cirugía, o tratamiento, o algo más que un par de tiritas. Y parece que el cabrón tiene los huesos de cristal. Por lo que he oído que comentaban los agentes, le he roto una muñeca.

—Eso no ha estado muy bonito —se lamenta Virtudes.

—Empezó él —señalo con un nudo en la garganta. Me estoy repitiendo que no me importa un carajo lo que piense esta gente de mí, pero me costaría encajar que la escritora me mirara con otros ojos.

—¿Y se lo has dicho al policía? —pregunta Eli, preocupada.

—Claro, se lo he dicho todo. Que he ido a hablar con el pavo porque no deja en paz a Gloria, que se lo ha tomado fatal y me ha empujado, luego me ha pegado, y, por último, y como último recurso —recalco—, yo me he defendido.

—Lo que pasa es que a ti se te nota el *gym* —suspira Edu—, y el otro da pena verlo.

Su comentario me extraña.

—¿Conoces a Borja?

—Estuvo años saliendo con Gloria. Claro que lo conozco. Por desgracia. —Pone los ojos en blanco—. No es el tío más simpático del mundo. En fin, si necesitas que alguien testifique en honor a tu comportamiento ejemplar, solo tienes que pedirlo.

—Creo que eso solo pasa en las pelis yanquis —señalo con una sonrisa de agradecimiento—. Aquí eso del «testigo de carácter» no es tan habitual, que yo sepa. Aunque no me vendría mal encontrar un testigo a secas; alguien que viera que no fui el que sufrió un arrebató de ira. No puede ser tan complicado, joder. Estábamos en medio de la calle.

—Seguro que todo sale bien —me asegura Virtudes—. Lo de encerrarte aquí me parece un poco exagerado, eso sí. Tú también luces un buen golpe en la cara, y mira cómo tienes las manos y las rodillas. Habrá que curártelo, ¿no?

Su preocupación me conmueve tanto que, por un momento, me dan ganas de echarme a llorar. Incluso si han venido a verme con toda su buena intención, no me alegra que estén aquí. No me alegra que me vean así. No me alegraría, tampoco, que se acabaran enterando de que no es la primera vez que me esposan. Se suponía que, con todo el tema de reinsertarme, tendría derecho a una segunda oportunidad, y, para mí, esta implicaba que mi entorno no conociera mi

pasado cuestionable.

Me he esforzado, lo juro. He intentado honrar los valores de mi familia siendo trabajador, amable, generoso y, sobre todo, agradecido. No ya de crío, cuando no tenía ni idea de que no llegaría a hacer la Selectividad porque me estarían comiendo los nervios de un juicio muy próximo, sino hoy día. Ataco a quien me ataca, sí; me han crecido los colmillos y las garras. Pero también abrazo a quien me abraza. Procuro ser un buen chaval, un buen vecino, un buen amigo, un currante. No es justo que esa imagen que todos tienen de mí vaya a irse al garete por un jodido error.

—Ya me preocuparé de mi cara cuando mi libertad no esté en juego —resuelvo con voz queda.

—Si fijan una fianza —medita Milu, ajena a mis pensamientos—, podríamos intentar conseguir el dinero. Yo tengo algunos ahorros, y si le pidiera un préstamo a Mario...

—Nada de préstamos —sentencia Edu—. Si todos arrimáramos el hombro e hiciéramos un mocho, podríamos pagarlo juntos.

El asentimiento de conformidad general me deja perplejo.

No he nacido ayer. Sé que vivo en un edificio que desmiente ese bulo estúpido de que en el siglo veintiuno ya no se conocen a los vecinos, de que podrías palmarla en tu apartamento y no llegaría el experto forense hasta que tus restos hubieran empezado a despedir un olor insoportable. Y me encanta Madrid, en parte, por el carácter de su gente; mi padre fue un musulmán español y algo de él tiene que haber en mi sangre, porque siempre quise encajar con su ciudadanía. Pero eso no significa que no deje de impresionarme la generosidad de esta gente, la bella casualidad de que las mejores personas de la ciudad hayan ido a parar a un mismo sitio.

Y no quiero dejar de sorprenderme nunca, porque si lo hiciera, significaría que estoy dando por hecho la bondad humana.

—De eso nada —interrumpo yo—. A saber cuánta pasta pedirían, y lo mismo ni viviendo cien vidas podría devolverlo.

—Estamos dando por hecho que el muchacho va a denunciar —apostilla Eli.

—Aunque no denuncie, lo hará el defensor del pueblo, o el fiscal, o como cojones se llame la figura jurídica. Lo único que cambiaría que Borja no pidiera compensación, es que no tendría que pagarle un pastón aparte por daños y perjuicios. Y la pedirá. Haría lo que fuera para joderme la vida.

—¿Y eso no puede aportarse como prueba?, ¿que ha sido un delito de odio contra ti? —valora Tamara.

—Puedes jugar la carta de ser medio marroquí —sugiere Edu. En cuanto recibe la mirada exasperada de Eli, pone los ojos en blanco—. ¿Qué? Si la vida te da limones, tendrás que hacer limonada, ¿no? Y no me dirás que el Borja de las narices no es un pedazo de cabrón como la copa de un pino, que he tenido la mala suerte de oír muchas de sus lindezas, y no me veas con el galán.

—Pues eso sí se podría aportar como prueba, ¿no? —interviene Susana—. Que es racista, y que se metió en la pelea contigo por esta razón.

—Yo creo que deberíamos parar de ponernos en plan *CSI: Chamberí* y dejar trabajar a los profesionales —sugiere Eli—. Lo primordial es que Néstor contrarreste la denuncia de Borja poniendo la suya, porque tiene razones, y conseguirle un buen abogado en el caso de que la cosa pase a mayores.

—¡Pero no debería! —se queja Tamara—. Néstor estaba haciendo el trabajo del Señor al romperle las costillas a ese mamagüevo.

—Amén —aplaude Susana.

—Mejor que no os oigan los agentes —me río sin ganas.

Al final acabaré agradeciendo que hayan venido. Me ayudan a relajarme en un momento en el que lo veo todo negro. Siempre están ahí para hacerme reír cuando podría echarme a llorar en cualquier segundo. Me ayudan a bloquear la angustia de revivir mi peor pesadilla... y contrarrestan la ausencia de Gloria.

No me quiero ni imaginar lo que pensará cuando lo sepa, o lo que opinará cuando me vea aquí, sentado de cualquier manera en el calabozo de la comisaría, como el criminal que todavía me sorprenda que haya aceptado que no soy a pesar de mis lamentables credenciales.

Creo que una parte de mí siempre ha sabido que no se la merecía. Si llegamos a vernos en este contexto, no sé si podría mirarla a la cara. A lo mejor sería ella quien no podría mirarme a mí. Tal vez el amor se le pasara de golpe, como el hipo o un buen susto.

Lamentablemente para mis nervios, la ausencia de Gloria tiene una explicación que ella misma parece dispuesta a darme en cuanto se presenta a las puertas del pasillo. La escoltan los dos agentes; uno de ellos, el que viste sus pieles de poli malo, la mira de arriba abajo sin poder creerse que algo tan bonito quiera venir a verme. A mí también me cuesta aceptarlo en una primera instancia.

Los vecinos captan muy rápido la indirecta, la tensión entre nosotros al mirarnos en la distancia. Se van retirando uno a uno. Edu y Tamara tratan de no perderse la reunión de los trágicos amantes lanzándonos ojeadas hasta que ya no les queda otro remedio que abandonar la sección de detenidos.

A solas por fin, me levanto del banco, ignorando que se me resienten las articulaciones inferiores, y me reúno con ella a las puertas de la celda. Gloria intenta sonreírme, pero se le escapa una mueca que no sé cómo interpretar. Se acerca a mí, vacilante, hasta apoyar las manos en los barrotes.

En los barrotes.

No puede ser que esté aquí otra vez.

No es posible que sea ella quien me acompaña.

A lo mejor no existe la justicia, pero la justicia poética desde luego que sí.

—No era mi intención pelearme con él —es lo primero que sale a borbotones de mi boca—. Solo pedirle que te dejara tranquila, Gloria. Sé que debería haberme estado quieto, que es algo que debes resolver tú sola, pero me preocupaba, me... me sigue preocupando. No tienes por qué aguantar eso. Aunque, por esa regla de tres, supongo que tampoco tienes por qué aguantar esto otro —añado por lo bajo, abarcándome a mí mismo en esta escena con un aspaviento—. Sería mejor que te fueras.

A ella no le gusta mi respuesta, pero era mi deber darla. Ofrecerle una salida para que no se vea otra vez en un sitio que no le gusta un pelo, como hace ya unos cuantos meses.

—Voy a ignorar lo que acabas de insinuar porque entiendo que estás en shock, y, estando en shock, uno dice una sarta de tonterías brutal. Salvo lo de que deberías haberte estado quieto —se corrige a regañadientes con un cabeceo—, que es una verdad como un castillo. Pero no deberías haberte estado quieto por mí, sino porque mira en la que te has metido. Sabías de sobra que te podía salpicar, Néstor —añade en voz baja, alargando una mano hacia mí. No me lo reprocha; solo se duele como me duelo yo mismo—. ¿Qué necesidad había?

—Te lo dije el otro día —murmuro con la vista fija en su expresión. Me prometo aquí y ahora que si se le tuerce la boca un milímetro, si intuyo que pasa el más mínimo miedo o desprecio hacia la situación como una estela por sus ojos, me las arreglaré para echarla y no tenga que cargar con esto—. No puedo estar en paz si sé que te andan molestando. De todos modos, no se me ocurrió que Borja intentaría matarme en medio de la calle. Se supone que los pijos tienen educación y mantienen la compostura, ¿no?

—Se supone —suspira ella. Mira a un lado y al otro antes de cogerme de las manos—. Perdona por no haber venido antes. He intentado convencer a mi padre de ayudarte, y...

—¿A tu padre? —repito, pasmado—. ¿Has ido a ver a tu padre? Gloria, por favor...

—Ha sido estúpido, lo sé, pero al menos me ha servido para darme cuenta de que no puedo seguir llorando por él. No me quiere —afirma, y, por primera vez, no le tiembla la voz—, así que me he dicho que lo justo es que yo deje de hacerlo. Y digo que me ha servido para eso porque mis ruegos no han dado resultado. No ha querido... ayudarme.

Estoy a punto de soltar un envenenado «qué sorpresa», pero seguro que a ella sí la ha sorprendido. Se ha aferrado de tal manera a la venda de sus ojos que, si se la arranco de golpe, la luz del sol la cegaría.

—Lo siento —me disculpo en nombre de su padre.

Ella desestima el comentario sacudiendo la cabeza.

—Por otro lado, le he enseñado a la policía los mensajes de Borja —continúa—. Estaba dudando, porque a lo mejor les servía para empapelarte con la excusa de que tenías un móvil para atacarlo: estaba molestando a tu novia..., pero me he imaginado que has sido sincero en tu declaración y ya lo has comentado... ¿Por qué sonríes? —se extraña.

—Porque es la primera vez que dices «tu novia» en voz alta.

—Néstor... —Bizquea, pero en el fondo está conteniendo también una sonrisa—. No es el momento.

—No es el momento de muchas cosas, pero sigo siendo humano. Por ejemplo, si no estuviera aquí metido, te estaría comiendo a besos.

Sus ojos brillan al escucharme. Si me había cabido alguna duda sobre su implicación en esta trama de terror, se disuelve en el acto. Está aquí porque quiere, porque me quiere a mí, porque le preocupa. No va a huir en desbandada a la mínima de cambio, ni siquiera si «la mínima de cambio» es enfrentarme a otro juicio con multa o cárcel. ¿Por qué he pensado lo contrario, si lleva meses demostrando que es más fuerte de lo que parece y, sobre todo, la persona más leal del mundo entero?

Gloria complace mis deseos intentando hacerse un hueco entre los barrotes para ofrecerme sus labios. No puedo darle un beso de los que me gustan, pero no se puede decir que no lo intente. Me propongo borrarle su pintalabios favoritos, el que se pone los días de ensayo general, y ella trata de llegar a mí con las mismas ansias metiendo las manos cuanto puede a través de las limitaciones de la celda.

—Te quiero, ¿vale? Todo va a salir bien —suspira contra mis labios. Roza el lado inflamado de mi rostro con los dedos. Es ahí cuando noto que me duele, como si solo pudiera sentir dolor o placer con su contacto—. ¿Por qué a ti no te han enviado al hospital? Hijos de... Creo que tengo antiinflamatorios en el bolso. ¿Quieres?

—No te preocupes. Estoy en perfectas condiciones. Y estaré mejor si... —trago saliva— si te marchas. No quiero que me veas aquí metido, Gloria. No te lo tomes a mal, ¿eh? Es solo que... Tampoco querría que mi madre me viera. Por eso he advertido a Milu de que ni se le ocurra

decírselo. Ni a ella, ni a Naima, ni a Sugar, que es jodidamente sobreprotectora.

—Pero yo no soy ni tu madre, ni tu prima...

—Eres mi novia —recalco con una pizca de sentido del humor.

Se me llena la boca cada vez que lo digo.

—... Y todos aquí sabemos que no eres el villano —continúa, ceñuda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? No sé si sentirme aliviado porque confíes tanto en mí, o acojonarme porque puedan haberte cegado los sentimientos.

Ella me sostiene la mirada con firmeza.

—¿Acaso es mentira lo que has dicho? ¿Eres el villano?

—No.

—Y a lo mejor tampoco lo es Borja —añade ella en voz baja—. A lo mejor el problema central soy yo. Como mínimo, soy la persona que ha traído los problemas a tu vida. No estarías aquí si no me hubieras conocido, o si siguiéramos detestándonos. —Intenta sonreír—. Va a ser verdad eso de que mi cariño es tu castigo, como la canción de Camarón.

—No digas gilipolleces —le gruño—. Eres un regalo del cielo. Solo un milagro puede entrar en la categoría de «lo peor que me pasaba» y «lo mejor que me está pasando».

Los ojos se le humedecen. Está claro que necesita que la ayuden a aligerar las cargas de la culpa, y está claro, también, que las palabras de reafirmación la ayudan. Pero no nos bastan a ninguno. Necesitamos el contacto. Así lo establecimos desde el primer día. Creo que nos decíamos que nos queríamos mucho antes de verbalizarlo; yo por lo menos lo declaraba cada vez que me dormía a su lado.

Aprovechando que no estoy esposado, saco las manos entre las rejas para acariciarle la cara y acercarla a mí y volver a besarla.

—No tienes la culpa de que tu ex no se comporte como una persona normal.

—Debería haber hecho algo yo. Debería... haber actuado muchísimo antes para evitar que tú...

—Tampoco tienes la culpa de que tu novio actual no se comporte como una persona normal —me río. Recorro el óvalo de su cara con el pulgar, y espero a que abra los ojos y me mire para decir—: Sabes que te quiero con locura, ¿verdad? Es un poco egoísta decirlo ahora, en las malas, porque parece que lo suelto para retenerte a mi vera. Pero es sobre todo en las malas cuando me doy cuenta de que te quiero más de lo que creo, porque es cuando comprendo que podría aguantar esto y mil canalladas peores con tal de proteger a mi niña.

Los ojos se le cristalizan otra vez, pero no porque quiera seguir llorando de pena, o eso espero. Gloria se esfuerza por sonreír.

—Es una crueldad decirme eso ahora, sí, pero porque no te puedo abrazar.

—Resérvate el abrazo para luego, que no creo que vaya a perder propiedades porque lo dejes reposando.

Ella aprieta la mano que todavía me agarra.

—Voy a intentar solucionar esto, te lo prometo.

—No te preocupes, que no tienes que ir por ahí pagando por mis platos rotos. Encontraré un abogado y lucharé por que me pongan una multa. Tú solo... no me dejes de querer por esto, ¿de acuerdo?

Por la forma en que me mira, sé que tenemos un trato. Pero lo cierra de todos modos con una promesa apasionada:

—Nunca jamás.

Capítulo 26

HAY DÍAS BUENOS, Y BUENOS TODOS LOS DÍAS

Néstor

—Hoy va a ser tu día de suerte, chico —dice una voz al otro lado de la reja.

Levanto la cabeza, adormilado, y me topo con el agente que se ha divertido vacilándome desde que he puesto un pie en comisaría. Le acompaña una mujer de mediana edad cuyos ojos azules que se me hacen curiosamente familiares. Me está mirando un paso por detrás del policía, que es quien abre la celda y me invita a salir con un gesto seco de cabeza.

En un primer momento, no reacciono. Mi madre me enseñó siendo crío que no hay que irse a ninguna parte con desconocidos, y tiene toda la pinta de que esta señora quiere algo de mí. Espera con paciencia y las manos entrelazadas en el regazo a que gane la suficiente confianza para dirigirme a ella, cosa que hago después de confirmar que no pretenden esposarme; que soy libre.

—¿Es usted mi abogada? —tanteo. No me ha pasado desapercibido que va demasiado bien vestida como para ser la delincuente que me va a tomar el relevo en el trullo.

—Tu ángel de la guarda, más bien —se impone el policía—. Es la que ha convencido a una de las testigos de venir a confirmar tu coartada. Han confirmado que intentaste largarte antes de salir perjudicado con la bronca, pero que el otro intentó matarte arrojándote a la carretera.

Me muerdo la lengua para no señalar que eso ya lo sabíamos todos. No hay más que ver el patético aspecto que presento. A estas horas de la mañana, porque he tenido que dormir aquí, las heridas se me han resecado tanto que las costras me impiden moverme con normalidad.

Pero era yo el que tenía antecedentes penales, y precisamente por meterse en peleas callejeras, así que en la cabeza de la pasma, eso era lo que correspondía.

—¿Quién es el testigo?

—La propietaria del vehículo donde casi dejas tus sesos, chaval.

—Es abogada en el bufete de mi marido —añade la desconocida con voz débil—, y también amiga mía. O, bueno, conocida. Vamos juntas a clase de pilates. La pillé comentando lo ocurrido en el vestuario, y pensé que no vendría mal que contara su testimonio. Aparte, se ha podido demostrar que... —mete la mano en el bolso para revolver el contenido en busca de unos papeles que me tiende con dedos temblorosos— que la lesión de Borja no la causaste tú. Resulta que ya tenía una luxación previa en la muñeca de haber jugado al tenis. Su madre ha tenido la gentileza de prestarme la prueba física para que los agentes salgan de dudas. Podrás aportarla también en el juicio, si lo deseas —apostilla.

—¿Quién es usted? —pregunto, perplejo.

—Ángeles —se presenta, todavía abrazada a su bolso—. Soy la madre de Gloria, para que nos... entendamos. Me alegro de conocerte. Mi hija me ha hablado muy bien de ti.

Pestaño varias veces para sacudirme la perplejidad de encima en el camino hasta la salida, trayecto que hago escoltado por el agente de rigor y por la señora López-Portillo, que procura mantener una distancia de seguridad conmigo. No sé si es porque le asqueo o porque está tan

avergonzada del circo que su círculo social ha montado que no cree que tenga derecho a aproximarse. Habría asociado su actitud a lo primero sin dudar, pero hay algo en la señora, su fragilidad o esa timidez que se me hace familiar, que me incita a ser deferente.

Ayuda que sea idéntica a Gloria, no lo voy a negar.

Lo último que he sabido de Ángeles es que su hija no piensa perdonarla jamás. Pero no me parece muy educado sacarlo a colación, sobre todo si es cierto que es mi ángel de la guarda, así que me limito a esperar a que arranque a hablar... suponiendo que sea lo que pretende. Tiene toda la pinta, o no se habría quedado parada a las puertas de la comisaría, boqueando, nerviosa, en busca de las palabras perfectas.

—¿Le importa que vaya a comprar tabaco? —Señalo con el pulgar a mi espalda.

—Oh, no hace falta... —Después de rebuscar en su bolso, saca una pitillera dorada y la abre para que elija el cigarrito de Chesterfield que más rabia me dé.

Se lo acepto sin dejar de observarla.

¿Será que la intimidó? Le cuesta devolverme la mirada.

—Soy más de tabaco de liar, si le digo la verdad, pero a caballo regalado... —Encojo un hombro y me obligo a callar antes de cagarla. Los síntomas de los nervios, a los que yo tampoco soy inmune, no hacen sino agudizarse conforme pasan los minutos y ella sigue callada. Por fin entiendo el porqué de su silencio, y me doy una palmada en la frente—. Joder... Perdona. No le he dado las gracias por intervenir.

—Oh, no, no, no espero un agradecimiento. Todo lo contrario, yo... Disculpa, Néstor, es que... ¿Te puedo llamar así? ¿Néstor?

—Claro, es mi nombre. Lo sé, debería llamarme Mohamed, ¿no? —Ella se ruboriza, terriblemente abochornada, y yo, de nuevo y sin saber por qué, me apiado poniéndole una mano en el brazo—. Solo estaba bromeando. Y perdón por... —añado, rompiendo el contacto físico y señalando con incomodidad el punto donde nos hemos tocado. A nadie le gusta que invadan su espacio vital. A mí, por lo menos, no me hace ninguna gracia.

—¿Te importaría que tomáramos un café por aquí cerca? Me gustaría, si no es molestia... hablar contigo sobre algunas cuestiones. Te prometo que no te retendré mucho tiempo. Me imagino que tu familia estará muy preocupada, y que mi hija estará deseando verte.

Compartir una tarta de queso con la madre de Gloria no es lo que más me apetece en el mundo, pero después de veinticuatro horas metido en una celda, rememorando los peores momentos de mi vida y temiendo volver a irme a pique, aceptaré cualquier gesto de humanidad que decidan tener conmigo.

Y, siendo sincero, siento curiosidad por la señora.

Su elección de cafetería es impecable. Me invita a pasar a uno de esos negocios de pijos o de modernos, como uno los quiera llamar, con amplias cristaleras, cafés con nombres ingleses y precios desorbitados, y una clientela que parece haberse sentado para grabar un TikTok en lugar de para disfrutar de un rato en compañía.

Pero el ambiente es tranquilo, y eso, por vinculación directa, la tranquiliza a ella.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada, no se preocupe, estoy bien.

—Pero si no habrás comido nada en todo el día, hombre. Siéntete cómodo eligiendo algo de la carta.

Acabo resignándome a pedir un café negro y a prometerle que probaré lo que sea que ella escoja para desayunar. Charlamos sobre naderías en lo que el camarero toma nota y trae nuestra

comanda. Durante todo ese rato, actúo como un autómatas, dando las respuestas predeterminadas por la cortesía sin ser del todo consciente de dónde estoy y con quién.

Pasar una noche en el cadalso te deja una extrañeza en el cuerpo que no se suaviza, precisamente, cuando tu suegra hace una aparición estelar. No termino de hacerme a la idea de que estoy sentado delante de la madre de Gloria, y porque la madre de Gloria ha querido verme y sacarme del lío, es decir; sin que yo haya tenido que amenazarla a punta de pistola.

—Oiga, si lo que quiere es que le explique lo que pasó con Borja... —empiezo, decidido a acabar lo antes posible.

Ella me acalla levantando una mano y ofreciéndome una escueta sonrisa de disculpa.

—Sé de buena tinta cómo se las gasta ese muchacho. No tienes que explicarme nada. Y, por favor, tutéame —me pide en voz baja—. No estoy aquí para hacer negocios, sino para... pedirte perdón.

Su respuesta me obliga a inclinarme hacia delante, ceñudo, para oír mejor.

—¿Pedirme perdón, ha dicho?

La señora López-Portillo agacha la cabeza. Gloria me la ha descrito siempre como una pusilánime —con esas palabras, además; le gusta hablar como una señorita victoriana—, pero me parece que hay que tener los ovarios muy bien puestos para hacer esto. No tenía ninguna necesidad de sacarme de la celda y dar la cara por todo por lo que no lo harán los demás.

Se recupera del arranque de culpabilidad con una profunda inspiración. Pone el bolso sobre la mesa y saca un taco de papeles.

—Es verdad que no llegué a graduarme. El matrimonio con el padre de Gloria me llevó por delante —confiesa, concentrada en distribuir en condiciones el papeleo sobre la mesita. La ayudo a acomodarlos retirando el café y el servilletero, intrigado—, pero estudié unos cuantos años de la licenciatura de Derecho, y algo entiendo cuando leo algunos de los casos de Bernardo. El padre —me explica, por si acaso no conociera su nombre.

Procuro no sonar despectivo al aclarar:

—Sí, lo conozco. Su marido, ¿no?

—No por mucho tiempo —responde entre dientes. Enarco una ceja, no muy seguro de haber oído bien, pero ella no se entretiene con los detalles sobre su vida personal. Lástima. Me ha picado la curiosidad—. El caso es que... Voy a ser muy sincera, Néstor, aunque sea en detrimento de la... cordialidad que me gustaría mantener contigo. Entiendo que para llevarnos bien tendría que dejar fuera de la mesa algunos temas sensibles, pero... Digamos que, cuando Gloria vino a verme ayer a casa, hizo un comentario sobre ti que me llamó la atención. Así es como me he enterado, o, más bien, informado de lo que sucedió hace años, cuando murió el hijo de Ernesto de la Torre, Julio.

Con solo oír el nombre de la víctima, me tenso de arriba abajo.

—Ya cumplí la condena que me pusieron —la interrumpo—, y me he reinsertado. Tengo un trabajo... Dos, de hecho; una familia, unos amigos... Si ha venido a recordarme la escoria que soy por aquello, y a pedirme que me aleje de Gloria, lo siento en el alma, señora, pero no va a pasar. Ella me quiere, y yo la quiero a ella más aún. Y si el hijo de puta de Borja, con perdón porque supongo que usted le aprecia, no ha podido convencerme de quitarme de en medio mandándome a comisaría, usted tampoco lo hará.

En lugar de incomodarse con mi arrebato, la mujer detiene el movimiento impaciente de los papeles y me mira por primera vez a los ojos con una sonrisa tierna en los labios.

—No esperaba menos de ti. Está claro de dónde ha sacado mi hija el valor para poner los

puntos sobre las íes... —murmura para sí—. No estoy aquí para eso, Néstor. Creo que sobrepasamos el cupo permitido de numeritos clasistas con la actitud de Bernardo y de Borja. Yo solo quiero enmendar el daño causado..., si te pareciera bien —añade con un hilo de voz.

Ya estoy a la defensiva, no hay marcha atrás, y no me apetece darle el gusto de saber que me ha sorprendido, así que me fijo en los papeles.

No me cosco de mucho, porque la letra es minúscula, no entiendo el lenguaje jurídico y no los ha girado hacia mí.

—Estaba mencionando a Julio —la invito a retomar.

—Sí... Bueno, el caso ha llamado mi atención de nuevo porque, como ya te digo, con la visita de Gloria me quedé con muy mal cuerpo. Fui al despacho de Patricio para localizar el archivador que contenía los detalles. Recuerdo que ya en su momento me inquietó, porque hubo una movilización particularmente sospechosa de los peces gordos del bufete para ayudar al otro implicado, y mi marido... Mi marido mencionó algo al respecto una noche cuando nos íbamos a dormir. Aunque ha pasado mucho tiempo, todavía me acuerdo.

—¿De qué?

La señora López-Portillo se muerde el labio, inquieta, y mira a un lado y al otro antes de girar hacia mí una fotocopia de lo que parece una transferencia bancaria entre dos sujetos cuyo nombre no me suena.

—Este fue el dinero que se le pagó a un testigo que pasaba por allí la noche del accidente. Por lo que me mencionó Bernardo aquel día, contando con que yo lo olvidaría al día siguiente —señala con resentimiento—, dicho testigo grabó un vídeo de la pelea en el que se ve con claridad que el último empujón se lo dio José María, no tú. Como se le puso precio a su silencio, no vio la luz..., pero lo he localizado esta misma mañana usando los datos que mi marido aún conservaba (habría sido sospechoso que lo hiciera Patricio, el abogado de la parte contraria) y resulta que estaría dispuesto a contar la verdad si se reabriera el caso. Con pruebas —añade con intención.

He dejado de sentirme la cara y las manos en cuanto ha mencionado que se le pagó a un testigo desvinculado de la pelea.

Tengo muy claro que yo no fui el culpable, pero a lo largo de los años, sobre todo cuando veía morir las horas en mi celda, revisitaba aquella noche y una insidiosa voz interior me decía que sí, que había sido yo; me preguntaba cómo podía estar tan seguro de que no asesté el golpe de gracia, si estaba oscuro, si estaba allí en medio, como todos... Saber que existe un modo de demostrar mi inocencia no ya al mundo entero, sino a esa remota parte de mí que quería cargar con el muerto con tal de convencerse de que había pringado porque lo merecía, me hace sentir... Ni siquiera sé cómo me hace sentir.

—¿Pruebas? —repito con un pitido en el oído—. ¿Quiere decir que... conserva el vídeo?

Ella asiente con la cabeza.

—Por lo que me ha dicho, el muchacho ha sufrido el mal de los remordimientos durante mucho tiempo. Gracias a su precaución, podremos poner a más de uno en su lugar. Por otro lado, y siguiendo por la misma línea... —continúa con renovada energía—, me he tomado la libertad de contratar a un abogado externo al bufete de mi marido, pero con muchísimo nombre, para que saque adelante el recurso extraordinario. Este recurso que te menciono es una medida de revisión de sentencia firme que...

—Lo sé, lo investigué en su día por si tuviera la suerte de encontrar una prueba que demostrara mi inocencia —señalo con una sonrisa despectiva hacia mí mismo.

Fue sorprendente que saliera de la cárcel con ganas de seguir luchando.

No me duraron demasiado, aun así.

—Entiendo con eso que no he pecado de indiscreta, y que te interesaría limpiar tus antecedentes y recibir una indemnización —adivina ella, mirándome fijamente.

—Si le soy sincero, renuncié hace bastante tiempo a un milagro como este. Pero si es cierto lo que dice... —La emoción me impide seguir balbuceando. Ella espera con paciencia a que recupere el habla, pero no sucede, y decide retomar la palabra.

—Comprendo a la perfección que no te fíes de mí, Néstor. Por eso he traído los papeles conmigo, los números de contacto... Todo lo necesario para que quede en tus manos y solo en tus manos. Entiendo que no es mi asunto lidiar con esto, y que lo mejor sería que me borrara del caso como intermediaria. Ya sabes, por... mi vinculación con Valdecasas de León y Asociados.

—Pero usted sabe... —Tengo que aclararme la voz, que de pronto me sale ronca—. Usted sabe lo que eso podría conllevar, ¿no? Que se demostrara que el testigo fue sobornado, quiero decir. El nombre del bufete quedaría en entredicho, y los amigos de su marido, quizá incluso él mismo, saldrían malparados.

Ella esboza una sonrisa triste.

—No puedo prometerle que los implicados vayan a pagar por lo que hicieron, Néstor. Son gente de dinero y con influencia. Puede que los sentenciaran a unos meses de prisión o les pusieran una multa, pero dudo bastante que entraran a la cárcel. Todo Madrid les debe favores. El objetivo de esto —prosigue— es hacer justicia contigo. Eso es lo primordial.

Le devuelvo el gesto amable curvando los labios con amargura.

—No me parece poco, la verdad. Llevo años esperando que alguien de fuera me crea.

—Pues esta es tu oportunidad. —Agrupa los papeles en una carpeta y me la tiende—. La abogada se llama Bárbara Rivas. No te dejes impresionar por su edad. Aunque sea joven, ha demostrado ser imparable.

Asiento con la cabeza, porque no me veo capaz de hacer otra cosa, y me concentro en la cantidad de información que ha sido capaz de reunir en cuestión de horas. Me cuesta creer que alguien haya podido tomarse la molestia de utilizar sus contactos, su cercanía con la fuente del delito, para hacerme un favor.

A mí. A mí, precisamente.

Pero no me va a hacer daño confiar por una vez en las buenas intenciones de terceros.

—¿Por qué ha querido ayudarme? —pregunto, aun así—. Si es verdad que se está divorciando de Valdecasas de León, como me ha parecido entender, y se trata de una vendetta personal, no me gustaría estar en medio.

—No es ninguna vendetta. Se trata de hacer lo que es justo. No negaré que ha tenido que aparecer mi hija con una vida hecha al margen de la mía y decirme que nunca he sido una buena madre para abrirme los ojos..., pero eso solo tenía que ocurrir para que yo me pusiera en marcha acto seguido, no para darme razones, porque las razones siempre las he tenido. Cuando la vi enfrentarse a Bernardo, y cuando vi la manera en que Bernardo la... —Sacude la cabeza para huir de un recuerdo doloroso—. Hace tiempo desde que no duermo tranquila, Néstor. Quiero ayudarte a ti, pero también quiero ayudarme a mí. Y, sobre todo, espero compensar a Gloria de alguna manera por todo el sufrimiento.

Me parece sincero y razonable, las únicas cualidades que necesitaba tener su argumento para que yo me diese por satisfecho.

La entiendo, no puedo decir lo contrario.

Yo también intento compensar a Gloria cada día.

Aunque intentamos alargar el rato para crear una falsa impresión de cita informal entre suegra y yerno, el silencio se asienta sobre nosotros al cabo de unos minutos. Propongo marcharnos cada uno por nuestro lado, y Ángeles se muestra conforme. Un ánimo saturnino se ha apoderado de ella nada más mencionar a su hija. Pero no va a derramar las lágrimas que insinúan sus ojos vidriosos. Ha entendido muy rápido que esto no va sobre su fracaso matrimonial o sobre sus problemas con Gloria. Eso la honra, y puedo decir, cuando nos despedimos a las puertas de la cafetería, que no es una persona que me disguste.

Y que estoy contento. No solo porque ahora pueda permitirme tener esperanza de cara a mi futuro, sino porque, aunque haya tenido que darse en estas circunstancias, he tenido la presentación formal como novio de Gloria que di por hecho que jamás sucedería.

—¿Le dirías a mi hija que...?

Igual que ha arrancado a hablar, se obliga a callarse.

—Lo que usted quiera.

Ángeles aprieta los labios para contener un sollozo.

—Dile... —le cuesta reunir el valor, pero me mira a los ojos—. Dile que no puedo estar para ella en las tragedias que ya han pasado, pero que si alguna vez me necesita en el futuro, me esforzaré para estar a la altura.

Estoy demasiado curtido en esta clase de dramas como para que se me humedezcan los ojos, pero la compadezco. La compadezco de verdad. Porque, a lo largo de este tiempo, he aprendido a conocer a Gloria lo suficiente para saber que no la va a perdonar enseguida.

Tendrá que ganárselo.

—Se lo diré en cuanto la vea.

—Gracias. Y... Néstor —me interpela antes de que me dé la vuelta—. Me alegro de que tenga en su vida a alguien que la quiere y la cuida. Si puedo hacer algo por ti en algún momento, no dudes en llamarme.

Sé que no la voy a llamar, porque no estoy loco y porque, si todo saliera bien, ya habría hecho más por mí que nadie que conozco. Y le agradezco de todos modos que me haya dado una validación que estaba necesitando incluso en contra de mis principios. Quería que una persona que aprecia a Gloria y que la ha visto crecer me mirara y reconociera en mí a alguien que puede hacerla feliz.

Así que al final va a ser verdad, y hoy ha sido mi día de suerte.

Vuelvo a casa sintiendo que floto en una nube. Todavía no he empezado a gestionar lo que podría significar que la madre de Gloria me ayude, pero porque tampoco he llegado a asimilar la pelea con Borja y la noche entre rejas.

Reconozco que habría sido una experiencia mucho menos devastadora si no hubiera obligado a los vecinos, a mi novia y a mis amigos a dejarme solo reflexionando sobre lo que he hecho... o si los agentes no hubieran ido despejando forzosamente la comisaría porque, en sus palabras, «no puede petarse esto por uno solo de los detenidos, coño, tendrá que haber espacio para los demás».

Las horas siguientes las vivo como si fuera otra persona. Más adelante tendrán que contarme qué es lo que he hecho y qué es lo que ha pasado, porque desde que accedo al portal número trece de la calle hasta que llego a mi piso, todo se vuelve un borrón: creo que antes de eso, Edu

me intercepta a las puertas de la peluquería y se apresura a darme un apretón cariñoso en el hombro, porque «seguro que un heterosexual empedernido como yo no soportaría un abrazo amoroso»; pero luego, Virtudes y Susana sí que me reciben estrechándome contra su pecho. Estaban charlando en el rellano cuando entro, fuera de mí mismo, y ellas sienten la necesidad de protegerme y hacerme ver que ya ha pasado lo malo.

En el ascensor coincido con Óscar y con Eli, que bajaban juntos para hacer sus recados, y, cada uno en su línea, exclaman cuánto se alegran de verme.

Entro en casa procurando no hacer ruido, como si fuera un criminal. Por poco lo he sido. Por poco lo seré, porque vaya uno a saber cómo nos desenvolveremos en el juicio.

Arrastro los pies hasta mi dormitorio con la esperanza de ver a Gloria, preguntándome cómo reaccionará a esto mi madre si llegara a enterarse —y lo hará, porque no se puede tapar el sol con un solo dedo—, pero antes de poner siquiera la mano en el pomo, Koldo abre la puerta de su cuarto y se abalanza sobre mí nada más verme como un pasmarote en el pasillo.

A él le da igual que sea «un heterosexual empedernido»: me ahoga entre sus brazos, que son como cañas de bambú, pero tienen la fuerza de diez ciclones.

Me quedo perplejo al reconocer en la vibración de su cuerpo que no ha podido resistir el acceso de emoción y se ha puesto a llorar.

—Hostia, Koldo, que no me iban a meter en la trena —trato de consolarlo, pero la voz me sale más grave de la cuenta porque eso no hay forma de saberlo.

Si hubiera pasado a disposición judicial y el juez de turno hubiera decidido que debo ir de cabeza a prisión preventiva, sí que me habrían metido en la trena.

Es raro que suceda con casos de peleas callejeras, pero cosas más insólitas se han visto.

Milu sale del salón y se une al abrazo en cuanto reconoce mi voz.

Me dan ganas de apartarlos a todos porque supongo que, en algunas cuestiones, sí soy un heterosexual empedernido, y no me gusta que apelen a mis sentimientos con carantoñas para las que no me ha dado tiempo a prepararme. Pero me obligo a permanecer en el sitio y a recibir el amor que... ¿me merezco? Sí, por qué no aceptarlo. Me lo merezco.

Todo este cariño tiene el mismo efecto que un bálsamo reparador en mis cicatrices; esas que todavía duelen de la primera vez que me encerraron. Si hubiera vuelto a casa tras la primera vista judicial por el caso de Julio de la Torre y mis amigos me hubieran recibido con sus mejores deseos, abrazos y lágrimas, quizá no me habría llenado de odio como un toro con los cables cruzados y no lo habría querido pagar con los demás. No me habría sentido tan solo y abandonado por los que creía que eran mis colegas, y no habría empezado a cuestionar las buenas intenciones ajenas, a mirar por encima del hombro a quienes sí querían y siguen queriendo ayudarme. No me habría envenenado hasta el punto de perder de vista que no todo el mundo está contra mí.

—¿Y Ming? ¿Y Gloria?

—Gloria ha salido, no me ha dicho a qué —responde Milu—, y Ming viene por ahí.

Me giro a tiempo para ver al tercer compañero con una sonrisa sincera. Resulta que sí es una persona expresiva, después de todo. Y tan expresiva, porque suelta, en un castellano perfecto con acento de Madrid:

—Me alegro de verte, tío.

Decir que me quedo de una pieza sería quedarse corto.

—¿Sabes hablar español?

—¿Cómo que si sabe hablar español? —pregunta Milu, separándose para mirarme ceñuda—.

¿Cómo crees que estudia en la Complutense, si no?

—No lo sé, como no... como nunca dice... Un momento. ¿Vosotros lo sabíais? —jadeo, no sé si más indignado o perplejo.

—Pos claro. —Koldo se encoge de hombros—. Un tío listo, el Ming.

—Y tan listo, si me ha colado que es mudo —me quejo, fulminando con la mirada al aludido—. ¿Te has estado riendo de mí, cabrón?

Él se encoge de hombros, en paz con la que es su parte.

—Es verdad que cuando llegué al piso no hablaba tan bien el español, pero vi que empezabas a aprovecharte de que no te respondía para contarme todos tus secretos, sin el miedo que tenías a que los demás te dieran su opinión, y... Bueno, te hice el favorcillo de ser tu confidente. —Se mete las manos en los bolsillos del chándal con el mismo aire sereno de siempre—. Ganas de replicarte no me faltaban, eh. O de soplarte un bofetón. La de tonterías que te habrías ahorrado con Gloria si te hubiera dicho que estabas siendo un imbécil de tomo y lomo.

A lo mejor en otras circunstancias me habría ofendido porque eso sea lo primero que me dice en años de convivencia: que soy un imbécil de tomo y lomo. Pero razón no le falta, y estoy tan sorprendido por el nuevo giro de los acontecimientos que arranco a reír como un loco.

Le echo un brazo por los hombros a Ming, mi confidente, y le revuelvo el pelo con la otra mano.

—Pues podrías haberlo hecho, ¿eh? Replicarme.

—Qué va —desestima con una mueca—. La gente tiene que escucharse cuando habla, ¿sabes? Solo así se cosca de lo que está diciendo, para bien y para mal. Tenía la esperanza de que te enteraras tú solito, revisando tus monólogos, de que estabas enamorado.

Le sonrío, encantado con el descubrimiento de que mi colega sea igual de sabio cuando habla que cuando calla.

—En eso hay mucha verdad, Ming. Uno tiene que darse cuenta de las cosas a su debido tiempo.

Capítulo 27

EL AMOR ES COMO UN PÁJARO

Gloria

—¿Ya andas más tranquila? —me pregunta Tamara en cuanto nos sentamos en el autobús.

De la comisaría a la parada había quince minutos de trayecto que hemos realizado en completo silencio; yo porque aún tenía que digerir lo que acabo de hacer, y ella porque, aunque no lo parezca, es capaz de estarse callada cinco segundos siempre y cuando lo requiera su papel de apoyo moral.

Suelto todo el aire en un hondo suspiro.

—Creo que sí. Pero hasta que no vea si ha surtido efecto o no, no sabré a qué atenerme.

—Martín es un sol —me asegura Tamara—. Aprovechará todos los datos que ha recabado gracias a ti para partírla la madre a ese *hijueputa*.

—Solo es una orden de alejamiento. En principio, no tienen por qué partírla la madre a nadie —parafraseo con una sonrisa. Me la puedo permitir ahora que Néstor me ha mandado un mensaje diciendo que ha vuelto a casa, y que tiene razones para ser optimista de cara al futuro juicio. «Ya te contaré. Vas a flipar», ha apostillado.

—Bueno —refunfuña la mexicana, claramente decepcionada porque no vayan a emprender acciones violentas contra Borja.

Me giro hacia ella y, en un arrebato que ella no se espera, porque es cierto que no somos las más cercanas de las amigas, la cojo de la mano.

—Muchas gracias por acompañarme. Si no me hubieras dicho que tienes un amigo en la comisaría, no me habría atrevido a dar el paso.

—Mi amigo no es, simplemente tuvimos una noche de amor..., pero como decís por aquí, cuando tiene que portarse, se porta.

Y tanto que lo ha hecho. Ya sea porque es un buen agente o porque la presencia de Tamara le inclinaba a mostrarse magnánimo, me ha atendido con auténtica dedicación. Me ha explicado que tenía que hacerme preguntas que podían leerse como incómodas e incluso taimadas, pero que al final debo entender que el cuestionamiento de la víctima es necesario para cerciorarse de que no exagero. A fin de cuentas, van a limitarle la libertad de movimiento a Borja, y ha de ser por una buena razón. No podrá acercarse a la calle Julio Cortázar, ni al teatro donde toco, ni al restaurante donde aún hago turnos. Y lo digo con esta seguridad porque, según me ha prometido Martín, la orden se hará efectiva: acumulo suficientes pruebas para considerar a Borja un sujeto peligroso.

Gracias al apoyo de Tamara, que no podría llegar a imaginarse cuánto puede llegar a aportar con su sentido del humor cuando una persona está atacada de los nervios, he podido relatarle a Martín lo que sucedió en la fiesta de jubilación y en la *rave* del garaje. Néstor es un testigo fiable que confirmará que lo que cuento es cierto, igual que Alison, que, como mi terapeuta, puede corroborar que lo que pasó me ha estado afectando psicológicamente.

A esto se han sumado las capturas de pantalla de los últimos meses y lo que ha ocurrido entre

Néstor y él.

Pedir la orden de alejamiento era lo mínimo que podía hacer por mí, y ahora también por Néstor. Me dejó muy claro en su momento que le afectaba saberme en peligro, y aunque me sentí halagada porque mi bienestar le importara, no tomé conciencia de la magnitud de su preocupación hasta que ocurrió lo peor. A raíz de la pelea, he sentido que me llamaba la responsabilidad de ayudarnos a ambos a estar en paz.

Y no me arrepiento.

Es más, estoy satisfecha.

El autobús nos deja al principio de la cuesta de la calle. Tamara y yo la subimos bromeando para rebajar la tensión de la tarea que acabamos de cumplimentar. Voy concentrada en mis zapatos, pero ella, que es una polvorilla, no deja de parlotear sobre los valores del «caminar consciente», y lo aplica admirando los alrededores, fijándose en los detalles... Detalles como el que se detiene a admirar abruptamente.

—¡Chingue su madre! —exclama, asombrada—. Órale, Gloria, mira, mira.

Levanto la cabeza, y ahí estoy yo, pintada en un muro de la calle Julio Cortázar. Bueno, no se puede saber que soy yo con exactitud... a no ser que me conozcas muy bien y estés harto de verme, porque aparezco de espaldas, abrazándome un hombro en una pose vulnerable, pero insinuando una mirada más sensual que tímida hacia el espectador.

Mi pelo largo cae desordenadamente sobre uno de mis hombros. Comienza siendo cabello, al menos; conforme llega a las puntas, se va deshaciendo en un pentagrama que me envuelve como un torbellino. No era mi objetivo fijarme en las notas de la partitura, pero supongo que es irremediable cuando sabes leer música.

Esperaba reconocer una de tantas piezas que he tocado a lo largo de los años y que le he mencionado al artista, pero él se ha tomado la libertad de investigar y escoger una melodía que conozco, mas no le he enseñado.

En el hombro que la perspectiva del dibujo muestra, aparece tatuado un pájaro con las alas extendidas. En un primer momento pienso que es una referencia a la libertad, o a aquella vez que le dije que me quería tatuar, precisamente una criatura alada, solo para joder a mi padre. Y a lo mejor lo es, pero también va al pelo con la frase de la ópera *Carmen* de Bizet que ha elegido para envolver mi silueta con esa tipografía tan especial que caracteriza su arte: «*L'amour est un oiseau rebelle que nul ne peut apprivoiser*»; «El amor es un pájaro rebelde que nadie puede domar».

No sé qué es lo que lo hace tan especial. Que estoy sensible, que no me lo esperaba, que ha cumplido su promesa de dibujarme, que lo ha hecho con una delicadeza conmovedora, procurando que no sea muy notable de quién se trata; que ha tenido que darle vueltas a la cabeza para que cuadren todos los elementos extra, y eso significa que estoy más presente en su pensamiento de lo que yo pensaba... O porque el resultado es simple y llanamente precioso.

Sea por lo que sea, se me humedecen los ojos.

—La neta que Virtudes es medio bruja —oigo murmurar a Tamara—. Con la chingadera^[17] que os traíais los dos, y bastó que le dierais un aventón al hospital para quereros como la trucha al trucho.

—Bueno, algo de nuestra parte pusimos —señalo con un nudo en la garganta.

Tay también se ha emocionado hasta casi llegar a las lágrimas.

Me quedo un rato más apreciando los detalles del grafiti. Es tan grande que tengo que cruzar a la calle de enfrente para contemplarlo en toda su gloria monumental. Siempre me he

preguntado, con el asombro admirativo que acompaña el no entender el talento artístico, cómo logra pasar sus bocetos de una escala modesta a tamaña obra. Tamara se cansa de mi nueva obsesión con la última muestra de amor de Néstor y me despide con un abrazo apretado que sé que marcará un antes y un después en nuestra relación.

Por lo que sé, a Tay no le van los vínculos intensos, las escenas lacrimógenas o los grandes actos de amor. Sí, es ruidosa y dramática, pero en honor a las risas que le gusta echarse con sus amigos. Ahora bien, siempre hace el esfuerzo de ponerse seria cuando toca. Y casi tengo ganas de que la vida le ponga un obstáculo para demostrarle que pienso devolverle el gesto; que yo también estaré ahí para abrazarla.

Con fuerzas renovadas por el subidón de haber denunciado y de reafirmar que Néstor me quiere, pongo rumbo a casa.

El corazón se me acelera conforme el ascensor me acerca al piso.

Vi a Néstor ayer. Lo toqué, lo acaricié, lo besé... a través de una lámina de barrotes temporal, que podría cronificarse en el futuro si el jurado fallara en favor de Borja y consideraran que una multa no es castigo suficiente. Pero ahora que me he dado cuenta de que, sin importar lo que pase, lo querré y estaré a su lado, siento que me enfrento a un reencuentro especialmente trascendental.

Nada más cruzar el umbral del piso, me dirijo como un autómatas a su habitación. No toco antes de entrar, y me lo encuentro tendido en la cama con un libro de divulgación sobre el Sáhara Occidental en las manos; el que le tenía entretenido antes de que todo se torciera.

La estampa cotidiana me salva de caer de nuevo en la desesperación de saberlo en problemas. Él, apelado por la mezcla de emociones que ve en mi semblante, lo deja sobre la mesilla y se pone de pie sumido en un silencio cargado de emociones.

Se ha duchado, se ha afeitado y se ha lavado las heridas, porque por lo menos las palmas presentan un mejor aspecto. Lleva el pelo revuelto, la camiseta de lycra del gimnasio que me hace salivar y el dichoso pantalón de chándal gris. Nada impedirá jamás que lo desee como una enferma.

—He visto... —empiezo, vacilante. Acabo resumiendo—: Me he visto.

No confío en que la voz me dé para ordenar una frase completa.

—¿Y te has gustado? —pregunta él, inmóvil todavía a unos pasos de distancia.

—Me he encantado. Siempre es bonito conocerse a través de los ojos de los demás —reconozco en voz alta. Es gracias a decirlo con claridad que comprendo que eso es lo que hace especial el grafiti. No la técnica, ni el hecho de que sea un acto de amor, sino que salgo preciosa porque así es como él me percibe—. ¿Al final... nuestra canción va a ser un aria de *Carmen* de Bizet?

Él se encoge de hombros, cohibido por el mismo nudo en la garganta que a mí me está matando. Un nudo de ganas, de necesidad de demostrarle físicamente que le he echado en falta ese rato que he creído que lo había perdido... o que lo perderé.

—No me voy a morir por ceder una vez, ¿no? No querías que nos representara un tema del Khaled o de Camarón, así que...

—¿Cómo llegaste a ella? A *La habanera*, digo.

—Porque L'haine la sampleó para una canción suya^[18], me gustó el ritmo y busqué la original. No has mencionado mucho la ópera *Carmen*. Por eso era un poco arriesgado. Pero ya sé para el futuro que te encanta.

—Supongo que podemos tener dos canciones, una clásica y una más moderna —medito, tan nerviosa que no me soporto—. Yo también quería avisarte de que he encontrado una perfecta... o al menos iba a proponer *Te Amo Sin Límites*, de Della Fuente. Más tu estilo, ¿no?

—¿Sin límites me amas? —repite con un intento de tonillo burlón, pero se ha emocionado tanto por culpa de los sentimientos a flor de piel que llevamos acumulados que se le ha quebrado la voz.

Es mi momento para decirle lo que tenía que decirle, y lo aprovecho armándome de valor con la cabeza alta.

—Sin límites te amo —admito sin ambages—. Me parece importante decirlo, sobre todo porque me dio la impresión de que dudabas de ello ayer, cuando intentaste echarme de tu lado con la excusa de que «no te gusta que te vea así». No voy a decirte que no me estremezca de pensar en que puedas acabar entre rejas, pero por si te cabía alguna duda, me reafirmo en que permaneceré a tu lado pase lo que pase... sea bueno, o sea lo peor. No quiero que desconfíes de mi capacidad para capear los temporales, ¿de acuerdo? Porque sí, vale, hasta hacía poco, incluso yo vacilaba al tomar decisiones, pero eso se ha acabado. Contigo me siento capaz de cualquier cosa, y...

Néstor interrumpe mi discurso con el beso que lleva deseando darme desde que he aparecido por la puerta. Lo sé porque es el mismo beso que yo llevo deseando que me dé desde que he aparecido por la puerta.

Aunque le echo los brazos al cuello y recorro con los dedos esa mata de pelo negra que se ha dejado crecer siguiendo las órdenes de mis hormonas, intento quejarme durante las treguas que me dan sus labios.

—Oye... estaba... estaba... diciendo algo... importante...

—Tú solo dime que me quieres —jadea contra mi boca—, que yo me encargaré del resto.

—¿Qué es eso de... el resto?

—Salvarme el culo, hacerte feliz... disfrazarnos en Halloween... Toda esa mierda.

Solo él puede decir «toda esa mierda» y que suene bonito. O, al menos, prometedor.

Aun así, por ahora, lo único de lo que se encarga en cuanto gimoteo en respuesta es de la ropa que me sobra. Me quita el suéter de un tirón impaciente, y yo, desatada tan pronto como su boca aterriza en mi cuello, prácticamente doy de sí el cuello de la camiseta al tirar de ella con la necesidad primaria de verle desnudo. Con la angustia, también, de no verle nunca más, ya sea en esta habitación o caminando libre por Madrid, si los malos se salen con la suya.

Ninguno de los dos ha superado aún el miedo de perdernos, y creo que es esto lo que nos lleva a darnos pellizcos y apretones nerviosos en el proceso de arrancarnos la ropa. Él no deja de buscar mis labios en ningún momento. Mientras se quita el cinturón, mientras a mí me baja las bragas... Nada puede detenerlo. Nada. Y a mí me parece bien. Ansío tanto su boca que aceptaré cualquier beso que ofrezca. ¿Más rápido? De acuerdo. ¿Más lento? Perfecto. ¿Más sucio, más casto, más porno, más dulce...? No hay ninguno que quiera más que el anterior.

En cuestión de segundos, estamos desnudos en los brazos del otro. Para nosotros, el sexo es, además de un lenguaje secreto, una confesión íntima que yo le hago, una forma de transmitirle que él lo es todo, que no podría tocar ni entregarme a nadie de la misma manera.

Me enciende su violencia al empujarme hacia la pared para recorrer mi cuerpo con dos manos impertinentes. Un ruego entrecortado sale de mis labios:

—Nunca me faltes..., por favor.

—Estoy a salvo, *habibati* —susurra contra mi mejilla. La dulzura de su respuesta contrarresta

con el modo en que me amasa los pechos, me araña las caderas, se aferra a la medialuna de las nalgas que asoman por debajo del short—, pero quiero follarte como si me fuera a morir mañana.

Y lo hace, pero porque lo lleva en la sangre, porque así lo establece nuestra relación. Siempre lo hacemos así; al principio, porque no teníamos la seguridad de que fuera a repetirse y debíamos dar lo mejor de nosotros mismos, y ahora... ahora porque estamos inmersos el uno en el otro, obsesionados, idiotizados. Nunca se me ocurrió pensar en que el amor correspondido era un milagro.

Me presiona con su cuerpo contra la pared para insistir en sus caricias agresivas, las que me dejan unas marcas que luego me gusta contemplar en el espejo con un morbo que me prende. Hiperventila con la boca pegada a mi sien mientras se sirve de todo lo que es suyo.

—Siento que voy a explotar —gimotea contra mi oído—. Te quiero tanto que siento que voy a explotar... todo... el... puto... tiempo.

Como si fuésemos críos que no conocen la teoría del sexo, solo la curiosidad, nos manoseamos de un modo impenitente y desvergonzado, buscando la clave de la unión definitiva. Estamos tan pegados el uno al otro, torso con torso, boca con boca, que es poco lo que puedo tocar, pero incluso si hubiéramos podido tocárnoslo todo, nos habríamos quedado cortos.

La necesidad se impone cuando la presión de su erección contra mi vientre me hace suspirar. Entonces, Néstor y yo nos ponemos de acuerdo para ir a la cama y continuar allí las caricias. Él me agarra fuerte de la melena para darme un beso que me deja mareada, y a continuación me da la vuelta. Jadeando descontroladamente, e intuyendo lo que quiere, me subo al colchón y gateo para ofrecerle mis nalgas en una postura que le hace gruñir. Desliza la palma abierta desde la base de mi espalda hasta la cabeza, y se aferra a mi cuello un segundo antes de acariciarme entre las piernas con la punta de su polla.

Un escalofrío me pone la piel de gallina. Ante la orden silenciosa pero elocuente de sus dedos presionándome suavemente la nuca, pego la mejilla a las sábanas con los ojos cerrados.

—Adoro tu cara —se justifica, agitado. Con la mano libre, roza el *piercing* del ombligo—, pero necesito... estar... muy dentro de ti.

Y lo hace penetrándome con un solo caderazo. Mis gemidos interrumpen el relativo silencio en el que solo se oían nuestros jadeos nerviosos. Sé a lo que se refiere; nunca es tan intenso como cuando lo tengo a mi espalda, y a mí nada me gusta más que sentir cómo me domina.

Ha sido tanto sexo en tantos meses que ya no muestro reticencias hacia su comportamiento salvaje. Confío en que me demostrará su ternura incluso clavándose con cada embestida. Esta vez no es diferente. Néstor me insta a incorporarme lo justo para que él pueda recorrer la línea de mi hombro con la lengua. Me muerde cerca del cuello sin dejar de penetrarme a un ritmo demencial. Pero, como le pasa siempre, le pesa el no poder verme la cara y termina retirándose un segundo para darme la vuelta.

El pulso se me acelera más si cabe al toparme con sus mejillas ruborizadas, sus ojos vidriosos, esa cara de placer que rememoro cuando estoy sola y me arranca un suspiro sentido. Néstor me aplasta contra el colchón utilizando su propio cuerpo y me separa más las piernas para embestirme con una fiereza renovada que me entrecorta la respiración. Lo veo morderse el labio mientras se empuja hacia mí, y todo mi ser se estremece de puro morbo. Me folla de una manera que podría doler si no estuviera empapada, pero equilibra el trato sucio con el amor que destila su mirada. Es así como alcanzo el orgasmo; con sus ojos clavados en los míos, su cuerpo dentro del mío, su deseo rivalizando con el mío.

Y es que con él todo es tan intenso que sé que mi búsqueda del hombre ideal termina aquí.

Epílogo

LA RANA SE CONVIRTIÓ EN PRÍNCIPE

Néstor

Yo pensaba que lo que la vida te da por un lado, por otro te lo quita. Por eso he vivido mis veinticinco años viendo el vaso medio vacío. Si me pasaba algo bueno, debía prepararme, porque algo terrible estaría a punto de suceder.

Es así como entiendo que se equilibra la balanza, y he de decir que me parece justo.

Quizá por culpa de esta concepción fundamentalmente pesimista, he pasado los últimos meses con los esfínteres en tensión. Daba por hecho que no se podía ser más feliz, incluso si se estaba cerniendo sobre mí la posibilidad de volver a la cárcel por cortesía de Borja y de perder la última oportunidad de limpiar mi nombre en el caso de Julio de la Torre.

Y lo daba por hecho porque la parte buena era demasiado buena. Gloria estaba conmigo — seguía conmigo, mejor dicho, y en el sentido físico también: aunque ya tiene dinero para permitirse un piso propio, hemos acordado que seguiremos viviendo juntos—, Virtudes acabó sus ciclos de quimioterapia y ni siquiera necesitó una intervención quirúrgica para eliminar los restos del tumor, por lo que todos los vecinos pudimos respirar tranquilos... Y lo que es incluso más asombroso, mi presunto negocio artístico ha despegado de manera considerable.

Después de concluir el grafiti que Edu me pidió que diseñara para la persiana de la peluquería, empezaron a llegarme tantos encargos que pude dejar el bar... para el inmenso alivio de Gloria, que ni siquiera cuando María se echó novio serio pudo relajarse sabiendo que coincidiríamos en el curro. Más adelante, la misma Sugar me echó de El tercer deseo por haberme convertido en una persona «asquerosamente funcional», es decir, la clase de persona que no quiere cerca de su negocio.

También echó a Gloria porque está ganando un sueldo decente en la orquesta.

En fin, mi exjefa y su pasión por los casos perdidos.

No he podido quejarme a pesar de acostarme todas las noches con la amarga certeza de que la casualidad me haría pagar por mis victorias mandándome de nuevo al infierno. Pero entonces llegó el día en el que Borja y yo nos enfrentamos ante el juez para defender nuestros respectivos casos, y descubrí que tenía todas las de ganar antes incluso de que mi abogada se levantara del asiento.

Bárbara Rivas resultó ser tan magnífica como la madre de Gloria me advirtió: una de esas jóvenes promesas de la abogacía que tienen una lista interminable de clientes importantes, pero que no permite que el éxito se le suba a la cabeza y no renuncia ni a sus turnos de oficio ni a echar una mano a quien en realidad lo necesita. Es la letrada que me ha estado acompañando tanto para la defensa de la pelea en la calle, como para la revisión de mi sentencia. Ángeles López-Portillo ha invitado, por supuesto; yo no me podía pagar las tarifas de la Rivas, y ella se ha forrado después de divorciarse de Valdecasas de León.

Para resolver el altercado, apenas estuvimos una hora y media ante el juez. Bárbara fue muy

clara conmigo: contábamos con una ventaja innegable, y es que las lesiones que Borja intentó aportar para empapelarme estaban manipuladas. Además, todo acto violento que yo emprendí se dio en el marco de la defensa propia, un eximente rotundo de acuerdo a las leyes del Derecho.

Pero no voy a menospreciar la magia que Bárbara obró en los juzgados. Conseguí lo que quería, salir limpio de allí, porque condujo la defensa de manera impecable. Es más; estuvieron a punto de inculpar a Borja. Salieron testigos hasta debajo de las piedras, entre ellos, Gloria, Ángeles, algunos vecinos que conocían a Borja de verlo por el edificio durante años y la señora cuyo vehículo casi me llevó por delante, para contar que el cabrón comenzó la disputa y dio el noventa por ciento de los golpes.

También salió a colación que el odio racial había motivado al sujeto, que me tenía rabia antes incluso de meterme con su exnovia.

A la que, por cierto, había estado acosando. Eso no habló muy bien de él ante el juez.

Por desgracia, como mis lesiones pasaron a la historia a los pocos días de sufrirlas y esto es lo que determina la gravedad de la sentencia, no le cayó ni una multa, ni nada. Y no me importó. Mi única prioridad era salir de la vista como un hombre libre, sin más antecedentes y con la tranquilidad de que el cerdo no volvería a molestarnos.

Parece que no lo hará, porque escarmentó con la orden de alejamiento —o a lo mejor le hizo escarmentar su padre, que se echaría las manos a la cabeza al enterarse— y se ha echado una nueva novia. Lo siento por ella, y me consta que Gloria también.

No es nuestro asunto, aun así.

Por otro lado, hoy se ha celebrado la revisión de mi sentencia firme. Todos los vecinos, mi familia, Gloria e incluso la señora López-Portillo, esta última de incógnito, se han presentado como público para asistir al momento más importante de mi vida. Me he sentido arropado por cada uno de ellos, incluso si solo estaban ocupando una banqueta a mis espaldas sumidos en un silencio solemne.

Y muy extraño viniendo de ellos.

Bárbara ha estado increíble al aportar las nuevas pruebas. El chico se sintió demasiado culpable como para continuar con la mentira una vez Ángeles le confrontó, y no solo nos entregó el vídeo, en el que se ve con meridiana claridad lo que sucede; también se prestó a relatar cómo fue sobornado por un esbirro de Valdecasas de León y Asociados para proteger al pijo cabrón que mató a su propio amigo.

Hoy sí se ha aceptado la que intenté que fuera mi defensa en su día: que el susodicho pijo cabrón tenía razones para empezar una pelea contra el que era su colega, y yo, por el contrario, solo tenía motivos para separarlos antes de que se hicieran daño.

La decisión del juez ha sido muy clara. El estado me indemnizará con veinte mil euros por haber ido a la cárcel en el nombre de otro, y se eliminará del registro mis antecedentes penales.

Esto no borra por arte de magia los días en prisión, las burlas que he sufrido por ser un exconvicto, los insultos e intentos de agresión que uno recibe mientras no consigue hacerse respetar en el trullo; el odio del que me revestí nada más salir para hacer pagar por su desprecio a cualquiera que me mirara por encima del hombro. No olvidaré que he estado a la defensiva durante años, que me robaron un par de cumpleaños, la fe en Allah, la inocencia y la necesidad de consolar a mi madre cada noche que lloró después de lo ocurrido.

Pero tengo una nueva oportunidad.

Es mejor que nada.

En cuanto el juez anunció su veredicto, se oyó un profundo suspiro de alivio en la sala. Salvo

por aquellos que acudieron en nombre del verdadero culpable, claro, que ahora habrá de pagar por su crimen.

Habríamos salido a celebrarlo por todo lo alto al bar del Uruguayo, una leyenda de Chamberí que tiene el sello de los vecinos de la calle Cortázar, si no hubiéramos tenido un compromiso importante que atender: el último concierto de la Orquesta de Jóvenes Promesas en Madrid.

Gloria ha estado unos meses dando vueltas por el territorio español para sorprender a valencianos, gallegos, catalanes y andaluces con su talento. Después de cosechar un éxito rotundo, cerrará el círculo en la ciudad donde empezaron. Y ahí estaremos los vecinos y yo. Aquí estamos, mejor dicho, ya acomodados en el patio de butacas del teatro más renombrado de Madrid. Nos hemos engalanado para la ocasión, yo el primero, pero el que ha recibido los mejores cumplidos es Koldo, que ha alquilado un traje y hasta un coche elegante para su cita especial con Paula. Ha ido a recogerla para traerla al teatro con una caballerosidad trasnochada que en otro se habría visto pretenciosa, pero que en él resulta adorable.

Han estado besuqueándose hasta que las luces se han apagado para dar comienzo al concierto.

—Qué guapa va —aprecia Susana en cuanto tenemos una primera vista de Gloria, tan emocionada que tiene que apretar la mano de su pareja, Elliot. Han debido buscar una niñera para escaparse las dos horas que durará el espectáculo clásico; no por Eric, que, en su opinión, tiene edad para quedarse solo, sino porque han traído al mundo una cría preciosa a la que han llamado Serena.

Está muy sensible todavía por culpa de las hormonas. Prueba de ello es que se le hayan saltado las lágrimas al localizar a Gloria encajada entre el cuarteto de cuerda, con el vestido púrpura que le vi puesto cuando necesitó una opinión sobre si necesitaría la mano de una modista para ajustar la cintura. Estaba tan nerviosa y a la vez ilusionada con el proyecto de la gira que habría arrancado a llorar si le hubiéramos sacado una pega, pero qué pega le vas a poner a un traje conjuntado con su cuerpo.

—Espero que se toque un solo, o algo —comenta Edu por lo bajini—, que la entrada, muy barata que se diga, no era, y yo la quiero ver lucirse.

—Considerando de dónde viene la muchacha, incluso si no toca un solo, es como para aplaudirle, ¿no te parece? —replica Eli, la voz de la razón.

—Visto de esa manera... La neta que ha tenido un *character development* bien chingón —valora Tay por lo bajini.

—Calla, que ya van a empezar —la regaña Virtudes.

La advertencia activa a toda la fila que ha aparecido en nombre de Gloria. He de reconocer que estoy tan nervioso, incluso sin entender un carajo de música clásica, que me sudan las manos. Ella dice que, si desafina, lo notaremos, porque el sonido debe ser armónico, pero yo creo que antes lo vería en su cara.

Hasta hace poco, tocar la viola era la única actividad a la que le ponía toda su dedicación, y que le permitía sacar la sensibilidad que lleva dentro. Yo ya sabía que vibraría en el escenario, porque vibra también en mi habitación cuando me regala un recital, y en los ensayos, y en las aulas del teatro que alquila para practicar con sus compañeros y nuevos amigos de la orquesta, con los que tiene mucho en común y sale a menudo.

Pero en un escenario es diferente. Verla percutir el instrumento así vestida, así peinada, así de entregada, me hace consciente de la cantidad de esfuerzo que ha invertido en esto y de lo mucho que le ha costado llegar hasta aquí. Sobre todo reparo en ello cuando Violeta Casanovas nos

sorprende haciéndole un gesto a Gloria para que se levante y toque ella solita la compleja pieza que bordó en su audición, el concierto para viola de Penderecki. Reconozco el *tempo vivace*, el ritmo rápido que la directora le marca, porque ella misma me explicó lo que era.

—Hostia, hostia, hostia. —Álvaro cambia de postura en el asiento, y Alison, a su lado, sonríe como sonreiría quien sabía que esto iba a pasar. Apuesto por que Gloria le arruinó la sorpresa contándoselo en alguna de sus sesiones individuales—. Que la niña se va a arrancar, ¡que se nos arranca!

Tenemos que contener una carcajada entre divertida por el entusiasmo general y nerviosa por lo que está a punto de tener lugar. ¿Y cómo iba a salir, si no es a la perfección? Últimamente es así como nos van las cosas: como la seda. Ella, que ya era brillante, con ese poquito de trabajo personal y la suerte de la que nos ha provisto el universo, se convierte en la indiscutible estrella de la noche.

—Puedes llorar si quieres, ¿eh? —me dice Milu. Acompaña el comentario de un codazo socarrón. Ella no podía faltar en este día tan importante. Nos ha traído a su novio el pijeras, y todo. Cómo no; se siente en su salsa—. No se lo diré a nadie.

—No interrumpas —me quejo por lo bajini.

Se nos hace muy corto a todos los que estamos orgullosos de ella, y es que queríamos seguir viendo hasta qué punto ha prosperado. Apenas podemos esperarnos a que termine el concierto para salir en tropel del patio de butacas y aguardar a las puertas del teatro para recibirla con una ovación. Edu, que siempre lleva la batuta en estas reuniones vecinales, nos da las indicaciones del escándalo que debemos armar en cuanto cruce las puertas, no vaya a ser que no nos localice de primeras o le quepa la menor duda de que nos ha dejado boquiabiertos.

Y así lo hacemos en cuanto Gloria nos honra con su presencia. Se persona en el rellano del edificio mirando a un lado y al otro en busca de... de mí, creo, porque sonríe de oreja a oreja en cuanto me reconoce y se dirige a mí corriendo con el rostro iluminado. La acojo entre mis brazos, tanto como me lo permite tener una mano ocupada con el ramo de flores de rigor. Ella me cubre la cara de besos y se ríe histéricamente, todavía sin poder creerse lo que ha hecho.

Luego repara en que no soy el único que celebra sus éxitos y se deja envolver por un abrazo conjunto. Me mantengo al margen mientras, uno a uno, nuestros amigos van felicitándola afectuosamente. Edu también le ha traído flores; y Susana, y Virtudes, y Eli... Tiene suficientes ramos para montar una floristería.

O una funeraria.

Pero el ramo que más la pillra por sorpresa es el de camelias blancas que trae consigo una mujer de mediana edad impecablemente vestida. Se acerca a ella por la retaguardia, dudosa. Tiembla como una hoja cuando yo la cojo de la mano, como un humilde caballero, y la guío con discreción hacia una Gloria distraída con los halagos de Edu. Se la aprieto para transmitirle ánimos, porque lo cierto es que, en todo este tiempo, la señora se ha hecho querer con su apoyo y su preocupación por mí, y cruzo los dedos para que esto salga tan bien como hemos estado ambos rogándole al cielo.

—¿Gloria? —la llama su madre.

Ella reacciona tensándose de repente, pero se da la vuelta de inmediato para confirmar que no acaba de oír a un fantasma. Y no, es una mujer de carne y hueso, imperfecta y asustada. Ángeles la recibe con una sonrisa temblorosa y lágrimas en los ojos, que pueden entenderse como una señal de orgullo... y también de dolor por lo que no ha estado pudiendo ser hasta este momento.

Gloria le sostiene la mirada. No sé si espera a que hable para cerciorarse de que viene en son

de paz, o si no puede formular palabra por culpa del shock. Todos los vecinos saben quién es la señora, así que no es de extrañar que retrocedan y cierren el pico para que la escena se desarrolle con naturalidad.

—Has estado... has estado... —Ángeles se obliga a tragar saliva—. Estoy orgullosa de ti.

Su hija asiente sutilmente con la cabeza. Por un momento parece que ahí se va a quedar la interacción, pero yo sé que no. Yo sé que esto tiene solución, porque conozco a mi niña y ella nos perdona si nos disculpamos, si cree que tenemos corazón. Y le consta que su madre lo tiene. Le consta, además, que el problema de Ángeles era el mismo del que adolecía ella al principio, el de poner el culo por miedo a decepcionar. No he hablado con la señora López-Portillo lo suficiente para que me confirme que ha sufrido una crisis de identidad, pero yo lo sé porque tiene los mismos síntomas que mostraba Gloria: a sus cuarenta y seis años, le aterraba abandonar el modo automático que le permitía sobrellevar su rutina sin desesperarse, porque entonces le tocaría afrontar que su propia vida nunca le ha pertenecido.

Pero, al final, lo ha hecho. Ha abandonado el modo de vida automático. Hice partícipe a Gloria de este cambio radical contándole las molestias que se tomó conmigo. Ha podido confirmar que es cierto las veces que la ha visto de refilón entre el público de mis juicios.

Lo que me llevó a tomar la decisión de avisar a Ángeles del concierto fue la cara que puso Gloria cuando se enteró de que le había pedido el divorcio a su padre.

Hoy día ya está formalizado. Invitar a su madre a formar parte de su nueva vida no implicará cargar con las expectativas de Valdecasas de León, que, de todos modos, no ha vuelto a manifestarse. Ni está, ni se le espera.

Apuesto por que es eso lo que tiene presente cuando por fin reacciona al reencuentro: que su madre ha sido lo bastante valiente para sacarse de encima a ese saco de basura.

Gloria se arroja a sus brazos con las ansias de amor materno que ha estado años reprimiendo.

—Yo también lo estoy de ti —confiesa con un hilo de voz.

Ángeles cierra los ojos y emite un suspiro trémulo de puro alivio al poder estrecharla entre sus brazos.

—Madre mía, qué novelón —gimotea Edu, secándose la lagrimilla. También es que anda más sensible y nervioso de la cuenta porque ha empezado a quedar con un cuarentón que le tiró la caña en la peluquería—. Estos dramones no hay quien los aguante. Voy a estar necesitando un maratón de comedias románticas para calmarme.

Como siempre, el comentario del peluquero ayuda a distender la tensión del ambiente. Nos permitimos relajarnos con una carcajada a la que se suma la propia Gloria después de separarse de su madre con los ojos vidriosos.

Su mirada cae sobre mí tan pronto como levantamos el campamento del teatro para ir a celebrarlo a algún garito. Se disculpa con Ángeles, prometiéndole que volverá con ella en un momento, y regresa a mi lado para tomar mi rostro entre sus manos.

Me mira fijamente con esos ojos azules que me postraron de rodillas ya el primer día, esos ojos rebosantes de emoción, de la libertad que ya nunca más le van a arrebatar, le van a controlar, le van a truncar, y me dice:

—Gracias por haberme pasado en esta vida.

—Descuida, linda —respondo con un guiño—, que no te librarás de mí ni en la siguiente.

Nota de autora

El que haya leído las cuatro novelas anteriores de la saga *Juntos y Revueltos* ya sabe que intento conjugar el sentido del humor y la seriedad de los temas sociales más candentes de la actualidad, como en este caso ha sido el racismo... entre otras cosas. Al igual que en las previas entregas, muchas de las situaciones que aquí se han planteado para visibilizar el problema me han sido relatadas por personas que las han vivido y a las que les agradezco tanto su confianza como su valentía, y, sobre todo, su divinísima paciencia.

Aprovecho para aclarar en este aspecto que la ideología que pueda tener un personaje no ha de coincidir necesariamente con la mía. Nutro a los protagonistas de opiniones políticas si considero que las necesitan para desarrollar su personalidad. Del mismo modo, no es mi intención representar a tribus urbanas de una determinada manera, ni positiva, ni negativa. Entiendo que hay de todo en la viña del Señor, igual que supongo que vosotras entendéis que las ideas de los personajes que aquí aparecen no pretenden presentarse como una verdad absoluta.

Recordar que, en virtud del humor, a veces es necesario exagerar o caricaturizar situaciones y personalidades. Si alguien se ha sentido ofendido en algún momento o considera que no he tratado con el suficiente respeto algún tema, me disculpo.

Señalar, por otro lado, que el planteamiento jurídico de la sentencia firme de Néstor, el juicio con Borja y la resolución de los mismos, fueron consultados con un abogado —dos, en realidad—, pero en aras de la ficción se han hecho algunos sacrificios. Aunque no es ilegal que detengan a un sujeto en comisaría hasta setenta y dos horas —antes de pasar a disposición judicial— si presenta un peligro para la sociedad, es bastante improbable, que no imposible, que retuvieran a Néstor por una pelea de barrio.

El nombre y desempeño artístico de nuestro protagonista como «El Chico de los Pinceles» es una referencia directa a El Niño de las Pinturas, un artista callejero de mi ciudad, Granada, que ha cubierto el barrio del Realejo con sus preciosos grafitis. Si queréis buscarlo, os podréis hacer una idea de cómo es el trabajo de Néstor, porque me lo imagino más o menos así.

Para las dudosas, el futuro de la saga no está muy claro. No tengo intención de continuar con los vecinos más queridos por vosotras, Tamara y Edu (por separado, evidentemente), y, además, otros proyectos me requieren. Admitámoslo: no todo el mundo tiene una historia interesante que contar por gracioso que sea como secundario. Si llegara la de este par, la recibiría con los brazos abiertos, pero si no, no la forzaré. Es importante para mí no sacar novelas por sacar, y menos cuando se corre el riesgo de que los personajes pierdan su esencia.

Si le he buscado maromo a Edu es para que se quede entretenido pase lo que pase.

Gracias por acompañarme en esta aventura, que ha sido especialmente bonita para mí, y nos vemos en la próxima.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

- [1] *Cookin Hardala*, de Khaled y Cookin Soul.
- [2] «Quieres follarme ahora mismo, quieres verme de rodillas, quieres arrancarme la ropa, y hacerme daño». *Gibson Girl*, Ethel Cain.
- [3] La canción mencionada comienza así: «*I got chills, they're multiplyin, and I'm losing control*».
- [4] La canción sigue así: «*You better shape up, 'cause I need a man*».
- [5] Hace referencia a *El Fin del Mundo*, de La La Love You y Axolotes Mexicanos.
- [6] Expresión mexicana que hace referencia a compartir, a no ser egoísta.
- [7] Expresión coloquial mexicana que significa acercarse a algún sitio, generalmente con el coche.
- [8] *Tu Cariño Es Mi Castigo*.
- [9] En mayúscula porque hace doble referencia al cigarrillo posterior al sexo y al grupo musical homónimo, compositor de *Nothing's Gonna Hurt You Baby*.
- [10] *Mi Niña Lola*.
- [11] *Yo Creo*, de SFDK.
- [12] *Puliendo Pakistaní*, de Abhir Hathi.
- [13] «Mi amor» en árabe.
- [14] Cosas prohibidas e inviolables según los códigos de conducta de la ley islámica.
- [15] Referencia a la canción *Si Eres Hija de una Paya* (Tangos), de Rancapino y Paco Cepero.
- [16] «Si Dios quiere».
- [17] En México, «chingadera» significa «cosa de mala calidad o mal hecha», «hecho o dicho tonto» y «acción que perjudica a alguien». En este contexto, referencia esto último.
- [18] También llamada *Habanera*.